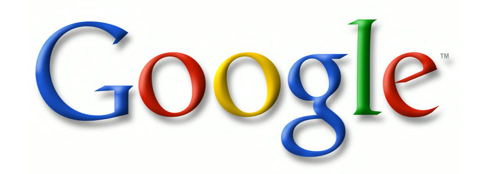


BIOGRAFIA

DEL

GENERAL JOAQUIN ACOSTA

PROCER DE LA INDEPENDENCIA, HISTORIADOR, GEOGRAFO, HOMBRE CIENTIFICO Y FILANTROPO

POR

S. ACOSTA DE SAMPER
Miembro honorario de la Sociedad de Escritores y Artistas de Madrid, Honorario de la Sociedad de Geografía de Berna, Correspondiente de la Academia de la Historia de Caracas etc. etc, etc.

BOGOTA
LIBRERIA COLOMBIANA
Camacho Roldán & Tamayo
1901

Medellín, Febrero 7, 1900

Señora doña Soledad Acosta de Samper.—Bogotá.

Muy respetada señora y amiga mía:

En la carta que tuve el gusto de escribir á usted hace ya bastantes días, y en la cual avisé á usted recibo de la parte de *El Domingo* que tuvo usted la generosidad de obsequiarme, le dije que una segunda carta mía la destinaba á darle cuenta de las impresiones que me causara la lectura de los escritos de usted.

Habiendo recibido posteriormente la parte final de su *Revista*, y habiéndomela hecho leer y escuchádola con suma atención, vengo ahora á permitirme el arrojo de dar á usted cuenta del juicio que tengo formado acerca de su útil y bella producción literaria. Empleo en lo que acabo de dictar la palabra arrojo, no por falsa modestia, sino porque yo me hallo incapaz de criticar con acierto los trabajos literarios de ajena mano y de buenas inteligencias, lo que equivale á decir, entre amigos, que reflexiono y hablo únicamente á ojo de buen cubero.

Dos excelentes amigos míos, D. Rufino J. Cuervo y su ya difunto hermano D. Angel, tuvieron la satisfacción de honrar la memoria de su señor padre, el doctor D. Rufino Cuervo, con uno de los más interesantes estudios biográficos que yo haya leído en mi vida; y usted, á su turno, muy estimada señora

mía, ha puesto á la contemplación del mundo la figura histórica del señor General Joaquín Acosta, padre ilustre de usted. A los señores Cuervos escribí carta de felicitación, cuando hube leído el libro de ellos, y hoy dicto para usted, con idéntico fin, cuando ya conozco el tierno é instructivo recuerdo que usted consagra á la memoria del autor de su existencia. Felices los hijos que llenan dignamente el deber de acompañar á sus progenitores hasta más allá del sepulcro!

Como usted sabe, yo soy un hombre muy anciano, y sobre mi mucha vejez, estoy ciego, desconcertado en las mínimas facultades mentales que Dios me dió, y próximo ya á despedirme, con profunda tristeza, de esta desgraciada tierra en que nací. Le ruego, pues, que lea esta mi carta con espíritu de tolerancia, y que ponga manto de olvido sobre los errores que yo cometa al redactarla; y si al verla tan larga considera usted más conveniente prescindir de su lectura, la autorizo para que la rasgue ó queme, porque con ello no ofenderá mi amor propio, pues ese ha desaparecido ya con la extinción de mis ilusiones mundanales.

A pesar de que mi memoria me abandona, retengo todavía algunos datos suministrados por mis viejas lecturas históricas, y ha venido usted, con la minuciosa relación de la vida del General Acosta, á refrescar un poco, y aun me atrevo á decir, un mucho, mis antiguos conocimientos.

Yo he ido siguiendo paso á paso la complicada odisea de mi ilustre compatriota; y como conozco todos los lugares que fueron teatro de sus campañas, de sus viajes y de sus estudios, me creo tan autorizado como el más competente de los colombianos para dar valor al mérito de los servicios que prestó el padre de usted á la causa de la Independencia, de la líbertad y civilización de esta tierra.

Asisto con el guerrero á su incorporación en el ejército patriota y le acompaño, á su paso por la montaña del Quindío, á su llegada á Cartago y Buga, á su visita á Popayán y Cali, á su llegada á la Buenaventura, en Nóvita y en Quibdó; y como conocí personalmente al señor Coronel Cancino, me parece estar viendo á su lado á su joven Secretario, siempre laborioso, robando á la ocupación de las armas el tiempo preciso para

arrancar á la naturaleza de los trópicos sus numerosos secretos y sus encantadores arcanos.

Si digo á usted algo que pueda parecerle de carácter puramente lisonjero é hijo de la cortesía que debe emplearse con las damas, le suplico que deseche esa idea como mal pensamiento, porque yo me precio de ser verídico en la expresión de mis sentimientos.

En su segundo viaje al Chocó, siguiendo la vía de Buenaventura, entró el General Acosta al interior de aquella antigua provincia, navegando el río San Juan, pasando por Tadó, Yoró, Arrastradero de San Pablo y por Quibdó, en donde recibió comisión de bajar el Atrato hasta la *Vigía de Murrí* y hasta el puerto de *Matuntubo*, lugares que andaban revueltos por una expedición española mandada desde Cartagena por el derrotado Virrey D. Juan Sámano, y comandada por el Coronel Bayer, quien fué preso y ajusticiado por el Coronel Juan María Gómez, antioqueño.

Despejada aquella parte del territorio colombiano, el padre de usted recibió orden terminante de dirigirse al archipiélago de las Bocas del Toro, con el fin de entenderse con el llamado Almirante de la escuadrilla colombiana, estacionada por entonces en aquellas aguas; y para quienquiera que conozca las penalidades á que se expone quien navega sin recursos el *San Juan* y el *Quito*, el Atrato v el golfo de Urabá, es fácil concebir que el patriota que llenó con lucimiento aquella terrible tarea, merece mucho más de la patria que algunos ganadores de batallas. Yo, por lo menos, así lo creo.

Vuelto el Capitán Acosta á la ciudad de Cali, en donde se hallaba de guarnición, empleando el tiempo que le quedaba para el descanso en el estudio, que era su pasión, llegó á ella el General Antonio José de Sucre, de marcha para Guayaquil, y en busca de los campos de Yaguachí, Pichincha, Matará, Junín y Ayacucho, para obtener como recompensa ser llamado por la posteridad «Gran Mariscal de Ayacucho.»

Tocó al Capitán Acosta el honor de acompañar al General Sucre hasta el puerto de Buenaventura, y es lamentable para mí ver en la biografía la expresión de pena del joven mi-

litar cuando por motivo de la disciplina no pudo seguir al héroe hasta los campos gloriosos del Perú y Bolivia.

Después del recuerdo que menciono, veo de nuevo á mi compatriota en las ciudades del Cauca, y le acompaño con mi pensamiento al través de las heladas parameras del Guanacas y de las ardientes llanuras del Tolima, hasta llegar al hogar paterno y seguir trabajando en servicio del país al lado del General Santander y de otros personajes que honraron y honran todavía nuestra patria; y entienda usted, señora mía, que yo juzgo que ser confidente, amigo y colaborador del primer Presidente de la Nueva Granada, es timbre de honor para todo el que hubiere logrado esa fortuna.

En el primer viaje hecho por su padre de usted á Europa, yo he hallado grandes enseñanzas; y si me atrevo á decirlo, me he visto obligado á evocar gratos recuerdos personales, porque ha de saber usted que de muchos de los sabios que en París fueron amigos y maestros de D. Joaquín Acosta, conocí algunos que brillaban como restos gloriosos de esa constelación admirable que iniciaron, desde los primeros años de este siglo, una gigantesca revolución científica, artística, industrial, filosófica y literaria, de la cual usted ha cosechado, como persona inteligente y laboriosa, opimos y provechosos frutos, que hoy ofrenda en aras de la República.

El Barón de Humboldt había muerto cuando yo estuve por primera vez en Francia; pero vivían el señor Boussingault, á cuya mesa tuve la honra de sentarme, el astrónomo Arago, el químico Dumas, el economista Juan B. Say, el señor Tenard, y multitud de hombres inmortales, á quienes menciona con interesantes bocetos biográficos el alumno de quien vengo tratando.

En los últimos años de la permanencia en París de nuestro joven estudiante, y en su viaje por Italia, noto, con orgullo colombiano, la pasmosa erudición que en Química, Física, Geología, Mineralogía, Historia, Bellas Artes, Estética y muchos otros ramos del saber humano, poseía ya el granadino, que con imparcialidad y destreza sirve de fundamento á la donosa biografía que su amante hija nos da con tanta perfección.

El viaje del Capitán Acosta por Italia es, según mi reducido criterio, suficiente para enaltecer al viajero más observador y más provisto de conocimientos.

Por no gastar la paciencia de usted, no quiero detenerme á considerar punto por punto todo lo que me ha impresionado la minuciosa y bella narración de aquella correría, expuesta por el joven americano.

La descripción que hace de la ciudad de Venecia me ha parecido magistral; y cuando habla del templo bizantino de San Marcos, de las palomas que acuden en tropel á buscar grano entre los muchos *turistas* que pasean la plaza; del singular monumento de grande altura, cuyas escalas pueden subirse á caballo; del gran canal; de las innumerables góndolas; de los históricos palacios; de las lagunas; de la vista encantadora de los Abruzzos; del palacio de los duques; de la escalera en que pereció Marino Faliero; del aposento en que está el león de bronce, espía tenebroso en cuyas fauces caían tantas condenaciones á muerte, tantas infames calumnias; espía metálico que sirvió de pasaporte á tantas víctimas; del fúnebre pasadizo que conducía á los plomos en que el sentenciado daba el último adiós á este mundo, y del miserable cuarto de las ejecuciones, con el mar debajo para recibir los cadáveres inmolados á la sombría política de aquellos calamitosos tiempos, no es posible prescindir de un sentimiento de angustia, porque esas tradiciones, tan bien pintadas por el interesante filósofo que las cuenta, muestran la faz odiosa de la estirpe humana en aquellos lejanos y desgraciados tiempos.

En los espaciosos salones de ese palacio tenebroso, el Capitán Acosta comprendió y definió en su justo valor las inspiraciones artísticas del Tintoreto y del Ticiano, genios prodigiosos que la edad moderna trabaja en vano por rivalizar.

Venecia, ciudad tan extraña en su manera de ser, tan llena de grandeza en ocasiones, tan despreciable otras veces por sus relajadas costumbres, tan propia para la fábrica de romances, tan misteriosa en sus leyendas, tan rica por su comercio, tan consmopolita y célebre por sus viajeros, tan desleal en sus compromisos internacionales, tan avarienta y disoluta.... Pero prescindo de reminiscencias que serían enfa-

dosas para usted, y puesto que la conoce mejor que yo, prefiero ir por Bolonia á la ciudad eterna, y de Bolonia, torciendo un poco, entrar á Loreto, pobre lugarcito que procura al visitante la ocasión de experimentar tiernos y piadosos recuerdos.

En todo lo que dice el militar cristiano á quien vengo siguiendo, me parece hallar en sus reflexiones el hálito suave de un misticismo natural.

Yo no sé si usted ha ido de Bolonia á Loreto, para ver la casa de la Virgen María; pero le aseguro que aunque no me tengo por buen cristiano, al examinar aquel templo, al ver aquella humilde casa, al ver aquellos sencillos muebles y aquel rico tesoro, ofrendado por príncipes, reyes y emperadores á la que fué Madre de Dios, me sentí profundamente conmovido, emoción que me ha resucitado la lectura del libro de usted.

Y no es únicamente de los dos grandes pintores antes citados de quienes trata el observador, pues profusa mención verifica de muchos otros de los que forman la gran lista de ese rico granero de ingenios que ofrece al mundo ese país privilegiado por Dios en materia de concepciones artísticas; y la prueba palpitante de lo que digo la vuelvo á hallar en Roma, cuando el soldado americano visita la Capilla Sixtina, las galerías del Vaticano y el museo monumental de aquel palacio en que el genio del cristianismo ha sabido reunir cuadros, estatuas, bustos que tan bien representan las épocas gloriosas del país de Apeles y de Fidias, y en que sobresalen, brillantes y sublimes, las obras de Miguel Angel y de Rafael.

Yo, mi excelente señora, visité como lego la gran basílica de San Pedro; y aunque de un modo imperfecto, alcancé á comprender que aquel templo, casa consagrada á Dios, hace perdonar al hombre las muchas faltas que tenga, porque al levantar aquel santuario, manifestó que comprendía la alteza de la Providencia y supo rendirle el homenaje de su veneración.

Mi compatriota supo comprender eso mucho mejor que yo, y alcanzó á expresarlo en frases más delicadas, más correctas y más llenas de unción religiosa.

Padua, Nápoles, Ferrara, Parma, Turín y Milán, desde cuyo domo se contempla con tanto placer la espléndida llanura de Lombardía, y casi en el centro de ella la histórica Pavía,

en cuyos alrededores nuestros padres cumplieron tan altas proezas de valor..... el placer viene á nuestro espíritu con patriótico orgullo. ¡Pobre España, la España de hoy!

Me siento avergonzado porque me dejo arrastrar ante usted por una serie de lugares comunes que no sé si podré hacer llegar á sus manos, por temor de que se me tache de petulante y atrevido; pero quiero volver por un momento á Roma antes de que la abandone el padre de usted, pues en verdad le digo que las observaciones filosóficas, históricas y artísticas que me han sido sugeridas por D. Joaquín Acosta cuando trata de las siete colinas, de las Termas, de la Vía Apia, de las catacumbas de San Calixto, del Coliseo, del Panteón, de las columnas de Trajano y tantas otras, enteras algunas, rotas otras, como se hallan por todas partes; de los templos de San Pablo, de Santa María, de la Escala santa, de los palacios y de cuanto abarca la poderosa imaginación del escritor y lo que puede el opulento arsenal de sus conocimientos, sería entrar en una tarea inagotable, corta para el talento del viajero, pero imposible para mí.

El militar granadino vuelve de Roma á París, en donde emplea algún tiempo más en profundos estudios y en importantes reflexiones; pero desgraciadamente yo tengo que dejarle en la capital de Francia, porque usted se ve obligada á suspender *El Domingo*, y yo no puedo saber cosa alguna de los pormenores del viaje cuando regresa á América, ni de su matrimonio, ni del nacimiento de usted, ni de las ocupaciones preferentes del autor de su existencia al entrar de nuevo en Bogotá. Sólo sé que continuó estudiando, enseñando como profesor en los colegios, y como particular en su vida de ciudadano y de patriota eminente. Sé también que hizo una preciosa edición en París del semanario dirigido por el gran Caldas, otra de los viajes equinocciales del señor Boussingault á la América del Sur, y sé también que publicó la historia de la conquista de la Nueva Granada, obra que he leido con grandísimo interés y que he consultado atentamente cuando he redactado algún escrito sobre la materia. Yo afirmo que esa historia, por su imparcialidad y por la pureza y sencillez del estilo, es una de las que más me han satisfecho

entre las numerosas que sobre el asunto he podido consultar.

Cuando en el año de 1852 regresé á Medellín después de mi primer viaje á Europa, supe que el General Acosta había venido á Antioquia para debelar la revolución que el General Eusebio Borrero había provocado para derrocar el Gobierno nacional entonces existente; pero como á su llegada ya el General Herrera hubiese triunfado, el señor Acosta tornó á la capital de la República sin detenerse mucho en esta tierra.

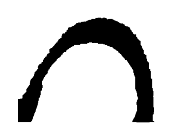
Como creo haber dicho á usted, yo conocí al General Acosta hace ya muchos años, y de él conservo dos recuerdos principales. El primero se refiere á sus condiciones parlamentarias, porque muchas veces le vi y oí en los congresos, en donde su elocuencia contundente y su vasta ciencia arrollaban á sus antagonistas; el segundo se refiere á la circunstancia de que yo veía en ocasiones un respetable caballero paseándose, al lado de una dama gentil y de una tierna niña, por las calles de la ciudad: la dama era doña Carolina, madre de usted, y la niña era usted misma, hoy mi respetada señora y amiga.

He oído con positivo placer la lectura de *Los Hidalgos de Zamora*, obra de la pluma y del ingenio de usted; y si el voto de un lego puede ser aceptado, reciba la felicitación que le envío por el donaire y maestría con que acertó á escribirlo, así como también por su novelita titulada *Gil Bayle;* porque si la primera representa á lo vivo la época de transición española y las rencillas comunes entre los nobles de aquella época, la segunda es retrato fotográfico de las costumbres feudales de la Edad Media.

También he oído leer con atención é interés sus impresiones de viajes y sus artículos misceláneos sobre diversas materias; pero como veo que estoy abusando de su paciencia, le pido perdón y termino esta larguísima carta con expresarle que la novela de José María Samper me ha encantado, porque es pintura fiel de muchas de las costumbres populares en esa para mí muy querida ciudad de Santafé.

....

MANUEL URIBE ANGEL.





INTRODUCCION

La vida de los hombres que han sido patriotas sin ser intrigantes, que han servido á su país modestamente y con completo desinterés, es por cierto poco conocida por los pueblos, y el bien que esos hombres hicieron se olvida; desaparece su memoria de las generaciones subsiguientes, sin que nadie caiga en la cuenta de la involuntaria injusticia que se comete. No basta que su existencia haya sido mucho más benéfica y civilizadora que la de aquellos que han hecho mayor ruido en el mundo político: la historia conserva en sus páginas los nombres de los guerreros, de los hombres políticos que han hecho derramar mucha sangre inocente y verter torrentes de lágrimas y apenas menciona de prisa á los que pasaron haciendo el bien. Así, pues, el nombre del General Joaquín Acosta es ya poco conocido entre sus compatriotas. A medida que desaparecen los contemporáneos suyos que supieron apreciarlo en lo que valía, su recuerdo se va

perdiendo paulatinamente y pronto no quedará de él sino su nombre cuando se rozaba con la guerra y la política de su patria. Creo que es para mí no solamente un deber filial sino también patriótico, sacar del olvido en que yace la memoria de mi padre, muerto ya hace larguísimos años, y poner de manifiesto lo que fue una existencia entregada casi por completo al trabajo intelectual, y sin más objeto que servir á su patria y adelantar en las ciencias que sin cesar estudiaba.

El señor D. Januario Triana escribió en 1853 algunas páginas que publicó en un corto folleto y en el cual narraba muy superficialmente la vida del General Joaquín Acosta. El señor D. José María Samper—mi lamentado esposo - insertó entre los *Bocetos* de hombres públicos colombianos, uno en que pinta bastante gráficamente lo que era el General Acosta para los que le conocieron y apreciaron; falta ahora la relación de su vida hecha por una de las personas que más le amaron en el mundo.

Aunque tengo bastantes elementos con los cuales podré labrar esta biografía, desgraciadamente no he podido reunir todos los que hubiera deseado. Sin embargo, poseo un fondo, un cimiento, como pocas personas han logrado obtener de sus mayores, á saber: muchos Diarios que escribía durante sus campañas, sus viajes y excursiones, tanto en Colombia como en Europa. Estos los he conservado á pesar del vaivén de una vida harto trasegada y de los viajes por América y Europa que he hecho. Algunos de estos preciosos cuadernos se han extraviado junto con otros papeles importantes, pero aún me quedan los más interesantes, los cuales me servirán en el transcurso de la presente narración.

A más de los Diarios no poseo sino la nutrida hoja de servicios militares y civiles del General Acosta, unos pocos artículos que conservaba de los muchos que escribió en los periódicos en que colaboraba, de 1831 á 1852;

algunas cartas que le dirigieron personas importantes de varios países, las obras que tradujo y las originales que publicó.

Esta es la tela que tengo á mi disposición para en ella bordar, con los colores más imparciales que me sea posible, la vida de mi padre. Quisiera que esta obra mía sirviese de estímulo, de modelo y de pauta á la juventud estudiosa de Colombia, y al mismo tiempo que sea un humilde monumento literario levantado á la memoria de un verdadero patriota como los hay pocos en esta época de desconcierto general y de "confusión de ideas."





PRIMERA PARTE

—

CAPÍTULO I

DON JOSEF DE ACOSTA Y SU FAMILIA

Empezaba el año de 1761 cuando arribaban á las costas del Nuevo Reino de Granada dos jóvenes, parientes entre sí, los cuales habían salido de la Madre Patria en busca de una fortuna que su familia no les ofrecía. Llegaron á Cartagena llevando cartas de recomendación para algunos comerciantes peninsulares del entonces emporio mercantil de las Indias. Sabido es que en aquella época tenía lugar una anomalía muy curiosa entre los españoles de ambos Continentes, á saber: que el trabajo ó la carrera comercial, que en España se consideraba como impropia para un caballero,—el cual debería más bien morir de hambre que plegarse á un trabajo que le podía dar la subsistencia,—esa misma carrera y aun otras menos honrosas no eran consideradas derogatorias ó impropias para un caballero que iba á las Colonias de América. Por ese motivo muchos jóvenes condenados á la miseria en la

Madre Patria, al trasladarse á las Colonias prosperaban y acababan por radicarse en un país en donde se abría para ellos un porvenir más halagüeño que en España.

Uno de los jóvenes de que venimos hablando se llamaba Josef de Acosta; era natural de Denia—en el antiguo Reino de Valencia,—pero se había educado en Cádiz. El otro—Josef de Cabrera—era primo de Acosta, y su descendencia existe en Bogotá.

Estaba por entonces el Virreinato conmovido con lo que acababa de ocurrir en Santafé de Bogotá. El Virrey D. José Solís Folch de Cardona—Grande de España,—joven, rico y galán, había abandonado repentinamente las pompas mundanales y las vanidades y aspiraciones de la vida, los honores y títulos con que se enorgullecía, para vestir el hábito de Recoleto franciscano. Dejó el mando del Virreinato al bailío D. Pedro Mesía de la Cerda; se retiró al pobre Convento de San Diego el 28 de Febrero de 1761. Allí permaneció hasta su muerte—1770—pero no antes de haber donado todos los bienes que poseía en América (30,000 duros) al Hospital de San Juan de Dios de Bogotá, para que se construyese un asilo especial para mujeres desvalidas y enfermas.

Gobernaba entonces la Provincia de Cartagena D. José de Sobremonte, Marqués del mismo nombre, y en lo eclesiástico el doctor D. Manuel Sosa Betancourt, Arcediano de la Catedral de Caracas.

En tanto que Cabrera iba á Santafé, en donde se estableció, el joven Acosta emprendió negocios mercantiles con los ricos comerciantes españoles que llevaban el mismo apellido del primer patriota venezolano, el General Francisco Miranda, pero no he podido descubrir si eran parientes del héroe venezolano.

En breves años Acosta logró reunir una mediana fortuna, con la cual se estableció en Honda, ciudad que al fin del siglo XVIII era muy importante, hasta que un te-

rremoto al principio del actual y en seguida la partida de los españoles que la poblaban en la época de la Independencia, la arruinaron totalmente, y jamás ha vuelto á recuperar su antiguo esplendor. En Honda Acosta fundó una casa de comercio que se ramificaba con Cartagena, Popayán, Pasto, Quito y Guayaquil. Allí se casó con D.ª Soledad Bonilla, pero en breve enviudó y contrajo segundas nupcias (en 1785) con la hija menor del dueño de todo el valle de Guaduas, D. Buenaventura Pérez. Era este hombre acaudalado, y aunque criollo, se preciaba de haber conservado la limpieza de su linaje á través de los siglos coloniales.

Y ahora que viene al caso diré que en Europa hay personas que confunden á los *criollos* con los *mestizos*; estos últimos son los hijos de indígena y blanco de raza caucasa, es decir, de raza cruzada, mientras que los primeros son siempre de origen español puro, sin mezcla de indio ó de negro; eran los descendientes de los conquistadores y primeros pobladores europeos de América que habían conservado su raza intacta durante varias generaciones. En las altiplanicies, es decir, en el antiguo Reino de los Chibchas, la raza blanca se conservó pura entre las familias importantes del país; los españoles no se casaban con las indígenas; mandaban por sus consortes ó iban á buscarlas á España, cuando no encontraban á su gusto las hermanas ó las hijas de sus compañeros de armas, y se tenía á desdoro contraer alianza con mujeres indígenas. Debió de contribuír esta repugnancia á las aborígenes la poca hermosura de las mujeres de raza chibcha, puesto que este fenómeno no ha tenido lugar en otras Provincias y Colonias americanas, en donde el linaje europeo se ha cruzado frecuentemente con el de los indios, aun entre las clases elevadas de la sociedad.

Sin embargo, la democracia que ha venido cundiendo en los últimos ochenta años, desde nuestra separación

de la Madre Patria, ha producido lentamente sus efectos; y si en otro tiempo las familias que se consideraban hidalgas en Santafé, en Tunja y otras ciudades del interior de la República de Colombia, eran todas de raza blanca sin aleación, hoy ya empieza á notarse la mezcla en todas las capas sociales. Felizmente la raza caucasa es tan absorbente que pronto quedará eliminada la sangre indígena, y reinará nuevamente el carácter completamente andaluz y castellano de los primeros pobladores españoles. Entre las viejas familias de Santafé se conserva el legítimo salero andaluz, las fisonomías delicadas de las mujeres, el lenguaje y las costumbres netamente peninsulares que fueron herencia que nos legaron las matronas de la época colonial.

La segunda esposa de D. José de Acosta se llamaba también Soledad. Se casó muy joven con marido mucho mayor que ella, pero la educación que la habían dado cuadró perfectamente con la edad madura de su consorte. Era mujer de rígidas costumbres, de aspecto grave aunque de hermosa fisonomía; ostentaba brocados, tabíes de seda y terciopelos y se engalanaba con costosas joyas en las grandes festividades, pero el resto del año vestía con suma sencillez; gobernaba su casa y numerosa servidumbre de esclavos con vara de hierro, pero era siempre justa, caritativa y generosa; protegía especialmente las iglesias pobres y las obras pías; á pesar de su estricta economía y el orden que reinaba en su casa gastaba con esplendor cuando lo creía preciso; en su hogar era respetada y temida, y todos la obedecían á ojo cerrado, sin que nadie se atreviese á discutir sus mandatos.

Doña Soledad tenía otra hermana mayor, doña Gabriela, que había convertido las piezas que le señalaron en casa de D. José de Acosta—con quien vivió desde que murieron sus padres—en una especie de convento del cual jamás salía. Además, conservaba tres hermanos va-



rones, á saber: D. Manuel, que era alegre, buscarruidos y dadivoso, el cual murió joven sin dejar descendencia; D. Lorenzo, que era todo lo contrario y sólo se ocupaba en atesorar dinero y tampoco se casó; y por último, el doctor Andrés Pérez, sacerdote de talento, instruído y de gran carácter, el cual se convirtió en padre y tutor de los hijos de doña Soledad, cuando ésta quedó viuda.

D. José se estableció definitivamente en Guaduas, en donde nacieron todos sus hijos. Labró casa de teja espaciosa, de dos pisos, é hizo prosperar sus propiedades agrícolas, pues en breve todos los adyacentes valles al de Guaduas le pertenecieron por haberles comprado sus partes á los hermanos de su mujer.

No se debe estudiar el carácter de la persona que deseamos hacer conocer solamente en su persona, pues cada cual lleva en sí las señales de sus antepasados y hereda de ellos cuanto tiene de bueno ó de malo. Por ese motivo he querido en lo posible indagar lo que fueron los antepasados inmediatos del General Acosta, de manera que veremos después que el carácter de ellos influyó considerablemente en la familia. Desgraciadamente cuando murió D. José de Acosta sus hijos estaban niños y no recordaban su fisonomía, ni he podido averiguar de su carácter sino lo que se sabe de sus hechos. No así con doña Soledad Pérez, la cual, aunque murió muchos años antes de que yo naciera, me ha dado, sin embargo, noticias de ella una tía que vivió más de 97 años, y sin embargo hasta una edad avanzadísima conservó de manera sorprendente la frescura de su ánimo y la vivacidad de los recuerdos.

El *chapetón* D. José de Acosta debió de ser generoso y amante de la instrucción, pues regaló amplio solar para que se fundase una escuela pública, y de su propio peculio pagaba 25 duros mensuales al maestro de escuela de la villa de Guaduas, lo cual para ese tiempo se consideraba estipendio sumamente alto. Además, regaló el te-

rreno en el cual se construyó la iglesia, la alcaldía, etc. etc.

Relacionado con todos los Virreyes que se sucedieron en el Gobierno, desde el Arzobispo-Virrey D. Antonio Caballero y Góngora, D. Francisco Gil y Lemos, D. José de Ezpeleta hasta D. Pedro Mendinueta, tenía gusto especial en alojarlos en su casa, así como á todos los Oidores que pasaban por allí para ir á la capital ó regresar de ésta á España. No bien tenía noticia de que se acercaba á Guaduas alguno de estos personajes, cuando ponía en movimiento á sus esclavos y á los que vivían sobre sus tierras, y en breve tenía las despensas llenas de las sabrosas legumbres de las altiplanicies, así como de exquisitas frutas de tierra caliente y pescados del río Magdalena.

Durante su primera infancia los seis hijos del Corregidor vitalicio de Guaduas habían aprendido las primeras nociones de los conocimientos humanos con los humildes frailes del convento franciscano vecino; pero cuando su hijo mayor cumplió ocho años, resolvió enviar á su mujer á Santafé, en donde los niños deberían recibir toda la instrucción que él deseaba que tuviesen.

Entre paréntesis diré que esta manera de pensar del honrado comerciante español es una prueba de que los peninsulares de aquel tiempo eran más amantes de la instrucción y del estudio que lo que generalmente se ha pensado. Más adelante tendremos ocasión de hablar más largo sobre el asunto.

Hacía tres años que se había radicado doña Soledad en Santafé, cuando en Octubre de 1803 recibió la noticia de que su marido quedaba gravemente enfermo en Guaduas. Inmediatamente mandó llamar á su hermano sacerdote, que entonces era cura de Usme (1), le suplicó que acompañase á sus hijos durante su ausencia, y al momento se puso en camino precipitadamente en unión de otro de sus hermanos para ir á cuidar á su doliente esposo.

(1) Aldea en los alrededores de Santafé de Bogotá.

La buena señora viajó noche y día y no paró sino al llegar al alto del Raizal, desde el cual se veía el valle de Guaduas y la población á vista de pájaro. Ya para entonces estaba oscuro enteramente y vio atravesar por la plaza de la villa una larga hilera de luces.

—¡Dios santo! exclamó la acongojada dama. ¡Ha muerto Acosta!

— ¿Por qué lo dices? preguntó su hermano Lorenzo.

—¿No ves, repuso ella rompiendo á llorar, que aquellas luces son los cirios de los que acompañan el cuerpo?

—¿Qué quieres decir? No te comprendo......

—Quiero decir que Acosta ha muerto, y que sabiendo que yo debería llegar esta noche llevan á depositar el cadáver en el convento para evitarme la pena de verle muerto.

Dijo y sollozando continuó camino hasta llegar á Guaduas.

Allí salieron á recibirla los buenos frailes del convento y los amigos de la familia; pero no fue preciso darle la noticia, ella había adivinado exactamente lo sucedido. Encontróse, pues, viuda y á la cabeza de una larga familia de chiquillos. El hijo mayor era Domingo, quien había nacido en 1792, después había dos niñas, Josefa y Mariquita; seguía un niño, Manuel, un año mayor que Ana María, que había nacido en 1798 y vivió hasta 1896. El menor de todos se llamaba Tomás Joaquín, el cual vino al mundo el 29 de Diciembre de 1800.

A pesar de que D. José de Acosta dejó bien saneados caudales, sus negocios eran de aquellos que el que no los comprende puede fácilmente perder una parte de ellos, pues sus dineros yacían regados en manos de sus corresponsales, desde Cádiz hasta Quito. Con el objeto de poner orden en todo aquello, doña Soledad tuvo que emplear particularmente á un dependiente de su marido, quien la sirvió asiduamente, y por último se hizo tan necesario para la dicha y bienandanza de la viuda que al fin ésta

resolvió casarse con él. Llamábase el joven D. Manuel Samper (1), y era vástago de una respetable familia de Honda. Sin embargo, los jóvenes hijos de doña Soledad veían la proyectada alianza de su madre con tan mala voluntad, que una vez que tuvo efecto la ocasionó en el resto de su vida muchos sinsabores y amarguras, en lugar de los consuelos que esperaba cosechar de aquella desacertada conexión entre una dama ya entrada en edad y un joven casi imberbe.

Entretanto la viuda se manifestaba cada día más severa, y se entregaba tan completamente á prácticas religiosas, que éstas la embargaban toda la parte de su existencia que no dedicaba á sus deberes de madre de familia. Abandonada la gerencia de sus haciendas en manos subalternas, cuando Domingo llegó á su mayor edad encontró muy deteriorada la fortuna legada por D. José de Acosta. El joven, empero, no se preocupó mucho con esto; desde niño había manifestado una afición entusiasta por la lectura, y el amor al estudio embargaba su vida día y noche. Se había educado en el Colegio del Rosario, pero pasaba todas sus vacaciones en casa de su tío el doctor Andrés Pérez, el cual, amantísimo también de la lectura, poseía una cuantiosa biblioteca. En ésta se encerraban tío y sobrino y dejaban que corriese la vida sin ocuparse de los bienes materiales de la existencia.

Una vez que se hizo hombre Domingo se procuró las obras de Rousseau, de Voltaire y demás enciclopedistas, de los cuales hacía largos extractos, y con otros jóvenes de su edad nutrían su espíritu con una alimentación inadecuada. Lo peor de aquello fue que como el Gobierno español había prohibido toda introducción de libros en sus Colonias, salvo la de místicos españoles, la juventud se veía privada de lecturas de su gusto y pedía ocultamen-

(1) Un sobrino de D. Manuel Samper fue el esposo de la que esto escribe.



te obras á Francia y á los Estados Unidos. Naturalmente por lo mismo que tantos libros eran prohibidos, *casi todos* los que se introducían clandestinamente eran los más perniciosos, y éstos eran devorados y mal digeridos por la juventud hispano-americana. En aquella época en que se compraban los libros europeos á precio de oro, el amor á la lectura era tan grande que existían en Santafé extensas bibliotecas muy nutridas, en donde se hallaban las obras más bellas de las literaturas francesa, castellana y aun inglesa. Todavía se sorprende uno cuando lee los catálogos de librerías como la que poseía D. Antonio Nariño, por ejemplo, y de otros personajes de aquel tiempo. Entretanto hoy, cuando hay tantas facilidades para el estudio, la juventud por lo general—no hablo de honrosas excepciones – no ama sino lecturas frívolas cuando no inmorales, ó libros irreligiosos que son malos principalmente porque la poca instrucción verdadera de los que se deleitan leyéndolos no les permite encontrar los errores garrafales que encierran.

Pero tampoco debemos ser injustos: si es cierto que no solamente en Colombia sino en todos los países del mundo se levantan nubes de seudo-literatos que pretenden dar la ley, no podemos negar que entre nosotros sí hay deseo ardiente de instruírse, de saber, de indagar los secretos de la naturaleza; pero los que así lo desean no pueden dedicarse á las ciencias porque nuestra pobreza es grande y los jóvenes tienen que trabajar para vivir y no les queda tiempo para dedicarse á estudios serios.

—

CAPITULO II

LA NIÑEZ DE JOAQUÍN ACOSTA

Como dijimos antes, es preciso estudiar al hombre en sus antepasados en primer lugar, y después en el niño.

Hay rasgos característicos que pintan al hombre desde su primera infancia, rasgos que parecen transformarse con los años, pero que en verdad son siempre unos mismos que persisten bajo diferentes formas á medida que adelanta por el camino de la vida; estos rasgos debe estudiar, apuntar y no descuidar nunca el biógrafo. Así, pues, me permitirá el lector que en este capítulo, á riesgo de que se me considere nimia y quizás pueril, me ocupe en hacer ciertas descripciones características que á primera vista pueden considerarse insignificantes, pero las cuales creo que en realidad no lo son.

A pesar de que Joaquín – como el menor de la familia—era particularmente preferido por sus hermanos, los cuales le tenían enseñado á que casi siempre la voluntad de los mayores plegara ante las exigencias del chico, su madre jamás manifestó predilección por ninguno de sus hijos, y era al igual rígida, severísima, y jamás perdonaba el castigo cuando alguno cometía una falta reprensible, ni evitaba la recompensa si su conducta era tal como ella lo deseaba.

Tenía Joaquín cinco ó seis años de edad, cuando se le ocurrió á su hermana Ana María balancearse en la baranda de un patio interior, y como no lo podía hacer sola, convidó á su hermanito á que la acompañase en el arriesgado juego. Parece que él comprendió que el puesto más peligroso era naturalmente el que quedaba sobre el patio, y no tuvo inconveniente en tomarlo. De repente Ana María perdió el equilibrio, cayó dentro del corredor ó balcón sin hacerse daño alguno, pero Joaquín (con tabla y todo) descendió al patio. Sin duda se estrellara contra las piedras, si la casa no hubiera estado en obra y los albañiles no dejaran al pie del balcón un montón de barro blando, dentro del cual cayó el niño y quedó bonitamente empatado hasta el cuello, pero sano y salvo.

Al oír los gritos de los dos niños, salieron las negras

esclavas á recoger á Joaquín, á quien querían muchísimo, pero no lograron evitar que doña Soledad supiera lo que había sucedido. A poco, ella también se presentó en la escena, y una vez que se convenció de que su hijo no había sufrido daño alguno, lo riño reciamente, pero ofreció perdonarle si confesaba cuál de sus hermanos lo habían acompañado en el juego. Todos callaron, temblando, pero el niño nó contestó á su madre una palabra, y ni azotes, encierros ni amenazas de peores castigos, le hicieron revelar el nombre de su hermana, en realidad la verdadera culpable.

A los seis años de edad mandaron á Joaquín á la Escuela de los padres de San Francisco, que estaba al otro lado de la plaza que entonces llevaba el mismo nombre y hoy se llama de Santander. Allí le enseñaron á leer, escribir y contar. Era el niño muy preferido por Fray Simón Candia, padre ilustrado y respetable que vivió largos años y alcanzó á ver con sumo orgullo que su discípulo llegó á ocupar altos puestos en la República.

El defecto capital que le encontraban sus maestros era, sin embargo, uno que su madre no había logrado matar en él, á pesar de la severa y rígida educación que le había dado. En aquella época bastaba ser hijo de español peninsular para considerarse persona importante en la Colonia y mirar con cierto desdén mal encubierto no solamente á los mestizos y á la raza indígena, sino también á los criollos hijos de los primeros conquistadores. A pesar de que doña Soledad era enemiga de la democracia y miraba con horror las ideas revolucionarias que empezaban á cundir en toda la sociedad santafereña, no admitía que sus hijos mirasen con desvío á los humildes; sus cristianos sentimientos la hacían manifestarse humilde con los pobres, los cuales siempre encontraban en ella una amabilidad y una condescendencia que no le conocían sus iguales en la sociedad. Para corregir el orgullo de Joaquín, que á

veces era grande con respecto á los inferiores y paniaguados y estallaba con violencia, su madre le compelía á rebajarse al igual de los criados. Le obligaba á que saliese á comprar un haz de leña y lo llevase á cuestas hasta la casa, ó á una tienda de granos á comprar alguna cosa que debería llevar él mismo. Joaquín obedecía aparentemente, pues nadie jamás se resistía á los mandatos de doña Soledad, pero ya en la calle pagaba á algún muchacho para que le llevase la carga hasta el zaguán de la casa; allí la tomaba él, y se presentaba á su madre con la humildad que ella exigía. Esto probaría que la demasiada rigidez en vez de enseñar el bien á los niños los convierte en hipócritas. ¿Pero acaso el mimo exagerado con que en estos tiempos se educa á los niños será más benéfico que la severidad excesiva de antaño?

Felizmente para Joaquín, cuando cumplió diez años su hermano mayor exigió que lo mandasen al Colegio del Rosario, en donde se educaban él y su hermano Manuel; y de esa manera se evitó que la demasiada severidad de su madre acabase por malear su carácter, el cual al crecer convirtió en nobles sentimientos el orgullo tonto de su primera infancia.

Cuando estalló en 1810 la insurrección que después se convirtió en seria revolución contra el poder español en la Colonia, revolución que se elaboraba sordamente en las altas capas de la sociedad, merced á las noticias que misteriosamente llegaban allí de los Estados Unidos, de Francia y de España misma; cuando estalló, repito, aquel cataclismo social y político, éste encontró preparado al doctor Pérez para aceptarlo, así como su sobrino Domingo, que participaba de todas sus ideas. No solamente aceptaban ambos ese nuevo orden de cosas, sino que el buen sacerdote tomó parte activa en ella; fue miembro de las Juntas revolucionarias y tomó asiento como Diputado en el primer Congreso de Cundinamarca. Domingo

estaba todavía muy joven para hacer parte de aquellas Asambleas y no se atrevía á dar opinión clara acerca de los sucesos políticos en su casa por no dar en qué sentir á su madre, que se conservaba fiel al partido realista.

Joaquín se crió, pues, en una atmósfera contraria; oía hablar en favor y en contra de la naciente patria á las personas que más respetaba en el mundo y cuyas opiniones eran leyes inmutables para él. Pero á más de que con su madre no tenía confianza ninguna y el amor que la profesaba estaba mezclado con el miedo que la tenía, las ideas patrióticas y generosas que solía oír discutir á Domingo, á quien amaba particularmente por ser su nato protector en toda circunstancia; las opiniones en favor de la revolución que su tío Andrés no dejaba nunca de formular encarándose con doña Soledad; la corriente de la opinión favorable á la independencia que circulaba en la sociedad é impregnaba hasta á los niños de escuela: todo esto junto le hizo inclinarse casi inconscientemente en favor de la revolución; de manera que cuando salió de la infancia ya era un patriota, y un patriota exaltado, dispuesto á derramar su sangre por la causa de la República y de la independencia de España.

Muchos jóvenes, casi niños, amigos de su familia y que pertenecían á las estirpes más distinguidas de Santafé, habían tomado las armas. Algunos de éstos no habían cumplido quince años, como el que después fue el General Joaquín París, con quien conservó íntima amistad hasta la muerte. Pero doña Soledad no permitió que sus hijos les imitasen.

Entretanto que Acosta estudiaba en el Colegio, los acontecimientos políticos se precipitaban y la desdichada patria, entregada á manos inexpertas, veía desaparecer todos sus ideales, y al fin perecer hundidas sus generosas intenciones en un mar de tristeza y de desengaños.

Reinaba la aflicción y la congoja de ánimo en todos los corazones, y más que en ninguna parte en el triste hogar de doña Soledad Pérez. Los niños no tenían más expansión que la que les proporcionaba su tío el Cura de Usme, quien solía llevarlos á su pueblo y allí gozaban de los aires del campo y de la libertad de movimiento, de que carecían en casa de su madre. Joaquín conservó toda su vida un singular afecto por el miserable pueblo de Usme, porque le recordaba sus infantiles dichas y las horas de inocente libertad que allí gozó.

Acosta tomaba interés profundo en los acontecimientos políticos, y veía con angustia los dolores de la patria, las derrotas de los ejércitos de los independientes, y por último, la entrada de Morillo en Bogotá, lo cual puso el colmo á su afán. Uno de los primeros patriotas que el Pacificador hizo encarcelar fue al doctor Pérez, y si no hizo fusilar al tío de Acosta por respeto á su carácter sacerdotal, le privó de comunicación con su familia, le vejó é insultó de cuantas maneras pudo, y por último le mandó á las mazmorras de Puerto Cabello, en donde padeció mil trabajos y miserias, hasta que le pusieron en libertad. Casi moribundo logró regresar á Bogotá dos años después.

La vida estudiosa y rígida, por una parte, que llevaba Joaquín, y el patriotismo latente que ocultaba en el fondo de su alma, por otra, formaron el carácter del joven estudiante del Rosario. Este fue un tanto triste y reconcentrado, y aunque muy temprano solía usar de un lenguaje irónico, guardaba en su corazón un gran fondo de sincero y silencioso entusiasmo por todo lo bueno, lo bello y lo artístico. Pero el amor á la patria superaba á todo afecto en él. Aquella patria desgraciada y vilipendiada era para sus hijos entonces el objeto del más tierno cariño; los jóvenes la amaban con noble desinterés y abnegación verdadera. La generación que se levantaba no pedía nada á su país, estaba pronta á derramar su sangre por ella, y

nadie pensaba en su propio engrandecimiento, sino en el honor de la nación que se había procurado formar. ¡Oh! ¡cuán de otro modo son hoy los que se titulan *patriotas!* Con muy contadas excepciones, éstos todo lo piden á su país, y hacen lo posible por no darle nada; poco les importa el honor de su patria, y su único anhelo es medrar á su costa. Suelen algunos manifestarse un tanto desprendidos, cuando se trata del bien de su partido, y eso porque se proponen cobrar después un crecido galardón en cambio de algún aparente sacrificio.

Hacia 1817 la audaz pléyade de patriotas que alzaron primero la bandera de la independencia é iniciaron la emancipación—como Nariño, Lozano, Acevedo, Alvarez, Niño, Torres, Baraya, los Gutiérrez, Carbonell, Caldas, Pey y otros—ya había desaparecido; los unos fusilados por Morillo y sus secuaces, otros porque yacían en los calabozos españoles, ó porque andaban prófugos por los montes. Pero en cambio, formábase una generación que debería después organizar definitivamente la República, constituírla y darla lustre, vigor y ciencia, en las Cámaras Legislativas, en la Magistratura ó en la Diplomacia. Los que formaban esa generación estaban aún muy jóvenes y no eran conocidos, como Santander, Márquez, los Pombos, Alejandro Vélez, Aranzazu, Clímaco Ordóñez, Vicente Martínez, Florentino González, los Barrigas, Herrán, Gori, los hijos del Tribuno Acevedo, Rufino Cuervo y otros que han dejado su nombre estampado en las páginas de la historia.

Pero mientras que algunos de los futuros padres de la Patria se educaban y estudiaban en los Colegios, otros se armaban y se preparaban para arrojar del país á los realistas; en Casanare se daban cita los patriotas que levantaban trabajosamente algunas partidas que después fueron el núcleo de los ejércitos salvadores. El Coronel Ignacio Mariño, cura de una parroquia de Casanare, en

unión de Rodríguez, Ortega y Galea, y después Nonato Pérez, mantuvieron libres los Llanos de Casanare y organizaron guerrillas que sirvieron de base á Santander y á Bolívar para levantar el ejército libertador.

Santafé de Bogotá era presa del terror; el fusilamiento de Policarpa Salavarrieta, antigua arrendataria y costurera de la familia de doña Soledad Pérez, madre de Acosta, puso el colmo á los desengaños que sufría aquella señora diariamente con los realistas, sus antiguos copartidarios y compatriotas de su difunto esposo y á quienes ya no podía mirar sino como á los verdugos de su Patria. Todas sus amigas y conocidas vestían luto por algún pariente fusilado por orden de Morillo ó de Sámano; su hermano, preso y lejos de su país, expiaba su amor á la patria con grandes sufrimientos físicos y morales; su familia guardaba silencio acerca de hechos desastrosos que tenían lugar cada día, y una atmósfera de profunda tristeza reinaba á toda hora en la casa. Doña Soledad no encontraba consuelo sino en un misticismo que iba creciendo día por día, y ella sabía que sólo la muerte la podría librar de tanta amargura. Durante una enfermedad que había sufrido algunos años antes, y estando ya á punto de morir, había suplicado al cielo que la conservase en esta vida sólo el tiempo necesario para ver á sus hijos fuera de la infancia. Así sucedió: una vez que Joaquín, que, como hemos dicho, era el menor, hubo cumplido diez y siete años y que le vio crecido, juicioso y amante del estudio, con lo cual estaba garantizado de que huiría de los vicios, según pensaba ella, doña Soledad pidió á Dios que la sacara de esta vida. Pocos días después la acometió una fiebre violenta, que entonces llamaban *tabardillo*, y el 18 de Enero de 1818 murió rodeada de todos sus hijos y creyendo que había cumplido su misión en el mundo. Pero no era así: una madre es siempre necesaria en la vida, y los hijos de doña Soledad la lloraron mucho entonces y después, y en todas sus angustias y

amarguras y en todos sus triunfos y alegrías, les hacía falta é invocaban su memoria con cariño. Ella había sido rígida y severa; pero, según parece, los padres á quienes mejor se ama y de los que los hijos guardan un recuerdo más constante y más fiel, no son los que halagan nuestras pasiones y nos consienten sin medida, sino los que nos obligan á cumplir con nuestros deberes y son siempre severos y rigoristas, es decir, los que se hicieron respetar y temer y no fueron nuestros compañeros de juego, sino nuestros maestros y consejeros.

—

CAPITULO III

ACONTECIMIENTOS EN EL AÑO DE 1819

Mientras tanto los acontecimientos políticos fueron tomando otro giro, y los patriotas en Santafé de Bogotá empezaban á aguardar socorro de los ejércitos que se formaban á buen paso en los Llanos. De vez en cuando recibían de aquellos ejércitos alguna comunicación, que no se sabía cómo llegaba, y crecía en ellos la esperanza que abrigaban de una futura salvación de la patria. Recordemos aquí brevemente lo que entonces sucedió.

Batido Morillo primero por el General Páez, en las inmediaciones del Arauca, el 4 de Febrero de 1819; fue derrotado el republicano á su vez en el mes de Marzo; pero Páez recuperó su gloria en las Queseras del Medio, el 2 de Abril, desbaratando un ejército de cuatro mil hombres con ciento cincuenta. Aprovechóse Bolívar del espanto que los llaneros causaban á los españoles, y resolvió emprender operaciones serias, en unión de las fuerzas que el General Santander había logrado reunir con las guerrillas diseminadas en los Llanos de Casanare, y libertar la Nueva Granada antes que Venezuela, en donde había mayores dificultades y menos amor á la República entre

las masas populares. Púsose, pues, en marcha con los batallones *Rifles*, *Barcelona* y *Albión* y varios escuadrones de lanceros llaneros; el 11 de Junio se unió á Santander en Tame (este General comandaba la *vanguardia);* el 27 forzaron la posición de Paya, y pasó el ejército el páramo de Pisva; el 6 de Julio acampó en Socha, el primer pueblo neogranadino que halló á su paso. El 11 de Julio Bolívar batió al General español Barreiro, en Gámeza, y después en Pantano de Vargas. El 5 de Agosto ocupó á Tunja. El dia 7 de Agosto, á las 2 de la tarde, se avistaron Bolívar y Barreiro en las cercanías del Puente de Boyacá, y al anochecer de aquel día el ejército republicano era dueño del campo. ¡Había terminado para siempre la dominación española en Nueva Granada!

La noticia del triunfo y la aproximación de Bolívar llegó á Bogotá el 8 á media noche. A esa hora el Virrey y todos los empleados españoles se pusieron en marcha con dirección á la Costa. Espantábase el anciano Sámano con la idea de las represalias que podría sufrir de parte de aquellos que había tiranizado, y fue tal su terror, que perdió el uso de sus miembros, y de Facatativá para adelante sus compañeros tuvieron que cargarle en una hamaca hasta embarcarle en Honda. Muchos comerciantes y hombres pudientes siguieron el ejemplo de Sámano y abandonaron la ciudad en el acto.

Hé aquí el Diario que escribió acerca de estos acontecimientos el joven Joaquín Acosta; siendo éste el primero de la serie que tenemos que consultar:

"9 de Agosto de 1819.

A las once de la noche llegaron los Oficiales con la noticia de la derrota completa de Barreiro. En el momento dieron aviso á todos los españoles paisanos y orden en los cuarteles para que se preparasen á evacuar la ciudad, lo que se efectuó de las 4 á las 6 de la mañana. A esa misma hora entraban al-

gunos derrotados de caballería con cuatro Oficiales; inmediatamente volaron el almacén de pólvora, clavaron la artillería y marcharon á alcanzar al Virrey en su fuga. Toda la mañana estuvieron pasando soldados derrotados. A las 11 algunos patriotas entraron al cuartel del *Numancia*, que está en la plazuela de San Francisco, y al de *Artillería*, y encontraron algunas cargas de fusiles y pólvora que habían abandonado los godos. Aunque casi todos los fusiles estaban descompuestos, con éstos y con los que les quitaron á los soldados, se empezó á armar el pueblo. A las tres de la tarde ya teníamos cerca de 80 buenos fusiles y carabinas, sables, lanzas, etc.

Un español entró dando tiros, é hizo una muerte, por lo cual lo prendieron los patriotas furiosos. A las tres y media de la tarde llegó á la plazuela el Oficial Brito con cuatro soldados. Gritáronle desde el cuartel: ¡Quién vive! El contestó: ¡La patria! y entonces, después de tres años de servidumbre, se oyó en Santafé de Bogotá el grito unánime de ¡Viva la América libre! Llevároníe al cuartel en medio de gritos de alegría; pero antes de llegar, un malvado le disparó un tiro por la espalda, que le dejó muerto en el sitio.—Frenético, tú manchaste el dulce nombre de Libertad con un delito, presagio funesto de más sangre que se derramará después!

Aquel suceso enfrió á los ciudadanos honrados que se habían unido al pueblo para contenerle, y lo desampararon para dejarnos en un estado de anarquía deplorable. Los Alcaldes habían emigrado con el Virrey; pero, unidos el Cabildo y algunos Priores de las Comunidades, resolvieron enviar algún sujeto al General Bolívar para que nos viniese á amparar lo más pronto posible.

Patrullas recorrieron las calles por la noche, pero siempre hubo robos. A las once trataron de entrar á la ciudad cien hombres armados, pero ya se habían puesto cañones en las esquinas de la plaza: dispararon uno, y los enemigos desistieron de su propósito y desaparecieron.

10 de Agosto.

Se pasó la noche en la mayor inquietud. Por la mañana el ciudadano González puso un oficio al General Bolívar. A

González debemos en parte que el pueblo no haya cometido desórdenes: aprovechóse él del partido que tenía para impedírselo. A medio día se juntaron los padres de familia, los Priores y otros, con el objeto de formar un Gobierno provisional. Apenas se pusieron de acuerdo, se publicó un bando en el cual se avisaba que José Tiburcio Echeverría era el Jefe político, y Osorio—el abogado—y Contreras, Alcaldes ordinarios. El Tribunal de Justicia se componía de Herrera y Camacho, y los Comandantes de armas eran González y Mares. Inmediatamente enviaron una Diputación á Bolívar, compuesta de los señores Estanislao Vergara é Hinestrosa; pero no tuvieron que salir sino hasta San Diego. Allí encontraron al General, que venía con su segundo Briceño y 50 hombres de caballería.

¡Jamás gozo fue más vivo! Todos los ciudadanos que hasta esa hora no habían salido de sus casas temiendo el desorden, volaron á la plaza; los que habían emigrado á los cerros bajaron á la carrera; gritos, tiros al aire, voladores, cañonazos, repiques, se oían por todas partes, y en las ventanas y balcones pusieron banderas tricolores y escarapelas. '¡Viva el Libertador! ¡Viva el héroe de América!' gritaba el pueblo embriagado. Cuando llegó Bolívar á la plaza, algunos ciudadanos, llorando de alegría, ponían la última mano á los arcos de triunfo que habían levantado á toda prisa. ¡Nó, no creo que jamás en toda mi vida tendré un día de gozo como éste!

Las señoras Genoveva Ricaurte y Dolores Vargas, que estaban en el Cabildo, fueron las primeras que abrazaron á Bolívar. Era tal el loco entusiasmo de los que le rodeaban, que yo llegué á temer por sus días en las escaleras del Cabildo. Una vez arriba, Echeverría le hizo una corta pero enérgica arenga, á la cual Bolívar respondió: '*¡Yo os veo libres, y mi gloria ha llegado á su colmo! ¡No quiero Diputaciones, arcos, nada, nada; me basta vuestra libertad!*' Sin embargo, no podía disimular la noble alegría que llenaba su corazón. Entonces recordé á Washington cuando entró á Filadelfia después de haber libertado el Norte; así Bolívar entró triunfante en Santafé.

¡Qué escenas tan diferentes las que presentaba la ciudad después de la madrugada de ayer! Entonces no se oía sino llanto

y consternación. Los Oidores á pie llevaban de cabestro á las monturas de sus mujeres, que se lamentaban á voces exclamando: '¡El Virrey nos ha vendido!' Las gentes despertaban con los golpes en las puertas á los que dormían; los heridos, que habían bajado de Las Aguas, se arrastraban por las calles, suplicando á los godos que no los abandonasen, como en efecto lo hicieron.... Mientras que hoy no se oyen sino risas y grandes manifestaciones de contento.

El General fue á casa de doña Genoveva Ricaurte á recibir á los que se le presentaban. A mi tío lo recibió muy bien, y como le preguntase por el doctor Zea, le contestó Bolívar que lo había dejado en la Guayana encargado del Gobierno, añadiendo 'que un talento tan extraordinario no debía exponerse á los reveses de la guerra.' Dijo también que Morillo quedaba en un rincón de Cumaná, como cosa despreciable, sin que pudiera rehacerse. Briceño es el Gobernador de Santafé.

Por la noche hubo música y baile en casa del General. Se publicaron dos bandos en nombre de Echeverría: el uno para que corriera la moneda *chìna*, y el otro para recoger los bienes de los emigrados.

11 de Agosto.

Hoy entró Santander y mañana llega la tropa. Toda la gente decente de la ciudad le hacemos la guardia al General Bolívar, que hace dos días se halla solo en Santafé en plena seguridad, puesto que el Ejército se ha quedado atrás.

12 de Agosto.

Gonzalón está organizando las milicias, y ya hay doscientos hombres armados.

Hoy empezaron á entrar las tropas libertadoras, de doscientos en trescientos hombres á la vez, con sus Oficiales.

Bolívar es muy popular entre las damas, pero él sólo le hace sus fiestas á B. I ...

Lo que he escrito ha sido todo como testigo ocular, y no refiero sino lo que vi."

El entusiasmo de los americanos fue tan grande

como había sido el espanto de los realistas. Todos los jóvenes mayores de diez y seis años se prepararon para pedir un puesto en los Ejércitos que se organizaban para marchar contra los españoles ¡que aún conservaban muchas Provincias en Nueva Granada y eran dueños de la mayor parte de Venezuela.

Además del sentimiento patriótico y amor á la libertad no había familia importante de Santafé que no tuviese que vengar alguna muerte violenta ó por lo menos alguna afrenta ó humillación. Es cierto que en la familia de Acosta no tenían que lamentar ninguna muerte en el patíbulo, pero los vejámenes y prisiones sufridos por el doctor Andrés Pérez eran para ella una ofensa que no podía olvidar.

Ni Domingo ni Manuel tenían disposiciones para la carrera de las armas. El primero estaba completamente entregado al estudio, y aunque amaba platónicamente á la Independencia y sus ideas liberales y republicanas eran avanzadísimas, su carácter era retraído, como el de todo el que ama más los libros que los hombres; su afecto á la paz y la repugnancia que experimentaba hacia las turbas plebeyas y vulgares, le obligaban á vivir alejado de ese *pueblo* que defendía, empero, y no quería ver de cerca. Domingo Acosta era sincero en sus opiniones, á pesar de manifestar semejante contradicción entre sus ideas y la práctica. Por otra parte, como jamás bajó á luchar en la arena ni tuvo ingerencia en la cosa pública, conservó toda la vida sus ideales filosóficos, y nunca supo lo que realmente era *el pueblo*, el cual imaginaba que sería algo como el romano de la Gran República antigua. Manuel, por otra parte, había abandonado sus estudios muy joven y se había retirado á vivir en sus tierras de Guaduas. Allí se ocupaba en agricultura y en formar una biblioteca variada, dentro de la cual vivía encerrado todo el tiempo que no dedicaba á sus faenas campestres. El también había heredado el loco amor á los libros y á la lectura, amor que

si se lleva hasta la exageración seca el corazón y esteriliza el alma. Además de sus libros, de sus ganados, de sus caballos y de la cría de potros, Manuel amaba sobre todas las cosas á un hermano paterno que se había establecido en Guaduas y vivía en la casa de D. José de Acosta, en donde se complacía en imitar á su padre dando generosa hospitalidad en su casa á cuanta persona importante pasaba por allí. Durante cincuenta años el Coronel (de milicias) José María Acosta fue la Providencia de la población y de los pasajeros. No solamente acogía con suma benevolencia á cuantos tocaban á su puerta, ricos ó pobres, sino que salía á la calle á instar á todo caballero que iba de viaje á que se detuviese en su casa, por supuesto gratuitamente, en donde encontraba posada cómoda y abundante mesa. Para no faltar á la verdad deberemos añadir que la exagerada hospitalidad del Coronel José María Acosta provenía también del gusto que tenía en oír noticias, fueran de la capital ó del Extranjero. Si sus hermanos amaban la instrucción y lo que les enseñaban los libros, él se perecía por saber lo que sucedía en la política por boca de los que hubiesen tenido alguna ingerencia en los acontecimientos que tenían lugar en el mundo. Se carteaba con los hombres más importantes del país, así como con todos los viajeros que por Guaduas hubiesen pasado, y todos le daban noticias; de manera que estaba al corriente de cuanto sucedía. De carácter bondadoso y apacible, veía sucederse los partidos y los gobiernos sin tener con ninguno molestia ni entrar en disputa jamás. En el pueblo le respetaban, sobre todo los Alcaldes y Regidores Oficiales, y aunque nunca quiso aceptar la coyunda matrimonial—los Acostas fueron poco casamenteros,—él se ocupaba siempre en arreglar matrimonios y pacificar á los que se desavenían. Ninguno en la villa se resistía á sus consejos, y mientras que duró en vida, Guaduas fue el lugar más tranquilo y pacífico de toda Colombia.

Por lo visto, los hermanos de Joaquín no pensaban, en 1819, en servir á la patria con las armas, servicio que pedía á sus hijos con insistencia y con gran necesidad en época tan peligrosa. Así lo comprendió Joaquín, quien abandonó entonces los estudios que seguía con mucho provecho en el Colegio del Rosario, como lo prueba un documento que tengo en mi poder (1), y á despecho de sus tutores, y desoyendo las súplicas de sus hermanas, que le amaban más que á los otros hermanos, se presentó personalmente al Libertador y le pidió un puesto en el Ejército. Este le acogió con atención y mandó que le extendiesen el nombramiento de Subteniente de Infantería en el *Batallón Cazadores* (2).

Organizábase una expedición militar, que debería obrar sobre el Cauca. Joaquín Acosta hizo parte de ella y partió de Santafé de Bogotá con la tropa el 22 de Septiembre pe 1819, dos días después de la salida de Bolívar, quien regresaba á Venezuela, después de haber dado libertad á una gran parte de Nueva Granada.

Los realistas, que eran entonces dueños de las Provincias de Antioquia y el Cauca, se espantaron cuando les

---

(1) El doctor D. Tomás Domingo de Burgos, Rector y Regente de estudios de este Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, dice así:

"Certifico en debida forma que D. Joaquín Acosta está estudiando en este dicho Colegio en la Cátedra de Derecho Civil, y al mismo tiempo va á entrar á oir Medicina en la que va á establecerse de Cirugía y Medicina. Lo que certifico á pedimento verbal del referido, en Santafé, á 6 de Junio de 1818.

"DOMINGO TOMAS BURGOS."

(2) En el nombramiento leemos lo siguiente:

"Simón Bolívar, Presidente de la República de Venezuela, por cuanto atendiendo á los servicios y méritos del ciudadano Joaquín Acosta, he venido en nombrarle Subteniente en el *Batallón de Cazadores* de Nueva Granada.

"(Firmado). SIMÓN BOLÍVAR.

" *Alejandro Osorio*, Secretario.

"Santafé, 6 de Septiembre de 1819."

llegó la noticia del triunfo de los independientes en Boyacá y la subsiguiente entrada de Bolívar á Bogotá. El Gobernador de Antioquia, el Coronel Carlos Tolrá, se puso inmediatamente en retirada y fue á asilarse en el límite septentrional de la Provincia encomendada á sus cuidados. Otros militares españoles de las principales ciudades se pusieron en fuga, y á medida que salían los realistas de las poblaciones, los patriotas levantaban la bandera de la libertad. Otro tanto sucedió en el Cauca. Un mulato realista, Simón Muñoz, el cual había salido con 200 hombres de Popayán, quiso huír hacia el Chocó, pero como no pudiese llevar á cabo su proyecto, regresó al Valle del Cauca y quiso hacerse fuerte en las inmediaciones de Cartago.

Aquí viene de molde transcribir algunas páginas del Diario que escribió el joven Acosta desde que salió de Bogotá. Aunque es éste un Diario enteramente personal, escrito trabajosamente todas las noches á la luz de los fuegos del vivac y rodeado de toda suerte de dificultades y aun de los peligros de la campaña, eso mismo da la medida del carácter del aprendiz militar, hasta entonces niño mimado que nunca había tenido que sufrir incomodidades ni carecer de cosa alguna que hiciera fácil la vida. En este cuaderno medio borrado por la intemperie y amarillado por el tiempo encontraremos que apuntaba diariamente sus observaciones y hacía cortas descripciones de lo que veía: se fijaba en las poblaciones; en el aspecto y naturaleza del país; en las bellezas y curiosidades de él; en los habitantes y en los animales extraños que encontraba. Sin duda que estas observaciones, tan juiciosas en un joven que no había cumplido diez y nueve años, debieron servirle después cuando escribió la Historia de la Conquista y construyó el primer mapa de la Nueva Granada que se publicó. Además, para el amante de la historia no deja de ser curioso estudiar la situación de la patria en los albores de su independencia y emancipación.

Hé aquí el extracto del Diario:

"8 de Octubre de 1819.

"Nos adelantámos el Comandante y yo (1) y llegámos á Cartago á las 11 del día. Deseoso mi jefe de esquivar un ruidoso recibimiento de los patriotas, entrámos por calles extraviadas, pero no se logró lo que se deseaba. A poco andar nos descubrieron y nos llevaron en triunfo por toda la ciudad. Después volvimos á casa del Alcalde, en donde habían preparado un refresco con música y en seguida nos ofrecieron una comida que concluyó á las cuatro.

"Yo me aposenté en casa de Alonso Gómez, español asturiano pero muy amigo de la causa de la independencia. Allí lo pasé muy bien, asistido con el mayor esmero y cuidado.

—

"Inmediatamente se trató de capitular con Simón Muñoz, que estaba sitiado por los independientes. Capituló efectivamente y pactó entregar las armas, pero después, con la mala fe que caracteriza á los agentes del Gobierno español, al amanecer del día siguiente sorprendió á un destacamento que descansaba bajo la salvaguardia de un armisticio.

"10 de Octubre.

"A las seis de la mañana el Comandante tuvo noticia del atentado de Muñoz y dio orden á los cazadores artilleros que atacásemos al enemigo. Después de un corto tiroteo con nuestra descubierta los españoles se fugaron, y nosotros dormimos esa noche en una casa del otro lado del río Cauca.

(1) Sin duda era éste el caucano Pedro Murgeitio, quien sirvió largos años con bizarría en la causa de los independientes y después combatió en favor del Gobierno en muchas campañas. En 1860—ya General—se puso de parte del General Mosquera y murió en una emboscada en ese mismo año.

"12 de Octubre.

"Ayer proseguímos en persecución del enemigo. Tomámos en el tránsito prisionero á un capitán, y á las once del día nuestra vanguardia alcanzó en la ruta la retaguardia enemiga, pero al cabo de un corto tiroteo, que duró un cuarto de hora, los dispersámos é hicimos ocho prisioneros con sus armas y bagajes. Nuestra tropa estaba hambreada y estropeada, así fue que nos dirigimos inmediatamente al paso de Rosas á racionarla.

"Estando allí el Comandante mandó que 40 hombres continuasen en persecución del enemigo y los demás nos devolvímos á Cartago."

Más lejos leemos lo siguiente:

"No pasaré de Cartago sin escribir algo aquí sobre esta Cordillera de los Andes que acabámos de atravesar por el Quindío. Dicha montaña es muy bella, muy sana, y hay sitios en ella en que se puede decir con el Barón de Humboldt: 'que los árboles demuestran el lujo de la vegetación ecuatorial,' y con Caldas: 'que las palmeras colosales se levantan tan alto que parece que desafían el cielo.'

"A la entrada del Páramo del Quindío hay un valle delicioso regado por un arroyo que mantiene fresca la vegetación. Allí nos detuvimos para aguardar la tropa que se había quedado atrás. Las palmas y arbustos que crecen en las colinas en contorno del valle levantaban en alto sus ramas cargadas de racimos de frutas y movidas blandamente por los céfiros aumentaban con su tenue rumor la hermosura de aquel sitio encantador. Era la hora de la siesta...... recostado sobre el prado, meditabundo é inmóvil, con los ojos fijos en la corriente de las aguas cristalinas del arroyo, hubiera querido acabar mi vida en aquel sitio hechicero....

"Desde que se entra, empero, al páramo, la naturale-

za cambia de aspecto. La pequeñez de sus árboles; los arbustos arropados con musgos y barbas blanquecinas que los resguardan; el frío, el silencio que lo caracteriza, todo causa impresión después de la rica vegetación de los bosques de las tierras bajas.

"En Cartago comienza el valle del Cauca. Su posición es buena; pero la población está mal dispuesta; el temperamento es cálido y la gente es bondadosa y apreciable.

"El 18 salímos de Cartago con dirección al Chocó y á las diez llegámos á Anserma, ciudad muy decaída y miserable (1). El camino entre las dos poblaciones es malo y está cortado por multitud de zanjas peligrosas."

Al llegar á Anserma Acosta fue atacado por fiebres causadas por la vida de campaña tan nueva para un joven enseñado á los cuidados de su familia. Viendo aquello el Capitán de la tropa lo obligó á que se devolviese á Cartago, en donde debería ponerse en curación, y además verse con el Jefe, para quien llevaba cartas de recomendación de Santander y de su tío el doctor Pérez.

—

CAPITULO IV

CAMPAÑA EN EL VALLE DEL CAUCA Y EN EL CHOCÓ.—1820

No bien llegó el Subteniente Acosta á Cartago cuan-

(1) Anserma era antiguo poblado indígena; los naturales en la época de la Conquista beneficiaban las minas de sal que existen en sus inmediaciones, de donde le viene el nombre, puesto que *anser* en la lengua de los indios Tapuyas significaba *sal*. La población actual no se encuentra en el mismo lugar en que la fundaron los españoles en 1539, sino en otro lugar—en la margen occidental del río Cauca—sobre una colina y á poco más de dos leguas de Cartago. En los primeros siglos de la Conquista Anserma (nueva) fue población de importancia; después fue decayendo, y hoy apenas cuenta unos pocos miles de habitantes. Su temperatura media es de 24 grados centígrados.

do le fue á visitar el Comandante del Cuerpo al cual pertenecía el oficial.

El entonces Comandante José María Cancino, antiguo amigo de la familia de Acosta, era todo un patriota. Hijo del Coronel Salvador Cancino, que había sido fusilado por los españoles en Cartagena en 1816, había tomado las armas al lado de su padre desde los primeros albores de la guerra de Independencia. Combatió bajo las órdenes de Nariño desde Palacé 2.° hasta Tasines, y después había asistido sin desmayar á las subsiguientes luchas hasta que claudicaron todos los patriotas de Cundinamarca. Viéndose vencido huyó á los Llanos y se puso á las órdenes de Santander; con él estuvo en los combates que dieron por resultado la libertad de todo el centro de la República. Nombrado Jefe Militar y Gobernador del Chocó se había detenido en Cartago, cuando encontró allí enfermo al joven Acosta. Tomó interés en que le curasen, y cuando le vio repuesto le comisionó para que tomase el mando de una escolta que enviaba á Nóvita con víveres, armas y pertrechos.

Viajando por caminos intransitables, por andurriales y despoblados; morando en los climas peores del mundo; luchando con aquella naturaleza ecuatorial tan exuberante cuanto malsana, el joven militar pasó los meses de Noviembre y Diciembre. A pesar de todo no desmayaba nunca su espíritu de observación; en todo se fijaba y le llamaba la atención, como lo demuestran los apuntes de su cartera.

Veamos algunos:

"Nóvita (1)—leemos,—es la capital de la Provincia de

(1) Fue también capital del Chocó y hoy es apenas un triste Municipio. En un principio el caserío habitado por los trabajadores de las minas estaba en las orillas del río Tamaná. Al fin del siglo XVII ó principios del siguiente fue trasladado al lugar que hoy ocupa, después de muchas vacilaciones y varios cambios. La

su nombre, la cual contiene pueblos de indios de poca importancia y 24 minas que pertenecen á varios sujetos de Popayán y Santafé y unas pocas á personas de este lugar. Estas minas están trabajadas por negros y producen mucho oro de buena calidad, pero dan poca utilidad, con motivo de la carestía de los víveres con que se mantienen los trabajadores. Tienen que llevar los comestibles desde el valle del Cauca. Sucede allí que los platanares no producen sino una cosecha por año y es preciso renovar la plantación inmediatamente. El maíz, que es alimento favorito de aquellas gentes, se da mal, y las mazorcas son muy pequeñas. Sin embargo, las frutas son todas dulcísimas y perfumadas; la piña (ananas) es la mejor del reino.

"La situación de esta ciudad—toda ella edificada sobre *barbacoas* (estacadas) para escapar de las inundaciones en tiempo de invierno—es malísima. Su única calle se extiende como cuatro cuadras por una hondonada que tendrá tres leguas de longitud y una de latitud (1). Sus casas son todas de paja y de *guadua* sin pañete; sólo hay una iglesia, pero en general la gente de este país tan abundante en oro cuida poco de la Religión y de la moral.

"Se trata de fundar ó trasladar la población á orillas del río Tamaná, en donde tuvo su principio, á un sitio llamado San Felipe, y me aseguraron los vecinos que trabajaban activamente para dar cima á aquel proyecto (2).

humedad de los terrenos circunvecinos hace que tengan que vivir en la parte alta de las casas y que su clima sea uno de los peores del mundo. Goza de una temperatura de 27 grados centígrados por término medio.

(1) Tiene una temperatura ardiente de 26 grados centígrados por término medio.

(2) No fue sino cerca de medio siglo después que trasladaron definitivamente la población de Nóvita al sitio llamado de San Felipe.

"Enero 16 de 1820.

"Hoy salí de Nóvita con mis compañeros. Hasta las tres de la tarde aguardámos en la Bodega al Coronel Cancino que debería llegar hoy. Pero como no parecía y urgía continuar el viaje hice cargar las canoas y embarcándonos en el río Tamaná continuámos el viaje.

"El río *Tamaná* se compone del *Habitá* y el *Ingará*; es de corrientes muy rápidas y peligrosas, pero de aquí para abajo su navegación no es difícil. A dos leguas de Nóvita le caen los arroyos de *Santa Rosa* y el *Zancudito*. Las riberas del río están cubiertas de espesísimos bosques, pero á trechos se ven algunas chozas de los negros trabajadores de las minas, unos todavía esclavos y otros libres ya. No usan más vestido que una tercia de bayeta de colores que se atan en torno de los muslos y que llaman pampanilla. Además de estas chozas de los negros se encuentran algunos caseríos de indígenas, restos de la raza de los *chocoes*, antiguos habitantes de este rico y montuoso país. Me dijeron que estos indios aún conservan las costumbres de sus antepasados; y al pasar les ví teñido el cuerpo con fajas del zumo de una hierba que llaman *yagua*, que produce un color negro casi indeleble. No se les ha olvidado todavía la lengua de sus antepasados, como ha sucedido con casi todos los antiguos pobladores de nuestro continente.

"A las cinco de la tarde llegámos á las bocas del Tamaná, en donde este río desagua en el caudaloso San Juan (1). Nos quedámos esa noche en sus orillas en una casa grande. Estando allí recibí un *chasqui* que me enviaba el Gobernador con una orden para que continuase marcha hasta el Citará (2) á cumplir una comisión.

---

(1) El Tamaná surge de la gran Cordillera y nace en las inmediaciones del cerro que lleva su mismo nombre.

(2) Hoy se llama aquella población *Quibdó*. Fue el lugar en

"A la mañana siguiente me despertó el bellísimo canto de los innumerables pájaros que pueblan aquellas soledades y cuyas voces me eran desconocidas porque sólo habitan esos bosques......"

—

Relata en seguida brevemente las circunstancias de su viaje, nombra los puntos más notables del tránsito hasta su llegada á las orillas del río San Juan.

"Allí—dice—se levantan bosques tan tupidos que no dan campo á que penetre la luz del sol, y son patria (como sucede en todo este país) de un sinnúmero de reptiles venenosos: víboras de diferentes especies que atacan al hombre en lugar de huírle, como hacen en otras partes, y cuya mordedura es mortal, si no hay cerca un curandero indígena que sepa dar el contraveneno que sólo ellos conocen. Los *cien pies* y las arañas crecen allí de una manera extraordinaria, y hasta la picadura de las hormigas es peligrosa. En compensación ¡qué profusión de bálsamos, resinas y aceites exquisitos se encuentran en estas montañas, cuyas virtudes sólo conocen los indígenas! En cuanto á maderas las hay magníficas, algunas incorruptibles al aire libre y que se petrifican dentro de la tierra. Los árboles de que hacen canoas son tan enormes, que hay algunas que cargan hasta doscientas arrobas, y uno navega en ellas con tanta comodidad y holgu-

donde residían los indios *citaraes*, catequizados por los Jesuítas en 1654. Actualmente es capital del Municipio de Atrato, en el Departamento del Cauca. La Geografía de Codazzi, publicada por D. Felipe Pérez en 1863, da 8,500 habitantes á Quibdó, y dice que tiene una temperatura media de 29 grados centígrados; pero según otros informes es más cálido todavía. En el Diccionario geográfico de Esguerra, (publicado en 1879), dicho autor dice que la ciudad sólo cuenta 300 casas (es decir, la cuarta parte menos que en 1820), y la poblaban 6,856 habitantes: 1,644 almas menos que en 1863.

ra, que se puede sin dificultad ir resolviendo un problema con el compás en la mano. Los habitantes de estos sitios saben manejar las embarcaciones perfectamente; para ellos los ríos son caminos que comunican entre sí los caseríos, y cada dueño de casa posee una ó dos canoas como en otras partes se tienen asnos y caballos de carga.

"Esta Provincia está cruzada por un enjambre de ríos y de corrientes que unas desaguan en el Océano Pacífico y otras van á llevar sus aguas al Atlántico. Esto ofrece mil comodidades para el comercio. Además, casi todos los ríos corren por terrenos bajos, y son tan caudalosos que se puede navegar desde sus cabeceras.

"El 19 de Enero llegámos al Citará á las cinco de la tarde. Di cuenta de mi comisión y encontré una orden apremiante del Coronel Cancino para que partiera á ocuparme en fortificar un punto ventajoso sobre las riberas del Atrato. Sin embargo, tuve que detenerme en el Citará un día entero mientras que se conseguían algunas cosas necesarias para cumplir bien mi comisión.

"El Citará (Quibdó) es la capital del Chocó. Cuenta unas cuatrocientas casas, todas de paja. El carácter de sus habitantes es como el de todas las gentes de estas Provincias, á saber, sumamente hospitalario, y yo tengo que agradecerle mucho sus cuidados á la población. Las mujeres, aunque sean damas, andan descalzas. Los hombres no tienen más diversión que jugar á los gallos. El día que pasé allí era de fiesta, y los indios de los alrededores concurrían al pueblo. Estaban todos pintados de colores con figuras horribles, y bailaban una danza, imagen de la guerra, según la costumbre que les habían transmitido sus antepasados" (1).

(1) Todavía se encuentran aquellas tribus indígenas en el mismo estado de salvajismo en que los vio Acosta hace ya cerca de ochenta años. La civilización no ha logrado penetrar en esos lugares, ni penetrará jamás mientras existan aborígenes america-

El 27 de Enero arribó al sitio que debía fortificarse, en la desembocadura del río Murrí en el Atrato. Allí hace este último un recodo que parecía lugar estratégico y fácil de parapetar contra los ataques del enemigo.

Sámano se encontraba en Cartagena y desde allí dirigía operaciones contra los republicanos del centro del antiguo Virreinato y enviaba fuertes expediciones por el Magdalena y el Cauca. En el Chocó se tuvo noticia de que entraban por las bocas del Atrato y subían el río algunos buques de guerra con fuerzas que deberían internarse hasta el Valle del Cauca. Era preciso, pues, á todo trance impedir aquello.

" Los españoles, dice Acosta en su Diario, habían levantado en Cartagena una expedición de 200 hombres y venían con una lancha cañonera y cuatro buques más de guerra á invadir el Chocó. Tardarían en llegar á lo más quince días, y nosotros nos hallábamos en la fortaleza improvisada sin municiones, sin pertrechos y por junto apenas contábamos cuarenta soldados. Las Provincias de Antioquia y del Valle del Cauca no podían socorrernos, porque no había tiempo de avisarles. Pero el entusiasmo por la libertad y el amor á la patria, todo lo pueden."

—

Estando ocupado en la obra de la fortificación, recibió orden de ir con cuatro canoas á auxiliar la goleta *Diana*—que conducía mercancías de Jamaica á Quibdó—y que había encallado por allí cerca. Bajó inmediatamente el río y dos días después avistó y abordó la *Diana*, la cual lograron salvar y conducir hasta cerca de Murrí.

Recibido muy bien por el Capitán y Segundo, que parece que eran hombres cultos de la Nueva Orleans y

---

nos. Hay razas que son rehacias á la civilización, y es preciso que éstas se crucen con la blanca progresista para que las poblaciones adelanten.

la Habana, se aprovechó de los conocimientos prácticos que éstos tenían de los países extranjeros para hacerles mil preguntas é instruírse en cuanto pudo.

Entretanto, el jefe de la fortaleza, el Comandante Gamba, partió para el Citará, dice Acosta, "á enganchar algunos soldados más, traer la artillería que pudiese hallar, y fundir todo metal que encontrase para hacer balas (1). Yo me quedé en Murrí con la guarnición, un cañón grande y cuatro pequeños que habíamos sacado de la goleta. Situé éstos lo mejor que pude para defender la posición; felizmente los indios de los contornos se manifestaron en esta ocasión muy adictos á la independencia, y nos enviaron alguna pólvora."

—

Apenas había regresado el Comandante Gamba á Murrí cuando al fin de Enero y al empezar el mes de Febrero se presentó el enemigo al frente de la fortaleza, y la atacó briosamente con un cañón de á veinticuatro que llevaba. Los españoles no aguardaban que la improvisada fortificación pudiera defenderse con tanto valor. Durante diez días se vio asediada la valiente guarnición de Murrí por las fuerzas españolas, sin que lograsen amilanarla, á pesar de lo exiguo de sus recursos. Viendo aquello y temiendo sin duda que llegasen á auxiliar á los patriotas de la capital del Chocó, el Comandante español, después de sufrir algunas pérdidas, resolvió retirarse.

Al ver que el enemigo se alejaba, los patriotas pensaron que aquello lo hacían para obligar á la guarnición á

---

(1) Nicolás Gamba Valencia era natural de Cartago y servía á la causa de la Independencia desde 1814. Cuando los patriotas fueron vencidos en todas partes en 1816, Gamba se ocultó, y en 1819 volvió á presentarse para servir en las filas de los patriotas. Sirvió en el Chocó hasta 1821 cuando se unió á Sucre á su paso por el Cauca, pero tuvo la desgracia de morir ese mismo año en la acción de Guachí el 12 de Septiembre.

salir á perseguirlos, y entonces, fuera ya de los parapetos, acabar con ellos. Permanecieron, pues, detrás de los muros del pequeño fuerte, aguardando á que regresasen, pero no fue así; los españoles habían partido definitivamente, y cuando Gamba dio orden de que se pusieran en marcha para perseguirlos, era ya demasiado tarde, y se devolvieron sin haber logrado alcanzarlos.

Acababa de suceder todo aquello y se felicitaban mutuamente con el éxito feliz de la defensa de Murrí cuando vieron llegar al Coronel Cancino en su auxilio, llevando cien hombres y pertrechos para reforzar á los sitiados.

Hallábase Cancino en el puerto de Buenaventura, ocupado en recibir la fragata llamada *La Rosa de los Andes*, comandada por el Capitán inglés Juan Illingworth (1) (que llegaba de Chile á socorrer á los patriotas) cuando tuvo noticia de que los españoles habían atacado ya el fuerte de Murrí, por entonces llave del Cauca que era preciso defender á riesgo de ver invadida esa parte de la República encomendada á sus cuidados.

—

CAPITULO V

EXPEDICIÓN Á LA ISLA DE LA PROVIDENCIA
1820

A pesar del triunfo obtenido por el entonces Comandante José María Córdoba en Chorros Blancos, de la ruina de la escuadrilla española ejecutada por el Comandante Maíz, del Coronel Mantilla y otros patriotas, con lo

(1) El Capitán Illingworth que al radicarse al fin de la guerra de la Independencia en el Ecuador, cambió su nombre por el de Illingrott (sin duda para castellanizarlo un poco), pertenecía á una familia respetable de Inglaterra.

cual quedó libre todo el Alto Magdalena, á pesar del buen éxito de la defensa de Murrí, la causa de la Independencia tenía mucho que temer de los realistas, y carecía de recursos y de armas. El Coronel Cancino había enviado á Chile un buque con el Capitán Antonio Muñoz con pliegos del Vicepresidente de Cundinamarca, haciendo presente al Gobierno de Chile la necesidad de que le vendiese el armamento que con urgencia se necesitaba para arrojar á los españoles del territorio colombiano.

Al mismo tiempo Cancino deseaba enviar á la isla de la Providencia algún mensajero inteligente y de su entera confianza para que conferenciase con el llamado Almirante Aury, que debería hallarse á la sazón en aquella Isla, la única en el mar de las Antillas que no estuviese en favor de los españoles. Con motivo de la conducta enérgica que el joven Acosta había tenido en el sostenimiento de Murrí y de la actividad é inteligencia que había manifestado desde que se hallaba á sus órdenes, resolvió nombrar á éste para que desempeñase tan delicada misión (1).

(1) Instrucciones á que debe arreglarse el Subteniente ciudadano Joaquín Acosta en su comisión cerca del Almirante Luis Aury, de Providencia:

1.° Pondrá en manos del expresado señor dos pliegos y algunos papeles públicos que lleva consigo;

2.° Le informará del estado político del Reino todo, poniendo delante la libertad y franqueza con que puede aproximarse á las bocas de este río, entrar en comunicación con el Supremo Gobierno y tratar á la vez con el Comandante de la fragata *Los Andes*, procedente de Chile;

3.° Le hará presente que siendo éste el único puerto libre que sobre el Océano cuenta la Nueva Granada, se le ofrece esta ocasión de renovar sus servicios subiéndolo y protegiendo el comercio y las comisiones del Gobierno;

4.° Sin embargo de que aguardamos un gran número de elementos de Chile y también de Santafé, como por la distancia llegarán tarde para nuestras breves operaciones, y presentándose ahora la ocasión de hacer desaparecer la guerra del Sur, con el

Acosta se puso en marcha casi inmediatamente, llevando muy pocos recursos y víveres en la canoa que le sirvió de vehículo para transportarle por el Atrato abajo hasta el golfo de Urabá.

Sin más novedad que las naturales en aquel clima de fuego, y recorriendo con dos indígenas las soledades de las riberas entonces completamente salvajes del Atrato, el 20 del mismo mes llegó á las bocas de ese inmenso, caudaloso é imponente río. Allí encontró un mensajero que había mandado adelante para que le diese aviso de la situación de los españoles en el golfo de Urabá. Este

---

auxilio de este digno Jefe, le encarecerá lo necesario por lo pronto para el cumplimiento de nuestros proyectos;

5.° Con especialidad pedirá cuarenta mil cartuchos de fusil, y si no pólvora y plomo en parte para completar este número; fusiles, doce piezas de artillería de calibre de á 12 á 24 con sus correspondientes dotaciones; marineros; oficiales de marina; jarcia; carpinteros de ribera y galafates para cuatro buques con alguna tropa de línea y 400 fornituras;

6.° A los talentos y acreditada prudencia de este Jefe abandonará la meditación de las consecuencias tan favorables que resultarán á la Nueva Granada y á la causa entera de la nunca vista comunicación entre los escuadrones del Norte con el Sur por el istmo de Tupicá;

7.° A los cuatro días de su llegada debe volverse con los auxilios que por lo pronto se le presten, en un buque, ya sea en calidad de los servicios que comenzará á hacer este señor, ó por el justo precio, que será satisfecho á su llegada;

8.° Si por algún acaso no estuviere el Almirante allí, y se hallase cerca, podrá detenerse hasta diez días con la certidumbre de que podrá volver, y si no, seguirá á Jamaica, y entregando al ciudadano Cabero el pliego, se interesará con él sobre el envío de quinientos fusiles con sus fornituras, y cuarenta mil cartuchos, y regresará de allí en el primer barco que venga.

Traerá además cuatro cornetas con sus instrumentos, cuatro clarinetes y dos trompas del mismo modo.

El Comandante General del Chocó,

J. M. CANCINO.

Murrí, Febrero 7 de 1820.

le dijo que el Capitán Varela (1), que andaba por allí en misión del Gobierno, le aguardaba en la bahía del Limón (hoy Colón) para darle razón circunstanciada de las operaciones del enemigo, y proporcionarle barco para atravesar el mar y víveres suficientes para que pudiese seguir hasta la Providencia.

Continuaron marcha por las orillas del Golfo navegando toda la noche, hasta que á la madrugada llegaron á un caserío de indígenas. Los bogas se resistieron á seguir adelante sin llevar consigo víveres. Atracaron en aquel punto y se internaron en el vecino bosque con el objeto de cazar y de verse con la tribu indígena que vivía adentro de la tierra, en donde dijeron que encontrarían recursos.

A las pocas horas volvieron los cazadores con un pequeño jabalí y una perdiz que habían matado. Pero, á pesar de esos víveres, los *bogas* resolvieron quedarse allí dos días en negocios propios, sin que Acosta pudiese obligarles á continuar marcha. Mientras tanto el impaciente oficial no quiso perder tiempo y se ocupó—dice en su Diario—en estudiar las costumbres y la lengua de los indios que habitaban aquel territorio. "La lengua de los indios *cunas*—escribe en sus apuntes— es muy armoniosa, aunque pobre. Esta tribu se manifiesta muy decidida por la causa de la patria. Comercia con los ingleses, cambiando carey y cacao por vestidos, cuentas y escopetas. Cada indio posee su arma de fuego y la sabe manejar. Las mujeres son bien parecidas y se adornan con cuentas de colores. No tienen Magistrados, sino que los ancianos juzgan,

(1) Era éste sin duda Angel María Varela, patriota americano, natural de Buga. Había entrado á servir en los ejércitos independientes en 1811; hizo todas las campañas del Cauca, hasta que en 1816 claudicaron los patriotas. Presentóse nuevamente á hacer parte de los ejércitos independientes después de la batalla de Boyacá, y sirvió mucho en el Cauca en los subsiguientes años.

condenan y castigan á los delincuentes. Son muy humanos con los amigos, pero manifiestan un odio mortal á los españoles. A mí me saludaron llamándome *hermano.* Los hombres se visten con camisas y calzones que cambian por carey y otros productos que venden á los ingleses..........." (1).

En este punto hay algunas páginas del Diario completamente ilegibles, borradas por el agua del mar y desteñidas por el tiempo.

En otro cuaderno continúa el Diario desde el día en que avistó la isla de la Providencia, á las cuatro de la tarde del día once de Marzo.

Esa tarde no pudieron saltar á tierra por estar la Isla rodeada de escollos y ser muy peligroso el arribo á aquella hora. Tuvieron que hacerse á la mar afuera, y no fue hasta el día siguiente después de medio día que al fin logró desembarcar.

El Almirante Aury (2) le recibió muy bien, le llevó á su casa, le agasajó lo mejor que pudo, y esa noche dio un baile para celebrar las noticias que llevaba de los triunfos obtenidos por los independientes sobre los realistas.

"La isla de Providencia—escribe Acosta—está rodeada de escollos, salvo en dos pequeños canales; el uno por donde se entra á la bahía, y el otro que sirve para que

---

(1) El señor Ernesto Restrepo estudió hace algunos años las costumbres de esos aborígenes, en medio de los cuales pasó muchos días; pero según sus observaciones, aquellas tribus no han adelantado un paso desde 1820.

(2) Como hemos visto en las Instrucciones dadas por el Coronel Cancino á Acosta, este Almirante Aury se llamaba Luis y no *Tomás*, como leemos en la Geografía de Codazzi y Felipe Pérez y en el Diccionario de Esguerra. Además, mal podía enviar el Gobierno republicano de Cartagena un Gobernador llamado Tomás Aury á gobernar las islas de San Andrés, Providencia y Santa Catalina, cuando aquella plaza (la de Cartagena) estaba entonces en poder de los españoles.

los barcos penetren á hacer agua en un riachuelo, pero ambos necesitan práctico. La Isla mide 20 millas en circunferencia y es muy árida. Produce, empero, algodón, cocos y café. Antiguamente apenas tenía tres plantaciones, pero desde que los corsarios la hicieron su cuartel general ha aumentado mucho su población y hoy se encuentra fortificada" (1).

—

Entretanto que Aury meditaba en la propuesta que le mandaba hacer el Gobernador del Chocó, el Corregidor de la Isla, llamado Mr. Livingston, y los capitanes de los catorce buques de guerra, corsarios todos, que se hallaban surtos en el puerto, hacían mil atenciones y obsequios al militar independiente.

Viendo que se pasaban los días y el Almirante Aury no daba trazas de contestar á las instancias de Acosta, éste le pidió una respuesta categórica y clara, á la cual el otro le hacía promesas y le detenía uno y otro día, difiriendo para el siguiente los auxilios ofrecidos. Sin embargo, desengañado al fin y sin haber obtenido otra cosa que no fueran promesas vagas en cambio de los privilegios que pedía al Gobierno, resolvió regresar al Chocó y arregló su pasaje con el dueño de una goleta—Mr. J. Cohen—que comerciaba con las costas del golfo de Urabá.

Se hicieron á la vela el 16 de Mayo.

—

"Mr. Cohen —escribe— llevaba un cargamento de

---

(1) Hállase la Providencia en el mar de las Antillas y forma frente á la laguna de Chiriquí un *Territorio* perteneciente al Gobierno de Colombia, junto con otras dos islas: San Andrés y Santa Catalina. Parece que fue descubierta por Cristóbal Colón en su cuarto viaje. Los indios la llamaban *Abacoa*. Frecuentada primero y después fortificada por los corsarios y piratas, aquellas Islas sirvieron siempre de guarida á los bucaneros. Hoy está en gran parte habitada por negros prófugos de las islas de las Antillas.

mercancías á la costa de San Blas, en donde trocaba los géneros europeos por las producciones naturales del país."

......."Presencié—dice más lejos—el cambio de mercancías, y fuí testigo de la buena fe de los indios. El negociante entrega sus mercancías á dos ó tres indios, diciéndoles apenas el precio de ellas. Estos las reparten inmediatamente á sus compañeros según las necesidades de cada uno. El buque se marcha en seguida y vuelve un mes después (esto se hace casi siempre en el mes de Mayo, por ser la época de la pesca de la tortuga de carey) y ya están los indios aguardando para entregar fielmente el precio estipulado.

"El día que llegámos se recibió en aquella Costa un despacho del Gobernador del Chocó, nombrando al Cacique Cuipana, Gobernador general de todos los indígenas del Darién. El Cacique era un anciano muy respetable, y yo me propuse, ayudado por Mr. Cohen, secundar las miras del Gobierno, quien deseaba ganarse las simpatías de aquellos indígenas. Con ese objeto, era preciso hacerle reconocer con la mayor pompa posible.

"Convocámos solemnemente á todas las tribus vecinas; izámos el pabellón nacional; se hicieron descargas de artillería; se les leyó el despacho del Gobernador y una proclama; y por último, para que la fiesta concluyera alegremente, Mr. Cohen les regaló una damajuana de ron.

"El Cacique recibió el bastón, símbolo de mando, con muchas señales de aprecio, y sus súbditos estuvieron disparando tiros hasta las diez de la noche."

—

Al siguiente día de aquella fiesta Acosta se despidió del Capitán Cohen, muy agradecido con el trato que había recibido á bordo de su buque, "en donde—

dice—estaba alojado como un príncipe." Tan mal lo había pasado en los últimos meses, que le parecía regía la vida que llevó en una miserable goleta mercante!

Entretanto que los indígenas convertían un grueso tronco de árbol en una canoa, la cual debería servirle para remontar el Atrato, él se entretenía en visitar los pueblos de indios circunvecinos, haciéndoles preguntas acerca de su lengua, de sus creencias y de sus costumbres, y yendo con ellos á caza en el interior de la montaña.

—

"Los alimentos de aquellos indígenas—escribe en sus apuntamientos—consisten principalmente en una masa molida de plátano maduro con maíz cocido, lo cual deslíen en agua cuando tienen hambre y pueden llevarlo fácilmente en sus excursiones. En las bocas del Atrato abunda tanto el pescado que los bogas ponían la olla al fuego antes de tener nada que echar dentro. Pero mientras que se calentaba el agua arrojaban el anzuelo al río y en el acto sacaban los peces que se necesitaban para los circunstantes, sin que jamás faltase alimento abundante."

—

Empezó á navegar Atrato arriba el 30 de Mayo. El invierno—ó estación lluviosa—se desencadenó sobre aquellas regiones con una fuerza como no se experimenta en ninguna otra parte del globo. En la travesía para ir á buscar una de las bocas del Atrato estuvo á punto de zozobrar; la canoa fue atacada por una fuerte borrasca, á cuyos golpes se consumió á medias; los bogas perdieron los remos y el timón se descompuso. Merced á la pericia y sangre fría de aquellos hombres enseñados á semejantes aventuras, lograron, sin embargo, arrimar á la costa y atar la canoa contra una roca, mientras que pasaba la mayor violencia de la tempestad.

El Atrato nace en la Cordillera Occidental, á grande altura sobre el nivel del mar. Al bajar á la parte llana del Chocó va recibiendo caudalosos ríos, cuya cantidad de aguas crece sin cesar y se convierte en uno de los ríos más grandes de la América del Sur. De los sesenta y seis miriámetros que recorre este río, sólo en los primeros ocho no se puede navegar. Hoy lo surcan hermosos vapores que suben fácilmente la corriente del río.

No bien empezaron á subir el Atrato, cuando experimentó los más terribles sufrimientos, causados por la estación: de día el calor era sofocante, que no refrescaban las tormentas nocturnas. No bien oscurecía, cuando el cielo parecía venirse abajo con la lluvia que descargaban las nubes; al mismo tiempo el viento, los continuos rayos y descargas eléctricas no le dejaban dormir, ni tampoco se lo hubieran permitido los zancudos que le rodeaban. Para no ser devorados por estos insectos abominables, no podían detenerse en las orillas, y á pesar del temporal era preciso continuar marcha sin descanso.

—

"Las riberas del Atrato—escribe—son desapacibles en la parte baja, y no se oye allí sino el canto fúnebre de los monos; el desagradable silbido del alcatraz; el monótono caer de los aguaceros sobre las ramas de los árboles; el zumbido de los insectos; el estridente grito de los rayos y el sordo retumbar de los truenos.....

"Llegámos á la Vigía el 4 de Junio en medio de una terrible tormenta. Después de cinco noches en claro sin haber dormido absolutamente nada, cuando comprendí que podría descansar algunas horas me sentí feliz. Sin embargo, en aquel lugar no había comodidad sino para permanecer algunas horas, y mientras que conseguía una canoa para continuar mi viaje me trasladé al caserío de Murindó. Los indios que venían acompañándome desde el Golfo de Urabá no quisieron seguir y resolvieron devolverse.

"Murindó dista cuatro leguas de la Vigía, y, como todas las poblaciones del Chocó, es en extremo miserable. Se halla situada sobre la margen de un río de su mismo nombre; sus habitantes tienen crías de cerdos, algún ganado vacuno y plantaciones de caña de azúcar y platanares."

—

Dos días después de haber salido de Murindó llegó á Murrí. Allí encontró conocidos y amigos, y con alguna comodidad continuó viaje hasta Quibdó. En aquel lugar le aguardaban órdenes del Gobernador Cancino para que fuese al valle del Cauca á darle parte de su comisión. Al mismo tiempo recibió cartas de su familia, periódicos y le dieron noticia de las ocurrencias políticas en los últimos meses. Supo, pues, que desde el 12 de Febrero la mayor parte de la provincia de Antioquia estaba libre, gracias al valor de los patriotas; que el Libertador había regresado á Bogotá en el mes de Marzo y allí, durante los diez y ocho días que permaneció, había alcanzado, con su maravillosa actividad, á organizar las fuerzas que deberían obrar contra los realistas en Nueva Granada.

Pero al mismo tiempo se tenía noticia cierta de que Morillo, á la cabeza de 14,000 hombres perfectamente armados y municionados, se había apoderado en Venezuela de las mejores posiciones; en tanto que Bolívar no poseía pertrechos de guerra y no tenía de su parte sino el entusiasmo, la audacia y el amor de sus tropas.

Afligíanse los patriotas de la situación de Cartagena en manos de los realistas, y de las hostilidades del General Calzada, que era dueño de todo el Sur de la provincia del Cauca. El estado político de la naciente República era en extremo peligroso; y para vencer era preciso que toda la Nación hiciese un esfuerzo constante y simultáneo, y que todos los ciudadanos cooperasen por su parte en la obra redentora.

El día 17 de Junio Acosta se embarcó en el Atrato, y al llegar á las bocas del río Quito siguió por éste, le subió durante tres días, atravesó el istmo llamado de San Pablo, que sólo mide poco más de cinco miriámetros, y se embarcó en el río San Juan, magnífica corriente de caudalosas aguas que se arroja en el Océano Pacífico por siete bocas.

—

"El San Juan—leemos en el Diario que venimos examinando—después del Atrato, es el río más grande de estas provincias. Ambos nacen en la misma Cordillera, divídense después, y el uno riega ó más bien inunda la provincia del Citará y va á arrojarse en el Atlántico, mientras que el San Juan corre y fertiliza la provincia de Nóvita para ir á desembocar en el Pacífico. Las riberas de este último río son generalmente más risueñas y menos monótonas que las del Atrato.

"Pasámos por Noánama, población que apenas cuenta cuarenta casas y se compone de indios, zambos y mulatos. Era ese el sitio en que habitaban los antiguos noánamos, cuyos restos aún se conservan. Allí me detuve para oír misa apenas, y después continué mi navegación río abajo."

—

Al llegar al río Calima, abandonó el curso del San Juan para subir por ese río; siguió después por tierra hasta el extremo de la bahía de Buenaventura, entonces despoblada, pues la actual ciudad no se fundó hasta 1821.

Atravesó la silenciosa y entonces montuosa y salvaje bahía, buscó el río Dagua y empezó á subir por ese río. Aquella navegación, que es una de las más peligrosas del mundo, con motivo de los saltos, remolinos y violentísima corriente, la hizo, sin embargo, Acosta sin descansar día y noche. Llegó el 25 de Junio á las Juntas, en la confluen-

cia del Dagua con el Pepita, en donde descansó algunas horas.

Durante los últimos días de viaje le habían acometido fiebres que le quitaban las fuerzas y aun el sentido durante horas. A pesar de sus sufrimientos resolvió continuar su marcha, para lo cual llevó consigo mulas y cargueros. Cuando le acometía la fuerza de la fiebre se hacía cargar y al pasar el acceso montaba nuevamente; así fue que no perdió tiempo y en breve llegó al valle del Cauca.

—

Veamos el Diario:

"A medida que penetraba en el valle del Cauca y dejaba atrás los climas ardientes, me sentía revivir. El aspecto de las llanuras limpias de selvas y las risueñas campiñas de tendidos pensiles me llenaba de íntimo gozo. Después de haber permanecido seis meses consecutivos en medio de bosques espesos, sin ver otra cosa que peñascos salvajes, torrentes desbordados, animales silvestres, insectos dañinos, rodeado de negros y de indios montaraces y viviendo siempre en climas ardientísimos, la vista de aquellos terrenos cultivados; el oír el mugir de las vacas que pacían tranquilamente en los floridos prados; la contemplación de las casas pintorescas habitadas por gente vestida y un tanto civilizada, y la esperanza de llegar pronto á lugares más propicios, todo esto junto produjo en mi alma agradabilísimas sensaciones."

—

En un lugar llamado Porquera encontró un sargento y dos soldados que enviaba el Gobernador Cancino en su auxilio y para que lo acompañasen hasta Cali, en donde se hallaba á la sazón el Gobierno de la Provincia.

—

CAPITULO VI

OPERACIONES MILITARES EN EL VALLE DEL CAUCA. 1820 Y 1821

Acosta llegó á Cali el 5 de Julio.

"Cali,—escribe en sus apuntes diarios—nueva Capitanía de la Provincia del Cauca, está situada en una explanada muy bella y posee ríos clarísimos y abundantes víveres. En sus huertos se dan excelentes frutas; las riberas del río están sombreadas por altos cocoteros que le dan un aspecto oriental, ó al menos como las vistas de paisajes de Oriente que he solido ver" (1).

(1) Hoy día Cali es la más adelantada población del Departamento del Cauca. Hé aquí una descripción hecha hace pocos años por el señor Luciano Rivera Garrido:

"En su conjunto, Cali presenta el aspecto de una verdadera ciudad, á lo que contribuyen poderosamente los elevados muros y cúpulas de algunos de sus templos, la regularidad de sus habitaciones, cómodas y espaciosas generalmente, la rectitud y el aseo de las calles, más extensas de Oeste á Este que de Norte á Sur, y el hermoso puente de mampostería, con nueve arcos, que decora el bellísimo río. Vista á distancia, siempre he encontrado á Cali mucha semejanza con la linda ciudad de Padua, en Italia; si bien guardadas las respectivas proporciones por lo que respecta á la extensión del poblado y á la magnitud de los edificios, más considerables en la ciudad de Italia.

"Vista de la colina de San Antonio ó de cualquiera de las alturas que dominan la ciudad por el Poniente, Cali ofrece á las miradas que la contemplan, uno de los más bellos cuadros que pueden existir en el mundo entero. En primer término se muestra la ciudad, edificada en suave pendiente, con calles rectas, plazas espaciosas y coronada por las elegantes cúpulas y azoteas de algunos de sus templos, cortejados, como las mezquitas de Oriente, por palmas seculares y arboledas espesas que dan sombra y frescura á las habitaciones. Hacia la izquierda rueda sonoro el tumul-

Inmediatamente fue á presentarse al Gobernador para darle parte de su frustrada comisión. El Coronel Cancino le recibió con señales de afecto y aprobó enteramente la manera como había cumplido sus órdenes en la isla de la Providencia.

No bien salió de la presencia del Gobernador, cuando e joven militar tuvo que retirarse á su posada, casi moribundo. Veinte días permaneció en cama, gravísimamente enfermo de fiebres palúdicas de muy mal carácter. Felizmente encontró asistencia y cuidados en casa del señor Tomás Ortiz, y le recetó con singular esmero uno de los prohombres del Cauca, el señor Manuel José Núñez (1). Nombrado Teniente apenas se repuso de su

---

tuoso río, deliciosa corriente de cristal líquido, que desliza sus retozonas ondas entre praderas de un verde tierno, protegidas del sol por corpulentas ceibas; al rededor se extienden campiñas risueñas, realzadas por casitas y labranzas, y divididas por cercas de guaduas (*bambúes*), que señalan los términos de las diversas heredades, algunas de las cuales son quintas valiosas; del lado de Occidente levántanse orgullosos los formidables Farallones, colosal muralla de bronceado granito, inaccesible casi á las pisadas del hombre; y en lontananza, hacia el Norte, hacia el Sur, hacia el Oriente, dilátase anchuroso todo el alto Valle, con sus espléndidas llanuras, sus bosques apiñados, las cintas de plata de sus ríos y los brillantes espejos de sus lagos. En inmenso círculo, las dos cordilleras gigantes parecen ceñir con amoroso abrazo esa comarca privilegiada; y ya muestran aquí sus lomas salpicadas de manchas rojas, indicio seguro de la existencia del hierro; ya despliegan allá el lujoso ropaje de terciopelo que reviste sus flancos; ya se empinan audaces hasta el cielo como si pretendieran tocar la cristalina esferas que, cual solio divino hecho de azul y rosa, sirve de eterna cúpula á este santuario primoroso de la naturaleza americana."

(*Algo sobre el Valle del Cauca—Impresiones y Recuerdos*, página 39).

(1) Deseosa la que esto escribe que no se olviden los patriotas que trabajaron en formar la República de Colombia, siempre procurará dar alguna noticia, más ó menos detallada, de las perso-

enfermedad, cuando marchó á incorporarse en su Batallón, el cual estaba de guarnición en Popayán.

Desde principios de Julio, los independientes eran dueños de Popayán, ciudad que habían abandonado los realistas después de la batalla de Pitayó, ganada por el General Valdés sobre el Coronel Nicolás López.

Acosta llegó á Popayán el 31 de Julio, en el momento en que las tropas estaban formadas en la plaza con el objeto de defenderla del enemigo, que se decía se acercaba á atacar la ciudad. Después de aguardar sobre las armas durante algunas horas, se supo que había sido un falso rebato, y los soldados se retiraron á sus cuarteles.

El General Valdés le dio inmediatamente destino en la 2.ª Compañía del *Batallón de Cazadores*, y empezó á servir activamente en las marchas y contramarchas del Ejército.

El 8 de Agosto salió con su Batallón á una correría en los alrededores. Hallaron un destacamento realista atrincherado en *Las Piedras*, al cual, después de un corto tiroteo, desalojaron, y avanzaron en su persecución hasta la Cuchilla del Tambo, sitio de triste recordación para los patriotas (1). Sin haber logrado tomar prisioneros, regresó el Batallón á Popayán, con gran cantidad de pertrechos que habían abandonado las fuerzas enemigas.

---

nas que sirvieron en la causa de la Independencia. Permítasele recordar aquí que el doctor Manuel José Núñez consagró su existencia á la patria, sirviéndole con su propio peculio, enviando á dos de sus hijos á Quito, para que tomasen las armas en los Ejércitos patriotas: los cuales, en lugar de recibir sueldo del Gobierno, se sostuvieron durante toda la campaña con los recursos que les enviaba su padre desde Cali. Otro de sus hijos, Tomás, se hizo notable en las Cámaras Legislativas por sus talentos y palabra elocuente. Desgraciadamente, éste murió muy joven, en 1836.

(1) Aquí mismo, cuatro años antes—el 29 de Junio de 1816—Sámano batió á los independientes, y éstos se vieron definitivamente desbaratados por los realistas.

"Popayán—escribe en el Diario—está situada en el fondo de un valle muy fértil, que riega el río Cauca, á poca distancia de la población. Gózase allí de una temperatura deliciosa (18 grados centígrados, por término medio), y no solamente produce frutas muy dulces, sino que también lo son sus mujeres. Estas son bien parecidas, y su porte es en extremo señoril."

—

Empero, el General Valdés no estaba satisfecho con la población de Popayán. Su Ejército, mal disciplinado, se desmoralizaba en aquellas delicias de Capua. Sufría continuas bajas con la deserción de los soldados, y para evitarlo resolvió bajar al Valle del Cauca, en el cual, además, podría comunicarse más fácilmente con la capital, pues su posición allí era precaria y el enemigo se hallaba muy cerca.

El 21 de Agosto abandonó el Ejército la ciudad (1). Iba á su cabeza el General de Brigada Mirés. Valdés había partido adelante para preparar el paso de la tropa.

El historiador de la guerra de la Independencia, D. José Manuel Restrepo, critica á Valdés porque no atacó al Ejército realista en retirada. "Si Valdés, dice, persigue á los enemigos, la división española se hubiera dispersado por las enfermedades, por la falta de municiones y de recursos, y por la discordia que había cundido entre los Jefes y Oficiales." Sin embargo, según parece por los documentos particulares encontrados después, los patriotas no estaban, absolutamente, en situación de entrar en campaña.

El primer día, después de la salida de Popayán, el batallón pernoctó en Piendamó; el 24 llegaron á Quili-

(1) El Coronel—después General—Manuel A. López—en sus *Recuerdos Históricos*, dice que partieron el 16 de Agosto; pero es más natural que Acosta, que llevaba Diario, apuntara la fecha con mayor exactitud.

chao (1). Esta población ha cambiado de nombre varias veces, desde que la fundó el Conquistador Belalcázar en 1543. Este la llamó *Jamaica*, pero como era aquel sitio el habitado por los indios *Quilichaos*, recobró en breve su nombre indígena. Hoy, sin embargo, su nombre oficial es *Santander*. Estando allí el *Batallón de Cazadores* de Cundinamarca, recibió orden para que se acantonase en la ciudad de Buga.

Púsose el Batallón en marcha inmediatamente.

Poco después de haber salido de Quilichao, tuvieron que atravesar á vado el caudaloso río Palo, sobre el cual hoy día se encuentra un magnífico puente colgante, construído por un ingeniero del país.

—

"Desde allí—escribe el Oficial patriota—empezámos á sentir la abundancia del Valle del Cauca; los soldados —comparándola con las escaseces de Popayán—se manifestaban satisfechos y contentos. Después del hambre y las vigilias, al fin podían comer y dormir tranquilos y sin alarmas."

—

No bien llegaron á Buga (2), los Oficiales y Jefes se

(1) "Hállase situado *Quilichao* (*tierra de oro* en el dialecto de los indígenas de la comarca) en una posición ventajosa, á la entrada del Valle del Cauca por el lado del Sur, no lejos del río Cauca, cuyas feraces vegas son afamadas por la excelencia del cacao y del plátano que en ellas se produce, particularmente en los sitios denominados *Quintero* y *La Bolsa*. Por su aspecto material, si bien ha mejorado en los últimos años, es inferior, con mucho, á Cali, Buga, Palmira y Cartago.... El suelo del Municipio abunda en oro de elevados quilates; y si este precioso metal pudiera ser extraído por medio de procedimientos científicos, no hay duda de que aquello produciría en la comarca un movimiento comercial activo, etc."

(Véase Rivera, obra citada antes).

(2) "Esta población fue fundada por el Capitán español D. Domingo Lozano, á fines del siglo XVI. Demora á orillas del

dedicaron sin descanso á ejercitar las tropas bisoñas que tenían á sus órdenes. A veces gastaban seis horas consecutivas en el ejercicio y enseñanza, y volvían á sus cuarteles fatigadísimos con aquella faena.

Durante los ratos que Acosta lograba robar á sus faenas cotidianas, se dedicaba al estudio. Un médico de Buga, el doctor Domínguez, hombre ilustrado y estudioso, que poseía una biblioteca bastante rica, le permitió hacer uso de ella. Así fue que mientras que sus compañeros de armas pasaban sus ocios entregados á las diversiones y en jugar el miserable sueldo que recibían del Gobierno, él veía correr las horas ocupado en estudios serios, que preparaban su espíritu para el cultivo de las Ciencias Naturales, á las cuales debería después dedicar su existencia.

Después de haber permanecido por algún tiempo en Buga, sus Jefes quisieron aprovecharse de su actividad é inteligencia para encomendarle misiones de confianza á diferentes partes de la Provincia, las cuales cumplía siempre satisfactoriamente.

---

rumoroso y cristalino Guadalajara, en una vasta llanura, á corta distancia del río Cauca, y en la parte más angosta del Valle.... La población, de teja en su totalidad, ocupa un área considerable, y cuenta con siete templos, desprovistos de mérito arquitectónico .. Capital de uno de los Municipios más considerables del Estado (Departamento hoy) del Cauca, relativamente rica y poblada, la ciudad de Buga podría ser una población mucho más importante y adelantada, como que cuenta con medios suficientes para ello; pero sus hijos se interesan tan poco por el mejoramiento y progresos positivos de su terruño, que apenas si encontrarían leve diferencia en él sus abuelos, si dado les fuera levantarse de sus tumbas; ni uno solo erraría el camino de su antigua morada, y tibio aún hallaría el rincón que ocupó en vida. Salvo reformas de muy limitada significación en lo material, Buga continúa siendo la ciudad de Lozano, su fundador, la ciudad del siglo XVI, con todas las ideas añejas de aquellos remotísimos tiempos, y la fisonomía ceñuda é intransigente de una *dueña* española de la Edad Media." (Rivera, obra citada antes).

Así se pasaron los últimos meses de 1820.

Con frecuencia el joven militar pasaba algunas semanas en Cali, á donde tenía que dar cuenta de sus comisiones al Coronel Concha—Gobernador entonces de la Provincia del Cauca. Merced á la conducta enérgica, al patriotismo acrisolado de este militar, se mantuvo la Provincia firme bajo las banderas de la Independencia, á pesar de la proximidad de las tropas realistas.

La permanencia en Cali era en extremo agradable para Acosta; allí encontraba una sociedad selecta, y además cultivaba la amistad de algunos de sus compañeros de Colegio que se hallaban empleados en el Gobierno; pero esto no le impedía consagrar cada día varias horas al estudio y á la meditación solitaria de las bellezas de la naturaleza.

—

"Jamás—escribe el 1.° de Enero de 1821—ha sido el cielo de Cali tan bello como ahora! La primavera hermosea los campos y Flora derrama su perfumado aliento sobre esta hermosa ciudad! Cuántas veces á la luz de la luna clara y apacible me he recostado al pie del hermoso edificio de San Francisco, y dejándome llevar por el vuelo de mi pensamiento, he gozado de una tranquila hora de felicidad! Cual otro filósofo sobre las ruinas de Palmira, consideraba desde lejos las desgracias de los mortales, sin que nada terrestre parecía tocarme...... El viento sacudía suavemente las levantadas copas de las palmeras, produciendo aquella misteriosa armonía que Chateaubriand llama 'el lenguaje de las plantas'.... Y mientras tanto, la luna plateaba los muros y la elevada torre del templo...... Así permanecía solo, callado, pero dichoso, hasta que me retiraba á mi aposento, en donde me entregaba al sueño, para ver en él reproducidas las fantasías que poblaban las meditaciones de la velada. ¡Horas de hondo y dulcísimo contento, pasasteis para no volver!...."

—

Entretanto el General Valdés, urgido por el Vicepresidente General Santander, había marchado al Sur, con parte de la División que comandaba. Lo que deseaba el Gobierno era que los independientes atravesasen el Juanambú antes de que llegasen los comisionados oficiales con los Tratados celebrados entre el General Morillo y el Libertador en la Convención de Santa Ana.

Pero desgraciadamente los republicanos ignoraban la situación ventajosa en que estaban los realistas, los cuales, dueños de las alturas que dominan el peligroso paso de Jenoy, pudieron no solamente defenderse, sino destruír casi por completo el batallón *Albión*—compuesto de ciudadanos ingleses—y el de *Guías de Apure*—que habían peleado como leones durante toda la campaña. En aquellos tenebrosos desfiladeros perecieron ciento ochenta soldados y veinte Oficiales de lo más granado del Ejército. Entre éstos murieron dos amigos íntimos de Acosta, el Capitán Isidoro Ricaurte, su compañero de estudios, y un joven Gutiérrez, su amigo predilecto.

Enviado Acosta con un destacamento á Las Juntas á recoger los efectos de guerra que allí había, manifiéstase hondamente impresionado con aquel descalabro sufrido por las fuerzas independientes.

—

"28 de Febrero de 1821.

" Emprendí mi viaje, por orden del Gobernador, sumido en la más profunda melancolía. Subiendo por la colina de San Antonio, que domina la ciudad de Cali hacia el Poniente, llegué, hacia las dos de la tarde á la hacienda del mismo nombre. Halléla triste, solitaria, abandonada, como tantas otras, por motivos de la guerra. Mientras se buscaban caballerías, pues las nuéstras se habían cansado ya, yo me senté aparte á meditar tristemente en los acontecimientos políticos ocurridos últimamente, y también en los particulares. ¡Jamás había pasado un día

tan tenebroso! Todo lo veía negro, desconsolador y tan triste, que no alcanzaba á vislumbrar la más leve esperanza de mejorar de suerte......"

—

Una vez cumplida su comisión, regresó á Cali el mismo día en que aquella ciudad recibía al General Sucre, que iba á encargarse del Ejército del Sur. Con él llegaban los comisionados que iban á anunciar el armisticio de Santa Ana, lo cual fue de gran consuelo á los patriotas, puesto que aquello impediría que los realistas los atacasen por el momento, y tendrían tiempo de rehacerse.

La población de Cali recibió á Sucre con grandes señales de regocijo; diéronle varios bailes, "á pesar de estar en Cuaresma— dice Acosta—y ser aquella gente muy piadosa."

El Ejército del Sur se componía apenas de los restos de las tropas que se habían escapado después de la acción de Jenoy; formábanla sólo 586 hombres armados en parte con 314 fusiles.

Sucre entonces estaba en la flor de su edad: no había cumplido aún treinta y un años; era tan gallardo como amable, y tan valiente como cortés. Con este motivo, en breve se ganó todos los corazones caucanos, y durante su permanencia en Cali se granjeó las simpatías de toda la población. Y no solamente se hizo aceptar con entusiasmo por los patriotas, los cuales le ofrecieron recursos, sino que hasta los realistas se reconciliaron con la causa que él defendía. Además, por medio de cartas aplacó los ánimos de los enemigos, dirigiéndoselas muy conciliadoras al Obispo de Popayán, el cual había partido con los Ejércitos realistas y estaba en Pasto (1), y al Jefe de las

(1) El Ilustrísimo Salvador Jiménez de Enciso, Obispo de Popayán, se había retirado de su grey, urgido por los realistas, que le habían hecho creer que los independientes eran unos tigres que le maltratarían. Las palabras respetuosas que le dirigió el Ge-

fuerzas españolas D. Basilio García, de quien obtuvo lo que le pidió.

Al cabo de pocos días, Sucre había logrado reunir mil hombres, los cuales juzgó que le bastarían para defender á Guayaquil de los ataques de los realistas, pues esta ciudad no quedaba comprendida en el armisticio tratado entre Bolívar y Morillo.

Tocó á Acosta mandar la escolta de honor que debería acompañar á Sucre hasta Buenaventura. Salieron de Cali el 22 de Marzo.

—

"La marcha - leemos en el Diario—fue algo divertida. Iba en el Ejército una señorita de Chile, que regresaba á su patria, y todos los Oficiales, á porfía, tratábamos de hacerla agradable su viaje por estos despoblados y despeñaderos.

"27 de Marzo.

"Nos embarcámos en el Dagua con el General. Es éste un pequeño y tormentoso río, que parece una prolongada cascada; de suerte que las canoas que suben y bajan van arrastradas por en medio de un lecho de piedras, á impulsos de los esfuerzos de los bogas......

"En el puerto desembarcámos, pasámos á otras embarcaciones, y continuámos hasta el Saltico, en donde pernoctámos.

"29.

"Dormímos anoche en las Bodegas, y hoy llegámos al pueblo de La Cruz, que está situado sobre la orilla izquierda del río. Apenas se compone de unas pocas casas abandonadas. De aquí en adelante podemos navegar con mayores facilidades......

---

neral Sucre le hicieron comprender su falta, y en breve regresó á Popayán, en donde fue recibido con el respeto que merecía, á pesar de las excomuniones que había fulminado contra los patriotas.

"Al llegar frente á la isla del Cascajal, tuvimos que detenernos. El mar estaba muy alto y no se podía atravesar en canoa. Viónos uno de los tres buques que estaban fondeados en el puerto, y nos llevó hasta la incipiente población que se empieza á levantar en la Isla, y que cuenta una docena de casas y tambos.

"Esta bahía, que es muy segura, es capaz de abrigar una escuadra. Estaban allí tres embarcaciones, á saber: el bergantín *Ana Bolívar*, la corbeta *Emperador Alejandro* y una goleta mercante."

—

Ese mismo día Sucre fue convidado á un banquete á bordo de la goleta, y Acosta le acompañó con otros Oficiales del Ejército.

El 4 de Abril, Sucre se embarcó en el bergantín de guerra, con parte de la tropa que llevaba consigo, dejando la restante para que fuese en la goleta que se estaba aparejando para darse á la vela con dirección á Guayaquil.

"De buena gana—dice Acosta—hubiera acompañado al General Sucre á Guayaquil, pero soy militar y tengo que someterme á la disciplina, obedecer las órdenes superiores á todo trance."

Durante los pocos días que permaneció en aquel lugar, todo el tiempo que no ocupaba en sus deberes militares lo pasaba en la corbeta, en donde el Capitán poseía una pequeña librería, y éste le permitía permanecer algunos ratos entregado á la lectura, su pasión y único pasatiempo.

Una vez que por orden del Gobernador hubo entregado al Delegado del General Sucre la polvera, los vestuarios y algunos elementos de guerra que poseía allí el Gobierno, Acosta se apresuró á regresar á Cali, en donde debería ponerse á las órdenes del Coronel Cancino, para regresar al Chocó.

—

Como Cancino no estuviese en Cali, fue á buscarle á Buga. Allí éste le dio parte de que había sido nombrado Comandante General de Artillería en Guayaquil, y que Acosta debería partir con él, pues no quería separarse de su joven amigo. Sin embargo, antes de ponerse en marcha dio órdenes á Acosta para que fuese á cumplir una comisión importante y de confianza en Quibdó. Debería pasar por Buenaventura, en donde buscaría medios seguros para enviar ciertos pliegos que el General Sucre debía recibir lo más pronto posible.

Semejante noticia llenó de contento al joven militar, que ansiaba encontrarse en el foco de la guerra; así fue que se puso en marcha sin detenerse, llevando en el corazón la halagüeña esperanza de ir á combatir en Guayaquil, en lugar de pasar su vida cumpliendo oscuras comisiones en aquellas soledades y despoblados.

A fines de Mayo bajó nuevamente el Dagua, llegó á Buenaventura, cumplió su delicada comisión, buscó las bocas del San Juan y empezó á subir la corriente de ese río. Era la peor época del año para hacer aquel viaje, y tuvo que sufrir á la intemperie lluvias incesantes de noche; ardientísimo sol de día, y otras veces las crecientes repentinas de los ríos tributarios del San Juan lo ponían en peligro de zozobrar. En medio de todo era preciso luchar con la mala índole de los semisalvajes bogas, que solían desaparecer de la noche á la mañana, y con la plaga de zancudos y mosquitos y demás penalidades de aquellos climas enemigos del hombre.

El 21 de Junio llegó al fin á Quibdó. Esta población había cambiado de aspecto totalmente en el último año, y la encontró notablemente mejorada. Varios comerciantes de Jamaica habían establecido fuertes casas de comercio en aquel lugar, por el cual se introducían mercancías al Valle del Cauca. Ya los extranjeros llevaban allí comodidades de las cuales hasta entonces los habitantes del país

no tenían noticia, y además procuraban distraerse lo mejor posible dando bailes, paseos y banquetes, con la mayor frecuencia. Durante los veinte días que permaneció aquella vez el joven Teniente en Quibdó, no hubo una sola noche en que no asistiese á algún baile ó tertulia. Semejantes costumbres eran muy diferentes, por cierto, á la inercia y al retraimiento de sus habitantes cuando visitó la población la vez primera.

El objeto que llevaba Acosta á Quibdó era examinar los proyectos que había para establecer comunicación directa—por medio de un canal—entre el Océano Pacífico y el Atlántico. Este debería abrirse por San Pablo para unir las corrientes de los ríos Atrato y San Juan. Acosta encontró allí un ingeniero inglés, que no tuvo inconveniente en tomar la empresa á su cargo, y juntos estuvieron examinando el terreno por donde se creía que se podría abrir el canal.

Según el geógrafo Codazzi, el istmo de San Pablo apenas mide 6,133 metros de largo, y el canal sería de facilísima construcción por medio de represas hábilmente construídas.

Desgraciadamente, como sucede siempre entre nosotros, el Gobernador del Chocó que reemplazó al Coronel Cancino, no tomó interés en esa importante vía de comunicación, y abandonó la empresa. Sin embargo, los trabajos empezados entonces dieron lugar á que se abriese un pequeño canal, que llamaron de *Raspadura*, el cual, á pesar de estar obstruído en gran parte, sirve para que por él pasen embarcaciones pequeñas.

Quibdó había cambiado ciertamente en todo, pero Acosta anhelaba salir de allí para pasar á Buenaventura, en donde había quedado de aguardarle Cancino para seguir juntos á Guayaquil á tomar parte en la guerra. Activó, pues, en lo posible, los trabajos que le habían encomendado, y el 10 de Julio se puso en marcha con direc-

ción á Buenaventura. Se detuvo en Nóvita á cumplir una comisión; bajó de nuevo el San Juan; salió al mar, y con recio temporal abordó la isla del Cascajal, en donde empezaba á formarse la población llamada hoy de Buenaventura.

Con el Teniente Muñoz (sin duda José Antonio) (1) estuvo allí veinte días esperando la llegada del Coronel Cancino y haciendo gloriosos planes para lo porvenir. Al fin recibió una misión de su Jefe, quien le ordenaba que dejase allí su equipaje y se volviese inmediatamente á Cali, en donde Cancino ejercía interinamente la Gobernación de la Provincia del Cauca.

Todo el mes de Agosto y la mayor parte del de Septiembre lo ocupó Acosta sirviendo en diferentes distritos del Valle del Cauca; conduciendo tropas de uno á otro lugar; disciplinando reclutas y preparando alojamientos para los soldados que enviaba el Gobierno al Ecuador. Aguardaban las últimas órdenes del Vicepresidente para ponerse en marcha con Cancino cuando este último recibió una orden apremiante para que se hiciese cargo de nuevo de la Gobernación del Chocó, y al mismo tiempo se mandaba al joven Acosta que tomase á su cargo el empleo de Secretario de dicha Gobernación.

Semejante nombramiento, halagador y honorífico para un joven de 22 años, produjo en éste grandísima pena. Laméntase en su Diario de semejante contratiempo. Veíase obligado á renunciar á las glorias militares con que había soñado, para servir oscuramente en un cargo civil, sufriendo penalidades mucho mayores en el Chocó, que las

(1) Era este militar oriundo de Mompós. Se enroló desde muy joven en los ejércitos independientes. Hallábase entonces en Buenaventura, de regreso de Chile, adonde había ido en comisión á traer algunas embarcaciones que sirvieron para transportar las tropas de ese puerto á Guayaquil. Después de una vida bastante agitada murió, con el grado de Coronel (en Bogotá), en 1853.

que padecerían sus compañeros de armas en la ardua campaña del Sur.

Antes de salir de Buga, en donde se hallaba, asistió á una ceremonia muy interesante. Hacía un año que tenía á su servicio un indio de la raza *cuna* al cual había enseñado las verdades de la religión cristiana. Convertido al fin había pedido que lo bautizasen. Con aquel motivo los bugueños quisieron que la ceremonia fuese lo más solemne posible, y obsequiaron al joven Teniente con dos días de paseo y concurridos bailes.

—

"Las damas de Buga, escribe, se manifestaron como siempre superiores en educación y hermosura á las demás del Valle."

—

Catorce días gastó el Gobernador en el viaje de Cali á Quibdó. Durante éste, Cancino y su Secretario sufrieron las penalidades propias de aquellos climas maléficos; lluvia incesante y tempestades que no los dejaban dormir de noche y les impedían el paso de día; ríos desbordados, caminos intransitables y peligros incesantes en medio de cerradas montañas y desiertos.

—

CAPITULO VII

PERMANENCIA EN EL CHOCÓ COMO SECRETARIO DEL GOBERNADOR J. M. CANCINO.

1822.

Después de establecer con el mayor orden posible en aquellos tiempos su Gobernación, al empezar el año de 1822, Cancino quiso visitar punto por punto todos los Distritos de su Provincia. Se fijó, como era natural, en las minas principales de aquel país, en el cual el oro aparece con una abundancia como quizás no se encontrará en

ningún otro punto del globo terráqueo. Todas las corrientes que bajan de la Cordillera Occidental hacia el Atrato acarrean pepitas de oro de un tamaño inverosímil, y como rara vez se vieron en California en época de su mayor auge. Sin embargo, la naturaleza salvaje de un país en el cual no pueden vivir sanos sino los aborígenes y los negros, pondrá siempre inconvenientes al laboreo de aquellas minas riquísimas.

También las minas de platino, sustancia mineral tan rara en el mundo, podrían dar á Colombia pingües riquezas si se trabajaran las del Chocó con buen éxito.

—

"Acerca de lo que noté en las minas—leemos en el Diario de Acosta—escribí un estudio circunstanciado que fue enviado al Gobierno." (1)

En el mes de Abril Cancino se encaminó á Nóvita con intención de trabajar para que la población se trasladase á lugar más propicio. Sin embargo, no se logró lo que se deseaba: el Gobernador era poco querido de los vecinos ricos y los dueños de las propiedades más importantes, por lo general antiguos realistas que habían aceptado la independencia por necesidad; así era que resistían con manifiesta mala voluntad toda innovación que emanase de un agente del Gobierno republicano. No sucedía lo mismo con su Secretario, éste era el favorito de todos, nos decía hace algunos años una noble matrona que le conoció en aquella época en el Chocó (2). Su educación esmerada, su prudencia y cultura unidas á la cualidad para los antiguos realistas de que su padre había sido pe-

---

(1) La que esto escribe no pudo hallar los originales de aquel Informe en la Biblioteca Nacional de Bogotá.

(2) La señora María Josefa Mallarino de Holguín, hermana y madre de dos de los hombres que más se distinguieron en Colombia en la política.

ninsular, prevenía en favor del joven Acosta, de manera que era popular en la buena sociedad del lugar y muy querido por los pobres á quienes siempre procuraba proteger.

Poco después tuvo que ausentarse el Gobernador del Chocó; dejó en su lugar al Asesor doctor Uribe y al Teniente Acosta como Secretario, pues este último estaba al corriente de todos los negocios políticos y militares de la Provincia. Su situación en aquel oscuro destino no era empero de su gusto y veía con melancolía que sus amigos cosechaban laureles en los campos de batalla, unos al lado de Bolívar y otros con el General Sucre.

El Libertador se había hecho cargo de la campaña del Sur de Colombia; atravesaba las montañas de Berruecos; vencía (el 7 de Abril) en Bomboná y continuaba su marcha para unirse con Sucre que había vencido en Pichincha y libertado todo el Sur de la República.

—

"Me quedé—escribe en su Diario—sin tomar parte en la campaña de Quito; á pesar de que para obtener licencia para emprenderla hice esfuerzos inauditos con el Gobierno. Pero no sé adular para conseguir mis deseos, y bien preveo que con mi carácter, mi suerte será siempre la de sacrificar mi bien particular para servir á mi patria lo mejor que pueda en oscuros destinos. Mientras que mis compañeros recogen laureles en los campos de la gloria, á costa de sufrimientos mucho menores que los que yo padezco aquí, ¿qué es por cierto exponer su vida para ganar la gloria delante del enemigo, en comparación de una vida entre negros y salvajes, en un clima mortífero y rodeado de riesgos prosaicos y repugnantes? ... Sin embargo, no me quejo.... Resignado veré desde aquí el desenlace de la cosa pública, y elevaré mis votos al cielo para que la Providencia proteja la querida patria!"

—

Entretanto, la lucha por la independencia crecía en todas partes, y la fortuna parecía proteger á los americanos. Empero, la situación continuaba peligrosa. España hacía inauditos esfuerzos para recuperar su imperio en las antiguas colonias, y era preciso combatir sin descanso para impedir que llevase á cabo su intención.

Cada uno en su puesto trabajaba ya con las armas en la mano, ya en la diplomacia, ya en su patria, ya en el Extranjero, en pro de su causa. A Acosta tocó vigilar los trabajos que se hacían activamente para abrir el proyectado canal de San Pablo, y durante muchos meses vivía en aquellos despoblados entregado á la obra que le habían encomendado y que se creía sería salvadora para el país.

No fue, sin embargo, hasta el mes de Septiembre que los zapadores lograron abrir una trocha definitiva, y empezaron las labores serias.

Como se hubiese reunido en Nóvita la Asamblea provincial, en la cual se proclamaría solemnemente la Constitución colombiana, Acosta tuvo que dejar su puesto para ir á asistir á ella como Secretario del Gobernador.

En el siguiente mes de Octubre tuvo la fortuna de recibir la orden de pasar á Popayán, en donde Cancino había sido nombrado Comandante general del Departamento en ausencia del Coronel Concha. Ascendido á Capitán desde el año anterior, Acosta recibió el nombramiento de Ayudante de la Comandancia general de Artillería en el Cauca, y debería ir á reunirse á Cancino en Popayán; pero antes de ponerse en camino, el ex-Gobernador llegó al Chocó á entregar definitivamente la Gobernación á su sucesor.

Al regresar al Valle del Cauca, Cancino quiso examinar los trabajos que había ordenado que se hiciesen en un camino que proyectaba abrir hasta Buga.

El 19 de Octubre Cancino y Acosta se embarcaron en el río San Juan, y tres días más tarde llegaron á la pa-

rroquia de Sipi, cerca del río del mismo nombre. Allí se internaron por los montes, casi cerrados; subieron en medio de las lluvias más violentas por el río Garrapatas, por cuyas cabeceras salía la trocha del proyectado camino.

" Este río—escribe Acosta—poco conocido en el Chocó, es uno de los más bellos y alegres que he visto: sus riberas ofrecen sitios muy amenos y pintorescos, no ya orlados de bosques sombríos, como los otros ríos de aquella Provincia, sino poblados de plantaciones y de campos sembrados y de sementeras, en contorno de las chozas de los naturales de Supi, los cuales hacen extensas rocerías en sus orillas.

" Navegámos tres días por el Garrapatas, aunque el último con dificultad, luchando con las corrientes impetuosas y por en medio de rocas erizadas que yacen en sus márgenes con más frecuencia á medida que subíamos á sus cabeceras.

"El último día recorrimos terrenos nunca antes visitados por hombres blancos, y conocidos tan sólo por los pescadores indígenas ó negros alzados. Así, pues, cual nuevos conquistadores, bautizámos con nombres castellanos varios riachuelos tributarios y lugares ocultos en aquellos montes.

"Al fin fue preciso echar pie á tierra por la imposibilidad en que estábamos de navegar más por la corriente del río. Nos internámos entonces por las selvas vírgenes, siempre azotados por sempiternas lluvias, saltando por encima de postrados troncos de árboles, hundiéndonos hasta la cintura entre la podrida hojarasca, con riesgo inminente de ser picados por los millares de reptiles venenosos que pueblan esos lugares. Al cabo de largas horas de marcha llegámos al fin al término de la montaña, y entonces, como por efecto de magia, se nos presentó un valle perfectamente poblado de naranjales; al salir de la selva oscura y tenebrosa, semejante espectáculo me pa-

reció el más hermoso que en mi vida había contemplado! Ese bosque de preciosos árboles ocupa más de una legua, y todos ellos estaban cubiertos de azahares que esparcían el más suave y delicioso aroma.. El sol se dejó ver al mismo tiempo y á su brillante luz vimos lucir un claro, abundante y bullicioso arroyo—que llamámos el *Naranjal*—y en cuyas orillas fuimos á descansar.

"Pasámos todo el día siguiente en las chozas de algunos pescadores que vivían en la margen del riachuelo, y allí estuvimos encantados, admirando sin cesar aquel sitio deleitoso del cual no teníamos noticia.

"No aguardábamos con impaciencia á los cargueros que se habían quedado atrás en medio de la oscura montaña. Cuando fue preciso continuar marcha—el 30 de Octubre—fue con un suspiro que nos despedimos de aquel sitio delicioso.

"No bien salimos del *Valle de los naranjos,* cuando nos acometieron de nuevo las mismas penalidades que habíamos sufrido antes por en medio de asperísimas montañas.

"El 1.° de Noviembre pernoctámos en el valle de *Cáceres* (1), al cual llegámos muertos de hambre, pero cuyas limpias y cultivadas colinas, los ganados que pacían en los prados nos alegraron el alma y formaban contraste con las espesas montañas que lo circundaban."....

—

En aquel lugar les tenían preparadas bestias de silla y comestibles para que pudieran continuar el viaje con mayor comodidad. Pasaron la noche agradablemente en casa de un señor Romaña que allí vivía. El clima era fresco, el alojamiento un tanto civilizado ya; así fue que respiraron con delicia los ambientes saludables de que carecían hacía muchos meses.

(1) No menciona este lugar el señor Felipe Pérez en su Geografía, como tampoco el Diccionario Geográfico de D. J. Esguerra lo nombra.

Al día siguiente empezaron á bajar las faldas de la cordillera que se extiende hacia el valle del Cauca. A pesar de que el camino era fragoso y empinado, la hermosa vista que tenían por delante les hacía olvidar un tanto aquellas penalidades. Por entre las abras de la montaña podían ver aquí y allí el río Cauca y los bellos paisajes que le circundan.

Atravesaron el magnífico río Cauca, en un paso entonces casi salvaje y que hoy día se encuentra tachonado de plantaciones y de casas de campo y de labor. Se detuvieron en Tuluá, población en extremo pintoresca, situada á orillas de un río que lleva su mismo nombre; centro en la época de la conquista de la mansión de los indios *Pijaos*.

Al día siguiente Acosta llegaba á Buga.

Pasó el resto del mes de Noviembre en comisiones repetidas entre Buga, Cali y Popayán. Estando en aquella ciudad recibió una comunicación del Vicepresidente, el cual lo llamaba á Bogotá.

A ruego de Cancino, que sentía mucho la separación de su lado del joven Acosta, permaneció algunos días más ayudándole á organizar la Comandancia militar del Departamento.

—

"El 2 de Diciembre—leemos en su Diario—salí de Popayán en compañía de mi amigo el doctor Cuervo, Asesor del Departamento, que iba á Bogotá á asistir á la reunión del Senado.

"Cancino nos acompañó hasta el Puente del Cauca, en donde me despedí de él quizá por muchos años. Él ha sido para mí amigo adicto y constante y con quien he vivido siempre en la mayor armonía" (1).

Los viajeros continuaron marcha. Pasaron por los

(1) Aquella amistad se conservó leal y sincera hasta la muerte del Coronel Cancino, ocurrida en 1843.

pueblos de Paniquitá y Sotorá sin detenerse. El 4 de Diciembre durmieron en un *tambo* llamado *Gabriel Pérez*, á la entrada del Páramo de Guanacas, el cual cuenta en aquel punto (según Codazzi) 3,518 metros sobre el nivel del mar. Al día siguiente atravesaron el Paramo sufriendo un frío intenso y por medio de huesos humanos, "los cuales—leemos en el Diario—forman por largo trecho un vasto cementerio que se extiende á uno y otro lado del camino. No pudimos menos que extremecernos al oír referir como han perecido allí inmenso número de gentes, casi todas ellas víctimas de su imprudencia, y cuya osamenta yacía insepulta en esos helados desiertos."

En el camino del Páramo se le reunieron muchos otros viajeros, pues todos procuraban buscar compañía para atravesar soledades tan peligrosas.

El día 6 durmieron en Inza, población indígena que hallaron desamparada por sus habitantes. Pasaron de largo por el caserío de Pedregal, también solitario y sin habitantes y orillando el caudaloso río de La Plata llegaron el 7 á la ciudad del mismo nombre (1).

En La Plata permanecieron los viajeros hasta el 13 del mismo mes, en que continuaron marcha. Después de atravesar varios caserios abandonados con motivo de las recientes guerras entre peninsulares y americanos, llegaron el 15 á Purificación.

La población se hallaba de fiesta, pues aquella noche

(1) Esta población, que se halla en el Departamento del Tolima, fue en la primera época de la conquistaespañola lugar muy rico con motivo de una famosa mina de plata que explotaban los indios en las inmediaciones. Como los vecinos indios *andaquíes* odiasen á los conquistadores los atacaron á deshoras, degollaron á todos los vecinos de la naciente ciudad, así como á los aborígenes que los servían y cegaron la entrada de las minas con tan buen éxito que jamás se volvieron á encontrar. A pesar de que se volvió á poblar el sitio, perdió desde entonces su riqueza y su importancia.

empezaban á celebrar solemnemeute los aguinaldos. Al siguiente día atravesaron el río Magdalena y pernoctaron en Santa Rosa; el 18 llegaron á Portillo, y el 20 se detuvieron en Fontibón, en casa del cura. Acosta halló que este era un antiguo condiscípulo suyo—cuyo nombre no dice—y apesar de las instancias que les hizo para que pasaran allí la noche, siguieron camino hasta Bogotá, pues Acosta no veía la hora de volver á su casa.

A pesar de su deseo de ver á sus hermanas y á Domingo, mucha tristeza le causó encontrar en su hogar un lugar vacío: una de sus hermanas, Mariquita, había sido segada por la muerte en la flor de la edad, en Octubre de 1821.

Durante los tres años de ausencia de Bogotá, el joven militar había cambiado tánto que en un principio su familia no le reconoció. Las penalidades de una vida tan activa, en climas tan ardientes y malsanos, había tostado su tez, oecurecido su pelo y enronquecido su voz, recia y breve ya, como convenía á un militar.

Durante los años que Acosta había trabajado en pro de la patria en el valle del Cauca y el Chocó, sirviendo á la República con una abnegación tanto más meritoria cuanto que era más oculta y no podía ser apreciada debidamente, la obra de la Independencia se había afirmado.

Bolívar—desde principios de 1822—había dado libertad á Venezuela y barrido del Sur de Colombia los últimos destacamentos realistas que aún se encontraban allí. Además, se había logrado que la Gran Bretaña y los Estados Unidos ofrecieran reconocer próximamente la nueva República; promesa que la primera cumplió inmediatamente.

Empero, la obra de la Independencia no estaba completa al empezar el año de 1823: había fuerzas españolas en Maracaibo; los peninsulares eran dueños de la forta-

leza de Puerto Cabello, y los realistas de Pasto se habían levantado en armas con tanto vigor y entusiasmo que Bolívar mismo no había logrado sofocar la insurrección antes de embarcarse para el Perú, en donde iba á hacerse cargo de la guerra contra España, en reemplazo del General San Martín, que se retiraba á la vida privada.

La carrera militar activa era el punto de mira de los jóvenes colombianos, y todos procuraban tomar su puesto entre los defensores de la patria; así fue que Acosta se vio obligado á aceptar con honda pena el empleo que le tenía reservado el General Santander en la Secretaría de Estado y de Guerra, adonde pasó como oficial segundo (1).

Instado por sus hermanas—que quedaban solas en Bogotá, pues Manuel vivía en Guaduas y Domingo preparaba viaje para Europa;—apremiado por el General Santander, que le aseguraba podía servir mejor á su patria en aquel destino que con las armas en la mano; estrechado por sus amigos que le manifestaban lo honroso que era aquel empleo; al fin convino en ello, aunque su destino le impediría dedicarse á una de las dos carreras que deseaba seguir, la militar y los estudios científicos. Procuró sin embargo continuar sus estudios sin abandonar el destino que desempeñaba con abnegación y actividad. Obtuvo que el Coronel de Ingenieros D. José Sanz le diera lecciones prácticas de ingeniería militar y

(1) Hé aquí el nombramiento:

"REPUBLICA DE COLOMBIA

Francisco de Paula Santander, Vicepresidente de la República, etc. etc. etc.

Atendiendo el mérito y aptitud del Capitán de Infantería Joaquín Acosta, he venido en nombrarle Oficial segundo de la Secretaría de Estado y del Despacho de Guerra, etc.

Dado, firmado á 23 de Diciembre de 1822, 12.° de la Independencia.

FRANCISCO DE P. SANTANDER."

matemáticas, y en sus ratos de ocio estudiaba asiduamente ciencias naturales, comprando para el caso todos los libros que podían hallarse entonces en Bogotá relativos á estos estudios.

Entretanto graves y trascendentales acontecimientos tenían lugar en la capital de la República. El Congreso de Colombia que debió de haberse reunido allí el 2 de Enero de 1823, no pudo hacerlo hasta Abril del mismo año por falta de *quorum*. Los Diputados del Sur no pudieron llegar á tiempo impedidos por los desórdenes de Pasto, y por dificultades también habidas en Venezuela dejaron de asistir algunos Diputados de las Provincias venezolanas.

Mientras que se aguardaba la definitiva reunión del Congreso Constitucional libremente elegido por los pueblos que formaban aquella gran República, se agriaban los ánimos en Bogotá; revivían las viejas rencillas entre antiguos rivales; tomaba la prensa cartas en delicadísimas cuestiones personales y se preparaba una de las acusaciones más injustas que jamás se han hecho contra un patriota. Me refiero al General Nariño.

Hacía pocos meses que Nariño había llegado á Bogotá, minada su salud por los mil trabajos sufridos en campañas y prisiones por servir á su patria. Nombrado Senador, sus enemigos rehusaron darle asiento en aquel recinto, inventando para sacarle de allí una patraña y sacando á luz una antigua ley española ya olvidada. Nariño se defendió desde la barra con una elocuencia, una energía y una ciencia tan extraordinarias que pulverizó á sus enemigos. Estos no tuvieron entonces otra cosa qué contestarle, sino que no merecía el asiento en el Senado, porque había estado ausente del país *por su gusto*. Por su gusto! Cuando los últimos años los había pasado preso en la carraca de Cádiz!

A esta última acusación contestó haciendo un resu-

men de su vida que dejó atónitos y mudos á los ingratos que así le perseguían.

"No se ha borrado todavía después de tantos años (escribía D. Mariano Ospina en 1849) la profunda impresión que en nuestro ánimo produjo la poderosa voz del decano de los Próceres de la Independencia.... Delante de él el Senado entero, conmovido, inclinó sus respetables canas; enternecidos todos, entusiasmados, derramaban lágrimas y batían las manos, y por unanimidad fue absuelto de los cargos que le habían hecho......"

Sin embargo, las enfermedades que le aquejaban no le permitieron gozar de su triunfo sobre los enemigos de su fama y de su mérito; tuvo que abandonar las labores públicas, retirarse al campo y después buscar auras más propicias en la villa de Leiva, en donde murió el 13 de Diciembre de aquel año.

Apenas había cumplido Nariño cincuenta y ocho años y hacía cerca de veintinueve que trabajaba para dar independencia á su patria. Parecía como si un sino maléfico le persiguiera siempre: jamás dejó de ser desgraciado en sus empresas y desafortunado en la guerra; á pesar de su abnegación, de sus talentos, de su grande instrucción y de la manera habilísima con que preparaba los planes políticos y de guerra, éstos pocas veces dejaron de fracasar.

A él debió de haber tocado, y no á Bolívar, dar definitiva libertad á la Nueva Granada; y si en 1814 no le traicionaran en Pasto, la obra de la Independencia hubiera sido suya; ésta entonces tomara otro giro, diferentes serían los hombres que figuraran en la política y se salvaran los grandes patriotas que fueron fusilados por los peninsulares en 1816. ¿Hubiera tenido así mejor éxito la Independencia ó peor? ¿Quién lo sabrá? Quizás se necesitaba el bautismo de sangre que regó la naciente Libertad para que la idea de separación de España fuera definitiva.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I

TRES AÑOS EN BOGOTÁ (DE 1823 Á 1825).

El primer Congreso Constitucional de Colombia se ocupó activamente en vigorizar el Gobierno interior de la nueva República, así como en trabajar para que los Estados europeos reconociesen su independencia perpetua de la Madre Patria; se aprobaron los tratados hechos con Repúblicas vecinas; se promulgaron leyes importantísimas; se concedieron privilegios para que se organizasen vías de comunicación con el extranjero.... En fin, este fué uno de los Congresos que trabajó con mayor actividad y patriotismo para dar forma á las nuevas conquistas de la libertad en América.

El siguiente Congreso, que se reunió en Abril de 1824, afirmó la situación política, fiscal y económica de la República. Necesitábase á la cabeza del Gobierno hombres prudentísimos, sensatos y de excepcionales talentos administrativos, pues era preciso atender á la defensa de la República en todas sus fronteras, y crear recursos y levantar los Ejércitos que necesitaba el Libertador para continuar la guerrra en el Perú. El 6 de Agosto de ese

año el triunfo obtenido por Bolívar sobre los realistas en Junín, y el del Mariscal Sucre en Ayacucho, cuatro meses después, afirmó la independencia en el Perú y terminó la campaña del Sur.

Aquella noticia produjo una inmensa impresión en toda América, y el entusiasmo crecía diariamente en Colombia, y sobre todo en Bogotá. Afligíase el joven Acosta con la idea de pasar los mejores años de su vida sirviendo siempre oscuros empleos, cuando si hubiera logrado partir con Sucre, como tánto lo deseaba, sin duda su carrera militar fuera tan brillante como la de sus compañeros de armas que tomaron parte en la campaña del Sur.

Dos años después de su regresó del Chocó, y á pesar de su consagración y laboriosidad, aún se encontraba desempeñando el mismo destino en la Secretaría de Guerra. Pero como lo hemos dicho antes, era orgulloso, y no pedía jamás aquello que merecía si sus superiores olvidaban sus méritos. Empero, al fin, se agotó su paciencia, pues entre sus papeles encontramos los siguientes documentos, que pintan su carácter y dejan conocer las recónditas aspiraciones de su alma.

Ninguna de las dos cartas tiene dirección. Hé aquí la primera:

" *Excmo. Señor*

"Joaquín Acosta, Capitan Oficial de número de la Sección 2ª de la Secretaría de Guerra solicita de V. E. respectuosamente le destine á una de las Compañías de Artillería que componen la media Brigada de este Departamento. Muy persuadido, señor, de que un Oficial está obligado á prestar servicios en donde el Gobierno los crea necesarios, y no donde él gusta, me permito sinembargo hacer á V. E., las reflexiones que han motivado mi solicitud. El empleo que por más de dos años he ejercido con la esactitud y escrupulosidad que acreditaré á V. E., si lo considerare necesario, me ha perjudicado en

mi salud, en mi carrera y talvez en mi reputación; la continuación en él ni me ofrece perspectiva alguna de ascenso ni permite que adquiera ninguna especie de instrucción porque ocupa todo mi tiempo. No sucederá así en el servicio de una compañía; allí podré pretender cuando no á los ascensos de aptitud, al menos á los de antigüedad; allí podré dedicarme á otros estudios que un día me recomienden, porque Excmo. Señor, yo no busco todavía el reposo y la oscuridad, yo aspiro á ser útil á mi patria, pero en donde se conozca que lo soy.

"La situación de mi familia en esta capital es lo que me hace únicamente desear la continuación de mis servicios por ahora en ella, pero si V. E. tuviera por conveniente destinarme á otro lugar, iré con gusto por no permanecer en un destino que me sujeta diariamente á comparaciones dolorosas con los empleados de otras clases de las Secretarías.

"A V. E., intereso y suplico ardientísimamente atienda mi petición que considero justa y asequible cuando las compañías de Artillería están vacantes con perjuicio de la disciplina, y cuando mi destino actual es de tan poca importancia que cualquiera puede desempeñarlo.

"Excmo. Señor

JOAQUÍN ACOSTA."

Sin duda no debieron de aceptarle su dimisión inmediatamente, y entonces escribió la siguiente carta á algún alto empleado del Gobierno, amigo suyo, pero que no nombra:

"Usted quiere saber las razones que han motivado mi persistencia en la renuncia que hice del empleo en la Secretaría, voy á complacerlo.

"Usted sabe que yo abrasé en el año de 19 la carrera militar,—dejando mis estudios en el Colegio, que debería concluir ese año,—contra la voluntad de mi familia y de

mis preceptores, que se prometían alguna cosa de mí, y aun el General Santander me disuadía. Pero yo llevé á cabo mi propósito por el convencimiento que tenía de que la Patria necesitaba entonces soldados y no letrados. Llegué en la carrera militar hasta el grado de Capitán. Volví á Bogotá en Diciembre de 1822, llamado á ocupar la plaza de Oficial 2º en la Secretaría de Guerra, que desempeñé, creo que á satisfacción del Secretario, á lo menos así me lo dijo al partir á campaña el Oficial 1º Entonces iba yo á ocupar el lugar primero de la Oficina, pero á ese tiempo se hizo el último arreglo en las Secretarías. Algunos amanuenses ascendieron á jefes de Sección y yo fuí nombrado Oficial de número, no sé si por incapacidad ó por otras razones. Sorprendido más bien que afligido con este nombramiento, me propuse probar al Gobierno que no era inepto; así fué que sin amanuenses ni Jefe en la Sección he despachado cuanto se me ha presentado en ella, sin permitir que nadie se mezclase en ayudarme.

"El mismo General Santander cuando ha faltado el Oficial Mayor temporalmente me ha encargado de la Secretaría aun habiendo Jefes de Secciones. Pero han corrido cerca de dos años; mi salud se resiente ya; estoy horrorizado de haber sufrido tan largo tiempo por moderación; mis amigos todos me aconsejan pase á mi cuerpo en donde está vacante la 1ª Compañía que me toca. He solicitado esto sin dar ninguna de las razones que acabo de exponerle, sino únicamente la decadencia de mi salud. ¿Y como podría yo alegar que mis servicios valen algo? No, yo no quiero que sean recompensados si no que deseo que se me haga justicia y no otra cosa. Lo demás tampoco lo diría sino á usted.

"El Vice-presidente ha suspendido decretar mi representación hasta la venida del General Soublette, entonces me harán Jefe de Sección, pero yo no quiero d[e] ninguna manera continuar en una Secretaría en que he

sido frecuentemente desairado; quiero pasar á mi Cuerpo. Sé que no se pasará mucho tiempo sin que el Comandante deje el servicio, y entonces, sino se me hace una nueva injusticia, mandaré la media Brigada. En verdad que no puedo negar que me es muy doloroso ver á todos mis condiscípulos como á C**, por ejemplo, gozando de consideraciones en altos empleos, porque prefirieron quedarse en el seno de sus comodidades, mientras que yo me he didicado exclusivamente al servicio de mi Patria durante los seis años más preciosos de mi vida.... Si usted puede, pues, suplique encarecidamente al General Soublette que me conceda el pase como una gracia, porque el aire que respiro en la Secretaría amarga mi existencia."

—

Sin duda el Gobierno acabó por concederle lo que pedía, pues encontrámos un despacho del Poder Ejecutivo y un Decreto "que confiere la primera Compañía de la media Brigada de Artillería de esta Capital de Bogotá, al Capitán de la misma arma Joaquín Acosta."

Este Decreto fué dado el 23 de Julio de 1825, y firmado por el General Santander y el General Soublette.

Entre tanto los negocios políticos parecían prósperos. El Congreso que se había reunido en Bogotá al principiar el año de 1825, había expedido leyes importantísimas. El Gobierno recibió con señales de aprecio y gratitud al primer Ministro que envió la Gran Bretaña á la República de Colombia, y en los Estados Unidos y en Inglaterra fueron recibidos con particular atención los Enviados Diplomáticos colombianos: todo parecía presagiar una éra de unión y de paz, de progreso y de prosperidad. Sin embargo, desde el principio del año se había empezado á formar sobre el horizonte político la nube de tempestad que no muy tarde debería ser una de las causas de la disolución de la Gran Colombia; hablo del famoso proceso del venezolano Coronel Infante.

Entre los papeles de ACOSTA hemos encontrado una carta suya dirigida á algún amigo ausente (probablemente en Quito), en que habla con extensión de aquel asunto. Hé aquí la carta copiada, pero sin dirección ni fecha:

"Mi querido amigo:

"Contesto á tu apreciable del 30 de Octubre, que me ha sido muy satisfactoria. Recibí las gacetas y las he leido con gusto porque contienen artículos interesantes. Siento mucho que no nos sea concedido verte por ahora en esta ciudad, pero espero que esta resolución no sea eterna y que en el año que entra te permitan tus negocios venir á abrazar á tus amigos. Acepto la oferta que me haces de mandarme todo lo que salga de esa Imprenta que es libre.... y no como otras.

"Quieres que te instruya de lo más digno de saberse que pase en esta Capital y voy á satisfacerte refiriendote circunstanciadamente el asunto que por ahora ocupa más la atención, después de los importantes, como el reconocimiento de la Independencia, la Guerra del Perú etc., me refiero al Coronel Infante.

"El Coronel Infante acusado y convencido (delante de un primer Consejo de Guerra de Oficiales generales) de homicidio sobre la persona de un Oficial inerme en las calles de esta Capital fué sentenciado á muerte. Anulado ese Consejo por una falta leve en su formación en la Corte Marcial, se reunió de nuevo, compuesto de diferentes miembros, los cuales tambien fallaron á muerte. Todos encontraron á este hombre culpable y cuando se esperaba la confirmación de la sentencia por la alta Corte, hemos visto con asombro que el Presidente del Tribunal ha rehusado firmar el fallo de la Mayoría de él, que confirma la sentencia de los Consejos. Esto ha entorpecido la expedición de este negocio que tiene en expectativa al público y á los extrangeros que

no se creerán seguros si queda impune este crímen. Es menester confesar amigo mío, que hasta ahora todas las censuras de nuestros periódicos han versado sobre los Poderes Ejecutivos y Legislativos, como los que pueden trastornar todo el orden social; sin hacer caso de los abusos del Judicial. Ya sea porque los consideramos hijos de nuestra monstruosa jurisprudencia, ó porque tienden sólo á oprimir á los individuos ¡ Como si la impunidad de un delito no fuese un ataque contra la sociedad, ó como si hombres que disponen de nuestra propiedad y aun de nuestra vida no merecen toda nuestra severidad y vigilancia.

" Jouy ha dicho que es particularmente en estas épocas terribles, en que los Estados conmovidos por fuertes sacudimientos procuran consolidarse sobre bases constitucionales, que depende la suerte de los Imperios del valor ó la cobardía, de la integridad ó la corrupción de los jueces.

" Veamos ahora como están formados nuestros Tribunales: comencemos por la Corte del Norte que se distingue por su debilidad é inconsecuencia; la del centro ha sido acusada ante el Senado y algunos de sus individuos convencidos de prevaricato y de notorias injusticias; la del Sur, que vive en la oscuridad, pero que no por eso hemos dejado de tener noticia de lo desconceptuados que están sus miembros, y por último la alta Corte, que aún conservaba su reputación, se halla hoy desacreditada por uno de los jueces que la compone.

" Si es verdad, como dice d' Aguesseau, que un juez que no es un modelo de probidad no es hombre honrado, que los ciudadanos escogidos para juzgar á sus compatriotas deben tener costumbres intachables ¿ qué confianza podremos depositar en un juez cuyos desordenes de su vida privada son notorios, y no se avergüenza en confesarlo ; que bebe con exceso : que se le encuentra en juegos púbicos, muchas veces desde ponerse el sol hasta

el día siguiente, y que para que se cumpla con la orden de finalizar el juego por ser el día fijado, hace llevar la mesa á su casa de habitación y continúa allí jugando?

"Es preciso sin duda, y la conciencia lo dicta, que los hombres llamados para ejercer la preciosa facultad de dirimir las contiendas de sus compatriotas tengan la conducta más pura, y todo ciudadano tiene derecho de pedírselo.

"Yo quisiera que allá dijesen algo sobre esto en la gaceta, yá que á nosotros nos lo impide la falta de un periódico, porque la Gaceta de Colombia se ocupa casi enteramente de artículos oficiales.

" Termino pidiéndote perdón por mi pesada disertación y repitiéndome cordialmente muy tuyo.

* *"

Como se ha visto el Presidente del Tribunal de la Alta Corte de Justicia había rehusado terminantemente firmar la sentencia de muerte contra el negro Infante, su compatriota, hombre terrible que tenía en alarma á Bogotá cuando salía por la noche á rondar las calles y atacar á los pacíficos transeuntes con chanzas al uso llanero. Al fin, sea con justicia ó sin ella, se acusó al Coronel Infante de haber cometido un asesinato en la persona de un Teniente Francisco Perdomo, cuyo cadáver apareció una mañana debajo del puente de San Victorino. El proceso despertó mil rencillas olvidadas y se formaron dos campos opuestos en la opinión pública: los neogranadinos dieron por cierta la culpabilidad del militar venezolano, y los venezolanos se desataron en improperios contra el Vicepresidente Santander y contra los miembros de los Tribunales que habían condenado á Infante. Esta situación se agravó cuando la Alta Corte de Justicia lo sentenció también á muerte negándose el doctor Peña—Presidente del Tribunal—á firmar la sentencia. A pesar de todo Infante fué pasad



por las armas en la plaza mayor de Bogotá el 26 de Marzo de 1825.

Acusado el doctor Peña ante el Senado por haber violado las leyes (por la falta cometida al no dar su firma y el mal ejemplo que con aquello daba al país) fué suspendido de su empleo por un año. La sentencia del Senado produjo en el doctor Peña tal indignación, que salió inmediatamente de Bogotá y partió para Venezuela, no sin haber jurado vengarse de cuantos neogranadinos habían tenido parte en la sentencia dada contra él. Aquellas amenazas no fueron vanas, las cumplió al pie de la letra. Se fué á unir al General Páez y trabajó sin cesar en la obra de separar á Venezuela de la Nueva Granada, lo cual dió por tierra con la Gran Colombia en 1830 y mató de pesadumbre el gran Bolívar, el padre y creador de ella.

CAPITULO II

DOMINGO ACOSTA.

No habrá quizás tres personas vivas en todo el mundo que sepan quién fué Domingo Acosta, y sin embargo sirvió á su Patria largos años en destinos diplomáticos, y fué apreciado y considerado por cuantos le conocieron. Era hombre instruído y de clara inteligencia, pero demasiado filósofo para ocuparse de la política activa de su país; se contentaba con servir á su Patria desde lejos.

Deseando que este hermano de mi padre no sea olvidado por sus conciudadanos, dedicaré un capítulo á recordarle.

Inspirado el Libertador por el deseo de terminar de una manera pacífica y honrosa la guerra con la Madre Patria, creyó prudente nombrar dos comisionados diplomáticos, con el carácter de Ministros Extraordinarios y

Plenipotenciarios cerca de la Corte de Madrid: D. Tiburcio Echeverría y D. José Rafael Revenga. Pero aquel deseo no tuvo efecto; la Corte española se negó á recibirlos, y fueron expulsados de Madrid sin haber podido hacer ningún arreglo. El primero de éstos murió en Dieppe, poco después, y su compañero de misión regresó á Bogotá en 1822. Nombrado segunda vez Ministro Plenipotenciario cerca del Gobierno de la Gran Bretaña, se le señaló como Secretario de la Legación á Domingo Acosta (1) entonces 2º Oficial de la Secretaría del Interior.... "Este individuo (se le dice en una nota) está inclinado á pasar al continente con correspondencias importantes de que hablaré á usted después."

Como estas misiones diplomáticas de la primera éra de la República de Colombia son, por lo general, poco conocidas del público de estos tiempos, quiero trascribir aquí parte de las instrucciones que se daban al Ministro Revenga. Hé aquí algunos párrafos importantes:

"....Ya usted comprenderá muy bien que su misión á Inglaterra abraza por ahora dos extremos principales. El primero es pura y simplemente político; el segundo mira á la concentración de nuestros intereses fiscales en una sola mano.

"En cuanto al primero, además de lo que tengo dicho antes, no debe usted perder de vista nuestra situación peculiar con respecto á cada una de las naciones europeas. La Gran Bretaña, sobre todo, está llamada por su naturaleza á cultivar con nosotros las más estrechas relaciones. Si la rivalidad es el más poderoso móvil de los Gobiernos, usted tiene ahora en su poder el hacer mérito, y

(1).... Su Excelencia el Vicepresidente de la República ha resuelto que acompañe á usted el Oficial 2.º de la Secretaría del Interior, señor Domingo Acosta, con el carácter y sueldo de Secretario de la Legación Es sujeto de toda confianza. Usted podrá valerse de él según lo exijan las circunstancias y las instrucciones que comunicaré después."

(Véanse Instrucciones al honorable José Rafael Revenga Julio 1822. *Anales Diplomáticos de Colombia* por Pedro J. Cadena, página 445).

aun exagerar las ventajas que los Estados Unidos van á reportar de su política franca y amistosa hacia nosotros. Todo esto debe contribuir poderosamente á aumentar la opinión de la nación británica á nuestro favor y obligar á su Gobierno á tomar un partido decisivo. La imprenta libre de Inglaterra presentará á usted ocasiones frecuentes en qué hacer relucir sus talentos, pintando nuestros progresos, nuestra robustez y nuestra organización como es ella. Para lograrlo con mayor éxito el Gobierno pone á su disposición una suma que no exceda de cuatrocientas libras esterlinas al año con qué gratificar á los editores é impresores que sean nuestros amigos....

"....El Gobierno quiere que usted entable las relaciones más íntimas y estrechas con el Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos en la Corte de Londres. El reconocimiento público que acaba de hacer su Gobierno no puede dejar de estimular á sus agentes á obrar con firmeza y energía, cooperando á que las demás naciones sigan su mismo ejemplo. Nuestras instituciones políticas han excitado en los Estados Unidos la más grande admiración y tenido no poco influjo en la marcha de su política. Se ha considerado allí como un gran bien para los destinos futuros de este continente el que la República se haya establecido sobre principios tan liberales y filantrópicos como ellos, al mismo tiempo que en el Perú se restablecen los títulos de Castilla, en México se suspira por un Príncipe extranjero, y Chile y Buenos Aires existen todavía sin leyes fundamentales."

Curioso es ver delineado el origen de la Deuda Exterior, que tántos dolores de cabeza ha causado á todos los Gobiernos que se han sucedido en el país desde entonces.

"....Usted, que ha estado á la cabeza del Ministerio de Hacienda (le dicen más lejos) está perfectamente impuesto del origen y progresos de lo que actualmente se llama Deuda Nacional. Ella dimana en gran parte de contratos celebrados en Angostura en tiempos apurados, y

de los empeños que el señor Méndez contrajo á nuestro nombre en Inglaterra y que fué necesario reconocer por lo crítico de las circunstancias. Por aquellas contratas y estos empeños nos constituímos obligados á pagar los avances que se nos hicieron en plazos determinados. Pero la penuria de nuestro Erario no nos permitió cumplir nuestras promesas, y nuestros acreedores tuvieron que sufrir un grave trastorno en sus especulaciones mercantiles, trastorno que casi los puso en la desesperación. Fué en estos momentos que el Gobierno destinó al honorable Francisco Antonio Zea á Europa, con el objeto de procurar el reconocimiento de nuestra Independencia y desempeñar varios encargos particulares. Luégo que este señor llegó á la Corte de Londres en el mes de Junio de 1820, se vió rodeado de los clamores de los acreedores británicos que en su opinión servían de no poco obstáculo á las operaciones que debía emprender á consecuencia de sus instrucciones. Se determinó, pues, á entrar en un arreglo con ellos á pesar de que no tenía facultades para verificarlo, y al efecto autorizó la acta de primero de Agosto del mismo año, por la cual puso en circulación varios vales ó pagarés comprendidos desde el número 1º hasta el 777, que colectivamente hacían la cantidad de 547,783 libras esterlinas 12 chelines y 1 penique, suma á que montaban por entonces las deudas liquidadas en Angostura y las que se liquidaron después en una oficina particular establecida en Londres, contra lo que la ley previene expresamente. Estas últimas liquidaciones adolecen de defectos muy sustanciales: entre los que no es de la menor consideración el haberse hecho según las contratas originales no por lo que puramente se debía en vista de lo que habían entregada en este país. Se abonaron también pagarés á varias personas que no habían puesto en claro sus derechos. Y para dar á esta operación un colorido de legitimidad, el señor Zea tuvo por conveniente llenar uno de los pliegos en blanco que se le ha

bían entregado para otros objetos, atribuyéndose facultades que no tenía, ni jamás fué la intención del Gobierno que las tuviese.

" Más fácil habría sido terminar este negocio removiendo los innumerables embarazos en que hoy nos vemos si los acontecimientos extraordinarios que han ocurrido desde la mutación del Gobierno de Angostura á esta capital le hubiesen permitido tomar una medida pronta y decisiva. Pero las comunicaciones del señor Zea sobre este asunto no llegaron á cuenta hasta pocos días antes de disolverse el Congreso. Las inmensas atenciones que nos rodeaban entonces y la falta de muchos datos de que carecíamos por no haber aún acabado de llegar los archivos, hicieron imposible el preparar el informe correspondiente al Cuerpo Legislativo con agregación de los muchos documentos que debían tenerse presentes para su resolución. Se creyó además que el Poder Ejecutivo podría hacerlo por sí solo á virtud de sus facultades. Se reservó por tanto la materia para esta capital, y después de haberse meditado varias veces con toda la atención que ella merece aún no me hallo en estado de poder comunicar á usted una determinación definitiva.

" Mientras que esto pasaba en Colombia, nuestro crédito en Inglaterra ha tomado un rumbo que ha hecho más complicada y peligrosa cualquiera determinación. Los vales que el señor Zea puso en circulación, han subido en poco tiempo de un treinta hasta el par y posteriormente hasta un ciento trece. Esta elevación ha sido, sin duda alguna, producida por el pago de los intereses devengados que se ha anunciado por el señor Zea en las gacetas inglesas, y que según parece ya se ha verificado. Cómo y de qué manera se hayan conseguido fondos para este pago, es operación enteramente misteriosa para nosotros. Lo que sí hemos visto en el *Morning Chronicle* y en el *New Times* es que el señor Zea había negociado un empréstito de dos millones de libras *esterlinas* ó libras *tor-*

nesas con un interés de seis por ciento. Más el Gobierno está absolutamente ignorante de todo y muy dispuesto á no reconocer semejante empréstito, que si se ha realizado ha sido sin su órden ni consentimiento.

"Usted esta por consiguiente autorizado para manifestar la opinión del Gobierno en esta parte á cuantos quieran saberla. Nada debe detener á usted al hacerlo porque debiendo reconcentrarse todos los negocios de hacienda y crédito público en su persona, usted es única y exclusivamente el órgano de sus determinaciones. Nada se hará en lo sucesivo sobre esta materia en Europa sin que usted tenga previamente un pleno conocimiento de todo. El Gobierno ha depositado en usted toda su confianza, y se promete que á su llegada á Europa pondrá un fin á cuantos abusos quieran hacerse en su nombre y representación, y que empleará toda su energía y todo su vigor para oponerse á las gestiones de nuestros agentes verdaderos ó supuestos que quieran comprometer la buena fe y el crédito de la nación sin estar autorizados clara y distintamente para ello....

" ....Acompaño á usted sus pasaportes terrestre y marítimo; usted podrá emprender su marcha de esta capital á su destino dentro de seis días contados desde la fecha.

"Dios guarde á usted muchos años,

"PEDRO GUAL."

Palacio de Gobierno en la capital de Bogotá, 10 de Julio de 1822.

A pesar de lo dicho por D. Pedro Gual—órgano del General Santander—el ilustre Zea había recibido los más amplios poderes para llevar á cabo toda negociación de empréstito que lo tuviera á bien, como lo prueban las instrucciones dadas por el Libertador y firmadas por el mismo señor Revenga, como Ministro de Relaciones Ex-

teriores. Además, él pensaba con sobrada razón que la primera necesidad de la naciente República era ganarse una reputación de completa honradez, y para lograrlo creyó que todo sacrificio era poco. Del crédito de Colombia en el extranjero dependía el reconocimiento de la República por la Gran Bretaña y con ello se adquirirían los recursos que se necesitaban para dar término á la guerra con España. Sin embargo, desde que se reunió el primer Congreso se habían revocado los amplios poderes que Bolívar le había dado, pero parece que él nunca recibió la nota que el Gobierno le dirigió sobre el asunto, y consideraba vigentes los poderes recibidos cuando se le nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario con poderes omnímodos en todas las Cortes de Europa.

A pesar de la buena voluntad y patriotismo del señor Zea sus negociaciones para conseguir dinero en Europa fueron descabelladas y fatales para nuestras finanzas, las cuales desde entonces se encuentran en bancarrota.

D. José Rafael Revenga se puso en marcha con su Secretario y con un joven Santamaría. Embarcáronse en Cartagena el 21 de Agosto en una pequeña é insegura goleta que no pudo resistir á los embates de una tempestad que les atacó pocos días después de haber salido del puerto. A pesar de los esfuerzos que hicieron para volver á tierra firme, el buque naufragó; ahogóse el joven Santamaría con gran parte del dinero y los importantes papeles que llevaba Domingo Acosta. Este regresó á Bogotá; felizmente no siguió con el señor Revenga, el cual tuvo que sufrir mil vejámenes y humillaciones en Londres. Al llegar á Falmouth tuvo noticia de la muerte del señor Zea, ocurrida en Bath el 28 de Noviembre de 1822, dejando la Legación en la situación más precaria; pues desaparecieron documentos importantísimos, y no se pudo recuperar el archivo diplomático, que reposaba en su poder y en el del señor Echeverría, que también había muerto poco antes.

¡Cosa rara! Todos los primeros Agentes Diplomáticos que envió la recién fundada Colombia á países extranjeros sucumbieron en los lugares de su residencia. Además de los mencionados, Zea y Echeverría, en el mes de Julio del mismo año había muerto en Filadelfia el primer Ministro nombrado por Colombia en los Estados Unidos, el señor Manuel Torres. Pocos años después murió en París D. José María Salazar, Ministro en Francia, y en 1830, el doctor José Fernández Madrid dejaba de existir en Londres, en donde desempeñaba el cargo de Ministro Plenipotenciario de Colombia.

Al año siguiente el Gobierno se vió en la necesidad de nombrar un Ministro cerca de la Sede Apostólica, en donde era urgentísimo arreglar ciertos negocios pendientes que Su Santidad debería conocer para el bien del Catolicismo en Colombia. Yá antes había nombrado Ministro en Roma á D. J. Tiburcio Echeverría, pero la muerte le había impedido ir á Italia. Al saber este suceso fué nombrado en su lugar D. Agustín Gutiérrez y Moreno, pero como dicho señor se hallase á la sazón en Chile, resolvió, por último, encomendar la Legación á D. Ignacio Sánchez Tejada, que residía entonces en Londres.

Nombrado Domingo Acosta Secretario de aquella Legación, se puso en marcha para ir á reunirse á su Jefe. Pero aquí dejaremos la palabra al mismo Acosta, el cual dejó un Diario de su viaje hasta la Costa. Como en él describe algo de las costumbres de aquellos tiempos, en las márgenes del río Magdalena, creo que los párrafos de él que transcribo pueden interesar al lector.

Hélos aquí:

"El 27 de Septiembre de 1823, á las nueve de la mañana salí de Bogotá con Rafael Ayala. Yo no experimentaba yá aquel alborozo que sentía catorce meses antes cuando salí para el mismo destino. Mis disposiciones era- ahora melancólicas. Me apartaba por un tiempo indet- minado de parientes, amigos y conocidos, y yo sabía po

experiencia que no todo era placer en los largos viajes. La extensa cadena de azuladas montañas, los hondos valles que se presentaban á un lado y otro del camino, los plantíos y casas que se divisaban en algunas pendientes ó en las márgenes de algún río no me inspiraban sino tristes pensamientos.

"Aquí se vive, me decía, en paz; se goza de tranquilidad y de contento; mientras que yo inquieto corro á buscar el reposo en lejanos países y entre gentes desconocidas. Otras veces reflexionaba en la insoportable monotonía y soledad de aquellos bosques, y compadecía á sus habitantes que no tenían, como yo, la fortuna de poder visitar regiones en donde la civilización ha hecho progresos, y recorrer esas ciudades en las cuales las artes y las ciencias embellecen la existencia y hacen insensible el curso de la vida.

"Estas y semejantes reflexiones despertaban en mi alma opuestos sentimientos, y era impelido y retenido al mismo tiempo por la melancolía y la satisfacción. Me dolía cada paso que daba para adelante y me alegraba de haberlo dado.

"El 29 llegámos á Guaduas; la compañía de dos hermanos y la sociedad de algunos amigos me distrajeron de mis ideas melancólicas. Pero ellas volvieron á mi corazón cuando fué forzoso partir. Dejaba, tal vez para siempre, aquel valle tan alegre, tan ameno, en donde vi la luz y pasé los primeros años de mi infancia y después días tan bellos de mi primera juventud! ¿Podría ausentarme de allí con indiferencia?...

"Nos pusimos en marcha. A las once de la mañana descubrímos el Magdalena, sobre cuyas turbias aguas deberíamos descender hasta la costa marítima. Contemplábamos desde aquellas alturas el curso sinuoso del río y las selvas solitarias que cubrían sus orillas. Entre tanto caminábamos á la sombra de una vegetación colosal y en torno nuéstro desplegaban los bellos matices de sus jun-

tadas alas nubes de mariposas y fastidiaban nuestro oído las cigarras con su agudo y uniforme canto.

"A las ocho de la noche llegámos á Honda. Inmediatamente fuimos á buscar embarcación (1). Conseguida ésta nos alojámos en casa del Gobernador, pero no encontrámos quién nos recibiera, porque el dueño de la casa estaba en baile.

"Esta villa cada día está más arruinada y más sola. Sin embargo, conserva las costumbres de antaño y sus habitantes el humor alegre de ahora veinte años, cuando el comercio estaba en todo su auge.

"El 1º de Octubre nos embarcámos en Honda. Los maniobristas de la barca eran cuatro bogas y un piloto, conduciendo cinco pasajeros. Estos eran Ayala y yo, dos sirvientes y la mujer del piloto. Uno de los sirvientes cocinaba y sabía el oficio más de lo que se podía esperar, pero menos de lo que deseábamos. Este hombre, nacido en tierra fría, hacía contraste con los bogas por su torpeza y sonsera; es cierto que los bogas estaban en su país y ejercían su oficio habitual; si fueran á las altiplanicies, el contraste no les sería ventajoso.

"La navegación del Magdalena es monótona y cansada. La forma de las barcas no se presta ni á las comodidades ni al gusto del viajero, y los innumerables insectos que le acometen aumentan las molestias. Todo lo que sucede para interrumpir la uniformidad de la navegación se reduce al encuentro con otra embarcación, la vista de los caimanes ó el arribo á algún caserío asentado en la ribera. A pesar de todo la tranquilidad completa y la soledad de aquellos sitios, la contemplación de las aguas que huyen en silencio, la presencia de una naturaleza casi virgen: todo esto infunde en el alma una dulce tranquilidad, y aquel aislamiento del mundo hace que no se piense en él sino como en algo pasado yá de nuestra vida.

(1) Entonces no había vapores sobre las aguas del río Magdalena; éstos no se pusieron en uso en Europa sino en 1825, y eran desconocidos en la América del Sur. Todos viajaban en champán ó bongo.

"Las costumbres de los bogas ofrecen al viajero interés y distracción. Estos hombres reciben y consumen el precio de su trabajo antes de emprender el viaje. ¿Aquella costumbre provendrá acaso del temor de que una vez llevado á cabo no se lo quieran pagar después? Su ninguna moralidad muy bien puede sugerirles esta desconfianza. ¿Ó quizá será que como consideran su profesión tan arriesgada para ellos mismos y tan peligrosa para el viajero, quieren gozar de su salario antes de que algún accidente pueda estorbárselo?

"Todo el haber del boga se compone de dos camisas, dos calzones, un sombrero, algún pañuelo, un recado para sacar fuego, sus utensilios de trabajo y sus armas no son sino una horqueta y un sable. Olvidaba que tienen además una estera, que es su cama, y una manta de lana para cubrirse de noche. Sus alimentos son groseros, los cuales engullen en gran cantidad; su trabajo es duro y su sueño corto. Pero á pesar de esta miserabilísima existencia, sí he visto alguna vez hombres contentos con su suerte y satisfechos de su fortuna, estos hombres son los bogas. Enmedio de sus fatigas cantan, se ríen, triscan, y su disposición á la broma y á la zumba no se desmiente á ninguna hora. Tienen una poesía, imagen de su alma, sencilla y natural: todo el mérito de sus cantos está en el consonante, y todos los asuntos que están á su alcance entran en ello, desde la Pasión de Cristo hasta las insolencias más chocantes. Ordinariamente los versos á lo Divino los cantan de noche y al pasar por los lugares más peligrosos. Esta clase de hombres como todos los que se emplean en ejercicios y profesiones arriesgadas son supersticiosos. Parece que el espíritu humano implora el auxilio de potencias superiores cuando los esfuerzos naturales no se consideran suficientes para vencer los obstáculos. Toda vez que no pueden atribuir á algún objeto conocido, la tienen como venida de algún espíritu ó *mala visión*, como dicen ellos, y anuncia siempre alguna calamidad. Pero cuando los

bogas sufren demasiado de los rigores de las estaciones, entonces hablan con ironía del Sér Supremo que los abandona....

"Después de un día de trabajo durísimo, llegan al anochecer á alguna playa; allí desembarcan, forman una grande hoguera; se sientan en torno de ella y se cuentan la historia de sus viajes, de sus aventuras, señaladamente de aquellas en que ha sucedido alguna desgracia; otras veces refieren cuentos en los cuales entra mucho de maravilloso y algo de cómico ó bufo. En aquellos cuentos el héroe es ya valiente, esforzado y ligero (su *Aquiles)*, ó astuto y sagaz (su *Ulises)*, con frecuencia otro es prudente y justo (su *Néstor)*, sin que les falte algún personaje maligno y motejador (su *Tersites)*. En todas partes, pues, y en todas las épocas el hombre es el mismo: siempre el valor hace conquistas; el ingenio le ayuda ó le resiste; la moderación corrige ó tiempla sus funestos efectos, y la envidia trabaja en rebajar cuanto se eleva ó sobresale.

"La música y baile de los bogas es sencillísima. El instrumento favorito de estas gentes es el *currulao*, y consiste en una piel fuertemente extendida sobre una de las extremidades de un cilindro de madera hueco; sobre esta piel baten aceleradamente con los dedos, y á la especie de redoble de tambor que resulta acompañan con coplas cantadas. Todo su baile consiste en saber saltar, ya avanzando, ya retrocediendo, ya dando vueltas el hombre al rededor de la mujer ó ésta al rededor del hombre. En este ejercicio y con tal música los bogas pasan las noches, los días y semanas enteras sin fatigarse, sosteniendo sus fuerzas de cuando en cuando con tragos de aguardiente. Esta salvaje diversión se llama *bunde*, y el teatro de ella es generalmente al aire libre, sin más luz que la de la luna.

"El habitante de las márgenes del Magdalena es perezoso, resultado del ardoroso clima y de su condición social. El sol es tan ardiente que los obliga á buscar la sombra, y el calor combinado con la humedad debilita la

energía física y engendra una irresistible propensión al reposo. La feracidad de la tierra es tal en aquellos lugares, que puede decirse que no necesita de la mano del hombre para subvenir á sus primeras necesidades, y al mismo tiempo la soledad y aislamiento en que viven los hace inaccesibles al gusto por el lujo. ¿ Qué móvil podría sacarlos de aquella vida de indolencia y apatía ?

" Una casa de paja que apenas basta para abrigarles de los rigores del cielo; una pequeña canoa y algunas redes para pescar; uno, dos ó tres perros para cazar cerdos monteses; un machete; un platanar; un maizal; una cría de gallinas: ésta es toda la fortuna que puede ambicionar una familia sobre las ricas riberas de este río.

" Día llegará en que la agricultura y el comercio, extendiendo hasta aquí su imperio bienhechor, harán suceder al reposo la actividad y los goces á las privaciones, la felicidad que nace de ventajas positivas y no la que se funda sólo en la exención de penas.

" El 8 á las once de la noche llegámos á Mompox, y al día siguiente á las nueve de la mañana salímos en un champán río abajo. Iba en la misma embarcación el General D*** y el inglés Mr. N*** El equipaje del General era bastante modesto: un baúl. En cuanto á provisiones de boca llevaba una botella de ron, una gallina y algunas pastillas de chocolate. Ningún preparativo tenía consigo contra los mosquitos: como verdadero héroe les hizo frente durante la navegación á cara descubierta, y muchas veces á cuerpo descubierto. Todo su acompañamiento consistía en un sirviente, lo cual no impidió que la *Gaceta de Cartagena* anunciase en estos términos su llegada á esa ciudad: ' El día (tal) entró á Cartagena el General D*** *con su séquito.*'

" El once al amanecer desembarcámos en *Barranca* Ayala y yo. Inmediatamente tomámos bestias y nos pusimos en marcha para Cartagena, y el doce, con el más bello sol poniente, llegámos á esa ciudad. No me acuerdo

haber visto jamás un horizonte tan magnífico: todo él estaba animado con los más hermosos colores, los matices más variados y los más extraordinarios contrastes de luz: ese espectáculo será para mí memorable.

"Luégo que tomámos alojamiento y nos hubimos bañado y vestido fuimos á un baile que se daba en el Consulado, y en donde nos vimos con todos nuestros amigos y conocidos. Al día siguiente comimos muy alegremente en una selecta reunión de amigos.

"Como no pudiésemos encontrar ningún buque para continuar viaje fué preciso detenernos en Cartagena, y allí el calor del clima me produjo fiebre. Entonces el Coronel Piñeres—de quien recibí las mayores pruebas de atención y amistad fina y constante—me llevó á su casa. Las asiduas y delicadas atenciones de la señora Dª Vicenta Narváez, su suegra, y la amable sociedad de su esposa Dª María de la Paz, así como la asistencia de los doctores Vega y N*** me restituyeron á la salud.

"El tiempo de la convalecencia me fué particularmente agradable. Vivía en el seno de esa excelente familia gozando de la confianza de un hijo ó de un hermano y pasaba días deliciosos. No se perdonaba medio ninguno para que mi mansión fuese agradable: paseos, festines, trato ameno, atenciones, todo se me prodigó, y el recuerdo de esa época será siempre grato para mí.

"Un mes después de nuestra llegada á Cartagena una corbeta de guerra inglesa—de regreso de Portobelo á Jamaica—tocó en el puerto. Inmediatamente solicitamos pasaje en ella por conducto del Intendente del Departamento, pero se nos negó bajo pretexto de que tenían órdenes superiores que prohibían llevar á bordo empleados públicos de naciones beligerantes. Sin embargo, Hurtado pasó de Portobelo á Jamaica en buque de guerra inglés. aunque llevaba carácter público (1). Pero el tanto po

(1) El señor Manuel José Hurtado reemplazó en Inglaterra al señ Revenga como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciari Fueron sus Secretarios, primero el señor D. Lino de Pombo y después I Andrés Bello.

ciento hizo suspender el rigor de las órdenes sobre neutralidad.

"Perdidas las esperanzas de embarcarnos en buque inglés pedimos al Comandante Departamental de Marina que pusiera á nuestra disposición un buque nacional, y se nos dió entonces la goleta *Emprendedora.*

"Era esta una embarcación muy larga y muy angosta; calaba de cinco á seis pies, pero su arbuladura y velamen parecía de fragata. Había sido construída solo para costear; el Capitán jamás había estado en Jamaica; el Piloto era un joven francés que más parecía un aventurero que hombre en que se podía confiar. Iban también dos ó tres guardias marinos que no ofrecían mayores garantías; la tripulación constaba de 10 á 12 marineros; la tropa no alcanzaba á diez y ocho hombres, armados con 14 fusiles, la mayor parte sin bayonetas, algunos sables mohosos y tres cañones regularmente montados; Tales fueron los medios de trasporte y de defensa en alta mar que nos proporcionó el Comandante de Marina de Cartagena!

"El 21 de Diciembre á las doce del día nos embarcamos, Ayala y yo. Los compañeros de pasaje eran: una francesa vieja con dos hijos de poca edad y un negociante italiano llamado el Signor Franceschi. La francesa había ido á Cartagena con el proyecto de fundar una escuela de niñas; la abrió en efecto; pero poco después las madres retiraron á sus hijas porque la maestra no enseñaba nada y solo se ocupaba en hacer pronósticos contra la futura moralidad de las alumnas.

"La indulgencia del Capitán y el poco caso que de las buenas costumbres hacía el piloto me hacía tener una triste idea de la disciplina de la tropa y de la tripulación. Yo no podía creer que gente sujeta á trabajos penosos cumpliese siempre con sus deberes si tenían constantemente á la vista el ejemplo de graves infracciones á las leyes del decoro.

"Aquel día apenas llegamos á las cercanías de Boca-

chica. El Capitán se quejaba del tiempo, pero yo comprendí que ni con viento en popa hubiera salido de la bahía aquella noche. El Piloto apenas se dejó ver un momento á bordo y volvió á tierra, y al cerrar la noche llegó en una pequeña lancha con una mujer joven, regularmente vestida, la cual nos presentó como su esposa á quien llevaba á pasear á Jamaica... "

Hasta aquí el Diario de Domingo Acosta. Veamos ahora cuál fué el resultado de la misión diplomática confiada al señor Ignacio Sánchez Tejada cerca de los Estados Pontificios.

Cuando llegó á Europa el Secretario de la Legación, encontró al Ministro en París, en donde hacía inútiles é infructuosos esfuerzos para poder pasar á Italia. Viendo la imposibilidad de dirigirse á Roma en su calidad de Ministro se vió forzado á admitir un pasaporte, en el cual no se declaraba su carácter diplomático. Así llegó el señor Tejada á Roma, dando un gran rodeo por Suiza, el Piamonte, y demás Estados en donde dominaba la Santa Alianza.

Entretanto su Secretario no podía lograr que le diesen pasaporte para los Estados Pontificios, y cuando al fin se encaminó á Italia, se vió detenido en Peruggia, y su jefe tuvo que retirarse de la Corte Pontificia é ir á pasar algún tiempo en Bolonia, pues el Embajador español movía cielo y tierra para impedir que el Santo Padre se viese con el Ministro de una de las Colonias de América que se había independizado de España.

En una de las *notas* enviadas por el señor Tejada al Ministro de Relaciones Exteriores en Colombia (fechada el 12 de Diciembre de 1824) encontramos este párrafo:

"Por este tiempo llegó á Bolonia el señor Domingo Acosta—Secretario de la Legación—y su venida fué un consuelo tanto mayor para mí cuanto era más difícil mi

posición; pues sobre ver pasar el tiempo sin adelantar nada en el desempeño de mi encargo, me hallaba solo y enfermo de la gota y reumatismo que he padecido por más de un mes, y no me permitían ni aún escribir."

—

Entre tanto murió repentinamente en Roma D. Antonio Vargas, el Embajador de España, y la situación del señor Tejada mejoró un tanto. Pasó con su Secretario á Florencia, de donde escribe á su Gobierno: "el señor Acosta me acompaña y me ayuda, y yo espero que su aplicación le proporcionará un caudal de conocimientos útiles á la Patria."

Para allanar la tirante situación en que se encontraba resolvió el señor Tejada prescindir del Poder temporal del Santo Padre y dirigírsele solamente como al Vicario de la Iglesia de Jesucristo é implorar su intervención necesarísima para el buen éxito del catolicismo en Colombia, después de larga época de guerra é incomunicación con la cabeza de la Iglesia.

A pesar de la buena voluntad de León XII para con su rebaño de Ultramar, no fué sino en el último mes de 1826 cuando al fin se reanudaron las relaciones entre el Pastor de los fieles católicos y el Gobierno colombiano, pero expresando que no eran aquellas comunicaciones políticas, sino puramente religiosas; más de diez años después la Sede Romana envió al fin su primer Nuncio á Bogotá y reconoció oficialmente la formación de la República, independiente de España.

El señor Tejada permaneció en Roma como Ministro Plenipotenciario hasta 1832, y después como Encargado de Negocios hasta su muerte, ocurrida allí mismo en 1837.

Domingo Acosta que se enamoró de las artes y amaba con pasión la literatura—permaneció como Secretario de la Legación, sin aspirar á posición más elevada, á pesar de sus méritos y vasta instrucción. En 1831 quiso

visitar á los Estados Unidos, y estando allí recibió el nombramiento de Encargado de Negocios en Washington. En aquel puesto permaneció hasta 1842; entonces le reemplazó su hermano Joaquín por algunos meses y él regresó á Bogotá, después de una ausencia de veinte años.

Cuando Domingo Acosta regresó á su Patria, enseñado á la vida europea y á las comodidades de Norte América, se encontró como extranjero en su propio país. No pudo acomodarse á las costumbres ni á las ideas, y así fué que al cabo de pocos meses de estar en Bogotá, en donde en un principio había comprado casa é instalado su biblioteca, resolvió regresar á Europa con sus penates. Se radicó en París; se rodeó de sus amados libros y llevó una vida tranquila y estudiosa hasta 1847, año en que murió. Felizmente para él aquel duro trance tuvo lugar en una época en que su hermano Joaquín estaba viviendo en París con su familia, de manera que murió acompañado y asistido.

Como todo solterón viejo era demasiado reservado y quizás egoísta para escribir seriamente el fruto de sus estudios, así fué que aunque parece que solía contribuir con artículos siempre anónimos en los periódicos de sus simpatías, nada dejó escrito con su nombre. A pesar de que desde su primera juventud Domingo Acosta se había empapado—como todos sus contemporáneos—en las ideas de los enciclopedistas franceses, y se decía liberal hasta su muerte, ésta no fué por cierto la de un incrédulo: pidió y recibió los Sacramentos de la Iglesia Católica, Apostólica Romana, y en sus últimos momentos se manifestó ferviente católico.

CAPITULO III

Joaquín Acosta parte para Europa.—Su primera residencia en París.—Compatriotas que allí estaban.—Sus relaciones con el Barón de Humboldt.—El Obispo Gregoire.—El General Lafayette.—El General Narváez.—Lord Holland.—Benjamín Constant.—Tracy.—El Mariscal Soult.—El millonario Ternaux.

1826.

JOAQUÍN ACOSTA aspiraba á algo más que á vivir oscuramente en Bogotá como Capitán en un Cuerpo estacionario, ó como empleado público subalterno. Su ardiente deseo era el de pasar á Europa á estudiar ciencias é ingeniería, y de esa manera servir á su país con utilidad é inteligencia. Con la renta que le daba su disminuída herencia paterna sabía que podría vivir en Europa con economía. Solicitó entonces del Gobierno licencia para ausentarse del país y que le concediesen el exiguo sueldo de Capitán durante dos ó tres años para con ese auxilio comprar libros é instrumentos.

Como ACOSTA se había hecho notable entre la juventud de Bogotá por su inteligencia y amor al estudio, el Gobierno no tuvo inconveniente en conceder lo que le pedía (1).

Estaban entonces en Bogotá dos sabios franceses con quienes le ligó constante amistad hasta su muerte: el señor Boussingault y el señor Roulin. Ellos le prestaban

(1) Si de esto trato aquí, es porque en un tiempo le echaron en cara al General Santander que hubiese enviado, decían, á ACOSTA á Europa para que estudiase *á costa* del Gobierno de la República, lo cual no fué cierto, porque el exiguo sueldo de Capitán en servicio activo en aquellos tiempos no hubiera bastado por cierto para hacer vivir á nadie en Europa, y éste que no siempre le pagaban, apenas le alcanzaba para comprar instrumentos y libros, que después regaló al Colegio del Rosario. Diremos de paso que aquellas preciosas colecciones de instrumentos de química y física, y un muestrario de mineralogía cayó en manos de los soldados de Mosquera en 1861. Todo, todo lo destruyeron y arrojaron á la calle, sin duda en nombre del *progreso* y la *libertad* que dicho General preconizaba !

libros, le daban lecciones y por último le recomendaron á sus amigos y parientes en Europa.

Acosta salió de Bogotá el 11 de Octubre de 1825 y llegó á París, pasando por los Estados Unidos, al principiar el mes de Febrero del siguiente año.

Desgraciadamente se han perdido los Diarios y notas de viaje de su visita á Norte América.

Acompañábale su amigo el joven Vicente Roche, militar también, cuñado del General Joaquín París é hijo de la patriota matrona Dª Josefa Domínguez de Roche. Era el compañero de Acosta uno de los jóvenes más elegantes y apuestos de la sociedad bogotana, y era tal la perfección de su fisonomía que en todas partes llamaba la atención. Sin embargo sucedía que los que trataban durante sus viajes á los dos compañeros, si al principio se fijaban con admiración en la hermosura plástica é inanimada de Roche, en breve la olvidaban para atender á la inteligente y viva expresión que distinguía á Acosta y escuchar su palabra fácil, incisiva y elocuente.

Los viajeros llevaban muchas cartas de recomendación para personas distinguidas de Europa, las cuales les sirvieron muchísimo, como veremos después. (1) En París se encontraban entonces importantes colombianos como el General Narváez (entonces Coronel), Rafael Ayala, el señor Tobar, el patriota García del Río, Rafael Alvarez, amigo íntimo de Acosta y otros.

Las bellas artes llamaban la atención particularmente á Acosta, y muy en breve aprendió á distinguir la esencia de la belleza y en lo que consistía la perfección de las formas, cosa que no se hace cargo el que lo desea no más, ni llega á entenderlo sólo con estudios superficiales. Es preciso nacer con esa propensión ; además, si el ojo no se ha educado desde la niñez con la vista de objetos realmente artísticos, después yá no los distingue. La prueba

(1) Se verá en el Apéndice una carta interesante que escribió el General Perú de la Crox á Acosta cuando éste preparaba su viaje Europa.

es que vemos á multitud de personas que después de larga permanencia en París, en Roma, en Madrid, frecuentando las más bellas galerías del mundo nunca llegan, sin embargo, á entender la estética de las bellas artes.

Después de recorrer á París y sus curiosidades, ACOSTA se entregó al estudio de las ciencias, pero antes de fijar sus planes de estudio quiso consultar con las personas para quienes llevaba cartas de recomendación.

Se encontraba á la sazón en París el Barón Alejandro de Humboldt, el cual recordaba todavía con placer su estancia en Guaduas en casa de D. José de Acosta, padre de JOAQUÍN, quien entonces era un párvulo que apenas contaba unos meses de vida.

Con aquella amabilidad que distinguía al sabio prusiano recibió con singular cariño al joven americano, y ofreció aconsejarle en cuanto él quisiese consultarle, y además se propuso presentarle en las casas de los sabios que residían entonces en París. Y no solamente hizo esto, sino que notando que ACOSTA era inteligente y observador le consultaba acerca de un mapa que trabajaba en aquella época (1).

(1) Hé aquí algunas de las cartas—casi siempre sin fecha—que conservamos en nuestro poder:

"Julio 20. 26.

"Deseando el señor de Humboldt consultar al señor ACOSTA acerca del plano del Chocó, le suplica se acerque á verle mañana jueves entre las 3 y las 5.

"Amistades.

"HUMBOLDT."

"*Al señor Capitán* JOAQUÍN ACOSTA.

"Quiero recordar á usted y á su amable amigo el señor Roche que me dieron la esperanza de comer conmigo el sábado. Sírvanse, pues, venir á las 6½, no á mi casa, sino al *Café de Chartres* en el Palacio Real, cerca de Very. Al preguntar por mí los llevarán á un gabinete particular.

"Mil amistades.

"HUMBOLDT."

"Miércoles.

"Por favor venga á verme el sábado por la mañana, por algunos mi-

Una de las primeras personas que vió en casa del Barón de Humboldt fué el famoso Convencional Enrique Gregoire (Obispo de Blois antes de la Gran Revolución francesa). Había sido miembro de la primera Asamblea constituyente (1). Este le cobró mucho cariño y le invitó á su casa repetidas veces (2).

---

nutos entre las 8 y las 10 para consultarle sobre el Chocó.

"Perdone mis importunidades.

"HUMBOLDT."

"Viernes.

"Temo, mi querido amigo, que se encuentren faltas de ortografía española en 10 líneas que debo imprimir, y no encuentro el libro para consultarlo. Hágame el favor de mandármelas corregidas, con tal que el sentido sea el mismo.

"Amistades.

"HUMBOLDT."

"Tendré el más vivo placer en recibir al señor Roche y á Domingo Acosta, cuya respetable familia (hace siglos!) tuvo para mí tantas bondades. Venga á verme el sábado á las 8 y media, si esto no lo molesta demasiado.

"Su adicto,

"HUMBOLDT."

(Todas estas cartas están traducidas del francés).

(1) Nació en 1750 y murió en 1831. Aunque fué el primer Convencional que pidió la abolición de los Reyes en Francia, se negó á votar por la muerte de Luis XVI. Miembro del Instituto desde 1800 fué después varias veces Presidente del Cuerpo Legislativo. Escribió varias obras filosófico-religiosas y muchas en contra de la esclavitud de los negros en las colonias francesas.

(2) Entre varias cartas muy afectuosas del antiguo Obispo de Blois encontrámos la siguiente, escrita cuatro años después, en los momentos en que ACOSTA regresaba á su Patria, y cuando el revolucionario de 89 contaba 80 años y le faltaba apenas uno para morir. Nos parece esta carta en extremo curiosa porque siempre se le ha considerado poco religioso en sus ideas:

"Passy, 21 de Agosto de 1830.

"*Señor Capitán* ACOSTA.

"El señor ACOSTA al partir lleva la estimación y el cariño de todos lo que como yo han tenido la ventura de apreciar sus cualidades. Hago vo tos por la paz y la gloria de Colombia, bajo el doble aspecto de la Reli gión y la Libertad. Estos sentimientos me acompañarán hasta la tumb

Véamos algunos párrafos del Diario de ACOSTA:

"13 de Febrero de 1826.—Estuve hoy con el Barón de Humboldt en la sesión del *Instituto de Francia* (1) que yo ansiaba conocer: tenía lugar en la Biblioteca del Instituto. Antes de que se abriera la sesión, el Barón me presentó á su íntimo amigo el famoso astrónomo Francisco Arago (2) al Mariscal Marmont Duque de Ragu-

---

y más allá de la vida, porque espero entrar pronto en aquella eternidad que fué siempre el objeto de mis deseos.

"A cualquier parte á que le lleve á usted la Providencia, envíeme usted noticias suyas, pues siempre le acompañarán mis buenos deseos y el abrazo de un Prelado cristiano.

✠ GREGORIO,
Obispo de Blois."

(Traducida del francés).

(1) El *Instituto ó Academia de Ciencias* fué fundado por Colbert en 1666, y se componía entonces solamente de sabios, eruditos y literatos. Después, al dividirse en varias secciones, la *Academia de Ciencias* no admite en su seno sino á los que se han ocupado particularmente de ciencias. En 1793 la Convención Nacional la suprimió, así como todas las Academias literarias dotadas por el Estado. Pocos años después la volvió á fundar con el nombre de *Instituto Nacional de Ciencias y de Artes*, y la dividió en tres clases; en 1814 añadieron una clase más, y en 1832 se organizó tál como se encuentra hoy día.

(2) Domingo Francisco Juan Arago había nacido cerca de Perpignan en 1786. En un principio su educación fué tan descuidada que á los 14 años aún no sabía leer. Seis años después, á los 20, ya se le consideraba como á uno de los mayores sabios de Europa! Se distinguió extraordinariamente en la Escuela Politécnica, y se le nombró con el astrónomo Biot y otros dos astrónomos españoles, Chaix y Rodríguez, en comisión para medir el arco meridiano terrestre, lo cual sirvió para establecer el sistema métrico. Numerosos descubrimientos acerca del magnetismo y extraordinarios acerca de oscuros problemas de física y química llamaron la atención sobre él en un principio, y después se le consideró como árbitro en cuanto concernía á la astronomía. Fué Director del Observatorio de París y miembro de todas las sociedades sabias del mundo. Sus obras forman 17 volúmenes en 8.° y abrazan todas las ciencias físicas. Murió en 1858 el 2 de Octubre, apenas siete meses antes de la muerte del Barón de Humboldt.

Hé aquí una carta que Arago escribió al joven americano algún tiempo después:

" Francisco Arago tiene el honor de saludar al señor JOAQUÍN ACOSTA y advertirle que mañana miércoles comenzará—á las 11 de la mañana—

sa (1) al sabio Laplace (2) á uno de los Jussieu (3) á Poisson el geómetra (4) á Gay-Lussac y otros sabios no menos importantes (5).

París, 12 de Noviembre de 1829.

"El General Andressy leyó una Memoria sobre geología, M. Gerard otra."

" 15 de Febrero.—Vino hoy á visitarme M. de Humboldt con M. Arago y el Obispo Grègoire. Este último

---

la visita que debe hacer con varios de sus discípulos á las diversas salas del Observatorio. Si el señor Acosta piensa que podrá sacar algún provecho de la conversación que versará únicamente acerca de las prácticas del Observatorio, F. Arago lo invita á que se digne asistir. De todos modos se apresura á advertirle que permanecerá en su casa todas las noches, y tendrá el mayor placer en recibirle y en renovar su amistad con el señor Roulin (que acababa de llegar de Colombia)."

Martes, 28 de Octubre de 1828.

(1) Mariscal creado por Napoleón 1.º Dejó varios escritos importantes y unas memorias interesantes. Murió desterrado en Venecia en 1852.

(2) Este célebre químico, aeronáuta y físico hizo un viaje con Humboldt á Italia en 1805, y desde entonces conservaban grande amistad. Era miembro del Instituto, Profesor de la Sorbona y escritor científico.

(3) La familia de Jussieu ha sido de generación en generación de sabios botánicos. El último de estos murió en 1853.

(4) Simeón Dionisio Poisson nació en 1781, y se le considera como uno de los fundadores de la física matemática y le han erigido una estatua. Es autor de más de 300 memorias científicas y varias obras sobre matemáticas y mecánica.

(5) José Luis Gay-Lussac era un famoso químico lemosino nacido en 1778. Se dió á conocer en un principio por sus trabajos sobre el magnetismo y sus descubrimientos atmosféricos durante las ascensiones que hizo en globo. Trabajó con Humboldt en experiencias que hicieron juntos en los volcanes de Italia. Escribió infinidad de memorias científicas, entró como miembro del Instituto en 1806; fué además hombre político y Par de Francia. Murió en 1850.

Hé aquí una carta de Gay-Lussac:

" El señor Gay-Lussac presenta sus humildes saludes (humbles civilites) al señor Acosta. Considerará un honor para él recibir al señor Rocafuerte, á quien recuerda haber visto hace unos 28 años en compañía del señor de Humboldt. Estará en su casa todos los días hasta las 11 de la mañana, menos el viernes de la semana entrante."

me obsequió con una obra suya sobre el *origen de las libertades de la Iglesia galicana*. Comimos en casa del joven matemático Duhamel, profesor que ha escrito varias obras científicas importantes, y aunque no ha cumplido todavía treinta años es considerado como persona de gran saber (1)."

Era este sabio tipo acabado del hombre sencillo y casero, del caballero verdadero; conservó amistad sincera y constante hasta su muerte, ocurrida el 29 de Abril de 1872, primero con ACOSTA y después con su familia.

La vida que llevaba el joven americano en París estaba consagrada al estudio, á la frecuentación de los sabios y hombres públicos, en cuyas casas había obtenido presentaciones, y á la admiración de las bellas artes en los museos y galerías públicas y privadas.

ACOSTA asistía á las aulas en que enseñaba física Gay Lussac, y matemáticas Duhamel y Ampère (2).

De este último hace este juicio en su Diario:

" A pesar de su mucha ciencia no es adecuado para enseñar. Su estilo es obscuro, tiene una pronunciación difícil, lo cual hace que sus lecciones sean poco frecuentadas y concurridas. No asistimos á ellas sino unos 25 estudiantes y una dama. Esta, gravemente sentada enme-

(1) Juan María Constant Duhamel había nacido en San Malo en 1797. Después de haber hecho su educación en la Escuela Politécnica, salió de allí en 1816 para entregarse á la carrera profesional allí mismo. Sus trabajos importantísimos le valieron el empleo de Director de la Escuela Politécnica durante varios años Se ocupó principalmente en las cuestiones más elevadas de la ciencia matemática. En 1840 sucedió en la Academia de Ciencias á Poisson. Escribió una docena de obras importantísimas acerca de ciencias físicas. Era cuñado de M. Roulín, y tío del famoso José Bertrand, uno de los hombres científicos que hoy conserva Francia con mayor respeto.

(2) Andrés María Ampère era físico, químico y escritor científico notable, é hizo descubrimientos acerca de la electricidad. Era hombre muy original y tan distraído en sus relaciones sociales como era inteligente en todo lo tocante á ciencias. Refieren de él curiosísimas anécdotas acerca de sus distracciones. Era miembro de todas las Academias científicas del mundo. Fué padre del célebre literato de su mismo nombre J. Juan-Jacobo-Antonio. Había nacido en 1775. Murió en 1836.

dio de los jóvenes, con los anteojos calados, escucha atentamente la lección y toma notas sin hacer caso alguno de lo que la rodea."

En aquel tiempo las mujeres no se atrevían por lo general á presentarse en las aulas de los sabios; hoy día éstas están repletas de señoras, y en algunos países ellas dan también lecciones científicas que compiten con las de los hombres.

Además de las mencionadas ACOSTA no desperdiciaba las lecciones de física del doctor Bertrand (padre de los actuales sabios Alejandro y José Bertrand, ambos académicos, y el segundo uno de los mayores sabios de la época actual); las lecciones de química del célebre Thenard (1); las de literatura de Andrieux (2); las de historia de Daunou (3) etc. Tenía tiempo para todo, porque jamás desperdiciaba un momento.

(1) Luis Santiago, Barón de Thenard, había nacido en 1777 de familia de labradores franceses. Protegido por el Cura de su pueblo recibió una buena educación; pasó á París, en donde entró á la Escuela Politécnica y se dedicó al estudio de la química, en la cual hizo importantes descubrimientos. En 1810 entró al Instituto y se hizo notabilísimo: Luis XVIII le hizo Barón, Par de Francia etc., para premiar sus trabajos. Obtuvo todas las glorias á que puede aspirar un sabio y murió lleno de años y de honores en 1857.

(2) Francisco Estanislao Andrieux, famoso poeta, dramaturgo y literato francés, nació en 1759, y murió en 1833. Profesor en el Colegio de Francia y miembro de la Academia Francesa, era muy amado y popular entre los estudiantes por su estilo mordaz y picante, á pesar de su tacto exquisito y moderación reconocida.

(3) Pedro Claudio-Francisco Daunou había nacido en 1761, y por consiguiente había presenciado la época más dramática de la historia de Francia de los tiempos modernos. Pertenecía á la Congregación de los Padres del Oratorio, y sin embargo fué miembro de la Convención en 1792, pero como no quisiese votar la muerte de Luis XVI estuvo á punto de perder la vida con los Girondinos. Después de la caída de Robespierre ocupó muchos puestos importantes en las Cámaras legislativas, pero se retiró á la vida privada durante el reinado de Napoleón I. Durante aquella época escribió varias obras históricas. En la Restauración volvió á tomar su asiento en las Cámaras Legislativas, y ocupó durante largos años el puesto de profesor de Historia en el Colegio de Francia.

"Febrero 21.—Estuvimos anoche en casa del Barón de Humboldt, y en su berlina fuimos á la recepción semanal de M. de Lafayette, á quien Roche y yo fuimos presentados Nos recibió muy bien, más diré, con cariño paternal. En el salón del General, tan justamente llamado el *veterano de la libertad en los dos mundos,* vimos á varios colombianos, algunos mexicanos y americanos del Norte, el sobrino del griego Ypsilante, con su vestido oriental (1), así como los miembros más distinguidos de la oposición de Inglaterra y de Francia.

"El Barón de Humboldt me presentó á Benjamín Constant (2) y al millonario Ternaux (3). Este último me invitó á sus recepciones de los jueves. El Coronel Narváez, que estaba allí presente, me nombró á Lord

De estas lecciones no más se publicaron 20 volúmenes en 8.º ACOSTA le admiraba mucho y quiso verle de cerca. Habiéndole pedido permiso para visitarle recibió la siguiente carta:

"*Señor Capitán* ACOSTA.

"Señor: recibí su carta, demasiado lisonjera para mí, del 18 de Julio, y la contestara antes si me lo hubieran permitido algunos trabajos atrasados que tenía que terminar. Tendré el honor de recibir á usted cuando usted lo tenga por conveniente todos los días menos el viernes.

"Reciba usted mis respetuosos homenajes.

"DAUNOU."

(Traducida del francés).

(1) Famoso patriota griego que se decía descendiente de los Comnenos; y combatió por la libertad de Grecia.

(2) Orador, publicista, literato y escritor político famoso. A pesar de ser de origen francés, nació en Suiza, se educó en Inglaterra y Alemania, pero hizo su carrera política y literaria en París, en donde figuraba entonces en las filas de la oposición á la Restauración borbónica. Después de la revolución del año de 1830 fué nombrado Presidente del Consejo, en cuyo destino murió en el mismo año, de sesenta y tres años de edad.

(3) El Barón Guillermo Luis Ternaux, manufacturero muy afamado, compañero de Lafayette en sus empresas liberales antes de la Revolución de 89. Tuvo, sin embargo, que emigrar en 1793. Regresó en la época de Napoleón y se entregó á sus fábricas de paños, en las cuales hizo grandes cambios y fué el inventor de la tela llamada *cachemir* ó merino. Escribió varias obras acerca de la fabricación de tejidos y murió casi arruinado en 1833.

Holland (1) y á otros personajes, célebres todos y distinguidos en el mundo de la política, las letras y las ciencias.

"Entre el bello sexo sólo nos llamó la atención por su belleza la hija de Lord Holland. Me instaron para que bailase, pero yo no pensé en semejante cosa; consideraba con respeto y admiración á esos grandes hombres, á aquellos miembros de todas las aristocracias del saber, la gloria militar y la política, les oía hablar y me parecía un sueño...."

Entre las casas que frecuentaba el colombiano estaban las de las hermanas del General Pablo Mantilla, las señoras Delpeche y Strisser, que vivían en París, y con quienes conservó siempre constante amistad.

Con el Coronel Narváez visitó á Destutt de Tracy, el filósofo ideólogo, antiguo miembro de los Estados Generales de 1789, cuyos textos de enseñanza, de la escuela sensual de Condillac, han levantado tántas polémicas en Colombia. Tracy lo recibió con suma afabilidad, lo presentó á sus hijos y á su yerno y le invitó á que frecuentase su casa, en donde solían reunirse gran número de literatos y hombres políticos.

También fué presentado en casa de Lafitte, célebre hombre político y financista, quien siendo hijo de un carpintero logró con sus talentos levantarse de la nada hasta convertirse en una potencia rentística. Con los millones que ganó en los Bancos que fundó, no solamente auxiliaba á los gobiernos que se sucedieron en Francia durante medio siglo, sino que su generosidad y liberalidad con los necesitados era proverbial. Fué Ministro de Hacienda de

(1) Enrique Ricardo Vassal Fox.—Lord Holland—era sobrino del célebre hombre de Estado inglés, Carlos Jaime Fox, el rival de Pitt. El Lord Holland que visitaba á Lafayette, era miembro de la Cámara de los Lores, y siempre abogó en favor de las Repúblicas Sudamericanas Defensor de todas las libertades nacionales era al mismo tiempo censor permanente de toda injusticia que su Gobierno cometía con los extranjeros. Hospitalario con éstos, los colombianos siempre encontraron en él un amigo y un protector en todas circuntancias. Murió en 1840.

Luis Felipe, cuyo advenimiento al trono preparó en gran parte con su influencia; sin embargo, perdió su popularidad con el poder político, descuidó sus intereses y á su muerte era mucho menos opulento que cuando le conoció ACOSTA (1). Hablando del millonario Ternaux:

"Este banquero, leemos en el Diario, ha llegado á tal grado de opulencia, que puede reunir en su casa á los miembros de todas las grandes aristocracias del mundo. Estando allí el Barón de Humboldt, me presentó al Mariscal Soult—Duque de Dalmacia—al General Jullien, al Conde Darú, los cuales todos han desempeñado papel importantísimo en la guerra, en la política, en la diplomacia y en la literatura de los últimos treinta años.

"Al señalarme todos los personajes el Barón de Humboldt me decía que lo hacía para que pusiese sobre aquellas personas los nombres que yo conocía y acerca de los cuales había leído. ¡Pero cuán poco correspondían aquéllos á éstos! ¡Lo ideal es siempre mejor que la realidad!

"También vi á la Princesa Davoust (2) y á otras damas de la época del Imperio, cuyos nombres andan escritos en las historias, pero ninguna me pareció hermosa, aunque todas *eran célebres*."

Refiere más lejos que en una simple recepción en casa de Ternaux esta magnífica mansión estaba adornada con un lujo asiático: la escalera era un bosque de plantas tropicales, como no las tenían los palacios.

Durante los ratos que robaba á los estudios el joven americano, cuya sed de saber era insaciable, visitaba concienzudamente las galerías de pinturas y apuntaba en su cartera lo que más le había llamado la atención con el

(1) Lafitte murió en 1844, dejando el resto de su fortuna á su hija, casada con un hijo del Mariscal Ney.

(2) Era ésta la viuda de Luis Nicolás Davoust, el compañero de Colegio de Napoleón, á quien hizo Príncipe y Mariscal y se distinguió siempre como un militar de primer orden.

á asiduos estudios científicos dejaba de atender al alimento del alma; por su Diario vemos que asistía á los sermones y demás oficios de la Cuaresma en San Sulpicio y en Nuestra Señora de París; en la primera iglesia, apunta, que oyó la elocuente voz del Abate Guillón, por entonces uno de los más famosos oradores sagrados de Francia (1).

Con motivo del Jubileo Universal que había promulgado Su Santidad León XII tuvo lugar una magnífica procesión pública entre la iglesia de Santa Genoveva y Nuestra Señora, á la cual quisieron asistir ACOSTA y Roche. Hé aquí la descripción de ella que encontrámos en el Diario del primero:

"17 *de Marzo.*—A la una de la tarde salimos del aula de M. Daunou y nos dirigímos á la plaza del Panteón, en donde tomámos puesto y aguardámos dos horas á que pasara la anunciada procesión.

"Al fin llegó. El Rey Carlos X (con los Príncipes reales y toda la Corte) marchaba á pie detrás de una urna de oro que contenía reliquias, rodeada de ocho Obispos, el Arzobispo de París y una inmensa multitud de sacerdotes revestidos con ricos sobrepellices y cantando himnos. En torno de sus respectivos estandartes iban después los miembros de varias hermandades, seguidos por una tropa de jóvenes y de niñitas vestidas de blanco.

"La magnífica portada de Santa Genoveva parecía aún más hermosa hoy que nunca. Inmenso número de carrozas doradas, de lacayos con vistosas libreas, de gendarmes, de regimientos de los *guardias de corps* del Rey, formaban una brillante zona en torno de la plaza y realzaban con sus vistosos colores, relucientes armas y plumajes el esplendor de la fiesta...."

(1) El Abate Amado Guillón de Montleón nació en Lyon en 1758: era notabilísimo como historiador y teólogo controversista. Logró escaparse fuera del país durante la Revolución, y al volver á Francia defendió la Iglesia galicana por todos los medios posibles durante cuarenta años. Murió en 1842 de 84 años de edad.

Debemos, antes de proseguir, dar una idea, aunque sea exigua, de la situación política y social en que se encontrabá Francia en 1826, pues sin ello no se comprendería la importancia de ciertos nombres que en el Diario de ACOSTA encontramos á cada paso.

El ideal de un Gobierno libre dentro del orden y el respeto á las instituciones—de un Gobierno que se alejase tanto de los abusos de una autocracia absoluta como de la desenfrenada licencia; de un Gobierno justo, paternal, generoso, recto siempre; protector de los pequeños y de los grandes; liberal, en el noble sentido de la palabra: ese ideal que había aparecido como una nueva revelación á los pensadores del fin del siglo XVIII—había persistido aún en el fondo de los ánimos de los mismos que habían sufrido martirios de la diosa pagana, ensangrentada y cruel que surgió de la Revolución de 89. Estos, se llamaron liberales hasta que comprendieron que aquella palabra no respondía á sus aspiraciones, porque se habían apoderado de ella los demagogos, hijos legítimos de los hombres que gobernaron á Francia hasta que Napoleón les arrancó la autoridad; estos liberales de 1826 fueron los que en gran parte formaron el partido constitucional conservador que elevó al trono á Luis Felipe en oposición á Carlos X, representante de los Borbones y de la autocracia legitimista.

El ardiente sol del Imperio había secado la sangre derramada sobre los cadalsos por los secuaces del Terror, pero la mancha no se había borrado, y el recuerdo de esos tiempos calamitosos tenía encadenada la voluntad de los hombres de orden; y aunque lamentaban éstos la situación en que se hallaba Francia bajo el poder de los Borbones (que pretendían gobernarla como antes de la Revolución y cuando había gustado yá del fruto del bien y del mal) no se atrevían, sin embargo, á hacer ningún movimiento revolucionario.

Era tal la antipatía que se tenía á lo que diera

pie para un movimiento revolucionario, que en Europa todo lo pretendían arreglar por medio de Congresos internacionales. Viéronse así sucederse los Congresos de Viena, Aix La Chapelle, Laybach, Verona etc. La intervención armada de Francia en los asuntos de España en 1823, para reponer al Rey absoluto sobre el trono—y vengarse (así lo confiesa el mismo Châteaubriand) de las derrotas sufridas en España en tiempo de Napoleón—había hecho aún más impopulares á los Borbones, que pretendían inmiscuirse en los negocios extranjeros, sin la gloria de Napoleón, gloria que á los franceses hacía perdonar sus abusos é injusticias.

Halagados por el deseo de una libertad que no tenían esperanza de conseguir jamás de un Borbón, pues á Luis XVIII había sucedido su hermano Carlos X, los liberales de orden, como Lafayette y otros patriotas franceses, trabajaban sin descanso en minar el trono de los hermanos de Luis XVI, y en su lugar levantar un Rey constitucional, mientras que para algunos de ellos llegaba la hora de declararse nuevamente en República. Los horrores de 92 no habían apagado aún ese deseo en las almas de aquellos hombres, los cuales, así como los Borbones, que habían regresado del destierro sin haber aprendido ni olvidado nada, asistieron á los actos perversos de la Revolución sin poderse convencer de que la República es en Francia una fuente de desorden y de tiranía, salvo cuando su régimen tiene más de monarquía que de verdadera República, como sucede en la actualidad.

La situación política en Francia era, pues, muy tirante en aquel año de 1826, y el joven americano contemplaba con sumo interés la marcha de la opinión pública, y en los salones de la oposición escuchaba con atención las palabras de los hombres más importantes de la época, y por decirlo así, presenciaba la formación de la Historia y notaba cómo iba decayendo la Restauración, decadencia qı cada acto administrativo de los Ministros de Carlos X que no comprendían el peligro, activaba más su ruina

Entre tanto ACOSTA continuaba su vida dividida entre el estudio y la frecuentación de la sociedad.

Con fecha 13 de Marzo leemos en el Diario:

"Nos había convidado Narváez á que fuésemos á un paseo á la Malmaisón, con la Princesa de Wagram. Pero á última hora esta dama se excusó, por estar enferma; nos dirigímos entonces, sin ella, á casa de su sobrina Madama Chancel, cuñada del General Chancel, y esta señora, que es joven, bonita y amable, junto con la Mariscala Dervieux y algunas señoritas amigas suyas, no tuvieron inconveniente en acompañarnos á visitar la casa de campo que guarda los más tiernos recuerdos de la Emperatriz Josefina.

"Nos pusimos en marcha en tres carrozas, y emprendimos camino por los Campos Eliseos; atravesámos por cerca del Arco de Triunfo que Bonaparte había empezado á construir y que Carlos X ha continuado, no ya para celebrar los triunfos del Emperador, sino los del Duque de Angulema en España!

"Dejámos á nuestra izquierda el Bosque de Boulogne, triste sitio que frecuentan los duelistas y es conocido sólo por los hechos de armas que han tenido allí lugar. Torcimos después por el puente de Neuilly; atravesámos el Sena—en este lugar el río me recordó el de Bogotá en el sitio de *Las Alcantarillas*. (Pero quizás éste fué de mi parte un recuerdo más bien patriótico que verdadero!) En seguida pasámos por la aldea de Nanterre, patria de Santa Genoveva, Patrona de París, pero que hoy en lugar de producir Santos se hace notar por sus pasteles.

"A las dos de la tarde llegámos á las rejas de la Malmaisón; los criados las abrieron y continuámos en los carruajes por una tupida alameda hasta las puertas mismas del Palacio, en donde nos desmontámos.

"Nada más bello y elegante que esta quinta, digna de una Emperatriz. Allí se encuentra cuanto puede apetecer una persona culta: un pequeño teatro: nutrida bibliote-

ca; billar; baños de varias clases; salones amueblados de diferentes estilos; invernáculos repletos de plantas exóticas que recordaran á Josefina sus primeros años; éstos son quizás los más ricos de París. En aquellas estufas vi plataneros, palmeras, *chisguas* y otras plantas de mi país, las que saludé como á paisanas mías, y trajeron á mi memoria escenas bien diferentes por cierto á las que tenía delante.

"Aún viven allí (al cabo de 12 años de la muerte de la Emperatriz) algunos sirvientes que lo fueron de ella, los cuales están encargados del cuidado de la casa y jardines. Entre otros vi á un negro que ella había traído de Santo Domingo.... ¡Cuán efímera es la grandeza humana!... Las plantas traídas de la zona tórrida para agradar á una Emperatriz han tenido una existencia más larga que ella, cuyas dichas pasaron como un sueño. Yá no queda de ese esplendor sino estos muros y este negro melancólico que vaga por las antiguas habitaciones de su ama, desamparadas hoy, pero que oyeron las voces de una Corte de héroes, así como la agonía y los suspiros de una mujer abnegada.

"Como para recordar esas tristes memorias vimos los bustos del Príncipe Eugenio y de la Reina Hortensia en un salón, y al óleo retratos de los mismos en otro. Dos pequeñas pirámides que Napoleón había hecho traer á todo costo desde las orillas del Nilo para obsequiar á Josefina contribuyen á aumentar la melancolía que reina en esa triste mansión de glorias y resplandores apagados.

"Me dijeron que Josefina había sido el ídolo de aquellas comarcas, y que los aldeanos recordaban el cariño, la dulzura y la caridad conque los trataba siempre.

"—Puesto que fué caritativa y tuvo los medios de ejercitar esa virtud no pudo ser infeliz! exclamé.

"Esta idea fué vivamente combatida por las damas que acompañábamos, algunas de las cuales pretendían que la dicha no dependía de uno mismo sino de los demás.

"Volvimos por Marly. Allí vimos las curiosas máquinas hidráulicas que se establecieron para hacer subir el agua que llevan á Versalles y embellecen los jardines que mandó hacer Luis XIV, gastando en ello centenares de millares de francos.

"A cada momento gozaba más con el paseo: la belleza apacible de la atmósfera; la pureza del ambiente; el soplo vivificante de la primavera, que parecía darme nueva vida; la culta y agradable sociedad que me rodeaba y la armonía que reinaba entre todos nosotros aumentaba las impresiones que sentía y que jamás podré olvidar.

"Atravesámos el bosque de San Germán y nos detuvimos delante de aquel interesante castillo feudal, rodeado aún de fosos, los cuales no dejan olvidar, con su aspecto venerable, que hace ochociéntos años que fué edificado (1).

"Echámos pie á tierra y fuimos en primer lugar á dar un paseo por el terrado, desde el cual se descubre una bellísima vista sobre todo el valle del Sena. Estando allí la pesada campana del castillo—de ese castillo que fué morada de los Reyes de Francia—dió las cinco de la tarde. Aquello nos hizo comprender que apenas nos quedaba una hora para recorrer el Palacio. Inmediatamente entrámos. Vimos la antigua capilla (que construyó San Luis); el salón de recepción de Francisco I y los aposentos que ocupó el destronado Rey de Inglaterra, Jacobo II (2).

"Mientras que el Conserje buscaba las enmohecidas llaves para abrir los salones reservados, nos refería en pocas palabras las leyendas del Castillo.....

(1) Era residencia ya de los Reyes de Francia desde el siglo X, y éstos sucesivamente la ocuparon con preferencia á todas, hasta que Luis XIV edificó el palacio de Versalles. Aquel orgulloso monarca veía con disgusto desde las ventanas del Palacio de San Germán las torres de San Dionisio, las cuales le recordaban la muerte, por estar allí los sepulcros de los Reyes de Francia. Deseoso de olvidar que había de perder la vida, buscó entonces un sitio del cual no alcanzase á ver esas torre fatídicas, y se fijó en Versalles.

(2) Allí murió 13 años después de que le destronasen en 1702.

" Dieron las seis de la tarde y aún no habíamos concluído de ver los salones. Continuámos, pues, al través de los aposentos casi sin detenernos.... Al fin llegámos al *boudoir* que fué de la La Valliére. Allí nos parámos algunos momentos á respirar.... Pero mientras que mis compañeros hablaban de la belleza de aquella histórica y desdichada mujer, mi mirada se fijaba con preferencia en los ojos de cielo de una de las damas del paseo, cuya gracia y donosura no serían inferiores á las de la favorita de Luis XIV.

" Después de recorrer la larga fila de aposentos que fueron habitados por Luis XIV, antes de la construcción del Palacio de Versalles, aposentos que Napoleón destinó para los alumnos de la Escuela de Caballería, y en donde hoy habitan los Guardias de Corps, resolvimos regresar á París.

" Bajámos á la portada del Castillo á las siete de la tarde... la luna brillaba sobre un cielo despejado, y respirábamos un ambiente perfumado por las primeras flores de la primavera. Nuestras compañeras subieron á sus respectivos carruajes; nosotros nos acercámos á las ventanillas para despedirnos antes de separarnos, pues ellas deberían seguir directamente á sus casas, y nosotros á la nuéstra, al llegar á París. Las saludámos, ellas partieron adelante; quizás no las volveré á ver jamás!

" Así concluyó un día que será en mi existencia como un oasis en el desierto; un poético y fugaz idilio dentro de la prosa de la vida!

" 23 *de Marzo*—Jueves Santo—Estuve hoy en el paseo de Long-Champs, lugar que en otro tiempo era concurridísimo, porque según lo que se usase ese día se fijaba *la moda* para todo el año (1). Compónese esta fiesta profana de dos filas de carrozas, por la mitad de la alameda, llenas de mujeres espléndidamente vestidas, y á uno

(1) Hoy se llama esta alameda de las *Acacias*, y allí se dan cita todas las elegantes de París, en la primavera y el otoño, pero no ya el Jueves Santo.

y otro lado diversiones para el pueblo. Todo esto me pareció muy impropio para la época del año, Jueves y Viernes Santo, pues mañana siguen las fiestas y feria.

"Probablemente el golpe de vista debe ser brillante y bello cuando la estación es propicia, pero el día era húmedo y triste. Nos llamó la atención la riqueza de los carruajes de los Ministros, los Pares, Príncipes Reales y Embajadores extranjeros. Entre estos últimos brillaba por su gran lujo el Embajador español, cuyo esplendor formaba contraste con la miseria, el luto y las humillaciones que ha sufrido aquella nación en los últimos años.

"Conocí allí al Duque de Bordeaux (1), niño de seis años que iba en un carruaje con su madre la Duquesa de Berri. Están hoy día educándole para el oficio de Rey, pues le tocará la corona de Francia á la muerte de Carlos X.

"25 *de Marzo.*—Me habían dado un billete para entrar en el Palacio de Borbón, reconstruído en 1804 para el Cuerpo Legislativo (2). El edificio es notable y su pórtico puede competir con el de la Bolsa. Entré á un salón que llaman de la Paz, y allí estuve hasta que un Capitán de Guardias de la Cámara me introdujo en el salón y me indicó cuáles eran los asientos reservados.

"El interior del edificio me pareció digno de su fachada, y propio para que se reuniesen á deliberar los Representantes de un gran pueblo. Pero desgraciadamente los Diputados no correspondían todos al honor de aquel empleo. Solamente Benjamín Constant y el General Sebastiani (3) son verdaderos oradores; á éstos escuché con

(1) Después Pretendiente legitimista que vivió como tal hasta su muerte.

(2) Era este edificio un Palacio de la Duquesa de Bourbon, en el cual se gastaron muchos millones sin concluírlo de edificar. La Revolución se apoderó de él. Allí se reunieron los *Quinientos*, y después los Diputados de la nación. En tiempo del Imperio se le hizo el peristilo corintio que hoy tiene, y cada Gobierno le ha ido añadiendo alguna cosa más al edificio.

(3) Pariente de los Bonapartes. Hizo brillante carrera militar y en la diplomacia. Durante la Restauración era uno de los jefes de la oposición, y fué Ministro bajo el reinado de Luis Felipe. Era padre de la Duquesa

gusto, y admiré las dotes intelectuales del Ministro M. de Villele. En su asiento vi al Barón Mechín (1) á Girardín (2) y entre otros me agradó la fisonomía de Clermont-Tonnerre, el Ministro de Guerra."

"13 *de Abril.*—Estuve en la sesión pública de la *Sociedad Cristiana*, presidida por el Duque de Broglie, yerno de Madama de Staël. (3) M. Guizot, de Broglie y un joven de la Fosse, pronunciaron hermosos discursos, que produjeron honda impresión en el auditorio, que era muy numeroso. Se trataba de la esclavitud y de los crímenes que se cometían con indefensos negros. Cuando salimos el Barón de Staël se ocupaba en remover las pesadas cadenas y grillos que había llevado allí como pruebas palpables de que se continuaba el tráfico de esclavos, puesto que él mismo había sacado aquellos instrumentos de tortura de un navío que había llegado á Nantes ahora tres meses." (4)

Entre las personas que dispensaron su amistad al joven americano, fuera de las que ya hemos mencionado, citaremos al doctor Gabriel Andral, hijo de un médico distinguido y padre de un abogado muy notable también en la política actual. ACOSTA dice de su amigo: "Gabriel

de Praslin, que murió asesinada por su marido. Sebastiani murió muy anciano en 1851.

(1) Antiguo Girondino. En las Cámaras fué miembro de la oposición hasta 1830, cuando obtuvo empleo lucrativo.

(2) El Conde de Girardín había sido discípulo de Rousseau. Durante la Revolución fué defensor de la monarquía, después se adhirió á los Bonapartes y pasó á España con José. En la época de la Restauración era miembro de la oposición.

(3) Aquiles, Leoncio, Víctor, Carlos Duque de Broglie, descendiente de hombres de Estado y de guerreros, había nacido en 1785. Perdió á su padre guillotinado; volvió a Francia al concluir la Revolución y desempeñó misiones importantes, casó con Albertina de Staël, fué Embajador, Académico, Ministro de Estado etc. Entonces se hallaba entre los liberales moderados. Murió en 1870 de edad muy avanzada.

(4) El Barón de Staël era el hijo mayor de Madama de Staël. Había nacido en 1790, y así como su madre se distinguió por el talento, su hermana (la Duquesa de Broglie) por la belleza, él se hizo notable por su bondad inagotable y sus actos de filantropía. Murió joven todavía en 1827.

Andral, aunque muy joven todavía, indudablemente será hombre ilustre." Con efecto Andral lo fué, y su nombre es talvez el más notable entre los médicos científicos de la primera mitad de este siglo. Miembro de todas las Academias científicas, escribió obras sobre anatomía patológica que llamaron la atención de todos los médicos del mundo.

En un banquete mensual, en el cual se reunían todos los colaboradores y corresponsales de la *Revista Enciclopédica*, al cual fué invitado ACOSTA y asistía todos los meses, conoció y trató al historiador Sismond de Sismondi, que le tocó al lado la primera vez. "Era éste, dice el diario, hombre sencillo y campechano á pesar de su instrucción y fama." (1)

En otra ocasión le tocó de vecino el famoso Almirante inglés, Guillermo Sidney Smith. (2) "Me pareció, observa, hombre llano, lleno de ciencia y vivísimo á pesar de su edad."

Encontramos en el Diario, que nos ocupa, una larga y minuciosa descripción del Palacio de Versalles, de los

(1) Sismond de Sismondi era de familia de origen italiano, nacido en Ginebra en 1773. Durante la Revolución francesa visitó varios países europeos. En 1801 escribió su primera obra y de 1807 á 1818 escribió en 16 tomos su magna *Historia de las Repúblicas italianas.* Amigo íntimo de Madama Staël la acompañó en su viaje á Alemania, y entonces escribió la *Historia de la literatura del Medio día de Europa.* La *Historia de los Franceses* en 30 tomos, lo ocupó hasta su muerte ocurrida en 1842. Durante los intervalos que le dejaban la publicación de esa obra tuvo tiempo para escribir además artículos sobre asuntos económicos y de historia. Fué autor también de novelas y varias biografías. El conjunto de sus obras formarían una biblioteca de más de cien volúmenes. Era porsupuesto miembro de la Academia Francesa etc., etc.

(2) Este famoso marino inglés había nacido á mediados del siglo XVIII Los primeros años de su vida los había pasado en empresas marítimas de toda especie. Capitán de fragata desde los diez y nueve años, sirvió en todos los mares de Europa, y cayó prisionero durante lo Revolución francesa contra la cual combatía. Se escapó milagrosamente del Templo. Al regresar á Inglaterra le confiaron las mejores escuadras que combatían contra Napoleón y auxilió á todos los pueblos que quisieron luchar contra el Emperador francés. Sin embargo desde 1810 se había retirado de la vida pública para dedicarse en cuerpo y alma á la obras de filantropía y beneficencia. Murió en París en 1840.

objetos más interesantes que allí se encuentran y de cuantas impresiones le produjeron; pero no transcribimos todo esto por que nos parece que aquel lugar es demasiado conocido, así como lo son los Museos y espectáculos parisienses, que describe circunstanciadamente.

Sin embargo, creemos que no estará por demás copiar aquí lo que dice de las Tullerías. Como ese Palacio ha desaparecido, incendiado por la Comuna en Mayo de 1871, bueno será que reviva un tanto en el recuerdo de nuestros lectores que yá no podrán verle.

"26 *de Mayo.*—Con M. Bertrand me dirigí á las doce del día á la plaza del Carrousel, á cuya hora debían encontrarse allí algunos compatriotas que deseaban unírsenos en la visita que íbamos á hacer. Pero según las costumbres colombianas faltaron naturalmente á la cita. Yo continué, pues, solo, mi visita con M. Bertrand. El General Gobernador del Palacio de las Tullerías, me había enviado, previa mi súplica, una boleta para poder visitar el Palacio del Rey que estaba en San Cloud (1).

"Entrámos por la puerta de la izquierda y nos hallámos en el salón de Diana, adornado con inmensos espejos, hermosos jarrones de rica porcelana y pinturas escogidas. Atravesámos después un salón adornado con tapicerías de los Gobelinos, y entrámos á la alcoba del Rey. En medio del aposento veíase un suntuoso lecho de bronce dorado y rodeado de colgaduras de terciopelo azul bordado con flores de lis de oro; más lejos vimos el salón del Consejo, que no ofrece mayor interés, pero el salón del Trono me pareció magnífico: por todas partes muebles riquísimos, arañas de cristal de roca y candelabros de inmenso valor artístico.

"El salón llamado de *la Paz*, tiene ese nombre por que le adorna una bellísima estatua de maciza plata, que representa *la Paz*, obsequiada al que menos la amó, á

(1) Este palacio también fué incendiado por los prusianos, en el año aciago de 1871 y hace años se vendieron las ruinas en pública subasta.

Napoleón I, en 1807 por la ciudad de Amiens. A más de ésta vimos allí los bustos de Nerón, Commodo y Caracala. ¿ Por qué, pensaba yo, habrán escogido á estos Emperadores romanos más bien que á Trajano y Marco Aurelio, para ornar los salones de un descendiente de Enrique IV ?.... No me atreví á preguntarlo.

" Después de atravesar una larga galería que daba sobre el jardín llegámos á la Capilla real. El coro, las columnas y el pavimento, todo es de mármol blanco y el conjunto es suntuoso. Al salir de allí bajámos por la gran gradería, y después de haber visto el salón de los Mariscales, el cual no tiene más adorno que los retratos de cuerpo entero de los Mariscales, y los bustos de Joubert (el General) de Dugommier y Caffareli, en mármol blanco, así como de otros militares célebres.

" Todos los artesonados de los salones y aposentos están pintados al fresco por célebres artistas; en todas partes se ven exquisitas obras de arte, muebles riquísimos, cortinajes de terciopelo ó de brocado, casi siempre cubiertos de bordados de flores de lis; además los pórfidos, los bronces, los jarrones de la China y de Sevres embellecen todos los aposentos, y les dan un aspecto espléndido.

" Las pequeñas viviendas en donde habita ordinariamente la familia Real, están cerrados á los curiosos, éstas tienen vistas sobre los jardines...."

CAPÍTULO V

Paseo al cementerio del Padre Lachaise —Una sesión en el Instituto Cuvier.—Quatremère de Quincy.—El poeta Soumet.—Sesión en la Sociedad Asiática.—El Duque de Orleans.—Silvestre de Sacy.—Abel de Remusat.—Langlois.—Billetes de Humboldt y del Obispo de Blois. Conferencia de Azaïs.—Carta del General Santander.—Estanislao Julien.—David d' Angers.—El Jardín de Plantas una mañana de verano.—El teatro.

1826.

DIARIO.

" *Abril.*—Pasé en el cementerio del Padre Lachaise

dos horas contemplando los suntuosos monumentos de personas obscuras que allí se encuentran, y cuyos nombres sólo existen por la vanidad de sus parientes. Me llamó la atención en medio de aquella ostentación mundana una sencilla lápida, sobre la cual vi esculpida esta inscripción, más elocuente y más tierna que todo el fárrago de epitafios altisonantes con que está sembrado aquel recinto; decía así:

" *Un padre y una madre á su hija única*
" LUCÍA DINOU, *muerta de ocho años.*—1824.

" Este vasto cementerio está cubierto de tumbas de todos géneros y materiales, desde la pobre cruz de madera negra hasta el mausoleo de mármol, de granito, de pórfido y de bronce, y allí se ven desde los nombres más humildes hasta los más ilustres.

" Un bello sentimiento ha hecho que se reúnan unos al lado de otros los sepulcros de Massena, Lefebre, Cambaceres etc.

" Vi muchos sepulcros vacíos que aguardan á los que han de ocuparlos. Parece que el gusto por la magnificencia en las sepulturas se ha generalizado de poco tiempo á esta parte, porque las más suntuosas no existían ahora diez años. ¿ Será esto porque los franceses han querido indemnizarse de la degradación en que han vivido en los últimos años, adornando el asilo en que han de reposar después de muertos ?

" Vi á una mujer anciana sentada sobre el verde musgo y al rayo del sol, que hacía calceta labrando tranquilamente al lado del sepulcro de su hijo. Me dijeron que aquella madre iba frecuentemente á acompañar á su hijo durante largas horas. La miré; tenía un aspecto sereno.... Y en tanto que sus dedos no dejan de trabajar su imaginación, no hay duda, que le traería el recuerdo del que está invisible para todos menos para su amor maternal.... Este espectáculo me enterneció.

"Observé que los epitafios más realmente sentidos eran los de los jóvenes de uno y otro sexo, á quienes lloraban sus padres.... ¡Sólo los huérfanos no seremos llorados!

"Encontré el sepulcro de un hijo de Arrubla, nacido en Bogotá. Vi también la tumba del Conde de Mendinueta (1).

"*Abril* 24.—A las dos de la tarde nos dirigímos á la sesión pública anual de las cuatro Academias reunidas en el hermoso salón del Instituto de Francia. Está éste adornado con estatuas de mármol que representan á Fenelón, Bossuet, Descartes y Sully.

"M. Poisson presidía la sesión. M. Cuvier (2) leyó una luminosa Memoria sobre los progresos de la química y los beneficios que esta ciencia ha hecho á la humanidad. Esta Memoria, así como la que presentó M. de Quatremere de Quincy (3) sobre la utilidad de las bellas artes, fueron calurosamente aplaudidas. Pero no fueron con aplausos no más sino con frenéticos bravos que el público acogió los fragmentos de un poema que leyó el poeta

(1) Sin duda sería éste uno de los últimos Virreyes que España envió á la Nueva Granada.

(2) Jorge Cristino L. D. Cuvier, Barón y Par de Francia. Había nacido en 1769 de familia distinguida. Desde su infancia se hizo notable por su inteligencia y dotes singulares de observación en todo lo tocante á ciencias naturales. Sus obras sobre Anatomía comparada hicieron época al principio del siglo XIX. Sus obras sobre mineralogía, sobre los osamentos fósiles, los peces etc., etc., fueron tan apreciadas, que no solamente le nombraron miembro y Secretario Perpetuo de la Academia de Ciencias, sino que le concedieron toda suerte de honores y empleos. Todos los Gobiernos desde Napoleón hasta Luie Felipe, tuvieron á honor que tomase parte en la Administración de la Instrucción Pública. Murió en 1832.

(3) Era éste un renombrado arqueólogo. Nacido en 1755 había abogado por las ideas revolucionarias, pero siendo miembro de la Convención de 1789 tomó asiento entre los moderados, fué encarcelado y corrió peligros inminentes de ser guillotinado. Fué miembro de los Quinientos, salió desterrado después; regresó á Francia en donde se ocupó nada más que de ciencias. Miembro de la Academia de las Bellas Artes, escribió varias obras sobre arqueología y murió en 1849, de 94 años de edad.

Soumet (1), en el cual parece que los circunstantes (gente toda de alta categoría) encontraron algunas alusiones políticas de la actualidad.

"A las cinco salímos de la sesión; no había allí menor número de señoras que de hombres.

"27 *de Abril.*—A las once del día llegámos á la calle du Bac, al recinto de la Sociedad Asiática, presidida por el Duque de Orleans (2). El concurso no era muy numeroso, pero se conocía que la mayor parte pertenecía á la alta sociedad. El salón de las sesiones es de forma ovalada y está adornado á la antigua, con arabescos y perfiles dorados sobre estuco blanco.

"M. Silvestre de Sacy, el más sabio anticuario de Europa, que posee 22 lenguas, y aunque hoy cuenta setenta años está lleno de vigor intelectual, leyó una Memoria llena de erudición en que explicaba la utilidad de la poesía árabe (3).

"M. Abel de Remusat (4), Secretario de la Sociedad, hizo la relación de los trabajos de ella durante el año trascurrido, los cuales se redujeron á obras traducidas del chino, del árabe y del persa y la formación de nuevos vo-

(1) Alejandro Soumet estaba entonces gozando de sus mayores triunfos como dramaturgo y como poeta. Nacido en 1788 había entrado á la Academia á los treinta y seis años. Su estilo era un término medio entre el clasicismo que tendía á desaparecer, y el romanticismo, que alboreaba.

(2) Después Luis Felipe. En torno de este Príncipe se reunían todos los miembros de la oposición y formaban una especie de corte anticipada.

(3) Este sabio, que poseía una memoria asombrosa y un saber universal, había sido el fundador de la Sociedad Asiática, miembro de la Academia de Ciencias, Profesor de la Sorbona, Administrador del Colegio de Francia, nombrado Barón por Napoleón y protegido por los Borbones y los Orleans hizo una carrera brillantísima en las ciencias y murió de 80 años de edad.

(4) Célebre orientalista. Había aprendido casi sin maestro el chino y las lenguas derivadas de ese idioma. Nació en París en 1788, y muy joven se hizo notable por su saber. Fué pronto miembro del Instituto Presidente de la Sociedad Asiática, Redactor de *Diario de los Sabios*; escribió muchos libros y tradujo algunos del chino. Murió del cólera en 1832.

cabularios. En seguida M. Langlois leyó con voz sonora un ensayo sobre la literatura sanscrita; la parte que se refería al carácter de los indo-orientales gustó mucho y fué aplaudida (1). Las damas que allí se hallaban (conté como una docena, porque en Francia se encuentran mujeres en donde menos se piensa), se habían fastidiado durante los discursos de los sabios orientalistas, pero encontraron en la Memoria de M. Langlois algo que les interesó bastante.

"El Duque de Orleans no pronunció discurso alguno como lo esperábamos, sino que levantó la sesión á las tres de la tarde sin haber hablado sino en voz baja. Salímos enmedio de un recio aguacero que duró todo el resto del día y de la noche."

Más lejos refiere ACOSTA cómo estuvo en una sesión interesante de la Academia de Ciencias, en la cual el sabio Cuvier leyó un elogio en honor del célebre naturalista—continuador de Buffon—el Conde de Lacepede, miembro de la Academia, que había muerto el año anterior.

Pero siempre de todos los sabios que conoció entonces el que le dispensó constante amistad y singulares atenciones era el Barón de Humboldt.

DIARIO.

"28 *de Abril.*—Recibí un billetito del Barón de Humboldt, en el cual me cita para que entremos juntos á la sesión solemne del Instituto, y al mismo tiempo me pide que vaya á las tres á su casa á trabajar con él algunos planos.

"24 *de Mayo.*—M. de Humboldt me escribió pidién-

(1) Simón Alejandro Langlois era célebre orientalista. Hizo mucho en la Sociedad Asiática con sus trabajos sobre el sanscrito y escribió y tradujo muchos libros sobre literatura de la India. Murió en 1854 de 66 años.

dome que fuese á su habitación á trabajar con él el mapa del Chocó y que le diese noticia de las minas que hay allí. Hoy recibí una carta del Obispo de Blois (1).

"5 *de Junio.*—Al salir del aula de M. Arago me encontré con el Barón de Humboldt y entrámos al jardín de Luxemburgo, en donde tuvimos una conversación de una hora y media, muy interesante, acerca de los últimos acontecimientos ocurridos en Colombia. M. Duperrit me acababa de dar la noticia de la insurrección de Valencia encabezada por los partidarios de Páez, noticia que no me sorprendió pero que me afligió muchísimo.... ¡ Infeliz Patria, víctima siempre de los ambiciosos ! (2)

"6 *de Junio.*— Estuve en casa de Humboldt, quien me regaló una obra de ingeniería. Durante la conversación me hizo una larga discertación sapientísima acerca de la formación de las rocas, y me habló de otras cuestiones geológicas.

. . . .

"30 *de Junio.*— Me levanté á la seis; á las nueve y media estaba en el Observatorio asistiendo al curso de astronomía de M. Arago. A las once y media me dirigí al Jardín de Plantas á la lección de M. Cordier (3) de

(1) Hé aquí la carta:
"24 *de Mayo.*—He tardado en devolver el periódico al Capitán Acosta porque esperaba volverle á ver. Privado de ese placer, y como preparo mi partida para el campo se lo envío con la expresión de mis sentimientos afectuosos y los deseos de serle útil.

Gregorio, Obispo."

(2) Habiendo desobedecido Páez, Comandante General de Venezuela, á los mandatos del Congreso de Colombia, fué acusado ante el Senado; este Cuerpo le ordenó que compareciese á responder á los cargos que le hacían. El General Páez entonces, aconsejado por el doctor Peña y otros, se negó á obedecer y se levantó en armas en Valencia, proclamándose Jefe Militar independiente.

(3) Pedro Luis Antonio Cordier nació en 1777. Fué uno de los sabios más beneméritos de Francia. Mineralogista, geólogo, é egiptólogo, miembro del Instituto, Par de Francia, Diputado, amigo y protector de los demás sabios; se dedicó con gran celo á la enseñanza oral y no escribió obra ninguna sino Memorias especiales. Amante de la ciencia por ella misma no se cuidó de dejar su nombre de una manera permanente en el mundo de la ciencia. Murió en 1861 á los 94 años de edad.

geología, la cual duró hasta las dos de la tarde. De allí, sin perder un momento, me encaminé á la Sorbona al curso de Física que concluyó á las cuatro. Leí después los periódicos del día y comí en casa; salí después para asistir á una aula que abría hoy M. Azaïs en su jardín privado. El jardín situado al Oeste del Luxemburgo es pequeño pero ameno. Llegué temprano y me puse á pasear por enmedio de los arbustos de grosellas, de ciruelos, de peros y manzanos, y bajo bonitos emparrados á cuyo pie crecían macetas floridas. Yo pensaba que allí tal vez había ideado su autor el libro de las *Compensaciones* (1).

" Reunidos los discípulos en el jardín, al cabo de media hora se presentó M. Azaïs. Es un anciano blanco de canas, pero de aspecto vulgar, sin dignidad ninguna en sus modales, aunque lleno de despejo y viveza.

" Me sonreía la idea de oír unas conferencias (para hacer las cuales, nos dijo que había estudiado treinta años) en medio de un jardín lleno de árboles susurrantes y perfumadas flores, en una hermosa tarde de verano, y bajo un bellísimo cielo. Se trataba de la introducción al estudio de la Naturaleza y el progreso de las ciencias.... Pero á pesar de las gratas impresiones emanadas del cuadro que me rodeaba, á medida que el Profesor fué desarrollando su sistema filosófico, noté que para probar los principios que fundaba aducía hechos falsos; así fué que la impresión agradable que había sentido al principio fué disminuyéndose y cambiándose en otra desagradable, y cuando concluyó la conferencia me retiré haciendo

(1) Pedro Jacinto Azaïs era un filósofo moralista muy en moda durante la Restauración. Había nacido en Sorreze en 1766. En su principio fué profesor en Tarbes y Secretario del Obispo. Como hubiese escrito contra los excesos de la Revolución le desterraron de Francia. Pero logró esconderse en Tarbes y durante su forzado encierro se forjó una filosofía optimista que llamó la atención, cuando al fin de la Revolución logró publicar su sistema de *Las Compensaciones en los destinos de la humanidad.* Vivió primero de un empleo que le dieron durante el Imperio y después del trabajo de su pluma. Escribió más de treinta tomos de obras diversas y murió en 1845 á los 79 años de edad.

tristes reflexiones acerca del valor que tienen algunos hombres vistos de cerca, y cuánto engañan las reputaciones!".…

Aquí viene de molde insertar una carta bastante interesante del General Santander, quien entonces gobernaba á Colombia durante las ausencias del Libertador:

"*Señor Capitán* JOAQUÍN ACOSTA.

"Bogotá, 28 de Enero de 1827.

"Mi apreciado ACOSTA:

"Recibí oportunamente su estimable carta de 26 de Julio de París, en que, entre otras cosas, me manifiesta usted sus bondadosos sentimientos por mi reelección, lo cual agradezco debidamente (1). Usted habrá tenido partido el corazón al oír la triste relación de las turbaciones políticas que nos han aquejado; nosotros acá hemos considerado la impresión que habrá hecho la agitación de Venezuela en nuestros amigos de Europa. Suerte bien desgraciada ha sido la de este país, de diez meses á esta parte. El General Bolívar vino; se fué para Caracas y ha logrado sujetar la guerra civil (2), pero como aún quedan por resolver cuestiones importantes acerca de la variación del sistema ó su continuación, no puedo decir á usted lo que resultará.

"Usted y Roche aprovechen la ocasión de estar en Europa para utilizar el tiempo y tomar en esas famo-

(1) El Congreso lo había reelegido Vicepresidente para un período de dos años: hasta 1828.

(2) Toda Colombia estaba ansiosa del regreso de Bolívar de Lima, así fué que se puso en marcha de regreso. El 12 de Septiembre llegó á Guayaquil; el 14 de Noviembre á Bogotá; allí se hizo de nuevo cargo de la Presidencia, y el 25 continuó camino hacia Venezuela; en Caracas expidió un indulto (el 1.º de Enero de 1827); Páez se acogió á él y tuvo una conferencia con el Libertador, de la cual resultó la paz completa de la República en el Departamento de Venezuela.

sas escuelas las lecciones que deben formarles ciudadanos útiles á su patria y á sí propios. Me admiro de que en tan corto tiempo hayan hecho los estudios que usted me ennumera. Aquí hemos empezado á plantear una Universidad bajo el modelo de alguna de Europa, y aunque son muchos los inconvenientes que se presentan para llevarla á cabo, nos esforzamos para superarlos: bastante hacemos en bien del país con empezar á hacer alguna cosa. Pero los estudios todavía no pueden extenderse á las ciencias militares.

"Mucho le agradezco la minuciosidad de su carta; las noticias sobre M. Varaigné, el liceo de M. Azaïs, la Academia de M. Daunou etc., etc. Ojála me escriba usted siempre cartas tan amistosas y curiosas.

"Su hermano Domingo ha cumplido el encargo que en esta parte le hice cuando partió de aquí: le debo una contestación á su carta de Roma de 30 de Enero, y se la debo por que se me había traspapelado. Si usted tiene ocasión de verlo ó de escribirle dígaselo de mi parte, para que no lo atribuya á desafecto, asegurándole al mismo tiempo, de mi constante estimación y amistad.

"Aunque han llegado Narváez y Alvarez ninguno me ha dado los encargos que me dice usted haberles entregado para mí; bien que he tenido la delicadeza de no preguntarles por ellos. El retrato del General Foy es siempre estimable, á la par que sus opiniones liberales y su decisión por la causa de Colombia (1).

"Salúdeme á Roche, y acúsele en mi nombre de ingratitud, cuando ni una carta me ha dirigido; pero que aunque sea ingrato yo lo quiero mucho.

"En medio de los fervientes votos que hago por la ilustración de ustedes, ruego á usted que en todo tiempo recuerde que le puede proporcionar de muy buena volun-

(1) Famoso militar del'Imperio, aunque enemigo de los excesos de la Revolución y servidor de Napoleón, siempre tuvo ideas moderadas. Durante la Restauración hizo parte de la Diputación liberal en las Cámaras. Grande orador, sus discursos tienen mucha fama.

tad la ocasión de formarse hombres de importancia este su apasionado amigo y servidor,

"F. DE P. SANTANDER."

No contento ACOSTA todavía con lo mucho que estudiaba quiso aprender lengua china, y tomó lecciones de M. Estanislao Julien. "Este joven, leemos en el diario, ha aprendido en cuatro años y sin maestros seis lenguas orientales, y se ha hecho un nombre en París. ¡Qué ejemplo para el hombre estudioso! (1).

"21 *de Julio.*—Estuve hoy en el taller del escultor David. Vi la estatua de Racine, casi concluída, el busto de Lafayette, el de Casimiro de la Vigne y otros. David me pareció un verdadero artista que irá lejos en los senderos de la fama."

Desde entonces ACOSTA se ligó con sincera amistad á David de Angers. Al tiempo de regresar á América el escultor quiso que llevase un recuerdo suyo y le obsequió con su retrato (el de ACOSTA) en forma de medallón de bronce, y que conserva la familia. David hizo otro para algún amigo, y al cabo de veinte años, estando ACOSTA en París, le vió de venta en una tienda de curiosidades, y lo compró.

"27 *de Julio.*—A las nueve me dirigí al Jardín de Plantas. La mañana era una de las más hermosas y apacibles que he visto aquí: convidaba á gozar de la existencia. Al llegar al jardín los gritos tristes del chacal de

(1) Había nacido en Orleans en 1799, y era hijo de un jornalero, mecánico. A fuerza de talento y de estudio logró educarse en el Seminario. Allí se distinguió por la facilidad con que aprendía lenguas antiguas. Vino á París recomendado, y le protegieron los sabios del Instituto. Abel de Remusat le enseñó chino, y muy en breve su reputación se hizo europea. Tradujo y publicó gran número de obras sobre la China. En lengua sanscrita hizo descubrimientos filosóficos que se ignoraban en Europa. Obtuvo empleos importantísimos en el Colegio de Francia; fué miembro de la Academia de ciencias, y de otras muchas europeas. Murió en 1873.

la América septentrional; los rugidos del león de Africa y la voz de otras fieras que se mezclaban en aquel recinto parecía como si éstas también reclamacen el derecho de gozar en tan bello día de libertad y fuéra de las inexorables rejas que las encerraban. La civilización es muy cruel, así es que para que se recreen algunos hacen sufrir y martirizan á esos desdichados animales que deberían vagar independientes en sus bosques natales.

"A las doce entré en el curso de M. Cordier. Me interesó mucho la manera elevada conque este Profesor, describió los diversos fenómenos de la ciencia geológica, y me prometo no faltar nunca á su lección."

A pesar de la vida estudiosa del joven colombiano no por eso le faltaba tiempo para concurrir frecuentemente á los teatros, en donde oía con encanto á la Pasta, la Sontag, la Malibran, la Duchesne, á Talma y á otros famosísimos artistas, que entonces estaban en París. Su espíritu, como se ve, estaba abierto para recibir todas las impresiones y vibraba con exquisita sensibilidad bajo el soplo de la más culta civilización.

CAPITULO VI

Viaje á Italia.—Venecia y sus maravillas.—Ferrara.—Bolonia.—San Petronio.—Torres inclinadas.—Santa Cecilia.—Los italianos.—Recuerdos napoleónicos.—La Madona de San Lucas Imola.—Faenza y sus alfarerías.—Pesaro.—Paisajes.—Fano y sus curiosidades.—ReRcuerdos históricos.—Reflexiones.—Ancona.

1826.

Uno de los deseos más ardientes del joven Acosta desde que llegó á Europa había sido hacer un viaje por Italia. Admirador apasionado de la República Romana—como todos los de su generación—y de las instituciones de la antigua Roma, ansiaba naturalmente conocer la patria de los Catones, Brutos, Coriolanos, Marios y demás héroes

Busqué en vano la huella de la sangre de Marino Galiero, pero leí la inscripción sobre un paño negro pintado en el lugar que correspondía á su retrato entre los otros Duxes (1).

"La Biblioteca es, por su arquitectura y magnificencia de sus adornos, así como el número de los libros que encierra, superior en muchas cosas á la de Richelieu, de París. Los cuadros colosales son obra de los mejores pintores de Italia, como el *Tintoreto*, el *Ticiano* etc., y los cielos son de *Veronese Schiarone* etc.

"Los restos del comercio de Venecia se reúnen en la Bolsa, sita dentro del Palacio Ducal.

"La iglesia de San Marcos es célebre por sus aljibes de bronce y sus riquísimos mosaicos que se ven en todas partes, en los muros, en el pavimento, en las columnas de alabastro aparecen como espectros enmedio de la oscuridad del templo. Mucho más interesante me pareció la Iglesia de San Juan y San Pablo. ¡Qué magnificencia! ¡Qué hermosura de pavimentos y de columnas! Allí se ven los monumentos conmemorativos levantados á varios Duxes y esculturas de mármoles de todos colores para recordar á muchos hombres grandes de Venecia. Aquella iglesia parece más bien un panteón que un templo. Me pareció idea poco delicada el coronar las urnas mortuorias con las estatuas de aquéllos cuyos restos encierran en forma de cadáveres yacentes. La imagen de las personas queridas y respetadas debería presentársenos en forma de apoteosis, de pie y respirando aparentemente toda la vida y expresión que conservaban antes de su muerte . . .

"Después de comer vino Sandagnini y fuímos en una góndola al paseo público. Esta es obra de Napoleón, pues Venecia carecía de un lugar como aquél y una calle qu

(1) Bien sabido es que este Dux conspiró con los plebeyos para arrancar el poder de manos de la aristocracia, pero murió decapitado p orden del Tribunal de los Diez, en 1355, á los 80 años de edad.

condujera á él. Con gran dificultad hizo construir una calle enlosada, la más hermosa de esta ciudad singularísima..... En cambio Venecia tenía su independencia, que Napoleón le arrancó!...

"24.—A las seis de la mañana salí con un criado, me dirigí á San Marcos y subí á la torre por una rampa que sin necesidad de subir escaleras le conduce á uno hasta 300 pies de elevación, de manera que podría ejecutarse á caballo. De allí se descubre toda la ciudad y las islas adyacentes, la tierra firme y aun las costas de la Isla y gran parte del Mar Adriático. ¡Ah! pensaba yo con melancolía; ¿en dónde está aquel puerto cubierto de naves en donde se hacían todos los cambios mercantiles del universo? ¿En dónde aquel poderío y magnificencia que desplegaba la reina del Adriático?... Cinco buques pequeños en cuarentena y otros tantos en puerto franco, con algunos barquichuelos pescadores que entraban y salían, ese era todo el movimiento que había en el histórico puerto. Olvidaba las originales y curiosas góndolas que atraviesan como sombras mortuorias en todas direcciones por medio de los canales grandes y chicos.

"Pasé el canal que separa la ciudad del puerto franco, y visité la iglesia de San Jorge, considerada como la segunda en importancia, de Venecia. San Giorgio Maggiore ostenta una arquitectura sencilla y elegante. El globo de bronce que sostienen dos ángeles y que forma el altar mayor, así como la fachada exterior é interior fué lo que más me gustó. Existen allí algunos monumentos de Duxes y Senadores renombrados, entre otros el de Morosini (1).

"Regresé á mi posada á las nueve. Después de almorzar, acompañado por Guadagnini, estuve á visitar varios palacios. En el de Barbarigo, en donde vi una Magda-

(1) Morosini es nombre de una famosa familia veneciana muy distinguida. Este monumento es el de Francisco, que fué hábil diplomático, guerrero y Dux. Murió en la guerra en 1694.

lena y una Venus del Ticiano; en el de Pisani me llamó la atención la magnificencia de la escalera de mármol á doble rampa, así como sorprende la belleza del atrio. Pero el salón es el de un soberano, y de un soberano la cámara colgada con ricos damascos de colores. El salón vecino contiene una de las obras maestras del Ticiano, á saber: el reconocimiento de la familia de Darío; enfrente se halla otro cuadro: la muerte de este monarca. Todo esto lo conservan con prolijo cuidado y admirable aseo.

" Salímos de ese palacio y por una multitud de callejuelas y puentes sobre los canales llegámos al palacio de Cornani. Yo tenía una carta de introducción para el Conde, pero él estaba ausente en el campo. La Condesa envió á una hija suya—joven de 22 años—para que me hiciese los honores del Gabinete de Mineralogía, el cual se considera como el más completo de Italia. La niña me señaló todo con gracia, urbanidad y modestia. La colección de mármoles es muy bella, y además, me mostró una colección completa de todas las tragedias, comedias y dramas italianos escritos aquí desde 1500 hasta 1800. Para completar la colección me dijo que su padre había mandado hacer muchas copias manuscritas.

" Como llovía y tronaba cuando salí del palacio, tomé una góndola y fuí á comer en el renombrado restaurante de la plaza de San Marcos—llamado Pellegrià—que no correspondió por cierto á mi expectativa.

" Mientras que tomaba café frente al restaurante me vino á buscar mi amigo Guadagnini, y me llevó al Gabinete de Historia Natural de Inocenti. Este Profesor conserva con mucho esmero y diariamente aumenta la colección de minerales, rocas varias y objetos de Historia Natural....

" 24.—A las nueve de la mañana vino el Conde Querino á casa con billetes para que pudiésemos entrar á visitar el Arsenal y las Prisiones.

" Tomámos una góndola y nos dirigimos al Arsen



A la puerta están los famosos leones de mármol que se veían en Atenas en el puerto del Pireo. Adentro vi las salas de armas; tomé un diseño del excelente método que aquí tienen para colocar muchos fusiles en el menor espacio posible. Vi las banderas y otros objetos tomados á los turcos en la batalla de Lepanto; bajé al patio y vi las innumerables filas de cañones y balas amontonadas; entré á la fundición y perforación de los cañones, y examiné la nueva máquina para reducir el plomo á láminas finísimas por medio de una rueda y como motor un solo hombre. Entré al salón en donde se fabrican las brújulas; á la fragua en donde se funden y trabajan anclas y á la oficina de las linternas y faroles. Vi el nuevo modelo para dar luz á la brújula por medio de la reflexión; pasé después á la inmensa sala, que mide mil pies de longitud, en donde hacen los cables y las cuerdas de cáñamo; me señalaron los depósitos de artillería; los estanques en donde se sumergen los buques y la goleta que acaba de construir el Emperador de Austria; vi el navío que se ha rebajado conforme á los tratados; la fragata del Bajá de Egipto, que se construye al aire libre y otros buques que están construyéndose bajo cubierta en este inmenso arsenal que tiene tres millas de circunferencia. Subí á la sala de los modelos y me hicieron notar las antiguas galeras y el famoso Bucentauro (desde el cual los Dux arrojaban el anillo nupcial dentro del Mar Adriático)....

"Después de tres horas salí á las doce del día, junto con mil obreros que allí trabajan. Los venecianos que me acompañaban dijeron que al principio del siglo encontraban ocupación en el Arsenal no menos de tres mil trabajadores, y en la época del mayor auge de la República se contaban hasta quince mil y más obreros!

"Del Arsenal nos dirigimos al Palacio Ducal.

"Después de haber recorrido una larga fila de aposentos decorados de diferentes estilos, con puertas magníficas, galerías de cuadros en donde se admiran las obras

de Tintoreto, del Veronés, Palma etc., bajámos por la grande escalera que se considera como la obra más bella de arquitectura en Venecia. Pero no quiero olvidar entre tántas maravillas las tres que más me gustaron allí, á saber: un fresco que se halla en el vestíbulo, y que representa la *Partida de Adonis para la caza ;* un cuadro en el oratorio: *Jesucristo muerto*, y una bellísima *Virgen* que Napoleón hacía colocar siempre en su cuarto.

" . . . . A las dos de la tarde estábamos en la puerta de las Prisiones de Estado. Después de algún rato de disputa con los carceleros, al fin me dejaron entrar. Las dos robustas puertas se abrieron y cerraron, quedando afuera los venecianos que me acompañaban, pues á éstos era prohibida la entrada á esas cárceles.

" Tres esbirros me condujeron por todas partes, pero como no temo que esto se me olvide jamás, no me detengo á describirlas (1). . . . Al cabo de media hora salí de nuevo al aire libre, dando la vuelta por el Palacio Ducal, indignado contra los hombres que tánto arte han desplegado en atormentar á sus semejantes.

" En el café de los *griegos* encontré á mis compañeros, los cuales me dijeron que el Gobierno austriaco se manifestaba siempre muy celoso y creía prudente no permitir jamás que los venecianos viesen por dentro esos muros, que pueden habitar algún día en calidad de prisioneros.

" Con mis acompañantes estuve después en el Palacio de las Bellas Artes. Cinco artistas copiaban la *Asunción de la Virgen*, del Ticiano, considerada como su mejor obra. Al frente se hallaba el famoso *Milagro de San Marcos*, del Tintoreto, y otra multitud de magníficos cuadros de pintura por los mejores maestros. Entre éstos —obra de un pintor moderno—noté una *Muerte de Raquel* que me hizo mucha impresión.

" El salón llamado del Consejo se distingue por una

(1) Sin duda cuando ACOSTA visitaba aquellas cárceles estaba allí prisionero el famoso Silvio Pelico.

urna de pórfido con pie dorado colocada en la testera de la sala y que contiene el corazón de Canova, el mayor escultor del siglo (1). En la sala vecina se encuentra el modelo del monumento que deben elevarle los venecianos. Estos le profesan una profunda admiración, y el que quiera participar de ella sólo tiene que contemplar despacio la *Hebe* de su mano que se encuentra en el salón de esculturas de este Palacio."

. . . .

El cuaderno del cual hemos extractado los anteriores apuntes se halla trunco, de manera que no podemos reanudar el Diario sino después de algunos días y á la salida de la ciudad de Ferrara que visitó una vez que hubo recorrido á Venecia y sus contornos.

" 30 *de Agosto.*—Se sale de Ferrara por una alameda que mide más de dos leguas, sombreada por olmos y otros árboles. Todo aquel país, ó más bien todos los habitantes pobres de los alrededores de la ciudad se ocupan en el cultivo del cáñamo, el cual, cuando lo pudren para sacarle la fibra, exhala un olor fetidísimo, olor que nos atormentó durante muchas horas.

" . . . . A las cuatro y media de la tarde entró nuestra diligencia á Bolonia por una hermosa puerta.

" Todas las calles de la ciudad tienen galerías y pórticos más altos y uniformes que los de Padua, por consiguiente es más claro su aspecto y sus calles menos tristes.

" Vi la fuente de Neptuno, obra del famoso Juan de Bolonia, pero pareciéronme sus ninfas poco decorosas y muy inadecuadas para el ornato de una ciudad papal.

" La iglesia de San Petronio, el Patrón de esta ciudad, es casi tan grande como la Catedral de Milán, y su arquitectura se le parece. Señalan sobre el pavimento de

(1) Francisco Canova, nacido en Possagno en 1757, murió en Venecia en 1822. Fué uno de los regeneradores de la escultura moderna.

la nave izquierda el meridiano de Cassini. Me llamó particularmente la atención la reja de la capilla del Santo Patrono.

"En la iglesia de Santo Domingo también noté muchas obras de escultura de primer orden. Gran número de fachadas de los palacios particulares tienen fama universal, entre otros el del Príncipe Bacciochi, viudo de Elisa Bonaparte, hermana de Napoleón, la cual murió hace seis años (1).

"En la iglesia de los Celestinos me llamó la atención un famoso cuadro de Barbieri (llamado el *Buerchino)*, cuyo colorido y *chiaro oscuro* es sorprendente.

"En el Palacio de Gobierno me señalaron, en la portada, una estatua que llaman de San Petronio, pero que en realidad es de Gregorio XIII; es hermosísima y está en actitud de bendecir (2).

"Lo que me causó mayor impresión en esta ciudad fueron las torres de Musa ó *Garisenda* y la de *Ascinelli*, ambas inclinadas; la segunda notable por su altura y la primera por su vetustez. Estas torres, como otras que he visto en Italia, no tienen más objeto que el de embellecer la ciudad, y sirvieron sin duda como miradores para observar desde allí los campos circunvecinos, lo cual no dejaría de tener sus ventajas en la época del feudalismo, cuando los señores feudales que habitaban las ciudades estaban de continuo aguardando ó temiendo que los atacasen sus enemigos.

"De paso para ir á ver la antigua puerta de Imola (robada en otro tiempo por los boloneses á aquella ciudad), me señalaron el palacio recientemente construído por Rossini con el producto de sus obras encantadoras. Es elegante y de buen gusto (3).

(1) Hoy es aquel Palacio el de la Justicia y Tribunales.

(2) Este Papa había nacido en Bolonia en 1502.

(3) Rossini se retiró á vivir en Bolonia cuando abandonó por completo la composición de obras musicales. Desde 1848 hasta 1855 vivió en Florencia. En ese año volvió á París, y en una quinta, en el Bosque de Boulogne, pasó sus últimos años. Murió en 1869, de 77 años de edad.

"Señaláronme también el edificio de la Bolsa, de estilo gótico, estilo que formaba un curioso contraste con la novedad de su objeto.

"En la iglesia de San Salvador vi algunos cuadros buenos, y en San Pablo de los Belermitas, el famoso *Purgatorio*, de Quercino, y en el cielo de la cúpula la *Visión de San Pablo.* El Cielo está abierto, no hay duda, en aquel lugar!... *La vida de Santa Catalina, La agonía de San José* son cuadros bellísimos; en el segundo se ven los angelitos que juegan en torno de la Virgen, aguardando que llegue el momento de llevársela el Cielo. Los pintores italianos han dado un carácter distinto á la Virgen de los artistas de otros países: la representan en actitud siempre elegante y natural, y la gracia conque la visten ayuda á la expresión, la cual no es aquel monótono recogimiento ó encogimiento á que estamos habituados en todos los cuadros de la escuela francesa. Pero nada me gustó más que la *Comunión de los Apóstoles.* Este es un cuadro colosal, cuya perfección corresponde á su tamaño. Se necesita estupenda imaginación y un genio verdadero para pintar á once hombres en éxtasis, todos en diversas posiciones, diferentes fisonomías, y todas perfectas y naturales!

"Durante mis peregrinaciones arriba y abajo, en los templos, sentía en el alma tener que turbar las oraciones de los fieles, por medio de los cuales me arrastraba el perpetuo *cicerone* que me pastoreaba á mi pesar, el cual hablaba en alta voz, como si estuviese en su casa, me señalaba los cuadros descorriendo con estrépito los velos y explicando lo que no había necesidad...."

Refiere largamente nuestro viajero cuanto vió en las innumerables galerías artísticas y palacio que visitó en Bolonia.

"Son tántas las pinturas, dice, que hay en esta ciudad,

que al pasar por frente de un pórtico miré adentro y no pude menos que detenerme asombrado con la belleza del fresco que lo adornaba. Me dijeron entonces que esa pintura era la única obra que quedaba de un pintor antiguo."

Visitó el viajero minuciosamente la Universidad, el Colegio de San Ignacio—hoy Academia de Bellas Artes—en el atrio notó un monumento erigido á Canova; fué á la Escuela Náutica; subió al Observatorio astronómico; estuvo en el Jardín Botánico.

"Allí, dice, me detuve á saludar un vástago de *platanera*, una caña de azúcar, una planta de *venturosa* y otra de *sanguinaria* y la azucena de los climas cálidos.... ¡era la Patria que se me aparecía enmedio de los monumentos del arte más perfecto!"

Vió la *Santa Cecilia* y la *Magdalena*, de Rafael, y del *Martirio de Santa Inés*, del Guido, dice: "Este cuadro horroriza: se ve saltar la sangre de aquella garganta y tiene yá en las facciones la palidez de la muerte...."

Después de describir varias otras pinturas de fama universal, añade: "Todos estos cuadros fueron llevados á París por Napoleón. Los italianos los señalan con orgullo, como si aquella fuera una recomendación. Deberían, pues, desear la aparición de cuando en cuando de algún invasor, para fincar su vanidad en ser robados.... ¡Pueda ser que se les cumpla algún día este antojo! La Francia palpita con los recuerdos napoleónicos, y en Italia repercute aún por todas partes el eco de aquel nombre.... En el Jardín Botánico de esta ciudad me mostraron una flor peruana que llaman *Bonapartia*, y otra mexicana que han bautizado con el nombre de *Hortensia* por la hija de Josefina (1).

(1) Sin embargo, en el Diccionario de la lengua de la Academia Española dice que la mujer del célebre relojero de París, Lepeautre, se llamaba Hortensia, y á ella el naturalista Commerson dedicó la flor que importó de la China con ese nombre.

"Los italianos, añade, han heredado de sus antepasados el gusto por los anfiteatros á la romana. Estuve en la Arena ó sea un Teatro diurno; me agradó aquella diversión en un lugar fresco, descubierto por encima y que tiene por techumbre el despejado cielo, oyendo al mismo tiempo el lenguaje y la voz armoniosa de los artistas que representaban."

Antes de salir de Bolonia estuvo á visitar la *Madonna de San Luca*, en el Monte de la Guardia, fuera de la ciudad.

DIARIO.

"Me levanté á las cinco de la mañana y con los primeros albores del día me puse en camino para visitar la Madonna de San Lucas, por una larguísima calle circuída de capillas y pórticos. Estos llevan el nombre de cada familia ó persona que contribuyó á levantarlos. Es este por cierto uno de los espectáculos más tiernos que se pueden ver, y ponen de manifiesto la ferviente fe de aquellas poblaciones

"Después de caminar una legua llegué á la cima del cerro en donde está el santuario. Desde allí se goza de una de las vistas más extensas y pintorescas que hasta ahora he visto en Italia. A la izquierda se veían las colinas y contrafuertes de los Apeninos, de donde soplaba un ambiente fresco y puro; al frente se extendía el Ducado de Módena y el de Ferrara, y el horizonte se cerraba con la cadena de los Alpes; á la derecha se desenvolvían las campiñas como en un mapa, yendo á morir entre las aguas del Mar Adriático. ¡Qué espectáculo tan hermoso!... La llanura poblada de castillos, monumentos de mármol y de pintorescas quintas, veíase regada por el río Reno, el cual penetraba en seguida y desaparecía tras de los edificios de la ciudad. La población erizada de innumerables torres y recostada muellemente en la hondonada en que fué edificada, con su techumbre de cielo sereno,

respirando una atmósfera deliciosa, rodeada de todo cuanto hay de bello y artístico, pensaba yo, ¿por qué circunstancias misteriosas esta porción tan hermosa é interesante del globo, embellecida no solamente por tántos encantos naturales sino por objetos de arte de una cultura que ha llegado á su apogeo, está, sin embargo, poblada por hombres degradados y sin dignidad, cuando sus antepasados han dejado en la historia la huella de su fiereza, orgullo, valor y nobleza de ánimo?

"Sumergido en estas y otras reflexiones visité la iglesia, que es magnífica, y contemplé la *Madonna de San Lucas*, que fué traída de Constantinopla en el siglo once de nuestra éra. Bajé tristemente la colina y rodeado de una nube de mendigos, la plaga de las poblaciones italianas, me dirigí á la plaza y entré á la Catedral. Deseaba ver con buena luz *La Anunciación*, última obra de Agustín Carrachi...."

ACOSTA salió de Bolonia en la diligencia; pasó el río Reno y se detuvo en Imola un cuarto de hora, mientras remudaban los caballos. Entre tanto vió en la iglesia de Santo Domingo una Santa Ursula, de Luis Carrachi, que le habían recomendado, y visitó la Catedral, en la cual se hallan los huesos de San Casiano y San Crisóstomo. Esta ciudad era célebre por haber sido Obispado de Su Santidad Pío VIII, el cual hacía apenas tres años que había muerto.

La diligencia continuó su marcha. Pasó por la pequeña fortificación llamada *Castelli di Bolonia* y por *Faenza*. Aquí ACOSTA corrió á visitar la antigua fábrica *majólica* ó de alfarería, de donde ha tomado su nombre en francés de esa clase de porcelana.

A las ocho de la noche, yá oscuro, pasó por Forli, y, por consiguiente, nada pudo ver allí. La diligencia continuó andando toda la noche y yá al clarear el día siguie[n]te notó que iban por un camino que costeaba el Mar Adr[iá]tico. A las nueve de la mañana se detuvieron en Pezza

Durante las tres horas que pasó allí visitó algunas iglesias y estuvo en el mercado de frutas.

"¡Qué placer, dice en su Diario, es viajar así en una cómoda carroza, teniendo á la vista por un lado el verde Adriático; á la derecha bellas campiñas sembradas de árboles y pobladas de quintas pintorescas.... y en perspectiva á Roma!... á Roma.... me parecía aquella idea un sueño, que era imposible que estuviese realizándole tál como lo había deseado toda mi vida!"

En la hermosa ciudad de Jano vió de paso el Arco del Triunfo, erigido por Augusto, y del cual dice:

"Aún se levanta intacto y fuerte, y puede todavía desafiar muchas generaciones humanas. La estatua de la Fortuna, erigida para celebrar la derrota de Asdrubal (200 años antes de Jesucristo), es de bronce y se halla hoy sobre una fuente. Jano (templo de la Fortuna), dió su nombre á la ciudad."

En todas partes le salían al encuentro los recuerdos históricos y veía con respeto el teatro de acontecimientos estupendos; aquí un campo de batalla, en el cual se había desenlazado la suerte de una civilización; allá arcos derruídos, ciudades olvidadas; más lejos templos paganos convertidos en iglesias cristianas pero que aún conservaban su carácter primitivo.... todo aquello cubierto por un manto de vegetación siempre fresca, siempre viva, la cual conservaba esos recuerdos y monumentos como en un engaste bellísimo.

"Las colinas, dice, verdeaban á lo lejos cubiertas de sementeras de maíz y de trigales, y en los caminos encontrábamos grupos pintorescos de trabajadores que iban ó volvían de sus labranzas y aldeas, sin acordarse de sus antepasados que allí habían sufrido unas veces, vencido otras y formado la historia de este país que tan grande fué y que tan pequeño es hoy día....

"A las ocho de la noche entrámos á la ciudad de Ancona, y el movimiento de la población en las calles demostraba que aquel puerto era más activo y comercial que todos los demás que había encontrado en las orillas del Adriático.

"Esta ciudad está rodeada de fortificaciones demolidas por los austriacos en 1814. Cuenta 20,000 habitantes hoy día y su puerto es frecuentado por muchos buques comerciales; creo que es el único habilitado que hay en los Estados Pontificios en el Adriático.

CAPITULO VIII

Nuestra Señora de Loreto.—La casa milagrosa de la Virgen.—Ricanati.—Macerata.—Los salteadores de los Apeninos.—Espoleto.—La antigua Veyes.—Roma.

1826.

En este capítulo transcribiremos algunos apartes de una carta que Acosta escribió á su tío el doctor Pérez, y en la cual da muchos más pormenores de su viaje que en el Diario, carta que por casualidad ha llegado á nuestras manos.

CARTA

"…. Hoy, mi querido tío, hablaré á usted de mi visita á Loreto. A las dos de la mañana del día tres de Septiembre, comenzámos á subir la montañuela á cuya cima está aquél santuario. La diligencia iba tirada por cuatro caballos y dos yuntas de bueyes. La subida se hacía á cada momento más escarpada; pero la lentitud de la marcha me permitía examinar la posición del templo, cuyos muros macizos se elevaban precisamente por el lado del camino.

"A las cinco de la mañana llegámos á la plaza, q[ue] es muy bella, adornada con el frontispicio del magnífi[co] templo de la Virgen. Pero no me detuve un moment[o]

apenas bajé de la diligencia, me apresuré á seguir la corriente de la multitud, la cual desembocaba por las cuatro esquinas de la plaza, y se precipitaba hacia la entrada de la Iglesia.

"En el atrio vi una hermosa estatua de bronce de Sixto V, y entré con el tropel de los fieles en el templo. En medio se veía una capilla de mármol de Carrara (1). Contra el muro de esta capilla había un altar en que empezaban tres padres á cantar una misa solemne, que no quise oír, sino que me dirigí á las puertas de la Casa Santa. Detuviéronme dos centinelas con bayoneta calada, los cuales procuraban moderar el fervor de los fieles que pretendían precipitarse dentro cuando ya no cabía nadie más. Yo insistí con uno de los soldados para que me dejase entrar, diciéndole que era extranjero, que debería partir dentro de dos horas, y que si no podía entrar me impediría ganar la indulgencia que aquella visita me proporcionaría. Debo hacer esta justicia á los soldados de Su Santidad, siempre los hallé amables y complacientes; éste, al oír mis razones, me dejó entrar sin vacilar, y yo penetré de rodillas como todos mis compañeros, hasta el interior del Santuario. Las paredes interiores están completamente desnudas, y son formadas de una tierra colorada como ladrillo. No hay allí más adorno que un pequeño altar, sobre el cual se encuentra una Virgen de madera ennegrecida por los años y cubierta de joyas; al frente cuelgan, siempre encendidas, doce lámparas de oro; al

(1) Según una piadosa tradición, el 6 de Mayo de 1291, la casa que habitó la Virgen María en Nazaret, fué, milagrosamente, trasladada á Serrato, no lejos de Trieste, al otro lado del Adriático. Allí permaneció tres años y siete meses, y el 10 de Diciembre de 1294, apareció en Recanati, en Macerata, y en Agosto de 1295 fué trasportada á las tierras de una señora Loretta, en donde permanece hasta el día, y en torno de la cual se ha formado una ciudad. Más de 200,000 peregrinos la visitan anualmente. Sixto V mandó edificar el templo que hoy se ve, y desde entonces cada Papa que se ha sucedido sobre el trono Pontificio ha procurado hacer algún honor mayor á la casa milagrosa.

lado opuesto está la ventana por donde dice la tradición que entró el Arcángel (1).

"Yo no pude oír la misa que se decía con el recogimiento que hubiera deseado, porque las cien personas que estaban allí, particularmente las mujeres, parecían locas de gozo: lloraban, suspiraban, gritaban, se arrastraban por el suelo, mordían la tierra, y, en su entusiasmo, le volvían la espalda al altar, me pisaban, me empujaban y me obligaban á besar la tierra más de lo que yo pensaba; se daban golpes de pecho, gemían, y no me dejaban un momento de paz. Al mismo tiempo se oían las luchas de la multitud con los centinelas en la puerta y que impedían la entrada.... Al fin pude salir, más estrujado que compungido, pues es imposible tener devoción en medio de semejantes luchas....

"Después de desayunarme, salí á dar una vuelta por la ciudad. Eran apenas las seis de la mañana, y ya todas las tiendas estaban abiertas, y en todas ellas vendían rosarios, escapularios, cintas, medallas, estampas etc., lo cual había sido puesto en el altar de la Virgen. Además, vendían allí libros piadosos y relaciones históricas acerca de la Santa Casa, y cuanto pudiera interesar al viajero y al peregrino (2).

"La ciudad es bonita, aunque no contiene sino seis mil almas, pero este número se aumenta hasta doblarse con los peregrinos que la visitan diariamente. Desde allí se avista el Adriático, que está á una legua de distancia por un lado, y por el otro se distinguen las estrechas tierras de la República de San Marín, la única que ha quedado en Italia, gracias á su pobreza y pequeñez.

"El tesoro de la virgen había sido robado, junto con

(1) La imagen antiquísima de la Virgen fué robada por los invasores franceses. Llevada á París, permaneció allí desde 1796 hasta 1801, cuando Napoleón la mandó devolver á instancias de Pío VII.

(2) Existe una profesía antigua, según la cual la Casa Santa debe ser trasladada una vez más, y esta vez á Roma, cerca del templo Santa María la Mayor.

la imagen, por los ejércitos franceses, y aunque la imagen fué restituída, el tesoro nó. Si es cierto lo que reza la lista de aquellos tesoros, no había monarca en Europa que hubiera poseído tan grandes riquezas como las que guardaban en la iglesia de Loreto.

"A las siete continuamos marcha. Al atravesar el valle que divide esta ciudad de Ricanati vi un bellísimo acueducto que provee de agua á Loreto, que recorre dos leguas, y fué construído por Paulo V (siglo XVI).

"Aquel valle es muy fértil y está cubierto de árboles frutales. A las ocho me detuve en Ricanati, sólo para comer higos blancos, los cuales tienen fama de ser los mejores de Italia.

"Desde allí hasta Macerata se recorre la parte más fértil y más deliciosa de la Marca de Ancona; se ven las colinas más pintorescas, cubiertas de moreras y de pámpanos; las cercas que dividen las propiedades son formadas con verdes arbustos, lo cual da al país el aspecto de un jardín, más bien que de terrenos de labor. La abundancia de los árboles frutales y de las hortalizas, es extraordinaria, y sólo he visto en las cercanías de Nápoles, fertilidad que se le asemeje ó que le sea superior.

"Macerata es una ciudad de diez mil habitantes. Entrámos por la Puerta Pía, arco de triunfo levantado para honrar á un Cardenal de ese nombre. Mientras que preparaban la comida, me entretuve en ver salir la gente de una iglesia que se hallaba frente á las ventanas de la posada. No vi una sola mujer que no fuese bien parecida, que no estuviese aseadamente vestida, y que no tuviere fisonomía expresiva. A pesar de que me advirtieron veinte veces que la comida me aguardaba, yo la dejé enfriar; tan entretenido estaba.

"A las tres de la tarde tomámos otra vez la diligencia, y una hora después atravesábamos á Tolentino, célebre por el tratado que firmó allí Pío VII con el General Bonaparte en 1797. No pude detenerme á ver el cuerpo

de San Nicolás, que guardan los Agustinos, porque deberíamos pasar los Apeninos esta noche, y los *bueyes* nos aguardaban.

"Costeamos el Chiento.... la tarde era bellísima, el aspecto del bosque me recordaba algunos paisajes de mi patria; el cultivo fué dando lugar á trechos montañosos, y al fin se acabó toda señal de la mano del hombre, y los melancólicos árboles de Judea, todo lo entristecían. El camino era tan escabroso, que habíamos mudado dos veces de caballos antes de oscurecer. Sobre las gargantas de los Apeninos veíamos aquí y allí las ruinas de las torres y murallones de las guaridas de los señores feudales. A las once de la noche pasámos por San Severino, la última población de aquel lado de los Apeninos.

"Eran las dos de la mañana; yo me había dormido profundamente, cuando me despertaron unos clamores confusos y voces que decían:

"*Pietá, pietá, miei signori!*

"Me incorporé al momento, y á la luz de las linternas de la diligencia, que se había detenido, pude distinguir un gran grupo como de cincuenta ó sesenta personas en paños menores, medio desnudos y hombres y mujeres parecían espectros. Los hombres estaban tan sobrecogidos, que no podían articular palabra; pero las mujeres, entre lágrimas y sollozos contaron que eran peregrinos que iban al santuario de Loreto, y que caminaban de noche para guarecerse del calor del sol, cuando de repente habían caído sobre ellos tres hombres, tres salteadores, los cuales los habían despojado no sólo de cuanto dinero llevaban, sino también de sus vestidos.

—"¿Y cincuenta personas se han dejado robar por tres hombros? pregunté.

—"*Si signori*, me contestaron. Uno de nuestros compañeros, añadieron, quiso resistir, y le mataron!

"Nuestra diligencia iba escoltada por dos Dragones armados con sables y pistolas; pero el semblante de aque-

llos bizarros militares indicaba á las claras que en caso de peligro no harían uso de sus carabinas, y sí de sus caballos para poner pies en polvorosa.

"Al fin, pensaba yo, presenciaré una de esas escenas de salteadores que tántas veces he visto descritas, y veré de cerca á aquellos hombres feroces de que tánto he oído hablar! Lo más que me puede suceder será que me despojen de mi reloj y del poco dinero que me queda.... Pero Roma está cerca y allí tengo recursos.

"El conductor de la diligencia, á cuyo lado me senté, me confió una pistola y él tomó otra; aunque yo iba resuelto á no servirme de ella sino en caso de que amenazacen mi vida.

"Continuamos así el viaje. Yo sabía que llevábamos en la diligencia más de cien mil pesos para entregar al tesoro público, y no comprendía por qué motivo los ladrones habían atacado á aquellos miserables peregrinos que no llevarían nada de valor, y no aguardaron á la diligencia que los hubiera enriquecido. Sin embargo así fué—los bravos Dragones les impondrían miedo—porque se pasó la noche, llegó el día, y á las cinco de la mañana entrábamos á Foligno. Por el aspecto de sus calles juzgué que esta población era la más considerable que habíamos visto desde Ancona. Allí se dió aviso á la policía de lo que había ocurrido en el camino, é inmediatamente enviaron un destacamento de caballería en persecución de los ladrones."

Hasta aquí los extractos de la carta. Veamos ahora el Diario:

"4 *de Septiembre*.—Después de una corta detención en Foligno, continuamos hasta *Vine*, sitio en que engordaban á las víctimas para los sacrificios en tiempo de los Romanos. Ahora allí sólo se engordan ovejas, cabras y ganado vacuno.

"En *Espoleto* mudamos caballos. Este lugar se encuentra en el antiguo *Spoletum* de los Romanos. Tiene la glo-

ria de haber rechazado á Aníbal después de la batalla de *Trasemeno*, á pesar de que el cartaginés iba victórioso. Conmemoran este hecho con una inscripción que se ve sobre una portada; además señalan un magnífico acueducto, obra de los Romanos.

"Continuámos hasta Terni, la antigua Interamni, patria de Tácito. Es una bonita población que encierra ruinas de un templo dedicado al sol, y en donde vimos al paso mujeres muy hermosas.

"Atravesámos el valle encantador que separa á Terni de Narnia, regado por el Nerva, el cual fertiliza ricas plantaciones de viñedos. En ese lugar vi por primera vez plantaciones de olivares.

"Al pie del cerro que corona la ciudad, quitaron de nuevo los caballos enganchados á la diligencia y pusieron bueyes; éstos difícilmente nos hicieron llegar hasta la cumbre en donde se encuentra Narni ó Narnia. Es ciudad interesante, porque ostenta multitud de antiguos edificios y derruídos murallones de templos paganos. Desde lo alto de éstos se descubre un bello golpe de vista. De allí para adelante empezámos á bajar el lado opuesto de los Apeninos; ya las aguas que por aquí corren van á caer al Mediterráneo.

"A medida que descendíamos, el aire tan puro de las montañas empezaba á hacerse pesado y caliente.

"Pasámos por la Sabina, Napí, Civitá, Costelli, la antigua Veyes ó la Veii de los etruscos. Aquí, mientras que mudaban los caballos, salí del carruaje y me senté sobre el borde de una pila que por ahí había.... Eran las once de la noche, y estaba tan oscuro que nada veía, pero los recuerdos históricos de aquella antigua ciudad me asaltaron en tropel. Veyes con su resistencia contribuyó en mucho al engrandecimiento de Roma. La acción de Camilo, que rehusó aceptar la traición del maestro de escuela no ha dejado de tener parte en su fama, á pes de que los eruditos ponen en duda este hecho.

"De la antigua Veyes no quedaron ni las ruinas, puesto que los Romanos se llevaron hasta las piedras de sus edificios para reconstruir á Roma; pero el sitio era aquél y yo me hallaba en aquel suelo!

"Un repentino temporal acompañado de lluvia y truenos me obligó á meterme de nuevo dentro de la diligencia, la cual pocos momentos después se puso en marcha sin cuidarse del mal tiempo.

"En breve, cuanto hasta aquí me había encantado—vegetación, vida, cultivados campos, bellezas naturales—todo esto fué desapareciendo; nos acercábamos al patrimonio de San Pedro, y tal parecía como si hubiésemos salido de Italia.....

"A medida que avanzábamos por la vía Casia, íbamos notando á trechos algunas ruinas, las cuales se fueron haciendo más y más frecuentes, hasta que al fin empezámos á distinguir á poca distancia la multitud de torres que anunciaban á Roma.

"La mañana era opaca y los edificios se levantaban sobre un fondo oscuro y como entre sombras, lo cual aumentaba la solemnidad del espectáculo....

"Pasámos el Tíber, sobre el puente Molle, tomámos la vía Flavia y entrámos á la Ciudad Eterna, por la puerta del Pueblo. Vi una plaza; en medio de ella se levantaba un obelisco. Tres calles parten de allí al interior de la ciudad. La de la mitad se llama el Corso. Estoy en Roma! pensaba yo, arrebatado, este ha sido el objeto de mis mayores deseos, con esto había soñado toda mi vida!....

CAPÍTULO VIII

El Secretario y el Ministro de Colombia.—El Panteón de Agripa.—La plaza y la Basílica de San Pedro.—Los Estuardos.—Varios antiguos monumentos romanos.—Villa Borghese.—León XII en Santa María del Pueblo.—Godoy.—Las ternas de Caracalla.—El sepulcro de los Escipiones.—La Vía Appia.—El templo de San Pedro y la Reforma.—El Museo.—Santa María de los Angeles.—Santa María la Mayor.—Iglesias.—Templos paganos —Teatros.—Contrastes.— Costumbres populares.—El Foro Romano.—Roma á la luz de la luna.—Estatua de Pompeyo.—Celebridades—Thorwaldsen.

1826.

Pocos momentos después de haber llegado á su posada el joven viajero se encontró estrechado entre los brazos de su hermano Domingo, quien como hemos visto, era Secretario del Ministro colombiano cerca de la Santa Sede y de quien hacía años que se había separado.

Inmediatamente Domingo le fué á presentar al señor Tejada, que vivía en el Palacio Negroni.

"Tejada, leemos en el Diario, no es un anciano triste y cargado de años y de penas, como me lo habían pintado. Al contrario, es un hombre robusto, activo, lleno de viveza y de movimiento; tan cierto es que la vida de Europa conserva la juventud y la energía, porque se vive con el espíritu!"

Ese día vió la columna Antonina y el *Panteón de Agripa.* "Este monumento, escribe, recuerdo vivo de la grandeza de la antigua Roma, dedicado á todos los dioses, se ha conservado tan bien, que parece como si éstos se hubiesen conjurado para sostenerlo y que no se arruinase. Sus innumerables columnas de granito, ennegrecidas por el tiempo, me inspiraban cierto sentimiento de respeto, parecido al que se experimenta con la vista de los sepulcros; ¡era efectivamente el sepulcro de una civiliz ción olvidada!"

El señor Tejada le exigió que comiese siempre coı

mientras que permaneciese en Roma, y puso á sus órdedenes su coche para toda ocasión en que lo necesitase.

El 4 de Septiembre, al día siguiente de su llegada á Roma, ACOSTA se levantó con el día y salió á la calle con el objeto de orientarse y familarizarse con las calles y no tener que buscar quien le condujese por ellas. Deseaba descubrir él mismo los monumentos que conocía ya por las descripciones que de ellas había leído.

Aquella mañana fué á dar al puente de San Angelo y á la plaza de San Pedro. Sucedióle lo que á toda persona que ve esa plaza por primera vez: le pareció pequeña. Son tan inmensos pero tan armónicos los edificios que la rodean, que no parece grande; pero cuando quiso atravesarla comprendió su enormidad. Otro tanto le sucedió al entrar al templo más famoso de la cristiandad, le creyó más chico de lo que esperaba, pero á medida que iba comparando los objetos unos con otros se penetró de la maravillosa grandiosidad que reinaba en todas partes.

"¡ Cada capilla, escribe, es un templo y cada angelito, hasta el más insignificante, es un gigante! Pero no cae uno en la cuenta de aquello sino al cabo de un rato. Yo estaba absorto de admiración !.... Ese pórtico de bronce, bajo el cual se halla el altar mayor, el cual tiene por único adorno un crucifijo y ocho candelabros de plata, impone por su elegante sencillez, en medio de tánta profusión de tesoros derramados para construir el edificio. No he visto nada que me dé idea más completa de la verdadera majestad como la noble proporción que todos los objetos guardan entre sí. La estatua de San Pedro, situada bajo un solio, con las llaves en la mano y sobre un pedestal que apenas mide un metro desde el suelo, demuestra mejor que todo la idea de que el Santo, bajo cuya advocación está el templo, ocupa con respecto á Dios un lugar subalterno, y que sólo al Omnipotente se adora, y San Pedro es el intermediario entre el Cielo y la Tierra....

"La capilla subterránea, en donde reposa el cuerpo del

Apóstol se halla alumbrada por 112 lámparas siempre ardiendo. Grandísima impresión me hizo aquel recinto..."

Describe circunstanciadamente la mayor parte de los tesoros y maravillosos objetos de arte de aquella Catedral, pero todo esto ha sido tántas veces ennumerado por los viajeros, que no transcribiremos aquí sino el último aparte:

"Antes de arrancarme de aquel templo—cuyas bellezas no pueden ponderarse jamás suficientemente—quise ver el túmulo de mármol blanco, bajo cuyas losas reposan—lejos de su patria y olvidados por ella—las cenizas de los últimos descendientes de la familia de Estuardo. Bastará decir que el monumento es obra de Canova, y que es digno del artista y de su objeto."

Más tarde ese mismo día, estuvo con su hermano y el señor Tejada, en el *Monte Pincio*, visitó la *Plaza de Venecia*, el Palacio *Doria*, la *Columna de Trajano*, y el arco de *Séptimo Severo.*

"Consideré, escribe, con un sentimiento de pesar y de respeto las ruinas del templo de Rómulo, convertido en el vestíbulo de una iglesia; las columnas de granito de la fachada del templo de *Antonino y de Faustina*; la basílica *Emiliana;* el templo de *Venus*, del cual sólo queda la base; el arco de *Constantino*, que está entero; admiré el *Anfiteatro Flavio*, ese monumento colosal que se levantó en cuatro años, lo que comprueba cuánto era el poder y la riqueza de los Emperadores romanos. Desde la parte más elevada del anfiteatro pude contemplar los montes Celio, Aventino, Palatino etc."

Al regresar á su posada pasó por frente del Palacio de los Césares, el cual estaba habitado, dice con dolor, por un rico inglés!

Ese mismo día fué con el señor Tejada á la Villa *Borghese*, que pertenecía á los Príncipes del mismo nombre. Describe largamente el camino pintoresco que vieron que recorrer desde Roma hasta el Palacio; jardines que visitaron, las estatuas, pajareras, templete juegos de aguas que embellecen aquella mansión delicio

Llevólo por la noche un joven mejicano, de apellido Lorenzana, á casa de unas damas romanas, que tocaron piano y arpa, " pero las cuales, añade, aunque amables y artistas, eran bastante feas."

Continuó durante los siguientes días visitando los monumentos más notables de Roma; pero como no podemos seguirle á todas partes, haremos apenas algunos extractos de lo que dejó escrito.

DIARIO.

" 8 *de Septiembre.*—A las ocho de la mañana me encaminé á la Plaza del Pueblo, en donde hallé yá formado un medio Batallón de infantería y un piquete de dragones que agurdaban el paso de Su Santidad, quien tiene costumbre de ir á la iglesia de Santa María del Pueblo, el día de la Natividad de Nuestra Señora. Sin detenerme á mirar esta tropa entré á la iglesia y llegué sin dificultad hasta el límite ó barrera que dividía el recinto consagrado á los Cardenales y eclesiásticos y aquél que deberían ocupar los curiosos. Los bancos de los Cardenales estaban más elevados que los de los Obispos, y diversas órdenes de religiosos y veíanse tapizados con ricas telas de colores vivos. El asiento y el Solio del Pontífice era de plata y oro, y cubrían las gradas rica alfombra encarnada.

" La iglesia estaba engalanada con damascos suntuosos, y por todas partes se veían grupos de diáconos y monaguillos, unos de negro y otros de morado, con sobrepellices unos y sin ellas otros. Estos revoloteaban de un lado á otro, daban órdenes y arreglaban los últimos adornos. Los alabarderos, con sus vestidos á la antigua, se paseaban por en medio de la multitud de fieles que llenaban la iglesia y rezaban con más ó menos fervor.

De repente y en medio de completo silencio, llegó el séquito de los Cardenales seguidos por los Obispos. Uno de éstos llevaba en las manos una rica mitra, y detrás de todos, en hombros de sus sirvientes, vi llegar en andas al

Pontífice de la cristiandad. Iba revestido con capa de coro blanca y una mitra de oro sobre la frente.

" León XII tiene un aspecto grandioso é imponente, pero triste. Aunque no es muy anciano—tiene sesenta y seis años—es enfermizo y no ama la vida; sumamente parco vive retraído, siempre solo y sin más compañía que un gato. (1)

" Oí la misa. El canto era magnífico; de una ejecución sorprendente, pero las voces de los eunucos en el templo del Señor del Universo, me causó una impresión de malestar que no puedo describir....

" En los paseos públicos en medio de los nobles romanos, vi á Godoy (2) que paseaba con mucha frescura entre los descendientes de los antiguos romanos. Me señalaron su Palacio, que es suntuoso por cierto.

" Entre las damas de la alta sociedad que tuve ocasión de ver, no noté belleza, gracia, ni originalidad: mientras que entre las mujeres del pueblo noté tipos de belleza y nobleza innata, que llamaban la atención; con su vestido pintoresco, jubones atados con cintas en la espalda, y paños cuadrados sobre la cabeza tenían un porte digno y grave de que carecían las damas.

" 9 *de Septiembre.*—Estuve en las *Ternas de Caracalla.* La primera impresión que allí se experimenta es un profundo desdén por todos los edificios modernos. Al recordar los de estos tiempos parecen pequeños y mezquinos en comparación de los antiguos. Aquellas moles imponentes y macizas que parecen inmensas rocas, esos arcos y bóvedas de una estructura tan atrevida y que no necesitan adornos para que parezcan grandiosos, no podrán nunca com

(1) El gato favorito de León XII pasó á manos de Chateaubriand, quien estaba de Embajador en Roma cuando murió este Papa en 1829.

(2) Este favorito de Carlos IV vivia entonces retirado en Roma alimentandose, dice en sus *memorias* (página 385, tomo 6) de las migaja de la mesa de los Reyes de España, los cuales vivieron de prestado hast su muerte. Godoy murió en Paris en 1851. Entonces hacía diez añ que habia muerto Carlos IV.

pararse con nada moderno! ¡Entre las grietas de esas magníficas ruinas crecía un mundo de plantas silvestres, y bajo las bóvedas del templo de Apolo rebuznaba un asno, cuyo acento sonoro despertaba los ecos de esos edificios históricos! ¡Qué ironía!

"Me detuve para contemplar el sepulcro de los *Escipiones*, bajé al subterráneo con una luz y leí las inscripciones que aún se conservan sobre los sepulcros de aquella famila ilustre enterrada allí hace más de dos mil años.... Al salir arranqué una flor silvestre que crecía á la entrada....

.... "Recorrí la *vía Appia,* sembrada de ruinas y de sepulcros; después de pasar bajo el arco de Triunfo de Druso seguí hasta la iglesia de San Sebastián, por donde se baja á las *Catacumbas.* Volví, por el Toro, á los huertos Farnesios, en donde se ven los restos de la morada de Augusto y las gradas que llevaban al monte Palatino.... pero en todas partes sólo se veían ruinas y escombros. Entre los derruídos muros del Palacio de los Césares crecía la viña silvestre, y en el antiguo recinto de los salones imperiales nace la hierba y prospera la ortiga.... El *Circo Olímpico* es hoy una serie de huertas y sobre el monte Aventino y el templo de Juno se alza una iglesia católica. Sin embargo, aún se ve la pirámide que señala la tumba de Cayo Sextio.

"Me llamó la atención una obra bien conservada que recuerda los últimos días de la República romana, á saber, el sepulcro de Cecilia Metella, la esposa de *Craso.* Este es un macizo torreón, el cual á pesar de contar mil novecientos años de construído, aún conserva clara la inscripción grabada en su frontispicio.

"11 *de Septiembre.*—A las ocho de la mañana emprendí de nuevo la visita de la Basílica de San Pedro, que sólo había visto una vez. Este inmenso templo se recorre de tres maneras: por encima, por dentro y por debajo....

"Subí hasta el globo de bronce que corona la elevadísima cúpula del templo, más alta que las pirámides de Egipto. Desde allí se goza de un espectáculo único en el mundo, y se descubre casi todo el Patrimonio de San Pedro, desde el jardín del Vaticano, el curso del Tiber, Viterbo y Frascati, hasta el mar Mediterráneo...."

Después de enumerar la mayor parte de los monumentos de arte que encierra aquel histórico templo dice:

" Un encanto irresistible me atrae siempre hacia el túmulo de la familia Estuardo.... Los dos genios que lo adornan contribuyen poderosamente á aumentar el encanto é interés que despierta siempre el recuerdo triste de esta familia desgraciada.

" Después de haber recorrido en cuatro horas lo que costó tres siglos y medio de trabajos inmensos y de haber derramado allí tesoros incontables y perdido para la fe católica la mitad de la Europa, salí al fin al aire libre. Iba meditando tristemente cómo la suerte de los imperios suele á veces depender de causas imprevistas: la Reforma no tuvo otra causa, ó al menos se aprovecharon muchos de la necesidad que se tenía de dinero para la construcción de esta Basílica para que la venta de las Indulgencias produjese un rompimiento con la Iglesia en Alemania; y el descontento de muchos países con los agentes de la Santa Sede, dió por resultado la separación de dilatadas provincias de la fe católica romana!

" 12 *de Septiembre.*—En la gradería del Capitolio vi los leones de basalto, que hermoseaban los baños de Agripa. Al pie de éstos fué asesinado el tribuno Rienzi. También contemplé las estatuas de Cástor y Polux, los Trofeos de Mario y una piedra miliaria de la *Via Appia.*

" Me dirigí al Museo; pero como aún no podía entr por ser muy temprano, me asomé á la roca *Tarpeya.* Es tenía antes *treinta y dos* metros de elevación y hoy ap

nas mide *dos*! Se halla en el jardín de una vieja que la señala á los viajeros en cambio de algunas monedas, así esta infeliz, como todos los descendientes de aquellos fieros romanos que fueron dueños del mundo, vive tristemente de las limosnas de los extranjeros y de los gloriosos recuerdos de sus antepasados!"

ACOSTA hace larga descripción de las maravillas artísticas que vió en el Museo, así como de cuanto contempló en el Quirinal, entonces residencia del Papa; de la visita que hizo á la fuente de Moisés y la iglesia de Santa María de los Angeles en el sitio de los antiguos baños de Diocleciano etc.

Hablando de Santa María de los Angeles escribe:

"Este templo es el que más me ha gustado de cuantos he visto hasta ahora en Italia. Tiene la forma de una cruz griega perfecta, sostienen el edificio columnas de granito y no tiene más adorno que una docena de cuadros de los mejores pintores, cuyas copias en mosaico había visto en San Pedro. Entre estos el *Martirio de San Sebastián*, del Dominiquino, pintado al fresco, es maravilloso. Pero todavía es más admirable la manera como lograron desprender esa obra de arte de los muros de San Pedro para trasportarla á esta iglesia.

"Al entrar en el vestíbulo de Santa María de los Angeles noté dos monumentos elevados á Salvator Rosa y á Maratta, dos famosos pintores italianos.

"El claustro, formado por cien columnas, mide como un cuarto de milla de círculo. El ángel que sostiene la pila es obra de Bernini y de bellísimo mármol blanco....

...."De allí pasé á visitar á *Santa María la Mayor*, iglesia que tiene dos fachadas igualmente bellas. En la plaza, frente de una de ellas, se encuentra un obelisco egipcio, de granito oriental; y en la otra plaza, frente á la segunda entrada, se ve la única columna que ha quedado

del famoso templo de la Paz. Se cree que las columnas de mármol blanco que se encuentran en el interior de la iglesia pertenecieron al templo de Jano. En la capilla del Sagrario está el monumento ó sepulcro de San Pío V; el altar mayor formado por una urna de pórfido, está sostenido por cuatro ángeles de bronce dorado.

"En la capilla de la Virgen de Santa María la Mayor se encuentran los restos de Paulo V. Así, pues, aquella iglesia posee las cenizas de dos de los Papas más famosos en los anales de la Santa Sede. El altar de la Virgen es una obra artística de primer orden, y está construído con preciosas piedras de ágata, lápiz lazuli etc."

Visitó las ruinas de *Minerva Médica*, el famoso *acueducto Claudio*, que lleva agua á Roma de una distancia como de setenta y dos millas; subió lleno de piadoso respeto los 28 escalones de la *escala santa*, santificada con la sangre de Cristo, y llevada á Roma desde Jerusalén.

También recorrió la inmensa iglesia de San Andrés, la de San Ignacio, en donde contempló el sepulcro del santo fundador de la Compañía de Jesús, la de Santa Inés, la de San Juan de Letrán, fundada ésta por Constantino en los albores del cristianismo, aunque la que hoy se ve no es sino la que construyó Clemente V. Estuvo en el castillo de San Angelo; en el Palacio Lauteranense; en el *Toro Trajano* y otros monumentos históricos, á cual más interesantes, la mayor parte de los cuales describe.

En la hermosísima *Plaza de Navona* vió el mercado de frutas y la mutilada estatua del histórico Pasquín (1); penetró una mañana solo en las *Ternas de Tito*, y la cloaca máxima construída en tiempo de Tarquino el Soberbio. Vió el templo de Jano y los restos de otros templos, y largo rato contempló meditabundo las ruinas del *pórtico de Octavia*.

(1) Cerca de la casa que habitaba un sastre llamado *Pasquín* había una estatua en cuyo pedestal los enemigos del Gobierno Pontificio fijaban sátiras y burlas desde época muy antigua. De allí se deriva el género despreciable de literatura que se llama *Pasquín ó Pasquinadas*.

"15 *de Septiembre.*—Salí á recorrer las calles á mi albedrío y sin objeto fijo. En mi camino, según me propuse, debería encontrar los restos de los teatros de Marcelo y de Pompeya, mas no pude hallar quien me indicara el sitio. Como llegase á un mercado de flores, pensé que un hombre al parecer de buena educación, no ignoraría el sitio de las glorias de su patria. Estaba sentado delante de una mesita con útiles de escritorio, y ofrecía sus servicios á los pobres que no sabían manejar la pluma. Preguntéle por las ruinas del Teatro de Pompeyo.

"—¡ Pompeyo! me contestó ¡ señor mío, soy romano pero ésta es la primera vez que oigo ese nombre !

"Adquirid fama, hombres ambiciosos, pensé yo, alejándome, para que después el pueblo no recuerde ni siquiera vuestro nombre !

"16 *de Septiembre.*—No hay ciudad en el mundo que presente tántos contrastes como Roma, ni que tenga tan diferentes puntos de vista. Sin embargo, hay una cosa que se encuentra en todas partes, á saber: una fuente pública. En las calles más solitarias como en las más concurridas; en las plazas, en los paseos públicos ó privados, á toda hora, de día y de noche, oiréis murmurar suavemente un chorro de agua.

"Varias veces me entretuve observando la manera como se comunican los pobres de los pisos superiores de las casas con los transeuntes de las calles. Por medio de cuerdas de alambre bajan cestos y barriles, y cuando pasa algún vendedor de comestibles ó de agua, toma las monedas que encuentra en los canastos, y en su lugar pone las frutas y las legumbres, y en los barriles el agua que le piden desde arriba. De esta manera ingeniosa se evitan unos y otros el tener que subir y bajar gradas.

"17 *de Septiembre.*—Al cerrar la noche me dirigí solo al Foro Romano con el objeto de contemplar aquellas importantes ruinas á la luz de la luna....

"Me senté sobre una columna derribada del tem-

plo de Venus, que tenía á mi espalda, y arrojé una mirada sobre el soberbio espectáculo que tenía delante: al frente veía el anfiteatro Flavio—las ruinas más imponentes del mundo—á la derecha el arco de Constantino y el de Tito, que parecían juguetes en comparación del anfiteatro.... Largo tiempo permanecí allí entregado á mis meditaciones, cuando de repente fueron interrumpidas por el ruido de voladores ó cohetes y ruidosa música.

"Me levanté al momento y fuí á averiguar lo que aquello significaba: la calle vecina estaba iluminada, y los balcones y ventanas se veían colgadas con mezquinos cortinajes, mientras que una harapienta plebe miraba con señales de alborozo los fuegos artificiales que hacían frente de la imagen de una Virgen incrustada contra una pared.

"La alegría de aquella muchedumbre, los gritos que daban, la destemplada música y desagradable ruido de la pólvora me impresionó en los momentos en que contemplaba arrobado las majestuosas ruinas de un anfiteatro en que todos los pueblos del mundo entonces conocidos se habían reunido para festejar á los Emperadores del Imperio Romano.... Me alejé prontamente y me dirigí al templo de la Fortuna, cuyo pórtico se destacaba sobre el azul del cielo despejado.

"Subí lentamente la inmensa gradería frente al Capitolio, y bajé por el otro lado.... allí todo estaba sumido en el silencio y la soledad, é iluminado suavemente por la luna. Aquel silencio era interrumpido apenas por los acordes melancólicos de una guitarra que tocaba un hombre que se hallaba por allí solo y recostado contra una ruina, y por el tenue y misterioso rumor de una fuente. Yo continué mi marcha hasta llegar al Corso, y allí se me presentó otro espectáculo diferente. En el Corso todo era bullicio, y en medio se veía el andar de los carruajes elegantes y aristocráticos, y á los lados la multitud de transeuntes que se dirigían á asistir á la tercera estación de moda que tiene lugar á las diez de la noche.

" 18 *de Septiembre.*—A las siete de la mañana estuve en el palacio Spada, á ver la estatua colosal de Pompeyo, á cuyos pies fué muerto César.

" La actitud de la estatua es imponente y el aire del rostro solemne. Se halla desnuda; lleva un globo en una mano y una espada pendiente de una faja que le rodea el hombro.

" Cuando el Cardenal Capo-Terni legó esta estatua histórica, junto con sus bienes á los Príncipes de Spada, puso por condición que si alguna vez llegaban á vender la estatua, en el acto perdían el derecho de gozar de sus bienes. Bien pensada fué aquella condición, pues esos Príncipes no solamente han dispuesto de todos los tesoros arqueológicos del Cardenal, que más fama tenían, sino que hoy ya están de venta también los bajo relieves griegos que valen un Potosí!...."

ACOSTA describe minuciosamente los museos del Vaticano y otras maravillas artísticas.

Concurrió al Circo de Augusto á presenciar un combate de fieras: " Pero, dice, allí todo se reduce á luchas entre toros, búfalos, perros de presa y hombres á pie y á caballo. Los italianos se entregan, añade, á aquella odiosa diversión con entera libertad, y aplauden esos ruines combates con un estrépito y una algazara que repugna."

"19 *de Septiembre.*—Estuve en casa de las Persiani (1) y desde los balcones vi los fuegos artificiales que tenían lugar en la Plaza Navona, en honor de una fiesta de la Virgen. Había allí mucha gente importante y de alto rango. Conocí y oí cantar á la Duquesa de Lanti, dama célebre por su vida aventurera, y extraña. La acompañaban dos hijas suyas. Me relacioné con el escultor Bertel

(1) Sin duda era esta la familia del compositor músico José Persiani, marido de una de las cantatrices más famosas que registra la historia del arte, Fanny Fachinardí Persiani, cuya voz de soprano de extensión extraordinaria llamó la atención de Europa á mediados del siglo XIX.

Thorwaldsen; aunque de origen dinamarqués vive en Roma y rivaliza á Canova en su arte.

"En medio de aquella sociedad heterogénea en que había toda clase de personas veíase un Obispo, así como también muchos Abates. Esto no es extraño en Roma, pues los eclesiásticos se encuentran en todas partes."

Al día siguiente por invitación especial del escultor fué á visitar á Thorwalsen en su taller. Señalóle con suma amabilidad inmenso número de obras que aún no había entregado y todas de gran mérito.

CAPITULO IX

Viaje á Nápoles.—Terracina.—La histórica *Latium*.—Mola de Gaëta.—Recuerdos de Cicerón.—Minturna.—Capua.—Llegada á Nápoles.—Ruido de las calles.—El Museo.—Paseos.—Familia Real.—Cartuja de San Martín.—Ischea.—Nésida.—El Posílipo.—La tumba de Virgilio.—El *Crociatto in Egipto*, de Meyerbeer.—Resina.—El guía Salvador.—Ascensión al Vesubio.—Cráter del volcán.—Erupciones.—Paisajes.—Castellamare.—Pompeya.—Antiguas costumbres romanas.—Herculano.—Regreso á Nápoles.

1826.

El 21 de Septiembre, á las cuatro de la mañana, ACOSTA se despidió de su hermano y emprendió viaje con dirección á Nápoles.

Toda la primera parte de este viaje—que escribió en cuaderno aparte, según dice en su diario de Roma—se perdió, sin duda, pues no hemos hallado sino algunos fragmentos en hojas volantes, escritos con lápiz y casi ilegibles. Transcribiremos algunos apartes que hemos podido reconstituir con menos dificultad.

"23 *de Septiembre.*—A las tres de la mañana salimos en la diligencia de Terracina—antigua ciudad de Valscos—y á poco andar nos detuvo una puerta que c

rra los Estados del Papa por aquel lado. Allí tuvimos que declarar solemnemente que no llevábamos nada de contrabando, y entonces seguimos andando. Una hora después ocurrió otra detención: acercáronse los agentes del Rey de Nápoles y nos hicieron nuevas preguntas y pesquisas, y examinaron detenidamente nuestros pasaportes. Al fin pudimos continuar camino, y nos amaneció en Fondi, la histórica *Latium*. Es ésta una pequeña ciudad por cuyo centro atraviesa la antigua Vía Apia, cuyo pavimento se conserva en perfecto estado; verdadera obra de Romanos, sólida é indestructible!

"Ibamos por en medio de verdes colinas á la izquierda, y el mar á la derecha. Estas colinas estaban en gran parte cubiertas de viñedos y olivares, hasta que llegámos á *Mola di Gaeta*.... ¡Qué de recuerdos históricos! No lejos de este lugar, los soldados de Antonio asesinaron á Cicerón....

"El paisaje era encantador: por todas partes huertos repletos de naranjos, granados y otras frutas; anchos campos de viñedos y olivares que formaban cuadros de variados tintes y por horizonte el mar azul y la ciudad de Gaëta, en lontananza, recostada sobre un promontorio que avanza por en medio de las olas.

"Como la diligencia va á detenerse varias horas en este punto, resolvimos algunos de los viajeros tomar un carruaje para ir á conocer á Gaëta, la antigua ciudad de los Auruncos."

Después de describir el puerto y las fortalezas de aquella ciudad, añade:

"Gaëta puede ser considerada como una fortaleza de primer orden, y sus fortificaciones presentan un aspecto imponente y pintoresco al mismo tiempo."

Visitó la Catedral, la casa de campo de Cicerón, de la cual todavía quedaban muros y anchas bóvedas que demostraban que había sido un hermoso palacio. Las aguas

de las fuentes que embellecían los jardines del famoso orador, servían para regar un huerto repleto de riquísimos árboles frutales.

A las cuatro de la tarde volvió á la diligencia, y de nuevo se pusieron en marcha. Pasaron por la antigua Minturna, lugar en donde Mario, proscrito por Sila, se ocultó varios días. Pernoctó esa noche en Santa Agata, y á las cinco de la mañana continuó la diligencia su marcha. Cuatro horas más tarde llegaron á Capua, en donde se detuvo para visitar la ciudad. Allí no encontró nada que le llamase la atención, ni siquiera los recuerdos históricos de Aníbal, puesto que la nueva población está edificada á alguna distancia de las ruinas antiguas. Sin embargo, le señalaron algunos mosaicos y columnas interesantes, y un bautisterio que había sido el vaso de sacrificio de los sacerdotes paganos.

DIARIO.

" Toda la vía, escribe, desde Capua hasta Nápoles, está guarecida por altísimos álamos, y los campos, recientemente arados, aguardaban, yermos y tristes, el momento de la siembra.

" A medida que nos acercábamos á Nápoles, el camino empezó á hacerse más y más concurrido, y por último, después de pasar la primera Aduana, llegámos á un paseo público, y en seguida avistámos por primera vez la ciudad.... la ciudad soñada, el espectáculo más bello del mundo!

" Bajámos por una calzada de lava; á la izquierda veíamos el Vesubio, y al frente las torres, los campanarios y los edificios de Nápoles.

" Llegámos á otra Aduana. Mientras que los empleados públicos examinaban los equipajes, yo no me pude cor tener, y dejándolo todo, trepé á una altura vecina para contemplar á mis anchas el Vesubio, cuyo cráter despe

día una ligera columna de humo. Aquel espectáculo me inspiró mil recuerdos de los libros que había leído acerca de este volcán. Reflexionaba con cierto sobresalto todas las desgracias que han ocurrido cien veces en aquellos campos que hoy parecían sonreír indolentemente á los pies del ceño de amenaza del Vesubio que los domina.

"Concluída la pesquisa de los aduaneros, entrámos otra vez á la diligencia, y desfilámos á todo galope por en medio de multitud de carruajes, tomámos la calle de Toledo y á poco andar nos detuvimos frente del Hotel de Europa.

"La situación de esta posada es buena y central: á un lado se encuentra el Palacio de los Ministros, al otro, el Teatro de San Carlos, y el Castillo muy cerca. La plaza que tenemos al frente no es muy aseada, pero sí es muy pintoresca y circuída de árboles.

"25 *de Septiembre.*—Nápoles es la ciudad más ruidosa del orbe. ¡Cómo hay de gente en aquellas calles, las cuales, á pesar de ser anchas, no alcanzan á contener tanta multitud de paseantes! Tal parece como si los 400,000 habitantes que pueblan la ciudad se hubieran propuesto salir todos de sus casas al mismo tiempo....! Todo el que allí llega por primera vez, tiene que aturdirse y atolondrarse con los alaridos de los cocheros, los gritos de los vendedores de comestibles, las imprecaciones de los transeuntes atropellados.... pues á cada momento uno se considera pisoteado y estropeado, y sin embargo resulta que nada le ha sucedido. No se puede casi circular: mujeres veladas le detienen á cada paso para pedirle un socorro; mendigos le asaltan para implorar *la carità!* los vendedores le arremeten y le interpelan; los cocheros pretenden pasar por encima de cualquier obstáculo que se les presenta; los niños gritan y ríen ruidosamente; las mujeres se llaman unas á otras; los hombres claman; los viejos se quejan de los golpes que reciben sin cesar.... en fin, aquello es una Babilonia, y

París es un desierto, un cementerio, en comparación de Nápoles ! Ayer, como era domingo, pensé que era natural el bullicio, pero hoy, á las diez de la mañana en Italia, en donde todos se levantan á medio día, no era creíble semejante bullicio, y, sin embargo, continuaba lo mismo que ayer !"

ACOSTA empieza por visitar el Museo; se aflige con el descuido con que le tienen y se queja del mal gusto de las decoraciones de los salones. Llamáronle particularmente la atención las curiosidades que habían desenterrado en Pompeyo y Herculanum, y describe minuciosamente muchas de ellas. Entre otras cosas le interesó muchísimo la colección de *papiros*, entonces recién desenterrados, y contempló con respeto aquella muestra de la literatura de otra civilización que se había conservado intacta aunque sepultada entre cenizas durante tántos siglos.

La galería de obras maestras de pintura le causó grandísima impresión.

DIARIO.

"Vi allí, dice, la *Armida* de Agustín Carracci.... Nó, jamás olvidaré ese cuadro sin rival en el mundo ! Más lejos estaba la *Danaide* del Ticiano, cuya expresión es inimitable, así como su *Magdalena*. También vi lleno de entusiasmo el *Angel de la Guarda* de Rafael; la *Asunción* de Aníbal Carracci y otras muchas obras maestras de pintura que me hechizaron....

...."Comimos en una mesa redonda en casa de una francesa que me recomendaron, madame Abel. Después de la hora de siesta (que aquí se guarda religiosamente) salí en carroza por la Chiajá, el paseo más afamado de Nápoles.

"Se pasa por el barrio de Santa Lucía—que es el q habitan la nobleza y los Embajadores extranjeros—d cual se goza de una vista soberbia sobre la bahía, el V

subio y la *Villa Reale.* Las casas son elegantísimas; todas son palacios rodeados de jardines, en forma de terrados.

"Seguí camino hasta el famoso palacio del Huevo, pero ese día no entré; me bastó verlo por fuera. Sin embargo, me pareció descuidado en medio de su vetustez.

"Durante el paseo me crucé con la hija del Emperador de Austria, mujer del Príncipe Leopoldo, la cual, si me pareció poco hermosa, en cambio contestaba los saludos con atención. Vi también á los hijos del Rey en una carroza con su tutor, un eclesiástico, y cubiertos con variadas decoraciones. Ya al caer la noche encontré un coche cerrado, precedido por un lacayo con una antorcha encendida y que llevaba en pos de sí la correspondiente escolta. Me dijeron que iban dentro las Princesas de la familia Real."

"26 *de Septiembre.*—Hoy prolongué mi paseo por la Chiajá, hasta el antiguo palacio de la Reina Juana, de infame memoria. El mar le ha invadido en gran parte, y al fin se perderán las huellas de aquella historia....

"27 *de Septiembre.*—Estuve hoy en el antiguo monasterio de San Martín, fundado por los frailes cartujos. Se halla situado sobre una colina en medio de la ciudad, la cual domina completamente, así como la domina también el castillo de San Telmo, que está cerca.

"El claustro del pequeño y preciosísimo monasterio de San Martín es todo de mármol, columnas, pavimento y las estatuas que lo adornan.

"Desgraciadamente se encuentra en un triste estado de abandono, y hoy sirve como hospital ó algo por el estilo, para oficiales inválidos. La iglesia está menos desaliñada, y posee cuadros de pintura de la escuela napolitana; un Guido Reni y un Ticiano.

"Los cartujos habían hecho todo esfuerzo para embellecer su convento; pero cuál no sería para ellos el contraste entre la vida del ascetismo que llevaban y la de esa

alegre Nápoles que contemplaban y bullía á sus pies, sumergida en todos los deleites y disfrutando de las dichas terrestres á las cuales ellos habían renunciado! Su sacrificio tenía que ser para ellos mucho más duro que para los monjes que se retiran al fondo de los bosques, en donde sólo ven campiñas y sólo á sí mismos contemplan.

"Los contornos del convento están cubiertos de huertos, hortalizas y bellísimos verjeles, á cuyas puertas salían muchachas pintorescamente vestidas que ofrecían cestillos de higos y de uvas deliciosas.

"De la Cartuja nos dirigimos al monte Posilipo, por en medio de quintas y de casas de campo que pertenecen á la nobleza napolitana. Me llamaron la atención, entre otros, los jardines dé la Princesa Pantany, la cual, el padre del Rey de Nápoles actual, sacó de la nada para hacerla su esposa.

"El camino que trepa por aquel cerro es una obra maestra de ciencia, puesto que como está cubierta de piedras pomez, arrojadas por las erupciones del Vesubio, nada hay más difícil que el hacer allí una obra sólida y un piso durable. Como se desploma la vía con la mayor facilidad, han tenido que formar subterráneos que atraviesan el cerro de parte á parte en varios sitios escabrosos.

"Desde lo alto del cerro se goza de una vista en extremo pintoresca sobre el mar, el Cabo de Misena y las célebres islas de Ischia y Nésida. Estas apenas están separadas de la tierra firme por un estrecho canal.

"Ischia posee huéspedes muy peligrosos, á saber: el volcán Epomeo en el centro y doce más pequeños en contorno. Pero á pesar de este peligro, sus *termas* ó baños de aguas calientes, son muy frecuentados por los italianos de la tierra firme; la población aborígene es laboriosa y el terreno que cultivan en extremo fértil (1).

(1) Allí tuvo lugar, no hace muchos años, un espantoso terremoto, e el cual pereció gran número de habitantes, así como la mayor parte d los forasteros que estaban veraneando en la isla.

"En Nésida está el Lazareto, y en su rada los buques sospechosos hacen cuarentena.

"El valle que forma el Posilipo al otro lado, es, como todas las tierras de los contornos de Nápoles, en extremo bello y cultivado. Mi compañero y yo hablámos con un hortelano francés que nos dijo que hacía veinte años que vivía allí, y que jamás había visto terreno semejante; crecen juntas las plantas de todos los climas y dan con usura sus frutos toda suerte de árboles.

"Al regresar noté que los habitantes de aquellos terrenos escarpados tienen grande habilidad para edificar casas y tapias en los lugares que parecen menos propios para el caso, y en cualquier parte forman terrados y plantan viñas y hortalizas, fertilizándolo todo con las cenizas del vecino volcán. Para no perder terreno, han labrado sus habitaciones, bodegas y almacenes en el interior de las rocas y en los lugares en donde no pueden sembrar.

"Desde el camino que pone en comunicación unas heredades con otras, la vista que se descubre, si es posible decirlo, parece aún más bella que de otras partes. La bahía sembrada de pequeñas barcas pescadoras, inmóviles en medio de las relucientes olas; el promontorio de Miseno desde el otro lado y á nuestros pies la hermosísima ciudad. Mirábamos, casi deslumbrados por la luz del sol aquel magnífico paisaje, cuando, de repente, nos quedámos en tinieblas.... la carroza había penetrado en un pasaje subterráneo que corta el cerro. A pesar de que la bóveda mide hasta cien pies de altura, la oscuridad era completa.

"El ruido de los coches y carros sobre el duro pavimento de lava; los destemplados gritos de los cocheros y carreteros que procuraban hacerse oír para evitar una colisión, el eco de todo aquello entre las rocas sonoras, semejante algazara nos aturdió completamente, y á la salida nuevamente á la luz, quedamos en un estado de completa

ofuscación; por largo rato no sabíamos qué nos había pasado.

"Visité la tumba de Virgilio. Se encuentra sobre una elevación, en donde se halla una pequeña cabaña redonda, bastante arruinada, que lleva una inscripción moderna. En contorno de la tumba del dulcísimo cantor de Dido, crecen viñedos cuyo fruto tiene exquisito perfume."

ACOSTA hace después la descripción del teatro de San Carlos, en donde vió representar el *Crociatto in Egipto*, de Meyerbeer, la primera ópera de aquel maestro que causó verdadera sensación en el mundo civilizado. Sin embargo en Nápoles el público no la recibió con favor, á pesar de que la cantaban la Landi y la Lorenzani, dos popularísimas cantatrices y que bailó la célebre Brugnoli.

DIARIO.

"28 *de Septiembre*—Apenas habíamos dormido tres horas cuando nos despertaron para avisarnos que el coche, que habíamos pedido, estaba aguardándonos para emprender jornada hacia el Vesubio. A las dos y media de la mañana mi compañero, un caballero ruso, que había viajado conmigo, y yo nos pusimos en marcha.

"Pasamos por frente del Palacio del Rey en Portici, y nos dirigimos á Resina, en busca del famoso guía Salvador, conocido de cuantos han subido al Vesubio en los últimos años. Aunque no habíamos tenido tiempo de prevenirle de antemano, Salvador accedió á acompañarnos sin dificultad. Momentos después tuvimos cada uno una antorcha encendida y un asno ensillado á nuestra disposición.

"Inmediatamente montamos, y emprendimos la ascensión del volcán por un camino que se ha formado con la corriente de lava de una erupción reciente (había

ocurrido una violentísima en 1822). Al cabo de dos horas de marcha llegamos á la choza de un ermitaño, el cual nada tiene de religioso si no es un vestido de capuchino con que se disfraza. Es éste un hombre que hace el negocio de vender provisiones á los viajeros. Allí tomamos una copa de *Lacrima Cristi*, vino hecho del producto de las uvas que se cosechan en las faldas de aquella montaña, y tienen un aroma especial. Comprámos huevos, uvas y una botella del dicho vino, y continuámos trepando, caballeros en nuestros asnos, durante una hora más.

" Ibamos muy contentos y entretenidos escuchando la conversación amena, instructiva é interesante del guía; es hombre instruído, de experiencia y tiene, además, algunos conocimientos de mineralogía.

" Al pie mismo del cono del Vesubio dejamos los asnos, y emprendimos marcha á pie por una rápida pendiente cubierta de cenizas y de materias incoherentes, que cedían á cada paso y no prestaban apoyo, lo cual fatigaba muchísimo.

" A las cinco y media de la mañana, en el momento en que salía el sol, nos encontramos sobre la cumbre del Vesubio.... Se cumplía, pues, otro de mis más ardientes deseos!.... El sol doró la montaña, y fué en seguida iluminando, uno á uno, todos los puntos salientes del imponente y magnífico paisaje que teníamos á nuestra vista.... No hay duda, aquel espectáculo es único en el globo terrestre, y creo que jamás se podrá olvidar una vez que se ha contemplado, aunque no es dado á la pluma describirlo como es en realidad, ni al arte reproducirlo con colores apropiados.

" El inmenso cráter que formó la erupción de 1822, mide tres millas de circunferencia y tiene dos mil pies de profundidad. (1) Del fondo de las paredes interiores de este abismo cubierto de cenizas se escapan por momentos pequeñas columnas de humo azufrado y de gas carbónico,

(1) Las primeras erupciones conocidas en los tiempos históricos.

y es tal el calor del suelo, que nadie puede sentarse allí ni siquiera permanecer en un solo lugar; es preciso moverse para evitar que se ardan las zuelas del calzado.

"Hasta una distancia de dos ó tres millas de su base la montaña que corona el volcán está cubierta de una capa de lava negra y grisosa, semejante á ríos de hierro que se hubiesen endurecido repentinamente.

"Nos entretuvimos en hacer resonar los ecos de las profundas cavernas del cerro, con nuestros gritos; arrojamos piedras dentro del cráter, cuyo sonido repercutía despertando los ecos de aquellos antros misteriosos; cocimos huevos en una grieta; tomamos vino allí mismo á la salud de nuestras distantes y apartadas patrias; pasamos dos horas recorriendo la cumbre del Vesubio, y soltando encima del cráter papeles que al momento se incendiaban; aplicamos el oído al suelo para oír dentro un ruido subterráneo como el que produjera una fragua inmensa....

"Al fin el guía nos hizo presente que era hora de partir.... Pero antes de alejarme volví la mirada sobre el paisaje que de allí se descubría: por un lado se veía la cadena de los Apeninos, en todo su esplendor, y más lejos las montañas de Calabria; más cerca, al lado opuesto, el golfo de Nápoles con sus islas, que se bañaban dentro de un mar color de esmeralda, y la ciudad con sus innumerables torres, campanarios, terrados y jardines.... Con pesar dije un último adiós á todo aquello, y empecé á bajar, ó más bien á rodar cerro abajo.

"Cinco minutos después llegamos á la choza del ermitaño; allí inscribimos nuestros nombres, en un libro que tiene para el caso; montamos en los asnos, y poco después nos encontramos en Resina, cuyas dos cúpulas de loza, en forma de mosaico, son muy curiosas.

"En la casa del guía nos lavamos y acepillamos, p[illegible] que el humo de las antorchas y la ceniza del volcán [illegible]bía ennegrecido nuestras personas y vestidos; vimos

colección de piedras y lavas que tiene Salvador muy bien arreglada, y en seguida nos pusimos nuevamente en marcha dentro de la carroza que habíamos dejado allí algunas horas antes.

"Pasamos por delante de la *Favorita*, Palacio Real; orillamos la Torre del Greco y la Annunciata, dos pequeñas ciudades situadas en un lugar tan peligroso que varias veces han sido destruídas por las lavas y cenizas del Vesubio, pero otras tantas veces han sido reedificadas y habitadas. La delicia de su clima, la feracidad asombrosa de la tierra y la belleza de aquellos sitios, todo esto es superior al terror que puede inspirar el vecino volcán.

"Las erupciones volcánicas llevan consigo sales que fecundan la tierra, de manera que para que se produzcan las frutas más exquisitas de Italia basta tomarlas de los árboles, sin necesidad de trabajar gran cosa la tierra ni podar los árboles.

"Continuamos nuestro camino por enmedio de algodonales, viñedos y huertos repletos de árboles frutales casi hasta la extremidad del golfo. Noté que en todo aquel país tienen pozos al estilo de Egipto, y que parecen vivir también patriarcalmente.

"A las once llegamos á Castellamare, ciudad edificada en la extremidad del golfo de Nápoles, cerca de Sorrento, en las orillas del mar y sobre las ruinas de Estabia. Es Obispado importante, cuenta unos veinte mil habitantes y posee astillero y fábricas de tejidos de algodón, hilo y sedas. El aire que allí se respira es tan puro y fragante, que me dijeron que en toda estación se goza de un clima primaveral. Las personas acomodadas de Nápoles se gozan en ir á pasar allí la época de los fuertes calores.

"Después de almorzar en Castellamare nos pusimos nuevamente en marcha con dirección á Pompeya. (1)

(1) Esta ciudad fué fundada por los fenicios, los cuales se amalgamaron naturalmente con los naturales del país; después cayó en manos de los etruscos, y fué sometida por otra invación. Conquistáronla los ro-

" Pompeya se encuentra al S. E. del Vesubio. Antiguamente era un punto muy concurrido, pero su destrucción en el primer siglo de la Era Cristiana fué tan total, que se perdió la memoria de su existencia. Más de 1500 años después un Conde de Sarno descubrió parte de aquellas antiquísimas ruinas (1), pero en esa época nadie se ocupaba en indagar con empeño curiosidades arqueológicas, y no fué sino á mediados del siglo pasado que los gobernantes napolitanos empezaron á ocuparse de estas ruinas. Mandaron hacer excavaciones, y desde entonces cada año se ha sacado á la luz alguna cosa en aquel recinto.

" Lo primero que se nos presentó al llegar al sitio de las excavaciones de Pompeya fué el cuartel de los soldados romanos.

" El interior es cuadrado y está sostenido por columnas. A un lado se ve aún el cepo que servía para asegurar á los delicuentes y en las pilastras se pueden leer todavía las inscripciones que hacían los soldados desocupados ahora mil ochocientos años!

" Luego pasamos al teatro diurno y después al nocturno. Los romanos no usaban palcos sino graderías, las cuales se encuentran perfectamente conservadas.

" El anfiteatro, que podía contener toda la población reunida allí, se encuentra casi como en la época de su construcción. Lo único que falta á los otros edificios es el techo, pero como el anfiteatro no lo tenía, se comprende muy bien cómo era.

" El templo de Venus, el de Hércules, el de Júpiter y el Panteón están en muy buen estado: todos tienen columnas y pavimentos de mármol, así como los altares sobre los cuales se hacían los sacrificios.

---

manos después, quienes la convirtieron en Colonia militar en tiempo de Sila. Hallábase floreciente y rica cuando fué destruída por u-- erupción del Vesubio el año 63 de nuestra Era. Diez y seis años despu en el año 79, nueva erupción la sepultó definitivamente bajo las ceni- y lavas del volcán.

(1) 1592.

"Las calles están enlosadas con lava; hay fuentes en las esquinas. La elegante sencillez de las casas indica una vida civilizada y tranquila y aun feliz, lo que me hace creer que estas ciudades no fueron sepultadas en castigo de sus crímenes, como Sodoma y Gomorra.

"El Foro con su pórtico de columnas y estatuas de mármol y de bronce, está algo deteriorado. Todas las casas eran de un solo piso sin ventanas; los aposentos parecían pequeños, y todo el lujo de los pompeyanos consistía en las pinturas y mosaicos que adornaban los muros. Cada profesión indicaba por medio de pinturas cuál era su especialidad. Así, por ejemplo, en casa del farmaceuta se ven pintados los enfermos que acudían á pedir auxilio y las redomas etc, que les administraba á cada uno. El poeta trágico hacía pintar en la suya máscaras y algunos pasajes mitológicos, como la fábula de Diana y Acteon. En el templo de las Vestales vi pinturas, las cuales, por cierto, eran poco á propósito para conservarles los sentimientos puros que deberían animarlas.

"Los baños públicos, recientemente descubiertos, se hallan en buen estado. El lavadero público, obsequio, según lo reza una inscripción, de un particular á la ciudad, está todo enlosado con mármol.

"Salí por la antigua puerta de la ciudad, y de paso vimos parte de las murallas exteriores que la circundaban.

"El camino continúa aún fuera del recinto de las calles empedrado de lava. A uno y otro lado vimos monumentos funerarios de mármol blanco con sus epitafios, y las urnas que en un tiempo contuvieron las cenizas de los habitantes de aquella ciudad de cenizas.

"Fuera de la ciudad vimos muchas tiendas con sus mostradores de mármol, con canales para que rodasen s vasijas de licores que allí vendían. Sobre la entrada de una de ellas me señalaron la imagen del dios Priapo,

fabricado en ladrillo, indicio, según parece, de que en aquel lugar se vendían ornamentos de oro y plata, los cuales los romanos acostumbraban llevar pendientes del cuello.

"La casa más suntuosa en Pompeya es la de Diomedes; encuéntrase muy bien conservada, de manera que da idea perfecta de las costumbres romanas de aquella época. Esta, por excepción, cuenta tres pisos y los aposentos tienen muchos mosaicos sobre las paredes.

"En el subterráneo de la casa de Diomedes encontraron cántaros y ánforas en donde se guardaba el vino, y diez y siete esqueletos de las personas que formaban la familia. Aquellas gentes debieron de haberse asilado en el sótano cuando empezó la erupción, pero hasta allí los fué á buscar la lava que cerró todas las entradas, de manera que murieron todos sofocados.

"Sinembargo la mayor parte de los habitantes de Pompeya se salvaron, y lo prueban los pocos esqueletos que se han encontrado en el interior de las casas.

"A pesar de que aquélla fué terrible catástrofe, para las gentes de la época, para los arqueólogos modernos Pompeya es una mina de conocimientos que hoy día arroja mucha luz sobre las costumbres del primer siglo de la Era Cristiana, puesto que se han encontrado intactos los instrumentos, adornos, casas, templos etc., antes de la invasión de los bárbaros, que todo lo destruyeron.

"De allí pasámos á Herculano, especie de Versalles de los patricios romanos. La lava que cubrió esa ciudad es muy dura, así es que con dificultad se ha penetrado en el interior de la ciudad. Esta fué más importante que Pompeya, pero entre lo poco que se ha sacado á la luz existen los restos de un magnífico teatro más grande y mejor preservado aún que los de Pompeya (1).

"La tarde había llegado yá cuando, después de gratificar á los guías que nos acompañaban, nos dirigim

(1) Desde 1826 para acá los descubrimientos arqueológicos hechos Herculano han sido importantísimos.

nuevamente á Nápoles. A uno y otro lado del camino vimos quintas espléndidas que pertenecen á los nobles y á los ricos de Nápoles, las cuales tienen dos fachadas una sobre el camino y otra sobre el mar.

CAPITULO X

Varias iglesias de Nápoles.—Excursión á *Puzzoles*.—Termas de Nerón.—El lago Averno.—La Sibila de Cumes.—La Solfatara.—Caserta y su Palacio.— Una vendimia.—Bailarinas. — El Hospicio.—Regreso á Roma.—Tipos de viajeros.—Siena y sus curiosidades.—Chambery.—Las Charmettes y Rousseau.—Regreso á París.

1826.

Al describir la iglesia de Santa Clara de Nápoles dice Acosta: "Este templo, con su única y soberbia nave, el embaldosado artístico que se compone de bellísimos mosaicos de diferentes mármoles, todo me hizo más bien la impresión de un salón de baile, y no la de un recinto consagrado á Dios."

Visitó la iglesia de San Lorenzo, fundada por Carlos de Anjou; la de San Felipe Neri, la de Santo Domingo, en donde se conservan muchos recuerdos de Santo Tomás de Aquino, la de Jesús Nuevo, la Catedral, que contiene renombradísimas reliquias, entre otras la Sangre de San Jenaro, que se liquida cada año.

Estuvo una noche en la iglesia de la *Madonna dei Fiorenlini*, y oyó el sermón de la fiesta de San Miguel. Recordó que el Arcángel era el Patrono de Guaduas, su pueblo natal. No gustó del canto, porque le pareció el estilo teatral.

DIARIO.

"30 *de Septiembre*.—A las once de la mañana partimos Mr. Piers (un inglés establecido en Nápoles, á quien yo iba recomendado), y yo con dirección á Puzzoles, ciudad que se halla sobre el golfo de Nápoles, y dista de la capital unos ocho kilómetros.

"A poco de haber salido de Nápoles pasámos por enmedio de un bosque de álamos y de viñedos; vimos de paso ruinas, unos dicen que son las del templo de Serapio y otros que son las de un monumento que elevó Domiciano en honor de las Ninfas del Bosque. Este edificio debió de ser grandioso, puesto que las columnas que aún existen son casi tan gruesas como las del Panteón de Roma. Vimos todavía allí engastadas argollas de hierro adheridas al pavimento de mármol blanco cerca del templete del medio, las cuales servían para atar á las víctimas reservadas para los sacrificios. Se conservan también los baños de agua caliente que usaban los sacerdotes de ese templo, y que todavía sirven á las personas enfermas que van de Nápoles á sumergirse en esas aguas benéficas.

"Allí cerca dejamos la carroza, y montando sendos asnos que nos alquilaron, continuámos nuestro camino por la orilla del mar.

"Nos llamó la atención más lejos otras ruinas, las cuales se creen que eran de una quinta de Cicerón. Vimos también escombros de templos vastísimos, algunos de los cuales se hallan medio sumergidos por el mar que los ha invadido. Allí en tiempos remotos existió la ciudad de Baja ó Baya, población espléndida en la antigüedad, y que hoy es apenas una triste villa en donde hay más escombros que habitaciones. Más lejos encontramos un castillo nuevo y algunos edificios modernos.

"Dejando las ternas de Nerón á un lado subimos por la orilla de un lago, escalamos una colina, y descendimos hasta las riveras del lago Averno, tan famoso en la mitología.

"Esta entrada del infierno, según las creencias paganas, fué en un tiempo el cráter de un volcán, y está rodeada de fértiles colinas sembradas de viñas.

"Cerca de allí está la gruta de la Sibila de Cumas. Llevando antorchas en las manos bajámos por un subte

rráneo que mide un cuarto de milla de largo hasta que llegámos á un sitio tan pantanoso que fué preciso dejarnos cargar por los guías, quienes nos llevaron á un sitio lóbrego y húmedo. Allí era, nos explicaron, en donde estaban los baños de la Sibila. Después nos señalaron el lugar en donde tenía su lecho y aquel en donde se presentaba á dar sus oráculos.

"Virgilio describe esta gruta en el canto VI de la *Eneida* (1) cuando hace descender á su héroe á los infiernos.

"Al cabo de un rato salimos de la oscuridad y respirámos con gusto el aire libre, á pesar de que los antiguos consideraban ese aire como mortal, y decían que ni los pájaros se atrevían á volar por encima de ese sitio tenebroso. Aunque nosotros no sufrimos incomodidad ninguna, ese lugar no debe de ser muy sano, en el tiempo presente, pues los pocos habitantes que moran en las orillas del Averno viven miserablemente de las propinas de los viajeros, y están flacos, escuálidos y palidísimos. En cambio la vegetación de aquellos lugares es exuberante y bellísima, y comimos uvas deliciosas de las que fructifican entre las ruinas de un templo de Apolo, situado á la cabecera del lago.

"Montámos de nuevo en nuestros asnos, y continuámos nuestra marcha por medio de pámpanos de verdura hasta llegar á Puzzoles. Allí vimos el anfiteatro, un edificio de ladrillo bastante bien conservado, cuyas dimensiones indican que era tan vasto como el de Flavio en Roma. Aún se ven los lugares en donde encerraban las fieras y las piedras huecas en que bebían éstas.

(1) XXVII

Fácil es del Averno la bajada,
De día y noche á la región oscura
Patente está la pavorosa entrada;
Mas volver y elevarse al aura pura,
Esa es la parte trabajosa, osada....
(Traducción de la *Eneida* por Miguel Antonio Caro).

" Después subimos á la Solfatara (azufrera). Es este un antiguo volcán cuyo cráter es poco menos grande que el del Vesubio. Aquella concavidad está llena de una tierra blanquecina, en la cual se encuentran alumbre y surgideros que despiden humo, de donde extraen el azufre. Hace en aquel lugar un calor tan fuerte, que basta dejar por algún tiempo piedras al humo para que se cubran con una capa de sal amoníaco. Allí han establecido una fábrica de azufre : toman las piedras del vecino cerro, calcinánlas en hornos, las cuales se funden y producen azufre.

" Vi sepultar una moneda de cobre en la tierra, y al cabo de dos minutos estaba negra, tan fuerte es la acción interior. El suelo resuena como si estuviese hueco, así es que no se pasará probablemente mucho tiempo antes de que todo aquello se desplome y se convierta en un lago.

" En las cercanías de Puzzoles nos señalaron excavaciones en donde se han encontrado sepulcros adornados con bellos bajo relieves.

" Visitámos también la piscina ó gran depósito de agua, obra de los romanos, que la habían hecho para conservarla largo tiempo. Esta piscina está formada por dos órdenes de bóvedas construídas á cierta profundidad, con escalones para que á medida que se agota el agua vaya bajando paulatinamente. El eco resuena allí con modulación clara y armoniosa.

" Cuando regresámos al puerto de Puzzoles tomamos un bote y fuímos á visitar la *Mole di Calígula*, la cual, consta de catorce pilastras que sostienen la mitad de un puente que debió unir á Baja con Puzzoles, construcción antiquísima que ha resistido á la mano destructora del tiempo, á los frecuentes temblores, á los temporales y á los embates del mar durante diez y nueve siglos !

. . . .

" 1º *de Octubre.*—Con mucha dificultad pudimos coi seguir hoy una carroza para ir á la ciudad de Casert Como era domingo Nápoles entero estaba de huelga ;

gente no cabía en las calles, y el bullicio subió de punto, por ser día de la procesión de Nuestra Señora del Rosario, la cual alcanzamos á ver de paso.

"A la una del día llegámos á Caserta. Después de atravesar una larguísima alameda de árboles, nos encontrámos frente al suntuoso palacio que deseábamos visitar (1).

"Se halla Caserta en una explanada al pie mismo de los Apeninos. La entrada del Palacio es magnífica. Después de atravesar tres patios adornados con columnas y pilastras de mármol, llegámos al pie de la famosísima escalera, la cual, con sobrada razón, se considera como la más bella de Italia: la elegancia de su construcción; la belleza de los barandales; la perfección de las columnas que sostienen los balcones y la hermosura de los leones que la adornan, todo construído con blanquísimo mármol de Carrara, forma un conjunto realmente único en su género.

"La capilla es suntuosísima. Están sus muros cubiertos con cuadros de artistas españoles, y frescos de pintores célebres en la época en que fueron pintados.

"Los salones de recibo, en cuyas paredes se exhiben los paisajes más bellos de los alrededores de Nápoles, están colgados con telas de seda fabricada en el país.

"El teatro del Palacio sólo sirve para entretener á la familia real. Los Príncipes y Princesas representan allí comedias y operetas, ante una Corte extasiada. Decorado con lujo está el billar y demás piezas de habitación. Pero lo mejor de todo es el jardín ó los jardines. Tienen éstos vista hacia los Apeninos, y los embellece una cascada que baja de un vecino cerro, y se convierte después en manso arroyo para regar los jardines. Entre éstos hay uno nada más que de flores, otro de arbustos, destinados para que se críen faisanes y conejos, los cuales después

(1) El primer Palacio fué construído por los lombardos (siglo VI) el cual llamaron en su lengua *Casearta* (casa alta).

sueltan para que los caze el Rey. Entre los arbustos y bosquecillos del parque han cuidado de que aniden multitud de aves canoras, y han labrado estanques en que se crían peces de todas clases, los cuales pescan los miembros de la familia real. Allí también han formado grutas artificiales adornadas con estatuas y con bancos rústicos y más lejos se ven ciervos y se ocultan algunos jabalíes, los cuales en ciertas épocas el monarca sale á perseguir en són de caza seguido por sus perros y sus cortesanos."

....

" 2 *de Octubre*.—Estuve á ver la nueva Bolsa. Esta no se abrirá al público hasta el día del Santo del Rey. Se encuentra en un Palacio que se acaba de construir para reunir en un solo edificio todas las oficinas del Gobierno.

" Por la tarde estuvimos fuera de la ciudad á presenciar una *vendimia*. De paso hice detener el coche en que íbamos para visitar el Palacio de Capi de Mona, el cual aún no había visto.

" En el camino nos encontramos con la bailarina Brignoli, que iba á caballo y montaba con garbo.

" A pesar de que cuando llegamos al lugar en que se hacía la vendimia era ya casi noche, tuve el gusto de ver á la hija del propietario vestida de aldeana y rodeada de los trabajadores, enteramente al estilo teatral

" Por la noche estuve en el teatro, y vi por primera vez á las jóvenes Teresina y Fanny Esslar. Al salir del teatro mi compañero de viaje el ruso, y dos suizos, con quienes había contraído relaciones, me obligaron á ir á cenar con ellos, por última vez, en la Villa Reale; no pude volver á mi posada sino después de las doce de la noche, y á esa hora tuve que hacer mis preparativos de viaje. Apenas los había concluído cuando me avisaron que era hora de ponerme en marcha para tomar lugar en un *vetturino* que partía á las tres de la mañana para Roma.

" Entre lo mucho que vi en Nápoles, y no había apuntado antes me llamó la atención un hermosísimo Hospicio que se halla á la salida de la ciudad.

" Esta casa de beneficencia lleva en su frontispicio el siguiento letrero:

" *Regium totues regni pauperum hospitium*

" El edificio es tan inmenso que puede dar asilo á seis mil pobres, los cuales se ocupan en tejer en telares. El exterior es magnífico; tiene cuatro pisos y sesenta y cuatro grandes ventanas en cada piso. Toda persona necesitada, de cualquiera edad, y de uno y otro sexo, encuentra allí albergue separado y cómodo.

" 3 *de Octubre*—Apenas amaneció dirigí una mirada á mis compañeros de viaje; hé aquí el personal: un dependiente de una casa de comercio de Marsella, un propietario de las cercanías de Roma, un napolitano, Secretario de la Academia Pontiniana, con su sobrino y un joven inglés con su perro.

" En breve conocí que el marsellés era un ignorante, que encubría su deficiencia bajo un barniz de cultura, cultura que no falta nunca á los franceses que han tenido algún roce social. El napolitano y el romano á pocas vueltas empezaron á disputar acaloradamente acerca de los méritos de sus respectivas ciudades natales. Yo me divertía en suscitar celos de uno y otro para verlos reñir. El romano era un padre de familia de mucho mejor sentido que el otro, aunque le faltaba flexibilidad y hasta dignidad de carácter. El napolitano se exaltaba casi hasta la demencia.

" Mientras que almorzábamos en Capua, vi pasar por frente de la fonda una curiosa procesión de Nazarenos blancos con musetas de color, los cuales, me dijeron, que pertenecían á una hermandad.

" En Santa Agueda comimos con un milanés que iba

con su mujer á Nápoles, y, según colegí de su conversación, iban resueltos á no confesar jamás que el Teatro de San Carlos de Nápoles pudiera ser mejor que el de la Escala de Milán. La vanidad en los italianos está siempre alerta para defender á capa y espada á su país natal, pero no diré á capa y espada, sino á fuer de charlatanerías, de exclamaciones y entusiasmo en seco....

"4 *de Octubre.*—Almorzámos en Castiglioni; pasámos las fronteras del Reino de Nápoles, y llegámos á Terracina á las cuatro de la tarde...."

Acosta no llegó á Roma sino el día cinco de Octubre, á las once de la noche, y se desmontó á la puerta del Hotel Damón, donde se alojó. Pasó dos días más en la Ciudad Eterna, en compañía de su hermano Domingo, y el 8 emprendió su viaje de regreso á Francia.

Tomaremos unos pocos párrafos de las notas de viaje.

DIARIO.

"11 *de Octubre.*—Por más de dos horas estuvimos viendo á lo lejos la ciudad de Siena antes de llegar á ella. Está situada esta población en medio de las colinas más pintorescas que se pueden imaginar; sin embargo, si aquella posición contribuye á hacerla muy hermosa, es para sus habitantes muy incómoda; tienen que subir y bajar á cada paso por la desigualdad del terreno. Empero, Siena posee una virtud desconocida en el resto de Italia: la limpieza. Pocas ciudades he visto en Europa hasta ahora que reunan el aseo al arte y la belleza. Atraviésanla muchos puentes que comunican los barrios entre sí, y al pie de cada uno de ellos se extienden pintorescas praderas que dan un aspecto original á las calles.

"Apenas me desmonté del carruaje, cuando salí á p sear la ciudad en compañía de un amable sienés, el cu resultó muy instruído, amante y orgulloso de su país.

"La Catedral ó Duomo es un hermoso templo gótico. Su aspecto exterior tiene semejanza con el Duomo de Milán, aunque es dos veces más pequeño. Se halla en una hermosa plaza rodeada de los palacios del Arzobispo y el del Gobierno civil. El interior de la Catedral es magnífico, sorprendente, superior á la de Milán. Las columnas góticas, las estatuas, los adornos, las figuras caprichosas, los bustos, medallones, urnas etc. que la adornan; los muros forrados en mármol blanco y negro alternado, en fin, todo allí es rico, suntuoso, abundante y original.

"El púlpito de Nicolás de Pisa—el famoso arquitecto de la Edad Media—es una extraordinaria obra de arte y se necesitarían horas enteras para examinarlo con provecho y comprender lo que representan las figuras simbólicas que lo adornan.

"Los bajos relieves del bautisterio que señalan bajo el piso del templo, son bellísimos. Entre otros me llamó la atención un grupo de las tres gracias desnudas, recién hallado bajo tierra en aquel lugar. Exhiben esto en el coro de la iglesia. Aquello me chocó; parecióme que esos objetos eran por cierto impropios de un templo católico, y su lugar debería estar en un museo de artes ó una galería de escultura. Pero en Italia el amor al arte es tan grande, que nadie cae en la cuenta de algunas indelicadezas de los objetos artísticos que exhiben sin reparo hasta en las salas de recibo de los Cardenales.

"Volviendo á la Catedral de Siena, noté con admiración la multitud de mosaicos que se hallan incrustados sobre el pavimento, y que representan escenas de las Santas Escrituras.

"Las sillas del coro tienen bellísimos embutidos de distintas maderas, y en la cima de cada una de ellas hay un angelito, cada uno diferente y con distinta actitud y expresión.

"En la capilla de la familia Chigi se ve un cuadro

de mosaico ejecutado con perfección y que representa la huida á Egipto.

" A la entrada de la Catedral hay en el pavimento una gran figura humana que lleva esta inscripción : *Mercurius trimegistui, contemporanus Moisi.*

" De manera que la certidumbre de la existencia de Moisés está en parangón con la del pagano dios Mercurio ! ¡ Y esto en una ciudad en donde la población es tan devota que arranca los ladrillos de la casa en que vivió Santa Catalina de Sena, para llevarlos como reliquias ! "

ACOSTA hace después largas descripciones de otros monumentos de Siena, con lo cual termina el cuaderno y se interrumpe el Diario hasta su salida de Italia.

DIARIO.

"26 *de Octubre.*—Desde Montmelian hasta Chambery, el camino sigue por una hermosa alameda de elevados olmos, cuyas hojas amarilladas por el otoño, brillaban como oro bruñido bajo los rayos del sol, y cubrían el camino con espeso colchón de variados matices.

" Llegámos á Chambery á las once de la mañana. Las casas en esta ciudad están todas pintadas de gris y cubiertas de pizarra, lo cual la da un aspecto lúgubre. Entre todos los edificios se distingue el Teatro, que es nuevo, el Hospital, que está sobre el Boulevard, y los cuarteles de caballería é infantería. Hay también bonitos paseos, y, según me dijeron, la vida es agradable y barata."

Como no podía continuar camino el día siguiente por tropiezos que puso la Aduana de aquel lugar, resolvió ir á visitar las *Charmettes*, la casa de campo de madame de Warrens, la protectora de J. Jacobo Rousseau—autor tan de moda en América durante el fin del siglo XVIII y principio del XIX, por lo mismo que la lectura de sus obras habían sido prohibidas por el Gobierno español.

“Esta casa (la de Rousseau), leemos en el Diario, se halla al Sur de Chambery, á un cuarto de legua de la ciudad. En el frontispicio lleva una inscripción en una lápida de mármol blanco.

“El dueño actual de la casa y adyacente terreno no ha permitido que toquen las reliquias de Rousseau, que aún se conservan allí. Viven en la casa algunos aldeanos que la cuidan y la muestran por una propina. Además, presentan un libro á los que la visitan para que apunten sus nombres.

“En la sala de la casa vi el retrato del filósofo; en su gabinete su silla poltrona y algunas pinturas que le pertenecían. Del cuarto que le servía de alcoba se puede bajar directamente al jardín por tres escalones de piedra. Desde el jardín se ven las ventanas del aposénto de madame de Warrens en el segundo piso, las cuales Juan Jacobo expiaba desde la madrugada, cuando cogía flores en el jardín, y apenas las veía abrirse volaba á ofrecerlas á la *cara mamá*.

“Desde las ventanas de las *Charmettes* se goza de una vista soberbia sobre los Alpes. A lo lejos se perciben las crestas nevadas de las montañas, y más cerca las rocas desnudas y escarpadas de un cerro cuyas faldas desplegaban una vegetación pintoresca, á pesar de que los bosques de álamos y de otros árboles están hoy marchitos con los vientos de otoño. En verano el paisaje debe ser muy hermoso.

“Al volver á la ciudad tuve la pena de ver anunciada en los periódicos la muerte del gran trágico Talma, el amigo de Napoleón y el renovador del arte escénico (1).”

(1) Aunque pocas personas ignoran quién fué Francisco José Talma, no será fuera de su lugar dar alguna noticia del actor trágico más famoso de los tiempós modernos. Nació en París en 1763. Hijo de un dentista, se dedicó desde niño al estudio de declamación en el Conservatorio y á los 24 años era ya socio de la comedia francesa. A él se debe el que se representen las piezas clásicas con los vestidos de la época; antes salía César á la escena ataviado á la moda de la época en que se repre-

Acosta continuó su viaje el 28 de Octubre. Atravesó en diligencia las últimas faldas de los Alpes y salió de los territorios que entonces pertenecían al Piamonte y que desde 1859 pasaron á mano de los franceses, después de la guerra de Italia con Austria, en que tomó parte Napoleón III.

Por todo el camino iba cruzándose con diligencias, carrozas particulares y carros que llevaban gente que iba á buscar climas más propicios al Sur de Europa al ver aproximarse la estación invernal.

Pasó de largo por la ciudad de la *Tour du Pin* y por la de *Bourgoin*, pero se detuvo en la aldea de *Verpillière*, en donde oyó misa y la plática del Cura. El 29 llegó á Lyon á las tres de la tarde, y fué á alojarse al Hotel del Parque en la plaza de Terraux. Ese mismo día estuvo á ver unos curiosos autómatas, que entonces eran muy afamados.

Visitó también la ciudad, las orillas del Ródano, y muchas fábricas de sederías.

Dos días después llegaba á París.

CAPITULO XI

Vuelta á París.—Inaguración de la Bolsa.—El doctor Madrid.—Olmedo. Noticias de Colombia.—Rivalidades entre los libertadores.—Acosta contesta á un artículo publicado en el *Globe* de París.—Carta del Redactor.—Continúa sus estudios en París.—Sociedad Enciclopédica.—Villemain en el Colegio de Francia.—Sarao en casa de Arago.—Juicio sobre Daunou.—Curso de Villemain.—Reflecciones que le sugiere éste.—Concluye el año en una tertulia.

1826

DIARIO.

" 3 *de Noviembre.*—París, á pesar del fango pantanoso que cubre las calles en esta estación, tiene siempre un no

sentaba. Napoleón recibía lecciones de comportamiento de Talm.. autor le enseñaba á declamar sus discursos y á llevar con dignida vestidos de Corte que adoptó después de coronarse Emperador.

sé qué de brillante, de intelectual, de elegante, tanto entre los habitantes como en los edificios, que deslumbra y encanta, sobre todo cuando se ha dejado de ver por algún tiempo."

Al día siguiente, 4 de Noviembre, era el Santo del Rey Carlos X. ACOSTA presenció en esa ocasión la inauguración de la Bolsa de París que hacía ocho años que se había empezado á edificar.

Estaba entonces allí como agente confidencial de Colombia el señor José Fernández Madrid, á quien fué á visitar y encontró enfermo.

En casa del señor Madrid conoció al poeta ecuatoriano D. José Joaquín Olmedo, el cual se hallaba en Europa como Agente diplomático del Perú. (1)

Hacía varios meses que ACOSTA no había tenido noticias directas de su patria y de su familia. Pero al regresar á París encontró cartas, periódicos y noticias políticas, las cuales unas le fueron gratas y otras le sirvieron de tormento.

La situación de Colombia era cada día más delicada y sus negocios políticos más tirantes. Tres hombres que tanta parte habían tenido en la emancipación y guerra de la Independencia se hallaban divididos en ideas, y esta división producía un indecible malestar en toda la Gran Colombia, desde Guayaquil hasta Angostura. Bolívar había prolongado demasiado su ausencia y aquello enfrió á muchos de los que le habían amado con entusiasmo y dió margen á sus enemigos para amargar el espíritu de Santander con respecto al Libertador; entre tanto Páez se ha-

(1) "El 15 de Enero de 1825 dió un Decreto el Congreso del Perú, concediendo á Olmedo los derechos de peruano de nacimiento, y después fué nombrado Agente Diplomatico, en unión de D. Diego Paredes, en las cortes de Inglaterra, Francia, Roma y España. Con tal motivo Olmedo salió de Guayaquil con dirección á Europa en Agosto del mismo año, de donde regresó al Ecuador en 1828. *Apuntes Biográficos de D. José Joaquín Olmedo*, por Pablo Herrera. Quito 1887.

bía declarado rebelde á los mandatos del Congreso, y el país entero sufría una inquietud intensa con aquella desavenencia entre los jefes que más amaban los ejércitos.

Se aguardaba con ansia el regreso de Bolívar del Perú, el cual decían unos que todo lo remediaría, pero creían otros que al contrario acabaría por desencadenar los odios que estaban latentes en todos los espíritus, ya contra Bolívar, ya contra Santander, ya contra Páez. La rivalidad entre los libertadores de Venezuela y de Nueva Granada crecía entre tanto, y las cartas que recibió ACOSTA de sus amigos eran en extremo desconsoladoras. Sin embargo, con aquella confianza que anima á todo joven entusiasta y ardiente patriota conservaba siempre esperanzas de que al fin la República triunfaría de los enemigos de la paz y se lograría plantear un Gobierno justo, equitativo y progresista, como lo habían soñado los que generosamente derramaron su sangre para formar una patria independiente en las antiguas colonias españolas. Así procuraba siempre defender á Colombia.

"21 *de Noviembre.*—Pasé el día entero trabajando un artículo, en casa de M. Gondinet, con cuya publicación pienso destruir las imputaciones que se hacen á Colombia en el periódico *Le Globe.* También escribí al Director de las *Biografías de los Contemporáneos,* y le envié las noticias de Colombia que me había pedido."

Aquel artículo no fué admitido en *El Globo.* Hé aquí la carta del Redactor, M. J. Dubois, que escribió para rechazarlo. Naturalmente la traducimos:

"Redacción de *El Globo.*—París, 12 de Diciembre de 1826.

"*Señor* ACOSTA.

"Tengo el honor de devolver á usted la carta que usted nos envió.

"Después de reflexionar seriamente acerca de lo q

contiene, y en vista de los documentos y relaciones de viajes que hemos leído, persistimos en conservar nuestras opiniones. A pesar de nuestra imparcialidad no podemos permitir discusiones contradictorias en nuestro periódico cuando pensamos que tenemos razón. Si no hubiese más tribuna que la nuéstra creeríamos sería nuestro deber publicar contradicciones, pero con la libertad de la prensa de que gozamos, no podemos ocupar á los lectores de estas cuestiones inútiles. Sin embargo, señor, le agradecemos á usted que se hubiese tomado la pena de informarnos acerca de lo que usted cree que es la verdad. Nadie mejor que nosotros comprende los justos motivos que dictaron su carta. Nadie mejor que nosotros puede abogar por la causa de la libertad universal, pero cuando nos persuadimos de la verdad, no podemos volvernos atrás; si nos equivocamos el tiempo ú otras personas más hábiles y más instruídas que nosotros pondrán en claro nuestros errores.

"Acepte usted, señor, mis sentimientos de sincera pena por no haber podido cumplir sus deseos.

"Con la más distinguida consideración etc., etc. me suscribo de usted.

"J. F. Dubois.
Redactor en jefe. (1)."

Este rechazo no desanimó á Acosta, quien al fin consiguió que el *Temps* publicara su artículo. Estando en París la que esto escribe hizo exquisitas diligencias en las Bibliotecas para encontrar el artículo, pero en vano, cabalmente faltaba el número en que fué publicado en las colecciones que consiguió.

Entretanto Acosta se matriculó de nuevo en la Sorbona, y fué recibido, dice, con la acostumbrada cordialidad por los profesores Bertrand y Duhamel, y empezó de nuevo su vida de estudio asiduo. Además, tomaba lecciones de esgrima, de baile y asistía á las aulas de medicina que regentaba el famoso Orfila, las de Historia de M. Dau-

(1) Véase el artículo de T. Jouffroy en el *Apéndice* de esta obra.

nou etc., de manera que sin cesar estudiaba; se imponía de los progresos de la civilización en todas sus manifestaciones y bajo todos los puntos de vista.

DIARIO.

"14 *de Diciembre.*—Con M. Fraissinoud estuve en casa de M. Radiguet, en donde hemos resuelto reunirnos cinco jóvenes con el objeto de hacer experimentos químicos.

"15 *de Diciembre.*—Asistí al banquete mensual de la Sociedad Enciclopédica; me tocó asiento al lado de Lemercier (1) y otra vez cerca de Sir Sidney Smith. Con ellos hablé largo rato del viajero inglés, el Coronel Wraith.

"Por la mañana había estado en el curso de elocuencia francesa de M. Villemain (2). Esta es la vez primera que se presenta en la Sorbona después de su destitución del empleo en el Consejo de Estado, destitución ocasionada por su conducta demasiado independiente en la Academia, lo cual disgustó al Ministerio real. Hoy fué recibido por los estudiantes con coronas de flores que le arrojaron de diferentes partes del salón y con aplausos prolongados y ruidosos, Villemain conservó un aspecto enteramente sereno; no vi en su mirada ni en la expresión de su fisonomía la menor señal de emoción. Viendo que los aplausos continuaban, extendió la mano con un movimiento solemne para imponer silencio, y mientras que se tranquilizaban sus oyentes me pareció comprender que él estaba persuadido de que los aplausos eran más bien en homenaje á

(1) Sin duda el famoso poeta, uno de los iniciadores de la escuela romántica en Francia, autor de infinidad de obras de todo género y dramaturgo muy aplaudido en tiempo del primer Imperio y la Restauración borbónica.

(2) Abel Francisco, nacido en París en 1790. Entonces apenas contaba 36 años, y yá era miembro de la Academia francesa, émulo de M. Guiz en la cátedra de Historia, autor de varias obras históricas de prim orden, como una *Historia de Cronmell*, un *Elogio de Montesquieu*, un *Ensa sobre el estado de los Griegos desde la conquista musulmana* etc. Era un la nista afamado y un crítico distinguidísimo.

los principios que sostenía y manifestación de odio á los miembros del Ministerio que amor á su persona, por consiguiente no los recibió con gusto.

—"Señores, dijo, os pido que guardéis silencio, os lo suplico en calidad de profesor, y os lo exijo, si es preciso, si no queréis obligarme á que me retire. La mayor prueba que me podéis dar de vuestra estimación y de vuestra amistad, será siempre manifestándoos pacientes y callados. Entreguémonos á nuestras tranquilas tareas. En este recinto no deben oírse sino los aplausos dirigidos á la literatura, únicas emociones propias de la juventud."

"16 *de Diciembre.*—A las nueve Roche y yo tomámos un *cabriolet* para ir al Observatorio á asistir á un sarao en casa del astrónomo Arago. Este sabio nos recibió muy bien, y con su acostumbrada bondad nos presentó á su esposa, nos puso en comunicación con M. Gay-Lussac, M. Dulon, y M. Tissot y su esposa; el Capitán (inglés) Sabine, ilustre sabio viajero que ha dado la vuelta al mundo y visitado el Spitzberg; á M. Berthier y á otras personas célebres. A las once nos retirámos, después de haber conversado largo rato con el Barón de Humboldt.

"18 *de Diciembre.*—Después de comer fuí á las orillas del Sena á comprar libros. Allí encontré á M. Daunou á pie, enlodado y confundido entre la multitud. Así, pues, este hombre honorable y elocuente que se eleva á las consideraciones más altas del orden social, que juzga desde su cátedra por la mañana á los Romanos, á los Emperadores y á los Monarcas del mundo con la más justa imparcialidad, desciende luégo á las más tristes realidades de la vida pobre! Sin embargo, yo veo en este hecho una consecuencia natural de la noble independencia de su carácter que ha conservado siempre, al través de las revoluciones, y ha preferido su dignidad personal á las doradas carrosas del fastuoso cortesano.

"Los juicios de M. Daunou acerca de los hombres

que ya no existen, y sobre los acontecimientos de los tiempos pasados que nos han sido transmitidos con ropaje fabuloso, la facultad que tiene para explicar y discernir los hechos inciertos que refieren las historias, todo esto demuestra que á más de crítico y erudito, es un filósofo. Él, más que nadie, ha sabido explicar lo que parecía imposible de comprender y coordinar con tanto acierto, que sus opiniones serán adoptadas indudablemente por la posteridad, porque están marcadas con el sello de la verdad. Se comprende que sus juicios son el fruto de estudios profundos y metódicos y que sus extensas investigaciones han sido inspiradas por un ánimo generoso, y ardiente deseo de sacar en limpio toda la verdad. Si á esto se añade que M. Daunou posee el más exquisito arte de discernir, el tacto más fino y delicado para desentrañar lo cierto de lo probable, á lo cual se une un estilo elegante y el lenguaje más puro, más enérgico, pero sazonado con tal cual rasgo sardónico que á veces llega hasta la severidad, sin perder, por esto, la dignidad del Juez, se comprenderá, sin que por eso se alcance á tener una débil idea de lo que son sus lecciones; lecciones en que parece como si la Historia se personificase en aquél anciano, y que por su boca emitiera sus juicios inmutables.

" 19 *de Diciembre.*—Asistí al curso de M. Villemain. Trató de la literatura inglesa; y la pintura que hizo fué tan viva y animada, que me impresionó, particularmente, el carácter de Milton, el cual me sugirió hondas reflexiones. Todos nacemos con más ó menos aptitudes para aprender, pero no siempre basta el deseo ardiente de elevarse con el espíritu para llegar á ser un grande hombre, y para esto la instrucción no es todo; el genio no se educa, se nace con él. Yo, por ejemplo, había sentido desde mi infancia una sed insaciable de saber, un deseo ardientísimo de indagarlo todo; pero esta facultad, en lugar de progresar en mí, siento como si con la edad mi energía se fuera debilitando, y á veces llego á perder la fe en mí mismo....

CAPITULO XII

Juan Bautista Say.—Augusto Comte.—Sociedad en casa de Lafayette.—Interesante conversación con el Barón de Humboldt.—Funerales del Duque de Larochefoucault.—Talleyrand.—Una revista de la Guardia Nacional.—Situación de Francia.—Klaproth.—Botta.—Andreossi.—Redouté.—Muerte de Pedro Acebedo.—Dolor de ACOSTA.

1827.

DIARIO.

"20 *de Febrero*.—A las nueve de la noche me presenté con Ruiz y Valdés en casa de Madame Chaviteau. Se había reunido allí una numerosa y escogida concurrencia. En Francia sólo se bailan cuadrillas, y rara vez valse redondo. Durante el sarao sirvieron á cada rato helados, aguas frescas, merengues y bizcochuelos, pero no hubo cena.

"20 *de Marzo*.—Con David d'Angers (1), que nos había dado cita á Roche y á mí en el Palacio Real, nos presentámos en el recibo del General Lafayette. Allí estreché con placer la mano de este hombre respetable que no me canso de considerar como uno de los más notables del siglo. Encontré y hablé con el Barón de Humboldt, con Madrid, con las hijas de Destutt de Tracy, y con otras personas conocidas. Conocí á Juan Bautista Say—el célebre economista (2)—á Fenimore Cooper, el novelista americano (3); á Augusto Comte (4), con quienes hablé, además vi á Benjamín Constant (5) y á otros

(1) De este famoso escultor se habla en el Capítulo XII de este libro.

(2) Juan Bautista Say nació en 1767. Tomó parte con Mirabeau en la aurora de la Revolución francesa; sirvió después como voluntario en los ejércitos franceses. De 1794 para adelante se dedicó al estudio de la Economía Política, y fué el fundador de esta ciencia en Francia. Murió en 1832.

(3) El Walter Scott americano. Había nacido en New Jersey, en 1789. Desde muy joven empezó á escribir las novelas que todos conocen. De 1826 á 1832 vivió en Europa, y ya era famoso entonces. Murió en 1851.

(4) El creador de la *Filosofía positiva*, el maestro de Littré.

(5) Véase el Capítulo X de este libro.

personajes contemporáneos, cuyos nombres guardará la Historia.

"Yo siempre me complazco en aquella sociedad, tanto más cuanto que esta vez fuí particularmente bien acogido después de mi larga ausencia de aquel salón hospitalario; pero me sentía humillado al ver mi insignificancia al lado de tántas notabilidades, aunque orgulloso á pesar de mi humildad, con alternar de igual á igual con hombres que han trabajado tánto para crearse un nombre que no perecerá jamás.

"24 *de Marzo.*—Esta tarde nos dirigímos Roche y yo al restaurante de Chartres, en el Palacio Real, en el cual deberíamos encontrar al Barón de Humboldt, quien nos había convidado á comer. El llegó con un joven naturalista, compatriota suyo, y nos sentámos los cuatro á la mesa.

"Durante la comida, nuestro anfitrión nos habló de Nariño, y nos refirió cómo su vida romanesca y sus aventuras extraordinarias lo habían hecho interesante y había llamado la atención en París, cuando se presentó allí por primera vez.

"Entonces, decía Humboldt, se manifestaba adusto á la forma federal para las Repúblicas americanas. "Yo siempre correspondí con él, añadió, y lo último que me envió—su defensa ante el Congreso—versaba, en su mayor parte, sobre asuntos de dinero, y confieso que no me gustó."

"El Barón se rió después, y dijo que todos los escritos de Nariño estaban llenos de griegos y romanos.

"La conversación rodó después acerca de los últimos acontecimientos políticos en América, y sobre todo en Colombia. Dijo que hubiera deseado que la prensa francesa atacara la Constitución de Bolivia, la cual le parecía muy retrógrada. Dijo que él no temía la monarquía en nuestras Repúblicas americanas, pero sí pensaba podría ser funesto para las instituciones liberales el

potismo militar de un solo hombre. Creía que la idea de la República estaba muy arraigada en toda la América española, y la prueba era que ya en México nadie se acordaba de Itúrbide (1).

"Parecíale á Humboldt que el convenio hecho por Bolívar con Páez era humillante y desairaba al Gobierno colombiano. Juzgaba que la conducta de Bolívar en los últimos años era ilegal, inconstitucional, y que tenía algo de la de Napoleón en los días de Fructidor y Brumario. Me ofreció señalar una carta que le había escrito Galatín de Inglaterra, en muy buen sentido. Parece que piensa como M. de Humboldt, que por lo mismo que la América, y no sólo la América sino la humanidad entera, tiene que reconocerse deudora al Libertador de un gran beneficio, el desvío de las sendas de la libertad en él, es mucho más doloroso que cualquier otro. Sin embargo, añadía, que era muy difícil que un hombre que por más de once años gobernó sin contradicción y rodeado de aduladores, pudiese dejar de ensoberbecerse y pervertirse. "La naturaleza humana, dijo, es muy frágil, y aunque Bolívar vive protestando que él solo sabe hacer la guerra, pretende sin embargo, fabricar constituciones. ¿ Esto qué prueba ? " Me aseguró que él había escrito al Libertador hablándole francamente de todo aquello.

"El Barón dice que se ha apoderado de todos en América la mezquina convicción de que no se puede censurar la conducta de los Jefes sin que aquello parezca que se aboga por la causa de España. Esto le parece ridículo, porque tiene la convicción de que la dominación de España en América, pertenece al pasado y no puede volver. Me dijo que sabía con certeza que el Gabinete de Berlín estaba dispuesto á hacer tratados diplomáticos con Colombia (2).

(1) Hacía apenas tres años que el postizo Emperador Itúrbide había sido derrocado y fusilado.

(2) Sin embargo, se pasaron 25 años antes de que Prusia acreditase el primer Encargado de Negocios en Nueva Granada. Este fué el señor Francisco Hugo Hesse que llegó á Bogotá en 1852.

"Hablando de una Sociedad científica fundada recientemente en México y que han llamado *Instituto*, dijo que se debería huír siempre del espíritu de imitación para evitar el ridículo de llevar un nombre sonoro cuando se es humilde y pobre; que nada sentaba menos á un hombre endeble y flaco, como el llamarse Héctor ó Aquiles....

"En fin, aquella conversación familiar, profunda, interesantísima, fué para mí de grandes enseñanzas.

"26 *de Marzo.*—Dos caballeros del Loira Inferior (antes Provincia de Berry) vinieron hoy á buscarme de parte del Obispo de Blois para pedirme informes acerca de los medios de entablar comunicaciones comerciales con Colombia, con respecto de *piedras de chispa* que produce su departamento (1).

"30 *de Marzo.*—Por la mañana á las nueve estuve en la iglesia de la Magdalena con el objeto de asistir al entierro del Duque de Larochefoucault de Liancourt. Las armas del difunto colocadas sobre una cortina negra en la fachada de la iglesia, tenían este lema:

"*C'est mon plaisir.*"

"El túmulo se levantaba en medio de paños lúgubres que hacían contraste con lo que le rodeaba, pues eran tantas las ceras, que producían un foco brillantísimo de luz. El templo todo estaba tendido de lienzos negros y plateados, con una magnificencia y un lujo dignos del hombre virtuoso que honraban (2).

(1) Como entonces no habían inventado los fósforos, las *piedras de chispa* ó pedernal tenían gran consumo en el mundo.

(2) Larochefoucault había nacido en 1747. Desde su primera juventud había abandonado el brillo de las cortes para dedicarse á mejorar la suerte de los agricultores de su Provincia. Después de la Revolución volvió á Francia, y trabajó para propagar la vacuna. El resto d vida fué consagrada á obras de beneficencia y á fundar hospit asilos y cajas de ahorros, para proteger al pueblo. Había escrito va obras utilísimas; era miembro de la Academia, pero nunca quiso to parte en el Gobierno, cuyos actos, con frecuencia desaprobaba.

"Vi gran número de personajes de la alta aristocracia, los cuales fueron tomando el lugar que les señalaban. De repente, algunas personas que estaban á mi lado, pronunciaron el nombre de Talleyrand, y señalaron á un caballero anciano (ha cumplido 74 años) pequeño de cuerpo, grueso, vestido con una levita azul vieja y con una enorme peluca blanca; iba cojeando y apoyado sobre el brazo de un lacayo. Este era, pues, el hombre tan famoso por su versatilidad política, su escasa moralidad, y su gran talento, que venía á rendir homenaje á otro hombre, menos conocido en el mundo, pero que en Francia se hizo popular en todas las clases de la sociedad por sus nobles sentimientos, sus beneficios á la humanidad, de manera que jamás hizo derramar otras lágrimas que no fueran de gratitud. Me pareció como si la muerte reclamase ya á Talleyrand, y no le pronostico un año de vida, según su apariencia deteriorada (1).

"Me retiré antes de que concluyesen los funerales.

"29 *de Abril.*—A las once de la mañana nos dirigímos al Campo de Marte (6 de Marzo), á presenciar la revista de las trece legiones de la Guardia nacional de París, mandada por el General Oudinot. La llanura presentaba un aspecto realmente magnífico. En contorno se veían tendidos en dos filas los soldados con sus bellos uniformes; y como el intervalo interior estaba vacío, se distinguía el brillo de sus armas, á pesar de que quedámos muy lejos. Entre las dos filas pasaban y repasaban los Edecanes y Oficiales de ordenanza. Una salva anunció á la una en punto que el Rey salía de las Tullerías

(1) Esos pronósticos resultaron fallidos. Este hombre político, que había apoyado todos los Gobiernos que se sucedieron en Francia desde la época de los primeros albores de la Revolución francesa hasta la segunda Restauración, aún vivió para inclinarse delante de Luis Felipe y servirle como Embajador en Londres. No murió sino en 1838, á los 84 años de edad, después de haber abjurado solemnemente todos sus errores y hecho su sumisión á la Santa Sede, merced á los esfuerzos de Monseñor Dupanloup, con quien le ligaba íntima amistad hacía algunos años.

y pocos momentos después llegó al Campo de Marzo, á caballo, rodeado de Generales, y llevando á uno y otro lado al Delfín y al Duque de Orleans (1). Recorrió la larga fila de soldados seguido por las Princesas en carroza descubierta. Luégo se detuvo frente al sitio en que estaba la Escuela Militar, y empezaron á desfilar delante de Carlos X las trece legiones de la Guardia nacional, ó sea 20,000 hombres.

" Había más de 200,000 espectadores, y algunos se habían subido á los árboles para ver mejor.

" A medida que las legiones pasaban frente al Rey, gritaban, pero no alcanzábamos á distinguir lo que decían....

" El día era apacible, y uno de los más bellos de la primavera.

" 1º *de Mayo*.—Hoy se ha notado bastante agitación en la ciudad, y se dice que el Rey ha firmado la disolución de la Guardia nacional."

Efectivamente, Francia atravesaba una crisis muy grave. Durante la revista que Acosta presenció de lejos, la Guardia nacional se manifestó descontenta con los últimos actos del Ministerio, presidido por el Conde de Villele, el cual, dominado por entero por el partido reaccionario, se había hecho particularmente impopular. Para probar al Rey su disgusto, cada vez que gritaban ¡ Viva el Rey ! añadían ¡ Abajo los Ministros ! y ! Viva la Constitución !

Indignado el Presidente del Consejo de Ministros con esas señales de descontento, obligó al Rey á que firmase un decreto disolviendo la Guardia nacional, paso inconsiderado y gravísimo, que pudo haber causado la guerra civil. Pero aún no había llegado la hora de la caída de Borbones en Francia, así fué que se logró por el mom to calmar los espíritus; pero el veneno del descontei

(1) El futuro Luis Felipe.

continuó labrando hasta que la mala voluntad contra el Rey derrocó el trono de Carlos X, tres años después.

DIARIO.

"24 *de Mayo.*—Estuve hoy á dar la enhorabuena al General Lafayette por su nombramiento en la Cámara de Diputados."

Según vemos en el Diario, que no nos atrevemos á copiar íntegro, por no alargarnos demasiado, ACOSTA cada vez que se le presentaba la ocasión, visitaba fábricas, talleres, casas de beneficencia etc., con la mira de aprender algo útil, y poder llevar á su patria todo el caudal de conocimientos que fuera posible.

Con el objeto de poder comprender mejor la fabricación de la porcelana antes de visitar la famosa fábrica de Sevres, tomó lecciones preparatorias. Visitó después prolijamente aquel establecimiento, y notó cuáles eran los procedimientos que se empleaban allí para fabricar porcelana dura, tierna, con esmaltes, sobre cobre etc.

Le citaron una noche á una reunión privada en el local de la *Sociedad de Geografía* (Sociedad que hacía muy poco que se había fundado, y de la cual ACOSTA fué miembro muchos años) para que diera su opinión acerca de las instrucciones que se deberían dar á dos viajeros que partían para las Américas y deseaban visitar la República de Colombia.

En aquella época trató á M. Villemain en casa de Tracy, y en la de Humboldt al célebre orientalista Enrique Klaproth, el cual fué tan protegido por el Gobierno prusiano por instancias de los hermanos Humboldt (1).

(1) Klaproth era hijo de un célebre químico de Berlín. Nació allí en 1783. Su precosidad fué extraordinaria, de manera que en breve aprendió todos los idiomas orientales, y pasó su vida estudiando la civilización asiática y viajando por la China y la India. El Gobierno prusiano le señaló un sueldo crecido para que se pudiese entregar á sus estudios y publicase sus obras, que son muy numerosas y aun dan la ley en muchas cuestiones de lexicología oriental etc., así como de Historia china. Hacía algunos años que se había radicado en París, cuandc murió en 1835.

El sabio Jomard lo presentó al historiador italiano C. J. Guillermo Botta (1) y al Conde de Andreossi (2). En el salón del conocido pintor de rosas el belga José Redouté (3), trató á la viuda é hijas del poeta y literato francés J. A. Esménard, con quienes entabló relaciones de amistad, y las visitaba (4).

Estuvo un día en Montmorency, y visitó el *Hermitage* de J. J. Rousseau. Allí le señalaron el rosal blanco que había plantado el filósofo, y una piedra en que se sentaba en el jardín, así como muchos recuerdos del músico Gretry, que habitó después la misma quinta.

Pero todo no era contento y satisfacciones intelectuales en su vida: ACOSTA solía recibir noticias de la patria, que le hacían derramar amarguísimas lágrimas, cuyas señales guardan, aún, las páginas de su diario.

" 2 *de Julio.*—Recibí hoy, dice, la triste noticia de la muerte de mi querido Pedro Acebedo.... La pérdida de este buen amigo y compañero de mi vida con quien he pasado momentos tan agradables, á quien amé con todo mi corazón, me aflige hasta el fondo del alma.... Ninguna despedida me enterneció tánto como el *¡ Adiós !* que me dijo Acebedo en la noche del 10 de Octubre de 1825, la

(1) Piamontes. Nació en 1766, fué médico, político y profesor de Historia. Escribió una de los Estados Unidos, otra de Italia etc. Murió en 1837.

(2) Antonio Francisco Andreossi, era uno de los Generales de Napoleón, que siempre se le conservó fiel. Fué Embajador en Londres, Viena y Constantinopla. Era miembro de la Academia de Ciencias, y publicó varias obras. Murió en 1828.

(3) Era este pintor natural de Lieja, en donde había nacido en 1859 y era hijo y hermano de artistas afamados. En un principio pintaba cuadros de Santos, pero después se dedicó nada más que á pintar flores. Desde 1784 vivió en París, y pintó para Luis XVI varios cuadros famosos. En 1805 le pidió la Emperatriz Josefina que pintara su colección de plantas de la Malmaison. Fué profesor de iconografía en el Jardín de plantas, y publicó preciosas colecciones botánicas. Murió en 1840.

(4) Poeta clásico de la escuela de Delille. Tuvo José Alfonso Esmenard su hora de popularidad entre los legitimistas. Escribió varios poemas y piezas dramáticas que hoy ya no se leen. Estuvo de Cónsul las Antillas, y murió desterrado en Fondi, de una caída, en 1811.

víspera de salir yo de Bogotá. ¿ Sería que un presentimiento fatal me anunciaba que esta sería la última vez que me sería permitido verle ?.... El dolor me agobia. ¡ Adiós Perucho, adiós! Pero te lo juro, sí, te lo juro, la muerte será impotente para hacer que tus amigos te olviden jamás (1)."

Así sucedió. ACOSTA guardó siempre la tierna memoria de su amigo, y la amistad que le legó después (hasta que la muerte le separó) al General José Acebedo, hermano menor de Pedro, fué el eco de la que perdió en la tumba del hijo mayor del Tribuno Acebedo.

CAPÍTULO XIII

Días de veraneo.—Viaje en diligencia.—Una sirvienta suicida.—La representación de Hamlet.

1287.

Los calores del estío se hicieron tan insoportables en París hacia el mes de Agosto de aquel año, que ACOSTA resolvió salir de la capital, y pasar algunas semanas en una aldea á poca distancia de París, llamada Lancy. Allí

(1) Era Pedro Acebedo un joven de gran porvenir para la patria y uno de los Redactores de *La Miscelánea*, de Bogotá (1825), junto con D. Alejandro Vélez, D. José Angel Lastra, D. Juan de Dios Aranzazu y el doctor Rufino Cuervo. En la *Vida* de este último, escrita por sus hijos, encontramos las siguientes líneas que se refieren á Pedro Acebedo:

« Todos (los Redactores de *La Miscelánea)* se contaron entre los campeones denodados del orden y del derecho. Acebedo mismo, muerto antes de cumplir veintiocho años (31 de Marzo de 1827), fué nombrado, sin que á nadie causara extrañeza, miembro de la Academia Nacional, entre los hombres más eminentes de Colombia. Lo sorprendente es que habiendo entrado casi niño en la carrera de las armas, pasado los días de la dominación de Morillo oculto con su padre en las montañas de los Andaquíes, y consagrado luégo tanto tiempo al servicio público, primero en el Estado Mayor de Cundinamarca y después en la Secretaría de Guerra, lo sorprendente, decimos, es que hubiera hallado tiempo de adquirir tan buenos conocimientos científicos y literarios. A él se debe la primera geografía de Colombia."—Tomo 1.º, página 55.

alquiló un alojamiento en una alquería fuéra de la población, y en sitio pintoresco.

ACOSTA pasaba parte del día entregado al estudio y á la lectura, y sólo á mañana y tarde salía á pasear por el campo, á orillas del vecino río, y se entretenía conversando con los aldeanos, estudiando las costumbres de los jornaleros, y observando la agricultura, las diferentes siembras y la manera de cultivar la tierra, y los procedimientos que empleaban para abonarla, todo lo cual apuntaba cuidadosamente para que no se le olvidase.

DIARIO.

" *Julio.*—La aldea se compone apenas de una docena de casas de paja rodeadas de árboles frutales. La población no cuenta más de cincuenta personas, todos son pobres jornaleros que viven de su trabajo, el cual encuentran en las haciendas de los alrededores; tanto hombres como mujeres todos trabajan en el campo, y no vuelven á sus casas sino por la noche.

" Como á legua y media de mi posada se encuentra el canal de la Brienne. Estuve á verlo. Las riberas de este utilísimo canal, que pone en comunicación el río Sena con el Loira, están circundadas de árboles. Sully empezó á abrirlo en el siglo XVI; pero en la obra formal de canalización se han gastado cien años y seis millones. Su cauce recorre la base de las colinas del Gatincau, famoso terreno para crías de ganados. Sobre la cumbre de uno de aquellos cerritos se ve un antiguo castillo feudal, que hoy es fábrica de papel.

" 5 *de Julio.*—Hoy domingo tomé un *cabriolet*, y con la casera, me dirigí á Montargis á oír misa, pues aquí no hay culto, pero no alcanzamos. Sin embargo, entré á la iglesia: es de estilo gólico, y recorrí la ciudad, que r pareció interesante, pero hoy tiene una población q escasamante llega á seis mil habitantes. Se ven las r

nas de un antiguo castillo; atraviesa la ciudad un riachuelo, el Loing, que se pasa por estrechos puentes.

"Al regresar de Montargis pasámos por delante de las quintas y jardines del Conde Potier y del Conde Cornec, ambas suntuosas y encantadoras con sus frescos sombríos y alamedas de hermosos y corpulentos árboles.

"Los aldeanos de Lancy se mantienen con sólo pan de cebada, muy negro y sin aliño, y frutas frescas en verano y conservadas y secas en invierno, y sin embargo, son robustos, fuertes y animosos para el trabajo, mucho más que nuestros jornaleros que se alimentan abundantemente con maíz y carne!"

Después de hacer prolija descripción de varias fábricas que visitó en los contornos, de la manera de trabajarlas y de los jornales que ganaban los operarios, añade:

"Vimos algunas jóvenes trabajadoras, cuyo aire de modestia y hasta de humildad me llamó la atención. Todas estaban uniformemente vestidas, y nos dijeron que eran huérfanas de las vecinas aldeas que recogían los empresarios de las fábricas, les enseñaban nociones de Religión, de moral, á leer, escribir, coser y las hacían trabajar hasta los veintidós años, á esa edad recibían una dote de ciento cincuenta francos en dinero, además de un regalo en especies, y las casaban con algún honrado vecino. Así, pues, en estos países civilizados é industriosos los propietarios unen el interés propío á la caridad para proteger á los huérfanos; en estas sociedades previsoras los hombres trabajan con empeño para que ninguna criatura sea abandonada, pero al mismo tiempo le sacan toda la utilidad posible á su trabajo."

Pocos días después de haberse establecido en Lancy Acosta vió llegar á su lado á su inseparable compañero Vicente Roche, y juntos pasaron el resto de las vacaciones.

Antes de regresar á París quisieron ir á visitar la ciudad de Orleans, de la cual hace una corta descripción.

DIARIO.

" 4 *de Septiembre.*—Salimos hoy de Orleans con dirección á París. Yo había escogido asiento en el imperial de la diligencia, es decir, sobre el techo del carruaje, que está á cuatro varas del suelo, y es lo mismo que viajar sobre una torre. De esta manera los balcones y ventanas del primer piso de las casas quedaban á nuestro nivel.

" Luego que hubimos salido de Orleans descubrimos todo el campo á una gran distancia. Como veíamos los jardines y los parques por encima de las paredes, gozábamos mucho al sorprender escenas íntimas en el interior de los hogares de las casas y cercados de los que vivían en las orillas del camino.

" La diligencia iba tirada por cinco caballos, los cuales caminaban á razón de tres leguas por hora (1) y si no hubiera sido por el viento frío y desagradable que soplaba del Norte con violencia, hubiéramos gozado mucho con un espectáculo tan original. Atravesámos muchas aldeas situadas en un terreno llano, y por medio de anchos campos en donde los aldeanos cegaban el trigo, á más de rato en rato, encontrábamos torres telegráficas que se hacían señas unas á otras (2).

" A las doce del día llegámos á Etampes, ciudad bastante considerable. Allí almorzámos en la mesa redonda de un hotel y nos divirtió mucho la conversación y tono jactancioso de uno de los comensales de la mesa, Capitán general de la isla de Ré (3), el cual se consideraba el hombre más feliz de la tierra, porque no tenía en su *ínsula barataria* empleado que le fuese superior.

(1) Ahora en ferrocarril se viaja á razón de doce leguas por hora.

(2) Como en esa época no se había descubierto todavía el *telégr. eléctrico* las comunicaciones se hacían por medio de señales convencionales.

(3) Pequeña isla francesa frente á la ciudad de la Rochela.

" Una vez que pasámos por Etampes, el aspecto del país cambia, y á poco se empieza á notar la animación precursora de una gran ciudad, pues París estaba yá á pocas leguas de distancia. En todas direcciones veíanse palacios y espléndidas casas de campo. Una de aquéllas pertenece al actual Duque de Abrantes, hijo del General Junot, y otra al Duque de Bassano, Hugo B. Maret. Estos hombres que brillaron en el gran teatro de la Revolución francesa y durante las glorias militares del Imperio, viven hoy, después de tánta agitación, retirados, pero saboreando los placeres de una vida privada rodeada de todas las comodidades que proporciona la civilización. Y por cierto sería difícil escoger retiros más bellos y más tranquilos después de principios más activos y ruidosos !

" Contemplando aquellas mansiones pintorescas atravesámos el fresco valle de Arpajón, y después de pasar por los pueblos de Longpurmiaux, Bourg, La Reina y Sceaux, este último lugar afamado por los bailes de los domingos que frecuentan los estudiantes de París, llegámos por último á Mont-Rouge, en donde se encuentra el Colegio de los Jesuítas, el primero que esta Orden ha establecido después del renacimiento de la Compañía."

A las seis de la tarde los viajeros llegaron á la casa en que tenían su alojamiento. Notaron al entrar á éste que la criada que los cuidaba y servía parecía triste y abatida, pero no hicieron alto en ello. Era una mujer de edad que sufría mucho con un hijo calavera que tenía, y la daba muchos desvelos y disgustos, y con frecuencia la veían preocupada ¡ cuál no sería, sin embargo, la sorpresa de los dos jóvenes cuando al día siguiente se les presentó la portera de la casa y les anunció que la mísera criada se había suicidado durante la noche, sin que pu-

descuidado, pero yá se lo he pedido por dos cartas, para llevarlo yo mismo á la imprenta, y aparecerá antes de dos días (1). No pienso limitarme á esto, porque estando para formarse una nueva *Revista Americana*, y teniendo relaciones con algunos de los empresarios, me ocupo en traducir los documentos de su justificación que sean más importantes para insertarlos, pues los periódicos cotidianos no acogerían un artículo tan largo.

. . . .

"Voy ahora á decirle algo sobre esta historia tan esperada. Me ha parecido que las fuerzas de Restrepo no son proporcionadas á la empresa de escribir una historia. El estilo es frío y descarnado. Creo que el historiador no debe alterar los hechos, y en esto consiste la imparcialidad, pero no creo que deba despojarse de los sentimientos patrióticos, y quiero que una noble indignación lo domine al trazar los males de su país; quiero que haga pasar sus emociones al alma de sus lectores; pero desdichadamente el estilo de nuestro historiógrafo de todo tiene menos de dramático. Sin embargo, estoy lejos de negar la utilidad de la obra, pero insisto en que no le conviene otro título sino el de *Relación documentada de los principales acontecimientos de la Revolución de Nueva Granada y Venezuela*.

"Se encuentran allí también algunas inexactitudes y omisiones, y si usted quiere convencerse del partido que otro cualquiera hubiera sacado de esta materia, lea la relación del movimiento de Quito en 1809 en el *Arte de verificar las fechas* (2) el cual sin ser otra cosa sino un resumen cronológico, da una idea más exacta (de lo suce-

(1) Véase el artículo de ACOSTA en lo Biografía de D. José Fernández Madrid, por Carlos Martínez Silva, página 159. Bogotá, 1889.

(2) Se refiere al libro francés *L'art di verifier les dates; depuis l'année 1770 jusqu'a nos jours*." Tome 12. Republique de Colombie.

(Este volumen fué compuesto por M. Wardin, revisado por el qués de Fortia. Existe en mi poder un ejemplar con dedicatoria de tor á ACOSTA).

dido que el mismo fragmento en Restrepo. En cuanto al Atlas, mis temores se han realizado; allí han combinado á su modo las viejas con las nuevas cartas, de donde ha resultado un todo monstruoso. Qué dirán, por ejemplo, los habitantes de Mérida al encontrarse á ocho leguas del lago de Maracaibo? No les queda otro partido sino creer que la laguna se les ha acercado, ó que el Ministro se ha engañado... Temo mucho que se inclinen á este último partido.

«Sería muy largo hacer la enumeración de todos los errores. Pienso escribir mis observaciones para enviarlas á Colombia, no sea que crean que efectivamente este mapa de la República es lo mejor. Puede ser que usted encuentre acrimonia en mi crítica, pero el mal humor á que nos tienen condenados los sucesos de Colombia explica todo.»..

....

Se comprende que desde aquella época Acosta veía la necesidad absoluta de que se publicase un mapa más exacto de su patria, y que se escribiese una historia más amena de Colombia. Al cabo de años, viendo que nadie se ocupaba en ello, procuró por su parte presentar un mapa más correcto que los anteriores, y de la historia que había ideado sólo alcanzó á dar á luz el primer tomo de la época del Descubrimiento y Conquista, como lo veremos después.

DIARIO

"*24 de Octubre.*—Hoy estuve en Saint Cloud á ver las fiestas populares que se celebran allí. Empezaron á jugar las aguas no bien hube entrado al parque, cuya larga alameda ofrecía un curiosísimo y variado espectáculo con sus innumerables tiendecillas llenas de objetos vistosos, los histriones, panoramas y caballitos de palo. La cascada

con su chorro de agua que se levanta á ochenta pies de altura y se disipa en forma de nube, me pareció pintoresca y original.

"A las cinco de la tarde pasó por en medio de los jardines y alamedas la calesa descubierta del Rey. Él iba dentro, acompañado por la Delfina con su aire serio y triste (la desgraciada hija de Luis XVI no puede olvidar jamás el suplicio de sus padres y parientes); al frente vi á la Duquesa de Berry y una hermana suya (hija del Rey de Nápoles). La calesa iba precedida por algunos guardias de corps y gentiles hombres de la corte á caballo, y seguida por cuatro carrozas con los empleados, camareras, etc.

"Una vez que hubo pasado el Rey, me dirigí á la *Linterna*, monumento piramidal hecho sobre el modelo de la linterna de Demóstenes, que construyó Lisícrates en Atenas (1). Se levanta sobre una colina que domina el parque, el río Sena, y desde allí se ven las cúpulas y las torres de París.

"Estando en aquella altura, noté que se preparaba una tormenta, y apenas tuve tiempo de guarecerme bajo unos coposos árboles, cuando se descolgó un fortísimo aguacero. En medio de la lluvia vi pasar á Su Majestad Cristianísima perfectamente empapado, á pesar de que los caballos del coche iban á todo correr en busca de abrigo. Momentos después pasó el Delfín con su séquito, todos en la misma situación.

"Comí á las seis en el restaurante y volví al parque después, á ver los bailes campestres, que unos tenían lugar bajo toldos, y otros sobre el verde césped, al aire libre. No me fué posible regresar á París hasta las doce de la

(1) Tanto la Linterna como el famoso palacio de Saint Cloud, en donde tuvieron lugar tantos acontecimientos históricos, fueron arruinados durante la guerra con Alemania, y hace poco tiempo que el Gobierno francés vendió las ruinas por una bicoca.

noche; era tal la concurrencia, que hasta esa hora no pude conseguir un vehículo para volver á la ciudad."

Refiere después cómo se tuvo noticia en París (el 8 de Noviembre) del glorioso combate naval de Navarino, en el cual triunfaron las fuerzas aliadas de Rusia, Inglaterra y Francia, sobre las turcas de Ibrahim-Bajá. Esta victoria fué doblemente celebrada, porque después de terminado el combate resultó que á pesar de haber muerto en él seis mil turcos, los aliados no tuvieron que deplorar sino la pérdida de siete personas, entre muertos y heridos (1).

DIARIO

"*13 de Noviembre.*—Desde las doce del siguiente día tuvimos que ir á situarnos en la puerta del Palacio del Instituto, para tomar puesto y hacer *cola*, pues había multitud de personas que tenían particular interés en presenciar el recibimiento de M. Royer-Collard en la Academia francesa (2).

"Yo estuve aguardando que se abrieran las puertas,

(1) Esto no impidió que años después (en 1855) los franceses y los ingleses se aliaran á Turquía para combatir á Rusia y vencerla en Crimea.

(2) Considérase á Pedro Pablo Royer-Collard como uno de los hombres más importantes que ha dado Francia en los fines del siglo XVIII y principios del XIX. Había dedicado sus primeros años al estudio de cuestiones de alta política, y como filósofo perteneció á la escuela ecléctica espiritualista. Después de haber sido republicano, fué realista moderado, y durante la Restauración desempeñó importantes empleos; pero como se indispusiese con el Ministro Villèle, se retiró del Gobierno, y en las Cámaras legislativas pronunció los discursos más elocuentes que en aquella época se oyeron. Derrotado el Ministro Villèle, estuvo sosteniendo la monarquía y el orden hasta la caída de Carlos X. Aceptó sin entusiasmo el advenimiento de Luis Felipe en 1830, y contribuyó á darle respetabilidad. Escribió poco, fuera de sus famosos discursos políticos y académicos.—Murió en 1845, de 82 años de edad.

conversando con M. Mignet, el historiador, y M. Varaigne. No bien llegó la hora de entrar, cuando toda aquella multitud, compuesta casi en su totalidad de personas conocidas, se precipitó á buscar asiento.

"Los académicos fueron entrando á sus puestos uno á uno. Me señalaron los que yo no conocía, como el poeta Casimiro de la Vigne, Lally-Tollendal y otros.

"A las dos de la tarde un aplauso general anunció la entrada de M. Darú, el encargado de recibir al recipiendario. La concurrencia presentaba un aspecto risueño é imponente al mismo tiempo; muchas damas que no habían cabido en los bancos exteriores, se colocaron entre los graves académicos, y veíanse las pelucas empolvadas de los ancianos del siglo pasado al lado de los sombrerillos de moda y vestidos modernos de las señoras.

"Royer-Collard pronunció un bellísimo discursc, el cual fué interrumpido repetidas veces por los aplausos y los *bravos* de la mayor parte de los espectadores. M. Darú contestó, y también fué aplaudido. Después, Juan Luis Laya—el poeta de origen español pero que cuenta entre los literatos franceses; aquel hombre animoso que durante el Terror se atrevió á criticar sus excesos en una comedia, y estuvo á punto de perder la vida por ello—leyó algunos trozos de su tragedia *Demóstenes*. Sin embargo, aquella lectura fué recibida fríamente por el público.

"Salímos á las cuatro de la tarde, después de haber pasado dos horas muy satisfechos en ese recinto del saber y del buen gusto."

Los meses más ardientes del verano de 1828 los ocupó Acosta en un viaje de ingeniería en los alrededores de Meulan. Bajo la dirección inmediata del Coronel Puissant, hizo parte de la comisión científica que levantó el mapa de Francia por aquellos años. Tocóle estudiar Departamento de Seine y Oise.

Encontramos en su diario la descripción de aque,

trabajos y la copia de las observaciones que hacían, y explicaciones de la manera científica que empleaban entonces para levantar planos. En unión del menciondo Coronel y de otros jóvenes ingenieros, pasaban el día entero en los campos. Llevaban un asno cargado con instrumentos y las provisiones de boca, y sólo al ocultarse el sol buscaban albergue en alguna aldea.

Concluídos los trabajos que les habían encomendado, regresaron á París con los primeros fríos y lluvias del otoño, y cuando los árboles, secos, descarnados y desprovistos de hojas, anunciaban la llegada del invierno.

Como Acosta frecuentaba los lugares en que se reunían los estudiantes, y visitaba los salones de Lafayette y de otros miembros del partido anti-borbónico y liberal, tenía ocasión de estudiar el espíritu político de Francia, y veía, se puede decir casi delante de él, prepararse la revolución que había de arrojar del trono á Carlos X. Aquel estudio de la política interna de Francia le interesaba muchísimo, y no podía menos que comparar el lenguaje mesurado y atento de los contendores políticos de París con la manera de luchar en la prensa americana de aquella época.

En una carta que nuestro joven estudiante escribió al Ministro colombiano en Londres (el señor Fernández Madrid) con fecha 3 de Junio de 1828, encontramos el siguiente párrafo:

"....Nos hemos procurado algunos diarios de Bogotá, de fines del año pasado. Qué lenguaje! Qué irritación! Qué modo de defender la libertad! No lo harían mejor sus enemigos! Yo que me imaginaba que las pasiones volvían elocuentes á los hombres, y veo hoy producciones de hombres de talento que el último colegial se avergonzaría de haber escrito. Quisiera sepultarme entre mis libros con la misma impavidez que el petimetre de Gil Blas se metía entre sus sábanas...."

Las noticias que recibía de Colombia nunca eran satisfactorias. Un gran malestar se notaba en todo el ámbito de aquella inmensa República, rodeada entonces por tres mares y formada por poblaciones tan distintas y tan alejadas unas de otras, que apenas se conocían de nombre y en nada simpatizaban. En el Perú, nación que había obtenido su libertad gracias á los ejércitos colombianos y á los talentos militares de Bolívar y de Sucre, odiaban á sus libertadores y se temía una próxima guerra entre las dos naciones hermanas. Dentro de Colombia se disputaban la preponderancia los partidarios de la unión de Nueva Granada, Quito y Venezuela, y los separatistas. Estos últimos eran encabezados en la primera por el General Santander. De allí la disolución de la Convención de Ocaña, después de escandalosos debates, y la retirada de la minoría el 11 de Junio de 1828, dejando la Asamblea sin *quorum*.

Desalentados los ciudadanos que más entusiasmo habían tenido durante toda la guerra de la Independencia, creyeron que sus esfuerzos serían inútiles, que el país acabaría por perecer en la anarquía si no se tomaban providencias supremas. Ahora, al cabo de tantos años, es difícil ponernos en el lugar de los que escribieron de todas las poblaciones de Colombia rogando al General Bolívar para que asumiese el mando supremo y se declarase dictador. Se nos figura que los partidarios de la Dictadura obraron con precipitación, y que el Libertador se dejó llevar por sentimientos de ambición al aceptar aquella picota; pero ¿sabemos acaso los temores que abrigaban todos de un naufragio de las instituciones, si se permitía que se desencadenasen las pasiones populares? Entonces se horrorizaban los amigos del orden con la idea de la anarquía, y parecíale á Bolívar (como á sus partidarios) que todo se debería arrostrar, más bien que dar ocasión de que surgiese una revolución, una guerra armada entre hermanos, que desprestigiaría la nueva República.

De todas maneras, la noticia de la nueva Dictadura de Bolívar produjo muy mal efecto en Europa y hondísimo desconsuelo á los que amaban la verdadera República.

El General Santander—que había perdido su posición como Vicepresidente con aquella Dictadura—escribió á sus amigos cartas muy amargas contra Bolívar, y exhaló quejas dolorosísimas contra los que habían precipitado al país por aquella vía al parecer sin salida (1). El Ministerio había querido dulcificarle aquel desaire, y al mismo tiempo alejar del país un enemigo peligroso é influyente, y le había nombrado Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos de Norte América. Empero, Santander cometió la imprudencia de permanecer en Bogotá y nombrar como su secretario al entusiasta liberal Luis Vargas Tejada, el cual se inspiraba en los recuerdos de la República romana, y conspiraba contra la Dictadura por medio de la sociedad llamada *Filológica*, á la cual pertenecía el ex-Vicepresidente también.

Todos conocen, y no es del caso aquí hablar de la famosa y malhadada conspiración que estalló el 28 de Septiembre de aquel año, en la cual, si el puñal de los que se consideraban patriotas no penetró en el corazón del Libertador, le desgarró el alma y lo condujo á la muerte dos años después. Comprometido al parecer en aquella conjuración—á pesar de que él aseguró que había procurado disuadir á los conjurados de que asesinasen á Bolívar,—

(1) En una carta que el General Santander escribió al señor Fernández Madrid á Londres, encontramos este párrafo, de fecha 18 de Septiembre de 1828:

"Desde el 18 de Junio ha sobrevenido un cambio sustancial en el sistema. Ya se lo habrá comunicado á usted el Decreto orgánico, única ley constitucional que tenemos, y en ella habrá visto que ha quedado suprimida la Vicepresidencia de la República. Yo me considero víctima de mis opiniones y de mis deberes públicos; pero víctima voluntaria, y séame lícito decir también víctima ilustre."

(Véase *Biografía de D. José Fernández Madrid*, arreglada por Carlos Martínez Silva.—Bogotá, 1889.)

el General Santander fué apresado, juzgado y condenado á muerte; perdonóle la vida el General Bolívar, en cambio de dura prisión primero y de destierro después. Salió, pués, del país como reo, cuando pudo haberse presentado en los Estados Unidos con el honroso empleo de Ministro Plenipotenciario, si no se detiene en Bogotá durante aquellos aciagos días de efervescencia política. ¿Fué acaso culpable ó inocente? Sólo Dios que lee en los corazones podría decirnos si cruzó por su mente la visión sangrienta de su émulo, ó si sólo aspiraba á tomar el puesto de Bolívar una vez que éste fuese derrocado, y no deseaba la muerte del que había merecido el nombre de Libertador de cinco Repúblicas.

Entre tanto, Acosta prolongaba su residencia en Europa lo más que le era posible; y como todos aquellos acontecimientos que tenían lugar en su patria le impresionaban hondamente, para olvidar esas preocupaciones se entregaba por completo á sus estudios, y con frecuencia no escribía en su diario, que suele interrumpir durante meses.

La prueba de esto la tenemos en una carta del poeta literato y diplomático antioqueño D. José María Salazar, entonces en París. Héla aquí:

"Mi estimado amigo:

"Me quedé aguardando á usted la noche de la comida enciclopédica, como me lo ofreció por su esquelita del mismo día (á que no contesté por no exigir respuesta y ser materia comunicada).

"¿Cuándo estará usted más desocupado de planos y más sociable para perder un día conmigo? Todo se nos ha quedado en proyecto: Instituto, Panteón, etc.

"Tengo una carta interesante (no geográfica) que mostrar á usted, y alguna cosa útil para su plano de Bogotá

"De usted afectísimo servidor,

"Lunes, Noviembre 16. J. M. SALAZAR.» (1)

(1) En varios diccionarios biográficos se ha dicho que D. José Marí



En una carta que le escribió M. Roulin en aquella época, leemos el siguiente párrafó curioso: (1)

"..... No se dice nada particular de Colombia. Sólo he sabido algunos pormenores del tiempo de la conjuración. Entre otras cosas. me han dicho que Arrublas (el dentón) estuvo esa noche en Palacio, pero en disfraz. Lo confesó Carujo. Qué hombre aquél! ir á semejante fiesta con el temor de ser reconocido! Qué molde para conspiradores! Gracias á Dios que no todos lo hicieron como Horman. Parece que fué Ramón Guerra quien apresuró el momento de la explosión, porque en la tarde antes se oyó algo de la tramoya en la conversación de dos oficiales ebrios que hablaban en una fonda de la plaza. Llamaron á Guerra para saber algo de uno de ellos que estaba recién venido de Venezuela; Guerra contestó que no tuvieran cuidado, que el hombre era un borracho que hablaba disparates; pero que iría á averiguar la cosa; y salió; pero fué á avisar á los conjurados que estaban descubiertos, y que la sola esperanza que les quedaba, era poner en ejecución su proyecto esa misma noche; lo que se hizo del modo que usted sabe...."

A fines de 1829 se encontraba en Londres uno de los

Salazar murió en París en Febrero de 1828, pero este es un error, porque la carta que tenemos á la vista dice en el sobre:

"M. M. J. Acosta.
Rue de Fleurus, n.° 9."

y en el sello de correos se lee con toda claridad: NOVIEMBRE 16—1829.

(1) Era este caballero un sabio francés que fué contratado en 1821 para ir á la capital de Colombia á regentar la cátedra de Fisiología. Regresó á Francia en 1828, y conservó siempre hasta su muerte mucha amistad con Acosta. Las Memorias científicas que presentó Roulin á la Academia de Ciencias de París le valieron distinciones honoríficas, ser nombrado Bibliotecario del Instituto y la decoración de la Legión de Honor. Escribió además varias pequeñas noticias científicas en la *Revista de Ambos Mundos* y en otros periódicos, y murió en París en 1874, á los 78 años de su edad.

hombres más importantes y beneméritos del Ecuador, gloria de la América del Sur, el señor D. Vicente Rocafuerte (1), con quien Acosta había tenido amistad en París, la cual, como veremos después, conservó hasta su muerte, ocurrida en 1847. Por aquel tiempo Rocafuerte escribió la siguiente carta al joven colombiano:

"Londres, 10 de Diciembre: 1829.

Señor Capitán Joaquín Acosta.—París.

"Amabilísimo paisano mío: Contesto á la muy fina carta de usted reiterándole mis sentimientos de afecto y de amistad, los que serán tan invariables como los principios que los han excitado y que justamente pone usted por condición de nuestro mutuo aprecio. Nunca dejaré de ser un verdadero colombiano, fiel á las banderas de la Independencia y constante en el culto de la Libertad.

" El estado de mi salud no me permitirá salir, como pensaba, por el próximo paquete; probablemente iré á Ve-

(1) D. Vicente Rocafuerte, hijo de familia ilustrada de Guayaquil, nació en aquella ciudad en 1783. Se educó en España, en el Colegio de nobles de Madrid. Pasó en 1803 á Francia, á completar su instrucción, y allí conoció á Bolívar y á otros patriotas americanos que soñaban ya con emanciparse de España. Volvió á su patria en 1807; tuvo parte en la revolución de 1809; deseando ser buen legislador, fué á estudiar á Inglaterra, Suecia y Rusia. Elegido Diputado á las Cortes de España, tomó asiento en ellas en 1814, pero sus ideas liberales lo obligaron á salir prófugo de Madrid. Regresó en 1817 á Guayaquil; en 1820 fué á los Estados Unidos y á Cuba, en donde escribió en favor de la Independencia de América. Bolívar le mandó á varias misiones secretas; los mejicanos le convidaron (1824) á aquel país, y fué nombrado Encargado de Negocios en Inglaterra, Francia, Holanda etc., y Ministro Plenipotenciario más tarde. En 1826 Rocafuerte obtuvo un empréstito para Colombia. En 1829 pidió sus cartas de retiro; regresó á Méjico y fué perseguido y encarcelado; volvió al Ecuador en 1833 y tuvo que mezclarse en la política y entrar en pugna con el General Flórez. Fué elegido Presidente, y en sus manos la República hizo grandes progresos, y desempeñó importantes destinos diplomáticos. Siendo Ministro en Lima, murió de 63 años de edad, lamentado por su patria.

racruz por Nueva York, y entonces saldré á principios del próximo Enero.

"Hágame usted el favor de dar mil memorias á Juanito Díaz, y dígale que Carmencita Hurtado y toda la familia quedaban buenos á fines de Septiembre último; que Manuel Icaza, que acaba de llegar á esta capital de Guayaquil, los vió á su tránsito por Panamá.

"He contestado á la muy atenta y amistosa carta del doctor Torres (2), sin usar de quites diplomáticos ni reticencias jesuíticas; le he expuesto francamente cuál es mi modo de ver la situación actual de nuestro caro país, en lo que tendrá una prueba del respeto que le profeso y del deseo que me anima de cultivar su amistad. Tenga usted la bondad de dar mil memorias de mi parte á su hermano, á Rodríguez, á Martínez, y usted mande á su afectísimo q. s. m. b.

VICENTE ROCAFUERTE.

"P. D.—Por la próxima ocasión enviaré á usted una carta de introducción para el Marqués de Nicolay."

—

CAPÍTULO XV

El General Santander en París.—Cartas de éste y de D. Pío Rengifo.—Viaje al Rhin.—Varias ciudades del tránsito.—Metz y sus fortificaciones.—Saarbruck.—El Rhin.—Francfort.—Maguncia.—Las fortificaciones de Coblentza—Colonia.—Aquisgrán—El actual reino de Bélgica.—Bruselas y sus curiosidades.—Visita á Cortés Campomanes.—Amberes y sus pintores.—Ostende.

1830

En los primeros meses de 1830 se hallaba en París el General Santander, desterrado de Colombia; y como era natural, por haber sido antiguo amigo de su familia, y con recuencia había protegido á Acosta en la carrera militar,

(2) El doctor Jerónimo Torres, hermano del patriota Camilo Torres, que se hallaba entonces en Europa.

éste lo visitó y sirvió en lo que pudo. Además, Acosta pertenecía entonces al partido liberal moderado; republicano entusiasta, veía con tristeza la situación de su patria, y aunque desaprobó enérgicamente el atentado parricida del 25 de Septiembre, no veía sin hondo disgusto la Dictadura del General Bolívar y el trabajo subterráneo que se hacía para cambiar la forma del Gobierno republicano por una monarquía, regida por un príncipe europeo, como lo deseaban los más desalentados de los independientes de Colombia. Santander le pintó el estado de la patria con tan negros colores, que Acosta resolvió regresar á ella, pues creía que era deber de todo buen ciudadano no abandonar el país cuando está angustiado, sino llevar su contingente para trabajar en el bien de la patria, sacrificando la tranquilidad propia en aras de la tierra que le vió nacer (1).

Pero si Acosta había resuelto regresar á su patria pronto, no se resolvió á hacerlo sino después de un viaje que tenía proyectado por las orillas del Rhin y Bélgica, en compañía de su compatriota D. Pío Rengifo (2) y de una

---

(1) Hé aquí una carta del General Santander, escrita en esa época.
Al señor Joaquín Acosta (Rue de l'Ouest, 9)

Sábado 20 de Marzo de 1830.

"Mi querido Acosta: No puedo salir hoy porque estoy enfermo, y el médico me ha prohibido dejar el alojamiento. Tampoco puedo salir mañana; así es que dejaremos para otro día el paseo al Luxemburgo y por consiguiente el placer de tomar helados en la calle de Rivoli, como estaba convenido.

"No siendo dueño de mi salud, tengo que pasar por la incomodidad de privarme de la compañía de usted mañana y pasado mañana; pero queda prorrogada (lenguaje parlamentario francés é inglés) para cuando yo le avise.

Saludo á su hermano afectuosamente. Dígame dónde es el nuevo alojamiento de Madame Salazar.

Siempre decidido amigo de usted, su antiguo estimador,

F. P. SANTANDER

(2) Este caballero era hijo de un patriota caucano, D. J. M. Reng y padre del ilustre médico colombiano, el doctor Pío Rengifo, qu

residencia en Inglaterra para perfeccionarse en el inglés, lengua que había aprendido en Bogotá, estudiado en París y deseaba acabar de conocer á fondo en el mismo país.

DIARIO

"*14 de Abril de 1830.*—Salímos de París el señor Pío Rengifo y yo, á las cuatro de la tarde, tomando la vía de la Puerta de San Dionisio. Nuestros compañeros de diligencia eran los siguientes: un Coronel muy adicto á la familia real; un Mayor de Caballería y su señora—joven y bella,—con dos niños y una nodriza y dos señoras más (insignificantes).

"*15 de Abril.*—Viajámos toda la noche y amanecimos en *Chateau-Jhierry*, pequeña ciudad sita en las márgenes del río Marne, patria del *buen* Lafontaine, cuya estatua de mármol blanco se ve á la entrada del puente. Me pareció muy risueña la situación de esta ciudad; no sé si será á causa de la frescura de la mañana, ó porque en realidad lo es. Aquí comienza la Champaña, antigua provincia dividida hoy, como el resto de Francia, en de-

murió desgraciadamente en Panamá en 1896. El amigo de Acosta había nacido en 1799, y por consiguiente contaba apenas diez y siete años cuando siendo dueños de nuevo los españoles de la provincia del Cauca, persiguieron á los patriotas, que habían tomado parte en la Revolución de la Independencia, y el joven Pío Rengifo fué sentenciado á servir como soldado en las filas del ejército español al mando de Warleta. Pero él se había propuesto evitar esta humillación, y se fingió sordo. El jefe español comprendió que aquella sordera era simulada, y lo sometió á toda especie de pruebas para descubrir el engaño, pero siempre tuvo suficiente presencia de ánimo para no dejarse caer en la trampa que le tendían, convenciendo al fin á todos de que realmente era sordo. Con ese motivo obtuvo su libertad y huyó al interior de las montañas, en donde se ocultaba su padre y andaban prófugos los patriotas que no habían caído en manos de los *pacificadores*. Después de una vida de laboriosidad constante, D. Pío había recuperado la fortuna perdida en la época de la guerra con España, y se hallaba entonces viajando por Europa. No murió sino largos años después de Acosta, en 1867.

partamentos. Continuamos después casi siempre por la orilla derecha del Marne, y á uno y otro lado veíamos las fértiles colinas que producen el vino de Champaña. Las viñas no tenían aun hojas, y en el fondo del valle apenas se veía una faja verde de praderas nacientes. Atravesámos durante la noche á Meaux y el bosque de Bondy, y almorzámos en el exiguo poblado de Dorman. Pasámos por Epernay; dejámos á nuestra derecha el collado de Hoy, el cual produce el mejor vino de Champaña por su calidad, pero que es preciso mezclar con el que producen las colinas de Epernay para que sea espumoso."

Refiere Acosta en seguida cómo pasaron de largo por Chalons, Clermontoi, Verdún, en donde los llevaron á ver á una *panadera* afamada por su belleza, á quien llamaban la "ninfa del Mosa." A las cinco de la tarde del día 17 entraron al fin á la ciudad de Metz, después de tres días de marcha, cuando hoy se hace aquel viaje en pocas horas. Sin embargo, en aquella época el viajero conocía más el país por donde atravesaba en diligencia, que no hoy día en ferrocarril, cuando sólo se ven las estaciones y los andenes de las ciudades, por las cuales atraviesa á todo vapor, y apenas distingue los campos que las circundan y dividen, y eso como entre sueños.

"De todas las plazas fuertes que he visto, escribe, ninguna he encontrado tan digna del nombre. Por todas partes se oían trompetas y clarines, y atravesaban las calles soldados y oficiales de todas armas. La guarnición de esta plaza consta de diez mil hombres, y la ciudad no cuenta sino cuarenta mil almas (1)."

Al día siguiente de su llegada, Acosta fué á entregar una carta de recomendación que llevaba para el Capitán Noiret, uno de los hombres—dice—más sabios en ingeniería, el cual particularmente se ha dedicado á las fortificaciones."

(1) Hoy alcanza á 54,000.

Merced á las recomendaciones que llevaba Acosta, el Capitán le permitió visitar en primer lugar una extensa colección de modelos para fortificaciones de toda clase, y después lo llevó á recorrer las fortificaciones de la plaza, le explicó á fondo cuanto le señalaba, así como las mejoras que él había introducido en ellas. Acosta hace en su Diario una larga descripción de cuanto vió, en términos técnicos que no interesarían al lector de este libro.

Parece que no se concedía licencia para visitar las fortificaciones de Metz sino á persona señalada, y sólo la carta del Coronel Puissant pudo vencer tamañas dificultades.

Dos días gastó el Capitán colombiano en aquellos estudios de ingeniería práctica. Después visitó, con su compañero de viaje, la Biblioteca de la ciudad y las colecciociones de interesantes instrumentos científicos; presenció una revista de las tropas; recorrió los cuarteles; estudió los reglamentos militares, fijándose particularmente en todo lo concerniente á la artillería, que era el arma que prefería. En su diario explica minuciosamente los inventos entonces nuevos en el arte militar, y hoy abandonados por otros más recientes, de los cuales entonces no se tenía idea.

El Director de la Escuela Militar de ingenieros dió cuantos informes y datos le pidió Acosta; el Capitán Noiret lo invitó á comer con un Capitán Petit, y durante la comida escuchó atentamente una larga discusión acerca de ingeniería entre los dos militares. Concluída ésta, lo obsequiaron con algunos planos y dibujos que era prohibido vender, y sólo se regalaban á personas de toda confianza.

Acosta estuvo en el teatro con el señor Rengifo, y notó que todos los espectadores eran militares. Dijéronle que sólo estos—ó los amigos que llevaran,—tenían derecho de entrar, porque sólo ellos, sin el auxilio de los ciudadanos civiles, habían costeado el edificio, y las representa-

ciones se hacían por cuenta y bajo el amparo de los militares de la guarnición.

El 19 de Abril los dos colombianos salieron de Metz y se dirigieron á Francfort.

A las doce del día llegaron á Saarbruck ó Sarrebruck, lugar que cuarenta años después se hizo célebre en los anales de la guerra franco prusiana.

" Desde allí, observa, todo cambió de aspecto; las costumbres son enteramente distintas de las francesas; la lengua, las monedas, el carácter de los habitantes, el modo de servir los alimentos, el guisado, lás camas, los muebles y hasta las cerraduras de las puertas! Más aún: la forma de las botellas, del pan, de las mesas y hasta la costumbre de cubrir el piso de los comedores (de las fondas) con arena, causa extrañeza y hasta desagrado."

El día 20 llegaron á Maguncia, y se alojaron en el hotel de las Tres Coronas.

Inmediatamente Acosta se dirigió hacia el Rhin. Ardía en deseos de ver aquel famosísimo río.

"Sin embargo—escribe,—aquel río histórico, tan cantado por los poetas, aunque bajaba majestuosamente ceñido por sus riberas, no tenía ese color azul que tantas veces había oído describir; estaba crecido y mugiente, y por consiguiente amarilloso y turbio."

Poco se detuvieron en Maguncia nuestros viajeros; siguieron marcha, atravesaron el Rhin por Cassel, y sin parar continuaron hacia Francfort. A esa ciudad llegaron á las nueve de la noche, en medio de una tormenta de lluvia y fortísimo viento. " Pero, observa, á pesar del mal tiempo, no se oía por todas partes, en las calles y casas, sino el ruido de alegres voces, músicas y cantos, por ser la época de la feria que celebran aquí cada año en esta época."

Al día siguiente salieron temprano los viajeros á vis las calles y recorrieron los lugares en que tenía lugar la ria. Notaron que el artículo que había en las tenduchas c

mayor abundancia, eran pipas de diferentes materias y formas. Además, entre los objetos de quincallería les llamaron la atención ciertos morteros de cristal de roca, de cuarzo y de ágata, que Acosta hubiera querido comprar para el laboratorio que pensaba llevar á Bogotá, pero no compró por no llevar objeto tan pesado en su equipaje. De paso entraron á la Catedral, que les pareció poco interesante; subieron á la torre y desde allí contemplaron toda la ciudad y el curso del río Mein. Vieron la sala en que se coronaban los Emperadores, los retratos de éstos, y recorrieron después la calle de los Judíos.

«Esta es, leemos en el Diario, tortuosa y sucia, pero muy original: las casas de ella son pequeñas, la forma de las puertas y ventanas conserva el estilo gótico, y por entre aquellos agujeros, que no parecen ventanas, veíamos los harapos sucios y andrajosos de sus habitantes. Asomado á una de éstas vimos un judío venerable con luenga barba blanca, que le caía sobre una túnica de forma oriental; y si no hubiera sido porque fumaba una larga pipa moderna, se me representara un auténtico fariseo. Esta calle cuenta seis siglos de antigüedad, y no solamente los techos, sino también las paredes, están cubiertas de pizarra. En una extremidad nos señalaron una casa, al parecer igual á todas las demás, salvo que las vidrieras no estaban rotas, y por entre las ventanas alcanzámos á ver cortinas de seda con franjas doradas. Allí nos dijeron que vivía la madre de los millonarios Rothschild, la cual, á pesar de la opulencia de sus hijos, no ha querido abandonar la morada de sus antepasados.» (1)

Acosta llevaba cartas de recomendación para un señor

---

(1) Más de treinta años después, la que esto escribe visitó esa misma calle, la cual aún conservaba su original desaseo, pero ya había desaparecido por completo la familia Rothschild de la miserable casa que habitaban sus abuelos, y esos banqueros israelitas vivían en espléndidos palacios, en la parte más aristocrática de la ciudad.

Pöplein, quien se manifestó muy hospitalario; convidó á comer á los colombianos á una fonda afamada llamada Weindebuck. y en seguida les dió cita para llevarlos á visitar los museos y gabinetes de Historia Natural, los paseos, los monumentos públicos más afamados y la rica Biblioteca.

«Allí, dice, en un estante cerrado con cristales y situado en un pasadizo, me llamaron la atención, en medio de otras curiosidades, dos pares de chancletas viejas y una sobrepelliz de muselina que pertenecieron al heresiarca Lutero, cuyo retrato —vestido de clérigo—habíamos visto poco antes.»

Visitaron el hospital, costeado por el rico banquero Bethman, en cuyos jardines se encuentra la famosísima *Ariadna*.

«Esta estatua, escribe Acosta, es de mármol blanco de Carrara; se halla colocada en un templete redondo y rodeada de cortinas encarnadas, que le dan un aspecto sorprendente de vida. Ariadna se halla sentada sobre un león, y su posición es lo más honestamente voluptuosa que se puede imaginar. Su tamaño es el de una mujer de estatura natural, así es que es algo más grande que la Venus de Médicis.»

Después de visitar el interior de la ciudad, estuvieron á ver en los contornos las bellas casas de campo de los ricos comerciantes y banqueros de aquel emporio mercantil.

El día 22 de Abril tomaron un carruaje particular, y volviendo sobre sus pasos regresaron á Maguncia, ciudad que sólo habían visto de paso y deseaban visitar más despacio.

«No bien hubimos llegado á Maguncia, escribe, cuando salimos en busca de la Catedral, antiguo edificio gótico muy importante. Nos llevaron por el claustro á ver la lá-

pida, bajo la cual está sepultado el trovador *Frauenlob.* (1) El bajo relieve representa el ataúd del *meistersanger* cargado por las damas. Allí también nos señalaron la tumba de *Frastruda,* mujer de Carlomagno, y las de multitud de arzobispos y electores. Vimos también los privilegios concedidos á la ciudad por el primer Arzobispo Willisgio: están grabados sobre placas de bronce, con las cuales han forrado las puertas de la Catedral.»

Describe después extensamente las fortificaciones de aquella ciudad, las cuales recorrió cuidadosamente, así como la Biblioteca, en donde vió antiguos monumentos romanos y bellos cuadros de pintura de Rubens y de otros artistas célebres de Flandes y de Alemania.

A las cuatro de la tarde del mismo día—siempre en carruaje particular—los dos colombianos continuaron su viaje y llegaron á Wiesbaden antes de oscurecer. Describe larga y minuciosamente Acosta aquella bellísima y pintoresca ciudad dedicada nada más que á las diversiones y á los goces de los desocupados. Habla de las diferentes aguas sulfurosas que encierran sus famosas termas, las cuales examinó detenidamente, y averiguó cuáles eran las enfermedades que curaban, siempre con motivos patrióticos, pues, creía que en Colombia quizás se encontrarían aguas igualmente provechosas, que podrían explotarse en beneficio de los dolientes.

El día 23 se embarcaron en el Rhin en un vapor que debería llevarlos hasta Colonia.

---

(1) *Enrique Frauenlob,* el célebre *meistersanger* alemán, vivió particularmente en Maguncia. Su verdadero nombre era *Meissen,* pero le llamaban *Frauenlob,* es decir, *panegirista de las damas,* por su galantería con el bello sexo. Cuando murió en 1815, las damas de Maguncia quisieron cargar su ataúd hasta el lugar en donde fué sepultado.

DIARIO

«A pesar de que estaba lloviendo, tomé lugar con preferencia sobre cubierta para gozar de la vista del río. Me parecía soñar y creía ver algo de mágico cuando se me presentaban uno á uno los lugares históricos que tánto había deseado conocer, y cuyas leyendas había leído con embeleso! Ya veía rocas escarpadas casi perpendicularmente, y en cuya cima se levantaba alguna torre ó ruina; ya cambiaba la escena, y entonces todo era risueños collados, sementeras y alegres chozas, al pie de las cuales corría el Rhin mansamente; más lejos se presentaban derruídos murallones y fortalezas que avanzaban casi en medio de las aguas, y ruinas de los alcázares que pertenecieron en la Edad Media á fieros señores feudales, los cuales frecuentemente no eran sino bandidos que robaban á mano armada á los desdichados aldeanos ó á los indefensos viajeros que navegaban en el río. No me cansaba de contemplar la variedad de paisajes que pasaban ante mis ojos como en inmenso panorama. Consideraba aquellas ruinas con un sentimiento de agradable melancolía, y recordaba con gusto las tradiciones maravillosas que guarda aún el pueblo de aquellos lugares. Hoy, en vez de las erizadas almenas que aterraban al viajero de otros tiempos, veíamos por todas partes alegres caseríos y ciudades modernas edificadas y pobladas por tranquilos ciudadanos, en donde se notaba movimiento y actividad. Los señores descendientes de los antiguos, muchos de los cuales aún viven en las fortalezas de sus mayores, no son hoy sino inofensivos hacendados y protectores natos de los aldeanos.

«Bajando de Maguncia, la primera población que encontrámos fué Biberich, sita sobre la ribera derecha de Rhin; no es sino una pequeña aldea en realidad, pero e notable por el magnífico palacio y jardines que allí pose

el Príncipe de Nassau, y cuya hermosa fachada se mira entre las azules aguas del Rhin.

«El río corre después algo separado de las colinas, ó más bien las colinas se alejan de allí para formar un valle que se llama Ringau, en donde se produce el famoso vino de *Johanisberg*, el de *Radisheim* y otros, en un terreno que pertenece al Príncipe de Metternich.

«En Bingen las colinas de uno y otro lado casi se unen, y el río ha tenido que abrirse paso, modificando su dirección, y corre recostado sobre los cerros algo escarpados de la derecha. De allí en adelante casi todas las poblaciones se encuentran al lado izquierdo....

«.... Al frente de Kaub hay un castillo gótico construído sobre un islote en la mitad del río, el cual parece salir de las aguas para adelantarse á recibir al viajero que baja la corriente. En esta parte del río es en donde se encuentran mayor número de ruinas; pero según lo que me dijeron, aquellos castillos no eran grandes, y á lo más podrían contener medianamente veinticinco personas en unos, en otros veinte y apenas doce en los más pequeños.»

A las doce del día se detuvieron en Coblenza. Acosta fué inmediatamente á conseguir un billete de entrada á las fortalezas, que debería obtener del comandante de la plaza.

El comandante le dió lo que le pedía, menos el permiso de visitar el fuerte llamado de *Alejandro* y el *Francisco*, los cuales se hallan en el puente del Mosela.

Después de atravesar el Rhin, el joven militar se dirigió hacia la fortaleza de *Ehrembreitstein*, situada sobre una roca, y en seguida visitó aquel laberinto de fortalezas, las cuales describe minuciosamente, y concluye con estas palabras: «Maravillosas obras son todas estas, con las cuales la mano del hombre ha aumentado la defensa de

aquel sitio, que debe de ser inexpugnable, con los elementos que la ciencia actual ha inventado; ¿lo será siempre?»

Visitó con su compañero de viaje la iglesia de San Castor, levantada en tiempo de Luis el Debonario (siglo IX). Allí vieron un ataúd sobre el cual se dice misa todos los años, el cual encierra el cuerpo de Santa Rira; dicha Santa fué de familia real, y los habitantes de Coblenza la consideran muy milagrosa. En la misma iglesia vieron en un sarcófago de cristal los huesos de San Castor y de San Coar.

En la plaza de armas maniobraba un cuerpo de artillería. «Por todas partes, escribe Acosta, hay cuerpos prusianos, y no se ven sino soldados haciendo ejercicio con una actividad y una prisa como si los franceses debieran atacarlos al día siguiente!»

Merced á esta actividad, y al ejercicio y estudio constantes de la manera de hacer la guerra, fué que cuarenta años después de lo escrito por Acosta, los prusianos lograron vencer á los franceses; á los franceses, que hasta entonces siempre habían triunfado en los combates con los alemanes! Esto prueba que no hay virtudes más útiles que la perseverancia y la actividad.

Después de visitar no solamente todas las curiosidades de la ciudad, sino las fábricas y las bellezas naturales de sus contornos, nuestros viajeros se embarcaron de nuevo con dirección á Colonia. Allí echaron pie á tierra, buscaron una posada, arreglaron sus maletas é inmediatamente se dirigieron á la Catedral.

«Era sábado en la noche, escribe Acosta, y algunos fieles estaban hincados orando en el interior. La oscuridad de las inmensas aunque no concluidas bóvedas (1), inspiraba recogimiento y veneración..... ¡Qué templo aquel tan espléndido! Con razón que se le considere

(1) **Este famoso templo, que se empezó á levantar en 1249, no se acabó de edificar sino en 1880.**

como el monumentó más hermoso de estilo gótico del mundo. Las cien columnas que sostienen la techumbre, cuatro de las cuales miden treinta pies de circunferencia; el soberbio coro (enteramente concluído) con sus capillas y la elegancia de toda la parte concluida, dan una idea de lo que será aquel templo cuando lo acaben de concluir. Hasta ahora *sólo* se ha trabajado en ello más de quinientos años! Quisiera yo traer á Colonia á las personas que no gustan de la arquitectura gótica, para convertirlas!»

———

Visitaron al día siguiente, con la luz del día, de nuevo la Catedral, otras iglesias y la plaza de Agripina (la madre de Nerón, que nació en Colonia); oyeron misa cantada y vieron muchas reliquias en urnas riquísimas; cuadros de Rubens en varias partes, y en San Pedro el encomiado *Martirio del Apóstol*, obra maestra de aquel pintor flamenco.

Recibieron la visita de un Capitán Reding, hijo del General Reding, que había estado en Colombia. Este les presentó un joven polaco Weznioski, y todos juntos fueron á pasear por los jardines públicos.

El día 26 abandonaron definitivamente las márgenes del Rhin, tomaron asiento en una diligencia, y por la vía de Juliers se dirigieron á Aquisgrán, adonde llegaron á las doce del día. «Aquella ciudad nos deslumbró, dice Acosta, por la belleza de sus edificios y el aseo y anchura de sus calles.»

Lo primero que á los colombianos llamó la atención fué la Catedral, empezada á edificar por Carlomagno, cuyo sarcófago se encuentra en la mitad del templo. Vieron los lugares en que tienen encerradas las reliquias, las cuales se exponen á la veneración de los fieles cada siete años; contemplaron la silla de mármol de Carlomagno, así como otras curiosidades de las cuales hablan todos los

viajeros. Visitaron después el palacio de los reyes francos; se pasearon por el bellísimo jardín de Lutsberg; fueron á ver los manantiales de aguas termales (de donde le viene el nombre á la ciudad) de *agua-grani*, las cuales Acosta examinó como había hecho en Wiesbaden.

El día 27 tomaron un carruaje particular y salieron de Aquisgrán. Atravesaron las fronteras de Prusia, y llegaron á Maestricht á las ocho y media de la mañana. Inmediatamente Acosta fué á examinar las fortificaciones y el canal de Lieja, lo cual le interesaba particularmente bajo el punto de vista científico y militar. Continuaron marcha hacia Tongres, y antes de entrar á la población se detuvieron para ver los restos de las murallas del tiempo de los Romanos que circundaban la ciudad, la cual era en los tiempos pasados mucho más importante que en el día. A las seis de la tarde entraron en Tirlemont, y mientras que les preparaban otro carruaje, visitaron la Catedral gótica de aquella ciudad.

«La población, leemos en el Diario, como todas las de los Países Bajos que hasta ahora hemos visto, es singularmente aseada, y las calles son espaciosas y bien empedradas.»

Al cabo de dos horas emprendieron de nuevo marcha, y á las doce y media de la noche entraron en la ciudad de Bruselas, se desmontaron en la plaza del parque y se alojaron en el hotel de *Belle Vue*.

En aquella época Holanda y Bélgica formaban un reino (desde 1814), con el nombre de Países Bajos. Gobernábalo Guillermo de Orange (descendiente de los Estatúderes de Holanda), pero era en extremo impopular en la parte belga de sus dominios ; tan impopular era, que pocos meses después de la visita de Acosta á aquel país, los Belgas (siguiendo el ejemplo de los franceses que arrojaron á los Borbones del reino) sacudieron el yugo de Holanda y se proclamaron independientes. La opinión del

pueblo estaba dividida: unos querían monarquía y otros república, y al fin aceptó la Nación como rey un príncipe de Sajonia-Coburgo, que fué proclamado y tomó posesión de la corona en Junio de 1831.

Al día siguiente de la llegada de los colombianos á Bruselas, empezaron á visitar museos, galerías de pinturas, etc., de las cuales Acosta hace prolija descripción.

«Noté, escribe en su Diario, mucho celo y empeño en embellecer el Museo: colgaban cuadros nuevos, barnizaban y remendaban cuidadosamente otros, de manera que en aquella galería había mucho movimiento de empleados é interés para que todo quedase bien, como si en aquellos ciudadanos se hubiese despertado nuevamente el gusto por las bellas artes y el deseo de que su Museo no fuese inferior á otras ciudades europeas.

«Estuve en el Jardín Botánico. En los invernáculos la temperatura subía á 30°, y tuve el gusto de ver reunidos el naranjo y el plátano, el granado y otras plantas de mi pueblo natal, las cuales vivían allí verdes y lozanas y como orgullosas de que las cultivasen con tanto esmero.»

Al recorrer la ciudad se sorprendieron los colombianos con la vista de más de trescientos mástiles en una ciudad que no es puerto de mar ni posee ningún río navegable. Descubrieron entonces que, como los industriosos ciudadanos de Bruselas quisiesen acercarse al mar para el bien de su comercio, habían labrado un canal paralelo con el río Senna, el cual une la ciudad con el río Sambre, que es navegable.

Los colombianos visitaron uno á uno todos los monumentos y curiosidades artísticas de Bruselas. En la mesa redonda del hotel vieron á una señorita Pradil, hija de un conocido improvisador francés, y que era una hermosísi-

ma persona, (1) y hablaron con el Enviado Diplomático brasilero, señor Itabayana.

Con el Secretario de la Legación Mexicana, que visitó á Acosta, fué á ver la fuente en que Pedro el Grande bebió en 1697.

DIARIO

«Esta circunstancia se halla conmemorada en una inscripción latina al pie de la fuente. Parece, según dicen las historias, que aquel día el Emperador de todas las Rusias se dió allí una caída, por estar un poco vacilante á causa del mucho vino que tomaba siempre.... pero la inscripción latina no menciona aquello.

«*29 de Abril.*—Estuve hoy á almorzar en casa de M. Vandermaelen, á quien iba recomendado. Este caballero es propietario del establecimiento de cartas geográficas en Bruselas; es un hombre amable, bueno y consagrado; ha empleado toda su fortuna, que es considerable, y toda su actividad, que es mucha, en fomentar este establecimiento científico, el cual, por la extensión que ha logrado darle, es el único de su especie en Europa.

«Allí se ocupan 114 hombres en las diversas oficinas de litografía y correspondencia. Tiene, además, un jardín botánico y una rica librería, compuesta nada más que con todas las obras científicas que se han publicado y que se publican diariamente en todo lo relativo á geografía. (2)

(1) Este famoso improvisador se llamaba Pedro María Courtray; era parisiense, y durante la época de la Restauración adquirió gran reputación por la facilidad asombrosa con que improvisaba buenos versos sobre cualquier tema. Era, además, escritor y novelista. Murió en 1857, de avanzada edad.

(2) F. M. Guillermo Vandermaelen había fundado en Bruselas un establecimiento geográfico utilísimo, y además escribió y publicó obras científicas muy importantes, las cuales dieron á conocer á fondo la geografía de su patria.

Murió en 1869, de 75 años de edad.

«Como el señor Vandermaelen viera el interés que yo manifestaba por los trabajos de su establecimiento, me trató con marcada atención, y se tomó la pena de explicármelo todo. Le dije que en un país nuevo como era el mío, me parecía que el Gobierno no podría disponer de recursos pecuniarios para llevar maestros que enseñasen el arte de grabar en cobre, pero sería muy útil que se supiese litografiar las cartas que se fueran levantando en madera; sin embargo, para eso también sería necesario quien enseñase el arte. Entonces M. Vandermaelen me ofreció espontáneamente que él se encargaría de enseñar gratis en sus oficinas á dos ó tres jóvenes que el Gobierno tuviese á bien enviarle, sin interesarles otra cosa que el valor de su manutención, los cuales, estando bajo su dependencia, tendría cuidado de que trabajasen asiduamente.

«Este buen belga es no solamente un verdadero filántropo, sino excelente padre de familia. Tiene dos hijos que están al cuidado de un preceptor. El mayor, que apenas contará seis años, me dijo el maestro que tenía un gran talento; de tal manera es de aplicado, á pesar de sus tiernos años, que cuesta trabajo que abandone la lectura para que juegue como los otros niños.»

——

«Visitámos una manufactura de encajes llamados *de Bruselas* y me explicaron la manera de tejerlos. Se conoce cuándo el encaje es legítimo, porque la parte en que están los dibujos es doble, y siempre dejan las puntas de los hilos á la vista para que se vea que son de lino y finísimos; además, se puede arrugar sin que se dañe absolutamente.

«*30 de Abril.*—A las dos de la tarde estuve á visitar á Cortés Campomanes, (1) que se encuentra actualmente en

(1). El Coronel español Manuel Cortés Campomanes había sido militar en Europa y había peleado en las campañas de Rusia cuando pasó á

Bruselas. Le hallé enfermo en cama, pero á pesar de ello insistió en levantarse para señalarme y explicarme los dibujos de un nuevo frente de fortificación que ha inventado últimamente. Me habló de las plazas fuertes de Colombia, y me dijo que Puerto Cabello en el estado actual podía sostenerse más largo tiempo que Cartagena; pero que las fortificaciones de Cartagena, según él creía, se podrían poner en mejor estado de defensa con menores gastos; es decir, que según sus cálculos, bastaría gastar allí de doscientos á trescientos mil pesos. La conversación, que duró dos horas, me instruyó é interesó mucho.

«*1.º de Mayo.*—Salimos de Bruselas por la puerta de Flandes (que es un arco de triunfo levantado para conmemorar la entrega de las armas de la ciudad en 1818 á la familia de Orange,) y nos dirijimos en carruaje á Anveres.»

———

Pasaron por *Villeforte*, pequeña ciudad que encierra un enorme edificio que sirve de prisión de estado. Acosta describe minuciosamente su tránsito hasta Malinas, ciudad adonde llegaron á las doce del día. No se detuvieron allí, sino que continuaron camino, y á las tres de la tarde llegaban á Amberes. Hoy se hace ese viaje en tren expreso, es decir, de Malinas á Amberes, en poco más de media hora. Se desmontaron en el hotel de Bellevue, con vista sobre el Escalda. Los viajeros se entretuvieron al caer la tarde desde las ventanas de su cuarto, con el espectáculo de la entrada de la marea en el río, y el de los buques que

---

Venezuela condenado á presidio por hallarse implicado en una conspiración descubierta en Madrid (llamada de San Blas) el 3 de Febrero de 1796. Logróse fugar, y desde entonces se ocupó en predicar libertad é independencia de España. Una vez que estalló la revolución, tomó parte en el en Venezuela y en Nueva Granada. Hallóse en el sitio de Cartagena y otras acciones de armas.

subían en silencio como sombras, impelidos sólo por la fuerza de la marea.

Al día siguiente visitaron las fortificaciones (las cuales describe técnicamente en el Diario) y dieron vuelta á la ciudad por los parapetos; estuvieron en la Catedral y en los museos, los cuales encierran los mejores cuadros pintados por Rubens y Van-Dick. «El primero, escribe Acosta, parece que se esmeró particularmente en hacer resaltar las formas anatómicas é imitar el colorido natural del cuerpo humano; en una palabra, el hombre en su parte física fué su estudio favorito, mientras que Van-Dick procuró en sus retratos estampar la expresión del alma de sus personajes. ¿Qué decir de la verdad con que pinta el sufrimiento y la piedad profunda de la fisonomía de su Catalina de Siena, por ejemplo, y el dolor y desaliento que se leen en la expresión de su Virgen al pie del Calvario?»

A las doce del día partieron para Gante.

«Como era domingo, leemos en el Diario, y dos de Mayo, notábamos al pasar que por todos los caseríos por donde pasábamos habían levantado *árboles de Mayo*, adornados con vistosas cintas y rodeados de gentes de buen humor. La alegría brillaba en todas partes, y hubiera bastado contemplar el cielo de primavera y la risueña naturaleza que nos rodeaba, para sentir correr nueva vida por las venas. Todo el camino estaba lleno de paseantes, y como la población es tan abundante en este país, no se veían sino casas de campo, caseríos y aldeas á la vera del camino, casi sin interrupción. Los Países Bajos cuentan 323 habitantes por cada milla cuadrada, mientras que Inglaterra tiene á razón de 257, y en Francia de 208 por milla cuadrada.

«Iba en el mismo carruaje con nosotros un belga, antiguo capitán de buque mercante, el cual se lamentaba de la escandalosa protección que el Rey dispensaba á los holandeses y del descuido en que tenía á los belgas.»

Después de permanecer un día en Gante, ciudad que visitaron rápidamente, continuaron su viaje.

«*3 de Mayo*.—Nos embarcamos á las nueve de la mañana en el pintoresco canal que une á Gante con Bruselas, en una barca tirada por caballos.

«Las orillas del canal, á uno y otro lado, están cubiertas por verde cesped, sombreado por alamedas de árboles interrumpidas de trecho en trecho por graciosas y limpias aldeas, situadas á orillas del-canal, y comunicadas por puentes que se abrían para dejar pasar las barcas. Numerosísimos molinos de viento levantaban sus brazos en todas direcciones, lo cual daba un carácter especial al paisaje.

«Dentro de nuestra embarcación iban unos cincuenta pasajeros, pero cabían cómodamente hasta doscientas personas. El barco bajaba perezosamente por el canal manso y tranquilo, y aquí y allí veíamos en tierra grupos de mujeres y niños que se ocupaban en rociar el cáñamo cortado que habían extendido en la escarpa del canal, y levantaban tranquilamente la cabeza para vernos pasar.

«El día era bellísimo; todos á bordo con su flema flamenca guardaban silencio; los hombres, con la pipa en los labios, perecían meditar, y las mujeres hacían calceta y callaban también. Nuestra apacible navegación no era interrumpida sino por el canto de algunas avecillas que se ocultaban entre los nacientes retoños de los árboles de la orilla...... Así quisiera yo pasar mi vida en el silencio y la tranquilidad, deslizándola suavemente sobre la superficie de las ondas, que jamás baten las tempestades.

«Un leve airecillo agitaba de cuando en cuando la bandera que teníamos izada á popa..... De repente levanté los ojos por entre los abiertos pliegues de la tolda, y por primera vez fijé la vista en la bandera; era tricolor! Al contemplar el símbolo de la libertad, que llevaba los mismos colores del pabellón de mi patria, el corazón me palpitó! Repetidas veces desde que llegué á este país ha-

bía visto la bandera sin fijar en ella mi atención; hoy por primera vez comprendí lo que significaba para mí, y los recuerdos que traía á mi memoria.»

A las tres de la tarde llegaron á Brujas, pero no alcanzaron á visitar la ciudad, pues les aguardaba otra barca en el canal, la cual debería llevarlos rectamente al puerto de Ostende.

Aquella barca estaba repleta de pasajeros, y entre éstos notó los curiosos vestidos que llevaban algunas aldeanas, las cuales remedaban el hábito de los frailes agustinos, con su capa negra y capilla encima.

Pasaron la noche en Ostende. A la mañana siguiente dieron vuelta á las fortificaciones, que Acosta describe en su Diario; visitaron el fanal, la máquina hidráulica, recorrieron la ciudad, y al cerrar la noche se embarcaron en un vapor que había de conducirlos á Inglaterra.

—

CAPÍTULO XVI

Residencia en Inglaterra.—Londres.—Don Jerónimo Torres.—El señor Gorrostiza.—Sir Robert Wilson.—Una sesión en la Cámara de los Comunes.—M. Hume.—Asamblea abolicionista.—Mr. Wilberforce.—El radical Hunt.—Lord Milton.—Mr. Broughan.—La Universidad de Londres.—La Malibrán.—Santander en Londres.—La torre de Londres.—San Pablo.—Museo Británico.—Mr. Morgan.—Hospital y Observatorio de Greenwich.

1830

DIARIO

«*5 de Mayo.* - Cuando á las ocho de la mañana subí sobre cubierta, encontré que entrábamos al Támesis. Veíamos las costas bajas de Inglaterra y más de treinta buques de vela que salían del río con viento favorable, y otras tantas naves que trataban de entrar luchando con el viento

contrario para ellos, unos y otros remolcados por botes de vapor.

«Dejámos á nuestra izquierda la bonita población de Gravesend, y á medida que se iba estrechando el río, distinguíamos algunos sitios, pintorescos unos, vulgares otros. El Támesis no tiene ninguna semejanza con el Sena, y mucho menos con el romántico Rhin que acabo de ver. Las poblaciones son tristes, las casas bajas y mezquinas. A medida que subíamos, aumentábase el número de buques de todas dimensiones, figuras, nacionalidades y estilos de construcción. En las orillas de Woolwich vimos algunos cascos de navío, y se nos dijo que habían pertenecido á buques tomados á los franceses y españoles. Notámos de lejos el magnífico hospital y el famoso observatorio de Greenwich, por el cual los ingleses hacen pasar el primer meridiano. Ya para entonces los buques desfilaban de seis en seis, y muchos de ellos se acercaban á las orillas y arrojaban grandes cantidades de carbón de piedra sobre los muelles y sobre los botes que los recibían. Inmediatamente después nos encontrámos en el corazón de Londres, y los mástiles de los buques se confundían con las lejanas torres de sus innumerables iglesias y las chimeneas de sus fábricas. Las aguas del Támesis estaban literalmente cubiertas de embarcaciones, de manera que no quedaba sino un estrecho canal entre las hileras de buques por donde entró nuestro vapor.

«A las doce menos cuarto anclámos frente á la Aduana de Londres.»

———

Cuatro horas mortales tuvieron que gastar en cumplir con todas las formalidades que entonces demandaba la Aduana inglesa (1) á los que iban del Continente. Cuando se dirigían ya al coche que habían pedido para salir,

(1) Hoy los pasajeros se despachan en pocos minutos.

se vieron atajados por una nube de holgazanes que cobraban propinas: el uno porque había movido un baúl innecesariamente, el otro porqüe había llamado un coche sin que se lo pidiesen; el de más allá porque había abierto una puerta, el de más acá porque la había cerrado; todo contra la voluntad de los pacientes; en fin, los rodearon una nube de hombres que pretendían sacar provecho de los extranjeros. Estos no lograron escapar sino arrojando un puñado de monedas de cobre en medio de sus perseguidores, y mientras se disputaban aquellas, entraron al coche y se alejaron.

Alojáronse en Leicester Square (Sablonière Hotel).

Veámos unos párrafos del Diario:

«*6 de Mayo.*—No sé á qué atribuir la ausencia total de impresiones de novedad que experimento al recorrer esta opulenta ciudad, pero lo cierto es que no he quedado satisfecho con lo que veo, á pesar de que en general la realidad corresponde á la idea que me había formado de las cosas.

«La oscuridad habitual de Londres, causada por el humo de sus innumerables chimeneas, y también por la atmósfera menos transparente en una isla que en el Continente, es la primera impresión desagradable que experimenta el viajero, y que justifica á los ingleses cuando pasan la mayor parte de la vida fuera de su patria. Nada disgusta tanto al que acaba de llegar á Londres, como verlo todo, aun en el día más claro, cubierto con un velo que es imposible levantar, y que impide que la mirada penetre á más de cien pasos de distancia.

«Después de haber recorrido la *City*, fuímos á visitar á don Jerónimo Torres, que acababa de llegar. Encontrámosle en la puerta de su hotel aguardando que pasara la procesión, para salir. Lo persuadímos de que aquello no era procesión, sino el natural movimiento de esta gran ciu-

dad, por cuyas calles transitaban miles de personas por minuto. Con él visitámos por fuera la Bolsa y San Pablo.»

Con muchos pormenores describe Acosta en su Diario las calles, las plazas, los monumentos que primero visitó por fuera, así como los parques y paseos públicos. Quiso en primer lugar hacerse cargo de la topografía de aquella enorme metrópoli antes de entrar de lleno á examinar las curiosidades que encierra.

Entre tanto se relacionó con el Ministro de México, el cual era entonces don Manuel Eduardo Gorostiza, el notable literato que tanto lustre dió á su patria; y estuvo en un baile en casa de dicho caballero (1). Fué presentado en casa del General Macaulay, miembro de la Cámara de los Comunes; estrechó amistad con don Miguel de la Barra, patriota y diplomático chileno (2), quien en esa época desempeñaba el consulado de Chile en Londres; tuvo muy buenas relaciones con el venerable caballero in-

(1) El señor Gorostiza era literato por herencia. Su madre doña Rosario Cepeda manifestó un talento tan extraordinario, que siendo apenas de 12 años, fué graduada de doctora en Sevilla; su padre pasó á México con el Virrey Revillagigedo, y estando su madre en Veracruz, nació don Manuel Eduardo; lo educaron en Madrid; allí siguió la carrera de las armas hasta llegar á Teniente Coronel, y se hizo notable como escritor. En 1828 salió desterrado de España por sus opiniones liberales, y publicó en la *Revista de Edimburgo* artículos que llamaron la atención. El Gobierno de México le nombró Ministro en varias Cortes europeas; regresó á su patria en 1837, y desempeñó importantes empleos hasta su muerte, ocurrida en 1851.

(2) Don Jose Miguel de la Barra había nacido en Santiago de Chile en 1799. No bien estalló la guerra de la Independencia, cuando tomó las armas con los patriotas, y tuvo la gloria de hallarse en la batalla de Maipu. Fué después el primer secretario de la Legacion de Chile en Inglaterra, Cónsul en Londres y Ministro en Francia. Ocupó en seguida altos puestos políticos en su patria, y en cuanto á escritor, se le conoce como autor de dos compendios de la historia de América y de Chile. Además fundó varias sociedades científicas y benéficas. Murió en 1851.

glés Mr. Illingworth (amistad que se ha sostenido durante tres generaciones entre las dos familias); con don Dionisio Herrera, el cual fué después Presidente de Nicaragua; con Sir Robert Wilson, cuya vida fué una verdadera novela de aventuras, y se vió mezclado en notabilísimos acontecimientos europeos (1). En el salón de este caballero, Acosta tuvo la agradable sorpresa de encontrar el retrato de Bolívar, de cuerpo entero y en lugar preferente. Sir Roberto Wilson tomaba grande interés en las nuevas repúblicas hispanoamericanas; él con su influencia en el Parlamento, logró que la Gran Bretaña impidiese que España enviase nuevos ejércitos á América.

Decididamente Colombia ha perdido mucho, junto con las demás repúblicas sudamericanas, respecto del buen nombre y el interés que antes tomaban los europeos en los sucesos políticos de las nuevas naciones. En aquella época se publicaban artículos acerca de ellas en los periódicos más afamados, y el nombre de los prohombres de la Independencia era honrado por personajes como Lafayette en Francia y el General Wilson en Inglaterra. Hoy

(1) Había nacido en Londres en 1777; era de humilde nacimiento, y se había enganchado como voluntario en el ejército inglés. Como se señalase por sus actos de valor é instrucción militar, en 1794 ascendió á oficial. Hizo parte de las campañas de la Península Ibérica bajo las órdenes de Wellington. Habiendo entrado á París con los aliados, en 1814, se hizo notable por su espíritu levantado y generoso. Como entrase en la Cámara de los Comunes al concluir la guerra europea, su palabra sostuvo la causa liberal en el Parlamento desde 1821 hasta 1831, en que sus ideas contrarias al Gobierno causaron honda emoción en Inglaterra, y le mandaron borrar del cuadro del ejército. La opinión pública lo sostuvo, y se abrió una suscripción en su favor. Entonces Wilson abandonó á Inglaterra y se puso al servicio de España, que lo nombró Teniente General. Como en Inglaterra la opinión pública obligara al Gobierno á rehabilitarlo en sus empleos, adquirió nuevos méritos entre el partido liberal, y fué nombrado Gobernador de Gibraltar, puesto en que permaneció hasta poco antes de su muerte, ocurrida en 1849. Además de militar y político, llamó la atención como escritor de obras de historia militar.

entre los políticos europeos ¿quién se ocupa de nosotros ni de nuestra suerte? Lo único que en Europa publican los periódicos y leen sin interés los políticos, es cuando ocurre alguna revolución en una república hispanoamericana, ó cuando tiene lugar algún temblor de tierra ó alguna calamidad pública. En cuanto á lo demás, nos contemplan con curiosidad y manifiesto desprecio.

Inmediatamente que llegó á Londres, Acosta tomó un maestro para perfeccionarse en la lengua, y se estableció en un *boarding-house*, para practicarla y estudiar más de cerca el carácter y las costumbres inglesas.

DIARIO

«*11 de Mayo.*—Me dirigí hoy á la Cámara de los Comunes con el objeto de asistir á una sesión interesante que se anunciaba. Cuando hube presentado mi boleta de entrada, me introdujeron por vastas y góticas galerías hasta un salón alto, ahumado, alumbrado por tres grandes ventanas góticas, en una testera y cinco bancos forrados en badana verde y dispuestos en anfiteatro. Un poco separada del muro se ve una cátedra, delante de la cual está la silla del Presidente—que aquí llaman *Speaker*—el cual tiene que ataviarse con una gran peluca, al estilo de las que usaban nuestros abuelos.

«Veíase á los Diputados sentados en los bancos con el sombrero puesto, limpiándose los dientes y puliéndose las uñas en actitudes por cierto bastante descompuestas. Muchos diputados presentaban peticiones, á lo cual el Presidente contestaba secamente: "*lay upon the table,*" (ponga sobre la mesa).

«Al cabo de un rato pidió la palabra Mr. Hume, (1)

(1) **Era Mr. J. Hume uno de los liberales que con más entusiasmo defendieron la autonomía irlandesa durante largos años en la Cámara de los Comunes.**

Había pasado muchos años en la India como médico, y allí ganó crecida fortuna.

con el objeto de sostener, en un largo discurso, un proyecto por el cual se mandaba abolir el empleo de Virrey de Irlanda, porque, decía, aquel país no debía ser gobernado por delegación. El discurso duró más de media hora, interrumpido por exclamaciones de *hear! hear!* (oigan! oigan!) Mr. Hume es un hombre de más de cincuenta años de edad; habla con acento grave y con facilidad, y no gesticula, sino que pone las manos entre el chaleco.

«Luego que el orador entregó su moción por escrito, le acercaron una bujía (pues ya había oscurecido) al Presidente, quien la leyó. Otro miembro, cuyo nombre no recuerdo, habló con el sombrero puesto y atacó la moción.

«Cada vez que los Diputados hacían algún ruido, el Presidente exclamaba: orden, orden! y al momento todos se callaban. ¡Qué diferencia en Francia! Allí no basta pedir que se haga silencio, ni que el Presidente agite la pesada campana que tiene delante, ni que los *huissiers* griten silencio; los franceses no hacen caso ninguno, y no se callan sino cuando se les antoja.

«Otro Diputado, Mr. Rice, habló en seguida con mucha energía en el sentido de la moción, gesticulando y dirigiéndose á uno y otro lado.

«Los miembros que no cabían en la sala, iban á una galería situada á uno y otro lado, mientras que el público tiene derecho de sentarse al frente del Presidente en cinco bancos, en los cuales caben ciento cincuenta personas colocadas en anfiteatro (1).

«Me salí á las diez de la noche, antes de que se votase la moción, la cual supe que había sido rechazada por la mayoría.

---

(1) Los edificios en que en aquella época tenían lugar las sesiones del Parlamento inglés, se incendiaron en 1834. El actual edificio, inaugurado en 1840, es un magnífico palacio de estilo gótico perpendicular, que contiene cien escaleras distintas, más de mil aposentos, once patios, tres magníficas torres, y es uno de los edificios más imponentes de Londres.

«Por todas las calles, alumbradas con gas, se veían hombres vendiendo avellanas y gritando: *a penny a pint!*»

El Conde de Lasteyrie, que había casado con una hija del General Lafayette, y era célebre filántropo y hombre científico, se hallaba entonces en Londres. Acosta tuvo con él relaciones empezadas en los salones de su padre político en París, y aquello le sirvió mucho para poder penetrar en la alta sociedad inglesa, lo cual es sumamente difícil para un extranjero. Visitó también á Sir John Bowring, liberal *(whig)* inglés, grande amigo de Bentham, escritor y viajero de fama. Éste le llevó personalmente á su casa un billete privilegiado para poder asistir á una junta en favor de la abolición de la esclavitud, cuestión que entusiasmaba mucho á los ingleses en aquel tiempo.

Hé aquí la descripción bastante curiosa de aquel acto característico de la época, y que encontrámos en el Diario:

«*15 de Mayo.*—A las diez y media de la mañana me dirigí á la sala de los francmasones de Queen street, local en donde había de tener lugar la junta abolicionista. Cerca de mil quinientas personas estaban reunidas ya cuando yo entré. La concurrencia pertenecía á todas las clases sociales, tanto hombres como mujeres: veíase la elegante *lady* como la modesta *cuáquera*, el gran lord como el obrero pobre.

«Los *cuáqueros* se distinguían por su sencillo vestido y sombrero de copa baja, y las mujeres de aquella secta por su traje de un solo color y gorras en forma de cartucho. Unos y otras tenían un semblante de sincera dignidad, unido á un aire de firmeza bondadosa (1).

---

(1) Nadie ignora que esta secta protestante que tuvo principio en Inglaterra en 1647, fué propagada en Norte América por Guillermo Penn -l famoso colonizador. Los *cuáqueros* no admiten sacramentos ni dignida jerárquicas (tutean á todos), no permiten el ornato de los edificios n las personas, ni el derramamiento de sangre en duelo, en guerra, y ni quiera en defensa de la vida; no concurren jamás á diversiones ni es[

«Mr. Bowring (1) me había dado billete para un asiento privilegiado entre los miembros más importantes de la sociedad, que se hallaban en la testera del salón en un tablado dividido del resto de los espectadores por una baranda. Cerca de ésta estaba el asiento del Presidente *(Chairman)*. El famoso Mr. Wilberforce (2) presenció el acto. Cuando llegó lo saludaron con una salva de aplausos, los cuales se renovaron repetidas veces, mientras que penetraba por entre la multitud hasta llegar á su asiento al lado de Mr. Brougham, (3)

táculos públicos; no juegan ni juran. Pero en lo que más se diferenciaron de los demás colonizadores americanos, fué en que no permitían la esclavitud, y trabajaron en Inglaterra muchísimo para que se aboliesen los esclavos.

(1) Sir John Bowring era hombre político notabilísimo en el partido *whig*. Estaba entonces en el principio de su carrera, y sólo contaba 38 años de edad. Redactaba entonces la *Revista de Westminster*, y editó las obras de Bentham. Escribió gran número de obras; tradujo las poesías populares de muchos países europeos, y en el Parlamento defendió la libertad del comercio y escribió libros sobre ese asunto; fué Gobernador de Hong-Kong y tuvo grande ingerencia en los asuntos asiáticos de Inglaterra; á su regreso en 1857 escribió una obra sobre el Reino de Siam. Murió en 1872.

(2) Guillermo Wilberforce era un famosísimo filántropo, cuyo nombre figuraba ya en la Cámara de los Comunes en 1780 (cuando apenas había cumplido 21 años), y su elocuencia en defensa de la trata de los negros le hizo popular en todo el mundo. Luchó cuarenta años con todas armas por la causa que defendía, hasta que logró la abolición de la esclavitud en todo el Imperio Británico; además abogó sin cesar en toda Europa, hasta llevar á cabo su idea en las otras naciones.

La Asamble Legislativa francesa le concedió el título de ciudadano francés, y todos los Gobiernos del mundo le manifestaron su estimación. No se retiró del Parlamento sino en 1825, después de haber tenido asiento en él durante cuarenta y cinco años. Cuando murió, en 1833, lo sepultaron en Westminster, con los grandes hombres de Inglaterra.

(3) Famoso hombre de Estado y escritor. Fué uno de los fundadores de la *Revista de Edimburgo;* miembro del Parlamento desde 1810, se hizo notable en las Cámaras por la incomparable elocuencia de sus discursos contra el partido *tory* y por sus críticas en el periódico que fundó. Se equivocó, empero, con respecto á Byron, á quien atacó de una manera cruel.

el irlandés O'Connell, (1) el radical Enrique Hunt, (2) el Arzobispo del país de Gales y otros personajes célebres. Volviendo á Wilberforce, que me interesó mucho, noté que era un anciano tembleque y raquítico, y cuyos ademanes y modales parecían ridículos á los que no admiraban en él al campeón de la causa de la abolición de la esclavitud, á la cual ha consagrado su vida. Al pensar en ello se olvida su figura y se nota que en realidad su aspecto tiene aquella dignidad que nace de la noble causa que defiende.

«Cada vez que entraba alguna persona notable (y éstas por eso mismo llegaban tarde) prorrumpían en aplausos, y en torno mío oía pronunciar el nombre. Con ese motivo conocí á muchas de ellas que no había visto antes. Mr. Clarkson, (3) el compañero de Mr. Wilberforce en sus tareas abolicionistas, ocupaba el asiento presidencial cuando llegó el maestro, y al momento lo ofreció y el otro lo aceptó. Mr. Clarkson pronunció un discurso de apertura de la sesión, el cual no entendí, porque su pronunciación es defectuosa por falta de dientes; pero comprendí perfectamente la perorata de lord Milton, quien habló después.

(1) Era aquél el famosísimo patriota irlandés. Nacido en 1775, ocupó sus primeros años en el foro, carrera en que hizo una gran fortuna, la cual dedicó desde 1815 á la causa de la emancipación de Irlanda. Miembro de la Cámara de los Comunes, trabajó allí, y por medio de una asociación, en la emancipación de los católicos de la Gran Bretaña é Irlanda. Fué declarado Libertador de Irlanda, porque consiguió que ésta obtuviese muchos beneficios de que carecía. Perseguido y apresado en 1844, experimentó desengaños y grandes ingratitudes; se retiró á Italia, en donde murió en 1847.

(2) Llamábanlo el apóstol del radicalismo. Enrique Hunt recorría los condados de Inglaterra propagando ideas subversivas. Era, en realidad, un demagogo más charlatán que patriota.

(3) Este filántropo de la secta cuáquera consagró su vida y sus esfuerzos á la idea de la abolición de la esclavitud, y escribió, además de multitud de discursos, peticiones, etc., varias obras de historia de su secta y de la esclavitud. Murió en 1846, de 85 años de edad.

Este señor es miembro activo del partido *whig*, y abogado entusiasta de las reformas liberales. Insistió en que la esclavitud era incompatible con el Cristianismo, y en que los dueños de esclavos no podían ser discípulos de Cristo.

«Mientras hablaban los oradores, la Asamblea los interrumpía con gritos de *hear! heat!* en prueba de aprobación. Después de Mr. Clarkson y lord Milton, se levantó un hombre de levita azul y chaleco blanco, muy colorado y como de unos cuarenta y cinco años ó cincuenta quizás. Pidió la palabra, y al momento noté que aquello causó grande agitación en la Asamblea; unos lo llamaban al orden, y otros pedían que lo dejasen hablar. Él, sin embargo, conservó su serenidad, y sin amilanarse con los gritos de los circunstantes, se adelantó hasta la baranda del tablado, y con todos los movimientos y modales de un tribuno avezado en el oficio, empezó á hablar. Era nada menos que el radical Enrique Hunt, que ya me habían señalado.

«Su discurro iba encaminado á probar que aquella Asamblea estaba singularmente equivocada cuando creía que era un acto de humanidad el suavizar la suerte de los negros, mientras que dejaban subsistir en Inglaterra á seres de su misma especie que en realidad eran mucho más desgraciados que los esclavos africanos. Trabajo le costó acabar de desarrollar su pensamiento, porque desde que empezó á hablar quisieron interrumpirle con gritos de *off! off! out!* (fuera! fuera! salid!), y al fin la desaprobación llegó á tal extremo, que le fué forzoso callar.

«Inmediatamente se levantó Mr. Brougham, el cual debía de ser favorito de los circunstantes, porque le aplaudieron estrepitosamente cuando tomó la palabra, y después lo escucharon con la mayor atención, á pesar de que se limitó á decir que era justo escuchar á todo el que quisiese emitir su opinión en aquel recinto en pro y en contra de la cuestión que se debatía, y se sentó después de dar gracias por la buena acogida que le habían hecho.

«Alentado con lo que había dicho Brougham, Hunt volvió á pedir la palabra y á reanudar el hilo de su discurso. Comparó los sufrimientos de los negros en las colonias con lo que padecían los desdichados obreros de Inglaterra; explicó cómo las leyes protegían á los esclavos contra los malos amos, mientras que en Inglaterra no había ningunas que amparasen á los trabajadores contra la crueldad de muchos patrones. Había en el lenguaje y en el acento de aquel hombre una ironía tan amarga, unida á una violencia contenida apenas; tenía todo su discurso un estilo tan extraño á todos los usos parlamentarios,—de lo cual fingía darse cuenta y pedía perdón por ello, diciendo que, como no había sido miembro de ninguna Cámara, ignoraba los usos y costumbres de la ciencia oratoria de las Asambleas cultas,—que no podía menos de producir una singularísima impresión en sus oyentes. En el fondo de sus palabras se notaba una sátira tan cruel contra el Gobierno, que yo lo escuchaba con interés, y parecíame asistir á alguna representación dramática que pintaba una faz del espíritu inglés que yo no conocía aún.

«Desgraciadamente los elementos que componían aquella Asamblea, no eran propios para que lo escuchasen con paciencia; así fué que á poco la borrasca que rugía por lo bajo, tornó á desencadenarse, y los gritos de *order! order! to the question!* lo obligaron por último á guardar silencio.

«Un hombre que se había subido á una ventana, sin duda porque no hubo de encontrar puesto en otra parte, pidió la palabra; se la concedió el Presidente, y entonces desde allí enderezó un discurso á los concurrentes bastante típico: combatió el principio sentado por Brougham de que todo caballero *(gentleman)* tenía facultad para hablar cuanto le diese la gana en una junta, "porque, dijo, si así fuera, bastaría que un individuo fuese mal intencionado, para que lograse paralizar indefinidamente las operaciones de una junta deliberativa."

«Aquel discurso fué muy aplaudido, pero no bien hubo concluído, cuando Hunt quiso volver á hablar. Sin embargo, no pudo llevar á cabo su propósito: le interrumpieron los gritos de toda la Asamblea en masa, en medio de los cuales se oía la voz del Presidente que le negaba la palabra. Tuvo, pues, que sentarse, aunque protestaba por lo bajo con tono altanero, en su calidad de ciudadano inglés *(englishman)* contra la parcialidad de aquella gente.

«Luego habló lord Calthrope, y en seguida Daniel Wilson, Mr. Bennet, y por último Brougham; tomaron la palabra uno en pos de otro. Este último es el verdadero tipo de la energía intelectual alojada en un cuerpo ordinario, pero obediente á los ímpetus del alma; no tiene aquella gordura tan común entre los ingleses, es menos colorado, menos blanco que sus compatriotas, y tiene las facciones más pronunciadas. Una vez que hubo terminado su discurso, el cual me pareció notabilísimo como todo lo de él, resolví retirarme; eran ya las cinco de la tarde; hacía más de seis horas que estaba allí, y me sentía fatigado. Emprendí, pues, mi retirada, pero gasté un cuarto de hora en abrirme paso por en medio de la apiñada multitud. Entre aquellas dos mil personas que componían la concurrencia, noté las fisonomías más bellas y aristocráticas que jamás había visto reunidas en igual número.

«*17 de Mayo.*—A las doce y media estuve hoy en la Universidad de Londres. (1) Como iba recomendado á Mr. de Morgan, (2) el matemático, éste me recibió personal-

(1) Esta Universidad no fué reconocida como nacional sino en 1836. Había sido fundada merced á los esfuerzos de lord Brougham en 1828, y actualmente no goza de renta alguna del Gobierno. Allí se enseñan todas las ciencias con un cuerpo de profesores que pasan de 40, y 1,600 estudiantes, los cuales pagan cerca de 30,000 libras por año. Esta Universidad, que ha sido ampliada en 1880, tiene á su cargo un hospital, en el que se atiende á más de 39,000 enfermos por año.

(2) Mr. Augusto de Morgan era entonces muy joven, y ya era famoso como matemático. Había nacido en Madura en 1806.

Acosta tuvo después correspondencia epistolar con este sabio.

mente con mucha atención y me hizo recorrer todo el interior del edificio: los anfiteatros de física, el salón de modelos de máquinas de vapor y otros, el salón de instrumentos astronómicos y de mecánica, el de química (en el que pueden caber hasta ochocientos estudiantes holgadamente), los laboratorios y colecciones de curiosidades; todo lo vi y lo visité prolijamente. El Museo está todavía en embrión. En la biblioteca noté que casi todos los libros de matemáticas estaban en francés; después de Newton y de otros pocos ingleses, éstos han descuidado un poco este ramo del saber humano.»

Varias veces, según leemos en su Diario, Acosta estuvo en la Cámara de los Lores, llevado allí por Sir Robert Wilson. Allí vió hombres famosísimos en la historia, como lord Wellington, lord Aberdeen, lord Hill, el Comandante en Jefe del ejército inglés en ese tiempo, el célebre Bathurst y otros.

Un día le llevó á la Cámara de los Comunes, en donde, con permiso del presidente, le permitieron sentarse en los bancos de los Diputados. Vió entonces de cerca y oyó hablar al economista liberal José Hume, á O'Connell, á Mr. Hutchinson, á Mr. Douglas y al célebre hombre de Estado Sir Robert Peel, «cuya voz, dice Acosta, fué escuchada en los bancos de la oposición con marcada atención. Sus modales son los de un completo caballero, y su figura, sin ser hermosa, es simpática.» (1)

(1) ¿Quién no conoce siquiera de nombre á los dos Peel, padre é hijo? Sin embargo, diremos aquí unas pocas palabras acerca del primero, el cual fué el que conoció Acosta. Hijo de un rico pero no aristocrático hilandero del condado de Lancaster, nació en 1788; entró á la Cámara de los Comunes á los 21 años. En breve se hizo notabilísimo y tuvo parte en el Ministerio Liverpool, de 1812 á 1818. En 1329 se constituyó en defensor de los católicos en el Parlamento. En 1841 fué primer Ministro, en cuyo puesto tuvo grandes triunfos en los negocios financieros y de aduanas; fué el factor de reformas económicas importantes, y murió

Una mañana consiguió tarjeta de favor para ir á presenciar el ensayo de la ópera de Rossini—*Tancredo*—la cual por primera vez iban á dar en Londres. Allí vió de cerca á la célebre Malibrán, la cual se hallaba entonces en todo el apogeo de la gloria artística.» Hízose aguardar, —dice en sus notas de viaje,—no llegó sino hasta las doce del día, anunciando que no estaba dispuesta á ensayar la cavatina. A pesar de sus caprichos, la Malibrán tiene un aspecto bondadoso que agrada. Esta joven y asombrosa cantatriz corregía con acierto á los más antiguos maestros; notaba al momento la menor disonancia, y parecía el alma de la Compañía de Ópera, á pesar de que no ha cumplido 23 años.» (1)

Acosta frecuentó muy buena sociedad en Londres: fué invitado á comer en casa de Sir Robert Wilson, de Mr. de Morgan, y con el General Santander, quien llegó en esos días á Inglaterra, visitó la casa de Lord Lansdowne y reanudó sus relaciones con Lord Holland, á quien había sido presentado en casa del General Lafayette. Con el señor Renjifo—su compañero de viaje,—visitó la Torre de Londres. Lo que más le llamó la atención allí fué la Sala de armas, en donde le señalaron las tomadas por Wellington en Waterlóo, «las cuales, dice, formaban una muralla de bruñido y reluciente acero.»

De la catedral de San Pablo dice: «Esta es sin duda la iglesia protestante más vasta del mundo, pero de ninguna manera puede compararse á San Pedro de Roma, como suelen hacerlo los ingleses. Fué casi nula la impresión que recibí allí, apesar de que su media naranja tiene una elevación prodigiosa y mide 110 metros de altura, pero la de San Pedro se levanta 152 metros sobre el suelo.

prematuramente en 1850. Dejó su adquirido título, así como sus talentos administrativos, á su hijo, de su mismo nombre, pero que no alcanzó jamás á la fama de su padre.

(1) La Malibrán murió seis años despues, de una caída de caballo.

Desde la cúspide, adonde subimos, se descubre la ciudad, ese Londres triste, negro, obscuro y siempre cubierto con una capa de humo, mientras que en Roma causa sorpresa aquella atmósfera trasparente que permite ver hasta el más insignificante pormenor del paisaje!»

Demasiado se ha hablado ya de aquella famosa metrópoli, para que creamos necesario trascribir aquí las descripciones de los monumentos tan conocidos que encontramos en el Diario de Acosta.

Acosta describe el museo Británico, el cual visitó prolijamente (1) y lo que más le llamó la atención fueron los libros en lengua china é indostánica que allí le señalaron, como después vió en la Sociedad Asiática otros que le interesaron particularmente.

Como deseara estudiar la vida inglesa bajo diferentes faces, fué á pasar unos dos días en un lugar llamado *Forest Hill*— sito á pocas leguas de Londres, en donde tenía una casa de campo un Mr. Mott. Allí se entretuvo en averiguar los precios de las casas y víveres y la manera de vivir de los aldeanos, y cómo cultivaban la tierra; todo lo cual apunta en su Diario. Le señalaron un caballo que había cumplido 34 años y todavía servía para tirar de un carro; en América los caballos duran mucho menos que en Europa, sin duda porque aquí cuidan menos los animales.

Describe las casas y las costumbres de Inglaterra comparándolas con las francesas.

Con Mr. de Morgan Acosta fué á visitar el Hospital de Greenwich; en el camino se les juntó Mr. Redley, que era el Director del Establecimiento. Este les hizo recorrer lo más importante de él. En la parte en que viven los inválidos le dijo que se albergaban cuatro mil personas, contando los marinos asilados, los empleados y los niños que

(1) En aquella época el magnífico edificio del Museo Británico no estaba concluído, y no existían ni la décima parte de las galerías y salones que hoy admira todo el que vaya á Londres.

reciben allí educación gratuita: á todos alojan, alimentan y enseñan gratuitamente á expensas del Gobierno. Además los llevaron á la parte del edificio en que tienen alojamientos particulares los pensionados, y ellos se buscan sus alimentos. (1)

Llamóle la atención ver en medio de construcciones nuevas el antiguo palacio de la reina Ana, el cual, observa, «está en el corazón del establecimiento y se conservan allí todavía los artesonados y hermosas pinturas al fresco en los salones, pero en lugar de ricos muebles y cortinajes suntuosos, entre cuyos pliegues suelen ocultarse el vicio opulento, vimos los sencillos catres de cuatrocientas hijas de marino que se educan honradamente, y allí duermen las que serán un día virtuosas madres de familia y esposas fieles. En las escaleras encontrámos algunas de estas niñas que nos hacían una modesta reverencia y se alejaban.

«En los antiguos jardines en los cuales antes se paseaban los cortesanos, encontrámos algunos marinos inválidos. A unos les faltaba un brazo, y otros tenían una pierna menos. Se habían congregado bajo las columnas de los corredores, y compartían tranquilamente entre sí. Después de escapar de los peligros de la mar y de las contingencias de la güerra, veían llegar el fin de su vida en un puerto seguro, consolados y protegidos por un Gobierno que sabe recompensar el mérito. Desde allí, y al abrigo de toda borrasca, pueden contar y recontar el número infinito de naves que suben y bajan por el Támesis, esa arteria del comercio del mundo, y al mismo tiempo contemplan bajo el techo que los ampara más de ochocientos niños que se preparan, sin duda con la petulancia propia de la juventud, á entrar en la carrera en que tantos perecieron. De los

(1) Parece que después se permitió á los pensionados que viviesen en donde quisieran, y hay muchos aposentos vacíos.

que parten de allí llenos de esperanzas, unos pocos regresan mutilados y enfermos á esa cuna de sus ilusiones y suspirado sepulcro de los que vuelven á morir después de una vida incógnita y azarosa. Al lado de los marinos se educan las niñas huérfanas de los que perdieron la vida en las lides, y estas serán las humildes compañeras de su vida, humildes y castas, y cuyo orgullo no se fundará sino en suavizar la existencia de los hombres y tenerles contentos y dichosos. Este es el tipo de la mujer inglesa; Dios la bendiga!»

En una de las salas del Hospital de Greenwich vió bajo cristales el sombrero de dos picos y rasgado que perteneció á Nelson, y en la galería de pinturas un cuadro que representa su muerte.

Subió al Observatorio, que se halla en la cumbre de una colina. Le salió á recibir un joven hermano del astrónomo Pons, por estar este enfermo. (1) Mostráronle los instrumentos más importantes del establecimiento, y á su regreso á Londres compró varios que había visto iguales allí y que le eran desconocidos.

CAPÍTULO XVII

Residencia en Londres.—Le hacen miembro de la Sociedad de Astronomía.—Sociedad Real de Londres.—Westminster.—La viuda de Miranda.—Molino.—El señor Madrid.—La América española en 1830.—Muerte de Jorge IV de Inglaterra.—Muerte y entierro del benemérito señor Madrid.—Mr. Poules Zacarías Macaulay y su familia.—El mapa de la Gran Bretaña.

Acosta fué invitado al Banquete de la Sociedad Astronómica de Londres, en donde trató á varias notabilidades

(1) *Juan Luis Pons*,—de origen francés, fué Director de varios Observatorios. Era particularmente adicto á estudiar la marcha de los cometas; descubrió 37 y por eso le llamaban *Cazador de Cometas*. Murió en 1831, á los 70 años de su edad.

científicas, como el Capitán Basilio Hall, célebre viajero y navegante inglés, quien había publicado poco tiempo antes la relación de sus viajes en Chile, Perú y México, durante los años de 1820 á 22. Conversó con el Capitán Juan Franklin, de la marina Real de Inglaterra, el cual le habló de su expedición al polo Norte con el Capitán John Ross. (1) El Presidente de la Sociedad, que estaba á la cabecera de la mesa, le mandó invitar á que tomase una copa con él. Después del banquete fué presentado solemnemente á los miembros de la Sociedad y propuesto por uno de ellos como miembro. El Secretario de la Sociedad le leyó en seguida los Reglamentos, y ofrecieron extenderle su nombramiento.

Acosta asistió también á una sesión de la *Sociedad Real* de Londres, el primer cuerpo científico del Reino Unido.

«La antecámara,—escribe,—de Somerset House, en la cual estuve aguardando la hora de la reunión, sirve tanto para la *Sociedad Real* como para la de los *Anticuarios*. (2) Cada miembro puede introducir algún amigo co-

(1) Este Capitán no se había hecho notable todavía en 1830. Juan Franklin tenía entonces 44 años. Después de haber servido en la marina inglesa en las guerras contra Francia y los Estados Unidos, se había dedicado á viajes de exploración en el polo Norte, y sirvió mucho á las ciencias. En 1845 salió con dos naves á descubrir el paso N. O., y desde Julio de ese año nadie lo volvió á ver. Desde 1848 hasta 1859 se organizaron 18 expediciones para irle á buscar, pero nadie pudo dar con el paradero del navegante, hasta 1859, en que se encontraron rastros y un pergamino en que uno de sus compañeros daba cuenta de su muerte y de la de todos los que iban con él en los dos buques.

(2) Hoy la *Sociedad Real* tiene su asiento en New-Burlington House, magnífico palacio que el Gobierno compró en 1854 (le costó 140,000 libras esterlinas) para que se reuniesen allí gran número de sociedades científicas y artística. Fundada esta Sociedad desde mediados del siglo XVII, ha conservado gloriosamente su nombre. Hoy cuenta 750 miembros, y todo hombre de ciencias ambiciona el poder añadir á su nombre las letras F. R. S. (Fellow of the Royal Society) como el mayor título de honor.

mo visitador; á éstos los inscriben en una lista, y una vez inscrito allí, pueden entrar libremente y sentarse entre los miembros recibidos de la Sociedad.

«Yo llevaba una carta de introducción para el Presidente, el Duque de Sussex, el cual me recibió con amabilidad y me introdujo en el salón de las sesiones.»

Con el General Santander visitó á Westminster, abadía famosisíma de la cual Acosta hace larga descripción. Divirtiéronse mucho los dos americanos con una estatua que representaba al Rey Eduardo I, y á la cual faltaba la cabeza. Preguntando lo que aquello significaba, les contestó el guía ó *cicerone*, que como la cabeza original era de plata, se la habían robado hacía siglos, y nadie se había tomado la pena de reemplazarla; y esto á pesar de que aquel Rey fue el fundador de las instituciones parlamentarias del Reino. Sin embargo, como había muerto hacía cinco siglos, era natural que lo olvidase la nación, cuando esta no se acuerda de los que ayer no mas le han hecho el bien. (2)

Después de nombrar la mayor parte de los principales monumentos que encierra aquel célebre panteón de los hombres famosos de Inglaterra, añade:

«Este suntuoso cementerio, en el cual puede recordarse la historia política, literaria, civil y militar de Inglaterra, debe visitarse con profundo respeto. ¡Cuántos acontecimientos memorables, funestos ó felices, provechosos ó adversos á nuestra pobre especie humana, no recuerdan aquellos nombres que se ven grabados sobre esas losas!»

Con el mismo General Santander fué á visitar á la viuda del desafortunado General Miranda. «Vi,— escribe,—

(2) Hoy no existe esta estatua; en su lugar no se ve sino una losa de mármol con el nombre del Rey encima.

la excelente biblioteca que perteneció á este gran patriota. La casa que la señora viuda habita hace más de veinte años, está llena de recuerdos de Miranda.»

Allí le presentaron por primera vez (y después conservó relaciones de amistad con él) al señor Molinó, el antiguo secretario del ilustre venezolano.

Visitó el arsenal y la fundición de cañones de bronce, todo lo cual describe en el Diario, fijándose particularmente en las armas que pudieran convenir mejor á las fortificaciones de su patria. Estuvo en los *West-Indian Docks* y en otros muelles importantes. «Estando en los *London Docks*, escribe, vi la estatua de un negociante *(merchant)* á cuyos esfuerzos y perseverancia debió la compañía emprendedora la conclusión de aquella obra colosal. Es la primera estatua erigida á un comerciante que recuerdo haber visto en Europa; hasta ahora en las plazas, paseos y lugares públicos que he visitado, no había visto sino efigies de conquistadores, poetas y filósofos.»

Explica circunstanciadamente el sistema, los estatutos y condiciones de aquel enjambre comercial.

Estuvo también recorriendo el edificio del Banco de Inglaterra con uno de los cajeros con quienes se había relacionado en el *boarding house* en que vivía.

Con el Conde Lasteyrie y el General Santander, Acosta fué á oir una conferencia que dió Mr. Robert Owen, el fundador de las colonias y sociedades cooperativas. Después de gastar toda su inmensa fortuna en aquellas utópicas reformas sociales en los Estados Unidos, en donde fracasaron todos sus proyectos, aún conservaba esperanzas de fundar aquellas colonias anti-religiosas en Europa, y llamaban la atención sus conferencias por lo mismo que en ellas todo era fantástico é imposible de realizar.

Ocupa algunas páginas del Diario de Acosta la descripción del *Tunnel* bajo el río Támesis, en el cual se había trabajado entonces cinco años; no estaba aún concluído

y no se dió á la circulación sino en 1843 (1). Recorrió la casa de locos de Peckham; la de educación de Chelsea, fundada por el Duque de York para educar 500 huérfanos de militares, la cual contenía niños de cuatro á catorce años. Allí les enseñan algún oficio útil, ó los preparan para la carrera militar si optan por ella. Con el Conde de Lasteyrie visitó varias fábricas, establecimientos tipográficos, gasómetros etc. etc.

No dejaba pasar un día sin que en él hubiese aprendido y visto algo nuevo.

Pero no todo era contento y satisfacción en aquella existencia dedicada á adelantar los conocimientos prácticos de la vida y la ilustración de su espíritu. Lo tenía muy preocupado la situación de su patria y afligido el estado de salud de uno de sus compatriotas á quien profesaba verdadera amistad. Veamos lo que acerca de esto dice su Diario.

«*2 de junio.*--A las once de la mañana tomé puesto en un carruaje público para ir á visitar á Madrid, que había tomado alojamiento en Barnes, aldea sita á seis millas de Londres. Pasamos por Chelsea, Kensington, Fulham—en donde están los jardines y el Palacio del Obispo de Londres.— En Putney pasámos el Támesis por un puente de madera, y diez minutos después me desmontaba en Barnes.

«Encontré á Madrid muy enfermo; él piensa, creo que con mucha razón, que está tísico, y no podrá volver á Colombia. Pasé el día con él y su señora, leyéndole las gacetas y los diarios de debates del Congreso colombiano.»

——

Arrojemos rápidamente una ojeada sobre la tirantísima situación de Colombia en aquel tiempo calamitoso, en

(1) Hoy lo atraviesan cuarenta trenes por día, y nadie le hace caso haber muchas obras de ingeniería que llaman la atención del público que son más útiles é interesantes.

el cual no se veía en lo por venir sino obscuridad y peligros; obscuridad y peligros que aún nos amenazan setenta y un año después! No eran menores las calamidades que se habían desencadenado sobre las demás repúblicas hermanas. «La América española (1830) dice el General Posada en sus Memorias (1) era un vasto campo de anarquía turbulenta que entristecía y espantaba á los hombres de alguna previsión. En México se batían los partidos en las calles, y entre tanto los *léperos* saqueaban las principales casas, cometiendo toda clase de excesos. Centro América se despedazaba, trayendo consigo la federación y los desastres que le son consiguientes, y que concluyeron con la República fraccionándola en republiquitas enemigas que se hacen eterna guerra. En el Perú el General Lamar había sido militarmente destituído de la presidencia é ignominiosamente deportado. En Buenos Aires todavía peor que en otras repúblicas, habían sido asesinados los Presidentes Dorrego y Blanco, derramándose con profusión espantosa la sangre de los ciudadanos. En Chile á la sazón los partidos *Pipiolos* y *Pelucones* se mataban en feroz guerra civil, acusándose mutuamente de haber violado las leyes y de haber faltado á la buena fe en las elecciones para presidente de la República. Bolivia, después de la separación del filántropo Sucre, se sacudía para zafarse de las garras del Perú, á fin de que entregada á su propia suerte, pudiera entrar á figurar mejor en el drama de desórdenes sangrientos del continente de que hacía parte.»

Entretanto los dos amigos que leían los periódicos y las cartas que les mandaban de Colombia, comprendían que era tál la discordia que allí cundía, que en breve las dos Repúblicas hermanas—Nueva Granada y Venezuela,—acabarían por hacer casa aparte. Aquella próxima diso-

(1) Volumen 1.°, página 192.

lución los afligía sobremanera, pues ellos desde lejanas tierras veían con espíritu reposado cuáles serían las consecuencias inmediatas y remotas, y cómo perdería su patria la importancia que tenía conquistada, si se seccionaba y dividía. Páez había amenazado resueltamente que preferiría entregarse á los españoles de nuevo más bien que obedecer al Gobierno establecido en Bogotá, y había convocado un Congreso para reconstituir á Venezuela en república separada. Entretanto el Congreso que llevó el nombre de *admirable* se había instalado en Bogotá el 20 de Enero de 1830, y el mensaje que Bolivar presentó á las Cámaras respiraba el amargo y profundo dolor que siente el hombre de genio, á quien no se le ocultan las consecuencias de ciertos hechos, y el desconcierto que nacería de aquellas discusiones que iban á desarrollarse en el Congreso que empezaba sus sesiones.

La prensa de Bogotá solo respiraba odios, envidias, ambiciones descabelladas, calumnias, todo por medio de un lenguaje violento y sin freno. La lucha prolongada, empero, acaba por agotar la energía de los hombres más patriotas, y entonces se dejan llevar por el desaliento y los desengaños hasta el punto de olvidarlo todo para hacerse á un lado de la política activa y dejar el paso libre á los ambiciosos que solo buscan su propio bien y no el de la patria. Bolívar desde la Quinta de las orillas del Fucha, adonde se había retirado enfermo de cuerpo y de alma, herido en su susceptibilidad y amargado con la ingratitud de aquellos mismos que había protegido, vió que todos sus esfuerzos habían sido vanos; que su obra se desmoronaba, y que en ese naufragio de todas sus esperanzas patrióticas, su obra claudicaría.

Discutiendo aquellas cosas pasaron el día Madrid y Acosta. El enfermo se desconsoló tánto, que su amigo lo sacó á pasear en carruaje para distraerlo de sus preocupaciones patrióticas y personales. Sin duda ese debió de

ser el último día en que Madrid salió de su casa; desde entonces empezó á agravarse de una manera tan alarmante, que ni sus amigos ni su abnegada esposa conservaron esperanza de librarlo de la muerte.

Mientras que el patriota Doctor Madrid agonizaba tristemente, lejos de su país, en una pobre aldea de las cercanías de Londres, el personaje más importante de Inglaterra rendiá también su última jornada en el Palacio de Windsor el 26 de Junio. No bien se tuvo noticia en Londres de que el Rey Jorge IV había muerto, cuando toda la población se vistió de luto, se cerraron las tiendas en señal de duelo, y los periódicos aparecieron con ribetes negros.

«Yo, escribe Acosta, pagué un puesto en la imperial de un carruaje público para desde allí ver pasar la procesión de los que iban á proclamar en *Charing Cross* el advenimiento del nuevo Rey Guillermo IV. Inmensa multitud cubría las calles y casas adyacentes; en las ventanas, en las cornisas, sobre los techos de las casas y en frágiles andamios construídos de prisa, se amontonaba una multitud curiosa. En primer lugar desfiló una tropa de caballería vestida de encarnado, precedida por seis trompetas; después seguían algunos oficiales de la Corona y reyes de armas y otra tropa de caballería que no pasaba de quinientos hombres. La procesión se detuvo en Charing-Cross, y uno de los oficiales leyó un papel en que se decía que, habiendo fallecido el Rey Jorge IV, le tocaba la corona al Duque de Clarence, su hermano menor; por consiguiente los Lores, las Cámaras y Parlamento, el Lord-Mayor (Alcalde *Mayor* de Londres) habían resuelto reconocerlo como su legítimo Rey, bajo el nombre de Guillermo IV (1).

(1) Guillermo IV era tercer hijo de Jorge III. Había nacido en Windsor en 1765. Así como su hermano Jorge IV, era odiado por los ingleses, quienes detestaban su conducta disipada. Era partidario de los whigs; no tenía hijos legítimos; murió 7 años después de haber subido al trono, en 1837, dejando la corona á su sobrina la Reina Victoria, hija del Duque de Kent, quien había muerto diez años antes.

Cuando hubo acabado de leer la proclama, se oyeron algunos aplausos y vivas, y las señoras sacudieron sus pañuelos. Inmediatamente la procesión siguió su camino hacia la *city.*»

El día 27 de Junio Acosta fué llamado con urgencia á Barnes; el señor Madrid había empeorado, y la familia estaba en la mayor consternación. Momentos después de haber llegado á casa del moribundo Ministro de Colombia, se presentó allí el General Santander; ambos se acercaron al lecho del poeta agonizante; Madrid los reconoció y se despidió de sus compatriotas, citándoles algunos versos de Virgilio.

Sin embargo, Madrid no murió sino al día siguiente á las doce y media del día.

Apenas dejó de existir su amigo, Acosta fué á buscar á Sir Robert Wilson con el objeto de que se insertasen artículos necrológicos en los diarios de Londres.

« *3 de julio.*—A las once tomé un coche público para ir á Barnes á asistir al entierro del doctor Madrid. Salímos de la casa mortuoria á poco de haber llegado. El carro en que iba el féretro, cubierto de paños negros y plumajes, iba seguido de tres coches enlutados. Antes de salir de la casa pusieron á los convidados capas negras y bandas de seda en los sombreros. Me tocó ir al lado de un banquero y del Ministro del Brasil, señor Merle, editor de *El Correo*. Gastámos dos horas de Barnes á la iglesia de Marilebone, en donde se debía depositar el cuerpo. Apenas entró el féretro en la iglesia, dos Ministros (pastores protestantes) leyeron algunos salmos, y luego lo llevaron al vestíbulo y colocaron el ataúd sobre el pavimento, que se fué hundiendo poco á poco, mientras que uno de los Ministros oraba y el otro arrojaba puñados de tierra sol el cajón hasta que desapareció en la profundidad de bóveda.... Asi desapareció Madrid á nuestros ojos, deja

do solamente como huella de su paso por este mundo, la memoria de un hombre honrado, de un poeta sensible, después de haber soportado quince años de dolores físicos y morales con paciencia admirable, y haber pasado por todas las vicisitudes de una vida azarosa y llena de viceversas. Madrid no había cumplido cuarenta y un años! (1)

Mr. Powles, el comerciante inglés que tenía entonces muchos corresponsales en la América del Sur, invitó á Acosta á que fuese á su casa de campo, sita en Stamford.

«El dueño de casa, dice el americano, me hizo visitar sus jardines é invernáculos, los cuales son hermosísimos, y en ellos maduran frutas de las zonas tropicales. Pero más que todo lo que me señaló en sus propiedades, me gustaron sus hijas Emma y Tomasa. Estas señoritas, que son muy bonitas, elegantes y amables, como todas las inglesas educadas, hablan bastante bien español é italiano. Después de la comida Tomasa cantó algunas canciones italianas acompañándose en el piano.»

Más lejos refiere que, habiendo sido invitado á almorzar con el conocido y entusiasta abolicionista Zacarías Macaulay—padre del famosísimo historiador Lord Macaulay,—para quien había llevado carta de recomendación del ex-Obispo de Blois, este lo presentó á su familia (2) y compartieron todos juntos un rato. Antes de sentarse á la mesa Macaulay leyó algunos versículos de la Biblia, y todos se arrodillaron á oir la oración deprecatoria que hizo el anciano en alta voz y que duró largo rato.

---

(1) El Doctor C. Martínez Silva, autor de la *Biografía de D. José Fernandez Madrid*, observa lo siguiente (después de citar esta página del Diario de Acosta que se le había facilitado): "Aunque Madrid era católico, sus exequias se celebraron en la iglesia parroquial de Marylebone y conforme al rito anglicano, sin duda por el carácter oficial de que estaba investido."

(2) Se conservan cartas de Zacarías Macaulay á Acosta.

Nuestro viajero visitó detenidamente el *Ordonance Map Office* y notó que en Inglaterra se trabajaba de otra manera que en Francia el mapa de la Gran Bretaña que estaban levantando. Dice que lo trabajaban particulares á quienes el Gobierno pagaba 33 chelines por milla cuadrada. El Capitán Mudge, Jefe del establecimiento, le dijo que la carta de Inglaterra é Irlanda estaría concluída al cabo de diez años, pero la de Escocia tardaría más, porque los cerros aumentaban muchísimo el trabajo.

CAPITULO XVIII

Regreso á París.—El hijo ilegítimo de Miranda.—Viaje de Calais á París.—Noticia de la toma de Argel por los Franceses.—Asuntos diplomáticos.—Conferencia reservada.—Un día en la Granja del General Lafayette.

1830

Hacía dos meses que Acosta estaba en Londres, cuando encontró que era tiempo de regresar á París á preparar el viaje que debería hacer á los Estados Unidos en vía para Colombia. Dijo, pues, adios á sus amigos de Londres y se embarcó el día 7 de Julio con dirección de Calais. De paso por esta ciudad se detuvo para visitar á un librero de apellido Leleux, el cual le había recomendado el General Lacroix años atrás. Era este hijo ilegítimo del General Miranda, y con ese motivo Acosta deseaba conocerlo. Hé aquí lo que con respecto de este personaje leemos en el Diario:

... «Leleux me pareció un pobre hombre, en el cual las facultades morales habían disminuído en razón inversa de las físicas, que habían ido aumentando, pues su vientre es enorme y nula su inteligencia. Entre otras cosas

me dijo que había determinado no ser ya más republicano. (1)

«*8 de julio.*—Recorrí la ciudad de Calais; esta no tiene nada notable, salvo las fortificaciones del lado de tierra, las cuales, aunque descuidadas, pueden ponerse en poco tiempo en estado de defensa.

«A las nueve (de la mañana) tomé la diligencia en vía para París, pasando por Boulogne. Partímos por la orilla del mar; el terreno en algunas partes es cascajoso é improductivo, y en otras veíanse inmensos trigales. Dentro de la diligencia se hallaba un viejo platero de 80 años de edad, pero robusto y vivo, el cual me entretuvo hablándome de la Revolución Francesa; habíala presenciado desde su principio; se expresaba en lenguaje escogido y poseía una instrucción general de conocimientos literarios y científicos, los cuales, sin ser profundos, eran muy variados. Entre tanto un artesano inglés acomodado, que viajaba con un hijo suyo para divertirse, no sabía hablar de ningún asunto fuera del de su profesión, y era tan vulgar é ignorante como solo es capaz de serlo un anglo-sajón de baja extracción.

---

(1) Sin embargo Leleux se había educado al lado del ilustre Miranda, y lo acompañó en Venezuela hasta que el General cayó en manos de los Españoles el 30 de Julio de 1812. Leleux alcanzó empero á embarcarse con los papeles de Miranda. Hé aquí una carta de *Soublette al ciudadano Leleux*:

28 *de Julio*

Mi querido amigo Leleux: el General me encarga te escriba recomendándote de nuevo que sus papeles y mapas, que están en los cofres, los empapeles bien y los hagas transportar inmediatamente á la Guaira, y remitirlos en el bergantín de Waltson que está próximo á hacerse á la vela para Curazao; que estos los dirijas y recomiendes á la casa de Robertson y Belt, con particular encargo para que los conserven en su poder; y sería necesario que pasases tú mismo á la Guaira para que todo se ejecute con el mayor arreglo y seguridad, como asunto que le importa. Procederás igualmente encajonando los libros que quedaron en Caracas para remitirlos en otra ocasión si fuere necesario.

cho para que continuase hasta su quinta y pasara allá algunos días hasta que él pudiera regresar.

«Continué, pues, camino hasta Rozoy, pequeña ciudad, en donde, mientras cambiaba de caballos, los que allí había me hicieron los mayores elogios de Lafayette y de su familia.

«La Granja se halla á un cuarto de hora de Rozoy, y no hay ninguna cerca, barrera ó muro que defienda la propiedad de Lafayette de la de sus vecinos. Los grupos de árboles y bosquecillos que rodean la quinta, le dan un aspecto agreste; ésta tiene cuatro torrecillas góticas en los cuatro ángulos cubiertos con enredaderas y yedra; algunos de estos arbustos me dijeron después que habían sido sembrados por el famoso Fox, (1) á quien había ligado sincera amistad con la familia de Lafayette al través de todas las vicisitudes de la política.

«Encontré en la Granja á la hija del General, casada con el Conde de Lasteyrie, (2) la cual me señaló mi habitación en la torrecilla de la grande escalera que desemboca en el vestíbulo del comedor.

«Antes de la hora de la comida, el joven Lasteyrie me llevó á visitar las granjas y los establos de ovejas y ganado vacuno, y caballerizas que pertenecen á la propiedad. El producto de aquella tierra consiste principalmente en las ovejas merinas, las cuales me mostraron pastando en un prado; á pesar de su valor, aquellos animales no me interesaban, y no me pesó el tener qué abandonar su

---

(1) Carlos Jaime Fox, de la familia de lord Holland. Hombre de Estado inglés, rival de Guillermo Pitt, defendió la causa de los insurgentes de América y la abolición de la esclavitud; admiró los principios de la Revolución Francesa; apoyó el partido de la paz, y siendo Ministro de Estado, había entablado negociaciones con Napoleón, cuando murió en 1806.

(2) El mismo que estaba en Londres y que tuvo con Acosta estrecha amistad.

compañía al sonido de la campana que anunciaba la hora de la comida.

«En el salón encontré un trío de bellísimas señoritas, á saber: dos hijas de la Condesa de Lasteyrie, y Matilde, la hija de Jorge Lafayette, que ya conocía. Me presentaron á la señora de Alba, á una hermana de ésta y á dos hermanos suyos; era esta una familia portuguesa que estaba en Francia, no sé si de paso ó permanentemente. Yo tuve el honor de conducir á la mesa á la Condesa de Lasteyrie.

«Después de comer bajámos á los jardines, en donde me mostraron dos enormes sauces llorones que el General había sembrado en su juventud. De paso llegámos hasta el lago que embellece el parque, y como hubiese allí un bote, nos embarcámos en él para pasar al otro lado...... No olvidaré jamás este paseo en el lago; la música lejana de la fiesta en una aldea de los alrededores llegaba hasta allí; el hermoso grupo que presentaban las aristocráticas damas, mis compañeros y el ambiente suave que hacía flotar los vestidos blancos y rosados de las señoras, aumentaban la poesía de esa tarde encantadora.

«Llegados al otro lado, bajámos del bote y estuvímos en el baile campestre, cuya música nos había acompañado al través del lago. Al llegar la noche, ya cerca de las nueve, volvimos al castillo y subímos al salón, en donde sirvieron el té.

«Grata é inolvidable será para mí la culta conversación que tuvo lugar después en aquel salón circundado de los retratos de todos los presidentes de los Estados Unidos. En la antesala y bajo los pliegues de la bandera norteamericana, se ven otra vez los retratos de Washington y de Franklin. Aquella bandera fué la misma que regaló á Lafayette el Comandante de la fragata que trajo al General de los Estados Unidos, y que él guarda como un recuerdo de aquella navegación. En el salón están también los re-

tratos de Bailly, aquel sabio francés, víctima de los furores revolucionarios, y de Larochefoucauld, el antiguo amigo de la familia de Lafayette. Vi también el del patriota español Rafael de Riego, y el de su mujer.

«El cuarto que me dieron estaba adornado con cuadros que representaban los combates navales que tuvieron lugar durante la guerra de la Independencia de los Estados Unidos. Contemplando aquellas pinturas históricas desde mi cama, me quedé al fin profundamente dormido.»

A pesar de que la familia del General Lafayette instaba mucho á Acosta para que aguardase en la Granja el regreso del dueño de casa, éste no quiso abusar de la amabilidad de las señoras que le brindaban hospitalidad; así fué que al día siguiente regresó á París.

CAPITULO XIX

Situación de Francia en Julio de 1830.—Una sesión en el Instituto.—Descontento del pueblo con el Gobierno.—Se declara una revolución en París contra Carlos X.—Acosta presencia aquellos acontecimientos.—Coronación de Luis Felipe.

1830

Como siempre interesa todo lo concerniente á los sucesos históricos, y gusta saber las impresiones personales de aquellos que presenciaron acontecimientos importantes, hemos pensado que no se debe dejar de trascribir casi íntegramente todo lo que encontramos en el Diario de Acosta, tocante á la Revolución de 1830 en Francia. Sin embargo, antes de esto permítasenos refrescar las ideas los lectores con una brevísima reseña de la situación que se hallaba Francia en aquellos momentos.

Carlos X—desde que sucedió en el trono á su hermano Luis XVIII en 1824,—era cada día menos querido del pueblo, de ese pueblo nacido y criado durante la Revolución del fin del siglo anterior. Aquella situación tan delicada no la supo comprender Carlos X, quien olvidaba que después del gran cataclismo de 89, los bullicios sos franceses no se dejaban gobernar como antes de aquel acontecimiento; olvidaba que si Napoleón tiranizó el país, en cambio le dió esas glorias militares que tanto halagan á los hijos de los Galos y de los Francos; con ese motivo cometía error sobre error, imprudencia sobre imprudencia. El Ministerio ultra-retrógado de M. de Villèle, y después el impolítico de Polignac, exasperaron al pueblo y á los burgueses, y no solamente á estos, sino también á muchos nobles. La oposición que el Ministerio tenía en la Cámara crecía y aumentaba de una manera tan alarmante, que Carlos X dió el último paso por el camino de las imprudencias y firmó el decreto de disolución de las Cámaras. Las nuevas elecciones no produjeron el resultado que esperaba el partido de Polignac, y al reunirse se encontró que eran tan adversas al Ministerio como las anteriores. La noticia de la conquista de Argel no reconcilió al pueblo con el Rey, como se creyó, y la prensa liberal no cesó de criticar los actos del Ministerio. Además, las logias francmasónicas tenían en Francia, y sobre todo en París, una influencia todopoderosa, y ellas decretaron que se hiciese guerra á muerte á Carlos X. Este resolvió entonces dar un golpe de estado para adquirir mayor autoridad; abandonó repentinamente las sendas de la Constitución, y y publicó un decreto por el cual anulaba las últimas elecciones electorales, abolía la libertad de imprenta y disolvía la nueva Cámara de Diputados. Era lo que aguardaban los enemigos de los Borbones para dar el último golpe, conciliándose así aun á aquellos que hasta entonces

que se iba á hacer. Las puertas del Palacio del Louvre y y de las Tullerías estaban cerradas; en la plaza del Carrousel hallámos formado un batallón de Infantería de la Guardia Real y dos escuadrones de caballería.

«Al desembocar en la calle de Rohán encontrámos que una tropa de gendarmes á caballo cargaba sobre un grupo de burgueses sable en mano, y tuvimos que refugiarnos en la tienda de una frutera, la cual estaba abierta por casualidad. Sin embargo, los gendarmes no hacían sino amenazar con el sable desenvainado, y á pesar de que los apedreaban, no empleaban otro medio de defensa, sino aprehender á los más atrevidos y dispersar los grupos con amenazas.

«Mientras que aguardábamos la ocasión para salir otra vez á la calle, oímos de repente algunos tiros por el lado de la calle de Saint-Honoré, y vimos atravesar algunos destacamentos armados á pie y á caballo. Aprovechámos un momento en que se alejaban unos y no llegaban todavía otros, para retrogradar, pues nosotros no teníamos intención de tomar parte en aquella lucha. Aquel barrio tenía un aspecto lúgubre y sombrío; todas las puertas estaban cerradas, y no se oía más ruido que el de las balas y gritos lejanos. Salímos á la orilla del río; bajámos hasta el Puente Real, el cual atravesámos; seguimos por el muelle y repasámos el río por el puente de Luis XVI. En la plaza del mismo nombre había dos regimientos formados á pie, de seis piezas de artillería y algunos escuadrones de coraceros.

«En aquel barrio todo cambiaba de aspecto, y á pesar de ese aparato imponente de fuerza militar, los ciudadanos se paseaban por las calles tranquilamente y se veían muchas damas tomando helados en las puertas de los cafés.

«Seguímos hasta el Ministerio de Negocios Extranjeros. Frente á este edificio veíanse un batallón de la Guardia

Real y dos piezas de artillería; el pueblo había atacado á medio día, y se temía que lo volviera á hacer. Las aceras estaban llenas de curiosos que hablaban de asuntos de política, y los asientos en el *bulevar* frente al café de París y de Tortoni estaban ocupados como de ordinario por damas y caballeros que tomaban helados y otros refrescos; lo mismo sucedía en los otros cafés de los *bulevares*. Bajámos por la plaza de Vendôme, en donde está el Ministerio de Justicia; la plaza estaba cubierta de tropas. Como supimos que en la puerta de San Martín tenía lugar un combate reñido, nos dirijímos inmediatamente hacia ese lado. Frente al teatro del Gimnasio nos detuvo una tropa de gendarmería y tropas que defendían aquel sitio. Tomámos entonces por la calle de Cléry, y fuímos hasta San Dionisio, en donde pudimos ver cómo se congregaba en aquel lugar multitud de artesanos que tenían aire amenazador. De allí también fué preciso retirarnos por la calle de Choiseuil y Montmartre.

«Ya para entonces había llegado la noche; el pueblo se había entretenido en quebrar los faroles y las linternas, de manera que la obscuridad era completa. De vez en cuando encontrábamos algún transeunte que nos decía que no se podía pasar adelante; pero nosotros continuábamos, oyendo á lo lejos los gritos, los tiros, el tumulto y las cargas de caballería. Después de haber vagado algún tiempo por aquellas callejuelas, casi descaminados, al fin llegámos á la calle de St. Honoré, uno de los focos de la revolución ó insurrección, la atravesámos, bajámos al Sena, lo cruzámos por el puente de las Artes, y volvimos á nuestro barrio y nos metimos en nuestras casas.

«*28 de julio.*—Mil rumores corrían hoy por la ciudad. Los fondos habían bajado, el comercio estaba estancado, la noche anterior habían muerto á un coronel del ejército y á muchos gendarmes; se decía que la ciudad de Rouen estaba también en plena insurrección, y que el pueblo había

aquí los nombres: Lafayette, el Conde de Gerard (1) y el Duque de Choiseul. (2) Circulaban ya libremente los diarios liberales como *Le Temps*, *Le Constitutionnel*, *Le Courier*, etc. Todos habían insertado la protesta de los cuarenta Diputados que se hallaban en París, contra las ordenanzas del Rey; esas ordenanzas que han dado origen á esta insurrección, la cual ya va tomando proporciones de revolución seria. Varias proclamas impresas, que incitaban á la guardia nacional á que se armara, se veían pegadas en todas las paredes.

«Con mucha dificultad llegué hasta la plaza de la Grève, en donde había sido muy reñido el combate de ayer. Circulaban hombres armados gritando "¡Viva la Constitución!" los cuales llevaban la bandera tricolor enarbolada, y muchos andaban á caballo, de los que habían quitado á los militares. De repente desembocó un grupo de hombres llevando en andas una mujer herida; dos hombres sin chaqueta y armados con fusil la escoltaban y obligaban á todos los transeuntes á que se quitasen el sombrero delante de la "heroína de la libertad," y añadían con torva mirada: "*Nous la vengerons!*" (la vengaremos!)

«Seguímos aquel séquito hasta las puertas del *Hôtel-Dieu* (hospital), en la plaza de la Catedral. Al entrar en el hospital los vitorearon ruidosamente los que allí estaban en agitados grupos.

«Andaba por la calle un individuo repartiendo hilas y fajas de lino para los heridos. Parece que el pueblo saqueó el Palacio Arzobispal para tomar de allí sábanas y la ropa que necesitaban los heridos. Sin embargo, creo que no se

---

(1) Mariscal de Napoleón. Diputado de la oposición. Se adhirió desde el principio á la Revolución, y tomó el mando de las tropas.

(2) Era este gran señor muy querido por el pueblo; así fué que para ganar popularidad los revolucionarios lo nombraron en el Gobierno provisional sin habérselo consultado. Aceptó el puesto y las consecuencias de la Revolución.

limitaron á tomar sólo lo que necesitaban, sino que hubieron de arrojar al Sena cuanto encontraron allí; á mi regreso vi al pasar el puente que las aguas del río arrastraban sillas y otros muebles despedazados, y sobrenadaban jirones de telas que se conocía que pertenecieron al Palacio del Arzobispo.

«En la *Morgue* (1) había quince muertos desconocidos, entre los cuales se encontraban algunas mujeres.

«Volví á casa fatigado: el termómetro centígrado marcaba treinta grados, y el calor era violento.

«A las dos y media de la tarde vimos, desde el piso más elevado de la casa, que la bandera tricolor flotaba sobre el palacio de las Tullerías. El palacio está, pues, en manos de los revolucionarios.

«Me acaban de decir que desde medio día el pueblo saqueó el palacio.... Así, pues, Carlos X jugó y perdió su trono con su terquedad borbónica, y tuvo que salir prófugo del palacio de sus antepasados.

«*30 de Julio.*—Ayer salí de casa por la tarde para ir á comer con M. Duhamel. El palacio del Instituto estaba despedazado con las balas que disparaban los suizos desde el palacio de Louvre, y las garitas del puente de las Artes están perforadas é inservibles. Cerca del Louvre encontré varios cadáveres de infelices suizos, los cuales el pueblo había parcialmente desnudado, y en su triunfo se entretenían en arrojarlos al Sena.

«En los *bulevares* noté de paso que habían cortado los árboles, y el pueblo parecía dueño de todo aquel barrio. Es realmente asombroso cómo es que estos parisienses, con unos pocos fusiles y casi sin municiones, han podido desalojar á las tropas disciplinadas de todos los puestos fortificados. Pero es cierto también que, si por una par-

(1) Edificio en el cual se exhiben los muertos desconocidos que se encuentran en París. Se conservan los cadáveres en un aparato con hielo durante tres meses, si es preciso.

te ha habido mucha audacia, por otra también el Gobierno se manifestó indeciso siempre. A más las tropas carecían de municiones de guerra y de boca, y las órdenes que se daban para la defensa no eran ni precisas ni á tiempo, porque nadie creía que pudiese haber tanto concierto en la insurrección.

«Entre tanto, la agitación en las calles crecía; por todas partes se oía el toque de la generala, llamando á las armas á todos los ciudadanos. Cuando oscureció vimos desde la orilla del Sena el Arco de Triunfo iluminado por un incendio en los Campos Elíseos; las columnas de humo que se levantaban hacia el cielo daban un aspecto más tenebroso á la escena.

«Antes de regresar á casa compré un periódico, por el cual supe que el General Lafayette estaba á la cabeza de las tropas de la revolución. En la calle leí el decreto de los Tribunales de Justicia, los cuales declaraban ilegales las últimas ordenanzas de Carlos X.

«Cuando llegué á mi calle, (1) encontré que los vecinos se ocupaban en levantar otra trinchera. Yo me puse á ayudarlos, y tuve ocasión entonces de notar que el carácter francés se presta poco al odio, pues nadie se expresaba con dureza contra los que iban á combatir. Estos hombres se reían de todo, y sólo decían de cuando en cuando:

« —Este Carlos X nos hace trabajar mucho; *Sapristi!* ú otras exclamaciones por el estilo (2).

«No pude retirarme á mi casa sino después de las doce de la noche, cuando la trinchera quedó terminada.

«Los Diputados se reunieron hoy para nombrar una comisión municipal que mantuviese el orden en la ciudad. La guardia nacional es dueña de París; en las esquinas está pegada una proclama de Lafayette. El Rey se encuen-

(1) Calle de Fleurus.

(2) Mucho ha cambiado el carácter francés desde entonces; hoy s. odiar de una manera bastante clara y sangrienta.

tra en Saint Cloud con todo el ejército, pero no se sabe qué piensa hacer.

«Estuve en casa de don Jerónimo Torres, y lo encontré *metido entre un zapato.* Luego fuí con Rengifo al alojamiento de mi hermano Domingo, y los tres salimos á recorrer la ciudad en los lugares en donde había sido más reñido el combate. Las calles estaban repletas de curiosos de uno y otro sexo; pero casi todos pertenecían á las clases bajas de la ciudad.

«En medio de aquel bullicio vi, empero, pasar algunas señoras que llevaban hilas para los heridos. Noté que para circular más fácilmente todos tenían prendida en el vestido la escarapela tricolor. No venden diarios por las calles, como hacen ordinariamente; la decencia pública, me dijeron, se opone á que se haga una especulación esparciendo noticias inciertas todavía; todos los ciudadanos se interesan en el triunfo de la opinión que sostienen, pero desean que ésta se forme espontánea y naturalmente.

«*31 de Julio.*—Los miembros de las Cámaras nombraron ayer al Duque de Orleans Teniente General del Reino, y decretaron por unanimidad que se conservase la bandera tricolor enarbolada por la insurrección.

«Un joven que acaba de llegar de Saint Cloud nos dice que Carlos X está rodeado de tropas de caballería, porque la infantería ha desertado casi en masa, y que las gentes del campo gritan: ¡Viva la Constitución! cuando ven pasar á los soldados.

«Los diarios liberales dicen que ellos preferirían proclamar la República, pero qne el deseo de conservar la paz con el resto de Europa los obliga á inclinarse en favor de una monarquía fuertemente constitucional.

«El orden se ha conservado en París de una manera asombrosa, y esta ciudad ha manifestado que está tan adelantada en la vía de la civilización, que no necesita de tropas para conservar el orden en medio de la revolución.

«*1.º de Agosto.*—Los diarios de hoy insertan una proclama del Duque de Orleans, en la cual anuncia que ha aceptado la tenencia del Reino. Publican también una declaratoria de la Municipalidad de París, por la cual decreta que Carlos X ha cesado de reinar.

«El pobre Rey salió ayer de Saint Cloud con su hijo el Delfín, y tomó el camino del Norte; pero en breve contramarchó hacia Versalles. Esta ciudad le cerró las puertas, y tuvo que aposentarse en el Trianón. La corte borbónica manifiesta una indecisión deplorable, y desde el principio de la revolución éste ha sido su distintivo.

«Estuve á inscribir mi nombre en casa del General Lafayette. Tal parece como si á este hombre privilegiado lo hubiese destinado la Providencia para abrir y cerrar la revolución francesa. La educación democrática del pueblo francés se ha completado en el espacio de cuarenta años, y aunque nada faltaba á la gloria de Lafayette, él no morirá sin haber tenido la satisfacción de ver gozar á Francia de las instituciones en pro de las cuales tanto ha combatido.

«De paso por las Tullerías encontré á nuestro agente colombiano, don Leandro Palacios, (1) contemplando con

(1) El General venezolano Leandro Palacios había servido á la causa de la Independencia en América desde los albores de ella en Caracas en 1810. Había acompañado á Bolívar en sus glorias y en sus reveses, y aún se estremecía con los horrores que había visto en aquellas campañas en que peleaba como un león. A él tocó cumplir las órdenes de Bolívar cuando mandó pasar por las armas á los españoles presos en la Guaira y Caracas, en represalia de los hechos cometidos por los emisarios del Rey durante la guerra á muerte. Concluída la obra de la emancipación, depuso las armas para entrar en la carrera diplomática. Fué al Brasil como Ministro Plenipotenciario, y hacía dos años que se hallaba en Francia como Agente Diplomático de Colombia, sin lograr que Carlos X lo reconociese como tál. En un principio el Ministro de Relaciones Exteriores, el Conde la Ferronays, pareció prestarse á lo que deseaba el Ministro colombiano; pero habiéndole reemplazado en el Ministerio el Príncipe de Polignac, éste le fué en extremo adverso, y se negó abiertamente á descontentar á los Borbones de España, admitiendo empero la posibilidad de reconocer las repúblicas que se habían formado en las antiguas colonias españolas.

profunda tristeza la bandera tricolor que tremolaba sobre el palacio de los Reyes; me dijo que él miraba con horror todo movimiento revolucionario en que la plebe tuviera parte.

«París ha recuperado su fisonomía habitual animada y alegre. Las calles y los lugares públicos se encuentran repletos de gente que busca diversiones; los almacenes y tiendas están abiertos, tál como si nada hubiera sucedido.

«2 *de Agosto.*—El Duque de Orleans ha promulgado un decreto en el cual declara que Francia recobra los tres colores (*reprends les trois couleurs*) de su bandera nacional.

«3 *de Agosto.*—El Rey Carlos X envió su abdicación y la de su hijo el Delfín en favor del Duque de Bordeaux, su nieto, niño entonces de diez años. La Corte, ó más bien Carlos X, permanece en Rambouillet con las tropas que le han quedado. Para obligarlo á retirarse salió hoy la guardia nacional (diez mil hombres), los cuales iban á encararse con las tropas reales. Pusieron en requisición, para transportar aquella gente, cuantos coches y carrozas hay en París.

« 4 *de Agosto.*—Al tener noticia Carlos X de la aproximación de la guardia nacional, puso pies en polvorosa y partió de Rambouillet. ¡Es ciertamente digno de compasión este pobre Rey! Se aleja de la capital sin la esperanza de volver á reinar jamás sobre Francia; ni creo que subirá jamás al trono miembro alguno de su familia. Los Borbones son profundamente impopulares en Francia. Los miembros del Gobierno provisorio reciben á cada hora del día adhesiones entusiastas de los Departamentos en favor de la última revolución. A pesar del actual interregno, reina aquí el más completo orden en todas partes. Los ciudadanos andan armados por las calles, pero no ha llegado á mí noticia de que se haya cometido el menor abuso; cada cual se manifiesta tranquilo, y aguarda la paz públi

ca; esto desde las altas clases hasta la más ínfima de la escala social.

«A las tres de la tarde estuve con la marquesa de Vivanco en su coche, á ver entrar al hijo del Duque de Orleans; venía á la cabeza de unos quinientos ó mil hombres de la guardia nacional de Rouen, á prestar su apoyo á la revolución de París. (1)

«El Duque de Orleans había salido á recibir á su hijo, y entró en la ciudad presidiendo un bellísimo regimiento de Húsares. El pueblo gritaba alegremente "¡Viva el Duque de Orleans!" y él, con aspecto paternal, saludaba á uno y otro lado.

«Casi todos están persuadidos de que las Cámaras ofrecerán la corona vacante al hijo de Felipe Igualdad; pero un sentimiento de delicadeza impide que se grite ¡Viva el Rey! cuando lo ven pasar. Se aguarda que lo proclamen constitucionalmente, y que él acepte las condiciones que le exigirá la Nación.

«*5 de Agosto.*—Pasé por el pequeño cementerio improvisado cerca del palacio del Louvre, en donde enterraron á las víctimas de los tres días de combate. Habían puesto allí una urna para que los transeuntes echaran algunas monedas para atender á las necesidades de los heridos. No había quien pasara por allí que no entregara su óbolo, y se oía sin cesar el ruido de los *sueldos* (cinco céntimos) dentro del cajón: ricos, pobres, mujeres, hombres y niños, todos se acercaban con respeto á la urna, y dejaban algo allí.

---

(1) Fernando Felipe Luis de Orleans, el cual apenas contaba veinte años, era muy querido del pueblo francés. Si no hubiera muerto en 1842 de resultas de un accidente, indudablemente no ocurriera la revolución de 1848, ó á lo menos lo hubieran aceptado como rey en lugar de su padre. Dejó dos hijos, uno de los cuales era el llamado Conde de P[illegible] pretendiente de la corona de Francia, pero que no logró hacerse [illegible]pular durante su vida, como no lo es tampoco el actual representant[illegible] la familia de Orleans.

«Con motivo de la lluvia de anoche, los jardines de las Tullerías están frescos y perfumados, y los naranjos despiden una exquisita fragancia, de la cual ya no puede gozar el que no ha mucho se creía único dueño de aquel palacio. Ese desgraciado camina, ó más bien se arrastra lentamente en busca del destierro, y dejará sus huesos en extrañas tierras. En nuestros días la incapacidad y la imprevisión son faltas que no dejan de ser castigadas, y todos, desde el mendigo hasta el monarca, tienen que sufrir pena por ellas.

«*7 de Agosto.*—La Cámara de Diputados modificó la Constitución y dió toda la extensión posible á la soberanía del pueblo. Ofreció en seguida la corona al Duque de Orleans, con la condición de que aceptase la Constitución, y él la aceptó con el título de Rey de los franceses, en lugar de Rey de Francia, como hasta ahora se había llamado el soberano.

«*8 de Agosto.*—Hoy prestó juramento el nuevo Rey ante las Cámaras reunidas. Toda la familia de Orleans acompañó á Luis Felipe á la ceremonia. Esta fué sencillísima: el nuevo monarca firmó el contrato como cualquier documento, después de oir leer las condiciones que se le imponían ... Esto sí se llama gobierno constitucional!

«Durante ocho días el Rey constitucional se presentaba como un sencillo burgués en las azoteas del palacio, rodeado de su familia, y el pueblo lo aclamaba con entusiasmo; las bandas tocaban la *Marsellesa,* y los circunstantes cantaban la canción patriótica.»

¡Triste suerte de los hombres públicos! Diez y ocho años después, Joaquín Acosta, de regreso en Europa, presenciaba en París la revolución de 1848, la cual dió por tierra con Luis Felipe, y el pueblo al derribarle también entonaba la *Marsellesa.*

CAPITULO XX

Acosta se despide de París.—Cartas del Obispo de Blois, de Lafayette y de David d'Angers.—Permanencia en el Havre.—Se embarca en vía para los Estados Unidos.—En alta mar.—Una aureora boreal.—Llegada á Nueva York.—Tristes noticias de la patria.—La familia Kemble.—Escuela de West-Point.—Curiosa procesión cívica.—Acosta arregla su matrimonio.—Se embarca en el *Ateniense*.—La señora de Madrid y el General Rocafuerte van como pasajeros.—Espantosa tempestad.—El 22 de Diciembre llegan á Cartagena.—Muerte del Libertador.

1830

Ya para el fin de Agosto Acosta tenía arreglado su viaje de regreso á América. Estuvo á despedirse del ex-Obispo de Blois, y como no lo encontrase, éste le escribió la siguiente carta que traducimos:

"Passy, 21 de Agosto de 1830.

«El señor Acosta lleva la estimación y el cariño de todas las personas que, como yo, han tenido la ventaja de apreciar sus excelentes cualidades. Hago votos por la paz y la gloria de Colombia, bajo el doble aspecto de la Religión y la Libertad. Estos sentimientos me acompañarán hasta la tumba y más allá de la vida, porque espero entrar pronto en aquella eternidad que fué siempre el objeto de mis deseos. (1)

«A cualquier parte á que lleve á usted la Providencia, envíeme noticias suyas; pues siempre le acompañarán mis buenos deseos y el abrazo de un prelado cristiano.

«✝ GRÉGOIRE,»
Obispo de Blois.

Esta carta es muy curiosa, porque siempre se ha dicho que *Grégoire* era poco religioso, á pesar de titularse Obispo Murió al fin auxiliado por los sacramentos de la Iglesia

(1) Murió al año siguiente, en 1831, de ochenta y un años de edad.

Hé aquí otra carta de despedida de persona importante:

"París, 14 de Agosto de 1830.

"Señor Capitán Joaquín Acosta.

«Mi querido amigo:

«Reciba usted mis más sinceros votos para que su viaje sea feliz. Cuando usted se encuentre en su hermosa patria, no dudo que usted se acordará algunas veces de Francia y de todos sus amigos. Usted tuvo la bondad de prometer que me escribiría, y cuento con esa señal de amistad.

«Cuando tenga tiempo, no deje usted de ocuparse del proyecto del monumento á Las Casas. Sería muy bello que se debiera á usted esa obra. Creo que la estatua debería ser de bronce y medir nueve pies de altura, sobre un pedestal de granito gris. Sobre los lados laterales de ésta llevaría bajos relieves, tomados de la vida de aquel hombre sublime; sobre los centrales se gravarían inscripciones conmemorativas, ó los nombres de los suscriptores. Los bajo relieves serían también de bronce; sin embargo, usted lo pensará, pues aquello tendría el inconveniente de servir de tentación en épocas de revolución, para que se aprovecharan de ello. Quizás el mármol sería mejor bajo el hermoso cielo de la patria de usted. De todas maneras, y de cualquiera de estas materias de que fuese hecha la estatua, no costaría más de treinta y cinco mil francos.

«En esto no se haría sino lo que conviniese, y yo tendría el mayor gusto en dar mi parte de suscripción para que se erigiese un monumento á quien tanto lo merece, á un benefactor de la humanidad.

«Usted verá si una suscripción nacional sería lo más conveniente. Sería la manera más honorable y más en armonía con nuestros principios, porque es preciso enseñar á los pueblos á que ellos mismos disciernan las recompensas.

«Apenas se decida la cuestión del monumento, yo me ocuparé en ejecutarlo; entre tanto (unos dos años poco más ó menos), se iría adelantando la suscripción.

«Adiós, mi querido amigo; consérveme usted siempre un lugar en su recuerdo, y crea en la eterna amistad de su afectísimo,

«DAVID (d'Angers).

«P. D.—Usted verá al señor Hurtado; con él hablé mucho del monumento (el de Las Casas); parecía aceptar la idea con entusiasmo; puede ser que no lo haya olvidado enteramente. Él me había manifestado el deseo de poseer una pequeña Virgen en mármol, y había quedado de escribirme sobre la materia.»

La víspera de su partida el joven colombiano estuvo en casa del General Lafayette, cuyos salones estaban atestados de altos personajes de la política, de la diplomacia y del elemento militar. Allí se despidió de aquel hombre entonces lleno de gloria y popularidad, y dijo adiós á cada uno de los miembros de esa distinguida familia, los cuales siempre le habían acogido con particular estimación.

Algunos meses antes Acosta había llevado á Lafayette la *Vida de Washington*, por Ramsay, para que escribiese allí algunas líneas de su puño y letra. La que esto escribe conserva ese libro con grande estimación; hé aquí lo que escribió el General francés:

«Estoy sumamente complacido (*touché*) con el valor que el señor Acosta considera que tendrán algunas líneas de mi mano en las páginas de un libro consagrado á la memoria de mi paternal amigo; me aprovecho de esta ocasión para manifestarle la satisfacción que hemos hallado mi familia y yo en las relaciones de amistad con él, y de ofrecer á su patriotismo todos mis votos por la República colombiana, de la cual él es digno y celoso ciudadano. Él

conoce también todos los que elevo por su felicidad personal, los cuales son inspirados por los sentimientos de una perfecta estimación, y del más sincero afecto.

«LAFAYETTE.

«París, 9 de Abril de 1830.» (1)

Desgraciadamente las repúblicas hispano-americanas no han dado por cierto el espectáculo que Lafayette esperaba encontrar en ellas, y desde que se fundaron en la América del Sur jamás han ofrecido garantías de seguridad, y por cierto su prosperidad no es la que ellas debieran tener con las mil y una ventajas de que gozan.

---

(1) Dos años después, Acosta recibía en Bogotá la siguiente carta:

La Grange, 29 de Julio de 1832.

Señor Joaquín Acosta.—Bogotá.

Mi querido amigo:

Recibí con viva gratitud la atenta carta de usted que acompañaba un periódico (artículo) de Bogotá, tan honroso, tan precioso para mí. Como temo que mis anteriores misivas no hayan llegado á ésa, dirijo hoy de nuevo al General Santander las expresiones de mi gratitud, con respecto á sus respetables compatriotas. El señor Palacio (*) se ha dignado encargarse de ésta para hacerla llegar á sus manos. Los buenos recuerdos que conservo de nuestra mutua amistad durante su permanencia en Francia, me son muy gratos. Consérveme usted una amistad cuyo precio es para mí muy grande.

Los periódicos europeos dirán á usted en qué hemos parado en este hemisferio, en donde hemos consentido en cubrir las instituciones republicanas con un manto real, y que, á pesar de todo, tenemos que luchar con oposiciones, intrigas, y con el triunfo parcial y momentáneo del principio aristocrático monárquico. Pero la revolución de 1830 no claudicará, y Europa cosechará todas sus consecuencias. Importa á la causa general de la Libertad, tanto en los países meridionales como en los Estados Unidos de la América del Norte, que aquellas instituciones, fundadas en el derecho natural y social, demuestren cada día más al público europeo que ellas dan las mejores garantías de seguridad y de prosperidad á las naciones y á las personas.

Reciba usted, mi querido amigo, mis votos, mi gratitud y mi sincero afecto.

LAFAYETTE.

(*) Sin duda don Leandro Palacios.

El 26 de Agosto Acosta se puso en marcha con dirección al Havre, en donde debía embarcarse.

«Se anuncian las cercanías de ese puerto, leemos en el Diario, con preciosas casas de campo, las cuales se van presentando como en un panorama. El día 28 á las ocho de la mañana me desmonté en el hotel *New York*, el mismo adonde llegué al venir de América ahora cuatro años y ocho meses. Verifiqué el barómetro que la Sociedad de Geografía me había confiado, y lo encontré intacto. Me prometo hacer con él interesantes observaciones durante todo el curso de mi viaje.»

Acosta estuvo en el teatro del Havre esa noche. El pueblo estaba entusiasmado con el nuevo orden de cosas, y en el patio había grande agitación. El público pidió á la orquesta que tocase la *Parisiense*, canción compuesta por Casimiro Delavigne, para celebrar el derrocamiento de los Borbones. Parece que en el Havre era tan popular la *Parisiense*, como lo era en París la *Marsellesa*. Los concurrentes cantaban en masa el estribillo.

Como el buque en que había tomado pasaje hasta Nueva York no debía partir inmediatamente á causa del mal tiempo, pues como era de vela (como todas las naves que entonces atravesaban el Océano), dependía naturalmente del viento y según el lado de que soplaba, Acosta se fué á pasear á Saint Romain, para aprovechar los hermosos días que hacían deliciosa una estancia en el campo.

«Los negociantes del Havre, escribe en su Diario, pasan la estación de verano en preciosas casas de campo que tienen en las afueras de la ciudad. Es costumbre de casi todos los que se dedican á asuntos de comercio en las ciudades de Europa, el no tener en la población sino sus oficinas, mientras que sus familias viven fuera de la ciudad, y gustan mucho de la vida campestre.»

Nuestro viajero hace descripción pormenorizada d' Harfleur y de Saint Romain, así como de Comerville, et

pueblos que visitó, yendo á pie de uno á otro, con el objeto de estudiar las costumbres y la agricultura de aquellas comarcas.

De regreso al Havre se encontró con su antiguo compañero de viaje, el señor Pío Rengifo, que también iba de camino para su patria, por la misma vía de los Estados Unidos. Los pasajeros de primera clase no eran muchos, y había gran mayoría de señoras y de niños. Además, en el entrepuente iban cien suizos que emigraban á América.

Después de una demora de cinco días, el 2 de Septiembre se dió al fin á la vela el hermoso paquebote *Enrique IV*, el cual periódicamente hacía la travesía entre Francia y los Estados Unidos.

Tres días después de haber salido del Havre, los viajeros se vieron acometidos por un fuerte temporal que duró seis días, postrando á la mayor parte de los pasajeros en sus camarotes. Empezaba á serenarse el tiempo, cuando de nuevo se desencadenaron los vientos, y el buque saltaba impelido por ellos con loco frenesí; pero aquello no impedía á algunas señoritas inglesas que allí iban, que tocaran piano y cantaran, cosa que llamó mucho la atención de los colombianos.

Veamos algunas páginas del Diario:

«*11 de Septiembre.*—A las ocho de la noche habían arriado todas las velas, y el viento silbaba con furor; las olas se estrellaban violentamente contra los costados del buque, el cual se estremecía como si estuviese vivo. A pesar de todo esto, las damas reunidas en el salón no cesaban de tocar y cantar alegres dúos. Yo estaba sobre el puente, y desde allí presenciaba las maniobras de los marineros y oía los gritos del capitán, que se perdían en medio del estruendo del mar embravecido. Aquel espectáculo grave é imponente hacía contraste con los acordes del piano, el canto y la risa de las personas que estaban en el

salón, cuyo rumor llegaba por ráfagas hasta el sitio en que yo estaba....

«*29 de Septiembre.*—El día era hermoso y las aguas del mar tenían hoy un hermoso color verde claro. Cada día el mar cambia de aspecto, y llama la atención con alguna nueva faz que antes no habíamos notado. No comprendo cómo es que muchos piensan que hay monotonía en el aspecto de las aguas y del cielo en una larga navegación; al contrario, el mar siempre está cambiando, y jamás lo he visto igual dos días consecutivos.

«*2 de Octubre.*—Hoy hacía un viento tan fuerte, que era casi un deshecho temporal. No pude levantarme y salir de mi camarote, porque estaba con fiebre. El ruido de las olas que se estrellaban contra los costados del buque, y el mugir del viento entre las aguas, imitaban el de una catarata. Las voces confusas, el ronco gritar del capitán, las carreras precipitadas de los marineros sobre cubierta, unido á los quejidos y lamentos de los pasajeros aterrados, el romperse de la loza y los saltos angustiados de la embarcación luchando con las olas, todo aquello junto era capaz de infundir pavor al corazón más valiente.

«*4 de Octubre.*—El tiempo ha cambiado. A las cuatro de la tarde avistámos el banco de Terranova....

«*6 de Octubre.*—A las siete de la noche nos llamaron sobre el puente para que viéramos un espectáculo que hacía muchos años que deseaba contemplar, espectáculo que probablemente no volveré á presenciar en mi vida: una *aurora boreal.* Las nubes ocultaban el horizonte hasta una altura como de quince grados, y á esa elevación y en un espacio como de tres á cuatro grados, se veía el cielo al principio de un color verde claro brillantísimo, en medio del cual aparecían rayos de luz blanca, brillantísima hacia arriba y más opaca abajo; estos rayos se elevaban hasta cuarenta y sesenta grados en varias direcciones hacia lo alto, y como si partiesen de algún punto oculto bajo el

horizonte. Pero lo que más me interesaba en aquel fenómeno, era un movimiento general de oscilación, movimiento que se comunicaba lateralmente entre los rayos ó ramilletes de luz, los cuales ya brillaban con una luz intensa ó se apagaban, alternativamente encendiéndose y apagándose. Veinte minutos duró aquel magnífico espectáculo, y en seguida se extinguió. Sin embargo, hasta las ocho de la noche el horizonte conservó una luz inusitada; á esa hora un rayo luminoso partió hacia el Oriente, y al momento se oscureció todo el cielo.»

Entre los pasajeros Acosta distinguió desde los primeros días una familia, compuesta de una señora inglesa, viuda, con tres hijas solteras y un niño pequeño. Con esta familia—de apellido Kemble—Acosta estrechó en breve relaciones, y á su lado pasaba las horas.

Después de mes y medio de navegación, el 15 de Octubre nuestros viajeros avistaron las costas de los Estados Unidos. El 16 llegó el piloto á bordo, y al anochecer de ese mismo día el *Enrique IV* anclaba frente á una población situada en la orilla derecha del río Hudson, en donde se hace cuarentena.

«Con la oscuridad de la noche, escribe Acosta, cada cual se retiró á su camarote, y se ocupó en prepararse para desembarcar al día siguiente. Yo permanecí sobre cubierta, silencioso y solo, pensando en las noticias que debería recibir en Nueva York de mi desdichada patria. Un triste presentimiento me anunciaba que éstas serían dolorosas.

«*17 de Octubre.*—A las seis se levantaron las anclas y subimos el río remolcados por un buque de vapor que venía de la ciudad con ese objeto. En aquél había llegado un padre que iba á encontrarse con un hijo que llegaba con nosotros.... Me enterneció aquel encuentro..... cuando vuelva yo á mi patria, no tendré padre ni madre que me salgan á recibir!»

Refiere después cómo aquella segunda vez que desem-

barcó en Nueva York, esta ciudad le causó gran desilusión. La primera vez, cinco años antes, llegaba directamente de las abrasadas costas colombianas, y le había sorprendido cuanto vió; pero después, de regreso de Europa, todo lo hallaba de otro modo. Allí en donde antes creyó ver grandezas, en 1826, eso mismo le pareció en 1830 mezquiuo y vulgar.

Las noticias más recientes que tuvo de su patria fueron tales como había presentido, en extremo dolorosas. Colombia estaba presa de la mayor confusión, y la guerra entre hermanos parecía inminente. «¡Pobre patria, exclama; nada es más oscuro é incierto que su porvenir!» Y nosotros, sesenta y cinco años después, todavía pensamos lo mismo.....

La muerte alevosa del General Sucre en la Montaña de Berruecos, ocurrida el 4 de Junio de ese mismo año, noticia que ignoraba Acosta cuando salió de Francia,—tan lentas eran entonces las comunicaciones!—lo dejó anonadado. Al mismo tiempo supo que el Coronel Antonio Obando, en el Socorro, y el Coronel Joaquín Barriga, en Neiva, se habían levantado en armas, y que el señor Joaquín Mosquera, el Presidente, no había tenido fuerzas para dominar la situación, y que después del combate del Santuario (29 de Agosto), se había separado del Gobierno, y había entregado el mandó supremo al General Urdaneta. Los partidos liberal y boliviano se hacían una guerra encarnizada y violentísima, los civiles y militares se odiaban, y en medio de todo aquello muchos habían vuelto los ojos de nuevo hacia Bolívar, que contemplaba aquella situación con hondísima amargura desde las playas del mar Caribe. El Libertador, herido en el alma, desalentado y profundamente desengañado con el país que con sacrificios imponderables había formado, había rechazado toda ingerencia en la política; no aceptó la Presidencia que le ofrecía Cundinamarca, ni el mando militar que los

insurrectos en muchos puntos de la anarquizada República deseaban entregarle. «No, contestaba Bolívar, no quiero mando alguno, ni espero ya salud para la patria; me creo incapaz de labrar su felicidad.»

Pocos días después de haber llegado á Nueva York, recibió la noticia de la promulgación del decreto que separaba definitivamente la República de Colombia en dos partes, y el Congreso de Venezuela asumía la autonomía con todas sus consecuencias.

Estas noticias no podían ser más desoladoras. Acosta refiere que al persuadirse de la verdad de todo aquéllo, se apoderó de él una tristeza tan profunda, que se alejó de sus compatriotas, se encerró en su aposento, y allí permaneció largas horas en un estado de abatimiento que más parecía desesperación. «¡Este es, pues, exclamaba, el resultado de tantos sacrificios, tanta sangre derramada inútilmente, tantos sufrimientos indecibles durante veinte años de lucha á brazo partido con España, y tantos combates heroicos que han costado torrentes de lágrimas! La anarquía, el deshonor, el desconocimiento de las leyes, el desmembramiento de la patria, la pobreza, la ruina...... y por galardón el desprecio con que nos contemplarán las naciones civilizadas!»

Se han pasado desde entonces más de setenta años, y el siglo entonces apenas iba por la tercera parte; ya lo hemos terminado, y todavía en las repúblicas hispano-americanas sufrimos los mismos males, pasamos por medio de iguales tempestades, y aún no hemos purgado nuestras culpas! Éstas deben de haber sido en realidad muy grandes, cuando Dios no tiene aún misericordia de nosotros, y no nos manda siquiera una tregua de paz completa y de bonanza!

Acosta había reanudado en tierra sus relaciones de amistad con las señoras Kemble, sus compañeras de viaje. Ellas se habían establecido en casa de una parienta

que tenía una casa de campo en las orillas del bello río Hudson, cerca de una pequeña aldea llamada Tarry Town. Le presentaron á algunos parientes que tenían en Nueva York, entre otros á Mr. G. Kemble, rico propietario de una afamada fundición de cañones. Éste llevó al joven colombiano á que visitase el establecimiento, y en el Diario encontramos gran número de observaciones científicas acerca de los trabajos que allí vió. Estuvo en la Escuela Militar de West-Point, y de ella hace larga descripción, así como de los métodos de enseñanza que se usaban, los cuales sin duda ya deben de haber cambiado para situarse á la altura de los subsiguientes progresos.

Con las señoritas Kemble y sus parientes Acosta hacía frecuentes excursiones con el objeto de tomar vistas de los sitios más pintorescos de los alrededores, y al mismo tiempo él se gozaba en estudiar las costumbres del país, la manera de hacer las siembras y de coger las sementeras, etc. De todo aquello, así como de los paisajes, hace frecuentes descripciones en el Diario, pero que no transcribimos por no alargar demasiado este libro.

El 26 de Noviembre tuvo ocasión de presenciar una curiosa procesión cívica, que tuvo lugar en Nueva York en honor de la Revolución que había ocurrido en Francia para derrocar á los Borbones.

Todas las tiendas y almacenes de la ciudad se habían cerrado, y cada gremio de artesanos se había reunido en torno de su estandarte; éstos, vestidos de una manera pintoresca, representaban algo alusivo á su oficio; por ejemplo, los carniceros iban á caballo y arrastraban un enorme buey empajado; los zapateros llevaban tirada por caballos una tienda de madera que encerraba todos los utensilios de su oficio, y dentro dos mujeres y algunos hombres, que trabajaban. Aquello pareció á Acosta bastante grotesco; pero la exposición de los impresores le gustó: llevaban en andas una imprenta portátil, dentro de la cual algunos

hombres componían y tiraban rápidamente hojas volantes que arrojaban á su paso, y el pueblo las recogía y guardaba como un recuerdo de la fiesta. Exhibían también un vaporcito y varias máquinas curiosas, inventadas en la entonces infancia de las máquinas de vapor.

La procesión cívica, que ocupaba cuatro millas, desfiló durante hora y media por Broadway, y terminó con otra militar, compuesta de regimientos de caballería, artillería é infantería, además de la milicia. Todos los regimientos llevaban banderas desplegadas y arrastraban sendos cañones. Desde Canal street hasta la plaza de Wáshington, todas las casas estaban adornadas con ricos y vistosos cortinajes, los cuales imitaban las banderas y colores nacionales de Francia. «Las ventanas y balcones estaban coronados de elegantísimas damas, dice Acosta, todas ellas animadas por el entusiasmo; mientras que los hombres se manifestaban serios y estirados, y parecía más bien como si hiciesen parte de una comitiva de entierro que de una fiesta.»

Pero corría el tiempo, y el joven colombiano se vió al fin precisado á abandonar los Estados Unidos, en donde un nuevo interés lo demoraba ya, pero no lo hizo antes de dejar arreglado su matrimonio con la señorita Carolina Kemble, una de su compañeras de viaje, que le había cautivado el corazón. El enlace debería hacerse dentro de un año, pues necesitaba antes arreglar sus asuntos de fortuna y pedir nueva licencia para salir del país.

El día 4 de Diciembre el bergantín *Ateniense* se dió á la vela del puerto de Nueva York. Acosta, al embarcarse, tuvo el gusto de encontrar entre los pasajeros á la señora María Francisca Domínguez, la viuda de su compatriota y amigo, el doctor José Fernández Madrid. Esta señora llevaba consigo los restos de su esposo, los cuales con mil dificultades había logrado sacar de Londres, llevarlos á

Nueva York y embarcarlos en el *Ateniense.* (1) La señora de Madrid llevaba también á su lado á su hijo Pedro, uno de los hombres más importantes que después ha tenido Colombia (entonces de tierna edad), y á su hermano, don Miguel Domínguez, quien la había acompañado en sus viajes y tribulaciones. A más, iba en el buque también el General Rocafuerte, de quien hemos hablado antes y tendremos ocasión de ocuparnos después.

No bien salieron del puerto, cuando el *Ateniense* fué atacado por una espantosa tempestad, en la cual creyeron zozobrar. Antes de que lograsen arriar las velas, el viento las volvió trizas; la obra muerta del bergantín se hizo pedazos, y la barraca de la cocina, que estaba sobre cubierta, fué sorbida por el mar con todo lo que contenía. Durante treinta horas consecutivas sopló el huracán con violencia tal, que los pasajeros y aun los marinos pensaban que á cada momento el buque se iría al fondo del mar; parecía imposible que el desdichado bergantín pudiese resistir á los embates de las olas enfurecidas y del viento aterrador. Todas las aves y animales vivos que llevaban para la alimentación, se ahogaron dentro de sus jaulas ó fueron arrastrados por las olas; el agua dulce se mezcló con la salada, de manera que durante el resto de la navegación tuvieron que tomar agua nauseabunda; no podían hacer fuego, y lo poco que comieron en esos primeros días de angustia, era frío y escaso.

Al cabo de dos días se calmó algo la fuerza del venda-

---

(1) Pocos meses después de la muerte de Madrid, su viuda emprendió viaje de regreso á Bogotá, trayendo consigo los restos de su amante esposo, que no quiso dejar en tierra extraña. Para lograr su exhumación tuvo que vencer mil dificultades, así como para que le permitiesen embarcarlos á bordo del buque en que debía hacer la travesía. Esos restos, que la señora Domínguez guardó siempre en el oratorio de la famil reposan hoy en el Cementerio de Bogotá, al lado de los de ella mism

(*Biografía de don José Fernández Madrid*, arreglada por Carlos Mi tínez Silva.—Bogotá, 1889).

val, pero continuó la agitación del mar hasta el día nueve. Entonces pudieron rehacer la cocina y lograron tomar alimentos calientes. Al entrar en la zona tórrida, el tiempo cambió completamente, y los días y las noches eran bellísimos.

El 17 vieron las costas de Puerto Rico, y entraron en el canal que separa esa isla de la de Santo Domingo. El 21 avistaron las costas de Tierra Firme, y el 22, á las nueve de la mañana, comenzaron á ver las murallas, las torres y los mástiles de los buques que se hallaban dentro de la bahía de Cartagena.

«*22 de Diciembre.*—Al llegar frente á Cartagena, el capitán nos hizo notar que dentro de la bahía había un gran buque que parecía inglés, y que tenía la bandera á media asta, lo cual, dijo, probaba que debería de haber muerto alguna persona importante. A poco oímos que tiraban un cañonazo cada cuarto de hora. Creímos que serían tal vez solemnes funerales que hasta entonces le estarían haciendo al General Sucre, ó que debía de haber muerto en Cartagena algún ciudadano importante.

«A medida que adelantábamos en nuestra marcha, veíamos dibujarse con mayor claridad las palmas y los bastiones de la ciudad, lo cual revelaba su aspecto oriental. De repente se nos acercó un bote que salía de Cartagena.

«—Quién ha muerto? grité á dos negros que venían dentro del bote.

«—*El Libertaró!* contestó uno.

«—Aguántate, Juan Francisco! exclamó el otro al abordar el bergantín; y un instante después aquellos nuestros pardos compatriotas saltaban sobre cubierta: eran los prácticos.

«—El Libertador ha muerto! dijimos todos cuando el dolor y la sorpresa que nos causó aquella noticia nos permitió hablar.

«Aquella triste palabra, dicha por un negro casi salvaje, fué la primera que oíamos al llegar á la patria después de tantos años de ausencia.»





TERCERA PARTE

—

CAPITULO I

Llegada á Cartagena.—Viaje al interior.—Sus habitantes y su clima.—Penoso viaje por el Magdalena.—Mompós.—Noticias políticas alarmantes.—Llegada á Guaduas.—El Gobierno nombra á Acosta Comandante efectivo de artillería.—La Convención.—Actos de ésta.—División del Partido Liberal.

1831–1832

Pasada la primera impresión dolorosa, los pasajeros del *Ateniense* supieron que Bolívar había pasado los meses de Octubre y Noviembre en Barranquilla y Soledad, pero que, sintiéndose peor de salud, se había trasladado á Santa Marta al empezar el mes de Diciembre, y que en las inmediaciones de aquella ciudad, en la quinta de San Pedro Alejandrino, había muerto el 17 de Diciembre á la media noche.

«El buque pasó por frente de los castillos de Bocachica, dice Acosta, los cuales tenían un aspecto de completa miseria y desolación, con sus harapientos centinelas que montaban la guardia en cuerpo de camisa.»

Desembarcó con el corazón oprimido, sentimiento que fué aumentado al pasar por las calles desiertas y las plazas, al parecer abandonadas, de aquella ciudad que parecía entonces marchar hacia la ruina más completa.

Inmediatamente fué á visitar á don Juan de Francisco Martín, aquel constante y abnegado amigo de Bolívar, y al doctor Eusebio M. Canabal. (1) Encontrólos á ambos profundamente afligidos por la muerte del Libertador, tanto más cuanto la patria pasaba por una cruenta crisis, de la cual ellos pensaban que sólo Bolívar, si viviera, hubiera podido salvar el país de la anarquía que lo amenazaba.

Cumplido este deber, Acosta buscó la familia de Madrid que había entonces en Cartagena, con el objeto de que lo acompañasen á bordo á traer á tierra á la señora Domínguez, y custodiar los restos de su esposo, honra de aquella ciudad.

A pesar del ruinoso y desolado aspecto de Cartagena, en breve nuestro viajero olvidó aquella primera impresión para agradecer la buena acogida que obtuvo de la hospitalaria y culta sociedad de Cartagena.

Allí la triste viuda del señor Madrid encontró á sus primos, don Gregorio Domínguez y doña Teresa, casada con el inglés señor Santiago Brush. Doña Teresa era por su cultura y gracia el alma entonces de la sociedad de Cartagena.

Acosta se vió allí con su antiguo amigo el General Lacroix, cuya carta de despedida verán nuestros lectores en un apéndice de este libro. Comió en casa de Mr. Watts con el Comodoro inglés Farquhar, Comandante de la fragata *Blanche*, que lord Belmore había enviado desde Jamaica con dos médicos cuando supo que Bolívar estaba

(1) Era este caballero uno de los ciudadanos más preclaros de Ca gena, el cual sirvió á su patria siempre con abnegación y desinterés. 1 rió en Cadiz, en 1853, antes de cumplir 70 años.

mortalmente enfermo. Rogábale encarecidamente al Libertador al mismo tiempo que se transportase á esa isla, en donde había más recursos que en la tierra firme. Desgraciadamente, la fragata llegó cuando ya Bolívar había muerto.

El Comodoro convidó á Acosta á almorzar á bordo junto con el Prefecto de Cartagena, señor Juan de Francisco Martín. Durante el almuerzo, el Prefecto y Acosta resolvieron elevar una manifestación de gratitud á lord Belmore por la fina atención y el interés que había manifestado por la salud del «Padre de la Patria.»

Durante su permanencia en Cartagena—desde fines de Diciembre hasta principios de Febrero—Acosta se estableció en una casa al pie de la Popa, en donde, dice, el clima es más fresco, hay menos zancudos, y gozaría de mayor tranquilidad para emprender seriamente las observaciones meteorológicas que se había propuesto hacer en Cartagena y durante su viaje al interior del país, para enviarlas á la Sociedad de Geografía de París, y cumplir el encargo que ésta le había hecho.

El Diario está trunco en este punto, así es que no se sabe por qué motivo Acosta permaneció tanto tiempo en Cartagena. Se infiere que sería que el Magdalena debería de estar bloqueado por los insurrectos de Barranquilla; de manera que al fin se vió precisado á buscar el río al través de la Provincia de Cartagena.

Aquí vuelve á encontrarse el Diario.

El 9 de Febrero llegó á Turbaco, á las cuatro de la tarde. Observa que en aquel temperamento, que se considera fresco, marcaba á esa hora el termómetro 30°. En ese lugar encontró á varios ingleses que vivían en Cartagena y estaban allí de paso, á saber: Mr. Bunch, (1) el Coronel

(1) Padre del que fué Ministro de Inglaterra en Colombia, Mr. Roberto Bunch, y del señor Jorge Bunch, que se estableció en Colombia y murió también.

Rash, (1) Mr. Stevenson, el famoso ingeniero, y Mr. Forster.

En Turbaco Acosta hizo varias observaciones barométricas, que apunta.

Al día siguiente, á las doce, llegó á Arjona, pueblo indígena, sito á tres miriámetros de Cartagena. Allí, á esa hora, el termómetro centígrado marcaba 33° á la sombra, y en la mitad del camino hacia Mahates, á las dos de la tarde, había subido á 37.° «El camino, escribe, sigue por tierra llana y atraviesa una espesa selva de palmas, ceibos y guaduas. Arjona no cuenta más de quinientos habitantes, y otros tantos tiene Mahates.» (2)

En este último lugar se hospedó en casa de un señor Vargas, el cual había sido artillero en Bogotá en la primera época de la revolución, y antes estudiante en el Rosario, y probablemente condiscípulo de Acosta, aunque no lo dice.

El día 11 se detuvo en la hacienda de La Cruz, y el 12 llegó á Barranca. «Este pueblo, escribe, está situado en dos partes: la mitad en la orilla del río, y la otra en la pendiente de la colina, sobre la roca misma, en forma de escalones. El censo de 1828 dió por resultado que Barranca poseía 1,200 almas, apenas 50 más que en 1825; (3) pero yo creo que debe de tener menos: es un pueblo miserabilísimo, asolado por frecuentes incendios, que no le permiten prosperar. El termómetro marcaba á las tres y media de la tarde 36°.»

En aquel desdichado lugar Acosta tuvo que aguardar el vapor que debería llevarle á Honda. Al dia siguiente lle-

---

(1) Valiente militar, que tomó las armas en Venezuela en la Legión Británica, é hizo la mayor parte de las campañas de la Independencia, quedándose al fin en Colombia, en donde dejó distinguida familia.

(2) En 1876, según el *Diccionario* de Esguerra, Arjona contaba 3,037 habitantes, y Mahates 2,689.

(3) En 1849 aún no había adelantado, y apenas contaba 1,500 habitantes; pero, según el *Diccionario* de Esguerra, en 1876 había bajado á 1,068 almas. Ignoramos lo que sea hoy.

gó el Coronel Mamby, (1) y le dió la triste noticia de que el vapor tardaría en llegar más de lo que se había previsto.

Los habitantes de Barranca, para obsequiar á sus huéspedes, dieron un baile, obsequio que éstos no agradecieron en lo más mínimo; bailar en un clima como aquél, en unión de algunos negros y mulaticas, no era por cierto diversión, sino un horrible martirio!

Para distraerse, Acosta se ocupó activamente en hacer excursiones en los alrededores para hacer observaciones científicas; pero los instrumentos se calentaban de tal manera, que á veces casi no podía tocarlos ni manejarlos.

Al fin, el 19 de Febrero llegó el vapor *Libertador*, «el cual, escribe, sólo tenía la fuerza de 38 caballos, y su estructura era inadecuada para la navegación del Magdalena.»

Al embarcarse uno de los pasajeros le dió la noticia de que Monagas—en el oriente de Venezuela—había hecho un pronunciamiento en favor de la integridad de Colombia, pero sin nombrar á Bolívar, á pesar de que aún no podían saber en Cumaná la muerte del Libertador.

El 21 pasaron por frente de Tenerife y Plato: «lugarcillo este último situado en la orilla izquierda del río, con dos casitas blanqueadas, que le dan un aspecto limpio y risueño.»

Empero, la mala alimentación, el calor y el «ruido infernal,» dice, que hacía aquel desvencijado vapor, acabaron por enfermar de fiebre á nuestro viajero. Para empeorar la situación, un militar inglés que iba allí tuvo por conveniente embriagarse de una manera tan violenta, que cau-

(1) El Coronel Mamby, caballero inglés, de relevantes prendas, el cual sirvió en la Legión Británica primero, y después al lado de Bolívar, en las campañas del Sur. La muerte del Libertador lo había llenado de tristeza. Desde 1840 se retiró al seno de su hogar, y no volvió á salir á la calle hasta su muerte. Se casó con una dama de Bogotá, y sus hijos son ciudadanos colombianos.

só inauditos escándalos á bordo durante una noche entera, sin permitir que nadie pudiera reposar ni dormir.

Pasaron por frente al desaguadero del Cauca, delante de Pinto, Santa Ana y San Fernando. Aquella navegación era singularísima. El capitán decía que era preciso andar muy despacio, porque el buque *no sabía apresurarse*. A eso se añadía que las gentes que vivían en las orillas del Magdalena se negaban á vender leña. Unas veces el capitán tenía que pagar la leña al precio que le pedían, y otras comprar por la fuerza las cercas de las adyacentes sementeras y aun la madera que tenían preparada para edificar. Lo menos que pagaba por un *burro* de leña eran diez reales.

El 23 llegaron á Mompós, pero no pudieron atracar frente á la población, sino delante de la alameda de corpulentos árboles que existen todavía allí.

A pesar de estar sufriendo fiebres intermitentes, Acosta tuvo que desembarcar para ir á visitar á una señora Salazar, (1) la cual lo había mandado llamar. En aquel lugar recibió cartas de su familia y se quedó una noche en casa del señor Velilla, en la mejor de la ciudad. Parecióle entonces que Mompós se hallaba en estado mucho menos ruinoso que Cartagena (hoy sucede lo contrario), y que el mercado era tan abundante en frutas, que cien naranjas apenas alcanzaban á valer dos reales.

En Mompós quedó uno de los pasajeros, el capitán Iglesias, quien iba como enviado ó comisionado de Cartagena para armar una flotilla, la cual debería atacar á los pueblos insurreccionados de la Provincia de Barranquilla.

El 25 volvieron á ponerse en vía, pero de allí para adelante la navegación era peor todavía: algunas veces el buque se metía por un brazuelo del río que no tenía salida, y era preciso retroceder, perdiendo en aquellas faenas horas y horas; con frecuencia se descomponía la máqui

(1) Sin duda parienta del señor José María Salazar, á quien Ac había tratado en París, como en otra parte de este libro lo hemos vi

las bombas que alimentaban el condensador rehusaban trabajar; se aflojaban los tornillos ó se rompían; se escapaba de repente el vapor del cilindro, y era indispensable detenerse á cada paso para remediar los daños, que no se reponían sino al cabo de horas y aun de días. Acosta, entre tanto, sacaba sus instrumentos á la playa y hacía observaciones meteorológicas, ó se entretenía en cazar en los vecinos bosques.

Navegaban á razón de tres millas por hora, cuando no ocurría algún contratiempo, pero esto rara vez sucedía. No bien andaba un poco, y parecía como si al fin todo estuviese en orden, cuando avisaban al capitán que acontecía algo á la máquina, ó que se había acabado la leña. Éste entonces arrimaba el malhadado buque á la orilla y saltaba á tierra con la tripulación, y personalmente cortaban la leña que necesitaban, hasta llegar á algún pueblo, en donde había que batallar para conseguir lo preciso para seguir adelante.

Al pasar por la aldea de San Pedro se les presentó un curioso espectáculo. Millares de patos y garzas ennegrecían las playas pescando *bocachico* (pez que abunda en el Magdalena y otros ríos de la América del Sur), y gran número de caimanes hacían otro tanto, mientras que más lejos la población entera de aquella orilla, hombres, mujeres y niños, habían sacado cuantos calderos y vasijas poseían, y entre tanto que unos pescaban activamente, los demás se ocupaban en sacar la grasa de aquellos peces, destruyéndolos por completo. «Ahora once años, observa el viajero, en esta misma época, tuve ocasión de presenciar iguales escenas en el río Atrato.»

«En San Pablo—añade con fecha 4 de Marzo—saltamos á tierra. Vimos el atrio de la iglesia, en donde asesinaron á Demetrio Díaz. (1) Las calles de aquella aldea

(1) ¿Sería éste un militar español que abrazó en la época de la Independencia la causa americana, y combatió en la mayor parte de las batallas de aquella época?

son rectas, y algunas casas hay bastante aseadas. Sobre la puerta de la casa del cura se leen estas palabras: *Respecto, silencio.* El alcalde, que no sabe firmar, certificó nuestras listas por medio del escribano.»

La máquina del vapor continuaba siempre descompuesta, á lo cual se agregaba un nuevo accidente, que no ocurría en la parte baja del río, y era que se varaba continuamente, de manera que la leña, que con tanto trabajo conseguían, se gastaba toda en los esfuerzos que hacían para sacar el buque del atolladero.

El 7 de Marzo llegaron á Barranca Bermeja, y á poco se varó el vapor durante treinta horas. Después de inauditos esfuerzos, lograron sacarlo; pero entonces resultó descompuesta la máquina, y en la reparación gastaron cuatro días! Aún no habían terminado los contratiempos: como se necesitase leña con urgencia, enviaron á traerla una canoa á la orilla izquierda del río, pero al regresar con ella se volcó con todo lo que iba dentro, y fué preciso aguardar á que cortasen una nueva provisión. Al fin se vieron á flote; pero la máquina había quedado tan mal compuesta, que á cada dos ó tres horas era preciso parar el buque para apretar algún tornillo ó martillar alguna cosa, y en la refección gastaban de seis ú ocho horas y se desperdiciaba la leña.

El 15 pasaron por los peñones llamados de Barbacoas, «los cuales, dice Acosta, estuve examinando, y no pueden considerarse en realidad como punto militar, según se ha creído, sino porque el río está reunido aquí en un solo brazo, de manera que si se colocaran piezas de á ocho sobre los dos peñones opuestos, podrían cruzar sus fuegos con buen éxito. Como el río está recostado sobre la orilla derecha, la mejor defensa podría hacerse desde ese punto.»

El 17 encontraron una canoa que bajaba el río, y los que venían dentro les dieron noticia de los triunfos de López y Obando en el Cauca, del desconocimiento del go-

bierno de Urdaneta por estos Generales, y la anexión del Chocó y Buenaventura al Ecuador, por instancias del General Flórez.

En San Bartolomé, adonde llegaron al día siguiente, el alcalde les dijo que acababa de saber que el Coronel Córdoba se había escapado con la escolta que lo conducía á Cartagena, y se internaba en Antioquia por veredas y despoblados.

Ya para entonces la paciencia de nuestro viajero se había agotado por completo. Resolvió abandonar aquella tortuga en forma de vapor y volar á ofrecer sus servicios como militar al Gobierno legítimo, y ayudar á salvar la patria de la destrucción y anarquía que la amenazaba. Pidió al alcalde del pueblo que le buscase y consiguiese una canoa en la cual pudiera seguir río arriba. Éste le proporcionó una, en la cual se puso en marcha inmediatamente.

La primera noche pernoctó en un miserable rancho á las orillas del río. Despertáronle al amanecer los lastimosos gritos de la perdiz, los agudos chillidos del pájaro *aburrido*, el canto de la *guacharaca*, el silbido estridente de los monos, y todo aquel rumor de vida exuberante que sólo se oye dentro de los bosques tropicales. «Por primera vez, exclama, después de cinco años de ausencia, me sentí en mi patria, y me asaltaron mil recuerdos dolorosos y alegres, tristes y conmovedores de mi juventud primera!»

En Nare, adonde llegó al cabo de dos días, no encontró alcalde ni administrador de correos; no había ninguna autoridad que impidiese los desórdenes que estaba cometiendo la tripulación de un champán arrimado allí. Andaban aquellos bogas ebrios por las calles, jugando y riñendo con los inermes habitantes del lugar como verdaderos salvajes, y tenían aterrados á los desdichados habitantes.

Algunas personas racionales con quienes pudo hablar le dieron nuevas noticias de lo que estaba sucediendo en

la Capital, y de los desórdenes que ocurrían en todas partes.

Continuó apresuradamente su viaje, pero ni las incomodidades de él ni las preocupaciones políticas le impidieron hacer algunas observaciones metereológicas, y cada vez que podía desembarcar, examinaba la formación de los terrenos y notaba cuidadosamente las curvas que hace el río.

El 23 llegó á Buenavista. «Media legua más arriba, escribe, sobre la orilla izquierda, cerca de un peñón, á la sombra de un barranco y oculto entre un enjambre de gramalotales, desemboca modestamente el río Negro, el cual, después de regar el valle de Pacho con otro nombre, recorre parte de Cundinamarca, y en seguida, como en secreto y abochornado de introducir sus aguas tan negras entre las amarillosas del Magdalena, se confunde y se pierde entre éstas.»

No fué sino el 26 de Marzo cuando Acosta arribó al fin á la bodega de Honda. Como no encontrara las bestias que deberían de haberle mandado, según sus órdenes, de Guaduas, no quiso detenerse, sino que continuó su marcha á pie. Sin embargo, al llegar á Rioseco halló las mulas que le enviaba su familia, y pudo seguir el camino más cómodamente, alumbrado ya por una clara luna.

A las diez de la noche llegó á Guaduas; abrazó á sus hermanos José María y Manuel, y se retiró á dormir, dice, «en el mismo aposento en donde había nacido.»

Con esas palabras concluye el Diario que nos ha servido de hilo conductor hasta aquí. No volveremos á encontrar Diario ninguno hasta años después; ó no escribió ninguno hasta 1845, ó todos aquellos se perdieron, pues sabemos de manera positiva que llevaba uno durante las campañas de la revolución de 1840, al cual nos refe- mos más adelante.

¡Cuán diferente encontró Acosta á su patria al regr

á ella! La gran Colombia que dejó cubierta de recientes glorias obtenidas desde Cumaná hasta la Paz; esa patria que entonces vivía de esperanzas y se preparaba para marchar independiente y orgullosa por los senderos de la civilización; esa República inmensa y fuerte había desaparecido para formar con los jirones de sus triunfos tres naciones distintas, descuartizadas por una nube de ambiciosos. Cada una de ellas luchaba para reconstituírse de nuevo, y los pueblos que habían trabajado heroicamente para escapar del dominio de España, se sentían desalentados ante la guerra entre hermanos, que surgía por todas partes. El espectro de la anarquia espantaba á toda persona de juicio, pues las pasiones enardecidas de muchos militares les había quitado el concepto de lo que es el verdadero patriotismo, y cada cual pretendía adueñarse de cualquiera manera del poder. Esto sucedía en Panamá, en donde los negros y mulatos al mando del General Domingo Espinar, amenazaban separarse del resto de la República; en Antioquia, en donde se levantaban en armas los Coroneles Córdoba, Robledo y otros, contra Urdaneta; en el Cauca los Generales López y Obando no tenían inconveniente en aceptar el desmembramiento de la República para conseguir alianzas; en la Costa atlántica los militares Vezga, Rodríguez, Carmona, etc., alzaban la bandera de la insurrección; en Mariquita, en Neiva, en todas partes reinaba el desorden, la anarquía y un desconcierto general; no había ciudad, no había aldea que no se viera despedazada por las facciones, y en continua alarma y sobresalto.

Urdaneta sentía vacilar el gobierno entre sus manos; parecía que no había esperanza de salvación en ninguna parte, y mucho menos si se estrellaban sus tropas del Gobierno contra los enconados insurrectos.

¿Cuál era el gobierno legítimo al cual el joven capitán Acosta debería presentarse? Nadie lo sabía en medio de aquel desconcierto, así fué que resolvió permanecer aleja-

do de todo hasta ver cuáles serían los resultados de las conferencias que debían tener lugar entre el General Caycedo—quien se había encargado de nuevo del Poder Ejecutivo—y el General Urdaneta, el vencedor del Santuario. El juicio y acrisolado patriotismo de aquellos dos jefes los sacó con honor de una situación tan delicada, y después de una entrevista en las Juntas de Apulo, el 28 de Abril, firmaron tratados, y se resolvió que se convocaría una Convención, la cual organizaría la Nación. El General Urdaneta, entre tanto, resolvió entregar el mando y marcharse del país definitivamente, dejándolo en poder del legítimo Vicepresidente, el General Caycedo, para no volver á figurar en la política de Nueva Granada. (1)

El General Caycedo fué declarado jefe supremo; organizó inmediatamente un Ministerio mixto, con el cual procuró contentar á todos los partidos; pero sucedió lo que sucede siempre en esos casos: que en lugar de contentar, disgustó á todos.

Sin embargo, estas evoluciones en obsequio de la paz no produjeron los efectos que se esperaban: el desorden continuaba imperando en todos los ámbitos de la República, y sobre todo en los contornos de la capital, en donde varios militares rehusaban deponer las armas y reconocer al General Caycedo. No fué sino después de mil esfuerzos cuando al fin se logró conjurar la tempestad, y para afianzarla se convocó la Convención que debería reunirse lo más pronto posible; al mismo tiempo el Gobierno expidió un decreto por el cual restablecía al General Santander en todos los derechos que había perdido con motivo de la conspiración de Septiembre de 1828, y al mismo tiempo indultaba á todos los que se hallaron comprometidos en ella.

El Gobierno ascendió al Capitán Acosta á primer Co-

(1) Se retiró á Venezuela, en donde lo supieron apreciar. Murió como Ministro de su país en París, en 1845, de 56 años de edad.

mandante efectivo de artillería, y debió asistir á la Convención que se reunió en Octubre de aquel año. (1)

Reunida la Convención el 20 de Octubre, ésta nombró Presidente al señor Ignacio Márquez, y pocos días después se declaró constituído un Estado, el cual se compondría de las provincias centrales de Colombia, y debería llamarse Nueva Granada, como el Virreinato que iba á reemplazar. Durante aquellas sesiones se dividió el partido llamado liberal en dos partes, partes que, á pesar de que se denominaban ambas partido liberal, eran en realidad bien diferentes, no solamente en su lenguaje y en sus actos, sino también en sus ideas. Los unos seguían á ojo cerrado y aceptaban las arbitrariedades ordenadas por el General José María Obando, el cual después de haber pretendido anexar el Cauca al Ecuador para contentar sus no disimuladas ambiciones, hizo esfuerzos inauditos para impedir aquello mismo que había fomentado, porque con la caída de Urdaneta veía adelante esperanzas de colmar sus deseos en la nueva nación que había formado la Convención. Como el General Caycedo había renunciado por dos veces el alto puesto de Vicepresidente, la Convención, que había aceptado, pasó á elegir un Vicepresidente interino, recayendo la elección en el General José María Obando, Secretario de Guerra. Después de acaloradísimas discusiones, las cuales dieron por resultado grande agitación

---

(1) *República de Colombia.—Bogotá, Junio 30 de* 1831.—21°.

Al señor Comandante Joaquín Acosta.

La Asamblea electoral de esta Provincia se ha servido elegir á usted para representar en calidad de Diputado suplente á la Convención que debe instalarse en esta capital el 15 del próximo Octubre. Tengo la particular satisfacción de avisarlo á usted, esperando que, llegado su turno, se servirá usted concurrir á desempeñar cumplidamente tan interesante misión. Acompaño á usted una copia del registro de las elecciones, la cual debe servir á usted de credencial.

Soy de usted con perfecto respeto obediente servidor,

Vicente Azuero.

en la Convención desde las once de la mañana hasta las diez de la noche, fué electo al fin.

Bajo la aciaga influencia de este militar se cometieron grandes injusticias, y se mandó borrar del escalafón militar á todos los jefes que habían tomado alguna parte en la revolución encabezada por Urdaneta, con lo cual se violaban los solemnes tratados de Apulo. (1)

La otra parte del partido liberal, en cuyas filas se encontraba Acosta, era encabezada por el doctor Ignacio Márquez, hombre de grandes luces, moderado y enemigo de toda injusticia; además, era civil, y ya en el país deseaban vivir bajo el amparo de las leyes y no del sable, cuya época había terminado, pues los militares, no encontrando enemigos extraños á quienes combatir, hacían uso de sus armas contra sus propios hermanos.

CAPTÍULO XXII

Regresa Acosta á los Estados Unidos, en donde se casa.—La Convención había elegido Presidente al General Santander.—Altercados y guerra con el Ecuador.—Acosta se establece en Bogotá.—Le nombran Director de caminos de Cundinamarca.—Miembro de la Academia Nacional.—Catedrático de química.—Rumores de conspiración.—Administración del General Santander.—El Colegio de La Merced.—El doctor Cuervo.—Sociedades para propender á la educación.—Enseñanzas utilitaristas.—La conspiración de Sardá y sus consecuencias.—Acosta presta servicios á la patria como miembro de la Cámara de Provincia y Diputado al Congreso.—Su aspecto físico y moral.—División del partido liberal.—Núcleo del partido conservador.—Quiénes lo componían.

1832–1836

Cuando llegó el principio del año de 1832, Acosta emprendió viaje con licencia para ir á casarse en los Estados

---

(1) Entre los jefes y oficiales no solamente borrados de la lista militar, sino también desterrados, se halló el General Lacroix, antiguo amigo de Acosta. Desesperado el General con su situación y lejos de su fam[illegible] la cual había quedado en Bogotá, se suicidó en París, en 1837. En a[illegible] lla ciudad, en 1870, se publicó un libro póstumo de él, titulado *Ef[illegible]rides Colombianas*.

Unidos, como lo había ofrecido. Había puesto en claro sus asuntos personales, haciéndose cargo de los terrenos que le pertenecían por herencia en el valle de Guaduas. A él había tocado el área de población y gran parte de los cerros circunvecinos, por el lado del llamado Alto del Raizal, y además un lote de la casa solariega de sus padres, en Bogotá, sita ésta en la llamada entonces plaza de San Francisco, hoy de Santander, por haber tenido allí el General Santander su casa, en la cual vivió, murió y permanecieron sepultados sus huesos largos años.

El 29 de Febrero los miembros de la Convención firmaron la Constitución de la nueva República de Nueva Granada. Eligieron Presidente por cuatro años al General Santander, y Vicepresidente al mismo que había competido con el General Obando anteriormente, el doctor J. Ignacio Márquez. «Para que hubiese elección, leemos en las *Memorias* del General Posada, se necesitaba el voto de las dos terceras partes de los miembros presentes en la sesión, y por esta causa no se decidió la elección hasta el 15.º escrutinio, resultando electo el señor Márquez por 42 votos contra 20 que obtuvo el General Obando, quien no disimuló su enojo, y desde aquel día miró con aversión reconcentrada al señor Márquez, como lo probó después haciéndose su enemigo declarado. Sin embargo, aceptó por lo pronto la Secretaría de Guerra, por nombramiento del Vicepresidente electo......»

La Convención cerró por último sus sesiones el 1.º de Abril, y el doctor Márquez se ocupó activamente en pacificar el país y en terminar sus desavenencias con Venezuela y el Ecuador.

Como ya dijimos antes, el General Flórez, con el consentimiento en un principio de ciudadanos granadinos como los Generales López y Obando, reclamaba para la nueva República que acababa de constituir con el nombre del Ecuador, una parte del territorio granadino. Con el ob-

jeto de evitar derramamiento de sangre entre hermanos, Márquez envió al Ecuador una comisión de paz, compuesta de tres personas respetabilísimas en sí, así como por representar á diferentes partidos de la República, á saber: don José Manuel Restrepo, amigo del orden, de las luces, historiador, miembro del partido de Bolívar, á quien había servido leal y eficazmente durante largos años; el Ilustrísimo José María Estéves, Obispo de Santa Marta, quien iba como elemento de la paz y la caridad, que deben hallar siempre cabida en el pecho de un sacerdote del Altísimo; y el Coronel José Acevedo, hijo del gran tribuno de 1810, que representaba el patriotismo de la juventud granadina del Partido Liberal que seguía las huellas del doctor Márquez. Este último iba como Secretario.

Sin embargo, los comisionados de paz nada pudieron hacer en el Ecuador. Después de varias conferencias en Quito, se retiraron y volvieron al Cauca. Entre tanto, habiendo nombrado el Gobierno al General J. M. Obando para que se situase en las fronteras y declarase la guerra al Ecuador en caso de que esta Nación se negase á devolver las provincias del litigio, se rompieron en breve las hostilidades y empezó una guerra que Márquez había deseado evitar á todo trance. (1) Felizmente ésta no fué larga ni sangrienta. Habiendo obtenido señaladas ventajas, las tropas granadinas se declararon vencedoras; propusieron un tratado de paz, y al fin del año de 1832 firmaron uno de amistad y alianza con el Ecuador, y las provincias semianexadas volvieron al dominio legal.

Joaquín Acosta había sido comisionado para entregar

(1) "Repito, dice el General Posada, que el Gobierno del Ecuador no usurpó ninguna parte del territorio granadino; los Generales Obando y López promovieron y obtuvieron la anexión del Departamento del Cauca, por los motivos ya conocidos, y el Gobierno del Ecuador hacía valer esta anexión respecto de la Provincia de Pasto y parte de la de Buenaventura. De esto á usurpación, hay gran diferencia." (*Memorias*, volumen II, página 16).

el nombramiento de Presidente de la República al General Santander, quien estaba entonces en los Estados Unidos, el cual le sirvió como padrino de su matrimonio con la señorita Kemble. La ceremonia se efectuó el 31 de Mayo de 1832, é inmediatamente emprendió viaje de regreso á su patria. Con el Presidente subieron el Magdalena hasta Ocaña, en donde Santander tomó el camino de Cúcuta para ir á Bogotá, mientras que Acosta seguía hasta Honda.

Poco después de establecer en Bogotá su nuevo hogar, Acosta recibió de su antiguo amigo el doctor Rufino Cuervo, Gobernador de la Provincia, el nombramiento de Ingeniero Director de los caminos de Cundinamarca, y lo hicieron miembro fundador de la Academia nacional, mandada establecer por el Poder Ejecutivo en Diciembre de aquel año, (1) por haber informado el Secretario del Interior que la Academia fundada en 1826 ya no existía.

En Abril de 1833 Acosta fué nombrado catedrático de química en la Universidad, una de las enseñanzas de las cuales más gustaba, y para llenar su objeto no evitaba esfuerzo ni sacrificio, llevando de su propio laboratorio los instrumentos necesarios y haciendo dón de ellos en obsequio de sus discípulos.

Empero, la situación del la República no estaba del todo apaciguada; fermentaban odios, encubiertas ambiciones y proyectos antipatrióticos de asonadas y conspiraciones. Y era natural que así fuera; cuando se turba la paz pública sucede como en la mar, pasada la tempestad: aún queda por muchos días el movimiento y agitación de las olas, que recuerdan el temporal anterior.

En un principio el General Santander había manifestado el deseo de que se borrasen los partidos, y quiso que

(1) "Transfirióse la instalación al 6 de Enero de 1833, la que se verificó en la casa de gobierno con un discurso del Presidente. En seguida fué nombrado Director el Obispo de Santa Marta, y Secretario don Joaquín Acosta."

(Véase *Vida* del doctor Rufino Cuervo, volumen I, página 217).

se supiese de una manera oficial—por medio de una circular—que su intención era acallar los odios de unos y de otros, gobernando con todos los ciudadanos y para todos, sin distinción de opiniones ni recuerdos de pasadas desavenencias. (1) Pero al mismo tiempo amenazaba con castigar severamente á los que atentasen contra la paz pública.

Nada, sin embargo, es más difícil, ó más bien es casi imposible gobernar con todos los partidos, y el gobernante no puede olvidar que debe el puesto, los honores y los afectos á los que han trabajado en su favor. Si así lo hiciere, los amigos del gobernante lo tacharán de ingrato, sin que por eso logre conciliar la buena voluntad de los contrarios. Santander no se libró de aquello. Además, los que lo rodeaban tenían cuidado de recordarle sin cesar las ofensas que en otro tiempo había recibido. Empezaron á oírse en breve los rumores precursores de algún trastorno público, y se habló de que se tramaban conspiraciones contra la persona del Presidente. Éste quiso entonces reunir en torno suyo á todas aquellas personas en cuya lealtad confiaba, y el 13 de Junio expidió al Comandante J. Acosta un despacho confiriéndole el mando de medio batallón de artillería, compuesto de dos compañías en Bogotá y otra en las provincias del Sur. Vióse, pues, Acosta, en la obligación de tomar de nuevo servicio activo en el ejército, sin que aquello le impidiese atender á sus otros compromisos. Siguió en el puesto de Director de los caminos de Cundinamarca, servía su cátedra en la Universidad, estudiaba sin cesar y continuaba una correspondencia activa con los sabios con quienes había tenido relaciones en Europa.

Nadie puede negar, al estudiar la historia de Nueva Granada en aquella época, que la administración del General Santander fué altamente ventajosa para la naciente l

(1) Véase *Vida de Rufino Cuervo*, por Angel y Rufino José Cuer volumen I, página 176.

pública. El país tenía en su seno hombres patriotas, amantes de un progreso racional y de las verdaderas luces de la civilización. Es increíble lo que entonces se propendió para la marcha de la instrucción pública, bajo todas sus fases. Nombráronse catedráticos para que enseñasen ciencias casi desconocidas antes en aquella sección de América, y surgieron por todas partes de la República nuevos colegios y escuelas. Y, lo que hasta entonces olvidaban los legisladores: también se acordaron de las mujeres, fundando un plantel de educación para las niñas! El Colegio de La Merced fué el primero que inició una educación más amplia y civilizada para la juventud femenina. Esto no significa que no hubiese otro colegio en Bogotá, el de las monjas de la Enseñanza, en que se daba una educación netamente religiosa, y varias escuelas de niñas de primeras letras de particulares, fuera de las oficiales.

El inteligente y progresista Gobernador de Cundinamarca fué el iniciador y el que llevó á cabo ese paso en pro de la civilización del país. Dejaremos aquí la palabra á los hijos de este preclaro ciudadano, cuya vida escribieron. Hé aquí lo que dicen:

«El doctor Cuervo quiso dejar un monumento fundado de planta nueva y consagrado al bien de la mujer, por cuya educación superior la República nada había hecho, al paso que dirigía todos sus cuidados al del hombre. Con este pensamiento desenterró la ley del Congreso de Cúcuta, que aplicaba á la instrucción los fondos de los extinguidos conventos menores, aseguró las propiedades de los de San Francisco de Guaduas y de Las Aguas de Bogotá, amenazadas de desaparecer como otras tantas, buscó las fundaciones destinadas para socorro y auxilio del sexo débil, y cuando tuvo allegada una renta de más de dos mil pesos anuales, propuso al Gobierno la fundación del colegio de La Merced, destinado especialmente para las hijas de los próceres de la Independencia y de los benemé-

ritos de la patria. Pidió en nombre de las granadinas esta gracia, que no costaba á la nación sino el trabajo de dictar los reglamentos, nombrar los empleados y otorgarle su protección.» (1)

Es cierto que cuando Santander tomó las riendas del Gobierno, ya el colegio de La Merced estaba fundado por el Gobernador doctor Cuervo; pero durante su administración adelantó considerablemente y se trató de que se abriera un poco el humilde horizonte que en un principio tenía. Como no hubiese entonces en Bogotá maestras capaces de enseñar música y canto, obtuvieron de la esposa del Comandante Acosta que diese algunas lecciones y consejos acerca de ese arte que ella había aprendido á fondo en Francia, en donde se había educado. El doctor Cuervo escribió obritas elementales para la instrucción femenina, y cada cual llevaba su contingente para mejorar el establecimiento.

Y no era solamente en la capital de la República en donde se propendía por la instrucción de la juventud; en las provincias sucedía otro tanto, y en todas partes se abrían escuelas y colegios para educar á los ciudadanos. (2) Por desgracia no supieron escoger convenientemente los textos, con motivo en gran parte de la influencia del General Santander, quien probablemente patrocinó los escritos de autores utilitaristas, sin caer en la cuenta de las perniciosas doctrinas que enseñaban á la juventud

(1) Véase *Vida de Rufino Cuervo*, tomo I, capítulo VII.

(2) En 1833 Acosta recibió una comunicación del señor Joaquín Mosquera, de Popayán, en la cual le avisaba que "apreciando su celo por la causa de la civilización y por la buena educación de la juventud," lo había nombrado el Consejo de la Administración de la Sociedad de Educación elemental de Popayán, socio honorario de ella, y le expedía el diploma correspondiente.

Lo curioso es que en lugar de ir de la capital á las provincias, la idea de esa Sociedad fué á Bogotá de Popayán, y á instancias del Gobernador Cuervo se fundó una igual en la capital, siendo Acosta uno de los Secretarios, junto con don Pastor Ospina.

granadina; fijándose más bien en la amistad que lo ligó en Inglaterra y Francia con Bentham y Tracy, que en los textos de sus obras. Bolívar, que veía más claro, prohibió esas enseñanzas después de la conspiración del 25 de Septiembre, declarando—dicen los señores Cuervos—que á su influencia corruptora se debió aquel atentado parricida. Con motivo de esa prohibición del Libertador, la cuestión se volvió de partido, y los liberales han adoptado los textos utilitaristas á pesar de que comprenden el mal que hacen con ello.

Entre los mayores enemigos que tenía el General Santander, uno de los que más se quejaba de él era el General José Sardá, español, doblemente digno de consideraciones, porque á pesar de su nacionalidad optó por la causa de la Independencia de América, y combatió en favor de ella. Borrado de la lista militar durante la administración de Obando, sólo porque se le consideraba adicto al Libertador (que ya había muerto), y además cruelmente desterrado y por consiguiente condenado á la mayor pobreza, Sardá no cumplió la sentencia y se quedó en Bogotá. Agriado por la desgracia, pensó que no había para él más salvación que la de propender para que se derrocase el gobierno del General Santander, y de allí la intranquilidad y los rumores de conspiración (1) que sin cesar turbaban la paz públíca.

(1) Carta del Presidente al doctor Cuervo, del 22 de Julio de 1833.

"Mi querido Gobernador:

"Como no todo se debe creer, ni nada despreciar, aviso á usted que esta noche me han dicho que Sardá está aquí intrigando, y aun convidando para irse á Vélez, donde dicen que Serna hace su deber. Póngales usted un espía verdadero á cada uno de esos pícaros como París, Sardá, etc., para saber dónde van, quiénes ven y á quiénes hablan. He dicho lo conveniente á Montoya. Ya estoy fastidiado de tantas camorras. Yo escribiré lo conveniente á Vélez mañana y á Tunja.

"De usted apasionado amigo y servidor,

"F. DE P. SANTANDER."

(Véase *Vida del doctor Rufino Cuervo*, volumen 1, página 178).

La conspiración urdida por Sardá y otros antiguos bolivianos, fué solemnemente denunciada al Presidente el 23 de Julio, é inmediatamente los instigadores de ella fueron apresados; prontísimamente juzgados; condenados á muerte en Octubre y fusilados (17) en la plaza de Bolívar de Bogotá el 16 del mismo mes.

Se creía entonces que la única manera de salvar la paz era usando de gran severidad. El temor de caer en la anarquía hacía acallar la conmiseración hasta en los corazones más nobles y humanitarios.

Leemos en la *Vida* del doctor Cuervo lo siguiente:

«El Teniente Coronel Joaquín Acosta (que entonces era el Presidente de la Cámara de Provincia) contestando la memoria del Gobernador de Bogotá, doctor Cuervo, le decía en 17 de Septiembre: " Los hechos escandalosos que en estos últimos días han sido presentados por una fracción oscura y desaforada que intentó conculcar las leyes, segar en su flor la familia granadina y trastornarlo todo, han llenado á los que componen la Cámara de asombro por lo que tienen de temerarios, de sentimiento por lo que tienen de ingratitud, y de indignación por lo que tienen de horrendos; pero les queda la satisfacción de que á los ojos del mundo sensato esto no puede afectar de ninguna manera el honor de la Provincia, mucho más cuando se vea que las leyes ofendidas reciben una satisfacción digna en el mismo lugar que se intentara convertir en teatro de estupendos crímenes."»

El ejemplo de los desórdenes, de los crímenes, de la horrible anarquía que reinaba en las repúblicas hermanas que habían obtenido su independencia al mismo tiempo que Nueva Granada, había llenado de vergüenza á todos aquellos que respetaban las leyes y creían en la necesidad absoluta de acatarlas sin discrepancia alguna y pensaban, con razón, que no había sacrificio que no se biera hacer en obsequio de la paz de la República. Est.

fueron las ideas que animaban á Acosta por aquel tiempo, ideas que conservó hasta su muerte sin desviarse de ellas jamás. Creía que era preciso hacer comprender á los militares que la disciplina se cumplía sin atenuación ninguna, y que si éstos pretendían cometer faltas, atenidos á sus pasadas glorias y servicios, supieran que serían castigados sin misericordia.

Sin embargo, el principal instigador de aquella conspiración, el General Sardá, había logrado fugarse de la cárcel la víspera de los fusilamientos. Duró un año oculto en Bogotá, y sin duda al fin hubiera logrado escapar con vida, si no siguiera conspirando y tratando de allegar partidarios por medio de algunos de los que tenían comunicación con él. Santander no ignoraba todo esto, y vivían todos los miembros del Gobierno siempre inquietos y sobre aviso, temiendo á cada hora que se turbase la paz pública, paz que que se conservaba tan difícilmente, lo cual no permitía atender debidamente á los asuntos gubernativos. Al fin le fué denunciada al Presidente la casa en que se ocultaba Sardá, y como considerase difícil é inconveniente hacerle prender y ejecutar públicamente, ordenó á dos oficiales del ejército que se fingiesen partidarios de la conspiración que el mísero español urdía, que con ese motivo lograsen entrar á la casa, y que allí le asesinasen. Sentencia horrible y criminal, que aquellos hombres ejecutaron sin vacilar.

Pero ese no fué el último acto de aquel drama sangriento. Los conspiradores á quienes se les había conmutado la pena de muerte, fueron enviados á los presidios de Chagres y Cartagena, en donde parece que murieron todos, víctimas de aquellos climas mortíferos para el que no ha nacido allí; por consiguiente esos infortunados tuvieron la peor parte, y el fin de la conspiración de Sardá tuvo lugar lejos del punto en que fué tramada, bajo el sol de fuego de esos sitios, los más malsanos del mundo.

Entretanto Santander no estaba en un lecho de rosas, y sus enemigos le hacían expiar duramente aquellos actos con una guerra sorda de libelos, insultos y recriminaciones, á los cuales, con poca dignidad, se decía que contestaba él mismo en *El Cachaco*, periódico defensor del Gobierno, redactado por dos liberales del partido más exaltado: D. Florentino González y D. Lorenzo M. Lleras.

Acosta entretanto continuaba prestando todos los servicios que á su alcance estaban, en bien de la patria, aprovechándose para ello de los conocimientos y ciencias que había adquirido en Europa.

Frecuentemente le invitaban á la Casa de Moneda para que fuese á dar su opinión acerca de las operaciones que allí se hacían, y en su calidad de químico sus conceptos eran acatados y obedecidos.

Estando Acosta en Vélez (Septiembre de 1834) cumpliendo una comisión del Gobierno, el Gobernador de aquella Provincia le encargó que inspeccionase el camino del Carare é informase á la Cámara de la Provincia y al Poder Ejecutivo acerca de los trabajos que deberían hacerse; de las facilidades que presentaría el camino para el comercio, y la distancia de la capital de la Provincia al puerto, así como la temperatura de los lugares por donde gira, etc., etc. Además, se le pedía indicase los defectos y los vicios que encontrara, y manifestase las reformas conducentes.

Cumplido lo que se le exigía, antes de llegar á Zipaquirá de regreso de aquel penoso viaje, recibió la siguiente comunicación del Secretario de Hacienda:

Bogotá, 19 de Septiembre de 1834.

Señor C. Joaquín Acosta.

«Desea el Gobierno saber si en concepto de usted, según los conocimientos que tiene, es ruinoso á la mina de sal de Zipaquirá el sistema de elaboración que actualmen-

te observan los asentistas; y en el caso que la opinión de usted sea afirmativa, ¿cuál sería el método conveniente á la elaboración para que la mina no sea agotada?

Dios guarde á usted,

FRANCISCO SOTO.»

Cuando en aquel mismo año se reunió la Cámara de Provincia en el Socorro, pasaron á Acosta dos comunicaciones en las cuales le daban gracias por sus oportunos servicios en el asunto del camino al Magdalena. No sólo habia presentado un informe concienzudo, sino que había elaborado (gratuitamente todo este trabajo) un plano topográfico del camino, y hecho un cálculo aproximativo de lo que podía costar. No sabemos si aquel camino se hizo, ni si aprovecharon aquellos informes posteriormente otras personas para llevarlo á cabo.

Ese año Acosta volvió á asistir á la Cámara de Provincia de Cundinamarca, concurriendo en seguida todos los años cuando se hallaba en el país.

Como en 1835 Acosta hubiese aceptado el nombramiento de Diputado al Congreso, quiso abandonar el servicio activo, y entregó la Comandancia del medio Batallón de Artillería que tenía á su mando, con el objeto de dedicarse con mayor atención á los múltiples deberes que le ocupaban todo su tiempo (1). En Junio de ese año el Jefe político de Bogotá notificó que la Secretaría de lo Interior necesitaba informarse acerca de los límites de la República y los de las provincias entre sí. Le enviaban á Acosta aquella nota, porque sus estudios y conocimientos prácticos de la historia y la geografía del país le hacían fácil corresponder á ese mandato del Gobierno.

(1) El jefe militar de la Provincia y Comandante en Jefe de la 1.ª Columna de Artillería, le envió entonces una nota en la cual le manifestaba que la batería de Artillería que Acosta había tenido á su cargo, se encontraba en tan perfecto estado, que haría honor á cualquier militar de mayor graduación.

Parece que el Poder Ejecutivo deseaba poder presentar al Congreso de 1836 un censo general de la población de la República, especificando los límites territoriales de cada provincia.

Aquel proyecto se llevó á cabo satisfactoriamente, es decir, tan satisfactoriamente como es posible levantar un censo de población en esos vastos territorios en los cuales las poblaciones están diseminadas. Nueva Granada se componía entonces de quince provincias, á saber: Antioquia, Barbacoas, Bogotá (ó Cundinamarca), Cartagena, Cauca, Magdalena, Neiva, Panamá, Pasto, Pamplona, Popayán, Socorro, Tunja, Vélez y Veraguas. La población era entonces de 1.686,038 habitantes (1).

En la Cámara de Representantes, Acosta pudo lucir mejor sus dotes como orador, y al lado de los hombres más importantes del país se hizo apreciar por su acrisolado patriotismo, su amor á la verdad y á la justicia, y la moderación ilustrada de sus ideas.

«Tenía Acosta, (dice el señor José María Samper) particular talento para la sátira fina y picante y la burla inofensiva, no obstante la seriedad de sus trabajos y pensamientos; y si, por ser hombre muy sociable y de mundo, era llano y hasta jovial en el trato privado, como escritor era ocurrente y agudo, ingenioso y buen dialéctico, y como diplomático y orador parlamentario, muy mesurado en el lenguaje, fuertemente razonador, castizo en el decir, culto en las maneras y reportado en los juicios...... Acosta se distinguía en lo moral por varias cualidades dignas del mayor aprecio. Era hombre de incorruptible probidad, y tan severo para consigo mismo en asuntos de interés, que llevaba hasta la nimiedad el rigor de sus cuentas, comprobantes y notas justificativas de sus actos. Ge

(1) Treinta y seis años después, Nueva Granada, ya con otro nombre, y dividida en nueve Estados, contaba con 2.981,984 almas.

neroso y desinteresado por extremo, jamás hizo mayor caso de los bienes de fortuna, que sacrificaba en mucha parte; trataba con suma benevolencia y liberalidad á los inquilinos y arrendatarios de sus casas y tierras; era franco y obsequioso con sus amigos, para quienes su casa estaba siempre abierta; y, filántropo sencillo, pasó su vida en gastar sumas considerables en viajes, publicaciones y trabajos científicos, que le produjeron honra pero no dinero, y en hacer útiles donaciones para públicos servicios...... De talla muy bien conformada y robusto, tenía digna apostura, y siempre estaba de buen humor y dispuesto al trabajo. Tenía el rostro largo y ovalado, las facciones vigorosamente varoniles, la frente vastísima, muy bien conformada y protuberante en la región superior, los ojos grandes y de mirar ingenuo y penetrante á una vez, la voz fuerte y de timbre agudo, el andar rápido; y mostraba en la boca una expresión tan marcadamente significativa de franqueza algo ruda, al par que de ironía y sarcasmo, que no obstante la cortesía de sus modales, inspiraba un respeto mezclado de encogimiento (1).»

Además de sus tareas parlamentarias, Acosta era miembro del Cuerpo Administrativo de una Sociedad llamada de *Templanza*, que fundaron en Bogotá D. Pastor Ospina y D. Lorenzo Lleras; pertenecía á una Academia que estableció la Junta General de la Universidad, y fué nombrado redactor de *El Constitucional de Cundinamarca*, en unión del señor Francisco de P. López Aldana, del doctor Francisco de Orbegoso, del señor Lorenzo M. Lleras y del doctor Florentino González. Tocábales la redacción del periódico por turnos semanalmente. Asistía á la Cámara de Provincia y era Juez 3.° principal de Las Nieves. El Poder Ejecutivo le nombraba frecuentemente, como lo hemos visto arriba, para que fuese á examinar minas y

(1) *Galería Nacional de hombres ilustres ó notables*, por José María Samper. Tomo 1.°, página 65.

diera imformes acerca de su naturaleza y de la manera de explotarlas; prestaba servicios como químico en todo género de experimentos en los hospitales, etc., etc. Acosta jamás rehusaba esa clase de servicios patrióticos, siempre gratuitamente, y á consecuencias de ellos sólo cosechaba disgustos, fatigas, desembolsos, ingratitud y envidias, con lo cual le persiguieron aquellos mismos que se aprovechaban de sus conocimientos.

Era llegado el momento, al empezar el año de 1836, de escoger un nuevo Presidente que debería reemplazar al General Santander en el poder. Tres candidatos se presentaron en cántara: el General Santander patrocinaba al General *José María Obando*, y el candidato de los liberales, si es posible más exagerados, era el doctor *Vicente Azuero*. Entre tanto la parte moderada de la opinión pública, compuesta de liberales de orden, enemigos del militarismo, de la exageración en el progreso, sostenedores de las leyes, republicanos serios y patriotas, como D. Lino de Pombo, los dos Ospinas, el General José Acebedo, el doctor Cuervo, el señor Clímaco Ordóñez, el entonces Coronel Joaquín Barriga, D. Alejandro Vélez, D. Juan de Dios Aranzazu y Joaquín Acosta, se unieron con los restos del partido boliviano, cuyos miembros más conspicuos eran los Generales Herrán y Mosquera, los doctores Gori y Osorio, los señores Restrepo y Canabal, y todos juntos resolvieron sostener la candidatura del doctor *J. Ignacio Márquez*.

Aquel fué el origen y la cuna del actual partido llamado en Colombia *conservador* genuino, cuya bandera civilizadora, progresista y de orden, tremoló durante muchos años siempre en manos de los hombres más realmente patriotas del país, arrostrando para sacarla ilesa toda suerte de peligros, de calumnias y de odios.

Todos estos habían sido partidarios y amigos personales del General Santander en el principio de su Adminis-

tración, pero todos se habían ido alejando de él á medida que se acentuaba su predilección por el General Obando, sobre el cual pesaba como negrísima mancha el drama criminal de Berruecos; y además, ninguno de ellos podía confiar en la conducta de un hombre que tan falaz había sido en política, y cuyas ideas de gobierno eran tan contrarias á la República sana, sensata y respetable que se deseaba afirmar en Nueva Granada (1).

Los votos que obtuvo Márquez alcanzaron á 615 contra 541 por Obando y 164 por Azuero. El Congreso declaró electo al primero presidente de la República, con una mayoría de 58 votos; alcanzando Azuero 21 y Obando solo 17, pues hasta el mismo General Santander había optado por Azuero al ver la impopularidad de Obando.

CAPÍTULO III

Se divide el Partido Liberal.—Acosta hace causa común con los partidarios de Márquez.—Carta al General Santander.—Oposición del ex-Presidente al Gobierno.—Acosta tiene á su cargo el Observatorio astronómico, el Museo, etc.—Es nombrado Encargado de Negocios al Ecuador.—Viaje con su familia.—El Presidente del Ecuador señor Rocafuerte.—El General Flórez.—Carta del General Santander á Acosta.

1837—1838

Entre las muchas cualidades que adornaban al doctor Márquez, la que más popularidad le hizo tener era el que no perteneciese á la carrera militar. Como ya hemos di-

(1) "Comenzaron con esto á enfriarse muchos amigos de Santander, á alejarse de él y aun sostener la candidatura de Márquez; por el mes de Junio era público que así lo habían hecho Acosta, Acebedo y el General López; y en el mes de Septiembre estaban yá tan unidos los que constituían la nueva oposición que firman confundidos bolivianos con liberales, todos conocidos y muchos de gran representación, una solicitud para que sea nombrado el General López Gobernador de la Provincia de Bogotá." (*Vida de Rufino Cuervo*, página 249, antes citada).

cho, los militares con sus arrranques violentos, sus pretensiones á arreglarlo todo por medio de las armas y su empeño en cortar todo nudo gordiano con la espada, tenía aterrorizadas á las poblaciones y á los ciudadanos que deseaban la paz para que pudiese imperar el progreso y la vida civilizada.

Acosta, pues, á pesar de la amistad personal que le ligaba al General Santander, escuchó primero su patriotismo que otras consideraciones, y con empeño se lanzó á combatir la candidatura de Obando y sostener la de Márquez.

El Presidente se manifestó muy quejoso con aquella guerra política que le hacía su amigo antiguo. Con su franqueza característica, Acosta escribió entonces una carta particular al General Santander, de la cual extractaremos la mayor parte de lo que se refiere á nuestro asunto. Dice así:

«......Recibí en días pasados una carta de Boussingault (que es ya profesor en la primera cátedra de Química de Europa, en la Sorbona, en reemplazo de M. Thenard) y me dice entre otras cosas, lo siguiente: 'Mis recuerdos respetuosos al General Santander; M. Arago agradece mucho su carta. El país de usted está tranquilo, gracias á su Administración.'

«Sí, mi General, lo que dice Boussingault es lo que creemos en la Nueva Granada los dos tercios de sus habitantes ó algo más de lo que creen los que se ocupan de nosotros en Europa y en América, pero Boussingault no dice otra cosa, que también creen generalmente en Europa y en América, á saber: que la existencia del Gobierno en nuestro país está cifrada en la persona del General Santander. No conviene al honor de la Nueva Granada, mi patria, que tal cosa se crea, y por lo mismo deseo que usted no gobierne durante los cuatro años de intervalo que felizmente ha dispuesto la Constitución que transcu-

rran para la reelección. El país no puede ya ser gobernado por otros principios que por los del siglo, y es justo que cada provincia envíe al Congreso aquellos de sus hijos que se hayan distinguido como liberales, ó que profesen estos principios, y que no sean ciegos instrumentos del Poder Ejecutivo, como usted dice, pero tampoco que le vengan á suscitar toda especie de embarazos y deslucirlo sólo porque no contribuyeron á nombrarle (1).

«Si yo fuera al Congreso, no tendría enemigo más violento el partido retrógrado, pero tampoco querré que la oposición domine al Gobierno de tal modo, que lo obligue á echarse en sus brazos. Me parece que Nueva Granada comenzó á salir del número de los Estados americanos que son dominados exclusivamente por caudillos militares, desde el día en que nombró á Márquez para presidente, y para que el ensayo sea completo es preciso que la Administración sea por estos cuatro años independiente de la influencia poderosa del General Santander.

«Ridículo sería el ostracismo de que hablaba Borrero, y no solo ridículo, sino degradante, porque probaría que la presencia de un individuo en el territorio de una nación bastaba para ponerla en peligro, pero sí me acomoda el ostracismo *político* por cuatro años. Todas mis simpatías están en favor de usted y de los que desgraciadamente han querido hacer de una cuestión de principios cuestión de personas. A su lado de usted he combatido á los españoles y á los conspiradores, y aun mis intereses personales, si fuese lícito consultarlos, están del mismo lado, porque las antiguas relaciones y el caso que usted ha hecho siempre de lo poco que yo valgo, me han convencido de que yo nunca sería anulado enteramente mientras usted

(1) El General Santander trabajaba activamente para que fuesen enviados Diputados á las Cámaras aquellos que le eran exclusivamente adictos, y además que tenían quejas contra el Presidente Márquez; por consiguiente era seguro que le harían ruda oposición.

esté en el poder. De la otra parte, ningunas relaciones de amistad tengo; por el contrario, tengo la firme persuasión de que muchos de los que sostienen hoy á la Administración Márquez, espían la ocasión de darme en la cabeza,—y, sin embargo, no miro á estas mezquinas consideraciones personales, aunque no haga carrera política ninguna.—Mi solo anhelo es continuar siendo una pobre abeja en la colmena granadina, para lo cual trataré de contribuir como yo lo lo entiendo á la obra de nuestra consolidación, obra en que la posteridad dará á usted tanta parte. Sin odios ni resentimientos, ni inspirado por ninguna pasión baja, nacido en la provincia, pero no raizal de Bogotá, tengo, según creo, elementos suficientes para acertar con lo que puede convenir á la Provincia en la elección de las personas que deben entrar al Congreso en las presentes circunstancias.

«El día en que se me vea desertar mis principios y participar en planes para destruir el sistema legal que hoy rige en el país, ese día se podrá decir que yo cambio de colores. Entretanto se podrá decir que obro con demasiada independencia y sin quererme someter á los dictados de hombres eminentes, pero que soy inconsecuente y que no tengo fidelidad á mis principios, eso no!

«Cuando la Constitución ha dicho que ningún funcionario público podrá ejercer otras funciones que las que le permite la Constitución ó la ley, es preciso inclinarse. ¿Quién ha fijado los límites matemáticos entre las disposiciones legales y las constitucionales? ... Profunda será mi ignorancia en la mayor parte de las cuestiones constitucionales, pero en las que dieron motivo á una ley á cuya desobediencia se ha provocado esparciendo doctrinas anárquicas, no tengo miedo alguno (1); ni tampoco de la elo-

(1) Santander y sus amigos obandistas alegaban que la elección del doctor Márquez no era constitucional porque había ejercido el Poder

cuencia ni de la ilustración de los señores Azuero, Soto y Gómez Plata.

«Esta carta está quizás escrita con demasiada franqueza para el tiempo que corre, y cuando el doblez está al orden del día en materias políticas, pero yo he creído que debía, en obsequio de nuestras relaciones de amistad, no usar de rebozo, y jugar con las cartas sobre la mesa.»

....

A pesar de que las relaciones con el General Santander se habían enfriado un tánto, no por eso dejaban de verse y visitarse, tanto más cuanto que ambos vivían en la entonces plaza de San Francisco y se encontraban á cada paso en la calle y conversaban amistosamente.

El ex-Presidente y sus copartidarios no economizaban esfuerzos, trabajos y hojas impresas para hostilizar al Gobierno del doctor Márquez, y en los periódicos que patrocinaban usaban de un lenguaje descompuesto, y "aun se propasaron á amenazarle con un 25 de Septiembre, sembrando la cizaña en la sociedad, fingiendo una odiosa diferencia de nobles y plebeyos; esto al mismo tiempo que de otros modos se ponía en la Costa unos contra otros á los blancos y á los pardos y se daba pábulo á todo linaje de pretensiones ó rivalidades locales, á fin de resucitar el federalismo" (1).

A pesar de que Acosta ayudaba de todas maneras al sostenimiento del Gobierno, no abandonaba por eso sus estudios científicos. Tenía á su cargo el Observatorio astronómico y el Museo, cargos que desempeñaba asiduamente y sin ninguna remuneración, sino que al contrario

---

Ejecutivo durante una ausencia de pocas semanas que hizo el Presidente. Pero el artículo de la Constitución sólo prohibía la elección del que hubiese ejercido el Poder Ejecutivo por *dos años*, así fué que la mayoría del Congreso desoyó las reclamaciones de los enemigos de Márquez y perfeccionaron su elección declarándola legal.

(1) Véase *Vida de Rufino Cuervo*, antes citada.—V. I, p. 279.

trataba de enriquecer esos planteles científicos, consiguiendo dentro y fuera del país instrumentos nuevos y curiosidades naturales é históricas, desvelándose por esos establecimientos y pasando en ellos largas horas. No abandonaba tampoco su correspondencia con los sabios que había tratado en Europa, y con frecuencia enviaba comunicaciones á la Sociedad de Geografía de París, al Instituto de Fiancia, etc.

En Noviembre de 1837 Acosta recibió una comunicación del Secretario de Relaciones Exteriores, que lo era el señor D. Lino de Pombo, por la cual le hacía saber que el Presidente "juzgando que por la situacióe actual de los negocios políticos del Perú y por la circunstancia de existir pendientes algunas cuestiones importantes con el Gobierno de la República del Ecuador, convenía acreditar cerca del expresado Gobierno una misión diplomática que gestionase en favor de los intereses nacionales;" así, pues, había venido en nombrarle Encargado de Negocios de la Nueva Granada en el Ecuador.

Acosta aceptó el destino, y como no tuviese más familia que su esposa y una niña pequeña, arregló prontamente su viaje al Ecuador. La víspera de su partida (17 de Diciembre de 1837), Acosta recibió las *Instrucciones* del Ministro de Relacioues Exteriores (D. Lino de Pombo) acerca de la conducta que debería observar en su misión diplomática. «Esta, dice, confiada á los talentos y al patriotismo de usted, es de paz y amistad; y los objetos generales son arreglar por las vías decorosas de una franca negociación las cuestiones pendientes ó que se presentaren entre los dos Gobiernos; promover por medios amistosos todo lo que favorezca á los intereses políticos, industriales y mercantiles de la Nueva Granada y á su crédito exterior, y supervigilar y neutralizar cualesquiera planes ó tentativas que pudieran mirarse como amenazas á su bien estar y á su seguridad.»

Pasa después el señor Pombo á dar consejos utilísimos acerca de la conducta pública y privada que debe observar el Ministro, con una claridad y tal conocimiento, no solamente de la política y tendencias de las nuevas repúblicas sudamericanas, sino también del estado social de ellas en aquella época.

Acosta emprendió el viaje por tierra hasta Quito, pues el Gobierno le había encargado reservadamente de ciertos negocios en las provincias del Sur de la República, negocios que debería arreglar á su paso.

El viaje era penosísimo entonces, y aun hoy día pocas personas lo emprenden por tierra. Pero gracias á la experiencia que tenía de aquellos lugares, que había recorrido en su primera juventud; de los muchos amigos que conservaba en los pueblos del tránsito y de un tren numeroso de sirvientes, mulas y caballos de remuda y comodidades de toda suerte en su equipaje, los viajeros no tuvieron el menor contratiempo.

Acosta salió de Bogotá á mediados de Diciembre, y con su familia tomó el camino de La Mesa; atravesaron el Magdalena; estuvieron en Neiva; cruzaron la provincia del Cauca; en la escabrosa montaña de Berruecos vieron el sitio en que asesinaron á Sucre, después de pernoctar, como el Mariscal, en la casa de Erazo. A Pasto llegaron el 31 de Enero de 1838 y allí se detuvieron algunos días. En las fronteras de la República del Ecuador se encontraron con los edecanes del Presidente Rocafuerte, quien los había enviado á recibir á su antiguo amigo. Al cabo de setenta días de viaje, al fin el 9 de Febrero Acosta entró á Quito con su familia, y fué á aposentarse en la casa que por orden del Gobierno le habían preparado. En aquella época no residía en Quito ningún Agente diplomático de otras naciones. Los de Chile, Perú é Inglaterra vivían en Guayaquil, y solamente el Cónsul general francés estaba en Quito.

Como hemos visto, entonces el Ecuador era regido por el General Rocafuerte, uno de los hombres más ilustres, no solamente de su patria, sino también de toda la América española (1).

---

(1) Hé aquí lo que acerca de este notabilísimo ecuatoriano encontramos en la *Historia del Ecuador* de D. Fermín Ceballos:

"Hijo Rocafuerte de D. Juan Antonio Rocafuerte y de D.ª Josefa Bejarano, nació en Guayaquil el 1.° de Mayo de 1783, el mismo año que Bolívar... Distinguido por la alcurnia y buena hacienda de los padres, que contaban con los medios necesarios para hacer educar á su hijo, no del modo rutinario como generalmente lo eran los colonos americanos, fué llevado á España casi niño por su tío el Coronel Bejarano, y metido en el colegio de nobles de Madrid. Destinado á ocupar una plaza de beneficio en el *Regimiento Granaderos del Estado*, que comandaba el Coronel Lavayén, la instrucción del joven Rocafuerte se concretó á la enseñanza de Matemáticas, Geografía, Táctica y demás ramos necesarios para sacar un buen oficial.

"Poco después el estudiante pasó á Francia á completar su instrucción, y á su regreso debería posesionarse de la plaza que le estaba destinada. Por esta época (1803) se amistó en París con el joven Simón Bolívar, oscuro entonces..... Pero en el entretanto dispusieron en España de la plaza que debió ocupar Rocafuerte.

"Conexionado con los Bolívares, Montúfares, Canabales, etc., que trataban del pupilaje de su patria y platicaban sobre el modo de libertarla de España, Rocafuerte meditaba sobre aquello, cuando regresó á su patria en 1807. Allí se ligó con otros patriotas y fué apresado con motivo de la revolución de 1809. Puesto en libertad, fué en seguida elegido Diputado para las Cortes de España. Pero deseoso de adquirir algunos conocimientos en materias de legislación, estuvo primero en Inglaterra; allí se relacionó con algunos amigos de la Independencia americana, y con el Marqués del Apartado y su hermano el Barón de Tagoaga (mexicanos), estuvo en Suecia y en Rusia, en donde fueron presentados á la Emperatriz, que los recibió bien, como antes lo había hecho con Miranda. En 1814 Rocafuerte pasó á Madrid y tomó asiento en las Cortes. Reconocido como liberal, fué perseguido y huyó á Francia. De allí pasó á Italia, que recorrió, y en 1817 regresó á Guayaquil, en donde estuvo trabajando en favor de la Independencia. Su madre le obligó (1820) á salir para los Estados Unidos. De paso se detuvo en Cuba y escribió para la pren en unión de Miralla y Fernández Madrid. Bolívar le comisionó para á España á informarse de la Revolución de Riego y Quiroga. Un follt que escribió en los Estados Unidos (1822), llamó la atención de los me



El carácter del Presidente del Ecuador y el del Ministro enviado por Colombia, eran parecidos en lo tocante al amor á las ciencias que profesaban, así como en el anhelo que ambos tenían por el progreso de la patria americana, y como se habían tratado en época no muy lejana, y cuando ambos pertenecían á la gran Colombia, se consideraban como verdaderos compatriotas. Rocafuerte había hecho restablecer las Pirámides de Caraburo y Oyamburo, levantadas por La Condamine en 1740 para marcar la línea ecuatorial, y que un retrógrado emisario del Gobierno español había demolido seis años después.

Cuando Acosta llegó á Quito encontró al país en completa paz, y al parecer el Presidente había logrado armonizar á todos los ciudadanos, pues él no ahorraba sacrificio para contentar á todos.

Sin embargo, pocas semanas después, el 12 de Marzo, al salir de un suntuoso baile dado por el Secretario de

canos y sirvió á México en varias importantes comisiones en los Estados Unidos é Inglaterra. Fué Secretario primero y Encargado de Negocios en Europa, nombrado por el Gobierno de México, y al mismo tiempo tomó interés en obtener un empréstito para Colombia. Los sucesos anárquicos de México de 1829 le disgustaron, y no quiso seguir como Ministro de ese país. Regresó allí en 1830 y allí le recompensó sus servicios el General Bustamante con la cárcel y las persecuciones. Regresó al Ecuador en 1833, entró en pugna con el General Flórez, y éste le desterró al Perú, pero no salió expatriado, porque una revolución en su favor le libertó y fué declarado Jefe Supremo. Vencido por el General Flórez, por último, se amistó con su contrario, y unido á él trabajó para devolver la paz al Ecuador. Concluído el período presidencial de Flórez, Rocafuerte fué elegido en su lugar." Una vez afianzado en el poder Rocafuerte, consagró todo su ingenio, saber y actividad en beneficio de la nación.... La nombradía de su ilustrado entendimiento y maneras cultas, la moralidad de sus acciones y la caridad que ejercía con los pobres, la protección á los establecimientos de enseñanza, científicos y artísticos, y el temple de su carácter conocido ya en toda la nación, dieron á su gobierno cierto respeto hasta entonces desconocido, y naturales y extranjeros se hacían lenguas para celebrar su conducta y actos gubernativos.... Toda su aspiración la tenía entera y absoluta, y estaba reducida á mantener la paz... (Véase tomo v.°, p. 109 y 269).

Relaciones Exteriores, el Presidente recibió denuncia de un nuevo alzamiento. Era este bastante serio porque lo acaudillaban, entre otros jefes experimentados y valerosos, el General Martínez de Aparicio, cuya influencia sería funesta si no se sofocaba inmediatamente. El General Daste voló á debelar la insurrección, y después de una reñida batalla el Gobierno triunfó de la iniciada revuelta.

La posición del Ministro neogranadino era delicada, porque en Pasto estaba el núcleo revolucionario contra el Ecuador. El Gobierno de este país elevaba sin cesar quejas sobre esto, hasta que fué preciso permitir que residiese en Pasto un Agente ecuatoriano para que vigilase á los conspiradores, aunque no se le permitió que tuviese carácter oficial.

Entre los asuntos más importantes que Acosta debería gestionar en el Ecuador, estaba el de pedir explicaciones al Gobierno acerca de una invasión en el territorio granadino por tropas ecuatorianas, violándolo y cometiendo tropelías, incendios y asesinatos, dos años antes de la misión de Acosta. A pesar de la moderación con que se reclamaron las indemnizaciones que deberían recibir los granadinos por aquellas violencias, durante ocho meses no pudo lograr el Ministro granadino que se le atendiese debidamente. Sin embargo, arregló privadamente con Flórez (quien debía empuñar las riendas del Gobierno muy pronto, como hemos visto), que este asunto se arreglaría á contentamiento de todos no bien subiera al poder.

Acosta se aprovechó de aquella circunstancia para pasar una comunicación al Gobierno en la cual le félicitaba por el pronto y feliz término de la insurrección de Riobamba, y el Secretario de Relaciones Exteriores, señor José Miguel González, le contestó una nota muy honrosa para el Ministro colombiano, dándole gracias por el interés que tomaba en los negocios políticos del Ecuador.

El Ministro neo-granadino supo captarse las simpa-

tías de toda la sociedad quiteña. Entre otros, el General Flórez, el fundador de aquella República, le manifestó particular estimación; le obsequió con su retrato al óleo, obra de un renombrado pintor quiteño, con un rico ejemplar de sus poesías (*Ocios poéticos*) y le invitó repetidas veces á que fuese á pasar temporadas en una quinta en que vivía retirado de la ciudad, esperando á que le tocase su turno de gobernar la República cuando terminara Rocafuerte su período presidencial (el 31 de Enero de 1839) (1).

(1) El General Juan José Flórez había nacido en Puerto Cabello en 1800. Hijo de español y educado por un caballero canario, sus ideas debieron de haber sido netamente españolas, pero no fué así. No bien abrió los ojos al uso de la razón, cuando optó por la República, y desde la temprana edad de 12 años ya formaba en las filas de los patriotas. Como cayese prisionero de los peninsulares, logró escaparse y de nuevo tomar las armas en los ejércitos venezolanos. Ganó todos sus ascensos merced á su valor y á las heróicas acciones de aquellas campañas que parecen fabulosas á los ojos de nuestros contemporáneos. En 1823 estaba en la provincia de Pasto como Jefe Militar, y en 1825 era ya Comandante General en el Ecuador y se distinguió después en sus luchas á mano armada con el General La Mar; á el tocó restablecer el orden constitucional en Guayaquil: tomó parte lucidísima en la campaña del Perú, y al regreso del Libertador á la capital (1826) quedó Flórez en el Ecuador como Prefecto General y Comandante en Jefe del Ejército. En 1830, cuando Páez en Venezuela rompió el pacto de unión de la gran Colombia, el General Flórez formó una República separada en los Estados del Sur de la primitiva Colombia. Un Congreso Constituyente que convocó le eligió Presidente del Ecuador, pero la paz huyó de la nueva República durante largos años. Desgarrada por incesantes guerras civiles, no fué sino después de la batalla de Miñarica (1835) que el General Flórez logró que cesaran los disturbios públicos y empezara á reinar el orden constitucional. Entonces renunció al mando supremo y se retiró á su casa á cultivar las letras y á cuidar de su numerosa familia. Sin embargo, aquella paz era intermitente, y á cada paso se veía obligado á salir de su retiro para ponerse á la cabeza de las tropas del Gobierno y combatir las incesantes insurrecciones que despedazaban el país.

Después de 1839 ofreció sus servicios á Nueva Granada para debelar la insurrección encabezada en Pasto por el General Obando, servicios que el Gobierno aceptó con gratitud. Había sido elegido Presidente por tercera vez en 1843, cuando una guerra civil sangrienta y terrible asoló

Estando en Quito Acosta recibió la siguiente carta, la cual insertamos íntegra, porque pinta á lo vivo al autor de ella y los tiempos en que la escribió.

Bogotá, 28 de Marzo de 1838.

«Muy estimado señor Acosta:

«El señor Rocafuerte me avisó también la llegada de usted á esa capital, que usted me comunica en la suya del 27, que he leído con gusto.

«Celebro que usted haya encontrado el Ecuador más adelantado de lo que esperaba; yo siempre he hecho justicia á la ilustración y buenas intenciones del señor Rocafuerte. El me dice que el fanatismo ha querido levantar cabeza con motivo de la escuela de niños; pero que el Gobierno está siempre pronto á descargar sobre él todo el peso de su autoridad. Así sea en todas partes.

---

de nuevo al Ecuador, y entonces el General Flórez, profundamente afligido y desengañado, resolvió abandonar su patria é ir á buscar un asilo en Europa. Allí el antiguo patriota, que había regado con su sangre todos los campos de batalla que dieron por consecuencia la Independencia de España, perdió por un momento la confianza en la República y en el bien que ésta pudiera dar á los anarquizados Estados de Hispano-América, y proyectó é inició ciertas negociaciones políticas por medio de las cuales España debería recuperar una parte de su dominio en la América del Sur. Aquel proyecto, hijo de la desesperación y el desaliento, no tuvo resultado ninguno, y después de quince años de ostracismo el General Flórez fué de nuevo llamado á su patria (en 1863) por los principales miembros del Partido Conservador. En el Ecuador y á la cabeza de un ejército venció al General Franco, pero no sucedió lo mismo cuando quiso combatir contra los neo-gradinos, pues fué batido en Cuaspud por el General Mosquera el 6 de Diciembre de 1863. Al año siguiente el General Flórez, á quien minaba grave enfermedad hacía luengos años, rindió su jornada en Quito el 1.° de Octubre de 1864, á los 64 años de su edad. Pero el General Flórez no ha muerto en la memoria de los ecuatorianos, los cuales recuerdan con cariño al padre y fundador de su nación. Sus hijos siguieron sus huellas por las veredas del patriotismo, la ilustración y una acrisolada honradez, y han servido con abnegación á su patria en todos los puestos públicos. Uno de los mejores pr dentes que ha tenido el Ecuador, es uno de ellos, el señor Antonio Flói después Ministro del Ecuador en varias cortes europeas.



«Desde una *soirée* dada por Mr. Turner (1) en Enero, se presentaron algunas damas con los trajes sin mangones; yo le he dicho á Sixta (2) lo que usted me escribe sobre el particular. Desde fines de Febrero se fué Turner, dejando á Adams en su lugar; nos ha amenazado con que vuelve!

«Yo me fuí desde Enero á tierra caliente con mi familia, y volví la víspera de instalarse el Congreso, trayendo á Sixta bien restablecida y á mi hijita Clementina (3) muy gorda.

«Llevamos 28 días de Congreso en paz y tranquilidad contra los pronósticos de los que ven en mí la tea de la discordia. Hoy tratarémos la delicada cuestión de la conducta del P. E. en lo del Juez de Hacienda del Cauca, y espero que no corra sangre.

«La Cámara de Representantes ya no es escuela *Lancasteriana*, como la llamó otra vez Merizalde, ni *Periquitería*, como la calificó el Coronel Molina. El Poder Ejecutivo ha encontrado en nosotros, los de la oposición, todo el apoyo debido en cuanto ha propuesto y solicitado en favor del progreso nacional y útil.

«Quisiera que Domingo (Acosta) fuera á Roma, porque lo creo justo; pero si lo indico, será motivo para que el Presidente no lo destine. Yo hablaré por la imprenta á su tiempo para que no hagan tal injusticia (4).

«Sabemos la renovación de las hostilidades de Chile contra la Confederación de Santa Cruz. Mi compadre el

---

(1) Ministro de Inglaterra en Nueva Granada.

(2) La señora Sixta Pontón de Santander era la esposa del General Santander.

(3) La hija mayor del General Santander, la cual en 1877 casó con el Ministro del Perú en Colombia, el señor Manuel Freyre, y hoy es viuda y reside en Europa con sus hijos.

(4) Sea que Santander hablase ó no en favor de Domingo Acosta, lo cierto es que el señor Márquez nombró como Encargado de Negocios á Roma al General J. Hilario López. Domingo Acosta estaba en los Estados Unidos sirviendo la Legación como Agente diplomático.

General Flórez me tiene al corriente de todo esto. Me alegro de que se trabaje al Protector.

«Mañana se presenta la ley de gastos; yo para llenar mi deber respecto de la partida para la Legación del Ecuador, preguntaré al Secretario si solo se mandó la Legación, como dice el Mensaje del Presidente, á manifestar nuestra buena amistad, etc., ó si lleva otros encargos interesantes al bien común del país, y respondiéndome afirmativamente como debe hacerlo, según á lo que sé que usted ha ido particularmente, votaré por la partida. A mí no me satisfacen como á Diputado las explicaciones que el *Argos* hizo á la Bandera nacional de la dicha Legación, porque pueden haber variado las circunstancias de entonces á hoy.

"Según lo que me dice el General Flórez, él será nombrado Presidente, y admitirá, de lo que me alegro muchísimo por mil motivos. Por esto será que él no ha dicho todavía por quién está para Presidente. ¿Supo usted por quién estuvo el doctor Márquez para Presidente de la Nueva Granada? No; porque él estaba por sí mismo.

«Estamos poco acalorados por la Vicepresidencia (1); yo á lo menos no lo estoy, porque me es indiferente que se nombre á Azuero, Soto, López, Caycedo, Uribe, Herrán ó alguno de los Arjonas. Me reservo para acalorarme en el año de 40, pues á mí no me arredran las derrotas políticas. Todavía no sé quién sea candidato para el Congreso próximo por parte de los dos partidos juntos, pero la *Sociedad Católica bogotana* (2) tiene los suyos para sostener la Religión,

(1) "El señor General Domingo Caycedo fué elegido en Septiembre de aquel año Vicepresidente. Por él votaron 690 Diputados, y por Azuero 290.

(2) "Tres partidos salieron con empeño á la palestra. El del Gobierno, el liberal y otro que habia aparecido recientemente, denominado "de la Sociedad Católica," que presidia el señor Ignacio Morales, y que trabajaba por que las elecciones recayesen en verdaderos creyentes"

Véase *La Presidencia del doctor Márquez*, por D. J. M. Restrepo, obra póstuma publicada en la *Revista Literaria*, Noviembre de 1893, página 323.

reviviendo entre otras cosas el Santo Oficio. ¡Qué se parece á Márquez Rocafuerte en lo enérgico y pronunciado contra el fanatismo religioso!! Perdone esta exclamación á quién nada tiene de diplomático, y bórrela de esta carta si puede comprometerlo con su Presidente.

«Deseo á usted felicidades completas. De mi parte y de la de Sixta, muchos recuerdos amistosos á Madama Acosta; mis cariños á Solita.

Me repito de usted su amigo,

F. P. SANTANDER.

En aquella época había muy pocos granadinos en el Ecuador. En la lista de ellos no alcanzaban á ciento. Desde 1860 emigraron muchos á la vecina República, y hoy se cuentan miles de colombianos en el Ecuador.

Las notas que Acosta enviaba á su Gobierno dan clara idea de la situación en que se hallaba aquella República, y en una de ellas da utilísimos informes acerca de las fronteras entre las dos Naciones.

Durante su permanencia en el Ecuador, Acosta estuvo en Guayaquil ocupado en mandar fabricar un buque para la defensa de las costas del Pacífico.

Al cabo de ocho meses de residencia en Quito, Acosta pidió sus cartas de retiro, por haber recibido el nombramiento de Diputado al Congreso de su patria, y le interesaba asistir á aquellas sesiones.

CAPÍTULO IV

Regreso á Bogotá.—Amagos de guerra.—El General Santander.—Supresión de los conventos en Pasto y su consecuencia.—Insurreción y combates.—Los sindicados en el asesinato del Mariscal Sucre.—Alzamientos en diferentes partes.—Los partidos.—Acosta y el partido de oposición.—*La Tira*.—Acosta en el Congreso.—Ataques que se hacen en el Congreso al General Santander.—Muerte de éste.—Obando se lanza á la guerra.—Acosta toma las armas.—Neira defiende á Bogotá.—Agitación de la capital.—Muerte de Neira.

1839-1840

Acosta salió de Quito á mediados de Diciembre de 1838. El Gobierno ecuatoriano había puesto á su disposición un buque de guerra, y en él se dirigió al puerto de Buenaventura, y de allí por tierra al valle del Cauca, que visitó; cruzó después el Quindío; se detuvo á descansar en Ibagué; atravesó las llanuras de la provincia de Mariquita (hoy Departamento del Tolima); pasó por Piedras, Guataquí, La Mesa, y llegó á Bogotá en los momentos en que se preparaba una deshecha tempestad política.

Desde que existía la Nueva Granada, la República se había conservado en paz, paz que se había apenas turbado por las iniciadas conspiraciones de Sardá, las cuales, como hemos visto, no se habían llevado á efecto. Desgraciadamente, el elemento de guerra y disputa se conservaba activo, y la hoguera de odios y disensiones era atizada por el General Santander, quien no podía sufrir ya que otro gobernase en su lugar, y que su opinión no rigiera sola en el país. Sin embargo, no había medio en realidad de formular una queja clara y tangible contra la administración Márquez, y la oposición se contentaba con vociferar contra el supuesto despotismo del Presidente, y comentar lc actos del Gobierno agriamente, usando á veces de arm impropias de un magistrado que había ocupado el prim



puesto en la República, y cuyas dotes no se podían negar, ni tampoco los servicios que había prestado á la patria.

¡Cuánto duele ver á un hombre como aquel empeñando su reputación en oscuras luchas y nublando su nombre en tristes altercados! La ambición en estas Repúblicas hace perder la dignidad á los hombres de mayores méritos, los cuales tienen que rebajarse para tomar parte en miserables intrigas, de manera que al fin ellos mismos no saben si combaten por el bien de su patria ó por vengarse de sus enemigos!

En el entretanto había pasado en el Congreso un proyecto de ley por el cual se suprimían los cuatro conventos de frailes menores que subsistían en Pasto, proyecto que fué apoyado por todos los partidos por muchas razones, y se mandó que las rentas de los suprimidos conventos se adjudicasen á misiones de indios salvajes.

Esta supresión juiciosa y conveniente fué el botafuego que incendió la latente revolución. (1) El Gobierno com-

(1) Luego que en Pasto corrió la voz de que habían sido suprimidos los conventos de aquella ciudad, el mismo Padre Villota, que antes pidió la supresión en cartas al Reverendo Obispo de Popayán, causó un alboroto. En el acto de comenzar la fiesta del Santo Patrono de Pasto, que se celebra el 30 de Junio, Villota subió al púlpito, y proclamó perseguida la Religión con la supresión de los conventos, manifestando que la sostendría. Esto excitó una conmoción general en el pueblo, así como en la milicia auxiliar, que se hallaba reunida y armada en el convento de San Francisco. Un soldado gritó que "no se suprimirían los conventos," grito sedicioso que fué repetido por otros. En estas circunstancias delicadas, el Gobernador de la Provincia, Antonio José Chaves, dictó varias providencias que restablecieron la calma en aquel día. Empero, no podía preverse cuál sería el resultado final, porque la excitación era grande, y casi todos los eclesiásticos, unidos á los regulares de los conventos suprimidos, continuaban dando vivas á la Religión y soplando el fuego de las pasiones en aquel pueblo religioso, fanático y belicoso. Se había unido á los alborotadores el Teniente Coronel Antonio Mariano Alvarez, bien conocido en la historia sangrienta de las revueltas de Pasto.

(*La Presidencia del doctor Márquez*, obra antes citada. *Revista Literaria*, página 330).

prendió en el acto que se tuvo noticia en Bogotá de los alborotos ocurridos en Pasto, que aquello podría ser muy serio, y nombró al denonado General Herrán Jefe de operaciones en el Cauca, creyendo que dicho militar podría hacer entrar en su deber á los insurrectos. Aquel nombramiento disgustó al General J. M. Obando, quien creyó que á él debía tocar esa misión, y, según dice el General Mosquera, se llenó de cólera cuando supo que Herrán había sido comisionado para ir al Sur. Sin vacilar entonces tomó partido en favor de los pastusos, los cuales eran antiguos compañeros de armas suyos, no solamente en la época en que era realista, sino en aquélla en que deseaba entregar las provincias del Sur al Ecuador.

Después de repetidos combates por los riscos y montañas de la provincia de Pasto, al fin el General Herrán quedó dueño del campo al alborear el año fatal de 1840. Sin embargo, no todos los guerrilleros se habían entregado, y quedaban partidas diseminadas en diferentes partes, y era indispensable, ante todo, apresar á uno de los jefes más adictos al General Obando en épocas anteriores: á Andrés Noguera. Yendo en persecución de este cabecilla, las tropas del Gobierno dieron con unas cartas del General Obando y de Antonio Mariano Alvarez, las cuales complicaban de una manera muy grave á esos dos militares en el asesinato del Mariscal Sucre, ocurrido en aquellas montañas en 1830.

No bien llegó la noticia á Bogotá, en donde se hallaba el General Obando, el cual había marchado de Popayán cuando llegó allí el General Herrán en persecución de los alzamientos de Pasto, cuando éste, según dice el General Posada en sus *Memorias*, «comprendió lo difícil de su posición en esta capital, temiendo ser preso y remitido con escolta á Popayán,» como lo pedía el Juez de primera instancia de Pasto, resolvió partir espontáneamente para el Cauca, y pedir que le juzgasen allí.

¿A qué había ido Obando á Bogotá en los momentos en que Herrán procuraba debelar una insurrección, con la cual él (Obando) simpatizaba abiertamente? En la *Vida del doctor Cuervo* encontramos trozos de la correspondencia de un amigo del señor Cuervo, que le escribía sobre el particular. Dice que en Bogotá se hacían mil conjeturas acerca de aquel viaje. Algunos decían que había ido á trabajar contra el General Herrán, á hacerse amigos en la capital y popularizarse; otros decían que su propósito era desafiar al General Mosquera, lo cual efectivamente sucedió, siendo el Teniente Coronel Acosta padrino de Mosquera, pero, según dice el corresponsal del señor Cuervo, no corrió sangre, ambos tiraron al aire; tuvieron después una explicación, y volvieron juntos tuteándose y en apariencia en armonía. Sin embargo, la reconciliación era aparente, pues los odios de aquellos dos caudillos causaron la terrible revolución que colmó de males á Nueva Granada en el año que empezaba.

Entre tanto, Obando se había constituído preso en Popayán, y de allí con toda consideración fué remitido á Pasto con un capitán y gran número de amigos del acusado del asesinato de Sucre. Como era natural, el acusado no llegó nunca á Pasto, prefirió quedarse en el camino y encabezar la guerrilla que le tenía preparada su antiguo amigo Andrés Noguera, devolviendo al capitán que le servía de escolta á Popayán, á dar cuenta de lo sucedido.

Sin embargo, Obando comprendió que no era tiempo todavía de lanzarse en una revolución seria, tanto más cuanto que el General Santander no había aprobado su conducta en aquellas circunstancias. Obtuvo una conferencia con el General Herrán, y éste, deseoso de evitar mayores males, perdonó todo, y personalmente le acompañó á Pasto, en donde Obando prometió someterse á juicio si no lo reducían á prisión, sino que quedaría libre bajo su palabra en una casa particular.

En esos días el Coronel Vanegas, que se había alzado en armas en Vélez, fué batido por las fuerzas que comandaba el Coronel Manuel M. Franco; de manera que cuando se reunió el Congreso el 1.° de Marzo de aquel año, había fundadas esperanzas de que las facciones habían perdido su fuerza, y que la República tendría juicio suficiente para rechazar la subversión del orden público que los ambiciosos preparaban en muchas provincias.

Los partidos se habían afirmado ya claramente; el que encabezaba el General Santander se titulaba *progresista* ó liberal, y el que sostenía á Márquez—á quien éstos llamaban *retrógrado*—lo formaban los hombres pacíficos, amigos del orden y de las leyes, la parte juiciosa de la nación; partido que entonces aún no se llamaba *conservador*, pero que era el que sostenía las opiniones de los conservadores del día presente.

Acosta al regresar del Ecuador había vuelto á encargarse de sus clases en la Universidad (de química), de la dirección del Observatorio, del Museo y demás cargos gratuitos que desempeñaba. Además, escribía en los periódicos con su nombre ó anónimo, con lo cual hacía cruda guerra al partido de oposición. Con el señor Ignacio Gutiérrez y otros amigos suyos redactaba un periódico curioso de estilo jocoso, que se llamaba *La Tira*, (1) y que salía á

(1) Como una muestra del estilo de aquel periódico, vamos á transcribir aquí uno de los artículos allí publicados, pues tiene cierto sabor histórico literario que podrá quizás interesar á aquellos de nuestros lectores que aman los recuerdos del pasado:

MEDITACION

ó sea viaje pintoresco por la calle de san Juan de Dios.

Era de noche, y una de las más hermosas lunas de la zona tórrida plateaba las tres calles del Comercio, haciendo un contraste singular la luz artificial de los únicos faroles que alumbraban la ciudad, con el melancólico brillo del astro nocturno que en su giro mensual es la policía de ornato que hay en Bogotá. Yo me hallaba paseando solitario desde la esquina de la Catedral hasta la de San Francisco, y al pisar un terreno igual en

luz en días indeterminados, como lo expresa el número 5.° del 29 de Noviembre de 1830, que dice así:

«*La Tira* renacerá si las circunstancias lo exigieren, mas espero que el público no se dejará seducir si resulta alguna *Tira* apócrifa. Serían señales de la legítima: no contener nada que pueda ofender á ningún ciudadano, ausencia de alusiones á la vida privada, y proponerse algún objeto útil á la comunidad y honroso al país.»

---

el enlozado que cubre las aceras, bendecía las manos del señor Espeleta, el más benéfico y filántropo Vicegerente que tuvo el Rey de España en este país. Detúveme en la esquina de la segunda calle del Comercio, y extendiendo la vista á lo largo de la carrera de San Victorino, mil recuerdos tristes y agradables asaltaron mi imaginación. ¡Cuántas vicisitudes han padecido estos edificios, cuántos sucesos han presenciado, de cuántos horrores y de cuántas glorias han sido testigos! Una nueva generación reemplaza hoy á la que antes los habitaba, y los triunfos pasados son únicamente comparables al silencio que reina en este momento.

"Así pasan las glorias de este mundo," decía yo entre mí. Por aquí han entrado en triunfo los Virreyes; por aquí salieron también Amar el año de 1810, Sámano en 1819; por aquí se han visto escenas gloriosas y ridículas de la Patria Boba; este caño corrió teñido de sangre el año de 1814; los expedicionarios de 1816 ostentaron por aquí su despótica presencia y su yugo de hierro; los próceres más ilustres de nuestra independencia marcharon por aquí al suplicio; por aquí entró muchas veces cubierto de gloria y de laurel, en medio de arcos y de vivas, el Libertador de tres repúblicas; por aquí salió también medio prófugo y aborrecido de sus compatriotas para no volver jamás; por aquí entró la usurpación rebosando en sangre en 1830; por aquí volvió á salir envilecida al cabo de un año; por aquí salieron los mandatarios legítimos derrocados de su solio, y las huestes que los restauraron entraron por aquí triunfantes en 1831; por aquí, en fin, ha bajado y subido mucha gente; este ha sido el paseo de la belleza, de la galantería, de las lágrimas, del buen humor, del orgullo, del despotismo y de la ley; pasiones encontradas han recorrido estas aceras, y la carrera toda es el monumento más histórico que hoy cuenta la capital de la República. Quién sabe cuantas otras catástrofes y cuantos más desenlaces habrá de presentar en el curso de la vida política de este país; el sepulcro encierra hoy lo que ya pasó; algún día recordará otro este mi paseo, y lo que está pasando.

Esta casa que tengo á la izquierda fué propiedad del que hizo el Coliseo; él ya no existe, su familia ha sido desgraciada; todos, sin embargo,

Acosta concurrió asiduamente á las sesiones del Congreso de 1839 y 1840, ocupándose día y noche en los trabajos que le encargaban, pues como le conocían su actividad, su laboriosidad y deseo de servir á la patria, á él le tocaban siempre las comisiones más arduas y más difíciles de desempeñar.

---

van á divertirse á la comedia, y ninguno recuerda á quién deben este beneficio. En la misma casa ha lucido uno de los tipos que ha visto Bogotá de la belleza guayaquileña, y más tarde reedificado dos veces el edificio por haberse arruinado con el temblor de 1827, exhaló allí su postrer suspiro la más hermosa mujer que ha producido Antioquia, la sensible consorte de un valiente militar de la República, que pocos años después fué asesinado cerca de esta misma casa. Hoy la habita uno de los más acreditados comerciantes y hábiles bolsistas de la ciudad.

A la derecha descubro la reciente arquitectura del español Antorveza. Oh! Quién viviera en el tiempo en que la *voluminosa* señora pasaba el día entero sentada en el balcón con su redecilla en la cabeza y un libro en la mano! Esta casa fué propiedad de Santo Domingo, y por no sé que enredo pasó á otras manos; hoy se está corrigiendo y aumentando, merced á la bolsa más ancha y provista que hay en Bogotá. ¡Que Dios le conceda disfrutarla por muchos años, y que no pase á manos del primero que llegue cuando la muerte venga en su auxilio!

Magnífico aparato advierto en una botica de enfrente, ¿y se dirá que no hemos hecho progresos? Vidrios de todos colores, drogas perfumadas, cajitas y tarros con elegantes rótulos, pinturas, mármoles, morteros de cristal.... compárese todo esto con el añejo y detestable aspecto de la farmacia de Gorraes, sita en otro tiempo un poco más abajo de la que ahora fija mi atención. Compare el número de estas elegantes boticas que hoy tenemos, con las dos únicas que ahora marras había en la ciudad. Compárese el número de médicos que había entonces, circunscrito á don Honorato, don Sebastián López y don Vicente Tejada, con la inmensa cosecha de este género que tenemos en el día, siendo muy probable que no haya una sola casa que deje de estar visitada por algún médico. Compárese, en fin, el siglo de Boerhaave y el de Broussais, y dígase, ¿no es cierto que ha ganado la humanidad?

En efecto, hoy mueren, si no más, á lo menos igual número de los que morían entonces.

Despojos de estos establecimientos descansan en el panteón de Santo Domingo, que está al otro lado, durmiendo el último sueño familias enteras y personas respetables de ésta y de lejanas tierras. Allí reposan muchas que pasaron varias veces por esa gran puerta excusada de la

Ocupaba el General Santander un asiento en la Cámara de Representantes, y era naturalmente el jefe del partido de oposición. Notábase que la atmósfera política estaba cargada de electricidad; los partidos se encararon con manifiesta intención de luchar á brazo partido en el recinto de las Cámaras legislativas, como para prepararse con la palabra antes de acometerse en los campos de batalla con las armas en la mano.

---

iglesia, con todos los atavíos del lujo y ricas preseas de la hermosura en las procesiones de Semana Santa, del Tránsito y del Rosario. Por allí han pasado jóvenes de elegante talla que hubieran pagado doble por tener en otro tiempo un taller de sastrería tan provisto y de moda como el de Rodríguez, que en nada cede á los que nos cuentan de los Estados Unidos, de Londres y de París, metamorfoseándose así las antiguas pulperías en modernos almacenes de la industria europea.

Ah! qué luz no ha despedido la tienda que está al otro lado! La sola cera que ha salido de la tienda de Guzmán y alumbrado esta ciudad, es bastante para persuadir á cualquiera que estamos en el siglo de las luces.

Ellas sin duda iluminaron al antiguo propietario de la casa de enfrente, uno de los patriotas de la revolución política del año de 1810. Era allí la tertulia más animada y patriótica que hubo en aquella época, hasta que la bárbara segur del expedicionario español cortó la vida de aquel benemérito ciudadano con la de otros muchos que dieron principio á la regeneración americana. Sombras venerables, pueda la generación presente imitar vuestro desinteresado patriotismo, y la historia perpetuar en las siguientes vuestros nombres y vuestros servicios! La viuda de otro respetable servidor de la República habita hoy en esta casa de recuerdos.

La de más abajo fué propiedad de la antigua aristocracia granadina, y después del boticario Gorraes, de que llevo hecha mención. Esta casa recogió el último aliento de un joven militar que era el orgullo y la esperanza de su patria, por sus talentos y demás hermosas cualidades que lo recomendaban. ¡Acevedo! préstame tu pluma, pues sólo ella pudiera bosquejar tamaña pérdida.... Pero no, que el silencio es también hijo de la elocuencia y de la sensibilidad, y en medio de mi dolor me consuelo al contemplar que una amable y virtuosa familia guarda hoy inmaculado el lugar que fué testigo de tu muerte.

Aparto consternado la vista de él, y se me presenta el establecimiento literario más antiguo: la Universidad Tomística, en donde recibieron los grados académicos una gran parte de los hombres que hoy figuran en altos puestos, desde el primer magistrado para abajo, y otros muchos que

Rompiéronse los fuegos parlamentarios con la discusión de un proyecto de amnistía general para todos los que habían combatido contra el Gobierno, tanto en el sur como en el norte de la República. Con el deseo claro de que Obando fuese puesto en libertad, se pedía que se amnistiasen no solamente los delitos políticos, sino también los comunes. El General Santander estaba en favor de indulto general, y así lo manifestó al apoyar la proposición de amnistía.

Entonces el Teniente Coronel Acosta pidió la palabra para combatir aquella proposición, y empezó así:

«Yo miro con asombro que después de haberse empleado tantos años en sancionar el Código Penal, la primera vez que se debe aplicar en los delitos sociales, se indulta. Semejante conducta, provocada por los partícipes en los escandalosos sucesos de Vélez, Pasto y Timbío, justifica el dicho célebre del principal jefe de los rebeldes: "*Se me quiere juzgar como á los débiles, y yo soy fuerte y afortunado!*"

«Esta frase es el programa de las facciones en el presente año de 1840.... Un respetable Diputado, jefe de la

---

ya han desaparecido, en cuyos hombros y cabezas lucieron á porfía las mucetas y borlas de diversos colores. Ahí esta lenta máquina de hacer doctores se ha subdividido en otras varias de vapor, con movimiento tan rápido y multiplicado, que los vomitan á borbollones. Este edificio sólo ha quedado para recuerdo de lo que fué en su primitivo origen, después como Senado en el siglo de oro de Colombia. Allí se oyó la voz elocuente de Nariño, de Castillo y de los primeros personajes de nuestra historia. Admitióse allí la acusación contra Páez y pronuncióse la defensa de Peña, que fueron la primera causa de la disolución de la República.

Quise continuar el paseo, pero el aspecto imponente de la aristocracia monetaria-republicana detuvo mis pasos á la vista de las dos suntuosas y elegantes casas que dan principio de uno y otro lado á la siguiente calle. Hube, pues, de retroceder, reservándome emprender con más aliento el segundo viaje á principios de la luna venidera, si antes no me muero. Tengan paciencia mis lectores, que puede ser que algún día los lleve hasta precipitarnos juntos en el mismo cárcamo de San Victorino.

Ad ninistración anterior, ha dicho que el Gobierno tenía el deber de usar de la mayor clemencia con los que se rebelaran; pero afortunadamente este principio es fa'so, porque si fuera cierto, con él se haría el proceso de su propia administración, que no sólo no brindó indultos á los facciosos durante aquel período, sino que se opuso constantemente á que el Congreso los concediera.»

Según dice el General Posada en sus *Memorias*, Santander, al oír semejantes palabras vertidas por uno de sus antíguos amigos, se manifestó en extremo desconcertado, y nada contestó, puesto que aquella era una verdad que no podía negar. Si él había cambiado de opinión porque ya no gobernaba y los facciosos de 1840 no eran enemigos suyos, sino todo lo contrario, Acosta, como todos los que le acompañaron en el principio de su administración, pensaban como él entonces; ellos continuaban creyendo con la mayor buena fe que el mayor crimen que puede cometer un militar es levantarse en armas contra el gobierno legítimo, crimen que se debía castigar sin misericordia y con la ley en la mano. Y esta opinión fué siempre la de Acosta; por sostenerla combatió en 1841 contra sus enemigos políticos, y tomó las armas contra toda su voluntad en 1851, yendo contra sus amigos políticos, como lo veremos á su tiempo.

A pesar de los discursos en pro y en contra del proyecto que se pronunciaron en aquella sesión, la mayor parte de ellos moderados y juiciosos, la discusión se fué agriando de una manera violenta. El General Antonio Obando atacó cruel y gratuitamente al Ministro del Interior, el General Borrero, echándole en cara un acto de crueldad ejecutado—según decía—en 1831. El Ministro de lo Interior se defendió y probó que era falsa aquella inculpación, y volviendo después su cólera, no contra aquel que lo atacaba, sino contra el jefe de la oposición, el General Santander, pronunció palabras terribles y sangrientas,

que fueron escuchadas con disgusto hasta entre las filas de los que más quejas tenían de Santander, porque, dice el General Posada, «eran inconducentes, inoportunas, y además injustas, en lo que decía con relación á la desgraciada y lamentable muerte del Coronel Mariano París.»

Hé aquí las palabras memorables del General Borrero, las cuales tuvieron la funesta consecuencia de causar con su disgusto la muerte del General Santander:

« ... Pero yo no tuve la perfidia de mandar asesinos á la casa de estos desgraciados (los facciosos) para que los matasen, fingiéndose de su partido, como se hizo aquí en 1834; (1) yo no di orden al comandante de una escolta que llevaba preso á un individuo para que, suponiendo que quería escaparse, le asesinasen por la espalda, como sucedió aquí con el señor Mariano Paris!»

El General Santander sufría ya grave enfermedad, la cual se convirtió en aguda y mortal con el profundo desagrado que le ocasionó aquel tremendo ataque. Salió del salón de las sesiones callado y triste. No le alcanzaron las fuerzas sino para volver al día siguiente á la Cámara, en donde puso de su parte á toda la concurrencia con el discurso mesurado y lleno de irónica moderación con que contestó á los cargos que le hizo el señor Borrero acerca de la conspiración de Sardá y de la muerte de París, de lo cual ya hemos tratado en un capítulo anterior de la presente obra. Se vindicó clara y absolutamente de la muerte alevosa del señor París, y declaró solemnemente su completa inculpabilidad. En cuanto á la muerte de Sardá, se redujo á asegurar que fué consecuencia de imperiosas circustancias que no pudieron evitarse, porque no había otro medio de satisfacer la vindicta pública, é invocó ejemplos de la historia en que se había obrado de igual manera para precaver al Estado de un trastorno político.

(1) Se refiere á la muerte del General Sardá.

Concluída la sesión, el General Santander salió para no volver jamás á la Cámara. Desde aquel momento lo postró en cama el mal que lo llevó á la tumba algunas semanas después, el 6 de Mayo, á los 48 años de su edad. Aunque era jefe del partido ultra-liberal, murió cristianamente, después de haber recibido los auxilios de la Religión, de manos del señor Arzobispo Manuel José Mosquera.

Muerto el General Santander, creyóse por sus partidarios que en el país no había otro hombre digno de recoger su herencia, sino el General Obando. Pero este caudillo del partido progresista ó liberal se hallaba desgraciadamente en aquellos momentos encausado, y se le seguía proceso criminal como asesino. Era preciso, pues, que el jefe recuperase su libertad para obrar con entera independencia en la trama revolucionaria que se extendía por toda la República. Las guerrillas de Pasto, siempre en armas por aquellos riscos inaccesibles hasta los cuales las tropas del Gobierno no podían llegar jamás, aguardaban al jefe para estallar de nuevo y declarar la guerra, ya con mayores recursos, al Gobierno legítimo. Con ese objeto, el 5 de Julio de aquel año, Obando, que estaba preso bajo su palabra de honor en su propia casa, resolvió dejarla, junto con Sarria, Alvarez y otros de sus compañeros en la misma causa, los cuales estaban en otras partes, pero con quienes tenía fácil comunicación.

Aquel encausamiento de Obando con una prisión á medias fué un error político inmenso, pues exacerbaba las pasiones de odio de éste y al mismo tiempo no le impedía tramar todas las conjuraciones que tuviese á bien. Háse tachado al General Mosquera la mala voluntad que entonces manifestaba á Obando, la cual hizo que se llevase á cabo aquella acusación, de la cual el caudillo liberal, como se sintiese culpable, no podía librarse sino por medio de una revolución; han pensado muchos que hubiera valido mejor dejar quietos á los asesinos del Mariscal Su-

cre, y evitar así un trastorno público. Pero en cuanto á la revolución, nunca se hubiera evitado, pues ya se habían levantado en armas en muchas partes de la República, y se tramaban conjuraciones en otras cuando Obando se lanzó en la palestra.

Entre tanto, Acosta había permanecido en la capital sirviendo en cuanto podía al Gobierno, sin descuidar por eso sus estudios y sus aulas.

A pesar de la efervescencia política que se sentía en Bogotá, y la situación del país amenazado por todas partes por los revolucionarios, se procuró hacer guardar la paz y conservar la serenidad entre los estudiantes; así fué que se reunió como de costumbre la Universidad para la apertura de los estudios, y tocó leer al Teniente Coronel Joaquín Acosta el discurso académico con el cual, según los estatutos, debían abrirse los cursos de la Universidad.

Este discurso fué leído el 4 de Octubre, é inmediatamente después llamado al servicio activo, abandonó su hogar y partió en comisión á Honda, á encontrarse con el Comandante de la fuerza que iba de Cartagena á auxiliar la capital. Con ese motivo no se encontró en ésta en los aciagos días en que corrió peligro de ser invadida por los facciosos que iban del Socorro al mando del Coronel Manuel González, después de haber vencido á las tropas del Gobierno en la acción de la Polonia.

El Presidente, viéndose sin recursos suficientes para hacer frente á la tempestad que lo amenazaba por el Norte, al tener noticia de que las fuerzas del General Herrán habían obtenido triunfos en el Cauca, resolvió retirarse hacia el sur en busca de auxilios. En aquella época, cuando aún no se había inventado el telégrafo eléctrico, el Gobierno estaba realmente á oscuras de lo que sucedía en lejanas provincias, y veíase entonces en la necesidad de ir personalmente á averiguarlo.

El señor Márquez resolvió, pues, como un medio de

salvar el Gobierno legítimo de caer en manos de los revolucionarios, ponerse á cubierto de ese peligro, y el 10 de Octubre salió de Bogotá con un corto séquito, y dejó el Poder Ejecutivo en manos del Vicepresidente, General Caicedo.

Los señores Cuervos, que tantas veces hemos citado, dicen (fundándose en documentos fidedignos) lo siguiente: (1)

«En la capital no había sino veinticinco veteranos; los revolucionarios consideraban seguro é inmediato su triunfo, se desvergonzaban en los impresos, pedían cabezas por las calles y pretendían que se les entregara el mando. En esto llega el Coronel Juan José Neira, valiente prócer de la Independencia, con seis húsares, amilana con sus miradas de fuego á los revolucionarios que se pavonean por las calles, excita el espíritu público, llama á las armas, sale al encuentro del enemigo, que, lleno de arrogancia, avanzaba sobre Bogotá, y lo deshace el 28 de Octubre en los campos de Buenavista (ó Culebrera). Por desgracia, herido gravemente, no pudo coger el fruto de su victoria; el enemigo logró rehacerse en las provincias del Norte, reuniéndose á las fuerzas llaneras de Francisco Farfán, y avanzó de nuevo hasta Zipaquirá.»

Permítasenos citar aquí algunos párrafos muy curiosos de una obra reciente que se ha publicado en la *Revista Literaria* de Bogotá, escrita por un testigo ocular de aquellos acontecimientos, y que pintan gráficamente las costumbres de aquellos tiempos:

«.... Nunca se había producido en Bogotá semejante exaltación ó fanatismo político como se viera entonces, y con razón, porque la ciudad no debatía solamente el sostenimiento del gobierno legítimo, sino también la defensa de sus propios hogares. Era aquel un momento solemne

(1) Tomo 1.°, p. 328.

en la apática vida de esta metrópoli; mas como en todo evento histórico de tal naturaleza surge siempre una mujer á darle animación, aquí se presentó la señora doña Silveria Espinosa á conmover á las multitudes con los primeros acentos de su lira...... La musa recién aparecida ofrendaba las primicias de su numen en la paráfrasis de un canto bíblico, en donde el salmista pide á Jehová la salvación y amparo de su pueblo.... El mismo día del alborotado comienzo de la *gran semana* (aquellos días se llamaron la *gran semana*), doña Silveria Espinosa en persona nos dió á los adolescentes de la guarnición la estampa con el monograma de Jesús, la cual, á breve rato, ó casi de súbito, se adoptó como cucarda entre la tropa. Esta divisa, en forma circular, llevaba al rededor un mote que decía: "*Quien no está conmigo, está contra mí,*" lema entresacado de la Santa Escritura, cuyo contexto, unido á la idea mística del himno antes citado, y á la participación del clero en los lances marciales de actualidad, infundió cierto tinte religioso á la lucha de los partidos, cosa en que ninguno de ellos pensaba, pues tanto los *ministeriales* como los *oposicionistas* (que así se distinguían respectivamente los prosélitos y los adversarios del Gobierno) eran cristianos viejos, que no disputaban sobre creencias divinas, sino sobre opiniones humanas.»

Como los partidarios del Gobierno habían tomado por Patrono de su causa á Jesús Nazareno, hiciéronle en San Agustín,—en donde se conserva una imagen muy venerada de Nuestro Señor Jesucristo,—y en la Catedral, pomposísimas fiestas, y sacaron la imagen en procesión vestida de uniforme militar, hasta que el señor Arzobispo prohibió que así disfrazasen la santa efigie del Salvador.

La ciudad estaba entre tanto entregada á la mayor agitación, pero decidida á defenderse de los facciosos, de manera que damas y plebeyas, caballeros y artesanos, todos quisieron tomar parte en los trabajos de defensa, llevando

armas de los parques, atrincherando la ciudad lo mejor posible para recibir al enemigo y rechazarlo. Felizmente, en aquellos momentos de peligro se tuvo noticia del regreso y aproximación del Presidente Márquez con el General Herrán, á la cabeza de varios batallones que habían reunido en el Cauca para atender á la defensa de la capital de la República, con lo cual cesó el peligro inmediato y la ciudad recuperó su tranquilidad.

Desgraciadamente, empero, el héreo de Buenavista y de otros campos de batalla en que había combatido como un león durante toda la guerra de la Independencia, no se curó de sus heridas, y murió llorado por toda la República, el 7 de Enero de 1841.

——

CAPÍTULO V

Sucesos políticos.—Acosta emprende campaña bajo las órdenes del Coronel Posada.—Opinión de éste.—Desastres en el Cauca.—Sus movimientos como jefe militar en Mariquita y Antioquia.—Llega á Cali á tiempo para tomar parte en la batalla de la *Chanca*.—Somete al indio Ibitó.—Lo ascienden á Coronel efectivo.—Concluída la guerra, va como Ministro á Washington.—A su regreso se encarga de la cartera de Relaciones Exteriores.—El desempeño de este empleo.—Carta que le dirige el General Herrán al concluir su período presidencial.—Acosta resuelve hacer un viaje á Europa.—Sus motivos.

1841–1845

Como dijimos en el capítulo anterior, Acosta se hallaba en Honda sirviendo en el ejército que se organizaba allí contra los facciosos, cuando la Capital pasó por los peligros que narramos, y naturalmente sufrió hondas angustias al pensar que allí estaba su familia.

Entre tanto continuaba la campaña contra los revolucionarios del Norte. Herrán y Mosquera los vencieron en las acciones de Aratoca (9 de Enero), de Tescua (1.° de

Abril) y de Ocaña (9 de Septiembre). Con este último triunfo quedaron pacificadas las Provincias del Norte y de la costa Atlántica, pero faltaban las del Sur y del Oeste de la República.

De regreso del Norte, en donde quedó Mosquera, el General Herrán se dirigió á Honda. Allí se organizaban las fuerzas que deberían seguir para el Sur. Hallándolas preparadas, dió la orden de que se pusiesen en marcha bajo las inmediatas órdenes del entonces Coronel Joaquín Posada Gutiérrez.

Acosta mandaba el Batallón número 10, compuesto en gran parte de reclutas que habían enviado de las provincias del Norte, y fué el primero que por la montaña del Quindió se movió sobre Cartago, á fines del mes de Febrero. El 11 de Marzo salió de Ibagué en calidad de descubierta, llevando orden del General Herrán para que ejerciese el mando militar en el Cauca apenas se encontrase en Cartago.

Algunos días después lo siguió el Coronel Posada por el mismo camino, dejando atrás el grueso del ejército. Hé aquí lo que dice este militar en sus *Memorias* y en sus *Apuntamientos* sobre la campaña del Sur:

«Lleno mi corazón de esperanza y exaltado mi patriotismo con la idea de ser útil, y satisfecho con la confianza que merecía del Gobierno y del General en Jefe, (1) General Herrán, marché solo con mi ayudante de campo, el Teniente Tomás Vallarino, en alcance del Comandante Acosta.... Pero en medio de la montaña, cuando más tranquilo caminaba, encontré un *posta* con un papel que Acosta enviaba al General Herrán, escrito en la Balsa, en que daba parte de que el día 12 de Marzo había sido completamente destruída la 2.ª División en el llano de García, por el ex-General José María Obando, con fuerzas consi-

(1) El cual era también Presidente de la República desde el 1.° de Abril de aquel año.

derables; que nadie había escapado, perdiéndose la artillería y otros muchos elementos de guerra; que no se sabía del General Borrero, y que Obando ocupaba casi todo el Cauca, cuyos pueblos estaban sobrecogidos de terror, y otros pormenores de aquel trágico y lamentable suceso...... añadiendo que era cosa cierta la inmediata venida de Córdoba á Cartago, con una columna de 400 á 500 hombres; participaba, sin embargo, que seguía á paso redoblado para dicha ciudad....

«.... El Comandante Acosta, como Jefe de Estado Mayor de la División, había adelantado muchos pasos (cuando Posada llegó á Cartago) y me ayudó después eficazmente á continuarlos y multiplicarlos. En los once días que duró aquella cruel expectativa (la venida de Córdoba) no descansábamos un momento, alternándonos, y ni aun así podíamos dar evasión á cuanto ocurría......

«El Coronel Acosta, añade más lejos, tiene pocos rivales para el destino de Jefe de Estado Mayor, principalmente en campaña, porque su actividad y su inteligencia no dejan nada que desear. Mientras estuvo á mi lado, me fué de suma utilidad, quitándome el peso de los detalles y pormenores que tanto embarazan y distraen al que manda, muchas veces con daño del servicio. Siempre oí su opinión, porque puede darla; y por último, todo su comportamiento fué digno y resuelto en los mayores conflictos.» (2)

Acosta llevaba durante toda aquella campaña, á pesar de lo mucho que tenía que trabajar en ella, un Diario; pero éste no se halló entre sus papeles, y sólo hemos encontrado algunos párrafos de él en las *Memorias* y en los *Apuntamientos* del General Posada.

Al cabo de once días, viendo al fin el General Posada (entonces Coronel) la imposibilidad en que estaba de levantar fuerzas suficientes para hacer frente á Córdoba, que

(2) *Apuntamientos sobre la campaña del Sur*, página 18.

llegaba por un lado, y á Obando, que ya era dueño de toda la provincia del Cauca, resolvió retrogradar á Ibagué.

Estando en esta última ciudad, Posada recibió orden de pasar á Neiva con los Batallones números 6 y 10, á marchas forzadas, entre tanto que á Acosta se le mandó marchar con una columna al norte de la provincia de Mariquita. Con motivo de aquel movimiento, el Secretario de Guerra y Marina le manifestó en una carta, con fecha 25 de Mayo, su gratitud por la eficacia con que había sabido vencer, como Jefe militar del Circuito del Norte de Mariquita, las dificultades que se le presentaron á cada paso para cumplir las órdenes que se le dieron. Con fecha 25 de Junio le transcriben otra nota muy halagüeña, en la cual el Poder Ejecutivo aplaude la manera como llegó á Medellín con la columna que mandaba, venciendo inmensos inconvenientes y sobreponiéndose á todo, de manera que llegó á tiempo para asegurar el triunfo de las armas del Gobierno contra los revolucionarios, que fueron batidos en Salamina por el General Enao.

No bien quedó pacificada esa provincia, cuando Acosta marchó de regreso al Cauca con las armas y la artillería que allí se necesitaba, llegando á Cali el 18 de Julio.

El Coronel Joaquín Barriga (después General) se preparaba en aquellos momentos para librar una batalla contra Obando en persona, de la cual dependía la suerte de la provincia, pero se encontraba en grandísima inferioridad con respecto al ejército del enemigo. La llegada á marchas forzadas de Acosta conduciendo la artillería de la 2.ª División, llenó de entusiasmo á las tropas del Gobierno, las cuales fueron debidamente situadas en puntos ventajosos en las inmediaciones de la población y en un callejón que se llama la *Chanca*. Obando avanzaba con dos mil hombres de todas armas, y pensaba derrotar fácilmente á Barriga, el cual no sabía que hubiese recibido refuerzos.

La batalla se empeñó no bien el enemigo empezó á



acercarse al callejón. Sorprendido por fuegos que no esperaba recibir, la vanguardia de Obando primero, y después la caballería, se declararon en derrota, de manera que el triunfo de las tropas del Gobierno fué poco sangriento y muy satisfactorio. Obando, sin embargo, logró escapar con algunos de sus oficiales. Barriga se hizo dueño de todas las armas, caballos, bagajes de los enemigos, y además tomó setecientos prisioneros, los cuales fueron presentados al General Mosquera dos horas después del combate, cuando llegó apresuradamente de Cartago en auxilio de Barriga.

A pesar de que Obando huyó hasta Pasto y de allí siguió por Mocoa con dirección al Perú, aún había dejado algunas guerrillas que combatían en su favor. Éstas, so pretexto de guerra política, cometían horribles depredaciones, y los pueblos inermes no cesaban de quejarse de ellas, hasta que, viéndose apretadas por las tropas del Gobierno, resolvieron acogerse á un indulto que había promulgado éste. Sin embargo, ya el General Mosquera había mandado fusilar á los jefes más importantes de la insurrección que cayeron en sus manos y no habían querido rendirse á tiempo.

Concluída la guerra en el valle del Cauca, el Poder Ejecutivo volvió los ojos hacia algunos indígenas, partidarios del General Obando, que continuaban alzados. Con fecha 9 de Noviembre de ese año encontramos una nota del Jefe de la División de Reserva, en la cual dispone que el Coronel (graduado después de la acción de la *Chanca)* Joaquín Acosta se mueva con una columna á sus órdenes á atacar y batir al indio Ibitó, que hacía grandes daños en el Cantón de la Plata.

Acosta se puso en marcha inmediatamente y muy en breve logró someter aquellos indios; los jefes de éstos se acogieron al indulto, y el territorio quedó pacificado. Aún estaba en *Tierra Adentro* (como llaman los cerros que habitan aquellos indios), cuando Acosta recibió un

oficio del Secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores (don Mariano Ospina) en el cual le ordenaba que procurase estudiar aquellos terrenos, los cuales rara vez visitaban los blancos, y que procurase darse cuenta de los mejores lugares que podrían convenir para abrir caminos y comunicaciones entre Popayán y el cantón de la Plata.

Después de haber cumplido todas aquellas comisiones, Acosta regresó á Bogotá después de un año de campaña y continuo trasegar por los climas más diversos, de haber recorrido media República y de haber servido fiel y abnegadamente al Gobierno legítimo.

El Congreso de 1842 aprobó el nombramiento de Coronel efectivo que el Poder Ejecutivo había hecho en Acosta como premio de su comportamiento durante la revolución, y los servicios que había hecho á su patria. En aquella época los ascensos no se hacían sino cuando los servicios de los militares eran importantes y después de muchas campañas.

No bien hubo regresado al seno de su familia, cuando el Poder Ejecutivo tuvo á bien nombrarle Ministro en Wáshington.

El Gobierno de Nueva Granada necesitaba mandar con urgencia un Enviado Diplomático que estuviese al corriente de los últimos acontecimientos ocurridos en la República, para borrar la mala impresión que ambos países habían recibido con la conducta del Encargado de Negocios de los Estados Unidos, Mr. J. Semple. Este había tenido por conveniente reñir con el Poder Ejecutivo neogranadino, pedir sus pasaportes con arrogancia inusitada, ofreciendo no volver á comunicarse con el Gobierno de la República cerca de la cual hacía algunos años que estaba acreditado.

La misión de Acosta consistía en dar las explicaciones del caso y pedir que se enviase un ministro más cortés y más grato para la República Granadina.

Además, como lo expresa el mismo Acosta, al año siguiente, siendo Ministro de Relaciones Exteriores, debería celebrar un tratado de amistad, comercio y navegación con los Estados Unidos. Pero éste no pudo concluirse, porque aquel Gobierno prescribía como condición indispensable la abolición de toda especie de derechos diferenciales sin ninguna compensación efectiva.

«Salí de Bogotá hacia fines de Abril de este año, y «después de un viaje dilatado (escribe Acosta con fecha 23 de Junio, á su Gobierno) por la falta de comunicaciones inmediatas de los puertos en las Antillas en que me vi obligado á tocar, con los de esta República, llegué á Chárleston el día 11 del presente. Al siguiente me puse en camino, y el día 16 pude ya dirigirme desde esta capital (Wáshington) al Secretario de Estado, que es al mismo tiempo Jefe del Gabinete y el encargado de las Relaciones Exteriores, pidiéndole me designase un día para presentar mis credenciales, etc.»

Mr. Webster se manifestó muy bien inspirado con respecto á Nueva Granada, y le anunció que ya se había nombrado otro ministro, que partió quince días después. Díjole que sus muchas ocupaciones en aquellos momentos le impedían ocuparse del asunto de Mr. Semple, pero que tuviera por entendido que los Estados Unidos querían conservar relaciones amistosas con la Nueva Granada.

Entre tanto que se desocupaba el Ministro, y podía atenderle, Acosta se hacía presentar en la culta sociedad de Wáshington y Nueva York.

Entre las muchas cartas de recomendación que llevaba Acosta, transcribiremos la siguiente por estar dirigida á Enrique Clay, uno de los hombres más importantes de la República Norteamericana, (1) por un patriota de la gran Colombia, como lo fué don Pedro Gual.

(1) Este hombre de estado americano nació en Virginia en 1777. Des-

"Honorable Enrique Clay, etc., etc., etc.

«Mi muy estimado señor:

«Me tomo la libertad de introducir al conocimiento de usted al señor Coronel Acosta, que va á partir de aquí mañana para Wáshington. Este caballero es un patriota distinguido y un buen ciudadano de esta República, muy digno por sus conocimientos y servicios del aprecio y consideración pública. Por cualquiera atención y buenos oficios que usted tenga la bondad de dispensarle durante su residencia en esos Estados Unidos, le quedará siempre muy reconocido su antiguo amigo y obediente servidor,

«P. GUAL.

«Bogotá, Abril 12 de 1842.»

En Wáshington fué recibido con señalado aprecio por el Presidente Juan Tyler, (1) y tuvo amistad con el Ministro de Relaciones Exteriores, señor Daniel Webster, uno de los ciudadanos más notables de su patria. (2)

pués de una educación incompleta y una juventud laboriosa, se recibió como abogado á los veinte años, y se distinguió en su profesión tanto, que el Estado de Kentucky lo envió á Wáshington como Senador. En 1811 ocupó la Presidencia del Congreso, y desde 1812 se ocupó activamente en proteger la independencia de las colonias españolas. Como Ministro de los Estados Unidos en Europa, llamó la atención; como miembro del Gobierno del Presidente Adams siempre se distinguió por sus esfuerzos en favor de las repúblicas americanas y la emancipación completa de los esclavos. Su memoria es particularmente venerada en su patria.

(1) Nacido en Virginia en 1790. Hijo de un rico propietario, recibió una excelente educación, y en breve se distinguió como hombre político. Fué primero Representante, Senador, Gobernador y Vicepresidente, y por último Presidente en 1841. Durante su período anexó á Texas, Iowa y Florida, y al concluír su magistratura se retiró á la vida privada. Murió en 1862.

(2) Había nacido en 1782, en pobre cuna; pero sus cualidades lo hicieron tan popular, que obtuvo todos los más altos puestos públicos de su patria, salvo la Presidencia. Fué varias veces Ministro de Estado. Desaprobó las anexiones y las guerras con las Repúblicas vecinas, y procuró proteger á los sudamericanos.



Como Acosta hablaba corrientemente la lengua inglesa, y estaba al cabo de todas las cuestiones políticas y literarias del mundo civilizado, podía siempre tomar parte en las conversaciones, y por consiguiente era muy apreciado en toda sociedad que frecuentase.

Entre los muchos asuntos que embargaban la atención del Gobierno de los Estados Unidos, estaban las disputas que tenían con México, disputas que tenían irritados los espíritus en uno y otro país.

No se vió con el Presidente de los Estados Unidos hasta fines de Julio. Éste le recibió con mucha afabilidad y cordialidad, como arriba dijimos, pero no por eso el Poder Ejecutivo, ó más bien el Ministro de Estado y Relaciones Exteriores, se ocupaba del asunto que había llevado á Acosta á los Estados Unidos. Su Gobierno le había señalado término fijo para que despachase ese negocio, de manera que se habían pasado los seis meses fijados, y aún no había podido tener conferencia ninguna con el Ministro del ramo. Entre tanto, supo que Mr. Webster debería ausentarse por dos meses, durante los cuales no se ocuparía de política. Pidióle licencia para ir á verle en Boston, y así lo hizo, pero nada obtuvo de la conferencia que con él tuvo, porque le dijo que no había tenido tiempo de estudiar el asunto. Acosta entonces resolvió regresar á su patria á dar cuenta de su misión, llegando á Bogotá al empezar el año de 1843.

La República estaba en completa paz, pero el malestar que queda en un país que se ha visto desgarrado por una revolución que duró dos años, no había pasado todavía, y los rencores, la miseria, los cambios de fortuna que producen los trastornos políticos, tenía á todos los ciudadanos en un estado de agitación que no les permitía emprender aquellos negocios, esas industrias que forman la riqueza verdadera de una nación. La famosa quiebra de un audaz negociante (Landínez) que arruinó á muchos

hombres antes acaudalados y á gran número de personas que habían especulado con él, produjo en Bogotá un verdadero estupor y quebró en su raíz muchas industrias que procuraban levantarse sobre las ruinas de las que habían claudicado en años pasados.

Desde Noviembre de 1842 los restos del Libertador habían sido devueltos á Caracas, su patria. Esta, que vivo lo había proscrito, muerto olvidaba la ingratitud que usó con él para reclamar sus cenizas. Una reacción marcada en favor de Bolívar se notaba en toda la antigua Colombia, y ya no se atrevía nadie á proferir improperios contra él; la posteridad empezaba para el Libertador, y ésta era más justa que sus contemporáneos.

El último día de aquel mismo mes habían fusilado en la plaza mayor—llamada de Bolívar—de Bogotá al que indirectamente clavó el puñal en el corazón del Libertador y lo condujo á una muerte prematura, al mismo tiempo que asesinó al Mariscal Sucre; pues Bolívar empezó á agonizar desde el momento en que tuvo noticia del asesinato del vencedor de Ayacucho. Se entiende que nos referimos al fusilamiento de Apolinar Morillo, el reo convicto y confeso del asesinato de Sucre, según dijo, á instigación del General Obando, el cual, á su turno, obedecía á los mandatos del comité liberal de Bogotá.

En la misma semana en que el desventurado Morillo pagaba su crimen en el cadalso, tuvo lugar en Bogotá la primera Exposición industrial que allí se vió.

Bajo la administración Herrán se hicieron grandísimos esfuerzos para mejorar la instrucción pública, de manera que á principios de 1843 se fundaron en las provincias escuelas normales; se aumentaron las de primeras letras; se reformaron y reglamentaron las enseñanzas de jurisprudencia y medicina, y se expidieron decretos para fundar cátedras de ciencias que antes no se habían enseñado en el país. Acosta había vuelto á ocupar su puesto en el Con-

greso. Éste, el de 1843, reformó la Constitución de 1832, que hasta entonces había regido; con esto hiciéronle notables mejoras, según unos, cometieron enormes errores, según otros.

Con la nueva Constitución el Poder Ejecutivo gozaba de facultades tales, que hubiera podido gobernar con perfección si sus representantes eran buenos y perspicaces, é inicuamente si los que tenían en sus manos las riendas del poder eran malos ó carecían de prudencia.

Antes de que regresase Acosta de los Estados Unidos, y fundándose en una ley expedida por el Congreso de 1842, el Poder Ejecutivo (influído por el Secretario don Mariano Ospina, por el señor Arzobispo, el Ilustrísimo Manuel José de Mosquera, y por el General Mosquera (entonces ultra-conservador), mandó llevar á la República miembros de la Compañía de Jesús, con el objeto particularmente de que sirvieran las misiones de los indios salvajes del Darién, los Andaquíes y los llanos de Casanare.

Era aquella la época en que más guerra se hacía á la Compañía de Jesús en Europa, y cuando la juventud bogotana devoraba las novelas de Eugenio Sue y otras que atacaban á los discípulos de San Ignacio; por ese motivo el doctor Cuervo, don José Eusebio Caro, Joaquín Acosta y otros, pensaban que la llevada de los jesuítas era inoportuna en aquellos momentos, no porque estuvieran en contra de la Compañía, sino porque aquello daría pábulo á las pasiones de los enemigos. Efectivamente, así sucedió: una espantosa grita del partido liberal se levantó contra ella, grita que no cesó hasta que durante la administración López—cinco años después—logró al fin expulsarla del país con inaudita crueldad y barbarie.

El 2 de Octubre de aquel año de 1843 Acosta renuncia á los empleos provinciales que desempeñaba gratuitamente, y acepta un puesto en la Administración del General Herrán, como Ministro de Relaciones Exteriores, destino

que conservó hasta Marzo de 1845, cuando claudicó la Presidencia del señor Herrán.

Durante ese tiempo el Ministro de Relaciones Exteriores celebró varios tratados importantes con Venezuela (1) y otras potencias; llevó á cabo una convención postal muy útil con Francia; auxilió con sus luces y anteriores estudios al Secretario, don Mariano Ospina, en el plan de estudios universitarios que entonces se expidió, plan que se consideraba entonces demasiado rígido, pero que la práctica probó que era muy provechoso, porque entonces se educaron muchos jóvenes que después han sido hombres utilísimos en todos los ramos de los conocimientos humanos.

La casa de Acosta era el centro en que semanalmente se reunían los diplomáticos extranjeros y los miembros del Poder Ejecutivo, conservando así las buenas relaciones sociales con decoro entre unos y otros, y con ello ofrecía hospitalidad culta y agradable á los extranjeros, á quienes les proporcionaba ratos de solaz, rodeados por la mejor sociedad de la capital de la República, tanto masculina como femenina. «Este es un deber, decía Acosta, de todo Secretario de Relaciones Exteriores que comprende su posición en el Gobierno de su patria.»

En aquellos recibos, que nada tenían de ostentosos, se respiraba una atmósfera de cordialidad, de buen gusto y de compostura, que daba muy buena idea de la sociedad bogotana de aquella época. Allí tocaban y cantaban las señoritas, si no con la perfección que lo hacen hoy las hi-

---

(1) Según lo últimamente publicado en los *Anales Diplomáticos y Consulares de Colombia*, los trabajos de Acosta en los asuntos de límites con Venezuela son en extremo importantes, de manera que, dice el actual Ministro de Relaciones Exteriores, doctor A. J. Uribe, "si no dejó resuelto desde entonces el asunto, sí lo definió en todas sus partes con una claridad absoluta y con tanta abundancia de pruebas y razones, que sobre ellas había de fundarse más tarde la defensa de los derechos de Colombia."

(Véase *Anales Diplomáticos y Consulares de Colombia*, bajo la dirección de A. J. Uribe, Diciembre de 1900, tomo 1.°, página 84).

jas y las nietas de aquellas mismas, á lo menos procuraban imitar en lo posible las lecciones que algunas de ellas habían aprendido en el Extranjero; allí se bailaba alegremente, se conversaba, se recibían noticias políticas de otros países, y los que deseaban imponerse mejor de ellas podían recorrer los periódicos extranjeros, los libros europeos más recientes que Acosta pedía con ese objeto, y que cubrían las mesas de su estudio y los anaqueles de su biblioteca. Además, poseía un pequeño museo de obras nacionales y de la época pre-colombina, y una colección de medallas americanas y europeas y muestras de fósiles americanos, de mineralogía y de plantas disecadas suficientes para contentar la curiosidad de los amantes de aquellas cosas.

El Ministro de Francia en Bogotá era entonces un hombre muy notable, el Marqués De Lisle, el cual había reemplazado al Barón Gros, ambos personas que después desempeñaron altos destinos en la carrera diplomática. Por medio de este Ministro (De Lisle) había enviado el Gobierno francés una comisión científica al istmo de Panamá para que lo explorase, con la mira de abrir el canal. Al mismo tiempo el Gobierno de Nueva Granada mantenía un Agente diplomático en Londres para que trabajase en el mismo sentido en la Gran Bretaña y en las demás potencias marítimas de Europa.

El tratado comercial que no había podido ajustar el mismo Acosta como Agente diplomático en los Estados Unidos, lo llevó á cabo en su calidad de Ministro de Relaciones Exteriores, «con lo cual, dice en su *Memoria* al Congreso de 1845, se afianzará al fin un pacto solemne con la primera República de nuestro continente.»

Acosta no desempeñó su empleo de Ministro de Relaciones Exteriores sino diez y ocho meses, al cabo de los cuales terminó la Presidencia del General Herrán.

En vísperas ya de concluír éste, Acosta se separó de la

Secretaría. Con ese motivo recibió la siguiente comunicación, que transcribimos *in extenso:*

«EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

al honorable señor Coronel Joaquín Acosta, Secretario de la República en el Despacho de Relaciones Exteriores.

" Bogotá, 18 de Marzo de 1845.

«Antes de que termine el período de mi mando, debo manifestar á los señores Secretarios de Estado el aprecio que merecen los servicios que han prestado á la patria en el tiempo de mi Administración, y es con este objeto que me dirijo á usted.

«En el momento de posesionarme del destino de Presidente ocupé á usted en la comisión militar más delicada que en aquellos momentos se me presentaba, y de la cual pendía la seguridad de la provincia de Bogotá; la desempeñó usted tan ventajosamente, que supliendo la falta de instrucciones en lo que yo no le había prevenido expresamente, tanto por la confianza que tenía en usted, como por la premura con que lo despaché, obró usted conforme á mis deseos, marchando rápidamente á la provincia de Antioquia para asegurar en ella los resultados que se obtuvieron con el triunfo de Salamina, y pasando sin demora á contribuír de un modo sustancial al triunfo de la *Chanca.*

«Concluída que fué la última campaña del Sur, obtuvo usted del Vicepresidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo, una misión diplomática de carácter urgente cerca de los Estados Unidos, en cuyo desempeño llenó usted perfectamente los deseos del Gobierno, librando á la República de una cuestión desagradable, y regresando con inesperada presteza á ocupar el asiento que temporalmente había dejado usted en la Cámara de Representantes.

«Fué después de estos servicios importantes prestados

bajo mi Administración que nombré á usted Secretario de Relaciones Exteriores, correspondiendo en este destino á mi confianza del modo más satisfactorio. Por medio de usted he logrado mejorar las relaciones que existían con los Gobiernos amigos. Además de esto, ha defendido usted en todas las cuestiones internacionales que se han ocurrido, los intereses de Nueva Granada de un modo tan provechoso á la Nación, que siempre le hará honor, debiendo quedarle la satisfacción de que en tantas negociaciones como han ocurrido en su tiempo, ningún gravamen injusto queda impuesto á Nueva Granada, y yo dejo con gusto mi nombre asociado á los negocios internacionales que usted ha manejado, porque en toda época se reconocerá el patriotismo que ha guiado á la Administración.

«Además de haber sido usted el fundador de la Secretaría de Relaciones Exteriores, ha tenido también á su cargo en dos distintas ocasiones la Secretaría de Hacienda y la de Guerra, en cuyo despacho provisional manifestó el mismo interés que en su propia Secretaría.

«Reciba usted la expresión de mi reconocimiento, sirviéndose igualmente aceptar el distinguido aprecio con que soy su muy atento y obsecuente servidor,

«P. A. HERRÁN.»

Para reemplazar al General Herrán en la Presidencia habíanse presentado tres candidatos: el General Tomás C. de Mosquera, el General Eusebio Borrero y el doctor Rufino Cuervo. Obtuvo la mayoría de los votos el primero; éste no era el candidato de Acosta, lo conocía demasiado y creía que su carácter sería fatal para el país, el cual necesitaba un gobierno tranquilo, sensato, y sobre todo altamente pacífico; temía el espíritu de aventura que distinguía á Mosquera, y desconfiaba hondamente de sus actos. Con ese motivo resolvió abandonar el país por algunos

años; además, tenía otros motivos poderosos para hacerlo. En primer lugar, hacía algunos años que se ocupaba asiduamente en reunir libros y documentos antiguos acerca de la historia patria, con intención de escribir una historia extensa, seria, imparcial y concienzuda de Nueva Granada. Ésta debería arrancar desde la época del descubrimiento y conquista de este país por los españoles, y, después de estudiar los tiempos de la colonia, llegar hasta la época moderna. Semejante empresa no podía llevarse á cabo con serenidad, en medio de las luchas de la política y de las muchas atenciones que tenía sobre sí; por otra parte, sólo en Europa, y sobre todo en España, podría encontrar los datos suficientes que necesitaba. Fuera de éste, otros motivos lo llevaban á Europa, á saber: dar una educación sólida á su hija única, en la cual había puesto todo su cariño, y al mismo tiempo proporcionar á su esposa la satisfacción de volver á ver á su madre y al resto de su familia, de quienes hacía trece años que estaba separada.

Una vez que tomó aquella determinación, Acosta se ocupó activamente en ponerla por obra; arregló sus intereses de manera que pudiese recibir fácilmente en Europa las modestas rentas que provenían de su herencia paterna; pidió licencia para ausentarse del servicio militar durante dos años, y el 15 de Abril de aquel año de 1845 se puso en marcha para la Costa con su familia.





CUARTA PARTE

CAPITULO I

Viaje á Europa.—Carta del General Mosquera.—La familia de Acosta se queda en Halifax.—Acosta llega á París.—Viaje al sur de Francia.—Navegación d.l RóJano. — Arlés. — Marsella.— Roquefavour.— Se embarca para España.— Pasajeros.—Pasaje.—Barcelona.—Biblioteca.—Archivo.—El señor Roca.—Torres y Miralda.—Parecióle el pueblo español más culto que el francés.—Valencia.—Sir John Dorney Harding.—La Huerta de Valencia.—Murviedro.—Sagunto.—Fábrica de azulejos.—Aspecto risueño de Valencia.

1845

Al tiempo de salir de Bogotá, Acosta recibió la siguiente carta de recomendación que le envió el Presidente Mosquera:

" Para el Excelentísimo señor Presidente de los Estados Unidos.

" Excelentísimo señor:

«Uno de mis primeros pasos al posesionarme del Poder Ejecutivo de esta República, como su Presidente constitucionalmente electo, ha sido el de participar á V. E. mi advenimiento á tan alta magistratura, por medio de una

carta de Cancillería que será puesta en manos de V. E. por el señor Coronel Joaquín Acosta.

«Este distinguido compatriota mío ha sido por bastante tiempo, como V. E. lo sabe, Secretario de Relaciones Exteriores de Nueva Granada, y en una época no muy distante tuvo el honor de representar en Wáshington á dicha República. Estas circunstancias, y el respetable carácter personal del señor Acosta, lo hacen digno de un aprecio general y me autorizan á mí para recomendárselo á la consideración de V. E.

«Aprovecho la oportunidad que con tal motivo se me presenta para ofrecer á V. E. las seguridades de la muy distinguida estimación que le profesa

«T. C. DE MOSQUERA.

«Palacio de Gobierno de Bogotá, 14 de Abril de 1845.»

Acosta, sin embargo, no presentó aquella carta de recomendación personal; no estuvo en Wáshington, sino que pasó unos pocos días en Nueva York, y de allí pasó á Halifax—Nueva Escocia—en donde dejó á su esposa con su madre, la señora Kemble, y á su hija, perfeccionándose en la lengua inglesa, de la cual ya tenía algunas nociones.

Entre tanto que su familia permanecía un año en Halifax, Acosta partió para Francia. En París buscó á algunos de sus amigos que cerca de veinte años antes le habían dispensado su amistad. Muchos de estos habían muerto, como el General Lafayette, etc., otros se habían encumbrado tanto en la sociedad, que esquivó presentarse á ellos; pero reanudó sus relaciones con aquellos cuyo modo de vivír modesto le permitía alternar con ellos. Además, tuvo el gusto de encontrar establecido en París á su hermano Domingo, el cual vivía como un anacoreta, aislado de la sociedad y entregado á sus libros y á estudios que desgraciadamente jamás tuvieron resultado alguno para los demás.

Antes de empezar seriamente á escribir la historia que tenía pensada, Acosta quiso ir á España á estudiarla en los archivos de Sevilla y de Madrid, en donde debería encontrar los principales documentos acerca del descubrimiento y conquista, que formaría el primer tomo de su obra, único que alcanzó á escribir y publicar.

Del Diario que llevó durante su viaje á España extractamos algunos párrafos:

«Salí de París el 26 de Agosto á las siete y cuarto de la mañana, en la diligencia de *Compte Caillard*, la cual nos llevó al embarcadero del ferrocarril. Allí fué desmontada y trasladada sobre ruedas por carriles, por medio de un procedimiento que vi en Woolwich desde 1830, y que tengo dibujado en mi Diario de Inglaterra. ¡Ahora dicen (en Francia) que esta es una invención maravillosamente nueva!

«Las sesenta millas que hay entre París y Orleans las anduvimos en poco más de tres horas, es decir, como veinte millas por hora; velocidad racional que hace menos temibles los accidentes....

«...... En Orleans la diligencia volvió á sus ruedas, y así seguimos viaje costeando el río Loire. Iba conmigo un pintor de paisajes, inglés, y éste me hacía notar los puntos de vista más hermosos.»

Pasaron durante la noche por Nevers y otras ciudades y aldeas. Poco más allá de Roanne empezaron á encontrar las altas colinas que dividen el río Loire del Ródano y el Saona.

«.... El paisaje aquí, dice, es bellísimo, y pocos lugares he visto tan pintorescos como San Sinforiano de Laye. Allí se ven las bellas casas de campo del Barón de Dailly y del Conde de Chavignac, las cuales se distinguen por su hermosura. A lo lejos descubríamos las cadenas del Monte de Oro y del Monte Brisson, cuyo aspecto encantador, á la luz de una bellísima tarde de verano, me causaron

vivo placer ..... Llegámos (el 28) á la ciudad de Lyon (la segunda de Francia) en medio de un extraordinario bullicio y movimiento mercantil. Me alojé en el Hotel del Norte. La ciudad me pareció singularmente embellecida y acrecentada desde 1826, cuando la visité á mi regreso de Italia, pero no en la misma proporción que París......»

Durante el día visitó algunas fábricas de loza y papel de colgadura, y á las tres de la mañana del día siguiente se embarcó en un vapor en el Ródano. Pareciéronle aquellos buques sucios é incómodos, á pesar de que el pasaje era caro, en proporción de su ninguna comodidad, (17 francos hasta Arlés) en cuyo trayecto gastó catorce horas. Observa que en el río Hudson (Estados Unidos) los buques son espléndidos, y cuesta el pasaje la mitad del precio. De paso tocaron en *Vienne*, ciudad notable nada mas sino por ser la patria de Poncio Pilato, y porque á pesar de ello fue la cuna del cristianismo en las Galias.

Hasta allí las orillas del Ródano son risueñas y pintorescas, pero de allí para adelante el paisaje se convierte en áridos sitios, coronados por castillos viejos y ruinosos.

En Avignón no se detuvo, sino que siguió el vapor hasta Beaucaire, en donde se quedó, en lugar de seguir hasta Arlés. Allí tomó un mal coche que le llevó á Arlés, adonde llegó á las ocho y media de la noche.

DIARIO

30 de Agosto.—Muy de mañana salí á visitar el anfiteatro romano, quizás el mejor conservado que existe. Desde una de sus torres se goza de una de las más extensas vistas del curso del Ródano que se puede ver, así como de las hermosas y fecundas campiñas del Languedoc. Veíanse estas cubiertas de sementeras de cereales y salpicadas de ciudades y aldeas.

Arlés,—colonia militar romana, fundada por Julio César con los soldados de la 6.ª legión,—conserva todavía el

tipo romano en la fisonomía de sus habitantes y habitaciones; el dialecto popular es muy parecido al italiano, y la ciudad tiene muchos restos de sus antiguos fundadores,—existen numerosos monumentos antiguos, y en muchas casas se ven columnas y capiteles que pertenecieron en un tiempo á templos paganos. La portada de la catedral es obra de la Edad Media, y el obelisco que adorna la plaza es egipcio; la plaza del Foro, en donde se encuentra el hotel en que estoy alojado, tiene un medio pórtico con su ático de granito, así como columnas de lo mismo, que pertenecieron á la dominación romana. Sobre las portadas de las casas nuevas han dejado subsistir columnatas y lápidas que aún llevan inscripciones en latín.

"Después de almorzar fuí á visitar los Campos Elíseos, cubiertos de sepulcros desenterrados, del tiempo de los Romanos: grandes piedras de siete á nueve pies de longitud, y de tres á cuatro de ancho, huecas y con sus cubiertas tumulares, las cuales podrían formar una calle extramuros tres veces más larga que la de Pompeya. En el Museo ví después los restos más preciosos de lo desenterrado, como las estatuas que había en el teatro, lacrimatorios, ánforas y vasos cinerarios y de perfumes que se ven con mayor interés cuando se han visto los sitios que los encerraban. La inscripción del sepulcro de Ælia, la hija de Dionisio, muerta á los diez y siete años de edad, la víspera de su matrimonio, me pareció muy hermosa... La colonia romana llegó á contar cien mil habitantes, hoy apenas encierra veinte mil almas!......

"En el mercado observé los vestidos pintorescos de las aldeanas, su lenguaje animado y aspecto culto. El mercado tiene lugar en una plaza abierta como las nuestras, y es inmensa la variedad y abundancia de frutas y comestibles que ví......

31.—Salí de Arlés en un bote del canal de Bouc, que tiene dos esclusas. Navegando perezosamente pero con una

tranquilidad que ya no es de este siglo, llegué á las orillas del mar al cabo de siete horas. En Bouc tomé un coche con dirección á Marsella. Atravesé un paisaje risueño, plantado de viñedos, de olivos, almendros y granados cubiertos de frutos, pero el terreno es arenoso y monótono, y las casas de campo tienen un aspecto vulgar y de mal gusto. Entré á la ciudad á las siete y media de la tarde, por la puerta triunfal de Anjou, pero sin duda por ser día domingo no encontré en la calle (anchas y bien alumbradas) aquel bullicio y animación que esperaba en un puerto tan famoso.

1.° de Septiembre.—"El aspecto de la ciudad, el desaseo de sus calles y el mal olor me disgustó mucho. Sorprendióme la costumbre que tienen aquí de sentarse á las puertas de todas las tiendas, para cuyo efecto se encuentran bancos y sillas en las puertas... »

Sin embargo, como no encontrase cosa que le interesara particularmente en Marsella, resolvió pasar unos días en el campo, mientras que llegaba el buque en que debería embarcarse para pasar á España. Visitó entre tanto la ciudad de *Aix*, el acueducto de *Roquefavour*, obra titánica que costó muchos millones, y que provee de agua á Marsella. Estuvo en una ermita de un devoto español que vivió allí más de cincuenta años, y fué á la montaña de Santa Victoria, «célebre, dice, por la que alcanzó Mario, hace ya más de dos mil años, sobre los Teutones.»

Al cabo de cuatro días regresó á Marsella, y se ocupó en visitar cuanto había allí de curioso, desde el Museo hasta las fábricas de aceite, y el día seis se embarcó por la noche en el vapor *Mercurio*, el cual debería llegar á la madrugada al puerto de Valencia, pero deteniéndose antes en Barcelona.

«*7 de Septiembre.*—No salimos del puerto hasta las se

y entonces en lugar de dirigirnos á España—como estaba convenido—volvimos la proa hacia Italia, con el objeto de cambiar los papeles del buque en el pequeño puerto italiano llamado Ciotat, y así pagar menos derechos. Esta parte de la costa es imponente por las rocas elevadas y riscos desnudos que la dominan.

«Después de salir de Ciotat navegámos todo el día y la noche siguiente, y amanecimos el ocho frente á las costas de España. Como había llovido, la tierra despedía un fuerte pero agradable ambiente, que se aspiraba á dos leguas de la costa.

«Los pasajeros eran todos catalanes, salvo una señora de Andalucía con su hija, un valenciano y unas francesas. El buque era sucio y mal servido, pero yo me entretuve en contemplar la costa, á cuyas márgenes se veían varias poblaciones.»

El día nueve, á las once y media de la mañana, surgieron en el puerto de Barcelona, pasando por el pie de la montañuela y el fuerte Monjuí. Parecióle hermosa la ciudad, más aseada que el Havre y Marsella, las calles anchas, los puentes de mampostería, las aceras limpias y embaldosadas, y todos los edificios fuertes y bellos.

Se alojó en el Hotel de las *Cuatro Naciones*, en donde el servicio era bueno.

Al día siguiente era domingo y todo el pueblo estaba de paseo; pero no notó la conducta soez y vulgar de la plebe de otros países: todos parecían conservar su dignidad. En la Rambla cruzábanse las ricas mantillas de encajes con el humilde pañuelo de las campesinas. Encontró mucha gracia en las mujeres, pero poca belleza, y en los hombres vulgaridad en las fisonomías.

Visitó los monumentos públicos y los paseos, y fué á la Biblioteca de San Juan, «que, dice, contiene varios manuscritos en vitela de la Edad Media, curiosamente iluminados, algunas antigüedades romanas y varios sepulcros y

reliquias de la dominación de los Condes de Barcelona. El bibliotecario, señor Roca, me recibió con mucha amabilidad y me dió una carta de introducción para que me permitiesen visitar los archivos de la Corona de Aragón. Pero aunque es ciertamente admirable el orden en que los conservan, y los mejor arreglados que he visto hasta ahora, merced al celo y la constancia del señor Próspero N., nada hallé allí con respecto de América. Esto proviene, según observó el bibliotecario, de que los Reyes de Aragón no hicieron nunca mucho caso del descubrimiento del Nuevo Mundo, aunque después los catalanes fueron los que se aprovecharon de ello.

«El edificio que contiene los archivos, es el mismo de la Diputación provincial y el de la Audiencia; es gótico y bien conservado, con jardines.

«Asistí á una causa criminal que se ventilaba en la sala del crimen, compuesta de cinco jueces....»

Visitó con atención la Catedral, las antiguas calles, en una de las cuales le señalaron todavía la mansión de un rey catalán, las antiguas puertas de la ciudad y el Palacio Arzobispal.

Un rico comerciante, el señor Torrens y Miralda, lo llevó á la Lonja, á las escuelas de dibujo, pintura y arquitectura.

«Éstas, escribe, están bajo la protección de la Junta de Comercio, y allí no sólo se da instrucción gratuitamente á la juventud en varios ramos de educación, inclusive física y matemáticas, sino que se les provee de modelos, papel, etc., y se iluminan los salones con gas. Esta institución hace honor á España.»

Acosta iba imbuído con las ideas antiespañolas que tanto curso tuvieron en América en la época de la guerra de la Independencia; por consiguiente, creía encontrarla muy lejos de la civilización moderna. Los actores y representaciones teatrales le gustaron mucho, y aun muchas ve-

ces le parecieron mejor que los franceses. Llamóle la atención el comportamiento del pueblo, al cual encontró más culto que el de París, en algunas cosas. Estuvo á ver el Museo de la familia Salvador, invitado por su dueño. Notó con pena que estaban derribando el antiguo palacio de los Condes para abrir una calle, y que habían dejado incrustadas dentro de una casa particular las enormes columnas de orden corintio pertenecientes á una época remotísima, que merecían conservarse con aprecio. Fué al antiguo monasterio de San Pablo, obra árabe curiosísima y que entonces era un cuartel; á la cárcel, que encontró bien ordenada, limpia y con surtidores de agüa hasta en los pisos superiores. Las obras de platería que fué á ver le parecieron tan artísticas como las francesas.

Invitado á su palco por el señor Miralda, vió «representar, dice, varias comedias bien, y un acto de chistes con el salero español. «Lo que le desagradó fué que por todas partes, salvo sobre las tablas, se hablaba catalán.

El 12 de Septiembre volvió á embarcarse en el *Mercurio*, con su compañero de viaje, un señor Fernández. A más de los anteriores pasajeros, en Barcelona se embarcaron nuevos, entre otros un lazarino en el segundo período. Dijéronle que allí no tenían temor al contagio, pero sí creían que ese mal se heredaba. Pasó la noche luchando con las chinches, que hormigueaban por todas partes.

Poco después de amanecer descubrieron á Murviedro, la antigua Sagunto, divisaron las fortificaciones, y á lo lejos las antiguas ruinas antes de desembarcar en Grao.

El señor Fernández tenía su familia en Valencia, pero como la población se halla distante del puerto, tomaron coche.

«Seguímos en una tartana, escribe, miserable *patache* ó carricoche, sin resortes, hasta la ciudad, por una hermosa alameda. Durante el transcurso encontrámos á la mujer y á la hija del señor Fernández, que iban á encontrarle.

«Me alojé en la posada del *Cid*, y después de vestirme y almorzar, pasé á ver la muy hermosa Catedral, con seis naves en todas direcciones y bellas pinturas y mármoles; luego el señor Fernández me llevó á su casa, en donde tiene una buena colección de pinturas españolas. Visité las iglesias de San Martín y San José; esta última con claustro espacioso de columnas de mármol. Visitámos después á un señor Pedro Pérez, que tiene una gran colección de cuadros originales y de copias, pero él mismo es más original que toda su colección. Estuve á ver el puente Real, bajo cuya sólida armazón pasa bulliciosamente el Guadalaviar. Hacía bastante calor, y aquí, como en Barcelona, vendían hielo por todas partes.

«Las calles de Valencia no se parecen á las anchas é imponentes de Barcelona; son estrechas, pero tienen bellos edificios antiguos y modernos, que dan un aspecto como de ciudad importante. Vi varios palacios particulares, como el del Marqués de dos Aguas, y otro en que se apean los Reyes cuando llegan aquí. La posada, sin embargo, (la mejor de Valencia) estaba repleta de chinches, que me daban malísimas noches.»

Sorprendióse con la cantidad, abundancia y variedad de frutas que vendían en el mercado, producidas en la llamada Huerta de Valencia, que cubre un vasto campo bañado por el alegre Guadalaviar ó Turia.

«Este río, dice, ciñe á Valencia, después de haber embellecido y fertilizado sus campiñas.»

Allí trabó amistad con un viajero, Sir John Dorney Harding, conocidísimo abogado inglés, con quien hizo todo el resto de su viaje por España. Volvió á sorprenderle en el teatro de Valencia la compostura y buen tono de los concurrentes de todas las clases de la sociedad.

Con el señor Harding estuvo en Murviedro en coche; pasaron por varias poblaciones, habitaciones y huertas cubiertas de viñedos, perales, duraznales, de brevas, melones y sandías, y toda suerte de legumbres.

«Mientras que preparaban el almuerzo en un zaguán que llaman sala de la venta, inferior ciertamente á cualquiera de la Sabana de Bogotá, emprendímos camino para ir á visitar las ruinas de Sagunto. Trepando por riscos cubiertos de tunales (que aquí nadie come, por tener tanta abundancia de exquisitas frutas), llegámos al castillo, y después bajámos á recorrer las ruinas del teatro, uno de los más bien conservados que existen. Los constructores de él se aprovecharon del terreno inclinado para formar las graderías. Desde allí se descubre una vista bellísima sobre el Mediterráneo, los vecinos campos y los distantes castillos, torres y atalayas.... Después de contemplar algunos momentos aquella tierra clásica del heroísmo, recorrímos la ciudad moderna, sin que nos molestase la curiosidad de los habitantes, que ningún caso hicieron de los viajeros.»

Tomaron la diligencia de regreso á Valencia; dentro de ésta iban algunas campesinas de los contornos, las cuales, aunque entendían español, hablaban entre sí en dialecto valenciano, mucho más dulce que el catalán.

Visitaron al regresar á la ciudad la iglesia de Los Desamparados, y vieron el famoso Señor caído. En seguida pasaron á ver una fábrica de azulejos ó ladrillos barnizados, peculiares á esta ciudad; entonces los vendían de dos á cinco pesos el ciento, según los adornos que llevaran.

Vió también una extensa manufactura de abanicos de toda clase. Estuvo en la lonja de trigo, espacioso edificio entre gótico y moderno, y pasó algunas horas hojeando libros viejos que vendían en los armarios del mercado, con la esperanza de encontrar algo curioso.

No dejó iglesia, monumento histórico ni paseo que no visitase.

«Valencia, dice, me dejó muy grata impresión, y su aspecto exterior, con sus colchas rayadas en los balcones y

cortinajes vistosos en las ventanas para ampararse del sol, le dan un aspecto de fiesta muy original.»

Después de permanecer allí cuatro días, arregló su viaje para ir á visitar la ciudad de Denia, cuna de sus antepasados, con la esperanza de encontrar allí algunos parientes de su padre.

CAPÍTULO II

Excursión á Gandia y á Denia.—Descripción de este lugar.—Don Juan Morán.—El hijo del Virrey Espeleta.—Continúa camino á caballo.—Villajoyosa.—Alicante.—Cartagena.—Almería.—Guadix.—Granada.—La Catedral.—La tumba de los Reyes Católicos.—La Cartuja.—Sus compañeros de viaje.—Jaen.—Carmona.—Sevilla.—Los Archivos.—Cadiz.—Danzas andaluzas.—Viaje á Madrid.—La Carolina.—Aranjuez.—Llegada á Madrid.—El Museo.—La Reina Isabel.—Matilde Diez.—La Biblioteca.—El Museo de Artillería.—Regreso á Francia.

1845

DIARIO

«*17 de Septiembre.*—A las tres de la mañana salímos en un coche que llaman de *violín*, tirado por tres mulas (*Culebra*, *Peregrina* y *Carbonera*) y un caballo. Dentro de la diligencia iba un diputado, miembro de la oposición; un padre (Isaac) de Santo Domingo, desenfrailado; un maquinista, y una mujer de Malta con una criatura. El camino era tan detestable, que sólo una detestable carreta como aquella podía aguantar las sacudidas sin volcarse. Amaneció el día cuando íbamos por la orilla del lago de Albufera. Entre las aldeas que atravesámos me llamó la atención *Cullera*, sobre el Júcar, con un castillo que la domina; situación pintoresca á orillas del río. Aquí penetrámos en un valle que termina en Gandia y después se costea el Mediterráneo. Los campos fertilísimos estaban cubiertos de sementeras de arroz, de maíz (el cual despuntan para

que produzca más) y de pita. Pero si las labranzas eran bellas y bien regadas, las casas de campo no tienen comodidad, ni se cuida de que su aspecto sea bello.

«Llegámos á Gandia á las dos de la tarde. Mientras que se detenía el coche, fuí á dar una vuelta por la ciudad. Vi la Catedral, edificio semi-gótico, con algunos cuadros buenos; el Palacio de los Duques de Gandia, inmenso y desmantelado, pero de donde se tiene una hermosa vista del Mediterráneo hasta Ibiza en tiempo despejado. El Procurador general ó mayordomo me hizo los honores con mucha cortesía. Allí vi también buenos cuadros; entre otros me llamó la atención un retrato de San Francisco de Borja.

«Gandia tiene un aspecto encantador rodeada de sus huertas llenas de árboles y sementeras, y hermoseada por muchas torres y algunos monumentos de estilo árabe.

«Se habla en la ciudad de un acontecimiento que tuvo lugar el primer día del presente mes: había aparecido el cadáver de un abogado Raunel, enterrado en un lugar oculto; díjose que el móvil de aquel asesinato había sido el robo, y acusados de ello cuatro individuos, los habían pasado por las armas dentro de la prisión la noche antes de nuestra llegada.

«Salímos de Gandia con escolta y rodeados de caballería; pasámos por en medio de muchas moreras; atravesámos el casi seco Alcoy. En muchas partes estaban asoleando las uvas, después de pasarlas por lejía. Me dijeron que la cosecha había sido mediana. Bastó un solo día de lluvia para que se perdieran millares de quintales de frutas. Pasámos por Oliva y Verjel; todas las aldeas estaban fortificadas y alistándose para defenderse de una faccion de bandidos que se habían levantado y hacían visitas nocturnas á los habitantes, llevándose á los más ricos para obligarlos á pagar crecidos rescates. ¡Cómo serán las ventas por allí de malas y peor servidas, cuando me pareció que las nuestras en Nueva Granada son mejores!»

Esa noche se quedó en una aldea llamada Ontane, y al día siguiente á las seis de la mañana se puso en marcha con dirección á Denia, (1) en un buen caballo, pero haciendo tercio con su maleta y precedido del árabe español que le había alquilado el caballo. A las siete y media de la mañana entraba al pueblo que había visto nacer á su padre cien años antes.

«Llegué á una venta, dice, en donde me dieron un aposento alto. Después de afeitarme y vestirme, bajé á tomar una sopa. Inmediatamente después pasé á la iglesia Mayor, cuyos altares son de nogal labrado, como los de La Tercera en Bogotá.»

El cura le facilitó los archivos y los libros parroquiales, pero no encontró nada que le interesara. La familia de su padre había dejado su ciudad natal desde fines del siglo diez y ocho, y nadie daba razón de su paradero.

Llevaba una carta de recomendación para un señor Morán, el más rico comerciante del lugar, y éste le consiguió permiso para visitar el castillo.

DIARIO

«Desde sus baluartes abarqué una extensa vista del Mediterráneo tranquilo y apacible, y sobre sus tranquilas aguas brillaban como de plata las blancas velas de las barcas pescadoras. Pero no alcancé á ver las islas Baleares, cubiertas sin duda por alguna neblina...... El castillo está muy arruinado y no vi nada interesante, salvo la vista del mar por un lado y de las vecinas campiñas sembradas de algarrobos, moreras, olivos, etc.; pero aquello sí es bellísimo, fuera de toda descripción. Bajé después á las orillas del mar á visitar los almacenes de exportación y la manera de encajonar las pasas, de lo cual viven aquí carpinteros,

(1) Es un puerto de mar. Tiene poco más de 12,680 habitantes. Fué fundado por los griegos, en donde tenían un templo dedicado á Diana. De allí le viene el nombre.

herreros, labradores, etc. Vi muchos centenares de mujeres ocupadas en esta faena, con lo cual ganan un real diario y arreglan quince cajas de una á dos arrobas por día. La exportación de este puerto no más es de ciento cincuenta mil quintales por año, uno con otro, con lo cual proveen de *plum puddings* al pueblo inglés. Pero no sólo aquí se hace este comercio, sino que en toda la Costa del Mediterráneo y en la de Málaga la población casi entera de los trabajadores se ocupa en proporcionarle al mundo civilizado estas golosinas de sobremesa. Mas es preciso confesar que la operación no se hace con mucho aseo...

«En el puerto había doce goletas y balandras cargando aquella dulce mercancía.

«La ciudad de Denia está circundada de murallas con torres almenadas á cada cien pasos. Las calles son estrechas, las ventanas de las casas, de hierro, voladas y redondas, y hay pocas casas, bien construídas. Estan allí aún tan atrasados en civilización, que en la posada me sirvieron con cuchara de palo, y la loza era vidriada de color amarillo...... No han dado un paso adelante desde el tiempo de Cervantes. Sin embargo, la gente es laboriosa y amante del trabajo, pues no vi un solo mendigo en Denia, esa peste de España y de Italia!

«Por la noche estuve en casa del señor Juan Morán, quien me había convidado á refrescar, (el refresco consistía en un vaso de agua fresca y algunos terrones de azúcar rosada que aquí llaman azucarillo). El salón superior era de piso de azulejos, y en él vi un piano de la fábrica de Broadwood. Entre las personas que allí estaban de visita me presentaron al General 2.° Cabo del Reino de Valencia, el cual me trató con cordialidad y me dijo que tenía dos hermanas que eran mis paisanas.

« ¿Cómo así? le pregunté.

«Me contestó que él era hijo del Virrey don José de Espeleta. Parece que esta familia se ha hecho notable; dos

de los hijos del Virrey son Tenientes generales, y dos son mariscales de campo.

«Esa noche las chinches se apoderaron de mí con tanta insistencia, que á las cuatro de la mañana me puse en camino. Encaramado sobre mi equipaje que conducía el Murillejo, pequeño macho pardo, que era la delicia y la fortuna del pobre villano que me lo alquiló por tres pesos hasta Alicante, (como á veinte leguas de distancia) hacía yo sin duda una extraña figura por aquel camino! El dueño del macho iba á mi lado y con él conversaba algunas veces, pero era taciturno y no gastaba palabras en vano.

«En la vía encontrámos muchos labradores que llevaban espuertas de esparto llenas de pasas ya preparadas, que iban á vender á Denia. Atravesábamos unas quiebras arenosas cuando amaneció, y entonces vi en medio de ellas varios grupos de familias que se desayunaban con frutas secas ó maduras y frescas, cebollas y pan. Este es el único alimento de los pobres en aquellas provincias durante todo el año, y rarísima vez prueban la carne; y sin embargo, esta gente es sana, robusta é industriosa! Sacan partido de las peñas más ásperas para plantar sus viñas, y se aprovechan del estiércol que dejan las bestias y ganados que transitan por los caminos para esparcirlo por los campos para abonarlos.

«A las ocho llegámos á Benisa, aldea grande con una buena iglesia de piedra. Entrámos á la plaza en el momento en que conducían á enterrar á un joven del pueblo; los asistentes iban todos con capas azules, como he visto en Pasto. Mientras que aguardaba el almuerzo, llegó el General Espeleta con una compañía de cazadores y veinticinco hombres á caballo, que se formaron en la plaza. Los oficiales de la compañía iban á pie, pero llevaban las maletas cargadas sobre un macho.

«Las voces de mando y evoluciones que ejecutaron el

el estrecho campo que permitía la plaza, eran iguales á las nuestras, aunque el uniforme y divisas son distintos.

«Despachado el almuerzo, me volví á poner en marcha por un camino áspero y pedregoso, por en medio de viñas, olivos, granados, algarrobos, higueras, etc.»

Se detuvo en el camino para examinar un mosaico curioso y las ruinas de un templo antiguo. Atormentado por el ardiente sol de medio día, pasó por la garganta de un cerro que había sido fortificada por los moros, y que hoy es guarida de contrabandistas, dice.

De repente, y mientras que se había desmontado para ver de cerca una formación de rocas calcáreas, lo sorprendió un aguacero, lo cual lo obligó á montar y seguir marcha rápidamente. Llegó á Villajoyosa ya entrada la noche, y se fué á desmontar en casa del dueño de la cabalgadura. La mujer de éste lo recibió muy bien. Encendió fuego é hizo chocolate y coció algunos huevos para el huésped, mientras que al marido sirvió unas sopas con tomate y pimientos. Después de descansar allí algunas horas, continuó su viaje con buena luna.

«Aclaró el día 20 de Septiembre, escribe, y me encontré en un cultivadísimo campo, sembrado de hermosas casas de campo. A lo lejos se distinguía el castillo de la ciudad de Alicante, la cual distaba tres leguas. Este castillo, que se levanta á mucha altura, domina la ciudad completamente, de manera que puede mantenerla sujeta con sólo arrojarle piedras; es aún más elevada por el lado del mar.»

Entró en la ciudad á pie y fué á alojarse en la fonda llamada del Vapor, en la plaza principal y cerca del muelle. Parecióle que Alicante era una ciudad sucia, cuyos edificios eran tristes y descuidados, con pocos árboles en el interior, pero bellamente ceñida por la faja azul del Mediterráneo que la hermosea.

Acosta estuvo en el muelle á averiguar si había allí al-

gún buque de Halifax con cartas de su familia, pero no encontró lo que buscaba; no habían llegado allí sino embarcaciones de Terranova cargadas de bacalao, alimento favorito en todo aquel litoral.

En Denia le habían dado una carta de introducción para el Cónsul francés, un señor Laussant, el cual le suministró cuantas noticias deseaba acerca del comercio de aquella ciudad. Díjole, entre otras cosas curiosas, que ya no se fabricaba allí el famoso jabón de Alicante, y que los turrones también renombrados no se hallaban sino en ciertas épocas del año. La libra de uvas cuesta en el mercado dos cuartos (medio cuartillo) y todo es igualmente barato. Alicante entonces estaba decadente, y sólo exportaba anís á doce reales arroba, vino de Alicante y azafrán.

En el Museo encontró una galería de pinturas bastante buena, y en el palacio del Conde de.... algunos Murillos, Españoletos y muchos cuadros holandeses de frutas y flores.

A las seis de la tarde del 22 se embarcó en el vapor *Villa de Madrid.* Entre los pasajeros iban algunos andaluces y malagüeños, que tocaron y cantaron hasta tarde de la noche.

«El buque, dice, salió iluminado por la luna en una de aquellas apacibles y serenas noches que tanto hacen gozar en el Mediterráneo en esta latitud. La estrella polar lucía precisamente sobre el encumbrado castillo de Alicante......

«Empezaba á amanecer cuando llegámos frente á Cartagena, y á las seis entrámos en ese hermoso puerto que parece una profunda taza, perfectamente resguardado de los vientos ...»

No bien hubo desembarcado á las ocho de la mañana, cuando fué á visitar la Catedral. Ésta no tiene cosa notable, salvo muchos mármoles, lo cual sucede también en todos los edificios de Cartagena, en la cual abunda el mármol. Estuvo en el Arsenal, «el cual, dice, parece una serie

de palacios.» A las orillas de aquellas dársenas colosales, arregladas para construír innumerables buques, no había ni operarios, ni maderas, todo estaba abandonado, y sin embargo, allí se podrían levantar escuadras que cubrieran los mares!.... Entre tanto, en un rincón se calafateaba una lancha ruinosa y se fabricaba un bote para seis personas.

«Cartagena está tan arruinada, que noté allí menos movimiento y bullicio que en su tocaya de América!

«La posada era malísima, las tiendas miserables, pero se ostentaban edificios grandiosos para los hospitales, los parques y los cuarteles.»

Notó que desde allí se hablaba castellano con el simpático y agraciado acento andaluz.

A las siete de la noche volvió á embarcarse en el mismo vapor. Entre los pasajeros iban muchos oficiales con sus familias; le pareció que se manifestaban buenos maridos y padres cariñosos.

Almería, en donde desembarcó al día siguiente, le produjo una agradable impresión. La población está bien situada y embellecida por numerosos árboles, pero es mal puerto. En la rada vió seis buques, todos cargados de uvas y frutas pasas para llevar á Inglaterra. La playa estaba cubierta de mujeres, ocupadas acomodando frutas secas en vasijas á propósito para enviar al Extranjero.

En la Catedral le llamó la atención un hermoso altar de pórfido y una hermosa estatua de la Virgen.

DIARIO

«A las 12 del 24 salí de Almería en un coche tirado por cinco mulas, con dirección á Granada. Nuestro camino caracoleaba por la falda de la Sierra Nevada. El paisaje era el más árido y desprovisto de vegetación que jamás había visto, aun en España. Sólo en el fondo de los valles se veían algunos viñedos y bosquecillos de olivos, y en las cercanías

de Almeria tristes y grotescos tunales. Noté que en las aldeas de esta provincia los pobres viven en cuevas que horadan en el seno de las rocas, y en las cercanías de los torrentes hacen excavaciones para recoger agua y guardarla cuando pasa la época de las lluvias.

«Dormímos esa noche en una venta de la Dorada, en jergones de paja que nos alquiló la mujer del posadero.

«25.—Salímos á las cinco de la mañana. De allí para adelante el paisaje era ya más risueño y empezaba á cubrirse de alguna vegetación. Recordóme el del Boquerón, á espaldas de Monserrate, aunque las viñas y los olivos reemplazan aquí nuestros matorrales y frailejones.

«Empezaba á caer la noche cuando llegámos á la bellísima y bien situada ciudad de Guadix. Tenía lugar en esos días una feria bastante concurrida. Me pareció aquella una escena de ópera: los hombres llevaban el sombrerito y la chaqueta andaluza como en el *Barbero de Sevilla*, y rodeaban barracas de estera en que vendían mercancías y dulces de variado aspecto. Como no hubiese posada en ninguna parte, (y en todos los aposentos estaban jugando monte) tuvímos que dormir doblados dentro de nuestra diligencia.

«A las cuatro de la mañana nos pusímos en marcha. Por todo el camino encontrábamos grupos de labriegos que llevaban frutos y ganados para vender en la feria. Hombres y mujeres, con sus pintorescos vestidos, iban montados en borricos. A las orillas de un cristalino arroyo nos detuvímos á almorzar. Los pasajeros de otros coches hicieron lo mismo. El paisaje, animado por la gente, era muy pintoresco, con sus rocas escarpadas y la fresca y verde vegetación que crecía en los contornos del arroyo.

«Pasámos por vado el río Alhama; á las dos de la tarde llegámos á Huete, bonita población, y á las tres avistámos la vega de Granada, realmente parecida, aunque más pintoresca, que la sabana de Bogatá.

«La entrada á la ciudad es muy interesante; por todas partes le asaltan al viajero recuerdos históricos de los hechos más heroicos de la historia de España.

«Me alojé en la fonda *La Minerva*, sobre el Genil. Desde mis ventanas alcancé á ver la Alhambra con sus torres cuadradas y á lo lejos la Sierra Nevada, casi enteramente despojada de nieve en esta estación, y más cerca el paseo con algunas casas, el teatro y muchos cafés; es decir, la civilización árabe y la europea amalgamándose.»

Pareciéronle las calles mal empedradas, (como sucede todavía), los almacenes y tiendas de poca apariencia, y la mayor parte de estas últimas de chocolates y dulces; las fruterías abundaban por todas partes. Las casas con portales de mármol tienen zaguán, lo cual no se usa en Barcelona y Valencia. En Granada se encontró con su amigo inglés, Sir J. Harding, que estaba alojado en la misma fonda, y juntos fueron á ver la Catedral y la Capilla en donde están enterrados los Reyes Católicos.

DIARIO

«Reposan los Reyes Católicos bajo un monumento de mármol blanco. Encima se ven las figuras de los dos soberanos, y bajo otro monumento se hallan Felipe el Hermoso y Juana la loca. Bajámos á la bóveda á contemplar más de cerca y en silencio las cajas de plomo con fajas de hierro, en donde reposan las cenizas de Fernando é Isabel. Allí en aquel estrecho recinto está, pues, encerrada tanta grandeza! Dentro se encuentran las cenizas de los Reyes Católicos, fundadores de una inmensa monarquía, que sus sucesores no supieron conservar! Sobre la cubierta de ambos ataúdes están esculpidas las coronas de Castilla y de Aragón. Me acerqué al cajón de plomo de la Reina Isabel, y corté una partícula del plomo para conservarla como reliquia de una soberana á quien todo americano debería

mirar con particular ternura y respeto...... No sin emoción volví de nuevo á subir al piso superior de la Catedral.

«En el altar mayor me señalaron los bajos relieves de madera que conmemoran la entrega de la Alhambra por Boabdil á los Reyes Católicos. Éstos están á caballo, y lo mismo el Cardenal Jiménez, mientras que el Rey moro se apea de su caballo con las llaves en la mano. Vénse en torno suyo muchos moros con el semblante abatido, muy al natural.

«La Alhambra (en los bajos relieves) está perfectamente representada con todos sus pormenores, y las pasiones y sentimientos diversos se descubren en las fisonomías de los vencedores como en las de los vencidos. En otra parte han representado á varios religiosos dominicanos bautizando moros. Por todas partes se ven retratos de la Reina Católica, todos mucho mejor que los grabados que hasta ahora he visto. En la sacristía vimos el ornamento, el misal manuscrito en pergamino que servía al capellán de los Reyes en campaña, así como la corona y el cetro que usaban. La escena de la coronación se halla pintada en un cuadro con marco de plata. Nos hicieron ver el retrato de Juana la loca y su marido. Ella debió ser hermosa y de ojos vivísimos y negros, mientras que el llamado *Hermoso* tiene una fisonomía enteramente alemana.

«La Catedral es un edificio inmenso que recuerda el de San Pablo, pero con profusión de mármoles en sus capillas y por dondequiera armas y blasones de Fernando é Isabel. La custodia de plata labrada de la Catedral no corresponde á lo demás, y me pareció inferior á la de cualquier convento de Nueva Granada. Posee, sin embargo, este templo maravillas artísticas y pinturas de Bocanegra y de Alonso Cano, (entre otras una *Concepción* bellísima) el cual fué subdiácono en esta Catedral.

«Desde las casullas en las iglesias hasta las mantas de los campesinos noté granadas bordadas, ya con sedas é

hilo de oro ó con lanas toscas. En las huertas vénse árboles de granado, en los mercados sus frutas y sus flores por todas partes, lo cual me complacía como á granadino.

«Subí al Albaicén para gozar de la vista de la vega de Granada, y del otro lado de Alhambra vi el pozo árabe. De allí gocé de la vista lejana de Santafé, que se halla á la misma distancia que Fontibón de Bogotá; hay un cerro en la misma situación y figura que el de Sube, y toda la explanada se parece á la de Bogotá, hasta la circunstancia de haber sido también el lecho de un lago producido por el Genil, que se abrió paso hacia el Lòja.

«Vi el monumento de mármol elevado por el Ayuntamiento de Granada á doña Mariana Pineda, decapitada por orden de Fernando VII por haber sido amiga de la libertad; allí mismo están esculpidos los nombres de algunos patriotas, víctimas también de su patriotismo, como el de Riego, el Empecinado Díaz, Torrijos y otros; las inscripciones están hechas con letras de oro y rodeadas de coronas de laurel.

«*27 de Septiembre.*—Vino hoy á hablar conmigo el pintor que debe hacerme una copia del retrato de la Reina doña Isabel, tomando por base la estatua arrodillada que se halla en la sacristía de la Capilla Real, y que se parece mucho á la figura del relieve del altar mayor y á la de mármol del sepulcro. Ésta es más auténtica que todas las que he visto hasta aquí, y que no dan sino una idea falsa de la fisonomía de la protectora de Colón.»

Hace una descripción de la Alhambra, que no transcribimos por ser esto ya tan conocido y no alargarnos demasiado.

Asistió á una corrida de toros; estuvo á caballo hasta la Cartuja, en compañía de Mr. Harding y de otro compañero de viaje que había encontrado en Barcelona, un Conde Alemán, Geocoen ó Grocon. «Éste es uno de los conventos más ricos del mundo, dice, con una iglesia y

una sacristía, en que compiten las materias más preciosas para el adorno de los altares. Cada celda tiene su jardín y estanque separado, y todas las comodidades imaginables para la vida contemplativa y aislada.»

Como era día de San Miguel, (29 de Septiembre) había romería á la ermita de San Miguel. Encontró allí una inmensa concurrencia, más de 23,000 personas de todas las clases de la sociedad.

Leváronle á la casa de un descendiente del hermano de Boabdil que se convirtió al Cristianismo y hoy lleva el título de Conde de Campo-Tejar. Allí vió, entre otras curiosidades, la espada del Rey moro. El Conde estaba ausente, le dijeron, y hacía muchos años que residía en Italia.

DIARIO

«*1.° de Octubre.*—Salímos de Granada en la diligencia en que iba para Madrid el señor Veluti y su hermano el Conde de la Puebla de Maestre, Grande de España de primera clase, con toda su familia. Esta gente era toda muy atenta, amable y fina, sin ningunas pretensiones.

«Después de haber dejado la risueña vega de Granada y comenzado á recorrer las orillas agrestes del río Jaen por medio de pintorescas rocas, nos metímos por un precioso valle; pasámos después varias aldeas y alquerías, y á las ocho de la noche llegámos á Jaen.

«Salímos de Jaen á media noche y entrámos á Bailén con los primeros albores del día.

«El castillo antiguo y la desnuda llanura que presenció la batalla gloriosa para las armas españolas, (20 de Julio de 1808) y tan ignominiosa para el ejército francés, (ejército que se rindió á bandas sin disciplina), serán siempre mudos testigos de lo que puede alcanzar el patriotismo exasperado por una invasión extranjera.»

——

CAPÍTULO III

Córdoba.—Jaen.—Carmona.—Los archivos de Sevilla.—Cádiz.—Danzas andaluzas.—Viaje á Madrid.—La Carolina.—Aranjuez.—El Museo de Madrid.—La reina Isabel.—Matilde Diez.—La Biblioteca.—El Museo de artillería.—Regreso á Francia

Los viajeros llegaron á Córdoba el 8 de Octubre.

«Aquí (leemos en el Diario) empiezan á verse los preciosos patios de Andalucía, con sus surtidores de agua y sus flores, todo aquello que heredaron de los moros los actuales españoles, y en donde se reúnen, como en un salón, en el verano.» Apenas se detuvo el tiempo necesario para visitar la famosísima Catedral, una de las maravillas de España. Continuó su marcha, pasando por la colonia alemana, que hizo poblar el trecho entre Córdoba y Écija el rey Carlos III, y cuya capital dice que es una bellísima población llamada Carlota, en donde se nota la influencia de la raza del norte.

En Carmona,—«ciudad antigua pero alegre, cuyas calles son anchas y sus casas aseadas, situada sobre una eminencia y rodeada de torres cuadradas moriscas,»—apenas paró la diligencia media hora, y á poco llegaron á la planicie, «en donde campea Sevilla con su cinturón de naranjos, olivos y granados, y coronada con la Giralda.»

Antes de ir á buscar posada, algunos de los viajeros recorrieron los vastos muros almenados y flanqueados por torres de construcción romana de tiempo de Julio César, cuya arquitectura se parece á las termas de Juliano en París.

Acosta se alojó en la fonda de la *Unión*, en la plaza del Duque, y al día siguiente visitó la Catedral, la Giralda y algunos otros monumentos. Por la noche estuvo en el teatro, cuyo local, representación y asistencia le gustaron; pero le pareció que el baile no correspondía á lo demás.

En Sevilla Acosta visitó á las señoras Jurados, sus paisanas, hijas del oidor D. Juan Jurado, uno de los pocos españoles que comprendieron la seriedad del levantamiento de Bogotá el 20 de Julio de 1810. Aquellas señoras habían conservado un tierno recuerdo de Bogotá, y se manifestaron en extremo amables y hospitalarias con su paisano.

Como lo que llevaba á Acosta á Sevilla era el deseo de visitar los archivos y tomar notas, dice lo siguiente en su Diario:

«Ayer (5 de Octubre) había visto de paso el local de los archivos; hoy me dirigí á ellos con intención de examinar aquello que tanto me interesaba; pero no pude entrar, á pesar de que presenté las cartas de recomendación que llevaba para los archiveros y el Capitán General Schelling. Yendo en busca de uno de los primeros, me encontré por casualidad con el señor Baralt, quien estaba alojado en un pobre cuarto de la Jefatura Política y se hallaba enfermo.»

Entre otras personas que vió en Sevilla, trató y tuvo cordiales relaciones con el Mayor Gabriel Torres, hijo del Brigadier Torres, el último Gobernador español de Cartagena.

Después de dar muchos pasos, al fin consiguió que le permitiesen visitar los archivos de Sevilla, á los cuales habían añadido todo lo concerniente á América que había en Simancas. Examinó, anotó y copió los documentos que necesitaba para acabar de escribir su *Historia del Descubrimiento*, y después de haber visitado la mayor parte de los monumentos de Sevilla, se embarcó en el Guadalquivir para ir á conocer á Cádiz.

«Cádiz, escribe, es una de las ciudades más bellas y aseadas de España que he visto, y añadiré que no sólo de España, sino de todas las que he conocido en Europa. Casi todas las casas son altas, tienen elegantes balcones volados, los patios y corredores enlosados de mármol, y

los muros primorosamente pintados, las calles limpias, y algunas anchas que le dan un aspecto encantador.»

En Cádiz Acosta estuvo á visitar á la señora Retortillo, hermana de la esposa de un rico comerciante español establecido primero en Cartagena y después en Bogotá, D. Simón de Herrera. Allí también conoció al señor Miguel de Francisco, de familia establecida en Cartagena. Todas las casas que visitó dice que tienen el mismo carácter, á saber: tres patios, balcones dobles interiores, y no hay ninguna que no conserve buenas pinturas españolas y que no exhiba sobre los muros bellos grabados antiguos de muy buen gusto.

El 11 del mismo mes regresó á Sevilla con sus amigos y compañeros de viaje, y continuó en los archivos sus investigaciones históricas con mucho fruto. (1)

Deseando el señor Harding—dice Acosta—ver todas las danzas populares españolas, dispuso un baile con ese objeto. «Concurrímos como espectadores, desde las siete de la noche hasta las once. Allí vimos bailar boleros legítimos, ejecutados por sevillanas, y jaleos andaluces de varias clases, concluyendo con la danza gitana del palmoteo.

«Bailaron con una gracia típica tres muchachas grandes y tres pequeñas, vestidas con lujo. Mientras bailaban éstas, cuantas personas tenían castañuelas en la sala llevaban el compás con ellas. A mi pedimento bailaron un *minuet afandangado* muy curioso.

«Las andaluzas tienen todavía aire de odaliscas, y todas bailan con pasión y sin cansarse jamás.

El 14 tomó la diligencia que debería llevarle á Madrid, repasando por muchas de las ciudades que ya había visto. Veamos algo del Diario.

---

(1) En el Apéndice número 6 de la *Historia de la Conquista y Colonización* etc., Acosta hace una relación de los documentos que encontró en Sevilla y en otros archivos de España, tanto públicos como privados.

16.—«Almorzámos en la Carolina, una de las poblaciones de Carlos III, y en seguida nos metimos por la Sierra Morena, de quijotescos recuerdos. Parece aquel paisaje un pedazo disminuído de la sierra que divide el valle de Cáqueza de la planicie de Bogotá.

«Pasámos por Puerto-Lapiche y entrámos á la Mancha, teatro de tantas hazañas de Don Quijote. Vi sus mismos molinos de viento, la venta en donde fué armado caballero, y el paraje que dijeron había querido pintar Cervantes cuando su héroe hizo penitencia; riscos hoy menos salvajes, pero aún muy pintorescos......

17.—«Esta planicie de la Mancha, que continuamos atravesando, es, á pesar de ser tan extensamente cultivada, muy triste y poco poblada. No hay parte, sin embargo, en que parara la diligencia, que no estuviese plagada de mendigos, que parecía brotarlos la tierra, siempre vestidos con telas color de tabaco. Concluyó la pintoresca zona de Andalucía, y todo en torno nuestro es monótono. Pasámos pueblos, aldeas y caseríos, y al fin llegámos á Ocaña á las cuatro de la tarde. Allí nos quedámos, y al día siguiente, poco después de media noche, nos pusimos en marcha nuevamente. Llegámos á Aranjuez á las tres de la mañana. Yo me había colocado al lado del mayoral para ver mejor el paisaje, y de allí bajé transido de frío para recorrer al claro de la luna las largas y solitarias galerías, la plaza, los jardines y la parte exterior de este sitio verdaderamente real. Lo que más lo hermosea es el Tajo, que después de bañar el pie del palacio, se deja atravesar por un hermoso puente suspendido.

«Continuámos camino, pasámos otro puente, subímos una colina á la planicie por un buen camino, poco habitado, la tierra árida y desnuda, con uno que otro árbol en la vera del camino. Dejámos á un lado el pueblo de Valle-verde, y bajábamos una colina, cuando se me presentó el perfil lejano de Madrid, espectáculo tan familiar

á mi imaginación. Abordámos la capital por el puente de Toledo, de una magnificencia digna de una gran capital. Sobre sus barandas de piedra se veían algunos frascos de aguardiente y licores, que vendían las vivanderas.

«La diligencia subió después por una alameda hasta la puerta ó arco de triunfo de Toledo, la cual lleva una inscripción contra los franceses y en favor de Fernando VII.

«Aunque era muy temprano, las calles de Madrid estaban llenas de gente, y oíase grande alboroto en el mercado de frutas y legumbres, por medio del cual pasámos. Una de las cosas que más atención me llamó fué lo chabacano de los letreros sobre las puertas y las faltas de ortografía que se nota en la mayor parte de ellos...... Me desmonté en la calle de Alcalá, en la posada de las Diligencias peninsulares.

«Apenas pude arreglarme salí á dar una vuelta por la ciudad, y me encontré con la Reina, la cual iba con su hermana en un coche tirado por seis caballos y escoltada por un piquete de caballería; iban á pasear al Retiro. Isabel II acaba de cumplir quince años (el 13 de este mes). Es una niña gordita que representa más edad de la que tiene......

«*19.*—Pasé el día en el Museo de pinturas, arrebatado ante la rica y escogida colección de cuadros de Murillo, Ribera, Rafael, Guido, el Ticiano y cien maestros más, todos de primer orden. Vi los dos hermosos cuadros de Andrea del Sarto, cuyos grabados poseo. La famosísima *Perla* de Rafael no la vi, porque la tienen en Palacio, y algunos españoles se inquietan por su suerte......

«En el Prado me encontré esta tarde con el Infante D. Francisco de Paula, con sus seis hijos, en una calesa tirada por seis caballos rucios de no muy altiva apariencia.»

Visitó á varias personas para quienes llevaba cartas de recomendación; estuvo en la plaza de toros á ver la última corrida de la estación; «es decir, añade, á presenciar la

muerte, ó más bien la matanza de inermes caballos y el entusiasmo de los diez mil espectadores. Vi un toro de Andrade, el cual de cada cornada despachaba un caballo y tenía las astas ensangrentadas hasta cubrirle la frente. . . No pude aguardar el fin de aquella fiesta de sangre, y me salí á pasear por los jardines del Retiro.»

En el Teatro del Príncipe vió á la famosa actriz *Matilde Diez*, «con su fisonomía española y ojos llenos de inteligencia y malicia.»

No le seguiremos en la descripción del Escorial, ni la que hace del Palacio Real. Le gustaron allí particularmente las colecciones de armas antiguas y modernas de la Armería.

En Madrid estuvo á visitar á la viuda de Cortés Campomanes, á quien había conocido en 1830 en Bruselas, como sin duda lo recordará el lector de esta *Biografía*.

Varias ocasiones quiso entrar á la Biblioteca, pero unas veces le decían que no podía entrar porque estaban esterando, otras porque las estaban pintando; ya que el bibliotecario estaba ausente, enfermo ó en vacaciones; «pretextos todos, dice, para impedir la entrada al público.» Visitó el Museo de ingenieros, el de historia natural, en donde vió ricas muestras de minerales llevados de Nueva Granada. Dijéronle que antes había allí una pepita de oro encontrada en el cerro de Tomé en el Chocó, que pesaba veintitrés libras, pero que había desaparecido. Allí vió dos cuadros que representaban guineos y guayabas que pertenecían á la colección que Mutis había hecho pintar en Mariquita. Por lo demás, aquella colección no le pareció muy bien ordenada ni interesante.

El Museo de artillería estaba lleno de banderas, trofeos de guerras civiles y de armas y modelos de plazas fuertes de todas las naciones. «El señor Domínguez, añade, oficial mexicano, nos hizo los honores de aquel Museo con gracia é inteligencia, pero se manifestó algo avergonzado

cuando le tocó señalarnos el armario en que están los uniformes, retrato y banderas de Morelos con esta inscripción:

«*Cabecilla de insurgentes en Nueva España.*»

En los días que permaneció en Madrid tuvo relaciones con un célebre jurisconsulto y literato español, académico y autor del *Febrero novísimo* y otras obras de jurisprudencia, á más de poesías y libros puramente literarios. Tenía entonces sesenta y cinco años, y dice Acosta que era un viejito de aspecto bondadoso. En Madrid encontró dos señoras Jurados más, una viuda del señor Goicochea y otra también viuda de Matos; también lo visitó un señor Isturite, casado con la Condesa de Casa Valencia, á quien fué á ver una noche en su casa. «La Condesa, dice, sin ser bella, tiene una fisonomía expresiva y agradable; tiene ya una hija de diez y seis años.» Visitó en el palacio de Buenavista al Coronel de artillería Santa Cruz, palacio que fué de Espartero en época de triunfos.

Después de haber permanecido ocho días en Madrid, el 26 de Octubre tomó la diligencia y se encaminó al Norte de España. Notó que todos aquellos campos son tristes y monótonos, y sus habitantes carecen del genio alegre y de los vestidos vistosos de los pueblos del sur de la Península. A pesar de ser día domingo, las aldeas por donde pasaba no estaban de fiesta, y los aldeanos, vestidos de colores sombríos, atravesaban las calles y caminos arreando los borricos cargados con las malas uvas que se dan en aquellas provincias.

No se detuvo en Burgos sino para ver la Catedral. Pasó el Duero, el Ebro, y llegó á Vitoria á las once de la mañana del 27.

«Al salir de Vitoria, dice, empezámos á subir los Pirineos; la tarde era hermosísima, el camino el más pintorezco y el mejor de cuantos he visto en España.

«Llegámos á Irún antes de amanecer, y á las siete de la mañana descubrímos entre la niebla el famoso Bidasoa, río que desagua en Fuente Rabia, de históricos recuerdos.

«A poco atravesámos un puente y la frontera de España. Las dos naciones no se distinguen allí por su lengua, pues en uno y otro territorio el pueblo habla vascongado, lengua que me pareció más sonora y más suave que el provenzal que había oído al principio de mi viaje del lado del Mediterráneo.

«Costeando el Atlántico, llegámos á Bayona á las once de la mañana del día 28 de Octubre.»

CAPÍTULO IV

En Burdeos.—David d'Angers.—Gastos de viaje.—Se instala en París.—Obras que publicó.—Mapa de Nueva Granada.—Cartas á don Pedro Fernández Madrid.—Los amigos de Acosta en París.—Política europea.—El General Flórez viene á Europa.—Acosta desaprueba sus empresas.—Amistad con don Pedro Fernández Madrid.—Acosta resuelve abandonar la carrera política.—Cartas interesantes del Barón de Humboldt.

1846

El 30 de Octubre al aclarar el día llegaba á Burdeos en la diligencia. Se alojó en el hotel Rouen, en donde permaneció dos días. Estando allí fué á visitar al General Montenegro, que lo recibió con mucha atención, y un caballero francés, para quien llevaba cartas de recomendación, lo llevó á visitar hasta en sus pormenores las curiosidades de la ciudad.

En la vía para regresar á París se encontró con un antiguo amigo, á quien había tratado mucho en su viaje anterior, nada menos que el célebre escultor David d'Angers.

Al llegar á Orleans tomaron el ferrocarril y llegaron á París el 3 de Noviembre. Según las cuentas que hace al

fin de su Diario, había gastado en el viaje dos meses y una semana, y sólo 1,740 francos! Esto en verdad sin contar lo que le costaron las muchas curiosidades españolas que llevaba.

No bien se hubo instalado en París, cuando empezó á trabajar asiduamente en la obra histórica que tenía entre manos, así como en el mapa de Nueva Granada, del cual ya hemos hablado antes. Además tradujo las *Memorias* que M. Boussingault había presentado en la Academia de Ciencias de París, acerca de las observaciones científicas en la época en que estuvo en Colombia—de 1826 á 1830 — y reprodujo el *Semanario* de Caldas. Todo esto lo hizo á su costa, sin que el Gobierno de su patria le recompensara en manera alguna por los sacrificios pecuniarios que hizo, ni sus compatriotas le agradecieran aquellas obras que daban á conocer el país. Entre tanto, los sabios europeos le tenían en mucho; era recibido con el mayor aprecio en los salones de éstos, y atendían á sus opiniones en asuntos científicos.

El mapa de Nueva Granada fué acogido en la Sociedad de Geografía con especial estimación, como lo prueba la *Memoria* que acerca de aquella obra publicó dicha Corporación científica en su *Boletín* de Abril de 1848. (1)

Hé aquí un párrafo de una carta que escribió á su amigo el señor Pedro Fernández Madrid, sobre la obra que tenía entre manos:

«...... Dentro de dos meses comenzará á grabarse mi carta de Nueva Granada, la cual no es ni puede ser otra cosa que un bosquejo imperfecto, que podré perfeccionar más tarde; pero me avergonzaba de ver que nuestro país no tenía todavía un mapa especial, y para colmar este vacío me decidí á hacer el sacrificio de todo amor propio y

(1) Se verá la traducción de este informe de M. Jomard en el Apéndice que se publicará al fin de esta obra.

de parte de mis recursos ... Los señores Roulin y Boussingault me han ayudado con sus consejos. (1)

De otra carta del mismo al mismo extractamos lo siguiente:

«..... Yo me he consagrado—sin dejar por esto de mano mi trabajo histórico—á estudiar á fondo la geología y la mineralogía. Paso mis días en la Escuela de Minas, porque estoy persuadido de que estos conocimientos son los más útiles para la explotación de los recursos de nuestra patria, y quiero por lo menos llevar algunas ideas positivas en estas materias.»

Durante el invierno de 1845 á 1846, Acosta se dedicó asiduamente á sus tareas científicas y literarias, pero no por eso dejaba de visitar á sus antiguos amigos: Duhamel, Boussingault, Brongniart, (padre é hijo) Dumas, (el químico) Milne Edwards, Michel Chevalier, (2) Elías de Beaumont, Verneuil, (3) Alcides de Obigny (4).

Reanudó las cordiales relaciones de amistad que le unían al Barón Gros, (5) diplomático que había sido Mi-

(1) Este párrafo se encuentra en una colección de cartas que poseen las hijas del señor Madrid, quienes tuvieron la bondad de facilitárnoslas oportunamente.

(2) Célebre economista, viajero, escritor político, Consejero de Estado bajo Luis Felipe y el Imperio; hizo gran papel en la política y la ciencia económica hasta su muerte, ocurrida en 1879.

(3) Geólogo francés, viajero, miembro del Instituto.

(4) Famoso geólogo y viajero. Como naturalista y viajero, su nombre será siempre citado en lugar preferente entre los naturalistas que visitaron la América del Sur. Es autor de una de las obras más completas y monumentales que se han escrito sobre la América del Sur (Chile, Bolivia, Paraguay y la Argentina). Consta ésta de nueve tomos en 4.°, en los cuales hay una descripción muy completa de la geología, de los pájaros, insectos, moluscos, etc., de los países que visitó. Publicó también otro viaje á las dos Américas, y una obra sobre Paleontología en catorce tomos, en folio, que no concluyó. Murió relativamente joven, de poco más de cincuenta años, en 1857.

(5) El Barón Juan Bautista Luis Gros se había educado con la familia de Orleans, y era hombre de talento y pintor de mérito. Luis Felipe

nistro de Francia en Bogotá durante la época en que Acosta sirvió la cartera de Relaciones Exteriores. A pesar de su edad avanzada, el Barón de Humboldt pasaba temporadas en París, y recibió á Acosta con las mismas consideraciones y cariño de antaño. Por lo demás, durante los años transcurridos desde que estuvo en Bogotá, no habían dejado de escribirse. Tenemos á la vista cartas familiares de todas estas notabilidades, dirigidas á Acosta, lo cual prueba la sincera amistad que le profesaban.

En Mayo de 1846 Acosta pasó á Inglaterra á recibir á su familia, que regresaba de Halifax para unirse á él después de once meses de ausencia.

Con el objeto de pasar el verano en el campo, y al mismo tiempo estar cerca de las bibliotecas que necesitaba consultar á cada paso, se fué á radicar con su mujer y su hija en Versalles, en donde permanecieron hasta Noviembre de 1846. A medida que iba escribiendo, daba á copiar cada capítulo á su esposa, de manera que la historia de la conquista pasó también por su pluma.

Conservaba correspondencia epistolar con sus compañeros de viaje en España, de quienes conservamos algunas cartas. Del Conde Julio de Groeben extractamos el siguiente párrafo de una carta de 12 de Febrero de 1846:

«...... Le agradezco á usted siempre la amistad indulgente que me dispensa, y no olvido las bondades de usted para conmigo durante nuestro viaje á España, recuerdo que conservaré siempre; cuando pienso en aquel país, el recuerdo va unido á la agradable sociedad de usted......»

El 28 de Febrero de 1847 el Director del Depósito de

envió como Ministro de Francia en 1834 á las repúblicas de la Argentina, Uruguay y Nueva Granada. Regresó á Europa en 1847, y fué enviado á Atenas y á España á hacer tratados importantes con aquellas naciones. En 1857 fué como Embajador á China, y después acompañó al Celeste Imperio la famosa expedición contra ese país, emprendida por Francia é Inglaterra. Regresó á Europa, en donde tomó asiento en el Senado hasta su muerte, ocurrida en 1870.

Guerra le envió la carta de Francia como un recuerdo por lo que había cooperado en ella en 1828, como lo recordará el lector.

Volveremos á extractar algunos párrafos de diferentes cartas que Acosta escribía al señor Madrid:

«*15 de Febrero de 1847.*—Llegaron algunos de sus excelentes artículos sobre '*Nuestras Costas incultas,* insertos en *El Día,* (de Bogotá) y me proponía reimprimirlos en una edición en 8.°, con su nombre al frente, pero no he podido recoger la serie completa, ni me atrevería sin su consentimiento á hacerlo, puesto que este utilísimo é importante trabajo, que deseo ardientemente que sea conocido bien en Europa, es una propiedad de usted que le ha demandado vigilias y estudios tales, como quizás no habrá seis granadinos que sean capaces de consagrarse é ello. (Me pesa haber escrito seis, pues mi conciencia me está gritando que he fijado un máximum excesivo). Ojalá me mande en tiras la serie completa; con su permiso, tal vez mis circunstancias podrían permitirme la traducción y publicación en Francia, que así se llenaría mejor el objeto.

«Entregué á M. Roulin los papeles de Vicente Roche, tan bueno como perezoso, y de quien, por supuesto, no se me ha ocurrido jamás, ni por mal pensamiento, que pudiese tener contestación á una ó dos cartas que le llevo escritas.

«Mucho le agradezco las noticias, así públicas como privadas. Pensamos del mismo modo en todo y por todo, y cuando veo que coincidimos, me tranquilizo, y creo entonces que no me falta razón. Cuánto me gustaría un *tableau* del Congreso pintado por usted!......

«...... Escuchámos en días pasados, de boca del mismo Guizot y con su gesto elocuente, la justificación de la conducta de Luis Felipe en el negocio de los matrimonios reales en España, pero no quedámos convencidos de que había obrado con entera lealtad, y aunque, á decir verdad,

no me pese una humillación de más para Inglaterra, el partido con que se ha ligado la Corte de Saint-Cloud en España para triunfar, es indigno de seguir nuestra antigua madre patria, á quien se le preparan largos años de lucha todavía.

«La Reina Cristina está furiosa por la pérdida de los fondos de la mal parada expedición de Flórez ...

«......Si para fines del año puedo comenzar á imprimir mi pequeño trabajo histórico, en todo el año de 1848 volveré á Guaduas, á vivir tranquilo, si se puede. Solita está aprovechando bastante en su colegio; hizo su primera comunión la cual, como usted sabe, requiere una ceremonia muy solemne en estos países, y exige exámenes severos de los principios de la Religión.......

«...... La inauguración de una especie de gobierno representativo en Prusia atrae hoy la atención de Europa. Los prusianos han creído que su Dieta es cosa formal, pero el Rey les quita á cada paso en sus deliberaciones el bocado, y al fin el Rey se cansará y los mandará á sus casas, ó la cosa tomará un aspecto grave.

«Esto empieza á inquietar á los Estados del Norte, puesto que una revolución radical en Prusia sería la señal ó el principio de una larga serie de convulsiones politicas. El Rey de Prusia tiene facundia, pero carece de tacto y es muy obstinado. El Príncipe real dicen que es hombre de más talento, pero lo detestan por sus modales altaneros. (1) Una vez que una nación tan ilustrada como Prusia se decida de veras á tomar parte en el Gobierno, será difícil que la corte más firme, prudente y moderada, pueda impedirlo. La publicación de los debates de la Dieta es un gran paso, y los detalles de las discusiones se leen ávidamente en toda Alemania.

«Publicaron en el *Portefeuille* un artículo del General

---

(1) Éste fué después Rey de Prusia y Emporador Guillermo I.

Flórez, que atacaba de paso las instituciones de las repúblicas de la América del Sur. Escribí cuatro renglones manifestándoles que carecían de datos suficientes para juzgar la cuestión y para envolver á todas las repúblicas en una misma condenación. No quisieron aceptar mi artículo, (1) y retiré mi suscripción. Usted recibirá los números hasta finde Mayo; después le seguiré enviando cualquier otro periódico. *El Constitucional* no quiso admitir otro articulo de Flórez en elogio de su manifiesto..... »

Desesperado el General Florez con la situación anárquica en que se hallaba el Ecuador, y desconfiando por completo del porvenir, vino á Europa á buscar protección de España en los negocios políticos de América. No bien supo aquello Acosta, cuando resolvió romper su antigua amistad con el fundador de la República del Ecuador, y para manifestarle su desaprobación, le devolvió un retrato que el General Flórez le había regalado, así como algunos libros. Comprendemos á esta distancia de años la desconfianza y desesperación de un militar como el General Flórez al ver la situación de continuas revueltas públicas en que se hallaba el Ecuador, y comprendemos también la indignación de Acosta al ver á un prócer de la Independencia de América dar un paso tan desacertado, pero deploramos al mismo tiempo esa desavenencia entre amigos viejos, que hasta entonces se habían estimado mucho. En breve el General Flórez comprendió su error político y

(1) Sin embargo, el historiador Michelet había tomado interés en que se publicase el artículo, según encontramos en una carta de éste á Acosta. Héla aquí:

Je suis fort contrarié de ne point voir dans le journal la note de M. Acosta; je puis cependant *affirmer* qu'en envoyant les 2 notes, j'avais dit á M. Chambolle que la mienne était la *moins importante*, et que tenais infiniment plus à l'autre, qui est l'apologie de toutes les repu ques américaines. Je verrai Chambolle *aujourd'hui*.

Salutations cordiales.

J. Michelet.

abandonó su idea, pero desgraciadamente en Nueva Granada nunca han olvidado aquel hecho, á pesar de la sincera estimación y aun gratitud que se le tiene á su hijo, el señor Antonio Flórez, el cual ha sido, con razón, premiado con los más altos puestos á que puede llegar un ciudadano de una república, desde presidente de la nación hasta embajador de su país en Europa. El señor Flórez se ha manifestado leal y fraternal con la actual Colombia, y su conducta en Europa con los ciudadanos de ella ha sido en todas circunstancias digna de su noble carácter.

Como debemos juzgar por las cartas que tenemos en nuestro poder, y por los recuerdos que conservamos, Acosta depositaba en el señor Pedro Fernández Madrid la misma confianza que con su padre tuvo hasta acompañarlo á su última morada, de manera que en la correspondencia que con él tenía, le manifestaba siempre sus más íntimas ideas sobre todas materias. Desalentado con el tono y tendencia de la política del General Mosquera, que entonces era el Presidente de su patria, y descontento con el giro que tomaban las ideas en Nueva Granada, resolvió abandonar por completo la carrera de la política, y así se lo escribió á don Pedro Madrid; pero al mismo tiempo alentaba á éste para que se arrojase á la palestra, deseando que hiciese lucida carrera en la diplomacia. Con ese motivo le advierte en una de sus cartas que ha dado orden para que le entreguen todos los libros diplomáticos que poseía en Bogotá, «colección, dice, que no baja de cien volúmenes,» la cual desea que le sea útil. «Ya yo no los necesito, añade, porque mi ánimo y mis inclinaciones me impelen á ocupar en otra cosa los pocos días de vida que me quedan, y aunque no fuera por amistad, por el bien de mi patria debería yo legárselos á usted en vida.»

En 1848 el señor Baralt, junto con el señor José J. Fabres, que eran redactores de *El Siglo*, de Madrid, le escribieron para convidarlo á colaborar en su periódico, ofre-

ciéndole por cada artículo que enviase de París, de veinticinco á cien duros, según la importancia de él.

Acosta no pudo aceptar aquella halagüeña propuesta, porque sus trabajos literarios y sus estudios no le dejaban tiempo para ocuparse en otra cosa.

Como el mapa de Nueva Granada estaba dedicado al Barón de Humboldt, en Marzo de 1848 recibió una carta de este sabio, que decía lo siguiente:

«Recibí, mi querido Coronel, con dulce satisfacción, el título afectuoso de su recuerdo, y debería sonrojarme, como de una señal demasiado honorífica, del caso que usted no cesa de hacer de mis primeros trabajos acerca de la geografía americana. Deseo ofrecerle los homenajes de mi gratitud, y que usted me presente á la amable señora Acosta en casa de usted. Si usted me hiciera el favor de venir á verme en el Instituto á las dos y media el lunes, hablaremos de ello en el gabinete de M. Mignet.

«Con mi sincerísima amistad,

«A. HUMBOLDT.

«Domingo en la noche.»

(Traducida del francés).

Convenido el día en que Humboldt debería visitar nuestro modesto hogar, Acosta pidió permiso para sacar del colegio á su hija ese día para que tuviese el honor de apretar la mano del mayor sabio del siglo.

Además de la carta que acabamos de transcribir, tenemos otras á la vista, (de Humboldt) de aquella época, también interesantes. Entre todas escogeremos dos más, para ponerlas ante las ojos del lector.

«Me debo declarar muy culpable con respecto de un amigo por el cual he conservado de Guaduas á París, y de París á Siberia, un tierno y vivo afecto, y me afligiría positivamente, mi querido Coronel, si usted creyera por un momento que yo he sido infiel á ese amable

recuerdo que usted me ha guardado después de tantos años de ausencia. Estuviera yo en París actualmente para manifestarle de palabra cómo me halaga el afecto de usted (*dévoûment*) que existe hace tantos años! Sólo las personas que conocen íntimamente la posición que tengo en este país, en donde se me trata con tan fácil indulgencia, saben que es contra mi voluntad que tardo en contestar las cartas dictadas por una dulce amistad...... No puedo disponer sino de las horas nocturnas para entregarme á trabajos literarios importantes.

«Mi salud, á pesar de mi edad, y cuando la vida ya no es segura, se conserva admirablemente. (1) El aspecto del mundo es más triste de lo que yo esperaba en 1789. Hago votos por la independencia y la libertad de su país. No es ciertamente por medio de importaciones de linajes monárquicos como obtendrán la paz.

«Un caballero amable y de talento, el Conde Grocben, me ha dado noticias muy interesantes acerca de usted: de su familia, de la amistad que usted me conserva, mi querido Acosta, y lo he escuchado hablar de todo esto con viva gratitud. Me alegro mucho de saber que usted se ocupa de la historia de la Conquista. Usted podrá juzgar mejor que otros y apreciar la influencia que la geografía del país y la configuración maravillosa de su suelo tuvieron en los acontecimientos de los cuales fué teatro Cundinamarca. Aplaudo sinceramente esta empresa de usted. Siento muchísimo, mi querido Coronel, el no poder ofrecer á usted el manuscrito original del canónigo Duquesne. (2) He buscado entre mis papeles más antiguos, y no he podido encontrarlo, pero puedo asegurarle que aquella Memoria

(1) Había nacido en Berlín en 1769, y tenía en 1847 setenta y ocho años.

(2) Se trataba de la *Disertación sobre el Calendario de los Muiscas*, por don José Domingo Duquesne, que Acosta insertó después en su *Historia del descubrimiento y colonización de Nueva Granada*. Acosta obtuvo de Bogotá una copia auténtica del documento original.

no tiene una idea más que las que usted encontrará en mi largo artículo. (*Monumentos*, pequeña edición en 8.°, III, páginas 208 á 267). Todo lo copié allí; los jeroglíficos y el dibujo de la piedra intercalada fueron grabados del tamaño original y forma, con un cuidado especial. No me culpe usted por esto, sino á los eternos *trasteos* que me han afligido, durante los cuales se han perdido muchas cosas. Aún más deplorable ha sido que la piedra misma (ese antiguo monumento de la civilización muísca) parece que también se ha perdido.

«Reciban usted y la señora Acosta el homenaje de mi respeto y de mi invariable cariño. Mis tiernos recuerdos al señor Arago. Usted sabe que hace treinta años que lo amo con la mayor admiración. (1)

«A. HUMBOLDT.

«Mis recuerdos á Boussingault, cuyos trabajos llevan siempre el sello de una gran sagacidad.

«Berlín, 9 de Febrero de 1847.»

El Barón de Humboldt había escrito á Acosta pidiéndole su opinión acerca de la coloración que el sol produce sobre los nevados.

Acosta le contestó la siguiente esquela (en francés), la cual traducimos. Ninguna de las dos tiene fecha:

«Acabo de recibir el billete de usted, de ayer, y como el Barón Gros, que ha contemplado los nevados con ojos de

---

(1) Nada más consolador para la humanidad como aquel sincerísimo y tierno cariño que se tenían aquellos sabios, lo cual prueba que las ciencias no endurecen el corazón, como lo creen algunos, sino todo lo contrario. En unos tomos publicados en París por M. de la Roquette en 1869, —*Correspondencia inédita científica y literaria* de Alejandro de Humboldt—se encuentran cartas admirables de afecto y de una ternura que fraternal dirigidas por Humboldt á Arago. Recomendamos á los riosos una de Julio de 1847, que se halla en el segundo volumen, e página 354.

paisajista, se encontraba por casualidad en casa, oirá usted su opinión, que es más importante que la mía.

"El Orizaba, dice, y el Popocatepetl toman un color de rosa cuando se levanta y cuando se pone el sol, así como el Tolima, pero mucho menos fuerte el color que el Monte Blanco. El Barón Gros notó la diferencia de aquel fenómeno en América y en los Alpes.

«Por mi parte, diré á usted que nunca he visto la nieve en los Alpes sino con su color natural, en las dos veces que tuve ocasión de atravesarlos; pero he visto tomar un color rosado al Cotopaxi, al Chimborazo, la Sierra Nevada de Santa Marta, y particularmente al Tolima y al Ruiz; este último me pareció bastante carmín una mañana, entre las cinco y las seis, cuando iba de viaje entre Honda y Mariquita. No me acuerdo de haber notado aquel color por la tarde al ponerse el sol, pero aquello debe de ser porque en América rara vez se ven los nevados (están cubiertos de niebla) á esa hora.

«El señor de Rouville, joven geólogo del mediodía de Francia, que acompañó al señor de Buch (1) en una excursión ahora dos años en el Departamento del Gard, desea ser presentado á usted. ¿Me permitiría usted que así lo haga el lunes en el Instituto, á su paso por la Biblioteca, á las tres de la tarde? Al mismo tiempo me aprovecharía de esta ocasión para presentarle uno de mis compatriotas. Ninguno de éstos quiere regresar á América sin haberlo visto, aunque sea un momento. No se tome el trabajo de contestarme. Sólo deseaba avisar á usted que no había po-

(1) Leopoldo de Buch era un célebre geólogo alemán, condiscípulo de Humboldt, quien lo llamaba el primer geólogo de la época. Sus numerosas obras, á pesar de los adelantos que aquella ciencia hace constantemente, son consideradas todavía como luminosísimas, sobre todo en la parte de la geología que se relaciona con la paleontología. Murió en 1853, de 79 años de edad.

dido resistir á las instancias de estos señores, arriesgando con ello ser importuno.

«Reciba mis respetos y el homenaje de mi sincero y respetuoso cariño.

«J. ACOSTA.»

Hé aquí la contestación de Humboldt:

«Le estoy realmente agradecido, mi querido Coronel, de las observaciones muy satisfactorias que usted ha tenido á bien hacerme acerca del colorido de los nevados al levantarse el sol. Boussingault, á quien consulté después, está enteramente acorde con las observaciones de usted y las del Barón Gros. Hay también colorido, pero en general (con motivo de que en la zona tórrida el aire es más puro, y porque el movimiento aparente del sol es menos oblicuo) es menos encendido y su colorido menos largo. No podré ver en la Biblioteca suficientemente á las personas que interesan á usted. Así me atrevo á suplicarle que me traiga á M. de Rouville y á sus amigos americanos, no el lunes, sino el martes, á las tres de la tarde, en el Instituto. ¿Podré suplicar á usted que me escriba la dirección del Barón Gros? Deseo ir á visitarle.

«*Amitiés*, A. HUMBOLDT.

«Viernes.»

CBPÍTULO V

Viaje al mediodía de Francia.—Bourges.—El pretendiente don Carlos.—Viaje hasta Avignon.—Varios amigos con que viaja.—Curiosidades de Avignon.—Paseo á Vaucluse.—Excursión geológica.—Viaje hasta Nimes.—M. E. Dumas en Sommières.—Llegada á Montpellier á casa de Madama de Rouville —Visita aquella ciudad.—El pa'adión de Montpellier.—Pasa dos días en Alais.—Noticias sobre las minas de carbón.—Regreso á París.- Carta de Boussingault.

1847

Invitado por su amigo el señor Rouville á que fuera á hacer un viaje hacia el medio día de Francia, durante el

cual lo acompañaría, Acosta se puso en camino el 1.° de Agosto de 1847. Veamos algunos párrafos de su Diario:

«Llegué á Bourges á las cinco de la tarde. Esta ciudad sirvió de prisión á don Carlos, el pretendiente al trono de España. (1) Como esta ciudad tiene una guarnición compuesta de un regimiento de artillería, uno de los oficiales con quienes entré en conversación me refirió que aquel príncipe asistía á todos los ejercicios militares, acompañado por el General Santacruz, pero que parecía persona de pocos alcances, aunque muy cortés y atento....

«Amanecímos en Moulins; atravesámos el Allier por un hermoso puente ... Llegué á Lyon á las diez de la noche con Mr. Parker, mi compañero de viaje; me alojé en el hotel de Provence; dormí algunas horas, á las tres de la mañana me embarqué en un buque de vapor en el Ródano, y llegué á Avignon á las dos de la tarde.... Las rocas de las orillas del río parecen de terreno terciario....

«.... En Avignon posé en el hotel del Palacio Real, á la entrada de la ciudad, el cual hace competencia al de Europa. El dueño de mi hotel (Mr. Crémieux) tiene á su cargo un jovencito árabe que mandó traer de Argel, y para llamar la atención viste á la morisca.

«.... Recorrí las calles de Avignon, las cuales, por lo general, son tortuosas y estrechas, pero frescas por las cortinas que las sombrean durante la estación calurosa...... Hay muchas tiendas de adornos de iglesia, imágenes y objetos del culto católico, lo que prueba que las tradiciones de la época en que residían aquí los papas, no se han borrado todavía.

«Cuando hube acabado de comer en el hotel, llegó M. de Rouville.

(1) Jefe del partido carlista en España. Después de la guerra civil que declaró contra Isabel II, y viéndose arrojado de España, vivió en Bourges en una semiprisión, pero rodeado de una pequeña corte de emigrados, hasta 1844. Entonces renunció sus pretensiones en favor de su hijo, el Conde de Montemolín, y se retiró á Austria, en donde murió.

«*4 de Agosto.*—Hoy se presentó aquí también M. Emilien Dumas, geólogó distinguido, y todos juntos estuvimos visitando las colecciones de los señores Raspail, Directores de la fábrica de gas. Allí han reunido no sólo fósiles y minerales y petrificaciones, sino medallas, vasos, estatuas y otros objetos antiguos del tiempo de la dominación de los romanos y de los galos, objetos curiosos que cada día se descubren en estos alrededores. Luego visitámos el Museo de Historia Natural, el Jardín de Plantas y el Museo de Pinturas. Merced á los cuidados de M. Regnier, estos establecimientos están arreglados y son interesantes hasta para el que llega de París ....

«... Hay un salón en que están colocados los retratos de todos los hombres distinguidos, antiguos y modernos, que ha producido el Departamento de Vaucluse....

«La hermosura y abundancia de las flores del *Laurel rosa* y de las palmas manifestaban la situación meridional de Avignon.

«El arquitecto en Jefe del Departamento, M. Renaud, también ha coleccionado antigüedades que vimos, así como muchos de los fósiles del Departamento......

«A las cuatro subímos al antiguo Castillo de los papas, el cual sirve hoy como cuartel. Es un vasto y elevadísimo edificio feudal, el cual costó á los papas solamente 8,000 florines cuando fueron á establecerse en Avignón....

«En las inmediaciones existe un hermoso paseo que domina todo el curso del Ródano con su vista risueña; las ruinas feudales de Villeneuve al lado opuesto, los tres arcos del puente antiguo, reemplazado hoy por otro suspendido menos pintoresco; el monte Ventoux al N. y la hermosa cadena de los Alpinos en miniatura hacia el S. E.

«Entramos á la Capilla Papal, pequeña pero bonita De los siete papas que aquí residieron, sólo se conserva el cuerpo de Clemente V. Los de Juan XXII y Benedicto XII

reposan en la Catedral.... Allí vimos las sepulturas de los Duques de Crillon, cuya familia poseyó esta comarca, y ha dejado como obra útil en el país un canal que riega y fertiliza los campos. (1)

«La roca que sostiene el antiguo Castillo papal es *cretácea* (terreno neocomiano antiguo).

«5.—Salímos por la mañana en coche particular para ir á visitar la famosa fuente de *Vaucluse*, celebrada por Petrarca, quien habitó en sus cercanías.

«Atravesámos algunas aldeas caracterizadas por ruinas góticas y fortalezas. El terreno de *diluvio*, compuesto de guijarros rodados, es bastante espeso; con excepción de algunas colinas, el terreno es plano. Llegámos á las ocho y media á la aldea, y seguímos á pie hasta la gruta, de la cual brota el manantial al pie de una roca (de *creta* compuesta, como las de Avignón). La gruta es espaciosa (de 8 á 9 metros de anchura); en invierno se llena, y desde allí comienza á correr el agua con abundancia, pero no sale por entre las piedras cubiertas de musgo hermosísimo. El agua espumosa es de un color verde, y embellécenla orillas realmente poéticas y capaces de inspirar á un poeta en la situación en que se hallaba Petrarca. Dícese que vivía en un castillo, ruinoso hoy día, que vimos por allí cerca, y asegúrase que Laura solía venir á una casa vecina...... No sé qué habrá de verdad en esto; pero lo cierto es que en el hotel de *Petrarca y Laura* de la aldea de Vaucluse, nos dieron muy bien de almorzar truchas y cangrejos......

«A las doce emprendimos una excursión geológica á un vallecito á espaldas de la fuente, en donde recogimos algunas *nerineas* y otros fósiles......

(1) Hoy se ve una estatua elevada al famoso amigo de Enrique IV —el General Luis de los Balbes Crillon—á quien el Rey llamaba *el primer militar del mundo*. Uno de sus descendientes tomó el partido de los españoles contra la invasión francesa bajo Napoleón.

«6.—A las cinco de la mañana salímos en calesa particular M. Renaud, Itoberki (joven polaco, ingeniero y geólogo), Dumas, de Rouville y yo, y nos encamináramos al pueblo de *Orgón*, para examinar el terreno que M. Alcides de Orbigny me había citado como modelo de terreno *neocomiano*, análogo por sus fósiles á todo el terreno calizo granadino desde el Socorro hasta Tena, Muzo, La Palma, Villeta, Bituima y Anolaima.

«Llegámos al pueblo de Orgón á las nueve, tomámos café, y continuámos con caballos de posta la excursión á Peague-du Rocher.

«El corte es muy instructivo; se ve la sucesión de terreno *terciario (aquí dibuja el aspecto de las capas de terrenos diferentes)* hasta el *jurásico*, representados por el *Oxford Clay*.

«Examinámos el terreno y recogimos muchos ejemplares de rocas. La estratificación no es discordante en las dos series; el color de la roca caliza blanca se convierte en gris en la parte inferior, y es más compuesta, pero nunca tan negra ni esquistosa como las que se dicen correspondientes en la Nueva Granada. Los fósiles también difieren mucho.

«Almorzámos, y después pasámos la tarde en las diferentes canteras de calizo inferior que da una buena piedra de construcción......

...... «Volvimos á Avignón á las nueve de la noche.

«7.—Salímos á las cinco de la mañana en una mala diligencia hasta Tarascón, famosa por su castillo hermosísimo, que domina todo el curso del Ródano. Al lado opuesto se halla *Beaucaire*, célebre por una feria muy concurrida que acababa de pasar el 31 de Julio (1). Allí tomámos el ferrocarril y llegámos á Nimes á las doce. Tuvimos tiempo para ir á ver el anfiteatro antiguo, ó *Arenas Romanas*, conservado por casualidad, como la

(1) Hoy esta feria ha perdido su antigua importancia.

Casa cuadrada (antiguo templo) y los monumentos de Arlés, por estar incorporados en la ciudad como casas y fortalezas, etc. El Gobierno compró los terrenos y destruyó todo lo que no era antiguo, dejando en pie y aislados aquellos hermosos circos y templos.

«Subímos al *Templo de Diana*, erigido en un lugar en donde brota una hermosa fuente, de la cual se provee de agua la ciudad, y que domina una *Torre magna*, restos de un antiguo sepulcro ó mirador muy elevado. Visitámos la *Casa cuadrada*, en donde está el Museo......»

Después de recorrer lo más importante de Nimes, los viajeros se dirigieron á la pequeña ciudad de *Sommières*, por *Gallargues*, y se quedaron allí.

DIARIO

«*8*.—Después de oir misa (era domingo) en una pequeña iglesia—porque están reconstruyendo la grande,—nos convidó á almorzar en su casa M. E. Dumas. Este señor posee una colección de rocas, fósiles y antigüedades de lo mejor que he visto en Francia. Pasámos todo el día visitando aquellas curiosidades científicas y oyendo las explicaciones que de ellas hacía su dueño. M. Dumas me regaló algunos fósiles y una carta geológica del Departamento del Gard.

«A las cuatro y media tomámos el ferrocarril con dirección á Montpellier. Toda la campiña está cubierta de viñedos; pasámos por Lunel, cuyos vinos moscateles son muy afamados y forman la riqueza del comercio de Montpellier. A esta ciudad llegámos á las nueve de la noche; atravesámos á pie los paseos exteriores, y nos presentámos el señor de Rouville y yo en casa de la madre de mi amigo.

«Madama de Rouville me recibió con tanta franqueza y cordialidad como si fuéramos amigos viejos, y me dijo que conocía mi nombre desde 1827, año en que lo había

visto en un número del *Globo* (de París), que me señaló. Después de haber participado de una espléndida cena, mi amigo me llevó al aposento que me tenían preparado, en donde dormí perfectamente.

«9.—A las seis de la mañana me puse en campaña para ir á visitar la ciudad. Lo verifiqué á pesar de una molesta lluvia que duró hasta las once de la mañana. Visité en primer lugar la Catedral, cuya portada la forman dos torres cilíndricas muy raras, y se baja á ellas como á un subterráneo...... El Jardín de Plantas es pequeño, pero bien cuidado (el más antiguo de Francia). Me mostraron un árbol muy grueso, que apenas pueden abrazarlo dos hombres, y al lado una torre sobre la cual hay un pino muy antiguo que es el *palladium* de Montpellier, pues una antigua superstición dice que el día en que se seque, será el de la ruina de la ciudad...... El mejor adorno de Montpellier es el famoso y elevado paseo del *Peyrou*, construído en tiempo de Luis XIV en la cabecera del vistoso acueducto que trae el agua del consumo de la ciudad. Desde las balaustradas se ven la ciudad de Cette, el mar Mediterráneo y los buques que entran al puerto. En medio se halla la estatua ecuestre de Luis XIV, y en contorno estanques de aguas vivas y cristalinas que templan los calores de este clima meridional.

«En el mercado me llamaron la atención las pirámides de *berenjenas* y otras hortalizas, los cerros de variadas frutas, todas abundantes y baratas.»

Naturalmente Acosta visitó la Facultad de Ciencias, la famosa Escuela de Medicina, la más antigua y la que tuvo mayor influencia en Europa durante la Edad Media; los Museos y colecciones de Historia Natural y de Geología, etc. etc.

Esa misma tarde regresó á Nimes con M. de Rouville, y de aquella ciudad pasó á Alais, en donde estuvo un d[illegible] en casa de una hermana de su amigo, casada. Después dormir allí, el día diez estuvo en unas famosas minas

carbón, las cuales visitó hasta el fondo, y de ellas hace una descripción. Regresaron por la noche á Alais, en donde le aguardaban muchos amigos de los dueños de casa para que participase de un suntuoso banquete que dieron en honor suyo.

«A mi lado tenía, dice, al Director de las minas, el cual me ofreció dar todos los detalles necesarios para comprender la administración del establecimiento. En éste se sacan, el día que menos, cien mil kilogramos de carbón ó dos mil quintales, que se pesan en una báscula á la salida de la mina; así cada operario recibe el precio de su trabajo, que se hace por contrata. Por contrata se hacen también las composiciones de los utensilios de minería y el acarreo por medio de caballos, etc.

«11.—Salímos hoy (á las 8) hacia el norte de Alais, á Rousson, á ver un castillo arruinado, cerca del cual hay un terreno muy instructivo por la extensión de su corte. Recogímos algunos fósiles, anduvímos á pie tres horas y visitámos varias aldeas. Cerca de St. Ambroix vimos el calizo brillante, que parece granito y brilla como tál, pero al examinarlo con el lente se observan las articulaciones de los encrinitas como estrellas.

«Almorzámos en esta última aldea y volvímos á Alais á ver una fábrica de ladrillos de nueva invención, que produce diez y ocho mil por día. Los exportan por el Ródano hasta Italia, y también mandan á Argel.»

El 12 volvió á Nimes, en donde pasó el día con los amigos que allí tenía, arreglando su colección de minerales y visitando de nuevo algunos de los monumentos de aquella interesante ciudad.

El 14 salió en diligencia y visitó de paso varias aldeas y la pequeña Orange, célebre por un sepulcro romano muy bien conservado, el hermoso arco triunfal de Mario, bajo el cual pasan los transeuntes, y las arenas ó teatro romano. Siguió por el camino que costea el Ródano hasta la ciudad

de Valence, en donde cambió de vehículo y siguió con dirección á Lyon. Iba al lado del postillón de la diligencia, y éste le iba señalando y dándole noticias de cuanto veía, á pesar de ser ya de noche. Después de descansar en esa ciudad algunas horas, continuó marcha en el camino de hierro hasta San Sinforiano; allí fué preciso continuar en diligencia por el camino de Moulins hasta Bourges, en donde de nuevo tomó el ferrocarril que lo llevó á París, adonde llegó el 16 del mismo mes de Agosto, muy satisfecho con su excursión y con la colección de minerales que llevaba.

Cuando empezaron de nuevo á abrirse las aulas y los cursos en las universidades y colegios, Acosta recibió una carta de M. Boussingault, de la cual tomamos el siguiente párrafo, porque es característico de aquel sabio:

"París, 14 de Diciembre de 1847.

. . . .

«.... Le remito una boleta de entrada para mi curso; no es preciso que usted se crea en la obligación de aguantarlo *(le subir)*; en lugar de usted, me quedaría tranquilamente en casa; pero si tiene el capricho de asistir á él, en ese asiento estará mejor que en los bancos, que no son cómodos (esto en español) para los que no son algo goditos.»

CAPÍTULO VI

Amagos de revolución en Francia.—Causas de la insurrección de Febrero de 1848.—Caída de Luis Felipe.—Carta de Acosta á don Pedro F. Madrid.—Michelet.—Chevalier.—Insurrección de Junio.—El señor M. M. Mosquera.—Opinión de Acosta sobre la federación en Nueva Granada.—Publica el *Compendio Histórico*.—Cómo fué acogida esta obra en Europa.—Carta de Boussingault.

1848

Entre tanto, el horizonte político de Francia se había oscurecido. Un descontento general, un malestar profun-

do se sentía en todas las capas de la sociedad parisiense, descontento y malestar que son seguros precursores de una revolución política. Los rayos de la opinión pública que habían derribado el trono de los Borbones en 1830, amenazaban ya el de Luis Felipe, levantado entonces sobre las ruinas de la monarquía legitimista. Acosta había visto derrumbarse el trono de Carlos X; tocábale, al cabo de diez y ocho años, presenciar el cataclismo social que debería echar por tierra al Rey burgués, como llamaban á Luis Felipe.

Minada Francia por las sociedades secretas que habían visto en 1830 surgir un nuevo trono en el lugar de la república que habían deseado establecer sobre la dinastía borbónica, aquéllas, para lograr su deseo, habían continuado trabajando sin cesar entre el pueblo durante los diez y ocho años del reinado de Luis Felipe. El odio que había despertado el Ministerio de Guizot en gran parte de la nación, fué enardecido por los republicanos, los cuales se aprovechaban de toda circunstancia para señalar á los partidarios de los Orleans como enemigos del bien del pueblo.

Como sucede siempre en iguales circunstancias, tanto Luis Felipe como su Ministerio parecían ciegos é incapaces de comprender la delicada situación en que se encontraban; cometían errores sobre errores y precipitaban ellos mismos los acontecimientos.

A mediados de Febrero de 1848 las sesiones en las Cámaras legislativas eran el campo en donde se libraban las batallas que deberían perder al Gobierno, y exasperaban á los oposicionistas, los cuales comprendieron que nunca lograrían las libertades que deseaban mientras ocupase el trono Luis Felipe. Quisieron entonces organizar banquetes públicos con el objeto de manifestar su aversión al Gobierno. Éste prohibió aquellas manifestaciones, y anunció que disolvería con el ejército los grupos que se

reuniesen para desobedecer las órdenes expresas de la autoridad.

Aquellas órdenes eran inconstitucionales, y todos los Diputados de la oposición declararon que no las obedecerían. Con ese motivo hubo muchas reuniones en las casas particulares de los hombres más importantes que hacian papel en la política. Entre otros, Lamartine pronunció entusiastas discursos, uno de los cuales hizo pesar en la balanza la decisión de no cejar ante las órdenes del Gobierno. (1).

Entre tanto, el pueblo recorre las calles cantando la *Marsellesa* y *Morir por la patria,* canto de los *Girondinos* (de una pieza de teatro de Dumas). El día 22 de Febrero la guardia nacional se reune espontáneamente en la plaza del Panteón. El 23 se aumenta el tumulto, se oyen gritos de *Viva la reforma!* y cuando sacan los soldados á la calle, éstos empiezan á detenerse y fraternizar con el pueblo. Varios combates parciales tienen lugar en algunos puntos de la ciudad; la Cámara de los Pares se reune, y la sesión es tempestuosa: unos son legitimistas, otros bonapartistas, unos pocos republicanos y poquísimos orleanistas.

En vista de todo esto, y demasiado tarde para salvar su trono, el Rey quiere formar un nuevo Ministerio; pero nada puede calmar ya el espíritu revolucionario; todo el pueblo se arroja á la calle, y tienen lugar combates más ó

(1) Señores, dijo al concluír: os conjuro, no retrocedais hacia el deshonor; por mi parte, aunque me hallare solo con mi sombra, me encontraré en el lugar de la cita.... Yo no sé si las armas que han confiado á nuestros valientes soldados estarán en manos prudentes. Lo creo y lo espero; si las bayonetas despedazan las leyes, si los fusiles están cargados con balas, lo que sí sé es que nosotros defenderemos primero con nuestra voz, después con nuestros pechos, las instituciones y el porv del pueblo. Será preciso que las balas rompan nuestros pechos para puedan arrancar los derechos del país. ¡No deliberemos, señores, c mos!

menos mortíferos en varias partes de la ciudad; por todas partes se oyen gritos, tambores batiendo la generala y descargas cerradas. El pueblo se arma con cuanto encuentra en las tiendas de armas...... Cuando llega la noche, la ciudad se ilumina con antorchas, los hombres se arrojan á la calle y las mujeres tienen que poner faroles en todas las ventanas.

A la mañana siguiente (24) la ciudad amanece cubierta de barricadas...... El Rey firma su abdicación en favor de su nieto; pero esto no basta ya á los insurrectos. Dos días antes se hubieran contentado con la reforma de las leyes electorales y el cambio del Ministerio, pero ya no quieren sino la claudicación de la monarquía y el advenimiento de un nuevo Gobierno, es decir, la república.

Mientras que Luis Felipe, seguido por toda su familia, se alejaba de París para ir á asilarse en Inglaterra, el pueblo se erigía en amo y señor de la situación y proclamaba la república.

El barrio latino había sido el principal foco de la revolución, y como allí vivía Acosta con su familia, en la misma casa que habitaba el historiador Michelet, tuvo ocasión de presenciar hasta en sus pormenores la marcha de la insurrección. Hé aquí una carta de Acosta al señor Madrid, en la cual se ocupa de aquello.

" París, 1.° de Marzo de 1848.

«Mi querido amigo:

«Cuatro renglones para dar noticia á ustedes de nosotros. Acabámos de presenciar la erupción popular; el drama más imponente que se ha representado jamás en el teatro de la historia. Cuando en la noche del 25 de Febrero se temía un pillaje general, no me consolaba otra idea sino la de hacer un servicio negativo á mi patria. Como el Gobierno francés no podía protegerme, ni, como era natural, indemnizarme como súbdito granadino, pensaba remitir mi expediente á esa Secretaría, á fin de que sirviese

de contestación á las numerosas reclamaciones que nos hacen los agentes extranjeros en nuestras revoluciones. Todavía creo que en este sentido podré servir de algo, y ojalá que lo fuera así! La verdad es que cuanto poseíamos para ayuda de gastos aquí y para el viaje de regreso, lo teníamos en bonos sobre el Tesoro, que producían el 5 por 100 de interés, y de este modo se evitaban los riesgos de bancarrota de casas de comercio. Ahora estamos amenazados de bancarrota nacional, pero mis reales son personales, y aunque nada sacaré, siempre introduciré el reclamo, si el señor Mosquera conviene.

«Ahora más que nunca nos conviene (en Nueva Granada) conservar la paz, rechazar toda innovación política y dar seguridades de estabilidad para atraer los capitales que la conmoción social de Europa va á trasladar á América......»

Acosta estaba al corriente de cuanto sucedía en el nuevo Gobierno por medio de Michelet—quien ya hemos dicho que vivía en la misma casa,—el cual tenía grande amistad con Lamartine, y éste frecuentaba mucho su salón y paseaban juntos en el jardín perteneciente al alojamiento de Michelet. (1) Por otra parte, el astrónomo Francisco Arago era republicano, así como toda su familia, y lo veía frecuentemente en casa de M. Boussingault, en donde se reunían muchos sabios partidarios de la República, y allí discutían las noticias políticas del día.

Hé aquí una carta del estadista Miguel Chevalier, que prueba nuestro dicho:

"París, 16 de Abril de 1848.

«Mi querido Coronel:

«Puesto que usted es amigo y vecino de Michelet, ¿podría usted preguntarle de su parte ó de la mía, como le

(1) Hoy esa casa hace parte del Colegio de la Compañía de Jesús, y los jesuítas á quienes Michelet hizo tanto la guerra, son los herederos de esa casa y ese jardín!

parezca mejor, qué piensa hacer acerca de las medidas que van á tomarse con respecto del Colegio de Francia?

«Se lo agradecería mucho su afectísimo,

«MICHEL CHEVALIER.»

Cuando cuatro meses después de la revolución de Febrero estalló la insurrección comunista de Junio, la casa en que vivía Acosta cayó en manos del pueblo; éste hizo barricadas á uno y otro lado de la puerta,—la casa era de esquina—y mandó que pusiesen á su disposición todos los alojamientos para defenderse, desde las ventanas, de las tropas del Gobierno provisorio.

Sin embargo, ¡cosa rara! aquellos energúmenos no cometieron abuso ninguno, ni robaron cosa alguna. Después de defenderse briosamente durante algunas horas sobre las barricadas y desde las ventanas, viendo que las tropas llevaban cañones, resolvieron retirarse, y entonces tocó su turno á los soldados de hacerse dueños de la casa y de toda la calle, hasta desalojar por completo á los comunistas del barrio.

El señor Manuel María Mosquera, que era el Ministro de Nueva Granada en Francia, se alarmó mucho con la situación de Acosta y su familia, y varias veces mandó á preguntar por su suerte, pues en el barrio en donde vivía el señor Mosquera no llegó á haber combates, (1) pero se

(1) Hé aquí una carta que escribió el señor Mosquera á Acosta, que da idea de lo que se pensaba en París en aquel tiempo:

"Martes á las doce del día.

Mi muy apreciado amigo:

Después que escribí á usted mi anterior esquela, se aumentó mi cuidado por ustedes al saber que el Panteón y la plaza de la *Vielle Estrapade* eran puntos en donde la insurrección había empeñado el combate en ese barrio. Gracias á Dios, se hallan ustedes salvos, después de haber corrido un gran peligro; y me apresuro á dirigirles en mi nombre y en el de Pepita, muchas afectuosas congratulaciones.

Por acá no hemos tenido de cerca ningún riesgo ni alarma, pero he-

tenían noticias de los horrores que los insurrectos cometían con los prisioneros, á quienes mataban cruelmente, y las mujeres se paseaban con las calaveras de los desdicha-

---

mos participado de la inquietud general, y del encierro forzoso á que nos reducía el estado de sitio de la capital.

Hoy que ha terminado la sangrienta contienda, podemos apreciar la conjuración en toda su gravedad y en sus infernales planes. ¡Qué responsabilidad la de la comisión ejecutiva, que no ha tenido los ojos abiertos sobre los conjurados!

¿De qué ha servido el voto de confianza y los fondos secretos de policía que obtuvo de la Asamblea? Después de haber visto cómo se realizó la revolución de Febrero, principiando por un grito de reforma electoral y terminando por el de la república; y cómo se ha maquinado sordamente en estos cuatro meses para poner la sociedad al borde de un abismo, es forzoso convenir en que este país carece del *magnum organum* de la discreción política, y que antes de hallarlo sufrirá vaivenes extraordinarios que aumentarán el vértigo que se ha apoderado de una gran masa de la población. Ya ve usted que en Marsella y en Nantes se han revolucionado también los obreros, poniéndose á la cabeza de ellos en la segunda de estas dos ciudades el mismo Prefecto del Departamento. Se dice que la insurrección ha sido sofocada en una y otra; pero ella volverá á alzar cabeza en la primera oportunidad, porque como lo observa usted muy bien, el régimen presente no tolera medidas puramente de represión. Se enviarán á grandes costos algunos miles de hombres desterrados á las colonias francesas; pero esto no alcanzará á ser ni un paliativo al mal social que amenaza á Francia. Ahora se seguirán los asesinatos, que es tanto como decir que continuará la contienda en certamen singular. Esto es horroroso; es preciso acortar el término de nuestra residencia en Francia. No está habitable!

Aguardo á que la circulación sea expedita para tener el honor de hacer una visita á mi señora Carolina. Sírvase usted ponerme á sus pies, y recibiendo con ella finas memorias de Pepita, mande usted lo que guste á su afectísimo amigo M. M. Mosquera."

Después de leer esta carta, en que están pintados los temores que causaba la revolución en los ciudadanos pacíficos, de quien se comprende que era el eco el señor Mosquera, ¿quién se sorprende de que la parte más enemiga de revueltas públicas y la masa de la nación industriosa se arrojara en brazos del Imperio y elevara al trono un hombre que ofrecía reprimir con energía la hidra del comunismo, cuyas cabezas era preciso cortar todas de un golpe, si no querían perecer en la anarquía y la descomposición total del país?

dos soldados ensartadas en una pica, llenas de sebo y dentro una mecha encendida, dando mueras y bailando como horribles *megeras* en torno de los cadáveres.

Debelada la insurrección comunista, el país volvió á gozar de calma relativa, aunque los temores y las desconfianzas no cesaban. Acosta entonces, que deseaba regresar á Nueva Granada, se apresuró á dar á la prensa la *Historia* que le ocupaba desde que llegó á Europa. Hacia aquella época encontramos una carta dirigida á su amigo el señor Madrid, de la cual tomaremos algunos párrafos:

«......Una y otra carta venidas por este correo, escribía, hablan de una tentativa para plantear un sistema federal esencialmente desorganizador en Nueva Granada, que espero encallará en el instinto conservador de la sociedad de ese país. Locura es ésta que parece promovida con designio por las naciones que desearían *engullirnos* por porciones. Jamás Inglaterra se hubiera apoderado de San Juan de Nicaragua, si no hubiera sido previamente *desmenuzada* esta parte de América para formar lo que se ha llamado Provincias (ó Repúblicas) *des*-Unidas de Centro América. Pero nuestro turno llegará al fin: Venezuela se acomodará bien en los valles de Cúcuta; el Ecuador, mientras le llega su hora, se adjudicará hasta el Mayo; el istmo será inglés ó yanqui con Antioquia y nuestras costas atlánticas y del Pacífico. Entre tanto nosotros compondremos en el interior un pueblo pastor, interrumpiendo nuestras ocupaciones agrícolas cada año con combates sangrientos entre Panches y Muíscas, Tunjas y Bogotáes. *El divide ut imperes*, es locución tan antigua como la ambición y la codicia...... ¿Pero qué piensan hacer? ¿Vaciar por un mismo modelo todos los gobiernos de los Estados? ¿Y entonces en dónde está la predominación de los sistemas locales y su eficacia para promover los diversos intereses? O se permitirá la libre acción de cada una de sus modificaciones,

¿y no habrá entonces mayorías y minorías que querrán apoderarse de la influencia auxiliadas por los vecinos Estaditos?....»

En seguida encarece al señor Madrid para que anatematice por la imprenta una idea que considera como la futura ruina de la República, y asegura, con clara visión del porvenir, que si semejante cosa se lleva á cabo, las guerras serán continuas en Nueva Granada, y que él abandonará á su patria, porque comprende que la situación de un militar de honoı en medio de semejantes facciones, sería insostenible; y añade: «en aquel naufragio general cuántas causas de error no encontraría, pues no sabría al rededor de qué grupo deberia girar.»

La historia salió definitivamente á luz á fines del año de 1848, con el nombre de:

Compendio Históıico del Descubıimiento y Colonización de la Nueva Granada en el siglo décimo sexto.

Esta obra fué muy bien recibida en Europa por todos los que se ocupaban en cuestiones no solamente históricas, sino también de ciencias naturales, de geografía, de etnografía, etc. Tenemos á la vista cartas de algunos sabios franceses que le escribieron, las que probaban no solamente el interés intrínseco de la obra, que llenaba un vacío, sino la buena opinión que tenían de su autor. El famoso viajero y prolífico escritor Fernando Denis, que se ocupó particularmente de literatura española y de historia americana, publicó un artículo recomendando la obra, en una blibliografía que imprimía en aquellos momentos. (1)

(1) Hé aquí la carta que escribió á Acosta, y que traducimos:

"París, 12 de Marzo de 1849.

"Señor Coronel Acosta.

"Señor: Permítame usted darle las gracias por el envío de su precioso libro; mientras menos dercoho tengo de recibir un recuerdo de esta naturaleza, más agradecido estoy por ello. Yo pertenezco á aquellos pocos que pueden apreciar la sagacidad y perseverancia que usted ha manifes-

El sabio Elías de Beaumont le escribió una carta de felicitación. (1) M. de Peyramont, sabio jurisconsulto y miembro de la Asamblea legislativa, dice en una carta que tenemos á la vista que ha pensado recordar la lengua española, algo olvidada, y que ha comprado una Gramática y un Diccionario para ocuparse durante las vacaciones en el

---

tado en sus inquisiciones, é inmediatamente me apresuré á indicar su excelente obra como un guía que debería seguirse en todo lo concerniente á Nueva Granada. Ese corto artículo aparecerá en una Bibliografía que hago imprimir actualmente. Allí me tomé la libertad de indicar también los otros libros que usted nos promete. No le doy á usted estos detalles sino para probarle la estimación grande que merece su bello trabajo.

"Reciba usted la expresión de mi consideración y de mi vivísima simpatía.

"Su obediente servidor, "FERDINAND DENIS."

(1) "París, 28 de Marzo de 1849.

"Al señor Coronel J. Acosta.

"Señor mío:

"Recibí con sincera gratitud la bella carta de las bocas del río Magdalena que usted me hizo el honor de enviarme. Si hubiera aparecido antes de la publicación de mis lecciones de geografía, ésta me hubiera proporcionado un bello ejemplo de cordones litorales. Me apresuro, pues, á darle las gracias por ello, y al mismo tiempo á reiterarle mi reconocimiento por el mapa grande de Nueva Granada y su sabia obra acerca del *Descubrimiento de la Nueva Granada.*

"Siento mucho no poder ofrecer á usted en cambio de sus grandes obras y tan importantes trabajos, sino algunos débiles opúsculos. Espero, sin embargo, que usted tendrá la bondad de recibirlos con indulgencia, como un recuerdo de las lecciones de la Escuela de Minas y del Colegio de Francia, las cuales usted quiso fomentar asistiendo á ellas. Frecuentemente he hecho uso en mis lecciones de la Carta geológica de Francia, la cual ha enriquecido usted con las notas enviadas por usted después de haber hecho algunos viajes en Francia. Espero que la Escuela de Minas se dedicará á obsequiar á usted con un ejemplar; y si así lo hace, no habrá ejemplar mejor colocado.

"Permítame usted reiterarle la expresión de mi gratitud, junto con la alta consideración y sincero afecto con que me repito de usted atento servidor, "L. ELÍAS DE BEAUMONT."

La Escuela de Minas obsequió á Acosta con un ejemplar del mapa geológico de Francia, el cual envió con una nota muy lisonjera.

campo en leer la historia de Acosta. El señor Miguel Chevalier le da las gracias por los agradables ratos que le ha proporcionado su lectura, y añade que le gustó mucho lo concerniente á Balboa, por quien declara «que tiene una gran debilidad.» Varios escritores españoles y cubanos lo felicitaron por su obra, entre otros el conocido hombre público cubano don José Antonio Saco.

Reproducimos íntegra la chistosa y característica carta de Boussingault, la cual Acosta recibió ya después de haber llegado de regreso á Nueva Granada:

(Traducción).

"Leibfranberg, (1) 8 de Julio de 1849.

"Señor Coronel Joaquín Acosta.

«Mi querido amigo:

«El cólera y la insurrección me impidieron decir adiós á usted y á su familia, pero ahora escribiré algunos renglones dirigidos á usted. Tuve noticia de su partida de París demasiado tarde, y su carta me vino á buscar en el monasterio, que usted ya no conocería, tan compuesto como está. Mientras que usted se dirigía al Havre, nosotros nos poníamos en marcha para Alsacia. Parece como que si no aguardaran sino nuestra partida para hacer cesar la guerra civil y que pasara la peste. Usted ya sabrá la derrota que dieron á la Montaña, (2) y también la rápida disminución del cólera en París.

«Nosotros tomámos el camino de Estrasburgo - el 14 por la mañana—en la primera diligencia que partió después de los acontecimientos del 13,—y por consiguiente la que llevaba por aquella vía las primeras noticias de lo sucedido en París. Como yo traía muchos buenos periódicos, iba distribuyéndolos por todo el camino, dándolos con preferen-

(1) Era aquella una propiedad que poseía y aún poseen los descendientes de Boussingault en Alsacia; había sido un antiguo monasterio.

(2) El jefe del partido de la Montaña, (hoy radicalismo) Ledru Rollin, trató de amotinar el pueblo el 13 de Junio de 1849, pero no pudo lograrlo.

cia á los ciudadanos que se consideraban rojos, con el objeto de administrarles una purga.

«Yo había tenido la feliz inspiración de pedir al Vicepresidente de la República licencia para ausentarme (de la Asamblea) durante un mes. No podía soportar la idea de dejar á mi familia más tiempo en el foco de la infección, y como mi mujer no quería partir sin que yo la acompañase, tuve que darle gusto.

«Me encuentro tan feliz aquí sin trabajar, que estoy seguro que debe de suceder otro tanto en el paraíso, y es lo que hacen en este mundo las gentes de juicio; pero la felidad en el mundo es de corta duración, de manera que apenas se siente uno bien en alguna parte, es preciso dejarla; así, pues, dentro de pocos días concluirá mi asueto!

«Cuando dije que no trabajaba ni hacía nada aquí, es una licencia poética: además de tomar un buen vino que hacemos nosotros mismos en Liebfranberg, casi tan bueno como la chicha, comemos muy bien, y también he leído el libro de usted; lo he leído con interés, desde el principio hasta el fin. Ya sé que es una imprudencia hablar á un autor de su obra, cuando se acaba de leerla. Generalmente es bueno elogiar un libro apenas se recibe y antes de leerlo; entonces podemos hablar del placer que tendremos de leerlo y del provecho que sacaremos de ello; entonces podemos sinceramente decir cuantas lindezas se nos ocurren condicionalmente. Pero ya leí su libro, y le aseguro que lo considero viable y digno de todo el interés posible para quien quiera estudiar la historia de América. He sentido que sea un *Compendio*, y advierta que este es un elogio, porque significa que lo encuentro demasiado corto. Ahora voy á criticarlo. En primer lugar, me pesa que se manifieste tan enternecido con la Reina Isabel; ¿acaso no murió hace tantos siglos? Su plan es demasiado geométrico; no sale usted de Nueva Granada; abandona á Pizarro justamente en la frontera, como si en-

tonces hubiera una frontera, y aun ahora no estoy bien seguro de si existe. Debió usted en algunas páginas pintar los graves acontecimientos tan dramáticos que tuvieron lugar en el Perú, y traer á Vaca de Castro á Popayán, y conducir á Belalcázar al Perú. Esto es todo lo que encuentro que criticar, aunque más busque. ¿Está usted bien seguro de que había en América aquella inmensa población indígena en la época de la conquista? Yo siempre he dudado de la verdad de aquellos millares de indígenas. Los conquistadores se alababan, no lo dude. En cuanto á la memoria de Duquesne sobre el Calendario de los Muíscas, no entiendo nada. Hablando de los Muíscas, Humboldt debe de estar encantado; encantado, porque los prusianos se han apoderado del *Gatinais;* es cosa arreglada.

«Los demagogos retroceden en toda la línea.

«Envío su muy interesante obra á Bodmer, que desea ardientemente leerla, después de oír mi opinión. Mis recuerdos á la señora Acosta y á Solita, y *no me olvide en casa de su hermano en Guaduas.* (1) Dejo campo á mi mujer para que escriba algunas líneas á la señora Acosta.

«BOUSSINGAULT.»

CAPÍTULO VII

Situación de Francia en 1849.—Viaje de regreso á Nueva Granada.—Cartas de varios sabios.—Instalación en Guaduas.—Situación política del país.—Muerte del General José Acevedo.—Viajes y excursiones que hizo Acosta en el interior de la República.—Memorias científicas.

1849-1850

El año de 1849 fué fatal para Francia. En el mes de Mayo estalló una espantosa epidemia de cólera en París y en las principales ciudades del país. Morían millares de personas diariamente, y el pánico era general.

(1) Estas palabras estaban en español.

Al mismo tiempo la política del Gobierno descontentaba á todos los partidos, y el malestar aumentaba de manera alarmante.

Se temía una insurrección de los comunistas, como la de Junio del año anterior.

El partido del Príncipe Presidente Luis Napoleón aconsejaba medidas fuertes para reprimir á los comunistas. Pero éstos, encabezados por Ledru-Rollin, creyeron que no podrían recuperar su influencia y hacerse al poder, sino apelando á las armas.

Así lo hicieron el 13 de Junio de aquel año. Pero la intentona de insurrección fué aplastada brevemente por una carga de caballería, sin que el pueblo de París, aterrado con la epidemia que diezmaba la población, quisiera tomar parte con los que pretendían defender sus derechos.

Entre tanto, Acosta había tenido que permanecer en París arreglando su viaje de regreso á América. Sin amedrentarse con la epidemia, permaneció de pie firme en París con su familia, hasta mediados de Junio, cuando partió para el Havre á aguardar la partida de un buque que debería conducirle á Santa Marta.

Estando en el Havre recibió la siguiente carta que traducimos:

"París, 18 de Junio de 1849.

«Amigo y señor mío:

«Espero, á pesar del retardo involuntario de mi contestación, que estas pocas líneas alcanzarán á llegarle á usted en el Havre. Conozco lo bastante su amistad para comprender que será muy agradable para usted, antes de dejar á Europa, saber que estamos todos gozando de salud y con la esperanza de escapar al doble azote físico y social. He logrado que todos los miembros de la familia, así como nuestros amigos los Milne-Edwards, vayamos á pasar algunos meses en San Germán, en donde se goza de

buena salud, de manera que cuanto amo se hallará en seguridad y escapará también el peligro de una revolución, revolución que espero, sin embargo, que habrá sido sufocada por algún tiempo, y tal vez por bastante tiempo, si el Gobierno sabe aprovecharse con juicio de la victoria. Nuestras mujeres y nuestros hijos permanecerán constantemente en el campo, en donde la comunicación con París es tan fácil, que podremos (los varones) ir y volver para desempeñar nuestros deberes y atender á nuestras aulas.

«Supongo, señor mío, que usted recibiría los cajones de plantas que yo habia mandado cultivar aparte para usted. Estuve tan ocupado durante los pocos momentos que pasé en el Jardín de Plantas, que olvidé preguntar si se las habían entregado.

«Me había propuesto aprovechar la partida de usted para escribir á nuestro amigo el señor Lewy, pero los trastornos de estos días me lo impidieron. Le agradeceré si usted me hace el favor de darle noticias de nuestra parte, entre tanto que tengamos tiempo de escribirle directamente.

«Mi madre, mi mujer y mis hermanas saludan á la señora Acosta, á la cual, le suplico, presente usted mis respetuosos sentimientos de amistad.

«Sírvase usted aceptar de nuevo la expresión de mis sentimientos los más afectuosos.

«AD. BRONGNIART.»

Acosta llevaba consigo un inmenso equipaje compuesto de muebles, cuadros, libros, curiosidades, instrumentos de toda especie, cajones con plantas vivas que deseaba introducir en su país, como especies nuevas. Pensó, pues, que su viaje podía ser más agradable, si en lugar de tomar pasaje en un vapor con su familia y enviar por otra vía su equipaje, tomaba el camarote entero de un buque mercante, lo preparaba para su uso particular y atravesaba el océano

como en su propia casa, sin otros pasajeros que estorbasen sus estudios, y con toda comodidad. Es cierto que como el buque era de vela, tardaría más en la travesía, pero aquello se compensaba con la libertad y las comodidades de que gozarían.

Se hizo á la vela del Havre en Junio 23, y llegó á Santa Marta el 1.º de Agosto, después de un viaje feliz y sin ningún contratiempo. Sin embargo, parecía como si el cólera que diezmaba á Europa se hubiese propuesto acompañar á Acosta á América.

No bien llegó á Santa Marta, en donde se proponía permanecer algunas semanas, cuando aquella población se vió invadida por el terrible azote.

Transcribiremos aquí una carta que Acosta escribió de ese puerto al señor Madrid:

"Santa Marta, 15 de Agosto de 1849.

«Mi querido amigo don Pedro:

«A pesar de su largo silencio, no creo que su buena amistad se haya resfriado...... Ignoro cuándo podremos continuar nuestro viaje, infectado como se encuentra el Magdalena por el terrible azote que ha venido en mala hora á devastar nuestro pobre país. Sea dicho, sin embargo, en honor de los habitantes de esta ciudad, que han soportado la peste con resignación y mansedumbre desconocidas en los pueblos más cultos, cuando han sido visitados por esta cruel enfermedad por la primera vez.... Como temo mucho que el cólera llegue á Bogotá, debo indicar á usted algunas reglas de higiene que han producido buenos efectos en todas partes.

(Aquí las reglas de higiene, que no copiamos).

«No hay aquí sino una docena de casas altas; sin embargo, á todo costo me he procurado una para mi familia, y vivimos con cuidado, pero sin temor.

«Nada puedo hacer con respecto á lo que me ocupa exclusivamente (1) por las lluvias y por el terror pánico que ha creado cuarentenas entre cada aldea, y no me permiten hacer ninguna excursión fuera de las goteras de la ciudad.

«Aquí todos viven encerrados; las noches son lóbregas; pasadas las seis no se ve una sola persona en las calles, y no se oye sino el ruido de las voces de los que rezan en las casas vecinas. De día solo hay actividad en las boticas, y los llamados médicos circulan sin cesar á caballo. Se diría que es un campo de batalla en que á cada instante se sabe que hay un nuevo muerto ó herido..............

....

Al fin Acosta logró que le diesen un salvoconducto que le acompañase en su excursión, (además de criados y peones), un joven de Santa Marta, y se puso en marcha con dirección al interior, dejando á su familia en la ciudad.

No poseemos el diario de aquel viaje. No bien regresó á Santa Marta, cuando se ocupó en escribir varias Memorias que envió á la Academia de Ciencias de París y á la Sociedad de Geografía, Memorias que fueron recibidas y comentadas con mucho interés por sus amigos de Francia.

Hé aquí dos cartas que prueban lo que avanzamos:

" París, 6 de Febrero de 1850.

" Señor Coronel Acosta.

«Mi querido amigo:

«He tenido la buena noticia de la llegada de usted á Tierra Firme. A pesar de todos los contratiempos que ha sufrido, lo felicito, puesto que toda la familia goza de buena salud. Le escribí á usted de Liebfranberg y así infiero que usted está al corriente de nuestro estado sanitario, el cual, gracias á Dios, se conserva bien.

---

(1) Le había llevado á Santa Marta el proyecto de hacer una excursión científica por el Valle Dupar.

«De Beaumont ya había comunicado á la Academia sus interesantes observaciones acerca de ese volcán del cual es usted padrino; yo no tengo, pues, nada que comunicar por mi parte, solo di de usted noticias personales á sus amigos.

«Pido á su actividad ciertas observaciones científicas, que la posición de usted hará fácil. Usted sabe, y creo habérselo explicado, que me he ocupado en determinar para las plantas más comunes de nuestras culturas, la superficie de las partes verdes de sus hojas, y he tenido resultados curiosísimos......

(«Aquí explica minuciosamente la manera de hacer aquellas observaciones, y pide á Acosta que las haga él con plantas tropicales desconocidas en Europa, observaciones que serían muy apreciadas en el mundo científico).

....«He recibido de Quito, añade, observaciones sobre la temperatura del suelo á 40 centímetros de profundidad, hechas por un método que se ha criticado porque no se había sabido aplicar, porque es preciso hacerlo en la parte baja de una casa y no al aire libre....

«*(También indica á su amigo que se ocupe de esa clase de estudios).*

....«Arago, dice al concluír, está cegando; su salud se debilita, y temo mucho que se prepare para darnos una gran pesadumbre, pues yo lo quiero mucho (1). El señor Gay-Lussac se está muriendo de una enfermedad del corazón (2); no hay esperanza de salvarle. Leí una carta de despedida que escribió á Arago, que es muy tierna y muy triste. Humboldt está bueno, pero escribe muy poco.....

«BOUSSINGAULT.»

(1) Arago no murió, sin embargo, sino hasta Octubre de 1853.

(2) Efectivamente murió en esos días, y Arago, antes de seguirlo á la tumba, tuvo tiempo de pronunciar su *Elogio*.

"París, 25 de Junio de 1850.

"Señor Coronel Joaquín Acosta.—Guaduas.

«Querido señor Acosta:

«Usted debe de haber recibido mi contestación á su interesante carta de Guaduas del 15 de Febrero; pero no sé si en ella le suplicaba á usted que continuase explorando las antigüedades neo granadinas. Esos monumentos prueban un arte poco avanzado, pero tienen un interés propio con respecto á la comparación que se puede hacer con los del Palenque, en Yucatán, así como con los monumentos de Bolivia y el Perú. De todas maneras, hice imprimir en el *Journal de la Société de Géographie*, la relación de los contornos de Leyva, fragmento que preparará á saborear la continuación. Sospecho que al oeste del río Magdalena, y también hacia el nordeste, se hallarán vestigios mejor conservados del arte de los chibchas; usted conoce demasiado las construcciones de los españoles para confundirlas con las de los indios, y no me toca por cierto sugerirle esta distinción.

«Como el compositor del *Boletín* número 77 (Mayo de 1850) olvidó enviarme las pruebas, desfiguraron el nombre de su amigo, escribieron *Valez* por *Vélez;* (1) sírvase usted excusarlo. Por ese mismo motivo no se publicó la figura, pero el dibujo saldrá más tarde; desgraciadamente el dibujo del templo no está bien, y las inscripciones dejan qué desear; sin embargo, procuraré servirme de ello.

«Usted me anuncia la descripción del lugar en que se encuentra la roca cubierta de inscripciones; se lo agradezco de antemano y me aprovecho de la ocasión para manifestarle que el Gobierno de Bogotá, ó la Academia, debería mandar algunas personas á recorrer el territorio de Nueva Granada, para estudiar, describir y dibujar las anti-

(1) Véanse las Memorias á que se refiere Jomard en el Apéndice.

güedades en todo el país. (1) Además, se podrían hacer otros trabajos, si se encontraran personas competentes y si hubiera recursos suficientes.

....

«Continúe, mi querido amigo, dándome parte de sus nuevos trabajos, de sus investigaciones, de todo lo que le interesa en el país. Con frecuencia hablamos de usted con el señor Elie de Beaumont; él publicó su Memoria de usted en el *compte-rendu* de la Academia de Ciencias).

«Presente mis respetos á la señora, y créame su afectísimo amigo,

«JOMARD.»

Después de permanecer en Santa Marta más de un mes, Acosta se embarcó con su familia en la triste goleta *Bolívar*, y se dirigió á Barranquilla. Al llegar á esta ciudad estallaba allí el cólera con violencia; pero ellos no entraron á ella, sino que se dirigieron inmediatamente al vapor que debería llevarlos por el río Magdalena arriba hasta Honda.

Desgraciadamente, apenas habían andado algunas horas, cuando se descompuso la máquina y tuvieron que regresar á Barranquilla, en donde tuvieron que permanecer varias semanas mientras que arreglaban el buque. A pesar de la epidemia que les venía acompañando desde París, ninguna de las personas de la familia sufrió novedad alguna hasta su llegada á Guaduas.

Allí se instaló Acosta en casa propia, rodeado de cuanto había llevado de Europa, para vivir lo más cómodamente posible al lado de los dos hermanos que aún le quedaban. Pensaba vivir completamente alejado de la política y entregado por entero á las ciencias. Entonces

(1) Algunos años después el Gobierno encargó al señor Codazzi, junto con el señor Ancízar, el señor Pérez y el señor Paz, de una comisión corográfica, la cual visitó el país é hizo la descripción de cuanto vieron.

escribió y publicó un itinerario del Magdalena, para el uso de los viajeros en el río.

La situación del país le espantaba y repelía. Con el Presidente José Hilario López el partido liberal se había entronizado en el Gobierno, y las ideas más contrarias á su credo político imperaban en toda la máquina gubernamental, desde las alcaldías hasta las Cámaras y el Poder Ejecutivo. Acosta creía, sin embargo, que era imposible detener aquella efervescencia política; decía que semejante embriaguez pasaría al cabo de algún tiempo, cuando la gente sensata viera lo impracticable de las descabelladas teorías que pretendían introducir en el país, y se aferró más y más á la resolución que llevaba de permanecer callado y oculto en su patrimonio, y ocupado nada más que en cuestiones científicas, con las cuales creía que serviría mejor á su patria en aquellas circunstancias, que lanzándose en la lucha de los partidos encandecentes y frenéticos.

A pesar de sus divergencias políticas, Acosta conservó amistad muy sincera con el General López hasta el fin de su vida; así es que apenas llegó el viajero á Guaduas, cuando el Presidente le escribió dándole la bienvenida muy cordial, y como supo que rehusaba todo destino político, (el cual, por otra parte, el partido liberal no le hubiera permitido desempeñar,) lo quiso tener en Bogotá, ofreciéndole puestos honoríficos en la Escuela militar y en la Universidad. Pero Acosta le rogó que lo excusara, puesto que en adelante su vida debería consagrarse á las ciencias y á ninguna otra cosa.

En el mes de Diciembre de 1849 estuvo en Guaduas con su señora el General José Acevedo, por instancias de Acosta, pues el General era el heredero del afecto que había profesado en su infancia y en su primera juventud al malogrado Pedro Acevedo, cuya muerte años antes le había hecho tan hondísima impresión.

A pesar del contento que experimentaron ambos amigos al encontrarse nuevamente reunidos, y las largas é íntimas conversaciones que tuvieron, Acevedo estaba profundamente herido con el sangriento desaire que había sufrido por parte del Gobierno, y como patriota y ciudadano se afligía hondísimamente con la situación de su país. (1) Las penas morales, unidas á una salud achacosa, no le permitieron luchar contra una fiebre cerebral que lo atacó pocos días después de haber llegado á casa de Acosta. Éste puso todos los medios posibles para salvarle la vida, pero todo fué en vano: al cabo de once días de enfermedad rindió su bella alma al Creador, llorado por cuantos le conocieron y apreciaron. (2)

Un mes después de haber recibido aquel golpe, que le hizo hondísima impresión,—en el mes de Febrero—Acosta quiso ir á visitar ciertas minas en la provincia de Vélez, con un objeto científico, y entonces escribió una Memoria que, como hemos visto en la carta de Jomard, envió á París, y fué publicada en el *Boletín* de la Sociedad de Geografía.

En Marzo del mismo año bajó á la Costa á visitar algunas comarcas importantes del Departamento del Magdalena, siempre con fines científicos.

---

(1) En Mayo de 1849, Acevedo, que vivía retirado de toda ingerencia en la política, fué llamado con instancia por el General López para que aceptase la cartera de Relaciones Exteriores. Él rehusó en un principio, pero instado por el Presidente, al fin admitió; sin embargo, no se habían pasado veinte días, cuando las Sociedades democráticas que imperaban en la política del país exigieron del Poder Ejecutivo que separase á Acevedo de su destino. El General López pidió entonces al Ministro de Relaciones Exteriores que renunciase el destino, ofreciéndole en desagravio una misión diplomática. Acevedo la rehusó con indignación, diciendo que él no era hombre que admitía compensación en cambio de un desaire.

(2) La señora doña Josefa Acevedo de Gómez escribió una corta biografía de este insigne ciudadano, digno hijo del *Tribuno del pueblo*.

En Julio visitó gran parte del hoy Departamento del Tolima, é hizo una descripción del cantón del Chaparral y de la cueva de Tuluní, que envió á las Sociedades científicas de París y de Londres.

Era inútil ocupar las columnas de los periódicos de Bogotá en dilucidar cuestiones científicas, pues por entonces los espíritus estaban en tal situación de efervescencia política, que nadie se ocupaba en otra cosa. Con ese motivo, en lugar de publicar sus observaciones científicas en su patria, las enviaba á Europa, en donde eran útiles y sabían apreciarlas.

El señor J. García del Río, literato y compañero de San Martín en el Perú, pidió desde México encarecidamente á Acosta que le enviase algunos datos geográficos, biográficos y estadísticos de Nueva Granada, para incluírlos en una enciclopedia que iba á publicar. Acosta pidió informes á todas partes, pero nadie hizo caso; ni los gobernantes ni los particulares le contestaron, encallando sus esfuerzos en la inercia é indiferencia con que se miraba toda cuestión que no fuera de política militante.

En Noviembre el Gobierno apeló al patriotismo de Acosta para encargarlo de una comisión importante en las provincias de Santa Marta y Cartagena.

De la nota que le pasaron transcribiremos algunos párrafos.

«Como esta comisión tenga por principales objetos: 1.°, hacer ciertas investigaciones relativas á las tierras baldías que haya en la primera de aquellas provincias, y á varios puntos concediéndoles á la inmigración de extranjeros; 2.°, inspeccionar el canal de la Piña y comunicar al Gobierno las noticias que puedan convenirle en la empresa de su limpia, ensanche, etc.; y 3.°, inspeccionar también la fortaleza de Bocachica, con el fin de ver si sería posible adoptarla, sin grandes gastos, al servicio de una penitenciaría.»

A su regreso de aquella misión, Acosta fué á Bogotá á dar cuenta de ella, y entonces, á instancias de algunos de sus amigos, dictó algunas lecciones de geología, las que se imprimieron con grabados. Algunas de éstas se encuentran en la Biblioteca Nacional.

Aprovechó su estancia en la capital para regalar á algunos colegios superiores obras científicas que había llevado de Europa con ese objeto. A la Escuela de Ingeniería mandó ciertos planos que había obtenido en Europa por favor especial; al Colegio del Rosario, por el cual tenía gran cariño, por haberse educado allí, regaló un aparato Breton y varias obras útiles. El Hospital de Caridad poseía ya un aparato para respirar el éter—entonces invención reciente—aparato que Acosta había enviado desde París, y que fué el primero que se vió de este género en Bogotá.

En vista de los trabajos que Acosta remitió á la Sociedad de Geografía de Londres, ésta le envió espontáneamente el nombramiento de miembro honorario de ella. El Ministerio de las Colonias y Marina de Francia, al recibir importantes observaciones barométricas que había hecho Acosta, le mandó regalar por segunda vez un barómetro *aneroide*, de nueva invención entonces, en reemplazo de otro con que el mismo Ministerio lo había obsequiado en 1849, y que desgraciadamente se había roto en una de sus excursiones científicas.

«La remisión de este instrumento, leemos en el oficio del Ministro francés, es un caso excepcional, que tiene por causa el mérito de usted y su consagración á la ciencia.»

Por la rápida reseña que hemos hecho de los trabajos y viajes que hizo Acosta durante el año de 1850, notaremos que no se había realizado la vida tranquila que pensaba llevar en Guaduas, entregado al arreglo de sus notas para continuar su obra histórica.

CAPÍTULO VIII

Situación de Nueva Granada bajo la administración del General López.—Los conservadores se declaran en rebelión.—Acosta desaprueba la insurrección.—El Poder Ejecutivo lo llama al servicio activo.—Carta explicativa de su conducta al señor Madrid.—El Poder Ejecutivo lo asciende á General.—Tristeza de Acosta con motivo de la situación del país.—Su muerte.

1851-1852

La situación política del país se iba agravando diariariamente; la efervescencia de todos, el triunfo de los liberales y sus actos injustos en todas partes con respecto al partido vencido, y aun cruelísimos en el Cauca, en donde cazaban á los conservadores como á esclavos alzados, hasta el punto de azotarlos en nombre de la libertad y la democracia; la desesperación de los miembros del partido perseguido, que procuraban defender su vida y sus propiedades de las exigencias de las llamadas sociedades democráticas que se habían establecido en todas las ciudades y aldeas; los crímenes de toda especie que se cometían en los desploblados; todo aquello llegó al colmo cuando el Gobierno decretó la expulsión de la Compañía de Jesús, orden religiosa que, como recordará el lector, se había llevado á Nueva Granada durante la administración del General Herrán.

Como naturalmente el señor Arzobispo de Bogotá protestó contra este abuso, así como contra otros muchos que se decretaron contra el clero, el Arzobispo fué expulsado del territorio de la República, después de haberle hecho sufrir increíbles vejámenes.

Los conservadores resolvieron entonces apelar á la insurrección, remedio heroico, pero que rara vez surte los efectos que desean los que lo ponen en planta. Levantá-

ronse en armas primero en Pasto, en Mayo de 1851, y después en Antioquia y el Tolima.

Acosta, retirado en Guaduas, contemplaba desde lejos aquellos acontecimientos dolorosísimos, lamentando la debilidad de los congresistas que eligieron al General López de miedo de ser asesinados, pero decidido á no tomar cartas en el asunto. Se encontraba un día en una pequeña propiedad campestre que tenía en el alto del Raizal, y donde pasaba temporadas para gozar del clima delicioso de aquella altura, cuando recibió la visita de un antiguo militar de la Independencia, amigo íntimo de su familia. Iba á proponerle que tomase una parte activa en la revolución que preparaban los conservadores de Cundinamarca.

«—Jamás, contestó Acosta, me verá usted tomar las armas en contra del Gobierno legítimo, manéjese como se manejare; esta es y será siempre la regla de mi vida.

«—López, le contestó su interlocutor, fué elegido por la fuerza. Los congresistas votaron por él con la bayoneta sobre el pecho.

«—Pero votaron por él, amigo mío, y consta que lo eligieron con la mayoría necesaria!...... Si ese acto errado nos perdió, tenemos que sufrir su pecado, pero un militar que se respeta no puede sacar su espada sino para defender al Gobierno y las leyes que rigen en su país.»

El señor X. X. insistía y aseguraba que tenían tomadas todas las medidas para triunfar. Acosta se negó rotundamente á oír cosa alguna acerca del proyecto; el otro entonces llegó hasta insinuarle que, si triunfaba la proyectada revolución, él (Acosta) era un hombre tan respetado entre el partido conservador, que hasta se había pensado en él para la primera magistratura de la nación. Semejante oferta, en lugar de persuadirle le indignó, y suplicó á su amigo que, si deseaba conservar su estimación y su afecto, cortara aquella conversación; que él olvidaría cuanto le

había dicho, y que dijera á sus compañeros que no contaran con él para cosa que *oliera* á rebelión; aconsejóle que, al contrario, hiciese lo posible para disuadir á sus amigos de semejante proyecto, asegurándole que aquéllo, en lugar de un bien para el partido conservador, sería un mal, porque de seguro triunfaría el Gobierno, y entonces en peor predicamento quedaría el partido, y con menos esperanzas de recuperar algún día el poder.

Su amigo se retiró, pero no siguió los consejos de Acosta, sino que tomó parte en la pronta sofocada revolución, y tuvo que sufrir encarcelamientos y vejámenes.

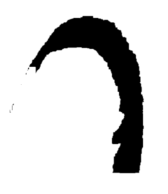
El General López, que conocía á fondo el carácter de Acosta, y sabía que, si tocaba el resorte de la honra militar, él no podría negarle sus servicios, y deseoso al mismo tiempo de debilitar al partido conservador, poniendo de su parte á un importante miembro de él, lo llamó al servicio militar activo, fundándose en la necesidad que tenía el Gobierno de jefes de experiencia en el ejército. Acosta no pudo excusarse; aunque sumamente contrariado con la falsa situación en que se le ponía, obedeció al llamamiento del Gobierno; se puso á la cabeza de una tropa, y al lado del General Mendoza peleó en Garrapata, derrotando á sus amigos políticos. De allí marchó á Antioquia, en donde cumplió las órdenes del Gobierno con toda lealtad, y concluída la insurrección regresó á Guaduas, con intención de continuar entregado á sus estudios científicos y lejos de la política.

Tenemos á la vista una carta que escribió Acosta al señor Madrid, parte de la cual importa transcribir, porque explica su conducta.

" Guaduas, 18 de Agosto de 1851.

«Mi muy apreciado amigo:

«Si yo lo imitara á usted, no contestaría á su carta sino dentro de seis meses; mas esta es una de las poquísimas cosas en que usted no debe ser imitado, y por esto apenas



me he desocupado de mis penosas funciones militares, tomo la pluma para escribir á usted......

«La noticia de la prisión de mi bueno y antiguo amigo Joaquín París, ha producido en mí y en toda mi familia la más dolorosa sensación, y Carolina, Solita y yo comisionamos á usted para que lo diga á Mariquita, Virginia, Vicente (Roche), Pedro María y demás, y pedimos nos digan qué podemos hacer por aliviar sus penas.

«Estoy convencido de que el General París no pretendía hacer un pronunciamiento militar; él, que aprobaba tanto la cláusula del testamento de Acevedo en esta materia, ¿cómo había de querer perder el derecho de llamar faccioso á José María Obando? (1)

«Entre tanto, no me sorprende la moderación relativa de que usted me habla: 1.°, porque el sacudimiento ha debido hacer reflexionar á muchos; 2.°, porque los clamorosos bochincheros están por acá, como los Morales, etc. Respecto de la columna formada en Honda, que acompañé hasta Peladeros, puedo asegurar á usted que, con excepción de X. X., que nadie puede sufrir, todos, jefes, oficiales y tropa, manifiestan principios constitucionales sanos; ningún espíritu de reacción, antes sí moderación y generosidad, de lo cual ya les están haciendo un crimen los jacobinos de Honda. Después del combate de Garra-

(1) He aquí la cláusula del testamento del General Acevedo, á la cual se refiere Acosta:

....*Item declaro:* que desde antes de cumplir yo la edad de trece años y medio he servido á la patria en la carrera de las armas, sin faltar jamás á la lealtad y honradez que heredé de mis venerados padres; y que por escala he hecho mi carrera desde soldado hasta General, *sin haber tenido parte ni la menor ingerencia en revolución, pronunciamiento ni trastorno alguno contra el Gobierno constitucional de la República*, á cuyas instituciones republicanas he permanecido constantemente fiel, obrando siempre con entera buena fe y probidad.

(Véase *Biografía del General José Acevedo Tejada*, por Alfonso y Josefa Acevedo).

pata no se oyó sino *Viva el Gobierno legal!* y *Vivan los Jefes de la columna!* Ningún muera, ningún viva á Obando ni á los democráticos.

«Ojalá que en todas partes el ejército mostrara el mismo espíritu; esto serviría de valla á ciertas pretensiones exageradas, y por esto es que el señor Useche no estaba contento con nosotros. Por lo que á mí hace, ya pasó el peligro, ya me he retirado á mi casa, triste, pero con la conciencia tranquila, después de haber cumplido con un penoso deber....

«No es gracia sostener un gobierno de elección propia; la gracia es hacer todo esfuerzo por defender un gobierno cuyos principios y fines se condenan y se deploran. Cualquiera que sea mi opinión respecto del derecho de insurrección en los pueblos, se lo niego enteramente á los militares, en América sobre todo, en que el abuso de las defecciones y los pronunciamientos de los caudillos militares han mantenido las nuevas repúblicas en un estado de postración por cerca de medio siglo.

«Al Presidente escribí hace cuatro días pidiéndole permiso para retirarme á mi casa, diciéndole que se tuviera entendido que yo no cesaba de pertenecer al partido de la resistencia á las reformas precipitadas é inconsultas, que son el blanco de muchos de los que hoy toman parte en la deliberación de los negocios públicos.»

....

La salud de Acosta nunca había sido robusta, á pesar de su grandísima actividad, pero ésta acabó de quebrantarse con la última campaña de 1851, las penalidades de la cual se aumentaban con la pena inmensa que le causaba el tener que combatir y trabajar contra sus amigos para sostener un gobierno cuyos hechos desaprobaba.

En Agosto de 1851 el Poder Ejecutivo le había conferido el grado de General, nombramiento que fué ratificado por el Congreso, pero que en nada llevó la satisfacción á su corazón, herido con los males de la patria.

Cuando al empezar el año de 1852 lanzaron los liberales la candidatura del General José María Obando para el siguiente período constitucional, su tristeza fué aún mayor; no podía conformarse con que su patria sufriese la humillación de tener por Presidente al matador de Sucre. Por otra parte, Guaduas, el pueblo que había sido de sus mayores casi desde la conquista, aquel lugar predilecto de su corazón, en cuyo favor había hecho tantos sacrificios, (1) lo miraba con desconfianza, y las sociedades democráticas allí establecidas le causaban incesantemente toda suerte de disgustos. Aquello, sin embargo, no le impedía trabajar sin cesar en pro del bien y del progreso de ese lugar, así como jamás se le vió rechazar al que le pedía socorro, ni dejar de acudir al que sufría: los que vivían en sus tierras veían en él á un padre más bien que al dueño de tierras.

La hora de su muerte prematura se acercaba, y mil presentimientos se lo hacían comprender. Temerosas, sin embargo, de dejarnos llevar por un sentimiento de piedad filial, que podría tachársenos de exageración al concluír esta biografía, dejaremos que tome la palabra en nuestro lugar el señor doctor José María Samper, el esposo querido de la que esto escribe, el cual también, á su turno, se ha hundido en las sombras de la muerte, después de una vida de sacrificios patrióticos que sus conciudadanos han olvidado, pues esa es la suerte de todo el que sirve á su patria con verdadero desinterés y abnegación. Dice así:

---

(1) A la villa de Guaduas donó, además del terreno en que estaban la iglesia y el cabildo, dos solares para las escuelas de niños y niñas, una plazuela que lleva el nombre de Herrán, otra que debe quedar cuando la población se extienda al occidente, (hoy lleva el nombre de Acosta) y trajo un magnífico reloj, (que aún existe) que él mismo hizo colocar en la torre de la iglesia Parroquial, y dejó una fundación para premiar cada año al niño que más se distinguiese en la escuela.

Biografía del General Acosta, por don Januario Triana. Bogotá, 1858.

«La ciudad de Guaduas debió mucho á la generosa solicitud de Acosta, y en su testamento dió éste marcadas pruebas de aquella filantropía nunca desmentida. Era un verdadero patriota para servir á la República.

«Su fallecimiento mismo fué lamentable testimonio de la generosidad de su corazón. En Enero de 1852 encalló en las cercanías de Conejo, en el río Magdalena, el hermoso vapor de este nombre, con muy valiosos intereses. Tan luego como lo supo el General Acosta, reunió á muchos de los arrendatarios de sus tierras, y con ellos hizo expedición á Conejo, por vías desiertas y fragosas, con el fin de salvar el vapor *Magdalena.* (1) Logró ponerlo á flote y en salvamento casi todo lo que contenía, lo que hizo á su costa y soportando muchas penalidades; pero allí contrajo una fiebre que comprometió muy seriamente su salud. Comenzaba apenas á reponerse, cuando hubo de dirigir piadosamente en Guaduas la exhumación de los restos de su más íntimo amigo y más querido, el pundonoroso y estimable General José Acevedo. Los miasmas que con tal motivo aspiró Acosta, le ocasionaron al punto una terrible fiebre, por cuya causa sucumbió en breve, cuando estaba en posesión del empleo de Senador, acababa de ser ascendido al generalato, y se preparaba para emprender en el país nuevas y muy importantes exploraciones científicas.

«El fallecimiento de Acosta privó á los cuerpos parlamentarios y científicos de un miembro eminente; á las ciencias y la historia, de uno de sus más ilustres servidores americanos; á su patria, de un hombre de clarísimo in-

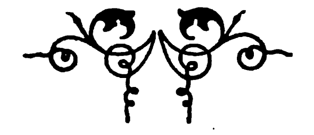
(1) Lo último que escribió Acosta fué un informe circunstanciado dirigido al *Presidente de la Compañía nacional de Navegación por el vapor*, informe que enviaba espontáneamente, con el objeto de indicar los medios que se debían tomar para facilitar el tránsito de los vapores de Conejo á la Madre de Dios; además, hacía una reseña aproximativa del costo que aquellas reformas podrían causar, y un plano explicativo del lecho del río Magdalena, en los puntos más peligrosos para la navegación.



genio, vasto saber, espíritu agudo y sagaz, y amor infatigable al trabajo; hombre que, por su desinterés y su carácter nada ambicioso, hubiera podido todavía prestar muy valiosos servicios á la causa de la civilización, es decir, de la verdadera libertad, la investigación de la verdad y del sano progreso.» (1)

---

(1) *Galería nacional de hombres ilustres ó notables*, colección de bocetos biográficos, por José María Samper, página 75. Bogotá, 1879.



APENDICES



NUMERO 1.°

CARTA

DEL GENERAL PERU DE LA CROIX

Originalmente estaba escrita en francés, pero la traducimos para los lectores que ignoren ese idioma.

Pamplona, 15 de Octubre de 1825.

Señor Capitán Joaquín Acosta.

Mi querido amigo:

Desde el 30 de Septiembre último—fecha de su carta—estoy aquí; de manera que yo llegaba cuando usted me escribía. Me dice usted que lo había hecho antes y que me hacía un pedido interesante, á lo cual yo no había contestado, pero yo aseguro á usted, mi buen amigo, que no he recibido nada antes, y que ignoro aún qué deseaba usted de mí. Si usted quiere que lo sepa, es preciso que me lo escriba de Cartagena.

Con pena y placer al mismo tiempo tuve noticia del viaje de usted á Europa; pena porque se aleja usted, y placer por que celebro mucho que usted vaya á conocer á Europa. De allá traerá usted una multitud de nuevas ciencias, que le proporcionarán, estoy seguro, la manera de transitar por el camino de los honores y de la fortuna. La edad en que usted se en-

cuentra y en que emprende el viaje, su gran deseo de aprender, su disposición y sus conocimientos, la experiencia que posee ya, todo esto le permitirá adelantar á grandes pasos, y tengo persuasión de que á su regreso será un hombre completo. Esto se lo escribo porque así lo pienso, y sin intención de adularle.

No puedo conceder á usted lo que me pide, á saber: una carta para d'Anglade, con quien rompí relaciones desde que se declaró protector de Courtois, y que para servirle á él se declaró en contra mía, dando una declaración falsa que me perjudicó mucho. Pienso, amigo mío, que le será fácil entrar á la Escuela Militar de París, y para ello usted no necesitará de grandes protecciones; la principal es la de pagar la pensión que exigen. En otro tiempo hubiera podido, si se necesitara, procurar á usted algunos buenos empeños, pero hoy, cuando he cortado enteramente todas mis relaciones, y le puedo asegurar que desde que dejé á Francia no he sostenido correspondencia con ninguno de los numerosos amigos que tenía, ni aun siquiera con mis parientes. Puesto que así empecé, así seguiré, y puedo asegurar á usted que jamás les daré noticias mías. Estos motivos, amigo mío, me impiden hablarle de mis antiguos amigos, los cuales los unos han tenido la misma suerte que yo, es decir, se han expatriado, y los demás han dejado de existir....

Aguardo con impaciencia la carta que usted me anuncia que me escribirá de Cartagena; nada de lo que interesa á usted me puede ser indiferente, y le puedo asegurar que nadie toma más interés en sus felicidades ó penas que yo. Puede usted, pues, mi querido Acosta, hablarme con toda franqueza y abrirme su corazón, confiarse enteramente á mí, pues yo tomo parte en sus penas y siempre desearía aliviarlas. Si usted pasara por Londres y se acercara á la casa de Mr. Goldsmith, allí le dirían si Mr. A. Boyer, el asociado de Mr. Elbers, está en aquella capital; si así fuere, vaya usted á verlo de mi parte, y dele usted de mí las noticias que sepa; este es uno de mis buenos amigos, el cual no olvidaré jamás. Bastará que usted le muestre este párrafo, para que lo reciba bien. Si por casualidad

usted pasa por Calais, vaya á visitar al Teniente Coronel Leleux, y abrácelo en mi nombre.

Adiós, mi muy querido amigo; ya no puedo escribir en francés, y olvido esta lengua como he olvidado todos los numerosos y buenos amigos que yo tenía en Francia. Mi mujer le agradece á usted su atención, y ella se une á mí para desearle un buen viaje, mucha diversión en París y un pronto regreso á su patria, que hoy es la mía, y será la tierra en donde mis despojos quedarán.

Adiós otra vez; escríbame de París, y déme usted su dirección.

Su amigo,

L. PERU DE LACROIX.

NUMERO 2.°

ARTÍCULO PUBLICADO EN *EL GLOBO*

(De *El Globo*, de París, número 36, del 11 de Noviembre de 1826)

EL ESTADO ACTUAL DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA

Dos acontecimientos merecen hoy que se fije la atención pública sobre la América Meridional, á saber: 1.°, la división que se ha manifestado entre las provincias orientales y las provincias occidentales de Colombia; y 2.°, la nueva Constitución que Bolívar acaba de presentar á la República del Alto Perú. Estos dos hechos no son por cierto acontecimientos accidentales. Ellos tienen sus raíces profundas en el estado actual de las poblaciones americanas, y demuestran que empieza para ellas un nuevo orden de sucesos.

Los que piensan que la revolución de la América Meridional está concluída, se equivocan altamente. Concluída la emancipación de la América Meridional, falta ahora la organización de este vasto Continente, y esto aún no ha empezado. Esta es una cuestión no menos grave que la primera, y no se llevará á cabo tan pronto. Durante la época en que la Independencia no estaba segura en todas partes, no se ocuparon seriamente en organizarla. Bastaba entonces preconizar constituciones hechas de prisa; pero hoy, cuando todo está concluído y no queda ya un solo español en el suelo americano, el problema de su organización aparece y turba los espíritus. Examinemos las fechas: fué al fin de 1825 cuando Rodil entregó el Callao; al

principio de 1826 Venezuela pide un sistema federativo, y Bolívar rompe lanzas con la democracia.

Todo esto es natural; la necesidad de la Independencia está satisfecha ya, pero falta saber cómo se vivirá, y al momento aparecen actos y hechos que se suceden unos á otrros; los espíritus se enardecen, y entonces se apela á la fuerza, hasta que se resuelve la cuestión. De allí surgirá una nueva serie de acontecimientos que señalarán la segunda época de la revolución américo-española.

Esta segunda época, que tendrá sus héroes y sus batallas, sus glorias y sus catástrofes, empieza ya á nuestra vista. A pesar del aspecto pacífico con que se presenta, tememos que sea mucho más larga y tempestuosa que la primera.

La revolución en las colonias españolas fué empezada por los criollos solos. Con efecto, era á ellos á quienes hacía más daño la dominación española, y á quienes debería aprovechar más la Independencia. Tanto á los propietarios como á los negociantes, el régimen colonial (que sólo procuraba favorecer á la metrópoli) ponía en mal predicamento los artefactos americanos, oponiendo una barrera invencible al desarrollo de sus industrias. Siendo iguales por la sangre á los españoles, por haber nacido en América se les excluía de los empleos públicos y se veían gobernados siempre por forasteros. Con el objeto de destruír este régimen, es decir, para obtener la libertad de su comercio y un gobierno americano, fué que los criollos se insurreccionaron. Toda la raza blanca americana, sacerdotes y laicos, nobles y pecheros, indistintamente, se encontraron reunidos. Intereses claros y positivos les pusieron las armas en la mano: nuestras ideas liberales y filosóficas no tenían allí parte alguna.

Las dos razas mezcladas, es decir, los mulatos y los mestizos, participaban más ó menos de los privilegios de los blancos, y por consiguiente de sus agravios y de sus esperanzas, así fué que los acompañaron naturalmente en aquella grande empresa.

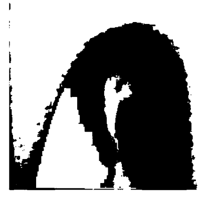
Pero los indios, los negros y la raza formada por esa mezcla, que dependían de las otras razas como esclavos ó bajo una

sujeción humillante, no tenían interés alguno en revolucionarse. Poco les importaba que sus amos fuesen ó no fuesen independientes (de España). Fué preciso, para que los acompañasen, hacerles promesas de libertad y de igualdad, y bajo la fe de esas promesas se lanzaron en la lucha. Esa cooperación fué de mucho peso para los revolucionarios, sobre todo en Colombia y el Perú.

Esta unión de todas las razas y poblaciones americanas para llevar á cabo un hecho palpable que nada tenía de metafísico, como era el de arrojar á los españoles del Continente, tuvo por resultado un esfuerzo vigoroso y rápido, el cual, en el espacio de diez años, echó por tierra la dominación española en América.

Pero hoy, cuando ya se ha conseguido el objeto de la lucha, es evidente que esta bella y grande unidad de sentimientos se perderá y desaparecerá. Al objeto claro y sencillo (de la emancipación) le sigue ahora otro más complicado y muy metafísico en sí, á saber: cuál será la mejor organización social (de esas repúblicas). Renacen los odios entre las razas, y las preocupaciones del color reaparecen; el orgullo de las clases, las pretensiones de los linajes, arraigadas con la costumbre de una jerarquía social de tres siglos; las emulaciones entre las provincias, las rivalidades entre las ciudades: todo esto se reanima. Veinte jefes ambiciosos, que pertenecen á razas y condiciones diferentes, y por consiguiente apoyados por turbas enemigas, aguardan su recompensa y se examinan con mirada amenazadora. Añádase á esto una ignorancia profunda y general, una civilización desigual, una vehemencia de pasiones y una obstinación de carácter poco común, y se comprenderá cuáles son las semillas de discordia que fermentan en el suelo de América después de su emancipación.

Para que haya orden en las ideas de nuestros lectores acerca del porvenir del Nuevo Mundo, y ofrecerles una base clara para que se fijen y comprendan los acontecimientos que tendrán indudablemente lugar en América, vamos á clasificar aquí las principales causas de división que creemos haber notado.



1.° La diferencia de las razas. Todas han combatido por la Independencia; todas han presentado durante la guerra jefes distinguidos; todas están armadas, y además la raza blanca ha ofrecido que todos serán iguales y libres. Ellas pedirán la ejecución de esas promesas, pero el orgullo y las preocupaciones de los criollos no se plegarán sino difícilmente á esta nueva fraternidad, así como tampoco á una igual distribución de empleos, lo cual serán puntos que no podrán aceptar sin lucha.

2.° La desigualdad en la civilización. Ésta se encuentra en las nuevas repúblicas en todos los grados, desde el salvaje hasta el gran señor europeo. Semejante cosa produce una gran diferencia en las costumbres, en los hábitos, en los gustos y en las ideas, y á todo esto no será fácil acomodar las instituciones. No se puede prever todavía cuáles serán los resultados de ello, pues la historia no nos ofrece otro ejemplo. En los Estados Unidos los negros han permanecido esclavos y no se han incorporado á los indios entre la población.

3.° Las jerarquías sociales y sus condiciones. La raza blanca cuenta con una nobleza rica y poderosa; ella posee, junto con los frailes y los clérigos, el suelo y los terrenos; se había puesto á la cabeza de la revolución, á la cual ofreció los mayores servicios. Por una parte, la masa del pueblo formaba los ejércitos que derribaron el poder de España, así es que los mulatos y los mestizos se encuentran unidos con los blancos en sus intereses democráticos; por otra parte, la aristocracia, unida y apoyada por el clero, aspira ciertamente á una forma de gobierno que entregue en sus manos el poder arrancado á la metrópoli. Será preciso ver de qué manera el pueblo y su jefes se adhieren á estas pretensiones.

4.° Las rivalidades de las ciudades, de las provincias y de las repúblicas. Engendrados por el régimen anterior existen en las colonias españolas una multitud de rivalidades y de odios, los cuales provienen de los privilegios que habían obtenido algunas provincias. Otros nacieron en medio de la guerra de la emancipación. Lima, que era un grande emporio y la residencia de la dominación española, era detestada por Chile y Buenos Aires. Chile odia á Buenos Aires por la influencia que

esta última república ha tenido en sus asuntos en los principios de la revolución. El Virreinato de Nueva Granada y la Capitanía de Venezuela miran con horror su reunión; Guatemala teme á México. En general, los americanos conservan el régimen español tal como se arreglaba en Madrid, pero tienen una grande antipatía á toda autoridad lejana. De allí proviene que en general se aborrecen las capitales, y de allí aquella tendencia al sistema federal que se manifiesta ya en varios puntos y que ha ocasionado una división frecuente en América; de allí, en fin, el poco éxito que obtuvo el Congreso de Panamá, del cual los Estados del sur no quieren oír hablar.

5.° La oposición de las teorías clásicas del Gobierno con la ignorancia y el estado moral de América. Varios de los personajes más influyentes se han preocupado con esto; ellos son los que han impuesto á los diferentes Estados las Constituciones que los rigen y que han tenido tan malos resultados. Los americanos no las comprendieron, así es que las Asambleas deliberantes no deliberaron debidamente, y con este motivo los jefes militares son los que han gobernado, según su capricho. Cuando sus arbitrariedades pasaban la medida, el ejército ó el pueblo se insurreccionaba, y levantaba al poder otro general. Es de temerse, ó más bien es cosa inevitable ya, que se hagan ensayos de toda especie, antes de que la fuerza de las cosas forme al fin un gobierno que se ajuste á la sociedad americana, y la levante hasta las formas que convienen á las naciones civilizadas, y dé por tierra con esa fuente abundante de revoluciones y agitaciones.

6.° La ambición y rivalidades de los jefes militares...... *(Aquí el autor hace una reseña no muy clara ni muy exacta de los acontecimientos que habían tenido lugar en Venezuela, Nueva Granada, Perú, Chile y Buenos Aires, pero que no insertamos por parecernos inconducentes).*

8.° Por último, la fijación de los límites entre las nuevas naciones debe contarse entre las causas de división que amenazan á América....

....Podríamos nombrar, por cierto, muchas otras causas de desorden que fermentan en América, pero creemos que bastan

las que hemos indicado, que son las principales, y con esto los lectores comprenderán la situación de América, y prepararán su inteligencia para darse cuenta de los hechos que allí se preparan.

¿Qué vemos en América? Millones de hombres como nosotros, pero más desgraciados y menos civilizados, que llegan á la escena del mundo para ganar con el sudor de su frente, y después de largas agitaciones, un poco de felicidad y de libertad.

Al ver aquellas poblaciones desconocidas, pobres, ignorantes y semibárbaras, que llegan al fin á la vida política después de tres siglos de una servidumbre desigual, pero general, y que van á recorrer á su vez las vías trágicas de la historia, sentimos aquella melancolía del hombre maduro al lado de la cuna de un niño. Pero cuando recordamos que esa inmensa América, con sus altas montañas, sus ríos sin fin, sus extensas llanuras, es el teatro en que aparecen esas nuevas naciones; cuando reflexionamos en aquella multitud de hombres de todos colores y razas, inspirados por las pasiones y las prevenciones ó creencias del resto del mundo, entonces la ternura se convierte en interés, y el espectáculo se hace tan solemne, que nuestra alma entera se recoge para saborear lo que nuestra imaginación nos señala.

....Sentados tranquilamente sobre las riberas de otro mundo, ¿qué podemos hacer de más noble durante los ocios que nos deja nuestra civilización, sino contemplar la manera como otros hombres se civilizan?

T. J.

NUMERO 3.°

INFORME

QUE PRESENTÓ EN LA SOCIEDAD DE GEOGRAFÍA DE PARÍS EL SEÑOR JOMARD ACERCA DEL MAPA DE NUEVA GRANADA, POR EL SEÑOR CORONEL ACOSTA

El mapa que el Coronel de artillería señor Acosta, oficial al servicio de la República de Nueva Granada, ha presentado á la Sociedad de Geografía, merece por varios motivos nuestra atención. Esta es la primera vez que el territorio de Nueva Granada ha sido el objeto de un mapa especial; por otra parte, éste tiene fundamentos sólidos en cuanto á las principales posiciones, pues el autor ha recorrido principalmente esta antigua provincia, que forma hoy uno de los principales Estados independientes de la América del Sur. Este Estado se extiende de sur á norte, de 1° 15′ S. hasta 12° 25′ N. y del E. el O., de 68° 30′ de París, hasta cerca de 85° 20′.

La importancia de este país en lo que se refiere á las ciencias físicas, geográficas, políticas y comerciales, aumenta el interés de un trabajo como este del Coronel Acosta, trabajo al cual se ha consagrado con perseverancia digna de todo elogio. Es sobre el territorio de Nueva Granada donde viene á morir la doble cordillera de los Andes, cadena que divide en dos secciones los lechos del río Magdalena y el río Cauca. Ciudades como Cartagena, Popayán, Neiva, Panamá, Pamplona, Santa Marta, Río Hacha y veinte más, y sobre todo la capital Santa Fé de Bogotá, son notables por más de un motivo. Situados

los principales puertos de la República unos sobre el mar de las Antillas y otros sobre el Océano Pacífico, éstos favorecen su comercio exterior, y le procuran importantes salidas (como Cartagena, Sabanilla y Panamá). Los límites de la República tocan con el Brasil y las Repúblicas de Venezuela y el Ecuador. Se necesitaba, pues, con urgencia un mapa algo más desarrollado y lo más exacto posible á nuestros actuales conocimientos. El que de Nueva Granada acaba de publicar el señor Acosta, á pesar de la incertidumbre en que tienen que quedar todavía muchos lugares, es un servicio importante para la geografía.

Antes que todo, se debe averiguar cuáles son los elementos de este mapa, es decir, sobre qué base se apoya, y cuáles son los materiales de los cuales se ha servido el autor para construírlo. Hé aquí las principales fuentes de que se ha valido: los trabajos del barón de Humboldt, los de los hidrógrafos españoles y todos los inéditos que el señor Boussingault puso á su disposición. Estos últimos materiales son preciosos; consisten en gran número de datos y posiciones que este sabio académico determinó astronómicamente, así como gran número de observaciones barométricas.

La determinación de los puntos del mapa, lo cual es lo más importante de todo, porque de allí depende el trazado de la costa occidental, es la de Cartagena. Hasta ahora se había adoptado la posición de 77° 50′ de longitud O. El señor Acosta, apoyándose sobre observaciones hechas por los señores Cartigue y Dagorn, hechas en 1835, calculadas por el señor Daurry y ajustadas á las del Port-Royal y de la Habana, adoptó el 77° 34′ 24″. Para Bogotá se mantiene la adoptada por Humboldt, es decir, 76° 34′ 8″.

El curso del Meta ha sido sacado de las observaciones hechas durante el viaje que por allí hizo el señor Roulin con el señor Ribera, de Giramena al Orinoco; trabajo inédito que el señor Roulin tuvo á bien comunicar al señor Acosta, quien se ha servido del diario original. La parte superior corresponde á un mapa original de Caldas, y el Distrito de Antioquia al señor Restrepo (el mismo, infiero, que es hoy Presidente de la

Academia de Bogotá). La Provincia de Cartagena está trazada sobre un mapa original, firmado *Manuel de Anguiano*, y conservado en la Biblioteca Nacional de París; la provincia de Mariquita está trazada en parte del mapa del señor Roulin, y por último, el istmo de Panamá ha sido estudiado en los mapas más recientes.

El señor Acosta ha empleado también los itinerarios militares y los topográficos, tomados de sus propios viajes y Diarios de algunos oficiales de la República en las diferentes provincias de Nueva Granada, materias de las cuales hasta ahora no se había hecho uso.

Para trazar los límites de Nueva Granada con las Repúblicas vecinas, el autor, á falta de tratados definitivos, adoptó los del antiguo virreinato en la época de la revolución de 1810. Sin embargo, estos límites difieren notablemente en el Este del mapa de la Cruz, en favor de Nueva Granada.

El autor ofrece modestamente á sus compatriotas este trabajo como un ensayo, un principio que podrá ser útil entre tanto que en una época, quizás lejana, se pueda construír un mapa geométrico, fundado en operaciones geodésicas.

El nuevo mapa señala unas mil posiciones que faltaban en los anteriores. A esta ha añadido la publicación primera del puerto de Sabanilla en las bocas del río Magdalena, trazado levantado en 1843 por orden del Gobierno de la República por medio de sondas, trabajo que había permanecido inédito, pero que puede ser muy útil para los buques de guerra y de comercio; se encuentra también el trazado del puerto de Cartagena, también exacto, y un pequeño plano de la ciudad de Bogotá, y el corte transversal de las dos cordilleras del Este al Oeste, pasando cerca del de el paralelo $4\frac{1}{2}°$ N. entre el río Meta y el Chocó. Este corte es al mismo tiempo geológico, y fué trazado sobre observaciones hechas por M. Boussingault. En uno de los ángulos del mapa hay un pequeño mapa de Nueva Granada, señalando la posición de ésta con relación al Brasil, Venezuela, etc.

Cuando se compara el mapa de Acosta con los de la América del Sur de la Cruz Olmedilla y la de Spix y Martius, los

más recientes, y con otros, se notan diferencias importantes, en particular en lo que concierne el trazado de la cordillera de los Andes. La mayor parte de los autores la prolongan sin interrupción de sur á norte por el occidente, pero parece ya cosa averiguada que hay solución de continuidad hacia el lecho del Atrato; la cordillera del sur va haciéndose más y más baja á medida que sigue el curso de ese río para ir á morir en el golfo de Morrosquillo; al contrario, la del norte comienza al norte del río San Juan, entre las bocas del río Atrato y el Darién, y continúa por el istmo de Panamá. En segundo lugar, la doble cordillera del sur presenta grandes diferencias entre sus mesetas (*plateaux*): el largo de la cadena oriental es mucho mayor que la cadena del oeste. Estas diferencias no habían sido trazadas hasta ahora en los mapas, y ni se había notado nada de esto.

La geografía física de esta parte de la América del Sur debe modificarse de una manera notable con las anteriores observaciones; por lo demás, en lo que concierne al lecho del Darién, ya el señor Helbert, que ha vivido allí, lo había notado también.

Es lástima que el señor Acosta, que tiene en su poder con grandes detalles cortes geológicos que señalan muy claro los perfiles de la cordillera, no hubiera publicado sino uno solo, y eso en una escala tan pequeña! Sin embargo, tiene el proyecto de publicar más tarde esos detalles. También hubiera podido indicar los lugares del país en donde existen antigüedades, puesto que en varias partes existen monumentos antiguos de los chibchas, ó más bien de los pueblos que los antecedieron. Aquellos monumentos probarían que esos pueblos gozaron de una civilización bastante avanzada; á lo menos así parece si debemos juzgar de los descubrimientos que se han hecho en Nueva Granada en los últimos treinta años. Debemos añadir que una gran parte de aquellos territorios, los menos poblados, es verdad, no han sido explorados, y por consiguiente el autor del mapa no pudo sino trazar á grandes rasgos el curso y los afluentes del Orinoco. Aquellos territorios son los que se encierran entre la cadena Oriental y los límites con el Brasil y Venezuela....

Terminaré este informe señalando algunas diferencias entre este mapa y aquellos que hasta ahora se habían conocido. Existen mapas ingleses de Cartagena, de 1739 á 1741, que representan este puerto de una manera muy diferente que el plano que encontramos en el mapa del señor Acosta ... Añadiré que el gran mapa manuscrito que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, del cual ya hemos hablado, y que ha sido estudiado por el señor Acosta, es una copia auténtica del mapa de la provincia de Cartagena, que se halla en los archivos de aquella ciudad, hecho en 1810. La escala es cinco veces y media más grande que el nuevo mapa, y abundan en él los pormenores. (1)

En cuanto á los mapas de la América del Sur, como los de Cruz en 1775 y de Spix y Martius en 1825, las diferencias notables que entre ellos se encuentran y el del señor Acosta, no debe sorprender cuando se piensa en las nuevas fuentes que le han servido de base; la Sociedad de Geografía no puede menos que agradecer la publicación de una obra tan recomendable bajo todos asspectos.

JOMARD.

(1) Mapa topográfico de la provincia de Cartagena de Indias en el Nuevo Reino de Granada, según los mejores itinerarios y noticias.

NUMERO 4.°

RUINAS

DESCUBIERTAS CERCA DE TUNJA EN LA AMÉRICA MERIDIONAL

(Carta del señor Coronel Acosta al señor Jomard).

Guaduas (Nueva Granada), 15 de Febrero de 1850.

Hace ya seis meses que me encuentro en mi país, y usted debe sorprenderse de no haber tenido noticias mías; pero esto ha consistido en la terrible peste de cólera que suprimió la cuarta parte de la población de nuestras costas atlánticas; me detuvo largo tiempo en las bocas del río Magdalena, y me impidió continuar mi viaje. No bien estuve en el interior, cuando me apresuré á llevar á cabo una excursión, y visitar las ruinas descubiertas por mi amigo el señor Vélez.

A una distancia de veinte leguas hacia el norte de Bogotá, y como á seis leguas (al occidente) de la ciudad de Tunja, antigua corte de los Zaques, reyes de la mitad de la nación Chibcha, se encuentra un valle, á 1,600 metros sobre el nivel del mar, y por consiguiente á unos 1,000 metros más abajo de las llanuras frías en las cuales se fundaron las ciudades de Bogotá y Tunja. Aquel valle, regado por corrientes cristalinas, sombreadas por sauces de Babilonia y *Echinus molle*, ve levantarse en contorno cerros áridos y poblados de cactus, vegetales que se hacen dueños de todo terreno impropio para la agricultura. Aquella es la misma formación cretácea que hace tan áridas las llanuras de la Champaña y el Departamento de Vaucluse

(en Francia), y que en muchas tierras ha tomado grandísimo desarrollo. Sin embargo, los antiguos habitantes de este país supieron aprovecharse de ello con la cultura de la cochinilla que se criaba en los cactus, y les servía para darles el bello tinte con el cual teñían los vestidos de los jefes y caciques de una nación que contaba dos millones de almas.

En la parte más plana de aquel valle, en un campo cubierto hoy con sementeras de cebada, campo que mide cerca de quinientos metros de largo y trescientos de ancho, el cual sus habitantes llaman *Infiernito*, se encuentran sendas columnas sin pedestal, que ví y medí. Aquellas columnas fueron labradas allí por los indígenas, probablemente poco antes de la conquista del país por los españoles. Hállanse en dos hileras paralelas, todas iguales y situadas del este al oeste; por consiguiente, se comprende que se dirigían hacia el templo principal del sol, situado en Sogamoso.

Dichas columnas han sido cortadas como á medio metro de la superficie de la tierra, dentro de la cual están enterradas á más de un metro de profundidad, pero no verticalmente.

Medí el ángulo de inclinación de cada una de estas columnas hacia el interior del paralelogramo cerrado por el conjunto, y encontré que su ángulo es de 25 centímetros. En la hilera del sur se ven todavía treinta y cuatro columnas de cuatro decímetros; en la septentrional no existen ya sino doce, situadas á la misma distancia; pero he encontrado á algunos centenares de pasos más al norte una columna entera, extendida en el suelo, y que medía cinco y medio metros, altura original al parecer de estas columnas, cuyos restos mutilados adornan los edificios de las cercanías. En el convento del valle del *Ecce Homo* existen treinta y dos, el cual se halla á una distancia de dos leguas hacia el occidente del templo indígena; hay doce en la plaza de la Villa de Leiva, cabecera del cantón, á una legua más ó menos hacia el este, cerca de la cordillera y en el camino que asciende hacia Tunja. Examiné dos más en Sutamarchán, aldea al sur, en el camino de Bogotá.

Todo el valle al oeste está cubierto de piedras, cuyo largo varía de dos metros á cuatro; cinco y hasta ocho decíme-

tros de anchura, y de cuatro á seis metros de altura, con una honda concavidad ó muesca de uno ó dos pies á una de sus extremidades, las cuales siempre se dirigen hacia el este; las muescas evidentemente fueron labradas para poderlas atar y arrastrar, á impulso de brazos, hasta aquel sitio, á fin de que sirvieran para cubrir el templo; las más largas están situadas horizontalmente sobre las columnas, y las otras parecían preparadas para formar el techo ó ático del edificio. Conté un centenar, desde la más distante, sacada del río Ubasa, á más de de ocho leguas al norte. Todas estas piedras son de asperón verde, y alternan con las capas superiores del terreno neocomiano. El asperón es muy duro y difícil de labrar, y como los indios no disponían sino de instrumentos de *silex* de piedra *lydiana*, les costaba trabajo ímprobo cortar las rocas en el sitio mismo; así pues, tenían que apelar á buscar por todas partes rocas sueltas, cuyas dimensiones fueran poco más ó menos como las que necesitaban. Solamente las columnas cilíndricas pedían muchos brazos para transportarlas, y así los indios inventaron fácilmente un anillo de madera, con el cual obtenían cierta regularidad en el corte de aquellas piedras.

Como usted sabe, yo tengo algún conocimiento, merced á mis estudios, del estado de cultura en que se hallaban los chibchas en la época del descubrimiento de su territorio por los españoles, así es que creo y afirmo que la empresa de construír un templo de piedra, no les era imposible, si nos fijamos en los conocimientos que poseían; por consiguiente, debemos abandonar la idea de una raza más avanzada en civilización para explicar estas ruinas.

Envío á usted un diseño dibujado del templo, con las medidas que de él tomé; esta no es una restauración, puesto que dicho monumento no fué jamás edificado en su totalidad; las vigas (como los habitantes del país llaman esas piedras) no habían llegado todas á su destinación probablemente, pero lo que existe bastará para dar á usted una idea del proyecto de construcción de nuestros indios. Nada más natural entre los jefes despóticos (como eran los Zaques de Tunja) que el deseo de mandar construír un templo ó un palacio en un país

cuyo clima era delicioso, distante apenas algunas leguas de la capital de sus dominios, sita en clima frío. Los Zipas de Bogotá tenían casas de recreo en los valles más temperados de la cordillera, en las cuales pasaban los meses más destemplados del año, cuando el clima de Bogotá es desagradable.

Confío en que durante mis futuras excursiones encontraré ruinas más antiguas; pienso visitar próximamente el nacimiento del Magdalena; entre tanto, envío á usted una descripción grabada en hueco sobre unas rocas porfidíticas de las orillas del Magdalena, en la provincia de Neiva, que copiaron para enviarme, y las cuales usted puede comparar con otros caracteres americanos.

Pronto recibirá usted la descripción de los lugares en que se encuentran, lugares que espero visitar dentro de poco.

Reciba usted, etc. etc.

JOAQUÍN ACOSTA.

(Traducido del francés).

(Véase *Bulletin de la Société de Géographie, Mai 1850*).

En otro *Boletín de la Sociedad de Geografía* el sabio M. Jomard escribió el artículo que traducimos á continuación:

EXPLICACIÓN DE UN DIBUJO RELATIVO AL MONUMENTO DE TUNJA Y Á LAS FIGURAS GRABADAS EN LAS ROCAS

(Nueva Granada).

El señor Coronel Acosta envió dibujos de las ruinas de un antiguo templo (ó palacio), situado cerca de Tunja (Nueva Granada), obra de los antiguos muíscas ó chibchas; este dibujo, demasiado incompleto, debe explicarse. El interés que presenta la cubierta de un antiguo edificio columnario en el Nuevo Mundo, nos obliga á hacer algunas explicaciones; así, pues, volveremos á la descripción hecha por el señor Vélez, el autor del descubrimiento en 1846. Allí se encuentran algunas que el señor Acosta no menciona en la visita que hizo en aque-

llos lugares tres años después. No es, sin embargo, muy difícil armonizar las dos descripciones, cuya diferencia principal consiste en que el señor Acosta cree que las construcciones no fueron anteriores á la aparición de los españoles sino pocos años, es decir, que son del siglo XV, mientras que el señor Vélez, al contrario, piensa que remontan á una grande antigüedad.

Los dos viajeros se unen en la disposición de la columnata doble y dirigida del este al oeste, sobre dos hileras paralelas.

El señor Vélez cuenta 29 columnas fijas en su lugar y enterradas en fila; el sèñor Acosta cuenta 34 (pueden éstas haberse descubierto en el intervalo de tres años); sobre la otra hilera el señor Acosta cuenta doce. Han llevado á Leiva, Moniquirá y Ramiriquí, y á otros puntos, á más de dos leguas de distancia de las ruinas, columnas idénticas, y por otra parte, el suelo está cubierto de trozos truncos de columnas y piedras en una extensión de dos millas.

Estas columnatas pertenecen, pues, á un edificio—templo ó palacio—muy extenso. El espacio que ocupaba, según el señor Vélez, no bajaba de 41 metros por 18⅗; 45 varas por 22, pero este espacio era quizás más extenso. El intercolumnio no es sino de 42 centímetros; el diámetro de 4; el largo de las columnas de 5 á 5½ metros. La medida de 5 metros ha sido tomada sobre una columna entera, extendida en el suelo. Las columnas no tienen ni capitel ni base, pero están bien trabajadas.

Lo singular de aquella arquitectura consiste en la inclinación de las columnas hacia el horizonte; el ángulo medido por el señor Acosta es de 25°; debería tener, empero, un techo que se apoyaría sobre aquellas columnas oblicuas. Según el largo de las columnas, la distancia entre unas y otras y su inclinación, se comprende que el ancho del techo debería medir 8 metros; pero no se encuentran en el suelo sino piedras que no miden más de cuatro metros de largo; indudablemente, pues, hubo de haber en el centro, como lo piensa el señor Acosta, una hilera de columnas ó pilares. Según el diseño, se creería que las piedras del techo tendrían unos 6 metros de largo, pero la descripción carece de pormenores acerca de esta par-

te de la construcción; debemos, por consiguiente, no hacer conjeturas sobre una disposición arquitectónica bastante extraña. En vista del dibujo, es imposible adivinar si había en la punta del edificio una entrada principal, si un techo cubría toda la longitud de él, y el objeto de la parte cubierta. Se desearía, pues, que se hiciesen allí nuevas exploraciones, y que este antiguo monumento, único de su especie que se conoce, fuese estudiado cuidadosamente por la Academia de Bogotá y por su célebre Presidente, el doctor Restrepo.

JOMARD.



INDICE

TERCERA PARTE

Págs.

CUARTA PARTE

APÉNDICES

ERRATA

Página 332, línea 16, dice: *Capitulo XXII.* Léase: *Capitulo II.*